
RICARDO G. CURCI

**BATALLAS CONTRA
LOS MUROS**

Para los abuelos Lucia Ventura y Saverio Curci

*“El olor crece, el olor revolotea
como una mariposa, negra y verde,
mientras todos fingen no
sentirlo. Tengo que crear un pequeño
mundo destruido con solo
una uña rota y un vestido nuevo”.*

Juan

Carlos Onetti

PREFACIO

Estamos en guerra.

Publicar un libro de relatos en estos tiempos puede ser, para algunos, un acto de jactancia tan flagrante como ignorar, y hasta despreciar, el sacrificio último que están haciendo los combatientes en el Atlántico sur. Para mí, sin embargo, ya no son causas de miedo ni de remordimiento ninguno los motivos que puedan oponérseme. El gobierno militar caerá, tarde o temprano, y ya es nada más que una parodia, por no decir caricatura, triste y ofensiva, de lo que intentó ser. Y por parte de aquellos que durante todos estos años han estado en mi contra, por mi posición oficialista, hasta por mis crímenes, según han dicho, puedo recibir aún más golpes por esta publicación, pero una mancha más no le afecta al tigre, y tampoco le viene mal. Uno es lo que es, uno es lo que decidió ser.

Si este libro fuese un testimonio, un documento, un ensayo sobre la realidad, nadie me atacaría. Pero es un libro de ficción, por lo menos hasta cierto punto. Por lo tanto, publicar ficción, supuestamente pasatista y de entretenimiento, en estos meses, merecería la reprobación de todo ciudadano consciente de su deber civil y moral en una nación que se ha jactado desde su independencia de ser una de las más cultas de América.

Hace poco más de un mes, una mujer fue violada y asesinada en Buenos Aires. Ocurrió precisamente el 2 de abril, el día de la supuesta recuperación de las islas. De este caso, como otros tantos, se ocupó la prensa durante unos días, para luego olvidarlo. Sobre ella escribí ya un breve relato hace muchos años. Esa mujer murió sola en su departamento, mientras gran parte de la población del país festejaba las fanfarronadas de un borracho. Ese fue el motivo que me decidió a publicar el resto de los cuentos.

Pero precisamente por tratarse de un libro de ficción, la temática que abarca, la totalidad de los conflictos, la amplitud de sus referencias sociales, históricas y psicológicas involucra todo lo que a la humanidad se

refiera, la guerra y el conflicto social, incluyendo, también, los límites de la moral y la falacia de los sentimientos.

Siento que debo justificarme, y así lo estoy haciendo, aunque nadie me lo pida. La culpa es un cuervo que no puede matarse, es una mancha imborrable en una prenda de la que no podemos desprendernos sin quedar desnudos. Y la desnudez, en este caso, es más terrible que la mancha.

La ficción literaria es una especie de expiación. Veamos la biblia, por ejemplo. ¿Qué es, si no, un conjunto de alegorías y fábulas, símbolos que intentan explicar lo que sólo puede ser comprendido por las leyes no escritas? Estos relatos son, también, como cuentos para niños que han crecido sin madurar, porque los personajes crecen sin resolver ninguno de sus conflictos. Viven con ellos, los evaden, los arrastran, los dominan, en escasas ocasiones, hasta que son vencidos por ellos.

Mis crímenes escritos están en estos cuentos.

Sólo una persona pudo haberlos comprendido y apreciado, y para ella los he escrito. Gloria Sanmarco desapareció hace varios años. Era maestra de escuela, aunque pudo ejercer muy poco tiempo. Un auto se la llevó, desapareciendo en la soleada calle de una ciudad.

Desde entonces el sol es una sombra, y la paz es una guerra.

En ese lugar vivo desde entonces. Por eso, este libro de cuentos es la expresión de las guerras del hombre. Es un homenaje, ni frívolo ni ficticio. Decadente, tal vez. Cobarde, seguramente. Porque hasta los sentimientos claudican en las redes de la hipocresía. La mente humana es un cementerio, decía una poeta amiga.

Expongo mi alma al castigo. Vengan entonces los detractores del sentimentalismo a atacarme, tendrán razón. Vengan los defensores de la realidad, y serán bienvenidos. Pero yo les daré mi bienaventuranza a los mediocres, a los fracasados y a los criminales, que no han podido ser otra cosa, en la perpetua guerra cotidiana, en los perennes dolores que corroen los cimientos de la individualidad.

Para ellos he escrito este libro, los hipócritas a pesar de sí mismos, los mentirosos inmersos en el interminable ciclo del arrepentimiento, los asesinos rodeados de columnas de fuego. Porque no hay escape, los suelos son de fango y no hay pasamanos que bajen del cielo. Una bala mata un cuerpo que se pudre, su epitafio es el recuerdo. Una palabra causa estragos, deja la infamia como heredera, y la infamia nunca muere.

El único sitio donde no es posible engañarse, es la imaginación luminosa. Ella tolera y lo abarca todo. La imaginación es un nido de halcones que dan caza a las ratas de la incertidumbre, sobrevolando en círculos concéntricos que giran a veces en forma centrífuga o centrípeta, pero de ambas formas se expande hacia el infinito exterior o el infinito interior.

La imaginación no es algo que se inventa, sino algo que puede verse en las interfaces de la cotidianeidad.

Quien bien lee, bien entiende que en los claroscuros nacen los conflictos, que en los grises está el caldo de cultivo de las tragedias, que, del fondo de un calmo pozo oscuro, resurgen los traumas de los que intentamos deshacernos.

Yo los invito a asomarnos a ese mundo, y a quienes no teman ser aniquilados, a adentrarse y ser parte de él.

Bautista Beltrame

"El Radar de Buenos Aires"

LOS USURPADORES

1

La conocí en un boliche del Once, sobre Jean Jaurés, a media cuadra de Rivadavia. Ahí nomás estaban las vías del Sarmiento, corriendo entre altos paredones unidos por puentes cortos y estrechos. Los autos iban y venían, y uno podía detenerse en el sendero peatonal y mirar hacia abajo el paso de los trenes. Era la primera vez que iba a ese boliche, fuera del ámbito habitual al que la familia me aconsejaba, el tío Ángel sobre todo. Me tenían entre ceja y ceja, así me dijo, y me estaban vigilando. Por eso yo me escabullía del barrio recoleto donde estaban los bares,

boliches y puteros en los que acostumbraban a reunirse los milicos, y me zambullía en la multitud inexpresiva de los barrios populares. Allí, en medio de la estación del Once, sembrada en los rincones por mortíferas semillas de vagabundos y pordioseros, repletas las esquinas de Cangallo y Pueyrredón por putas que se dispersaban hacia la plaza de Miserere y hacia la zona semi abandonada, semi escondida, esas cuadras previas a la estación donde el amplio pozo de las vías era imposible de cruzar más que por los escasos puentes, obligando a largas caminatas o vueltas de colectivos. Calles medio muertas desde las cinco de la tarde, sobre todo en invierno, y muertas del todo por las noches, exceptuando, por supuesto, a las garrapatas nocturnas y a los gatos que intentan evitarlas. Hablo, claro, de los indigentes apoltronados en las veredas, a las prostitutas que deambulan cansadas, travestis incluidos, y los trasnochadores que caminan con las manos en los bolsillos y un cigarrillo entre los labios, la facies ojerosa, con un sobretodo viejo si es invierno, o una remera con la marca de YPF que apesta a nafta, igual que el aliento y las manos de esos hombres, que tal vez no son hombres, sino meros remedos de esqueletos dominados por la ansiedad, rascándose la entrepierna de puro excitados, tocándose el culo y oliéndose la mano para comprobar lo que ya saben: la suciedad imperecedera de un calzoncillo que no se cambian porque la cabeza no les da para eso. Y también están los curiosos, los que buscan uno o dos veces las famosas pringosidades del suburbio cantadas por tangos viejos y que ya no existen. Es que el olor queda, y la atracción del empedrado o el asfalto, de la orina en las cunetas, de los gatos que cruzan la vereda raudos y misteriosos, y por encima de todo eso, las paredes de las casas viejas, de los portones con candados y de los zaguanes llenos de hojas y basura, donde no se sabe si hay gente viva o muerta.

Pensando en todo esto, entré al boliche y la música disco sonaba fuerte. Donna Summer, tal vez, que resultaba una parodia en un local que no era más que un galpón o depósito reciclado. Eran tiempos de falopa y dólares, los últimos, creo. Los Ansaldi somos previsores e inteligentes, y aunque no fui yo quien precisamente pensaba en todo eso: la patria, el porvenir y la política, mi familia sí era experta en sobrevivir de la mejor manera. Pronto, con la guerra auestas, que todo el círculo familiar consideraba el gran desastre, la inmensa boca negra que amenazaba con comerse las virtudes del holocausto de todos los pasados años, la larga dictadura de los idas y

vueltas, de las falacias económicas, del mundial de fútbol, olímpico, ancestral y divino, enorme y soporífero de las buenas costumbres, sobre todo de la endeble conciencia humana. La guerra era la apoteosis con la que un general esquivo a la política militar reinante, a las santas leyes proclamadas en el Círculo Militar, asentadas sobre escritorios de noble madera y firmados con lapiceras Parker, mientras el sonido del roce sobre el papel moría bajo la carraspera de los viejos coroneles. El cáncer daba vueltas por esos claustros, también, las próstatas moribundas que esparcían las células cancerosas como antes lo hacían con su sustancia vital.

Pero el ya no tan joven general en el ejercicio de la presidencia de la república no hizo caso alguno. Se aferró a su delirante idea, tomar las islas que no eran argentinas más que el nombre, en el quebradero de cabeza de los documentos históricos que ya nadie sabía ordenar con precisión. El canto del cisne, pero la legendaria ave que el general intentaba imitar, se tambaleaba de puro borracho, según decían, su largo cuello inclinándose sobre el agua que debía creer eran las aguas del Atlántico Sur, y su canto no era el sonido de un oboe, por supuesto, sino la tos agrietada del hombre frustrado, de un hombre cualquiera, que por ser precisamente eso, hombre y frustrado, bestial simbiosis, implacable destino, irremediable sentencia y atroz huracán de males, derramó la catástrofe sobre el país. Y las ruinas duraron y se esparcieron, creciendo durante muchos años.

¿Pero quién podría saber todo esto? Meras conjeturas mías, fueron pensamientos que danzaban al ritmo de la música que se interrumpía porque el disc jockey debía ser un chico medio drogado que discutía, probablemente, con una mina que se regodeaba en hacerlo esperar, en excitarlo más, hasta que ella, cediendo, lo dejaba hacer ahí nomás, en el balcón donde estaban los equipos, a poca distancia del techo de chapa, peligrosamente expuesto a los cortos circuitos de los enchufes sobrecargados. Y mientras eso durara, la música continuaría su viaje: la genial Donna, o la cumbia que recién comenzaba a hacer estragos. Nadie me conocía por ahí, había decidido cambiar mis rumbos solitarios por un tiempo. A veces algunos boliches de Flores, pero tan llenos de peruanos y bolivianos que me encontraba desubicado y sentenciado a juzgar a pesar de mis débiles esfuerzos en contrario. Entonces salía a la vereda, caminaba muchas cuadras hasta Villa Luro y me metía en el cine condicionado hasta

que cerraba. Los tipos se sentaban en la batuca de al lado y estiraban la mano. A veces les hacía caso, otras no. El hastío, finalmente, era el mismo.

Pero en este boliche del Once había muchas mujeres de treinta, y eso era lo que me interesaba. No las adolescentes que buscaban en mí un tipo de experiencia para contar a sus amigas, o alguien que, a diferencia de los pibes de su edad, tuviera plata para bancarles lo más o menos inocentes caprichos, una pollerita de moda, unas botas de gamuza, o algún hotelito de por ahí cerca. Rubias o morenas, flaquitas o tetonas, lo esencial era que no hablaran, porque de hacerlo, el artificio se venía abajo con toda la estantería. Lo esencial, repito, era que utilizaran la boca en algo más útil.

Sentado en la banqueta del bar, con un porrón en la mano, husmeaba con la vista en los traseros difícilmente virginales que se contoneaban con la música. Unos me rozaban al pasar, otros se escabullían.

- ¿Encontraste algo interesante?

Una mujer me hablaba acodada en el bar. Castaña teñida, seguro, pero por lo menos no era el rubio que ya me dejaba indiferente. Con el juego de luces yendo y viniendo por la cara, recorriéndole el cuerpo, parecía a veces pelirroja, a veces trigueña, a veces del color del almendro.

-Nada-contesté.

- ¡Qué lástima! Yo estoy igual que vos.

- ¿Y qué andás buscando? - le pregunté, mirándola ahora de frente. Se había puesto a beber de mi cerveza.

-Nada especial, ya sabés. Pasar el rato.

-Pucha-le dije- para eso no vale la pena levantarse de la cama y vestirse como vos, tan...

Tenía una remera de manga corta negra y con unas estrellitas formando un arco en las tetas, que estaban bien bien, por lo menos así parecían. Una minifalda de jean le dejaba ver las piernas, buenas, aparentemente, en la dudosa luminosidad del lugar. Linda cara, nada del otro mundo, pero una cara de cierta... ¿cómo decirlo? ... inteligencia. Buscaba lo que se busca en ese sitio y en esas noches, pero no se conformaba con cualquier cosa.

-Terminá, ¿tan qué?

-Sexy-le dije, riéndome del lugar común, sin darme cuenta de que en la Recoleta el dinero ni la educación exceptuaban del mismo decálogo.

-Gracias, pero es la pilcha de siempre. ¿Vos es la primera vez que venís?

-Sí, ¿se me nota en la cara?

-¡Nooo!- dijo, tapándose la boca con una mano. - En la ropa, nomás, tan endomingado como decimos en mi pueblo, porque yo soy de Baradero, me vine hace años. - Me echó una mirada de pies a cabeza e hizo una mueca rara. -Vaqueros caros, botas buenas, la chomba del pingüinito...

-¿Y con todo eso ya te hiciste una idea de cómo soy?

-Bueno, ayuda mucho. ¿Acierto? Vos dirás.

Dejó el porrón en el bar y apoyó una mano en el asiento de mi banqueta. Parecía olerme.

-Un perfume de lo más fino, nada de Colbert u Old Spice.

Me reí, por supuesto. La mina iba rápido y hablaba bien. No estaba mal para cambiar.

- ¿Cómo te llamás? - le pregunté.

-Claudia. Vos debés ser un Anchorena, y pasaste más de la mitad de tu vida en Europa.

Se puso a dar paseos con sus dedos en la palma de mi mano.

-Como adivina sos un fracaso - le dije. -Apenas de La Plata, Claudia, y mi apellido, ¿quién lo conoce?

-Se me ocurre que sos una cana al aire, pero bueno, de esos hay en todas las familias, no se necesita tener dinero para ser un vago.

- ¿Así me ves? ¿Como uno de esos tipos que andan buscando minas hasta los cincuenta y pico, o hasta cuando ya no pueden, y después se mueren solos en la cama, de un infarto, y los encuentran días después, ya medio podridos?

Me miró con ojos asustados.

-Como dicen en Baradero, "vos lo dijiste". ¿Y ahora quién es el adivino de sí ¡mismo?

- ¿Vos no te conocés, acaso?

Miró alrededor, la gente bailando, parejas apretándose en los rincones.

-Creo que me confundí, ¿o estoy en un seminario de filosofía?

Pedimos más alcohol, vodka, creo, y ron después, y un whisky que terminó volteándola. Se me tiró encima, estaba mareada y hablaba con voz gangosa.

-Te llevo a tu casa, Claudia.

-No, no, déjame sentarme un rato que ya se me pasa. No tengo costumbre, ¿sabés?

Abrió los ojos observándome como si esperase verme reír de lo que había dicho. Podría haberlo hecho, claro, una frase tan cursi denotaba ignorancia o falsedad. No era ninguna de las dos cosas. Era su alma pueblerina que se libraba de Buenos Aires esa noche. La llevé a una mesa y nos sentamos. Le acaricié los brazos, comencé a besarla. Ella se sacó los zapatos de tacón y subió un pie por mi pierna, por mi muslo, y se quedó en la entrepierna. Yo tenía ya los testículos duros, y ella, más que insinuarse, me excitaba para que me la cogiera ahí mismo. La minifalda no era nada, y la ropa interior un pedacito de trapo que descubrió con facilidad lo realmente interesante.

Algunos nos miraron al pasar cerca, se detuvieron unos segundos y siguieron de largo. Claudia, de pronto, me agarró las manos con fuerza y dijo:

-Pará, pará un poco...

- ¿Qué pasa?

-No sé tu nombre.

Me reí en su cara, no pude evitarlo.

- ¿Y eso qué? ¿Es una condición?

La besé con fuerza, le murmuré escabrosidades que tal vez no hubiese escuchado antes. Vi sus ojos asustados, asombrados, excitados.

-Pero tu nombre, querido.

- ¿Y vos?

-Ya te dije, Claudia-. Jadeaba, pero no me soltaba las manos. -Claudia Pereyra, de los más vulgar, ¿viste?

-No importa, los Pereyra, los Pereyra...-pronuncié como en éxtasis una oración, mientras la besaba y le manoseaba cualquier parte del cuerpo que encontraba bajo la mesa. Ella sudaba.

- ¿Y vos?

Y cuando estuve por pronunciar mi nombre, sonó el estruendo.

Venían haciendo razias en los boliches desde ¿cuándo? Siempre y en todas partes, pero sobre todo en las ciudades donde se sabía que estaban los centros de estudiantes más politizados, y los comités de izquierda. Córdoba, Rosario, La Plata, donde los descampados aledaños eran el paraíso para los cadáveres. Y Buenos Aires era el epicentro. Las razias se limitaban a los boliches de los barrios de clase media, porque ahí estaba el

centro de cultivo de las ideas revolucionarias. La clase media era la medianamente educada, la que leía la mitad de un libro de Marx y eso era suficiente para la conversión de por vida. Y el protestar primero, y hacer revuelos de cosas públicas, y el tomar las armas.

En las razias pedían documentos, que casi nadie llevaba encima. Los juntaban en dos o tres celulares y en las comisarías correspondientes los encerraban por una noche o dos, con la excusa de averiguación de antecedentes. Toda la noche era un desfile de chicos y chicas, en su mayoría menores de edad, poniendo los dedos en la tinta de sello y estampando la huella dactilar. A casi todos los soltaban en la mañana, pero a los que tenían caras sospechosas, comportamientos, quizá, o simplemente no les había caído bien al personal de turno, lo retenían varios días, hasta que algún pariente venía a buscarlo. De esa forma, se encontraron muchos enemigos. A veces, se detenía a doscientas personas para buscar, o nada más que justificar, la identificación y detención de alguno al que se estaba persiguiendo con especial interés. Hubo accidentes, balas perdidas, todos ellos desaparecían. Todos sabíamos los sitios de detención, la Quinta Seré, por ejemplo, o los campos de Madariaga, donde kilómetros y kilómetros de cuerpos desconocidos estaban bajo tierra.

El estruendo, entonces, fue a causa de los portones de metal, tirados a bajo por el escuadrón que ahora entraba en el boliche y disparaba al aire. Pedazos de mampostería y astillas de madera caían del techo, la gente gritaba, corría o se tiraba al piso si es que había escuchado las órdenes del cabo encargado.

Claudia y yo nos tiramos al piso. Ya sabía lo que iba a pasar, y me di cuenta de que ella también. “Otra vez”, la oí decir, con la boca contra el piso, y yo encima de ella, cubriéndola como si quisiese protegerla. Estaba ebria, y se tomaba la situación medio a risa. Le dije que se callara, que no los provocara, que, si no la llevaban a la comisaría, que confiara en mí. Hipó, se rio, y dijo: “Sí, querido”.

Los milicos levantaban a la gente a punta de fusil o los arrastraban hacia la salida. Algunos muchachos, envalentonados por el alcohol, se resistían e intentaban dar puñetazos inútiles. Terminaban con ellos con un culatazo y los tiraban en el interior del celular.

Dos botas se nos detuvieron enfrente.

- ¡Arriba, carajo! -dijo el cabo.

-Ya estamos, oficial, ya estamos- dije. -La señorita está bebida y no se puede tener en pie sin mi ayuda. Entonces, al mirarlo a la cara, lo reconocí. Era el hijo menor del general Saravia, amigo de mi familia, y especial compinche de tío Ángel.

- ¿Qué hacés acá, viejo?

- ¿Qué querés? Para cambiar un poco...

-Y cambiar de conchas- dijo, mirando a Claudia, que se restregaba los ojos. Si había escuchado, no se ofendió. Pero enseguida me miró, otra vez asustada, o más bien intrigada.

-Sentáte acá, esperáme que te llevo a casa.

Con Saravia nos apartamos unos metros en medio de las sillas caídas, casi a oscuras porque habían roto las luces con los tiros, y hablamos.

-¿Sabés lo de mañana?

-Claro- le dije. -Todos los saben.

-Es un triunfo del general, ¿no es cierto? El país vuelve a estar con nosotros. Están reuniendo gente para llevar a la plaza.

-¿Para eso es esta razia?

-Claro, los metemos a todos en los calabozos y los soltamos en la plaza, advertidos, por supuesto.

-Sí, por supuesto. -Repetí como un eco, sabía que por lo menos a la mitad de todos los que hubiesen terminado de detener en capital y provincia obedecerían sin chistar por más que no los amedrentaran. Ya se venía revelando, desde hacía mucho, el número de muertos.

-Bueno, Tomás. Nos vemos mañana, viejo. Ya sabés dónde estamos. Suerte con la víctima- me dijo, riéndose al manotearme la entrepierna. La tenía ansiosa, todavía, y no iba a dejarme en paz hasta sacarse el gusto.

Volví con Claudia.

- ¿No nos llevan? -preguntó, agarrándose la cabeza, le dolía, y la resaca comenzaba. Pero la noche era joven, todavía. La ayudé a levantarse, pero se durmió apenas se apoyó en mí. Tuve que llevarla arrastrando los pies descalzos, los zapatos habían desaparecido en algún lugar del boliche. La acosté en el asiento posterior del auto. El Ghía arrancó, pero acababa de darme cuenta de que no sabía su dirección. Si la lleva a mi departamento, el portero le diría a mi tío, y ya no quería más problemas. De puertas afuera, me había dicho, cogéte a las que quieras, pero no las traigas. Sí, tío, le dije, estoy en penitencia desde hace mucho. Y más te vale seguir,

Tomás. Tu viejo, querido, era mi hermano. Sí, tío, sí, vos me salvaste. Sin vos, estaría en la cárcel. Sin vos, tío, mi vida no valdría nada. Sin vos, tío, el país se vendría abajo.

Busqué en la cartera de Claudia algún documento. Ahí estaba, por suerte. No por nada era una mujer adulta que no salía sin su documento, aunque fuera escondido en la bombacha. No era el caso, pero ahí estaba. Calle Sarmiento, cerca del Abasto. Muy cerca. Y las llaves en la cartera, junto con el estuchecito de los cosméticos y la cajita de píldoras, de varios colores, alguna de las cuales detendría al peligroso espermatozoide que se infiltrara en la entidad de su departamento privado. La píldora anónima, como todo buen asesino bienintencionado.

Era el tercer piso de un edificio viejo, con ascensor de jaula que rechinaba en medio de la madrugada a las tres de la mañana. Cruzamos el pasillo, ella murmurando entre sueños, yo buscando la llave correcta. El felpudo de la entrada fue lanzado por sus pies hasta cerca de la escalera, allí quedaría hasta la mañana. Desde las puertas de los vecinos, sin duda algunas mirillas debían estar espiando sin contemplaciones.

Adentro, la dejé en la cama, le saqué la ropa y fui al baño, antiguo como el edificio, de sanitarios con herrumbre, pero de losa tan sana como ya no se fabricaban. El botiquín lleno de cachivaches de mujer sola, lápiz de labios gastados, toallitas higiénicas, algodón usado, papel higiénico en el piso, frascos de píldoras sin nombre, peines de diferentes tamaños y fragmentos de espejitos rotos. En la bañera, corpiños y bombachas colgando de los grifos y de la ducha. Me abrí paso entre esas cortinas de ropa interior, me desnudé y me di una ducha. Volví al dormitorio. Claudia me miraba.

- ¿Cómo estás?

-Con ganas de vomitar, pero ya se me va a pasar.

Me miraba con cierta ofuscación.

- ¿Qué pasa?

-Nada.

Ella miraba a un hombre desnudo que estaba en su dormitorio, a quien había conocido dos horas antes, que la había emborrachado, quizá, y que sin duda era un milico más, a juzgar por la familiaridad con la que lo había visto actuar esa noche. Pero nada de eso era del todo cierto. Nadie la había obligado a beber de más, ni a conversar con ese hombre ni a manosearse

con él. Era por eso por lo que los vecinos la juzgaban. Nos habrían visto entrar en plena noche y en pleno escándalo de ascensor, pasos fuertes, risas inevitables y ruido de llaves. Pero el mañana no llegaría hasta mañana.

Claudia se sentó en la cama, me agarró las manos y las apoyó en sus pezones. Y ella puso su cabeza sobre mi pelvis, simplemente apoyándose, y la sentí llorar un poco, sólo un poco. Luego, hicimos el amor, si es que así puede denominarse. No había vuelto a preguntarme mi nombre. Seguramente, ya no le importaba.

2

Mi relación con las mujeres es ambigua, es inconstante, hasta podría decir que es inexistente. Está la historia de mi madre para explorar el tema, pero eso vendrá después. Primero debo hablar de Laura Casas.

Era hija del panadero del barrio en el que vivíamos, en La Plata. Crecí viéndola crecer al mismo tiempo que yo, pero no nos juntábamos. Iba a la escuela pública, mientras que a mí me mandaban a las dependencias del Colegio Militar en La Tablada primero, luego en El Palomar durante la secundaria. Papá me llevaba y me traía todos los días, porque para ese entonces lo habían licenciado por hechos supuestamente violentos que él nunca quiso explicarnos, hasta que lo vimos hacer lo mismo en casa. Pero claro, esa es otra parte de la historia. La cuestión era que Laura se movía con toda familiaridad entre los varones del barrio, que eran mayoría. Las otras chicas no salían a jugar por las tardes, y aunque de Lidia Cortez se hablara mucho y poco se supiera con certeza, se comportaba casi como una adulta.

Laura creció entre juegos de calle en las veredas, entre perros vagabundos y los chicos a los que yo miraba con envidia desde el auto en que mi viejo me llevaba y traía de la escuela. Como el viaje era largo especialmente a la vuelta, ellos ya estaban en la calle, corriendo, molestando a los perros de las Cortez, y parados en la puerta de la panadería. ¿Si yo me había enamorado de ella? Supongo que ya lo estaba

en esa época, ¿cómo evitarlo viendo a la distancia el pelo castaño claro y salvaje mientras corría y sudaba en el verano, o la forma en que se ponía los guantes, lentamente, acomodando dedo por dedo, en el invierno, orgullosa de esos guantes de lana que supe, más tarde, le había tejido la madre?

Cuando Clara Palacios murió de cáncer, ella salía únicamente en invierno a dar vueltas por la plaza. Fue entonces, cuando ambos ya habíamos terminado la secundaria, y mientras trabajaba en el negocio del padre despachando el pan y las facturas tras el mostrador, y cuando yo había conseguido un puesto de oficinista en una empresa de heladeras en Devoto, me decidí a enfrentarla.

No sé por qué motivo uso esta palabra tan batalladora. Creo que veía a Laura como una presea a conquistar, abriéndome paso primero entre los chicos del barrio, que se habían esfumado en sus propios conflictos y la habían dejado sola, y luego en el interior de la panadería, tan urbanamente aristocrática, tan llena de aromas que parecían nacer cada mañana, morir con pausa de años en las tardes, y renacer apenas amanecía al día siguiente. Y por sobre todo, vencer la presencia de Oscar Méndez, ese muchacho que tenía nuestra edad, que se había venido de Buenos Aires con cara sumisa y un tartamudeo que siempre me pareció fingido. Trabajaba de cualquier cosa en el negocio, pero la mayor parte del tiempo hacía de repartidor. Se levantaba muy temprano, apenas un poco después que Casas, preparaba la bicicleta con canasto como si fuese su Rolls Royce particular, y luego cargaba en la canasta de mimbre los panes recién salidos de la hornada. Yo también madrugaba para tomar el tren a Buenos Aires, y me lo cruzaba con un saludo casi mudo, él vigilándome al alejarme, de reojo, enojado por mi silencio y mi pulcro traje, con el diario bajo el brazo. Él, bajo, fornido, con boina, pelo corto y casi rubio, y ya fumando.

Para no ser menos, yo sacaba mis Jockey Club y seguía caminando en la oscuridad matinal del invierno hacia la estación. Pensando, conjeturando en qué hacían Laura y Oscar en los ratos libres, acodados en el mostrador cuando ya la hora de la merienda había pasado. En el tren veía a los otros muchachos del barrio que se habían convertido en viajeros de comercio, los escuchaba hablar de mujeres y sus palabras me excitaban. Me tapaba el pantalón con las hojas abiertas de *La Prensa* mientras creía que el corazón me delataba.

Fue entonces, repito, y una de esas tardes de vuelta a casa a las seis y media de la tarde, bajando del colectivo, cuando me decidí a hablarle a Laura. Pasé frente a la puerta del negocio, apoyé la mano en el picaporte de la doble puerta de madera, alta y angosta, como si entrara en una *patisserie* de Lyon. Y allí estaban ambos, riéndose, porque fueron sus risas las que percibí antes de verlos acodados en el mostrador, hablándose sin vergüenza, sin enconderse porque no había nada que ocultar. Un chico y una chica apenas salidos de la adolescencia, conversando, riéndose, probablemente, de pavadas. Eso era lo que yo no entendía y me aislaba: mi penumbra exterior era un estigma. ¿De dónde había nacido? Desde que podía recordarlo, siempre había estado ahí. De la mano de mi padre iba todas las mañanas a la panadería cuando era un niño, conocía el lugar y todas sus escasas modificaciones a lo largo del tiempo. Casas intentaba regalarme un caramelo que sacaba del botellón de vidrio cuando veía mi cara asomándose apenas en la superficie del mostrador. y siempre mi padre rechazaba el ofrecimiento, hasta que yo mismo aprendí a hacerlo. Pero Casas no había cejado en su empeño.

La voz de Laura tenía las mismas entonaciones del padre. Y me quedé en la puerta un segundo apenas, para retroceder inmediatamente, y esperar, no sé qué, en la vereda, como hacía Duque, mi perro, cuando nos acompañaba.

Al fin de cuentas, me dije, Duque me esperaba en casa. Desde la mañana temprano en que yo salía apenas con un mate en el estómago, dejándole preparadas el agua y la comida para todo el día. Ya estaba algo viejo, y a veces lo encontraba en la misma alfombra donde lo había dejado acostado al irme. Se agitaba al recibirme, obligándose a levantarse con esfuerzo, él, antes tan musculoso, tan intrépido siempre. Un dóberman que mi padre me había regalado, apenas cachorro, de color casi rojo, que mi madre calificó del color del óxido. ¿Me pregunto si ella vio algo diferente en Duque? Como si ya viera la herrumbre y la vejez del alma de mi perro. Porque, aunque inquieto como todo cachorro, tenía en la expresión de su mirada una especie de pesadumbre a la que me sentí unido. Mucho después sabría que mi viejo lo había traído del campamento de La Tablada, esperando que Duque fuese el perro de vigilancia para cuidarnos. Nunca lo fue del todo, siempre había algo a lo que Duque se resistía. Papá, sin saber cómo llamar a esa negativa, la calificó de cobardía, de mariconadas en las

que yo lo protegía. Ya grande, Duque se acostaba en mi cama al dormirme y no se levantaba hasta que yo lo hacía. Muchas veces, con los ojos cerrados, lo escuché gruñir. Tal vez fuese papá quien se acercaba, o mi vieja, tal vez, para arroparme.

Crecí con Duque como con un hermano, o más que eso. Me acompañaba a la estación a veces, seguía al auto cuando me iba al colegio, recorría el barrio en mi ausencia. Pocos lo querían, y únicamente fue Laura quien se agachaba a acariciarlo cuando se sentaba ante la puerta del negocio. Los perros de las Cortez ladraban como las furias del infierno, pero él, como si nada, sometía su cabeza a la caricia de Laura.

Esa tarde me fui a casa, acobardado, intentando convencerme de que me había humillado a mí mismo con ese intento frustrado, porque de esa forma me disfrazaba. Pero las palabras de mi viejo se repitieron como una lluvia de piedras en mi camino, como si hubiese presenciado aquella escena. Él estaba en todos mis actos, antes y después de hacerlos, porque estaba en mi cabeza, en algún galpón repleto de armas, aceite y cigarrillos, igual a los dormitorios de los conscriptos, de duchas sucias, de paredes con inscripciones obscenas, de inodoros sucios. La promiscuidad de los varones, había dicho mi madre, era lo que temía para mí. Por eso discutían con mi viejo, por eso él había traído a Duque, como si el perro fuese a enseñarme, pero lo que nunca sospeché fue que el alma de Duque era más noble que cualquier adoctrinamiento militar, que tal vez sea una de las más estrechas formas de la obsesión. La más rala, la más dura y severa, la más recalcitrante a cualquier incursión del sentido común. Evadiendo la filosofía, se enclaustraba en los cánones de la religión. Ambas, hermanas que se odian y que no pueden vivir una sin la otra.

Cuando entré a casa, escuché el sonido del tren a lo lejos, en su última salida a Buenos Aires, ya tarde. Esperé el habitual aullido de Duque al silbido del tren, como dos largos cantos resonando por las calles de La Plata.

Me recibió el silencio. El silencio era un intruso a esas horas en mi casa, una bestia que se había introducido aprovechando mi ausencia. ¿Y dónde estaba Duque para ahuyentarlo? Lo busqué en la cocina, sus platos estaban todavía llenos. Lo busqué bajo la mesa del comedor y en el patio trasero. El último lugar fue mi dormitorio, porque nunca se acostaría antes

de que yo llegara. Abrí la puerta, encendí la luz. Ahí estaba, muerto en la cama.

Me senté, le acaricié el lomo, tieso. Debía haber muerto durante la mañana. Y yo trabajando como si nada importante sucediese en mi casa. Me habría llamado con un quejido suave, quizá, pero estoy seguro de que ni siquiera eso se había permitido. Desde hacía varios años convivía con la soledad, y cuando me recibía, era a su propia conciencia a la que daba la bienvenida. Las horas del día eran de vigilancia alrededor del armario que tapiaba la puerta condenada. Que nadie saliera ni entrara era su consigna aprendida una noche de invierno, mientras resonaba el tren a lo lejos.

Levanté el cuerpo, lo envolví con las sábanas que había ensuciado luego de morir, las viles, las traicioneras secreciones del cuerpo que delatan la porquería de que estamos hechos, ellos y nosotros. Los hombres y los perros.

Lo enterré en el patio, bajo la luna de esa noche que ascendía sobre la ciudad. Ya no estaría su aullido para adorarla. Un ladrido menos en el mundo como una voz irreparablemente perdida para siempre.

Estaba desolado, aunque suene sentimental y trillado. Ahora, si bien lo pienso, mi discurso es poco emocional, distanciado de las circunstancias. Eso lo ha aprendido mi alma a lo largo del tiempo: tejerse un pullover con lana de acero. Aún veo las cosas del pasado y sus olores, pero no puedo tocarlas. Únicamente ha persistido la tersura del pelo de Duque en mis dedos al tocarlo aquel día de su muerte.

¿Puede una mujer enamorarse de un hombre triste, apesadumbrado? ¿Incluso hosco y cerrado? Yo era todo eso, pero también fui el hombre que a la tarde siguiente regresó al barrio, sabiéndose solo en una casa habitada por fantasmas y cadáveres viviendo tras una puerta tapiada escondida tras un armario. Llena de olores, por supuesto, a mugre, a orina, a comida olvidada en platos coronados de moscas.

Una mujer, sin embargo, como Laura Casas, se conmovió por mi pérdida.

Al bajar del colectivo en la esquina, la vi a la distancia tras la vidriera. Estaba sola, y me vio. Entonces supe que se había enterado, porque la vi desabrocharse un botón de la blusa y se acodó en el mostrador, esperándome. Entré, nos saludamos como siempre, compañeros de edad y

de barrio. Sabíamos, ambos, cómo era el otro cuando era chico. Nos habíamos visto crecer a la distancia de una cuadra, pero como de dos mundos diferentes.

-Se murió Duque- le dije.

Ella me miró de una forma que nunca había visto, porque mi vieja se había muerto hacía mucho tiempo. Era conmiseración, como una cadena que la envolvió transitoriamente, hasta que sacudió su espíritu primero, y luego su cuerpo. El cuerpo de Laura Casas, con manos a veces con harina, a veces con el agrio olor de la levadura, otras con un perfume viejo y delicado que debió haber pertenecido a su madre. El olor del anís, quizá.

Me acodé frente a ella. No lloraba, pero tenía los ojos vidriosos. Yo, no Laura. Ella simplemente me agarró de las manos, las acarició y las apretó.

-Me acuerdo cuando se sentaba ahí nomás, cerca de la puerta, olisqueando el aire. Era un señor de otros tiempos, apropiado para otros tiempos.

La miré, asombrado de la perspicacia de su intuición, burdo nombre para algo más que yo no entendía.

- ¿Vos creés que él me realzaba, que me hacía honorable? - Muchas veces había pensado tal cosa con esas palabras, pero a nadie más que a Laura podía preguntarle sin que se riera de mí.

- ¿Pueden amar los perros? - me contestó. -Qué sé yo. No están invadidos de discernimientos lógicos ni con los parámetros de la educación. A pesar de la domesticidad, conservan la prioridad del instinto, que es el todo o nada de la supervivencia. Nos quieren o nos detestan, no hay término medio. Duque y vos fueron almas gemelas, a lo mejor. Dos enamorados ajenos a las incertidumbres del sexo y de la especie.

Laura Casas, como un filósofo del siglo XVIII, me llevó al terreno de las ideas en medio de una panadería que se estaba muriendo ese día como se moría la tarde en la vereda. Entonces vi la sombra de Duque, por primera vez, a mi lado. Mi cerebro la construía, es verdad. Pero no su ladrido ni el olor de su pelo, que siempre estuvieron presentes desde entonces. La voz de mi padre se eclipsaba cuando el ladrido de Duque aparecía en ese mismo galpón de gendarmes de mi mente. Mi padre no lo esperaba, tranquilo y acostumbrado a su presidio. No esperaba perros, y menos a Duque. Pero cuando Duque se murió, pudo entrar, por fin, a la habitación, sin necesidad de rascar el piso ni rasguñar la madera del armario.

Laura y yo estuvimos juntos desde entonces. Dormía conmigo algunas noches de la semana. Tendía la cama, barría o cuidaba la casa los domingos cuando no trabajaba. Pero siempre que salía del negocio, iba a casa y me preparaba la cena. Conocí mi cuerpo cuando la conocí a Laura. Era extraño que alguien como ella me quisiera de tal manera, mirándome mientras estábamos en el patio escuchando el tren de la noche. Hablábamos de nuestros padres, pero pronto la conversación se interrumpía en un quejido que ambos escuchábamos y no sabíamos de dónde llegaba. La tumba del perro estaba cerca, en lo que era el sendero para el auto que yo había vendido.

-Parece que se remueve...-dijo Laura, sonriendo, bromeando.

-A lo mejor, al escuchar el tren, quiere ver la luna y alcanzarla.

-Qué romántico-dijo ella, con sarcasmo. Yo pensé que la frase heriría su femineidad, la supuesta delicadeza con esa imagen siniestra. Con tales estupideces me defendía yo, mero espectro de un hombre. Ella apenas empezaba mi adiestramiento.

-No quise burlame, Tom.

Así me llamaba. Ni Tomás, ambiguo tratamiento de casi desconocidos, ni Tommy, trivial y trillado. ¿Como Tom Sawyer, tal vez? La asociación estaba implícita en esa época apenas salidos de la escuela. Yo no era el aventurero Huckleberry Finn, sino el más tímido Tom, el que necesitaba el empuje de los demás, y ahí estaba Becky-Laura para agarrarme de la mano y sacarme a la calle. Por supuesto, yo era un Tom Sawyer psicópata, que veía fantasmas de perros muertos y tenía en la infancia una no aclarada todavía historia de violencia.

Laura era un sube y baja de la realidad a la fantasía, una montaña rusa de palpitaciones, de frustraciones y continuas dudas. Y cuando la meseta de nuestras costumbres se fue asentando, a ella se le ocurrió darme una sorpresa.

Fue una tarde de diciembre. Hacía casi seis meses que Duque había muerto. Cuando regresé a casa encontré el pasillo del armario obstruido por el mueble, que había sido corrido. La puerta tapiada estaba abierta. Vi a Laura apenas traspasando el umbral, rodeada del olor inconfundible. Y la vergüenza se me vino encima como si la inmensa luna de esa noche estuviese derrumbándose sobre la casa. Un perro, un cachorro, ladraba con furia hacia la cama. Entonces salí corriendo al patio, agarré la pala, y me

puse a cavar con desesperación. Necesitaba ocupar mis brazos enfurecidos, recuperar al ser que me había defendido y era mi escudo, mi compañero, mi simbiosis. Mi arma y mi alma.

Entonces sentí en la espalda las manos de Laura, firmes y delicadas, acariciándome, y luego me rodeó el cuerpo y me abrazó apoyando la cabeza en mi espalda. Tiré la pala al suelo y me puse a llorar como ni un chico lo haría.

-Tanto tiempo, querido, y tan cerca que estábamos. Nunca me dijiste nada, y yo siempre aguardando.

A Laura ya nada la asustaba. O si algo lo hacía, ella destruía el miedo con los gérmenes de la despreocupación. Lo irreparable para ella no era inservible, construía un pequeño mundo con los escombros, aún con un vestido nuevo que se desgarraba y las uñas rotas.

Lo que vino inmediatamente después, fue la prueba de fuego para ambos, pero sobre todo para Laura. Lo mío fue una cuestión de varios días detenido, esperando que mi familia, es decir, toda la banda castrense que formaba el círculo del que yo había intentado evadirme con mi personalidad pusilánime, para algunos, y mi ostracismo, para otros, hiciera lo que tenía que hacer. De esa manera, esquivé los recursos de la justicia, pero tuve que someterme a la del tío Ángel, que como correspondía y a pesar de su nombre, era un guardián más parecido a un Cancerbero. Tenía múltiples cabezas, tantas como sus intereses, y de sus manos, ni hablar. Parecía estar en todo y en todas partes. Manejaba la política castrense desde el despacho del Círculo Militar, merendaba en el Jockey Club y se quedaba hasta la noche arreglando sus asuntos de empresas. Las aguas del Río de la Plata cerca de la Costanera y alrededor del Club solían ser un enjambre de lanchas que venían del Uruguay y del Brasil. Dos veces por semana iba al Hotel Castelar y pasaba toda la tarde en el sauna, haciendo negocios, por supuesto, pero sobre todo política, decía que allí se relajaba y podía pensar mejor. Y los hombres en pelotas o cubiertos con una toalla son más susceptibles a decir verdades que en una oficina vestidos con trajes y corbatas. La corbata es el invento más atroz, solía decir. Con la excusa de la elegancia o la uniformidad, es el disfraz más infalible inventado por el hombre.

Me ordenó que dejara la casa de La Plata, alguien se encargaría de cuidarla o la vendería. ¿Tenía novia? Se sorprendió un poco, preguntándose qué tipo de mina saldría conmigo. Se sorprendió aún más cuando supo de quién se trataba. No eran los Casas una familia de su interés más que como fachada de normalidad. Las Palacios y sus maridos entraban en el circuito de su mundo. Clara, la madre de Laura, ya estaba muerta. Estela era la esposa de César Gonzaga, nieto del viejo mentor de mi tío. Y la otra, la mayor de las tres, la oveja negra, como le decían, era la madre de los Espinoza, que unían el campo y la ciudad con sus rastros de sangre.

Pero lo que interesaba a Laura era su parentesco con la prima Graciela Gonzaga, de Quilmes, que por ese entonces había muerto. Decían que estaba loca, y para demostrarlo se había suicidado tirándose bajo un tren. En fin, después de un tiempo, los Gonzaga alquilaron la casona inglesa y Laura arregló un alquiler muy bajo, según me contó, pero creo que mi tío influyó en el convenio. De esa manera, Laura había conseguido lo que esperaba, no tanto darse alardes de aristocracia viviendo en esa casa, sino escarbando en las pinturas de su prima, trayendo marchands para cotizarlas, y viendo posibles compradores. Y yo me construí una vida nueva, más cercana a la red del tío Ángel. Eso era lo conveniente para todos, pero ¿éramos felices? ¿Todo había sido motivado por nuestro amor? Lo que nos unía era toda una infraestructura de familias y negocios, algunos todavía por revelarse. Lo que nos unía, también, era una especie de mezquindad del alma de cada uno. Ninguno necesitaba al otro para sobrevivir al naufragio de sus emociones, simplemente nos habíamos elegido como quien reencuentra una perdida y añorada pertenencia. Duraría tanto como durara el entusiasmo, quizá.

Las pinturas de Graciela tenían cierto valor, si no por un elevado talento, sí por la originalidad de la temática, acorde con aquellos tiempos en que los simbolismos personalizados en seres y ambientes oscuros sugerían atrocidades escondidas. Aunque mal visto por la oficialidad reinante, ese arte crecía por el *underground* porteño por donde deambulaban intermediarios y turistas. Yo conocía muchos militares de alta cultura que no congeniaban con la dictadura, y también quienes lo hacían por propio interés, pero sin participar en los eventos políticos. Eran los mismos que comerciaban con las oportunidades, igual que lo hacen las fábricas de armamentos y laboratorios químicos durante las guerras, sean

donde sean. Se hicieron eventos en la casona, y me sorprendió la facilidad con que Laura se adaptaba a esa forma de vida peculiarmente diferente a la que había llevado hasta entonces. Los Gonzaga le habían dado contactos: museos, marchands y ciertos nombres de afuera. La casona se iluminó por unos cuantos meses con discreción, por supuesto. Laura y yo éramos dos misterios ambulantes para los vecinos. Nos respetaban porque se habían formado dos leyendas a nuestro alrededor: la fábula de la bella provinciana que brilló apenas se pulió su superficie con cultura y con dinero, y la siniestra e interesante historia del hombre callado protagonista de un macabro episodio que nadie creía del todo.

No teníamos perro. El cachorro que Laura había llevado a mi casa se escapó con el revuelo que se armó esa noche entre policías y ambulancias. Yo tenía la compañía de Duque a mi lado, la sombra del perro y sus ladridos. Bajaba conmigo los peldaños de la casona inglesa, su espectro se dibujaba en los muros de las casas quintas, su ladrido acompañaba el vaivén de mis pasos ante el sincopado ritmo del tránsito.

Y un día apareció Oscar Méndez. Lo encontré conversando con Laura en la puerta. Bajo el cielo encapotado de nubes grises, ensombrecido aún más por los árboles que flanqueaban la entrada, Oscar parecía haber nacido en esa pequeña selva artificial. Mi miró llegar por la vereda con esa sonrisa autosuficiente que yo había llegado a aborrecer.

- ¿Qué tal, Ansaldi? Gasto en verlo- dijo, extendiendo la mano.

Saludé, pero me traicionó la voz.

- ¿Qué hace por aquí Oscar?

-Papá lo echó-dijo Laura.

No me sorprendía. El pibe de los mandados se había hecho un hombre difícil en los últimos tiempos. Fornido, demasiado trigueño, barbudo y de ojos hoscos. Nadie confiaba en él porque mentía con desparpajo, y si lo confrontaban, no se inmutaba.

-Viene a ver si consigue trabajo. Le dije que pregunte en la construcción de a lado.

Estaban construyendo un edificio de departamentos en el baldío adyacente, y aunque desentonaba en el aspecto residencial del barrio, no se podía hacer nada. Laura habían insistido en que hablara con mi tío. Lo único que conseguí fue un encogimiento de hombros y un empujón en la

espalda. Dueño de muchas cosas, ya ni debía acordarse de esa perdida empresa de construcción.

- ¿Entonces pensás quedarte a vivir en Quilmes? - le pregunté.

-No se asuste, Ansaldi-dijo, mirando a Laura de reojo con esa complicidad de siempre. -Alquilé una piecita a pocas cuadras. Mañana vuelvo temprano. Quién sabe, a lo mejor tendrán que tirarme un sánduche por encima de la medianera al mediodía.

Desde el día siguiente trabajó en la construcción. Sabía que veía a Laura de tanto en tanto, pero ignoraba que esos encuentros eran en la casa, después de las tres de la tarde, cuando se suponía que los albañiles no terminaban su turno sino hasta las cinco. Fue una tarde que llegué temprano. Ambos estaban en el living que ya no tenía el aspecto de cuando la prima Graciela vivía, llena de cachivaches, muebles y muñecos de peluche. Ahora reinaba la austeridad y los colores apagados, y uno o dos cuadros de Graciela con sus figuras de hombres cabizbajos. Estaban sentados uno frente al otro, él con un codo en el apoyabrazos y fumando un cigarrillo, la ceniza cayendo en el cenicero apoyado en el sillón. Ella seria, con las manos entre los muslos y las piernas cruzadas, como si tuviese escalofríos. Los encontré en silencio, igual que dos actores de teatro en una larga pausa marcada por el autor. Escucharon mis pasos en la escalera, me dije.

-Buenas tardes, Tomás. Ya me iba...-Oscar se levantó y me estrechó la mano.

- ¿Cómo? ¿Hoy no trabaja?

Se cruzaron una mirada con Laura.

-Paralizaron la obra, Tomás, por irregularidades en los contratos. Lo de siempre, pero esta vez alguien deschavó el asunto.

Cuando Oscar se fue, Laura me preguntó en el dormitorio mientras nos desvestíamos para acostarnos:

- ¿No habremos sido nosotros y nuestra queja?

Le contesté con otra pregunta, que tampoco contestó.

- ¿Oscar viene muy seguido?

Días después, el tío Ángel nos visitó para cenar. Había llamado esa misma tarde para avisar. Laura lo conocía, pero estaba ansiosa por preparar las cosas.

Llegó a las nueve y pico de la noche, y como había traído un par de pizzas grandes y dos botellas de cervezas de las buenas, el pollo al horno se quedó esperando mientras se enfriaba lentamente. El tío intentaba ser condescendiente y conversador, casi no reconocí esa faceta de él, porque casi nunca la había presenciado, salvo alguna vez cuando nos visitaba antes de la muerte de mamá. Yo era muy chico todavía, y lo único a lo que prestaba atención era a mi cachorro. Los hermanos Ansaldi conversaban en la sala, bajo la luz de una lámpara de pie entre los sillones en que cada uno estaba sentado, fumando, diciendo palabrotas de vez en cuando, carraspeando, tomando whisky tras whisky. Organizaban el país, eso me había dicho mi madre la noche que me descubrió espiándolos desde el pasillo.

Después de la cena, se negó a que Laura levantara las cajas de cartón.

-Dejá, dejá nomás... Estaba pensando...ese chico, Oscar, es un pibe muy despierto, ¿no es cierto? Ustedes que lo conocen más, podrán decirme.

Nos miramos con Laura, con ironía, y el tío pescó la idea.

-Bueno, la cuestión es que me llegaron ideas que este pibe se encargó de difundir entre los obreros, y el capataz los escuchó hablar, y claro, como todo buen empleado fue a informarme. Inteligente el pibe, ¿no?

Esas maneras le gustaban al tío, las escabrosidades indirectas, los laberintos que disimulaban las verdaderas intenciones. Eso le había gustado de mí cuando descubrió lo que yo había ocultado todos esos años en La Plata, aunque su propio hermano fuese la víctima.

-Lo mandé llamar. Me explicó con total desparpajo su idea. El edificio de al lado representaba muy poca ganancia comparada con la utilización de la casona.

-Tenemos que irnos, entonces -dijo Laura.

-Sí, es necesario. Pero ustedes administrarían el negocio desde donde quieran. Hasta pueden volver a La Plata y manejar todo desde ahí. Algún que otro viaje una vez a la semana o cada quince días, para ver cómo anda la cosa.

- ¿Y qué tipo de negocio sería?

El tío se ofuscó.

-Me extraña, Tomás. Realmente me decepcionás, querido. La casa, el barrio, una casa de prestigio...

-Ya entiendo-dije.

Laura cayó un rato después.

- ¿Y los Gonzaga?

-Ya están en el asunto, por supuesto. No tienen alternativas. Los campos se están empobreciendo, las rentas ya no se mantienen. Los padres de Graciela están muertos, y el viejo general, que todavía aguanta, vive en la idiotez de un mundo que ya no existe. Cuando me mira, cree que soy su hijo. El pobre César era un debilucho, un cero a la izquierda, un maricón que se casó para demostrarle al viejo que también podía ser hombre cuando quería. Pero no le gustaba mucho, parece...

- ¿Y quién manejará los negocios desde acá, entonces? -pregunté.

Laura se levantó y sacó las cajas de cartón con restos de muzzarella y salsa de tomate. Una aceituna abandonada rodó por el mantel y cayó al piso. La sombra de Duque se escabulló, creo, a buscarla.

- ¿Quién va a ser, imbécil? Oscar, por supuesto.

Era la voz de Laura, pero era mi padre quien hablaba. Se fue a la cocina. El tío dijo un par de trivialidades y se despidió.

Después, en la cocina, me preguntó:

- ¿Vos querés esto?

-Estoy en sus manos por el resto de mi vida.

-Pero no yo. No quiero vivir con las ganancias de un putero.

-Uno de lujo, que ni siquiera lo parecerá desde afuera.

-Pero la casa de mi prima, Tomás, convertida en eso. Los dormitorios... Me da tanta vergüenza.

Lloraba, pero no había llanto. Tenía las manos apoyadas en la mesada de la cocina y los hombros levantados. Un repasador sobre el hombro, como en la cocina de la panadería. La abracé como ella lo había hecho aquella noche, de espaldas. Le besé el cuello y la nuca. Le mordí suavemente los lóbulos de las orejas. Le levanté la falda del vestido y le bajé la bombacha. Así, sobre la mesada de la cocina, le demostré que no era necesario ir al dormitorio para hacer lo que los hombres y las mujeres harían en esa casa. Nos quedamos sentados en el piso. Un rato después, dijo:

-Tal vez sea lo mejor. ¿De qué íbamos a vivir? ¿Del negocio de papá? ¿De tu trabajo de oficina? Los cuadros, también, ya se han agotado.

La miré y supe que Laura Casas, la hija del panadero, había desaparecido. Ahora se parecía a la madre, que según decían, había sido amante del tío de Oscar antes de morir.

Oscar volvió muchas veces como dueño de casa. Entraba y salía a cualquier hora con hombres que se encargarían de las modificaciones del interior. Nosotros preparamos nuestras cosas. Habíamos decidido regresar a La Plata, a la vida cotidiana y a la expectativa de cómo progresaba el proyecto. No sé si Laura imaginaba algo más tortuoso que un simple prostíbulo de lujo en un barrio elegante, donde irían hombre de muchas plata, y por supuesto gran parte de la Junta Militar pasaría por lo menos una noche. Yo sabía, sin embargo, que tras la doble fachada de la casona elegante y el putero de lujo, había otras realidades, muy frecuentemente. Las putas se mueren, las putas se contagian y se enferman. Los cuerpos no duran mucho. Lo único que persiste son los restos, la basura, los engendros que va a toda hora no por sexo, que al fin de cuentas es tan efímero como una mariposa. El sexo eclosiona y se muere, estalla y hay que esperar hasta la próxima vez. El sexo no soporta mucho, y tiene su propio límite. Pero las drogas duran mucho más, aguantan tanto que es increíble ver la capacidad del cuerpo de los hombres. Y cuando el cuerpo no aguanta, ahí están los restos para alimentar la tierra de la resurrección. No sé cómo explicarlo metafóricamente para que suene menos cruento.

Los restos.

Los cuerpos de los muertos.

El comercio.

Digo, muchas veces sucede. No es necesario una carnicería ni un matadero, ni un campo de concentración. Una casona victoriana con cielo rasos ornamentados es también una jaula, un matadero, un frigorífico.

Laura se tomó el trabajo con responsabilidad, aunque no la tuviera. Los resabios de la educación que le inculcaron no concebían el vivir sin trabajar, y una vez velados y borrados los prejuicios que implicaban su nueva actividad, el resto era lo mismo que trabajar en la panadería. Ver los libros de gastos y ganancias, el cuidado de la casa, hablar con las mujeres. Salía temprano y volvía antes de que oscureciera. No le interesaba ver los estragos que hacía la noche con las mujeres y sus clientes.

Cada vez fue más seguido. Al principio iba una vez por semana, luego dos y a veces pasaba el fin de semana de Buenos Aires. No se quedaba a dormir en la casa, dijo. Pero yo estaba seguro de que veía a Oscar, que era el patrón, por supuesto. ¿Qué hacía tanto tiempo allá?, le pregunté muchas veces. Organizando, me repetía. La cuestión es que la repetición de la pregunta fue cimentando capas de separación entre nosotros. No quería contestar porque no quería revelar lo que le pasaba en la casona, y yo debía haber viajado con ella, o incluso sorprenderla llegando un día después. Pero no fue necesario.

Laura era un alma práctica, como casi todas las mujeres que llegué a conocer. Las que no lo son, no suelen sobrevivir. Pero ella se fue abriendo paso en cada naufragio de su vida, igual que la madre. Sólo las mataría una catástrofe natural o una grave enfermedad, pero nunca el remordimiento. El sentido de la culpa era tan efímero para ellas como una mariposa o esas semillas del diente de león que bailan con la brisa y que llaman *panaderos*. No es casual la simbología, por supuesto, aunque no se me hubiese ocurrido a mí, sino al mismo viento que arranca los elementos de las circunstancias para construir el edificio del destino.

Un día se sentó en la cama, se quitó los zapatos. Vivíamos en mi casa, en la casa de mis padres. El dormitorio clausurado, ahora estaba vacío.

-Estoy embarazada- dijo.

Yo estaba sentado de espalda a ella. Así hablábamos en esos últimos tiempos, hacia las paredes que teníamos enfrente. No esperábamos respuestas.

- ¿Desde cuándo? - pregunté, pero ya sabía que no habíamos hecho el amor desde hacía dos meses por lo menos.

Se fue al día siguiente a la casa de su padre. Oscar volvió a La Plata esa semana y se casaron. Ambos siguieron trabajando en la panadería, Oscar como socio. No pregunté qué había pasado con el negocio de la casona.

Fue una semana después del civil cuando salió en la televisión que habían matado a una prostituta en un prostíbulo de Quilmes. Una casa elegante donde encontraron hombres desnudos y una mujer descuartizada. La investigación estaba bajo la ordenanza de los jueces designados por la Junta Militar.

Un día me crucé con Laura en la calle. Tenía siete meses de embarazo, la cara flaca y ojerosa.

- ¿Cómo estás? -.me preguntó.

-Bien, ¿y vos?, por lo que veo, para dar a luz antes de tiempo.

Rechazó mi malicia con desgano.

- ¿Y Oscar, che?

El hombre era ahora un marido ejemplar, como el camaleón que se mimetiza para pasar desapercibido mientras prepara el escenario de su próxima catástrofe. El nombre de Oscar Méndez circuló por el Jockey Club, y en el sauna del Castelar, y en todas partes a donde el tío me hacía acompañarlo ahora que yo había vuelto a estar solo. Mejor así, pibe, me había dicho, así te puedo cuidar mejor. No le importaba el fracaso del putero de Quilmes, ya habría otra oportunidad cuando la noticia del crimen muriera bajo el peso de acontecimientos más importantes.

La guerra, por ejemplo.

El nombre de Oscar surgiría como autor de cada crimen, como testigo de cada orgía. Fuese o no cierto, hoy era un futuro padre de familia. Su mujer debía quererlo, supongo, por más que la viese caminar llevando el peso de su embarazo como un estigma a la casa donde él la esperaba.

¿Qué le había hecho?, me pregunté. Probablemente nada que ella no hubiese querido.

Ese es nuestro drama. Lo que deseamos nos condena.

3

Me desperté soñando con Laura. Era inevitable que así sucediera. Fuese con quien estuviera y el lugar donde me tocara estar esa noche o ese día, el cuerpo de una mujer que no fuese Laura me evocaba, sin embargo, su cuerpo. ¿Cómo puede que ser una mujer le hiciese eso a un hombre? Tal vez porque fue la primera de las que me enamoré, o quizá porque fue la única. ¿Cómo evadirme de su recuerdo en las veredas del barrio, esquivando o acariciando perros, o llevar entre los brazos dos o tres paquetes de facturas que su papá le había encargado para algún vecino? Escaparme de eso sería evadirme de la pena, y eso es lo que no quiero. Y la angustia se alimenta del recuerdo que se encarna en mis sueños.

Despertando en el departamento de Claudia ya cerca del mediodía el sábado de la aglomeración en Plaza de Mayo, yo sentí una opresión en el pecho. Cada mañana era como una obligación que no podía cumplir, una asignatura pendiente. Cada mañana la maestra que me enseñaba a vivir era distinta, y esta vez Claudia Pereyra ya se había levantado. Las sábanas de su lado, arrugadas y en el medio una toallita higiénica medio sucia, y en el piso, una bombacha. Dios, me dije, ya empezamos otra vez, porque el roce de la sábana y el pensamiento de esa noche volvieron a excitarme. Me levanté, desnudo, y me metí en baño. La luz que entraba por la ventanita delataba el polvo y la mugre, sobre todo el óxido de los grifos. Ese color rojo del que mi perro tanto se jactaba, como si hubiese nacido viejo. Eso era lo que decía mi madre, y lo que le gustaba recordar a Laura. Cerré la puerta porque estaba dispuesto a serenarme con agua fría o hacerme una buena paja de una vez para sacarme las ganas. Lo intenté, pero me dije que tenía que reservar salvajes para el resto del día. Quizá podría pasar la tarde con Claudia y llevarla a la plaza, presentársela a los muchachos, aunque ellos estuviesen de turno, pero pronto empezaría el jolgorio, como quien dice, la joda para festejar la recuperación de las islas.

Escuché su voz detrás de la puerta. Me dijo algo de unas toallas, pero no le presté atención. Casi me delato y contesto: Sí, Laura. Pero ella estaba lejos, en su casita de La Plata. Con su marido y con su hijo. Después de un tiempo intentando vivir en el mismo barrio sin agredirnos cada vez que nos veíamos, cruzando la calle para cambiar de veredas, levantándonos de la silla de un bar o caminando hacia la siguiente parada del colectivo para no esperar juntos y en silencio, me fui a vivir a Buenos Aires. Barrio del Once, Almagro, Chacarita, y luego de vuelta a Once porque la zona del Abasto era como universo gris, aunque hubiese sol, un barrio que vivía de noche y se desnudaba en la madrugada apenas salía el sol. El barrio era una prostituta que trabajaba sin desnudarse del todo, pero que al ir a acostarse apenas amanecía, se sacaba toda la ropa cuando ya no había nadie que la viese. Su cuerpo hecho de sombras en las paredes desnudas era íntimo y exclusivamente suyo. Por eso las ventanas de los edificios viejos que daban sobre Corrientes permanecían con las persianas cerradas hasta bien entrada la mañana.

Yo caminaba las calles desde las once hasta más allá de la medianoche, rumiando mi dolor como en un tango, y cómo me gustaba hacerme la

víctima, pensando en miles de formas de matarlos a ambos, incluso al chico, y me llevaban preso y en la cárcel esperaba mi muerte.

Romanticismos bohemios, por supuesto, pero las suelas gastadas fueron reales, y los polvos en los baños de la zona también lo fueron, tanto como el olor a mierda y a lápiz labial rancio que me quedó en la cara. Las mujeres, me dije, son sucias, y se olvidan de lo que dejaron atrás. Los hombres llevamos la carga encima, y por eso la obsesión del método y de la mecánica para que nada se nos caiga en el camino. Y eso que se nos cayó, se convierte en un lamento de por vida.

El agua de la ducha, en fin, era tibia por defecto. Me quedé parado bajo la lluvia irregular con los brazos cruzados, contemplando las esponjas rotas, los frascos de champú, los jabones empezados, los azulejos vetustamente viejos. Corrí la cortina, limpié el espejo empañado del botiquín y me miré la cara. Me vi viejo, me vi otro. Abrí la puerta y varios frascos de cremas se cayeron al lavabo. Cremas para la cara, para los párpados, nocturnas, diurnas, matutinas, para las piernas, para los codos, para las arrugas. Todas era iguales, pero no había espuma de afeitar, ni tampoco una simple Gillette que usara Claudia para afeitarse las axilas, qué sé yo. Laura lo hacía, y yo a veces, la ayudaba. Ella entonces me dejaba ocupar su cuerpo. Una vez me había dicho que los hombres usurpan los cuerpos de las mujeres, por más que ellas nos den su consentimiento, y que hasta lo deseen y lo busquen con desesperación. No por eso deja de ser una usurpación.

Entonces escuché la radio. Claudia estaba escuchando la transmisión desde la Plaza de Mayo. La marcha militar, las diferentes bandas de la capital y la provincia. Escuché el atronador grito de la multitud vitoreando al presidente que en el balcón de la Casa Rosada proclamaba el hito en la historia argentina.

Salí cubierto sólo con la toalla. Claudia estaba de espaldas preparando algo para el desayuno en la mesada. Me detuve detrás, y de pronto el presidente dijo algo sobre los soldados. Claudia giró la cabeza, y estaba llorando. ¿Por qué lloraba? Había visto la foto de un chico de quizá cinco años en la mesita del dormitorio. Claudia era demasiado joven, no podía tener un hijo en las islas.

Llora por los chicos de la guerra. Yo, simplemente, pensaba en los cuerpos que volverían al continente, por lo menos los que pudiesen ser

rescatados. El resto serían fragmentos abandonados en la tundra congelada de las islas. Frías como los congeladores de la fábrica en la que seguí trabajando todos esos años. Yo era un empleado confiable porque no tenía la elección de ser deshonesto. ¿Con qué parámetros puede medirse la honestidad? ¿Con los del bien, la moral, los buenos principios, la incólume verdad? ¿O con los principios unilaterales de algún interés en particular? A veces los intereses son tantos, que se homogenizan bajo una misma fachada que la costumbre hace pasar por normal, lo bien visto, o lo visto tantas veces que ya no se ve, por más que esté formado por múltiples cadáveres.

El tío tenía muchos empleados de confianza a los que yo debía someterme. Un trabajo de escritorio en una máquina de escribir que se sumaba a otras y juntas sonaban como un regimiento a caballo avanzando por el campo de batalla, o como atronadoras ametralladoras que alimentaban su furia con su propia eufonía. Y cuando el tecleado iba ralentizándose, tropezando, a veces sonaba como tiros aislados, y el grito de un empleado que se hubiese enganchado un dedo entre las teclas, o una empujada que se hubiese roto una uña, era casi como escuchar la parodia de un herido de bala en el campo de batalla. Después de tantos años, los registros mecanografiados de entradas y salidas de heladeras con nombres de hombres y mujeres, dejaban de ser destinatarios para ser remitentes que se transportaban a sí mismos. Yo era como un empleado de correo supervisando la correcta salida de las encomiendas.

Ya se sabe del comercio que mi familia se encargó casi de monopolizar durante esa década, aún antes, por supuesto, y que continuaría de diversas formas después. En todas partes había gente que se moría, y en muchas otras gentes que sobrevivía unos cuántos años más. ¿Quién busca en los asilos fuera de los tiempos de elecciones, quién cuando no las hay? Los viejos, los enfermos, los indigentes, los chicos que son como perros mojados rondando por las calles.

Los que fueron a la guerra son otros tantos.

Lo esencial es aprovechar la ocasión, y una guerra luego de tanto tiempo, que exacerbaba el patriotismo, que desempolvaba los ideales patrioterros, era el elemento que la psicología de masas, rudimentaria y ya decadente para la época, no podía desaprovechar.

Pero yo no podía decirle todo esto a Claudia.

Me limité a apoyarme contra su espalda, sintiendo que la toalla se me había caído mientras me me frotaba contra su bata y empezaba a levantarle la falda.

La marcha de San Lorenzo sonaba estridente, metalizada y cacofónica, repitiéndose en mis oídos, y yo alabándola en voz alta, hablando de su insobornable insistencia. Claudia se resistió poco al principio, me dejaba hacer, porque tenía el pensamiento en los muchachos que estaban sufriendo el frío y las heridas, con fusiles como tallos congelados en las manos, y flores de hielo como acero en sus entrañas.

Yo tenía frío, por supuesto, en esa mañana de un sábado de abril, desnudo en un departamento que no tenía siquiera una estufa. Pero me apreté contra su cuerpo, pensando en esos espacios que había conocido, para usurparlos nuevamente.

-Le rompimos el culo a los ingleses, ¿no es cierto? - le dije, para sentirme seguro, para que se dejara llevar por mi jactancia.

Y ese día tuve por primera vez la asociación de pensamientos que yo sabía no iba a dejarme en paz hasta matarme, porque hasta ese momento había estado oculta, acechando, pero lo suficientemente piadosa para dejarme en paz un tiempo.

El olor del cuerpo de Claudia, por supuesto, me llevaba a Laura, porque eso era lo que me excitaba de cada mujer que conocí después de ella. Pero la marcha militar me llevó al campo de batalla, a la Plaza de Mayo y a la fábrica.

Los cuerpos separados por la inmensidad del océano se acumularon, y quisieron salir, porque mi mente era un caos, una guerra contra los muros de mi cráneo. Los metales sonaban desafinados y los tambores golpeaban los huesos desde adentro.

Claudia, entonces, se giró y me rechazó. Intentó empujarme, pero no podía.

- ¿Qué te pasa, puta de mierda? - le dije.

¿Es absurdo que aclare que no quise decir lo que dije? Por supuesto que lo es, Tomás Ansaldi. Sos uno más de la familia, querido. Lo que no podés vencer, le pasás por encima, lo destruí si es necesario.

La llevé a la cama, llena la mente de voces, gritos y deseos que me tenían tenso como una cuerda de acero. La puse boca abajo, apretándole la cabeza contra la sábana para no escuchar sus gemidos llorosos. Le metí los

dedos de la otra mano en la vagina y el culo, y cuando estuvo suficientemente abierta, la penetré si olvidar a mirarme en el espejo junto a la cama.

La marcha de San Lorenzo terminó, pero el griterío de la gente en la plaza subió y subió hasta el balcón cerrado, porque en la calle también había bocinazos y muchedumbre. La voz del periodista que relataba se estremeció muchas veces hasta el punto de parecer estar llorando con un nudo en la garganta.

Yo terminé.

Le solté la cabeza, dijo algo que no entendí. Me puse los pantalones, me subí el cierre, me puse la remera y tiré unos billetes en la mesa de luz.

Y salí lo más rápido que pude, porque los amigos, en la plaza, me estaban esperando.

4

No pude avanzar mucho con el auto yendo por Corrientes, Pueyrredón ni por otras calles de menor tránsito. Sábado al mediodía y con el revuelo sociopolítico que se había armado, las calles estaban atestadas de tráfico. Estacioné a diez o doce cuadras de la Plaza. Caminé, abriéndome paso entre grupos con pancartas. La Avenida de Mayo estaba cortada desde la Nueve de Julio, lo mismo que Rivadavia y las manzanas aledañas. Había grupos de izquierda que se pelaban con las fuerzas de seguridad, fuesen policías o gendarmes Tanques con mangueras antidisturbios era lo mínimo que se podía ver como fuerza de contención. Habría mayores disturbios ahora que el discurso del presidente ya había terminado. Pude escucharlo a trozos en el departamento de Claudia y en la radio del auto. La voz de Galtieri era gangosa y distorsionada por los sistemas de amplificación.

Imágenes de Claudia en la cama, boca abajo, conteniendo el llanto, me llegaban como golpes en las ventanillas. Pero eran simplemente las caras de las mujeres que eran empujadas por los grupos de hombres que avanzaban con carteles, muchos enmascarados, otros con garrotes de hierro. A simple vista, había más descontentos que satisfechos por la

proeza del presidente. Sin embargo, en la plaza, frente a la Casa Rosada, la muchedumbre vitoreaba a la Junta Militar, que había salido en pleno a saludar al balcón. Los periodistas encomiaban el valor de los muchachos en el Atlántico Sur. Vencer a los ingleses, decían, no era moco de pavo.

Y yo pensé, con esas triviales asociaciones con que nos traiciona la psiquis, en el llanto ahogado de Claudia contra las sábanas, y en el semen que había dejado yo en la tela y dentro y sobre su cuerpo, sin limpiarlo mientras me vestía, sintiendo las ganas todavía de amordazarla para que mis oídos confundieran los gemidos lacrimosos con gemidos de placer, pidiendo más. Pero Claudia no se movía más que con la respiración entrecortada.

Vi la sangre en la sábana. Justo había tenido una menstruación, me dije, pero lo más probable era que yo la hubiese lastimado, sólo un poco, lo suficiente para confirmar que sin dolor no hay verdadero éxtasis, y que la sangre es la evidencia.

¿Acaso los muchachos en el Sur así no lo habían demostrado? ¿Qué más aliciente para el sacrificio vano de los que se quedaron en las ciudades, fuera del peligro, para reconocer el extremo sacrificio de ellos: los sacrificados? ¿O los crucificados, debería decir?

La Iglesia estaba representada, por supuesto, en el balcón. Y el obispo de la ciudad de Buenos Aires era entrevistado por los periodistas oficializados. La bendición a los muertos se multiplicaría en los siguientes días, tal vez semanas. Los ataúdes llegarían a los aeropuertos de Río Gallegos o Ezeiza. Las bases de Palomar y Morón tendrían un movimiento inusitado. Los cuerpos encontrados, por supuesto. No aquellos que se quedarían helados en la superficie de las islas.

Abril y el otoño no son simplemente hipocresías de poeta, sino cristales de hielo que se clavan en los cuerpos de los vivos y perturban la tranquilidad de los muertos. El frío otoño, con su agua sucia, con su humedad anunciadora de climas fétidos, con su abrumadora amenaza de muerte, enturbia el cielo y ciega la esperanza del sol. Convierte el aire en niebla, y la niebla en rocío, y el rocío en lluvia, que siembra pantanos donde los cuerpos se hunden a falta de cajones para enterrarlos en tierra seca. La naturaleza es sabia, dicen, y lo corrobora con su encomiable economía de recursos.

Llegué a la Plaza a codazos y exhibiendo mi credencial, gastada y mugrienta, pero donde se podía leer todavía mi apellido, el salvaguardia para todo lo que estuviese prohibido. Había perros entrenados, muy parecidos a Duque. Cuando pasé frente a ellos, levantaron la mirada, inquietos, y los soldados que los sujetaban de la correa me observaron. Pero los animales miraban a mi lado, a la altura de mis piernas, como si mi perro me acompañase. Encontré a Saravia a cargo de su pequeño pelotón de conscriptos asustados, con cascos que les quedaban grandes en sus cabezas rapadas, apenas dejando ver las caras barbilampiñas. Los fusiles parecían pesarles. Al verme me saludó reglamentariamente, era joven y quería hacer méritos en su familia. Siendo el menor, tenía que cumplir con los altos parámetros que habían marcado sus hermanos mayores. Uno, el del medio, era teniente y estaba en las islas; el mayor era capitán de un escuadrón especial, esos que llamaban Escuadrones de la Muerte. ¿Por qué no lo habían mandado a él a las islas, como hubiese querido? Porque ya había uno para cumplir con esa tarea, por más que todos los hombres Saravia se jactaran de aguerridos. Estaban sólo dispuestos a entregar una parte de su familia a los azares de la fatalidad. Desde el principio, me dije muchas veces, todo estaba convenido y previsto. ¿La invasión fue el canto del cisne de la dictadura, (quizá el último graznido del buitre), o el espontáneo capricho de un loco? Sé que tanto los Saravia como los Ansaldi estaban en contra, pero la Junta había obviado contar con ellos en los últimos tiempos. Las familias estaban distanciadas, los beneficios que la dictadura había traído generaron ganancias irregulares y mal distribuidas.

Un día tuve un breve cruce con Emanuel Saravia por este motivo. La familia se había venido a menos en los últimos diez años. El cierre de la clínica de la que eran dueños sobre la avenida Rivadavia, el asesinato de uno de los primos cuando era un chico, apenas. Se habían descubierto en la clínica lo que más tarde se descubriría como un factor común en todas partes por esa época, pero cuando ya no podía hacerse nada más que abrir los pozos y los hornos, cerrar los quirófanos clandestinos y los frigoríficos para siempre clausurados, donde había restos de carne humana mezclada con las reses. Yo le recliné, medio en broma y medio en serio, el quedarse en Buenos Aires, ¿tenía miedo de la guerra? Me miró y dijo: ¿Y vos, che? Delincuente y todo, y te exceptúan. Tengo treinta años, pibe, le dije. Entonces sos un incapacitado, che, perdóname. No hablamos más

sobre eso, pero justo le designaron en esos días el pelotón de esmirriados que no podían mandar al sur, porque era lo mismo que mandarlos al matadero sin escalas.

Miré a los chicos a sus espaldas, mientras le estrechaba la mano. Estaba fría, y medio le temblaba. Tenía las mejillas coloradas por el frío que el sol de la tarde sobre la plaza no lograba entibiar porque el casco se lo impedía. De pronto, desde los altoparlantes, uno de los cuales estaba atado a la esfinge de la Pirámide de Mayo, grande, inmenso, como si esa señora astuta fuese la que hablara, pero el efecto resultaba cómico como la marioneta de un ventrílocuo. La música militar sonaba bajo la orden de disolver la muchedumbre, y que cada uno se fuera a su casa. El gobierno agradecía el apoyo manifestado por el pueblo argentino. Pero algunos grupos no quisieron irse, y se desmedraron en peleas inútiles que provocaron tiros y detenidos. El pelotón de Saravia se quedó a la expectativa de las órdenes. Los chicos no podían quedarse quietos, sin embargo. Sus dedos transpiraban sobre los fusiles, los pies se movían dentro de las botas, y alguno que otro lloraba sin animarse a secarse la cara con la manga.

Emanuel se dio cuenta.

- ¡Quietos, carajo! Nenes de mamá, hijos de puta, quédense firmes si no quieren que los castigue toda la semana.

Un rato después, serían como las dos o tres de la tarde, recibió la orden de regreso a los pabellones. Subieron al camión, Saravia habló con otro del mismo rango, éste subió y se fueron rumbo al Palomar. Emanuel se me acercó a donde yo esperaba fumando un faso que le había robado a Claudia.

-Vamos, tengo que pedirte un favor.

Caminamos por Avenida de Mayo una cuadra, pero todo estaba tan caóticamente descompuesto y desordenado, que nos metimos por Perú hasta Florida. Allí los negocios seguían abiertos, y entramos en Harrods. Había vigilancia, pero a nosotros nos dejaron entrar. Ya había muchos de las fuerzas, terminando de almorzar, y sus familias: mujeres y niños que se reían y disfrutaban de la cocina inglesa. Los chicos mostraban los juguetes que les habían comprado. Las mujeres compraban vestidos. Los hombres fumaban y hablaban de la epopeya. Estaban en medio de un comercio inglés, como si lo hubiesen usurpado. Era toda una hermosa ficción como lo

fue en su momento el mundial de fútbol. Los ingleses, dueños del mundo, lamiendo los pies de los latinoamericanos.

- ¿Qué necesitás?

-Compañía, y tus manos, Tomás. No le puedo pedir a un compañero ni usar de los pibes esos, ya los viste. Vos está afuera, pero también estás adentro.

Exacta forma de definir lo que yo mismo no había comprendido después de tantos años.

-Marcela no puede tener chicos- me dijo. -Ya tuvo cinco abortos, y esta deprimida. Se quiere separar si no puede darme hijos, así la criaron, qué le vas a hacer. Familia católica con sus contradicciones. Nada de divorcio pero sí separación, hijos naturales siempre, y si no se puede, se buscan. Pero todo puertas adentro. Los trapitos sucios se lavan en casa.

- ¿Y qué piensan hacer, adoptar?

-Ni loco. ¿Vos sabés lo que metés en tu casa adoptando un chico? No, Tomás. Si yo no conozco a los padres, no transo. Estuve averiguando, che. Hay un pibe en Pompeya que vive con la abuela, tiene cuatro o cinco años. Al padre lo mataron en la primera incursión, hace unos días. ¿Vos querés creer qué mala leche el pibe? Fue de los primeros que se alistaron, ¿qué me mirás con esa cara?, ¿qué te voy a contar a vos? Lo reclutaron hace diez días en la fábrica, le pidieron documentos, un pedazo de papel nomás en la billetera. Lo mandaron al camión con los otros, de ahí a la ducha, el uniforme, el fusil y chau, si te he visto no me acuerdo. Lo mataron el primer día.

-Los primeros héroes de la prensa...-agregué.

- ¿Y qué mejor puedo hacer por el hijo de ese pibe que darle la mejor educación, como los Saravia estamos acostumbrados?

-Pero es un chico grande, ¿qué va a decir la familia?

-Ya está hablado, Tomás. En esta época ya todos saben y nadie pregunta. Las costumbres se adaptan a los tiempos.

- ¿Y yo qué hago?

-Ayudarme a ir a buscarlo.

-Pero...

Miró alrededor, a las mesas que se venían vaciando. Las sirenas de la calle eran más frecuentes.

-La vieja no está enterada...

Entendía, claro.

- ¿Y para cuándo?

-En cuanto terminemos de tomar el té con masitas.

Me apretó una mano sobre la mesa.

- ¿Y vos, tanto la querés a Marcela?

-Es nieta del viejo Gonzaga, ¿sabés todo lo que tiene?

Claramente era un acto de bondad de su parte, que beneficiaba a todos, me dije, mientras pedía la cuenta, pero el *maitre* hizo un gesto de desdén, y arrugó el papel.

Fuimos en mi Peugeot 504. Como se ve, intentaba evadirse de todo rastro que lo involucrara. Su Falcon ponía en evidencia demasiadas cosas, dijo. Llegamos como a las siete de la tarde, después de dar vueltas para hacer tiempo, y vigilar la casa. Era una chalecito común y corriente, cerca de ladrillos, un patio delantero con plantas abandonadas, una ventana al frente en medio de un paredón despintado y lleno de musgo y humedad. Las tejas del alero estaban por venirse abajo en cualquier momento, y la columna era lo único seguro con su estilo jónico de barrio pobre. Las calles adoquinadas y las veredas anchas me hacían acordar a mi barrio, pero acá en Buenos Aires todo estaba embarrado por la humedad y la cercanía del riachuelo.

Emanuel me habló de la rutina de la vieja. Los sábados por la tarde salía a repartir la ropa que lavaba y planchaba durante la segunda mitad de la semana. Los domingos a veces venía la madre del pibe, una puta, según decían, pero tan de vez en cuando que el pibe apenas la conocía.

Había chicos jugando a la pelota en un baldío de la esquina. Nos sentamos a esperar cerca de ahí, mirando el partido, riéndonos de los chicos que insultaban, se peleaban y seguían jugando. Los perros corrían y de vez en cuando recibían una patada. Yo miré atrás, al asiento trasero.

- ¿Qué buscás?

-Nada, quedate tranquilo. Es que a veces, me parece oír a Duque.

- ¿A quién? Ah, tu famoso perro. ¿Sabés que se habla de que estás loco, Tomás?

-Ya sé, ¿qué se va a decir, si no?

-Por eso me gustás, querido. Sos un misterio ambulante, y por eso se te respeta. Incluso tu tío te tiene miedo.

Desdeñé el comentario.

-Tirria me tiene...

- ¿Y qué, si no? A veces el miedo se esconde así...

- ¿Y vos, che? ¿Qué pensás?

-Ya te dije, me gustás por lo raro, porque no sos chupamedias como todos. No les lamés las bolas ni las botas a los otros, sino cuando no queda más remedio. Vas de frente, aunque no lo grites a los cuatro vientos. De los puteros que te sacamos hace unos años, ¿te acordás? Si te vi, flaco. A veces les decía a los pelotudos de mis compañeros: Mírenlo al sobrino de Ansaldi, de bajo perfil, nomás, pero preparado para cualquier cosa. Decime, che, ¿cómo hacés para que las minas hagan esas porongadas?

Me encogí de hombros.

-A lo mejor el secreto es no pedírselas.

Se rio y me abrazó, estaba medio falopeado y yo temía que todo se fuera a la mierda. Otro quilombo con mi tío.

Entonces vimos a la vieja con sus atados de ropa en cada mano caminando por la vereda delante del baldío. El chico quedaba en casa, solo, porque era por un rato, nomás. Así dijo él, no tenía por qué no creerle. Había hecho guardia, había preguntado. El pibe se quedaba mirando televisión y masticando un pedazo de pan, lo había visto por la ventana, a medio oscurecer de esas horas de la tarde, una ventana abierta, sin cortinas, revelando el comedor empobrecido con una mesa, pocas sillas, muebles viejos, y una lámpara de pocos voltios colgando del techo. Lo único moderno, lo único ficticio, era la pantalla del televisor iluminando la cara del chico.

- ¿Y las vecinas?

-Por lo que sé, no la quieren a la vieja. Defiende a la hija, por supuesto. De tal palo tal astilla, dicen. Así que ese es un favor más que le hago...

-Claro, claro-dije, palmeándole el pecho de camisa abierta.

- ¿Qué te pasa, Tomasito? ¿Estás caliente?

Le conté de Claudia. Se me quedó mirando. Eran necesarios diez minutos para despejarse de dudas. Yo iría a buscar al chico, él se quedaría en el auto y tocaría bocina si había peligro.

-Y decime, ¿no convenía que te aseguraras que no llamara a los canas?

Me encogí de hombros.

-La próxima llamáme, te debo una.

Miramos la hora en nuestros relojes, simultáneamente. Bajé del auto. Los chicos del baldío ya se habían desbandado. La luz de mercurio de la cuadra no funcionaba. Un colectivo iluminó la casa al pasar, y luego sólo quedó la luz intermitente del televisor vislumbrando la noche en la vereda. El cielo era un paño violeta que sudaba gotas de rocío sobre el empedrado. Me detuve en la entrada, la puertita de reja estaba abierta y oxidada. Entré a la casa. El chico no me vio, de espaldas. Y de pronto ladró un perro, que salió del dormitorio. Un animal viejo que caminaba rengueando, y cuyo ladrido era una tos que lo sacudía todo. Gordo, de pelo duro y manchado, tenía una mirada como ciega.

El chico se dio vuelta y me vio.

Debía haberlo agarrado de inmediato, pero me di cuenta de que yo lo conocía.

¿De dónde, si yo no conocía chicos de su edad, si no era mi ambiente la vida familiar a esas alturas de mi vida? ¿De la salida de alguna escuela, de algún negocio, de alguna esquina esperando el colectivo con la vieja? Era de esos pibes que se le quedan mirando a uno, ni miedosos ni desconfiados, sino nada, con ojos de perro, como dicen. Entonces el animal, luego de intentar amenazarme con saltitos pobres de sus patas viejas, se detuvo y se sentó.

El chico seguía masticando el pan, arrodillado en el sillón y apoyado en el respaldo. Miró a mi lado, y preguntó:

- ¿Cómo se llama?

Era la primera vez desde su muerte en que alguien lo veía. Ni siquiera yo, que la mayoría de las veces me limitaba a sentir su presencia.

-Duque- contesté.

-Es grande- dijo, y se bajó del sillón, caminó hacia mí y estiró la mano ofreciéndole pan.

- ¿No quiere? - me preguntó.

-No come mucho. ¿Te gustaría tener uno?

Me miró con una amplia sonrisa, y entonces me di cuenta de dónde lo había visto. No personalmente, sino en una foto en el departamento de Claudia.

- ¿Me regala uno?

- ¿Y para qué lo querés, si ya tenés?

-Pero es viejo, y no puede defenderme de los de afuera.

Miró a la calle, donde los chicos iban y venían, riéndose cada vez que pasaban por enfrente.

-Dame la mano.

La puso en mi palma abierta, la apreté con fuerza, como lo hacía mi padre cuando me llevaba a la panadería a recoger la primera horneada de la mañana. Duque nos acompañaba, y esta vez hizo lo mismo. Pero esta noche caminamos por la vereda oscura hacia el auto. El chico caminaba con la cabeza en alto, mirando alrededor, buscando quien atestiguara el privilegio del que era objeto.

Un hombre educado y bien vestido lo llevaba de la mano para regalarle un perro de raza, el mejor de su clase. Y se vería respetado él y su abuela, desde entonces, por los habituales usurpadores del barrio.

Se durmió en el asiento trasero. Emanuel le tenía preparado un caramelo con una dosis de diazepam. Ya había averiguado con sus primos o sus tíos, qué sé yo, que eran médicos y lo habían sido. Nos había visto llegar al auto caminado como lo más panchos, me comentó después, asustado y admirado de mi tacto.

-Sos un profesional-me dijo, mientras manejaba hacia Belgrano, donde lo esperaba la mujer y la cuñada. La ropa nueva ya comprada, las palabras acordes preparadas. El chico era tranquilo, ensimismado, no haría escenas ni berrinches. ¿A quién extrañaría? Al padre no lo conocía, sólo existía su nombre en el registro civil. La madre venía cada muerte de obispo, pintada y vestida según se le antojaba a sus ganas o su culpa, y el peinado cambiaba tanto que cada vez parecía una madre diferente. Por eso se quedaba quieto al verla venir por la vereda, cuando la abuela y él esperaban la llegada del colectivo que la traía. ¿Quién era esa señora?, le preguntaba a la abuela cuando la madre se iba luego de la cena del domingo.

Todo eso yo lo imaginaba, pero era más claro que el agua.

Mirando atrás, vi el rostro compungido y seco del chico, tan parecido a la foto, tan semejante al padre, probablemente. Era el hijo de Claudia, sin duda.

- ¿Dónde te dejo? - preguntó Emanuel cuando paramos en un semáforo en la esquina de Avenida La Plata.

-Dejáme acá nomás, me voy caminando.

- ¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros, como muchas veces ese día. Al llegar, me apreté un muslo con fuerza, con agradecimiento, con intimidad. Eso fue lo más cercano que llegué a ver sus sentimientos, que casi siempre son nada más que construcciones falaces de nuestra psiquis.

Eran las nueve de la noche. Caminé con las manos en los bolsillos de la campera, contemplando las luces de las calles, los faros de los autos en esa noche de sábado que al fin de cuentas no era muy diferente al resto a ese nivel de la cotidianeidad. Me detuve frente a la guardia del hospital Ramos Mejía, y pensé en el día en que mi vieja se murió. Duque, a mi lado, emitió un aullido que no despertó a nadie a pesar de estar tan cerca de la entrada. Únicamente se asomó en la ventana del primer piso un hombre con una venda en la cabeza. “Ya voy”, dijo. Luego Duque desapareció, acompañado de su nueva alma.

5

Mamá había entrado y salido muchas veces de hospitales y clínicas en La Plata. A veces con los brazos amoratados, otras con ojos en compota. Alguna vez con un corte en un muslo, que no recordaba cómo se había hecho. Las rodillas vivían casi siempre violetas, se caía muy fácilmente. Los médicos le preguntaban cómo se había hecho todo eso cada vez que iba, daba un motivo, una excusa, una torpeza de su parte.

Le hicieron tres yesos desde que tengo memoria, dos en un brazo y el último en la otra muñeca, la derecha, de lo que más lamentó porque con esa mano hacía su trabajo. Era profesora de inglés en una escuela secundaria, y yo la veía sentada a la mesa de la cocina corrigiendo pruebas de los alumnos y programando las clases con dificultad y dolor.

La primera vez que yo recordaba, se había fracturado una clavícula, pero no la enyesaron, sólo regresó con un cabestrillo y una inyección que le habían puesto en el hospital. Papá le había preguntado qué les había dicho a los médicos. Que me caí, contestó. Él la abrazó, sin darse cuenta de que su fuerza lastimaba más a mi vieja.

Era verdad, se había caído, después de que él la hubiera empujado. Como las otras veces antes y después. Los tres los recordábamos, y también mi perro. Y las paredes de la casa, y las puertas de madera a veces con astillas creadas por sus golpes.

Tantas veces me pregunté si se amaban, si se habían amado alguna vez, o era simplemente una relación más dura que el amor, que creaba lazos tan complejos que no podían ser entendidos por ninguno de los dos. Mamá tenía su carácter, como dicen, pero sólo se daba con relación a sus alumnos en la escuela. La habían visto dar clases alguna vez, y era firme y estricta con ellos, todos varones, y la respetaban. Me pregunté si era su naturaleza o descargaba en ellos la ira que reprimía en casa. No era una mujer demasiado bella, era simplemente linda, con maneras delicadas, cabello castaño muy enrulado y corto, piel clara y ojos de un azul profundo que resaltaban tras los anteojos. Baja de estatura, nariz pequeña y hombros encorvados por su profesión. Mi padre, en cambio, era alto y musculoso, consecuencia de su entrenamiento militar y del gimnasio al que iba una vez por semana. En los veranos en Pinamar, era de los pocos que usaba un short ajustado de natación. Con la piel bronceada, caminaba por la playa para meterse en el agua, y era objeto de las miradas. Cuando mamá lo acompañaba, con su figura esmirriada y la malla enteriza, y hasta a veces con los anteojos que se había olvidado de quitarse, las mujeres en bikini les hablaban, y cuando se dirigían a ella la trababan como si fuese una prima, o una tía, de ese hombre. Papá estaba acostumbrado y no los hacía caso. Pasaba un brazo por los hombros de mi vieja, y entraban al agua. Me hacía señas para que fuera a buscar los anteojos, entonces yo corría con Duque y me quedaba parado en la orilla. Ambos reían en esas treguas inesperadas.

“¿Es tu papá?, me preguntaba alguna haciéndose visera con la mano al mirar el mar. “Mi papá y mi mamá”, le decía, y ella se iba, confusa, asustada por mi perro que la miraba con inquina.

Pienso que se amaron, por supuesto, pero aquello que llamamos amor es una falacia que desaparece con el paso del tiempo. Lo que lo reemplaza puede ser algo más realista, y entonces, quizá, todo salga relativamente bien. Pero lo que deviene siempre es la desilusión, y no hay más que dos alternativas posibles: la compasión o la ira. Mi madre no era lo que mi padre habría deseado que fuese, no respondía como él lo esperaba, ni decía las palabras que lo hubieran sosegado. No era el cuerpo que esperaba ver

al regresar a casa ni la actitud que lo sometiera a un deseo o un pensamiento por su mujer. Fueron los años o las costumbres, pero creo que ese amor estaba condenado desde el principio. Para que dos personas tan diferentes se sintiesen atraídas durante mucho tiempo, ambas, en su fuero interno, debían tener lo que la otra mostraba en su exterior. Pero en mi viejo nunca vi más que furia interna y descontento. La frustración la canalizaba en su ira. Y mi vieja aparentaba fortaleza en sus clases para que sus alumnos no le pasaran por encima, como hacíamos en mi clase con muchos otros profesores, haciendo lío, tirando tizas al pizarrón, sin dejarles dar sus clases. Me daba cuenta cuando ella regresaba a casa, dejaba las carpetas en la mesa de la cocina y se largaba a llorar. Luego de secarse los ojos, me miraba del otro lado de la mesa. “¿Me hacés un mate?”, me pedía, y empezaba a corregir las tareas.

La noche del drama fue al final de un día de verano especialmente caluroso. El termómetro en la pared de la cocina había marcado los treinta y nueve grados en plena siesta, y antes de la cena seguía en los treinta y cinco. Mamá había llegado tarde, habitualmente volvía a eso de las tres de la tarde y se tomaba una siesta de media hora antes de ponerse a hacer las cosas de la casa. Pero esta vez llegó cerca de la seis. Estaba pálida y transpirada. No quiso perder tiempo en ducharse, así que se puso a recoger las sábanas de la mañana y ponerlas en el lavarropas, después salió a comprar cosas para la cena. No pedía ayuda, la avergonzaba mostrarse débil o con fiaca frente a los hombres de su familia. Yo tenía quince años entonces, y me estaba pareciendo a mi padre en cara y cuerpo. No me daba cuenta, tampoco, que ciertos desdenes se me habían impregnado. La enseñanza del viejo daba frutos.

Papá regresó más temprano. Escuchamos el auto en la entrada y Duque salió ladrando y saltando. El viejo lo detuvo con un chasquido, y Duque lo siguió, cabizbajo. Tenía la camisa empapada de transpiración. Se la sacó y la tiró en una silla, se secó con una toalla que fue a buscar al baño. Cuando volvió a la cocina, se apoyó en la mesada mirando a mi vieja cortar la cebolla.

- ¿Qué te pasa?

- ¿No ves la cebolla?

- No me contestés así, ¿no sabés el día de mierda que tuve hoy?

Ella lo miró con el cuchillo en la mano, el filo sobre la tabla, pero él percibió algo que yo también había visto desde la tarde.

- ¿Y te pensás que yo me divertí en esa escuela de mierda, oliendo la transpiración de todos esos chicos sucios?

El repiqueteo sobre la tabla continuó. Papá no estaba acostumbrado a esas respuestas, así que se sentó mientras seguía secándose el cuerpo. Me miró, en silencio, señalando a la vieja, me encogí de hombros. Por un momento, lo vi desconcertado, como decidiendo qué hacer ante la nueva estrategia de un enemigo.

Mamá dejó lo que hacía, secándose la cara con el delantal, y sacó la ropa para tenderla en el patio. Volvió para continuar con la cena a medio hacer. Papá estaba inquieto, leía el diario y las noticias tampoco lo sosegaban. Protestaba contra la prensa que distorsionaba todos los hechos. Si donde decía que los subversivos habían matado a cinco militares, la verdad era que habían hecho estragos en una esquina de Nueva Pompeya, y habían muerto veinte con las bombas. Él lo sabía porque había ido con su pelotón a tirar abajo los comités clandestinos de ese barrio y de Barraca al Sur. Los seguidores de Gloria Sanmarco eran peores que su caudillo, que gracias a Dios había desaparecido.

-Es la guerra- dijo mamá.

Él cerró el diario de golpe.

-Muy inteligente lo tuyo, Estercita. ¿Y para cuándo la comida?

Se levantó y fue al baño, lo escuchamos orinar con chorro fuerte porque no cerraba la puerta. Mamá se me acercó y me dijo en voz baja:

-No me siento bien, hoy me desmayé en la escuela y por eso llegué tarde.

-Decíle...

-No, ¿para qué?

Me levanté y fui al baño. Papá se estaba cerrando el cierre del pantalón y abrió el grifo para lavarse las manos.

- ¿Qué mirás vos, maricón?

-Nada...-dije, ya no tenía ánimos para contestarle. Por más que mi cuerpo demostraba parecerse a él, tenía, quizá, el alma de mi madre.

En la cocina volvimos a esperar sentados. Yo mirando la televisión. Él, dando vueltas las páginas del diario una y otra vez, tomando el vino que

debía haber guardado para la cena. Duque esperaba junto a mamá algún regalo de comida. Terminó el noticiero y empezaba el programa de Cacho Fontana y sus preguntas. Se había cansado de esperar la cena, y gritó:

- ¿Será posible, che, que no puedas hacer nada bien?

Fue un desprecio en un grito airado, más hiriente que un insulto.

Ella tiró la fuente de carne que sacaba del horno cuando lo oyó. Toda la carne a la criolla, con su aceite y su jugo yacía en el suelo, mezclada con vidrios.

- ¡Pero la puta madre que te pario! Si saliste una inútil de mierda.

¿Sabés lo que me cuesta mantenerlos a ustedes? ¡Y vos tirando la comida!

Duque aprovechaba la ocasión, pero tuve que agarrarlo para que no se lastimara con los vidrios. Papá se levantó y apretó a mamá contra la mesada, pero antes se había resbalado con el aceite del piso. Noté ese resabio de vergüenza ante el tropezón que cualquier debilucho pudo haberse dado, pero que en él fue una vergüenza. Y eso puso una gota más de acíbar a su ira. ¿Qué le pasaba fuera de casa? Sé que sus colegas en la fuerza no confiaban en él por sus arrebatos, y los jefes lo exceptuaban continuamente de los ascensos. Pascual Ansaldi era resignado a los pelotones de guardia que nadie quería hacer, porque eran peligrosos, pero él los pedía. Cuando regresaba al cuartel, se metía en los vestuarios a felicitar a sus hombres de ducha en ducha, abrazándolos, con una campechanía que todos festejaban, pero de la que también se reían y murmuraban. Decían que era un miembro imprescindible en el proceso de reconstrucción nacional. Por eso el tío Ángel lo había designado para colaborar con Gonzaga en los allanamientos de los Escuadrones. ¿Pero en qué se gastaba toda la plata, el sueldo y los extras? Nuestra casa era apenas de clase media, y nuestros veranos en Pinamar eran comunes y corrientes. Más tarde, mucho después, escuché lo que se había dicho en esa época y ya no importaba. Las farras de mi viejo en los puteros, mujeres y hombres, mucha bebida blanca y droga. Por eso, tal vez. Volvía hastiado a casa. Ojalá esa noche hubiera vuelto tarde. ¿Le habrían cancelado una cita? ¿El laburo en Barracas lo había agotado y se volvió?

Mamá le contestó, por última vez:

- ¿No ves que estoy cansada?

-Te veo, mierda, pero no te entiendo un sorete de lo que sale de tu boca.

Y le golpeó la cabeza con fuerza contra la alacena. Lo vi, y no hice nada. Ni yo ni Duque reaccionamos, porque estábamos acostumbrados a no meternos, a no provocarlo, a convertirnos en sombra. Ella se tambaleaba con la frente ensangrentada, luego él la tiró al piso y le restregó la cara contra la carne y los vidrios.

- ¡Ahora te la vas a comer vos! - Y le golpeó la cabeza una y otra vez contra el suelo.

Entonces yo solté a Duque y me tiré sobre la espalda de mi viejo, que seguía encima de ella, agarrándola del pelo. Cuando se dio cuenta, me empujó y me caí de espaldas. Él se levantó y se me tiró encima, sujetándome los brazos y golpeándome los testículos con la rodilla. Duque, se apareció enfurecido como nunca lo había visto y le mordió la cara con todo el ancho de sus mandíbulas. Papá me soltó tratando de golpear al perro, pero Duque lo había vuelto de espaldas y no soltaba sus dientes. Yo veía la sangre y la carne. Hasta vi los ojos del viejo morir entre los dientes. Era extraño ver la obsesión del perro como si le estuviese comiendo la cara, ese símbolo supremo de las expresiones humanas, pero también el más insobornable disfraz jamás creado.

Cuando lo soltó, la cara de mi padre era una mezcla de sangre, huesos y carne rota. Se cubrió con las manos, pero gritaba apenas se tocaba, y las manos entonces fueron por primera vez los impotentes gestos de su ira. Lo mismo que su boca, porque sus gritos eran guturales, y la lengua estaba tal vez muerta para siempre.

Me quedé en el piso, sin saber qué hacer. Duque me lamía las manos y la cara con la sangre del viejo. Sentí su olor, y fue como heredar su furia.

Me levanté. Mi vieja estaba quieta, como muerta, en un charco de sangre que le salía por la cabeza. La envolví en sábanas, la arrastré hasta el auto en la cochera. Volví a la casa. Cerré puertas y ventanas. Le dije a Duque:

-Que no se mueva.

Cerré la puerta de calle, saqué el auto y conduje hasta el hospitalito del barrio. Paré en la puerta de la guardia, donde un médico estaba fumando. Cuando me vio todo manchado abriendo la puerta trasera, debió pensar que era un asesino, sin embargo, me dijo:

-Entrá pibe, llamá a los camilleros o un enfermero, yo la cuido. ¿Quién es?

-Mi vieja- dije, y me puse a llorar, y no pude caminar más.

Todo fue niebla y furor en esos momentos. Yo estaba sentado en una silla de la sala de espera. Pregunté a una enfermera que pasaba lo que me había sucedido cuando llegué.

- ¿Cómo? Nada, pibe, estás sentado acá desde que la entraron al quirófano. No te preocupes. ¿A quién podemos llamar para que te acompañe?

Miré el reloj, eran las tres de la mañana. Vi a dos policías llenando formularios, me pregunté si me interrogarían. Intenté ponerme a la sombra, pero ya uno de ellos se me acercaba. Se me sentó al lado.

-Llamamos a tu tío. Ordenó el traslado de tu mamá al hospital militar. Te espera allá cuando lleguen.

- Pero no entiendo, ¿cómo saben?

-Está bien, pibe- me dijo, palmeándome la espalda. -Ya nos contaste todo hace un rato, ¿no te acordás? No importa, flaco. ¿Querés algo, te traigo un café?

Me lo trajo y esperamos.

-Por ahora tu vieja está en buenas manos, el doctor Blas Ibáñez es hijo de una eminencia. Es medio raro, pero no te preocupes.

El doctor recorrió el pasillo con la cofia aún puesta. Me apretó el brazo con cariño. Era el mismo que me había recibido en la entrada.

-Está estable, pibe. No pude hacer mucho más que darle los primeros auxilios.

- ¿Se va a morir? - pregunté.

-Perdió mucha sangre. Tiene el cráneo fracturado. No te puedo asegurar nada.

El policía dijo:

-Doctor, tengo orden del juez de paz en la causa para el traslado a Buenos Aires.

-No recomiendo para nada un traslado en este estado, por lo menos hasta que se estabilicen los signos vitales.

El policía mostró la orden.

- ¿Así que sos un Ansaldi? - me dijo el médico, devolviendo el papel. - Que Dios te proteja, pibe. - Se dio vuelta y se fue por el pasillo.

-Ya te dije que era raro- murmuró el cana.

Una hora después llegó la ambulancia y cargaron la camilla con mamá. No me dejaron verla, me llevaron directamente al patrullero que escoltó la ambulancia hasta el Hospital Militar. Eran las seis de la mañana y el tío Ángel me estaba esperando en la guardia. Me abrazó mientras se llevaban a mi vieja al quirófano.

No sentamos en el comedor para desayunar algo. No había casi nadie a esa hora, pasamos por el mostrador, nos sirvieron café con leche y dos medias lunas. Me ofreció más cosas, pero yo no quería. No insistió.

Después de un rato, preguntó:

- ¿Qué pasó anoche? Algo me contaron los canas. ¿Sabés adónde pudo haberse fugado? No es propio de él...

¿Eso les había contado? No me acordaba, pero de a poco las piezas se fueron armando.

Entonces seguí el hilo que, inventado o no, el tío me había tendido.

-No dijo nada, estaba tan asustado cuando creyó que la había matado, que salió corriendo. No se llevó el auto, por suerte.

-Sí, por suerte. Hiciste muy bien, pibe, estoy muy orgulloso, querido. Tengo muchas esperanzas puestas en vos.

Me agarró de la nuca con cariño y me dio un beso fuerte en la frente. Nos quedamos así un rato largo, él con su brazo sobre mis hombros, raspándome la cara con la barba que no había tenido ocasión de afeitarse esa mañana.

- ¿Qué le pasa a mi papá, tío? ¿Por qué tiene tan furia?

- Cosas, pibe. Ya sos grande, y es tiempo que sepas. ¿Tuviste sexo alguna vez?

-Sí- dije.

-En un putero, me imagino.

-Sí, hace un año. Me llevó papá.

- ¿Y? ¿Fue todo bien? ¿Te gustó?

Me quedé callado un rato, pero sabía que no tendría otra ocasión de hablar de eso.

-Me empujó a la habitación, con la chica. Debía tener mi edad o un poco mayor supongo. Se quedó con nosotros, y como me veía tímido empezó a manosearme, ya sabés, hasta que se me paró. Y bueno, la mina siguió después. Me olvidé del viejo por un rato, y no me di cuenta hasta que

terminé que se estaba masturbando mientras nos miraba. Terminamos juntos, me dijo.

- ¡La pucha, con mi hermano! ¿Y a vos eso te molestó?

-No sé. A lo mejor, no habría sabido cómo hacerlo. Me protegió, me parece. Y me dijo que nada de eso estaba mal, y desde entonces ya no tengo vergüenza. Cuando salimos me habló de la gente y sus mentiras. A veces, había que aparentar.

-Tu viejo es un hombre que confía nada más que en la fuerza y el sexo. Cuando conoció a tu madre, fue un oasis que no duró mucho porque pronto la secó. Le chupó todo el amor que ella le tenía y la dejó seca.

Comenzaron a llegar médicos que saludaron a Ansaldi. El tío me presentó y todos me dieron la mano con respeto. Preguntó por mamá, todavía nada, dijeron. Seguimos esperando.

- ¿Papá está loco? - pregunté así nomás, a rajatablas. Necesitaba saber.

-No me hagás reír- me contestó, pidiendo otro café para los dos. -

¿Quién no lo está en estos tiempos? Echále la culpa a tu abuelo, como hicimos nosotros. Era igual a mi hermano. A los catorce nos llevó a un putero de lo más bacán. Una casona hermosa que le habían quitado a unos franceses venidos a menos, que se volvieron a su país. Mujeres hermosas, distinguidas, limpias, que hacían lo que hacían como si todo fuese natural. La comida y la bebida, de lo mejor. Nos acostumbramos, nuestro viejo nos acompañaba, tenía sus preferidas. Pero unos meses después trajo a sus compinches a la habitación. Nos llamó a los dos, porque no te dije que nos había acostumbrado a los tríos, también. Todo eso duró años.

Me miró a los ojos.

-Sabés de lo que te estoy hablando, ¿no? A lo mejor es mucho para una sola noche.

-No, tío. Seguí, esta es una noche de aprendizaje.

Me revolvió los pelos de la cabeza.

-Vos sos un hombre, ya, querido. Como te venía contando, en esos tiempos uno sabe, intuye lo que pasa. A Pascual entraron a molestarlo, ya te imaginás. Se dejó hacer, y después se las agarraba con las mujeres, porque tenía mucha energía. Terminaba tres o cuatro veces en toda la noche, y cuando empezaron a desmadrarse las situaciones, golpes, malas palabras, cosas rotas, lo echaron. Yo había dejado de ir con ellos, pero tu viejo me contó. Mi padre le dio unas cuantas patadas en el culo a tu viejo ,

y lo llevó de una oreja a la habitación, lo desnudó aunque ya tuviera dieciséis años y lo hizo masturbarse hasta que se caía de cansancio. De esa manera quería curarlo, purgándolo de semen. Porque esa era la diatriba de mi padre, la energía del macho es el origen del mundo.

Lo miré como si me estuviese contando una película.

-Todavía no caés, vos. Cuando lo pienses mejor, te vas a dar cuenta.

No hubo cura, por supuesto. Pero yo, esa mañana ya venía construyendo un nuevo tratamiento para mi viejo.

-Tengo que volver. Dejé a Duque solo.

- ¿Nadie puede pasar por la casa?

-Cerré con llave, por los ladrones.

-Dame para acá y mando a alguien.

-No, tío, Duque ataca a cualquier extraño cuando no estamos nosotros. Ya lo conocés.

-Si, está bien, ya me mordió una vez tu jodido perro. Pero dejá que uno de los míos te lleve.

Acepté, pero antes tenía que esperar el resultado de la operación. A la diez de la mañana apareció uno de los cirujanos. Era viejo ya, pero el neurocirujano más respetado del país por ese entonces.

-Alberto, este es mi sobrino.

-Un gran gusto, muchacho. Tu mamá está estabilizada, en coma inducido, por supuesto.

- Palabras fáciles para los legos, por favor-dijo el tío.

Cisneros pidió disculpas y le costó un rato hallar las palabras adecuadas.

-Tu madre ya no va a ser la misma, Tomás. Partes de su cerebro han muerto, por los golpes, pero también por los coágulos. Los huesos ya no sirven, habría que ponerle una prótesis.

-Palabras compasivas, Alberto, por favor...

El doctor Cisneros lo miró con encono.

-Ya es un chico grande, ¿no?

Así era, y había que esperar. No quise perder tiempo y le pedí al tío que me dejara ir y me mantuviera al tanto de lo que pasara. En cuanto arreglara que alguien cuidara a Duque me volvía a la capital.

Llegué a casa. Le dije al oficial que me trajo que se volviera a Buenos Aires, no lo necesitaba. Era parco, de los que el tío se rodeaba como hombres de plena confianza. Pedro, se llamaba, parecía lento de mollera.

-Mis órdenes son de esperarte, el coronel me mata si sabe que te dejé solo.

-No te preocupés. Andá nomás a pasar la tarde en la esquina de la 98 a dos cuadras. Vas gratis, decí que lo pongan en la cuenta de los Ansaldi.

El Falcon arrancó. Entré a casa. Duque apenas se distrajo de su vigilancia para recibirme. Papá estaba en el mismo lugar donde lo había dejado, pero apoyando la espalda en el horno que seguía encendido y le había quemado la espalda. Tenía los brazos y las piernas llenas de heridas. Seguramente quiso levantarse, pero Duque se había encargado de eso.

Lo arrastré por la cocina y el pasillo hasta la habitación chica que usábamos cuando alguien se quedaba a dormir, estaba al fondo de la casa con sólo una ventana que daba al patio trasero. Me costó media hora, con descansos, llevarlo y subirlo a la cama. Tenía huesos rotos en los brazos y las piernas por las mordeduras. La cara seguía cubierta de sangre seca. A veces, protestaba con ese sonido gutural que nadie escucharía en muchos años. Le lavé la cara, que tras las costras no era más que colgajos de músculos, huesos de la nariz rotos, sin cejas ni labios. Parecía una calavera. Lo desnudé y lo aseo un poco. Movié un brazo para agarrarme la mano. No tenía fuerza. ¿Me escuchaba? Seguramente.

-Yo me encargo de vos, viejo. Estás en las manos de tu hijo que tanto te quiere.

Se infectaría, por supuesto. Su dolor, en cambio, no me importaba. No podía gritar, así que no me importaba. Pero si yo pretendía cumplir el ambicioso plan que me había propuesto, que había surgido como una revelación desde alguna parte escondida de mi mente, allí donde los antiguos anatomistas han dicho que está el alma, no debía dejarlo morir. Lo alimentaría todos los días, limpiaría su mierda, también, porque a diferencia del abuelo, yo aplicaría la purga de otra manera. Esa sería mi vida desde entonces.

Cubrí la ventana con ladrillos del lado exterior. Duque me veía hacer, recordándome su comida. Le día agua, le hice una gran cacerola de recompensa.

Volví a la habitación. El viejo se había movido un poco, jadeaba de fiebre. Le inyecté antibióticos que me robé del hospital. La primera dosis de muchas. Lo dejé desnudo en la cama. Su cuerpo era una tragedia, una estrambótica caricatura de lo que había sido. Cerré la puerta con llave. Corrí el armario.

Sonó el teléfono a las seis de la tarde. Mamá había muerto hacía un rato. El tío se encargaría de todo, que durmiera en casa y que Pedro me llevara en la mañana para las exequias en el panteón de los Ansaldi en la Chacarita.

Tras la puerta tapiada, el silencio.

El pasillo oscuro era un estrecho umbral donde la noche luchaba sus batallas contra los muros. Pero la única salida había sido abolida.

6

Por lo menos hasta la intromisión de Laura, la cual aborrecí y maldije hasta el punto de que querer matarla con la pala que agarré para desenterrar la única presencia real de mi vida. Pero las manos de Laura, al abrazarme, volvieron a rescatarme por un tiempo. A mi viejo se lo llevaron en una ambulancia. Me dijeron que se murió en cuanto la luz del día le iluminó el cuerpo lleno de cicatrices y pústulas que nunca habían sanado. Ángel Ansaldi vio el cuerpo una sola vez, antes de enterrarlo en el panteón junto a mi vieja. Me hizo la cruz para siempre. Estaba sonado. No me libraría de su influencia y sus caprichos por el resto de mi vida.

Seguí camino hacia el Abasto. Sin pensarlo demasiado, mis pasos me llevaban de vuelta al departamento de Claudia. ¿Para qué? ¿Anunciarle que su hijo iba a tener la mejor vida con los Saravia y los Gonzaga, pero que no lo iba a volver a ver el resto de su vida? Se mataría, probablemente. Yo lo haría, es decir, lo haría por ella.

Acaso el castigo que impuse a mi viejo fue algo inútil, y sin embargo necesario. Pero hay cosas que son útiles para algunos, pero no necesarias para la mayoría. Evitar el dolor de alguien no es imprescindible, y sin embargo cuánto lo agradece el ser al que aliviarnos del dolor.

A veces me pregunto si los que condenaron, clavaron y mataron a Cristo no fueron instrumentos de una inmensa estrategia de salvación por el dolor y el remordimiento. Vivimos con la culpa auestas, y de pronto nuestra alma apesadumbrada por el encierro de la carne, se expande, se libera y ¿es feliz? ¿Eso es todo? ¿El cuerpo de carne y hueso es un muro, una cáscara que nos separa de lo etéreo, del éter al que llamaba Aristóteles la sustancia vital del universo?

Sólo sé que hay cosas que están bien, y que no coinciden con lo que debe hacerse. El chico que ahora dormía en una casa de Belgrano estaría mejor, sin duda, de lo que estaba antes. Era necesario. El dolor encerrado en la habitación de mi casa, la putrefacción y la mugre que mi viejo olía cada día, no estaba bien, por supuesto, pero era necesario. Cuando él me abrazaba y me cuidaba en el burdel, era su forma de protección, era lo que necesitaba hacer para que su pasado tuviese sentido. De otra forma se habría suicidado, pero amaba demasiado los éxtasis que le ofrecía la vida para privarse de ellos.

Lo fatalmente necesario es la ausencia del remordimiento, esa plaga de garrapatas que chupa la sangre toda la vida hasta dejarnos exhaustos. Sin esta barrera, el camino se ve más claro. Los errores pierden vigor porque el dolor no impide su resarcimiento y las pérdidas se compensan sin nostalgia. Cristo es un lujurioso monaguillo nacido del esperma del cerebro humano.

Llegué a la puerta del edificio de Sarmiento. La noche era igual que la víspera, y por un momento casi me convencí de que no había pasado nada de lo que creía recordar. Los mismos faroles encendidos en la puerta, las hojas de diario en el vestíbulo arremolinadas junto a la entrada, el perro acurrucado como un ovillo de pelo duro sobre el bordillo de la acera, la misma pizarra con las ofertas del kiosco de al lado atada con cadena al poste del alumbrado, los mismos coches estacionados. Sin embargo, lo que cambiaba todo era el recuerdo, ese monaguillo con ambiciones de obispo que todo lo registra en las cuentas del debe y del haber, que no se olvida de la más mínima impronta dejada en la piel y la carne de los corderos de Cristo.

El portero eléctrico no funcionaba, decía un cartelito pegado con cinta scotch. Y habían dejado la puerta sin llave. Me di cuenta de que la noche

del viernes había visto el mismo cartel, ya era viejo. Todo confluía, me dije, en la noche. Los astros, que acaso ni Dios puede controlar, se avecinaban para espiar nuestra conducta como en una casa de muñecas. Pronto, sacarían el techo o las paredes de esa vieja escenografía y se dispondrían a regocijarse con los diálogos no escritos de la fatalidad, una más de las para ellos vitales contradicciones que renuevan su imperio.

La luz del vestíbulo, titilante y opaca. El espejo frente a la ascensor, testigo mudo y paciente de las bestias humanas que entraban en la jaula que parecía conducir al cielo o al infierno. ¿Era, acaso, el espejo, la contaduría eterna de Dios? Tantas veces me he preguntado quién me mira desde el espejo, quién esa criatura que sonríe desde el fondo, tras mi imagen. ¿Quién no ha visto, mirando a alguien observándose en un espejo, que algo o alguien sonríe tras los vanidosos gestos de aquel otro que está contemplando su reflejo, su ropa, su maquillaje, su postura? Siempre esa presencia que estropea todo regocijo. Por eso yo había quitado el espejo del cuarto de mi viejo cuando lo encerré. No tanto porque fuese a lastimarse al tropezar estando ciego, sino por esa presencia del espejo que al no tener quien la observase, se enfadara y decidiese invadir la realidad de la habitación.

No haría ruido ni me delataría. La sorpresa debía ser el detonador para Claudia.

Sin embargo, en el rellano de la escalera del segundo piso, me encontré a una vieja, que aparentemente me esperaba.

- ¿Usted viene a ver a la del tercero? - me preguntó, señalando con el pulgar hacia el techo. Parecía media ciega, sino del todo, y su presencia en el descanso de la escalera parecía ser tan natural como el de una antigua ave mitológica encargada de cobrar el peaje a zonas prohibidas. Ciega como la justicia, ciega como la muerte.

Asentí con la cabeza.

-Por lo menos, se ve que no es lenta ni perezosa. Dígale que mañana paso a cobrarle los meses que debe.

- ¿Usted es la dueña del departamento?

Se rio.

-Me ocupo de cobrar para el doctor, que es el propietario, nada más. Vivo en el cuarto.

Me dejó pasar. Ella se quedó, no sé hasta cuándo.

Toqué el timbre del departamento de Claudia. No creía que estuviese durmiendo, no eran más que las diez y media u once de la noche, o tal vez más temprano. El día, sin embargo, parecía haber concluido en ese lugar. El silencio era propicio para el tiempo y el espacio de la madrugada.

Dos timbrazos y unos golpes educados en la puerta, que en el palier sonaron con estruendo de impaciencia. Sabía, porque había mirado por ella, que la mirilla de la puerta estaba obnubilada y no servía.

- ¿Quién es? -.La voz de Claudias sonaba tan diferente, como lo único que desentonaba con la noche anterior.

Le contesté, sabiendo de antemano su reacción.

- ¡Andáte!

La voz era un chillido que apenas traspasó la puerta.

-O llamo a la policía.

-Si no lo hiciste esta mañana, Claudia, no lo vas a hacer ahora. O querés que te quiten a Diego.

El silencio fue la respuesta que yo esperaba, la ingrata sorpresa sobre los desprevenidos.

- ¿Qué tenés que ver con Diego?

Su voz, intentando serenarse, era como un auto antes de perder el control, austeridad intentando negar el miedo.

-No te puedo decir si no me abrís.

-Me estás mintiendo-dijo, estirando un salvavidas que ya estaba roto desde el principio de la conversación.

Por eso abrió la puerta, sin destrabar la cadena que apenas dejaba un resquicio de diez centímetros para la mitad de su rostro.

- ¿Qué tenés que ver vos, hijo de puta, con mi hijo? - la amenaza se tornó en desgarro: - ¿Qué sabés? Decime....

-No hagamos escenas, Claudia, la vieja del cuarto está en la escalera como un pájaro de mal agüero.

La vi tornar el ojo asomado hacia el pasillo, oscurecido hacia el hueco de la escalera.

Cerró la puerta, descorrió la traba y me dejó entrar.

Nos quedamos en ese simulacro de pasillo, entre una pared muerta y otra en la que se abría la puerta de la cocina un par de metros más allá. En la pared muerta, sin embargo, colgaba un espejo, apenas iluminado por la luz que se escabullía desde la cocina. La sombra era la dueña de la imagen

reflejada: Claudia y yo como dos figuras sometidas a una vida de esclavitud mutua.

Pero ambos estábamos, por ahora y en esa noche de sábado, apartados por el vacío donde el resquemor creaba grietas que se extendían y se agrandaban.

Y allí,- me di cuenta cuando vi la mirada de Claudia hacia el piso-, estaba Duque.

- ¿Y ese perro?

Levantó la vista otra vez hacia mí, esta vez enojada, sin temor.

-Sos de esos, ¿no es cierto?

- ¿Esos cuáles?

-De los de arriba, con perros y autos, llevándose a todo el mundo.

No sabía si hablaba de realidad o misticismos, su comentario era una alegoría tanto de la realidad sociopolítica como de la sensación que yo tenía de mí mismo desde hacía mucho tiempo: un mensajero, ¿un sicario?

-No te preocupés por él, viene y se va cuando quiere.

La llevé hasta el sillón frente al televisor, encendido y sin volumen. La pantalla se reflejaba en el ventanal del balcón, con la persiana levantada y las cortinas corridas. Podían escucharse sirenas de la policía y verse los arcos de Abasto.

- ¿Viste el desfile por el balcón?

Se sentó despacio. Sí, le había hecho daño esa mañana, la había desgarrado, probablemente. Pero eso no era nada con lo de esta noche.

- ¿Qué querés? - me dijo, largándose a llorar, agarrándose una mano, apretándola con fuerza como si quisiera lastimarme, pero ella imploraba. - Decime de Diego, ¿cómo lo conocés?

-No me dijiste que el padre se había muerto en las islas.

- ¿Y por qué tenía que decírtelo? No era nada para mí. Me embarazó y desapareció. Yo crie a Diego sola...

Se encogió de hombros, condescendiente consigo misma y su argumento. Miró a Duque, sentado en el piso al lado del televisor. Nos observaba, y desde la pantalla se repetían las imágenes de la aglomeración en la Plaza, una y otra vez.

-Diego va a estar bien, Claudia, no tenés que preocuparte más por él.

- ¿Ustedes se van a encargar de él?

- ¿Nosotros? ¿Quiénes?

-Ustedes, los usurpadores.

Pensé en Laura, y fue como escucharla luego de tanto tiempo.

Señalando la televisión, le dije:

-Los ingleses, Claudia, son los usurpadores de las islas. Nosotros las recuperamos.

Recité la seguidilla de frases hechas que intentaron en vano durante mucho tiempo de justificar los actos y convencer a la mayoría, esa inexistente entidad de la que se vanaglorian en conocer los necios.

- ¿Y para qué viniste, entonces?

Las sirenas se acercaban hacia el Once. No eran siquiera las once de la noche. El número repetido: mi número favorito de niño, la cábala impuesta por cumplir más de lo que me pedían. El diez de la escuela en los cuadernos de clase era un azar, pero el once siempre estaba ahí, imposible, pero siempre cierto. Mi viejo el número once, el del cuerpo fuerte como el de un Atlas de gimnasio, el que me llevaba de la mano a conocer a las mujeres, el que me enseñaba en el auto lo que debía y no debía hacerse, estacionados bajo la sombra de algún viejo edificio. Ese cuerpo que emanaba calor y protección, los puños que se abrían como una concesión irremediablemente ansiada. Y la caricia en el pelo era un ademán de poder y sumisión, la ambigüedad como norma, la dicotomía como éxtasis.

Le acaricié la cabeza a Claudia. Ella la recostó sobre el respaldo del sillón, y se dejó tocar. ¿Qué había pasado durante la tarde? ¿En qué habría pensado que ahora se abandonaba así, tan sumisamente?

- ¿En qué pensás? - le pregunté al oído, rozando su piel con los labios.

-En que todavía no sé, o no me acuerdo, cómo te llamás.

Hablaba con los ojos cerrados, atenta a las sirenas que se acercaban, muy lentamente, indecisas, intermitentes, desastrosamente inadecuadas para otra cosa que no fuese el suplicio.

Entonces murmuré mi nombre junto a su oído.

Me asenté sobre ella, como hacen los buitres.

Le tapé la cara y la boca con mis manos.

Los minutos pasaron lentos y seguros. Las sirenas se acallaron. El perro en la vereda empezó a ladrar. Duque había desaparecido.

No eran las doce de la noche. El sábado de abril no había terminado.

Levanté su cuerpo, la llevé a la cama. Le saqué la ropa y me desnudé con ella. Su silencio me defraudó, como el silencio de mi vieja.

Me vestí, dejé billetes sobre los billetes que aún permanecían intactos sobre la mesita de luz.

Tomé el ascensor, no quería ver a la vieja en la escalera.

Mi descenso debía ser un viaje solitario y sin regreso.

EL SEMBRADOR DE CARDOS

1

Domínguez fue mi mentor, como lo había sido su padre del mío. Nuestras familias, de miembros dispersos en la provincia de Buenos Aires, en mi caso el de los Ruiz, y por el litoral, Misiones y el Brasil, en el caso de mi padrino Amílcar Domínguez, no se caracterizaban por la solidaridad mutua. Los Ruiz siempre fueron un clan donde el único nexo era la tradición político-pueblerina, y el nudo entre nosotros que mantuvo una cierta lealtad familiar fue el interés común, lo que se llamaba el apellido y sus connotaciones en una época donde estas consideraciones todavía tenían la importancia de una impronta marcada a rajatablas en la historia.

En el caso de los Domínguez, ya era otra cosa. Inmersos en el ámbito de las fuerzas armadas, mi padrino bailoteaba, como lo hizo su padre, entre los servicios de inteligencia militar y la política nacional o de frontera. Tenía el rango de capitán mayor, y se había recibido de abogado, y estaba, en la época en que transcurren los acontecimientos que voy a narrar, en su

segundo período de diputado provincial por Buenos Aires por el partido radical, y en la rama más dura e intransigente, según decían.

A propósito, me llamo Adalberto Ruíz. Soy médico, y aunque mi estancia está en General Lavalle, mi zona de trabajo se extiende por todos los campos de alrededor, y hasta en La Plata tengo muchos pacientes. Por eso tuve la oportunidad de conocer la historia que da pie a estas notas que emborrono para distraerme de mi profesión, de mi obsesión, si se quiere. Ella no me permite equivocarme, y me castiga muy rudamente con el remordimiento que no se quema con nada; en cambio, las palabras escritas o mal escritas, si no las destruye una mano cualquiera, las liquida el tiempo al licuar la tinta. ¿Pero no es lo que pasa también con el cuerpo de los hombres? ¿Quién se acuerda de nosotros? Los libros de los registros civiles se pierden en las sucesivas mudanzas, y los huesos se sacan de las fosas para cremar en los osarios. El tiempo del recuerdo es más o menos el mismo.

Amílcar era mi padrino por cariño y afición, nomás, pero sobre todo por tradición familiar, que tampoco era muy larga. Mi viejo, Bernardo, que era medio huérfano, por decirlo de alguna manera (a mi abuelo lo habían fusilado y mi abuela era alcohólica y prostituta allá por Santa Fe), fue criado desde los diez años por Alejandro Domínguez, cabo de la Gendarmería de ese entonces, hablo de poco antes del 1900. Lo hizo estudiar medicina y lo crio como a un hijo propio, pero nunca lo adoptó como tal. Tenían una diferencia de edad de trece años, así que cuando el cabo se casó ya grande, Amílcar nació y se educó entre esos dos hombres, porque la madre se había muerto de cáncer de útero un año después. Mi viejo, que ya hacía prácticas en el Hospital de Clínicas, la había cuidado con el inútil objetivo de salvarla. Esa especie de primo, hermano o lo que fuese que era el pequeño Amílcar de apenas un año, se lo estaba pidiendo.

Pero el tiempo pasó, y mi viejo consiguió una mujer que creía sana, pero que después de todo también se murió de una septicemia después de la cesárea que tuvieron que practicarle para que yo naciera con vida. Fiebre puerperal, la llamaban en ese entonces. Y nos quedamos solos, hombres solos criando chicos, ellos en el barrio de Monserrat en Buenos Aires, donde los intereses del cabo podían manejarse con mayor comodidad, y mi viejo y yo en la provincia, primero en La Plata, luego en Lavalle donde se compró la estancia en la que vivimos desde entonces.

Las relaciones entre ambas familias fueron, como dije, basadas en una lealtad que nunca supe explicarme pero que estaba implícita en la sangre de los Domínguez. De ellos venía esa obligación de cuidarnos, y por eso, cuando Amílcar ya se hizo mayor, él fue quien se encargó de ser mi mentor, y la diferencia entre ambos era casi la misma que entre nuestros padres. Entre mi viejo y mi padrino se encargaron de enseñarme el mundo de la medicina y el mundo del derecho político, uno tan incierto y macabramente inútil, el otro tan falaz e insidioso como la mentira, pero ambos coincidían en ser un gran fraude. La medicina cree curar y consolar, pero el dolor persiste, y el derecho cree compensar las injusticias, y únicamente las prolonga. En el hotel de Monserrat donde yo pasaba los días de exámenes y durante mis prácticas en Buenos Aires, y luego cuando visité a Amílcar cuando su viejo ya había muerto, y en la estancia de mi viejo, sentado en la recova mirando el caballar que los peones hacían pastar en las mañanas, yo pensaba en cómo conciliar ambos mundos. La ciudad y el campo, representaciones nomás de dos filosofías que podrían de algún modo, amalgamarse con la salud y la enfermedad, que no existen como tales, así como no existe una ciudad que no esconda bajo sus cimientos los esqueletos de los que allí vivieron cien o quinientos años antes. Y el campo es puro idilio, donde el hombre pone el pie, pone su mierda y la bosta de los caballos que cabalga y el hierro de los fusiles que preanuncian las locomotoras y el motor a combustión.

Las leyes y los libros de medicina son la intelectualidad que intenta compensar la bestia humana, el reflejo instintivo. Pero ambas no pueden separarse sin morir al mismo tiempo.

Por ese motivo nuestras familias de un solo miembro, un Ruíz y un Domínguez, persistieron en obligarse a mantener un lazo que iba contra todas las enseñanzas de la historia. Amílcar me enseñaba a abolir la frustración, a insistir ante el fracaso y la muerte de mis pacientes. Amílcar creaba leyes y las exponía en la cámara de diputados con largos e interrumpidos discursos que muchas veces terminaban en violentos arrebatos y amenazas.

Por ese tiempo ya había habido muchas manifestaciones en Buenos Aires por parte de los radicales en contra del general Justo, y sin embargo los fraudes electorales que denunciaban era la misma práctica que realizaban a escondidas. Nunca comprendí nada de esa época de los

cuarenta. Sólo me concentraba en entender, como simplificación de hechos que no podían ser clasificados por su propia inconstancia y contradicción, que había dos grandes ideologías. Por una parte, la que representaba mi padrino, conservadora, afín a las fuerzas militares como recurso siempre a mano, católica a rajatablas, progresista a conveniencia, y libertaria según el ambiguo término que utilizaran. Y del otro, los socialistas, tan variados y contradictorios en el fundamento de su ideología como en sus métodos, nunca se pusieron de acuerdo, pero que siempre podían identificarse por su actitud evasiva y su abrupto silencio, para luego y en cualquier imprevisto momento desmandarse con terrible violencia.

Esto último es lo que recuerdo de Antonio Méndez Centurión, el hombre con el que peleó mi padrino durante muchos años desde que se conocieron, tantos como los que le restaron de vida.

2

Conocí a Méndez cuando tuve que ir a La Plata a ver a los Casas. La mujer de Casas, dueño de una vieja panadería que era de inevitable referencia cuando se visitaba el barrio, alejado del centro, de casas residenciales, un bar, un taller de autos, un par de escuelas, una casona grande y mal cuidada como en una película inglesa, una farmacia tradicional y una barbería, donde trabajaba Antonio Méndez.

Después de revisar a Clara Casas y repetir los ritos consolatorios por un cáncer de mamas que no tenía ya remedio, me despedí del marido evitando la mirada absorta con que intentaba retenerme, y salí a la calle. Me froté la cara para despejarme de la mugre amarga y áspera que se me había pegado encima en la habitación de la enferma, y me di cuenta de que la aspereza era también la de mi barba. Así que vi el cartel de la barbería en la otra cuadra, y cruzando la calle de esa tarde de invierno sin sol y sin sombras, entré. No sabía por entonces de quién se trataba, por supuesto. Un hombre de casi cuarenta años sino poco más, de bigote frondoso como un Trotsky criollo, pelo espeso y oscuro, ojos negros, de hombros anchos y estatura mediana, más bien para menos que para más.

-Buenas tardes- me dijo, parado tras el sillón de barbero, cerrando las grandes hojas de un diario que daba apariencia de haber sido leído varias veces desde la mañana.

-Buenas tardes- respondí.

- ¿Qué desea, caballero? - preguntó.

-Una afeitada, nomás.

Hizo el ademán de invitarme a sentarme, me puso la bata, la anudó detrás de la nuca y se paró frente al espejo preparando la crema. Miré los recortes de diario pegados en el espejo que tenía pequeñas manchas de óxido dispersas como lunares de una piel enferma de cáncer. Pensé, entonces en Clara Casas, y en lo que me habían dicho o había escuchado por casualidad, porque los chismes viven del aire y los respiramos con la misma necesidad que el oxígeno. Clara y Antonio, quizá, eran amantes, y el cornudo de Casas que me había mirado con congoja, seguramente lo sabía, y esa era la causa de tal mirada y no la muerte. Fuese como fuese, a mí no me importaba.

Los recortes eran sobre explosiones en Moscú, manifestaciones pro-soviéticas en Yugoslavia, el exterminio de los obreros de una fábrica en Stalingrado, y la amenaza de Hitler para invadir y anexar Polonia. Estaba por comenzar la guerra, y yo de veintidós años, recién recibido de médico y susceptible a toda influencia, la principal de la cuales era la norma de conducta de mi padrino, que, a pesar de no imponerla, era tan fuerte que intimidaba. Lo había escuchado hablar en casa sobre la posición del gobierno en caso de guerra, y abalaba la neutralidad. Y esa neutralidad no era más que una posición tomada en no atacar la alianza germánica.

Méndez se paró delante de mí, ocultando por un instante todos los recortes periodísticos que así reunidos no era más que panfletos para combatir la amenaza fascista. Si quieren guerra, la tendrían, el pueblo organizado combatiría. ¿Me pregunté si el barbero que tenía delante era un anarquista? Sí, seguramente lo era. Pero era también un hombre que se parecía mucho en carácter y firmeza a mi padrino.

Mientras me embadurnaba con la brocha, preguntó:

-Usted no es de por acá, ¿no es cierto, caballero?

Algo de la crema se interpuso en los labios. Me limpié y dije:

-De Lavalle, soy doctor, y tengo pacientes por varios lugares.

- ¿Y quién anda enfermo por acá, si se puede saber, doctor...?

Dejó el frasco y la brocha en la repisa junto al espejo. Nos miramos un instante nomás a través del reflejo. El hombre algo sabría, me dije, y me indagaba.

-Adalberto Ruíz, para servirlo.

-Un gran gusto, doctor- me dijo, medio sonriendo. Y entonces agarró la navaja de afeitar y caminó lentamente hacia detrás del sillón. Me pareció que rengueaba un poco, pero también que era tan teatral como todo ese escenario de barrio que parecía montado para recibirme. Porque eso fue lo que sentí cuando él, como correspondía, se presentó a su vez, pero hablando a mis espaldas y mirándome por el reflejo del espejo:

-Antonio Méndez, para lo que guste, doctor.

Y siguió hablando, largo y tendido, como corresponde a cualquier barbero que se precie de tal, sabiendo a su cliente momentáneamente dominado por sus manos y la navaja que recorre como una peligrosa caricia la piel de la garganta.

Era el hombre del que mi padrino hablaba como de un contrincante nefasto, de un hombre que escondía maniobras violentas y contactos con el comunismo. ¿Por qué darle tanta importancia a un simple barbero de barrio? ¿Cómo podía ser que tuviera tanta influencia?

Mientras Méndez hablaba de cualquier cosa, mezclando política con aconteceres del barrio y algún que otro chiste obsceno que le permitió mover el bigote en una especie de sádica sonrisa, se me ocurrió que los simples comercios de barrio eran a veces la fachada para grandes intereses políticos que no podían dejarse ver a simple vista en comités o reuniones parlamentarias. Decían los diarios progresistas que los comunistas estaban invadiendo nuestras costumbres y corrompiendo a la juventud. Amílcar no era de los que hablaban mucho de todo eso, lo mencionaba, a veces, pero daba a entender que se reservaba las opiniones y prefería actuar. Antonio Méndez era conocido a nivel provincial, pero de manera velada. No se había encontrado forma de comprobar conexiones con el extranjero ni sus supuestas movidas en los ataques a las iglesias en Buenos Aires. Sin embargo, se sabía que el barbero era un hombre que manejaba muchas influencias con sus manos.

Esas manos eran delicadas para arrastrar la navaja como si fuese un arado que cortara al ras todo germen de simiente. Eran manos fuertes y con olor a colonia casi rancia, pero que sin embargo casi me adormecieron

mientras con una sujetaba mi barbilla y con la otra pasaba la navaja con ese ruido de roce y corte como sobre cuero o madera. Cerré los ojos, y su voz resonó como un canto de barítono en medio de una calle vieja, que podía ser Moscú o Buenos Aires, pero donde el aroma del empedrado era el mismo. La sangre y la saliva de un hombre tirado boca abajo y con el cuello cortado.

Desperté con el calor de la toalla tibia limpiándome de los restos de crema, me restregó con tiesura las mejillas al ponerme colonia, y me dijo:

- ¿Qué le parece, doctor? A que nunca no lo han rasurado de esta manera.

Me miré al espejo, me palpé la cara. Era casi la piel que había tenido antes de mi adolescencia. No pude más que sonreír, y él, guiñándome un ojo, me dijo:

-Cuando quiera, doctor, estoy a sus órdenes.

Me levanté, nos estrechamos las manos y me despedí.

Antes de pisar la vereda, sentí la necesidad de provocarlo, no sé por qué, como si la relación con Amílcar me autorizara a desafiar a su contrincante.

- ¿Sabe usted quién soy? - le pregunté.

Me miró otra vez por el espejo, como si formara parte de sus ojos, incluso la pared en la que estaba.

-Ya me lo dijo, doctor.

-Mi padrino es el doctor Amílcar Domínguez- dije con jactancia.

Se puso a reír.

-Usted perdone, doctor. Antes no quise avergonzarlo, yo tengo una forma de actuar, ya comprenderá. ¿Pero quién cree que lo recomendó a usted para ver a Clara? Me hablaron muy bien de usted, doctor, me dijeron que desde hace muchos años que no se recibe en la facultad alguien tan meritorio.

Hizo una pausa, sabía que no iba a contestarle, ocupado en tragarme la vergüenza.

-Salude a su padrino de mi parte, y que en cualquier momento lo espero por acá. No soy de esos, ¿sabe?, que frecuenta el Congreso y sus tugurios. Crean que soy peligroso.

Siempre dándome la espalda, después de limpiar la navaja, se puso a afilarla en la tira de cuero, pasándola y reposándola una y otra vez con la parsimonia de un monje o de un loco.

Esa fue la imagen más vívida que me quedó de él. Al día siguiente viajé a Buenos Aires, tenía que contarle todo al padrino.

3

-Así que al final lo conociste- me dijo, palmeándome, como si ya me hubiese hecho hombre con simplemente conocer a su enemigo de tantos años. Ese fue el día en que comprendí que no era únicamente una rivalidad política, ni mucho menos exclusivamente ideológica.

Si en Méndez había sentido la ironía o el sarcasmo cuando me encargó saludos, en Amílcar sentí la verdadera ira contenida. La imagen que había querido darme de Méndez como el hombre bestial y violento, heredero de una cultura vieja y prepotente, y de él como el representante progresista de una nueva política apegada a la cultura que venía de Norteamérica, se había invertido. El barbero era educado y cuidadoso al hablar, de gestos lentos y metódicamente estudiados, sus manos habían aprendido el límite exacto entre el rasurado y la violencia; el diputado, en cambio, era malhablado, tiraba cosas al piso si algo lo enfurruñaba, gritaba o insultaba, pero luego se contenía al fumar un cigarrillo y mirar por la ventana del departamento de Monserrat el ir y venir de los coches y colectivos.

- ¿Y de qué proviene su rivalidad? - le pregunté, esperando un exabrupto de los que últimamente lo dominaban. Los últimos meses lo habían tenido muy ocupado en presentar argumentos que revocaran la ley que se venía debatiendo para otorgar el libre culto. Los católicos habían manifestado sus protestas por todos los medios, prensa, radio, panfletos, reuniones en escuelas, iglesias, comités y marchas en las esquinas de la ciudad. No estaban dispuestos, decían, a que el ateísmo comunista contaminara la sociedad. Y tampoco, pensaba yo, que se perdieran las inversiones y las influencias de las empresas y los gobiernos de derecha que tanto hacían en el país. Trust de ferrocarriles y automotrices, y los

consabidos negocios de los que nadie hablaba, pero todos conocían. Las armas, por supuesto, y la preparación para la guerra próxima. Si en Europa se iban a batir cuerpo a cuerpo, acá peleaban por los beneficios que se harían palpables en muy poco tiempo. Por eso la neutralidad proclamada, que era una fastidiosa fachada para los que no tuviesen anteojeras.

-Nos conocemos desde chicos con Méndez. De familia rara, por no decir descalabrada. Empezamos jugando a la pelota en el mismo club del barrio allá en La Plata. ¿A cuál de los dos se le ocurrió mejorarlo? Ya no me acuerdo, pero laburamos juntos por conseguir auspiciantes de los comercios de los alrededores. Mi viejo nos llevaba en el auto hasta los barrios más alejados, y él hacía mucho con su presencia, porque lo conocían. Ampliamos las instalaciones, vestuarios y baños decentes, por lo menos. Después, la municipalidad nos cedió un terreno para hacer una cancha fija, pero teníamos que ganar. Eso fue mérito de mi labia y de la influencia de mi viejo, por supuesto. El intendente, un viejo mayor del ejército retirado que ya tenía casi ochenta años, sentado en la oficina, despatarrado y con la bragueta siempre abierta porque el cierre no le funcionaba, nos decía que éramos una promesa para sacar adelante el país, y cruzaba una mirada de inteligencia con mi viejo. Fuimos dejando los partidos de fútbol y nos metimos de empresarios, podría decirse. Venían chicos de otros lugares cuando empezamos a ganar de locales. Cuando ya fuimos mayores de edad, Santos, el dueño del bar que en ese entonces hacía de presidente del club a medio tiempo, dijo que renunciaba. Había un flaco, Aníbal, del taller mecánico, que era un pata dura para jugar, que se postuló, lo mismo que Morales y uno de los gemelos Benítez, creo que Daniel. Entonces nos preguntamos con Méndez por qué no nos metíamos nosotros, si al fin de cuentas fuimos los que impulsamos el progreso del club. El problema era ponerse de acuerdo en cuál cedería.

Amílcar se levantó del sillón. Apagó la radio donde sonaba la voz atiplada de un comentarista deportivo hablando de los posibles candidatos para el campeonato de clubes.

- ¿Sabés cómo nos llamábamos en ese entonces? Unión Deportiva Concejales de La Plata. Muy timorato, pero nos daba importancia cuando empezamos a aparecer en los diarios. Y cuando nos mencionaban en la radio, para qué te cuento.

Se sentó, encendió otro cigarrillo, me convidó uno. Cuando acercó su mano con el encendedor de plata, vi una vez más las uñas limpias y los dedos marcados de cicatrices viejas y veladas por piel nueva. Las manos de un hombre que había conocido tropiezos y mucha calle, probablemente puñetazos y caídas. Pero que hacía mucho había perdido la destreza.

-No nos pusimos de acuerdo. Los abrazos y lo que yo creí la amistad íntima con Méndez se resquebrajó cuando nos dimos cuenta de que íbamos a ganar los comicios. De todos modos, la elección era una ficción que el intendente y mi viejo, probablemente, ya tenían armada. Eso bien lo sabía Méndez, pero yo cerré los ojos para sentirme tranquilo, en ese entonces y esa edad todavía funciona esa estrategia. Pero aparecieron los rusos, o siempre estuvieron, y no les llevamos el apunte. Eran pibes nietos de inmigrantes polacos y rusos, húngaros también, y hasta ucranianos y croatas. Tenían apellidos de los que nos burlábamos, y aunque varias veces quisieron entrar a jugar, no los dejamos. No sabían moverse en el campo, se quedaban parados, pensando, como armado las jugadas en la cabeza. Pero precisamente fue eso lo que atrajo a Méndez. Lo empecé a ver frecuentarlos cada vez más seguido. En el barrio se decía que los rusos, como llamaban a todos ellos en general, tenían padres anarquistas y comunistas, y que los abuelos habían participado en la revolución del '17. Méndez me contó una vez que lo llevaron a la casa de Krakovsky, el principal propagandista de ese clan que fue creciendo a la sombra de nuestras estupideces diarias, y que tenía muchos libros en una biblioteca inmensa. Méndez dejó de jugar y se metió a leer esas doctrinas. La izquierda lo atrapó.

Amílcar limpió la ceniza que cayó en el cuero del sillón, simplemente la sacudió con la palma de la mano y cayó en la alfombra. La tarde entraba por el ventanal con bullicio. Eran las seis, probablemente, y el sol del invierno caía detrás del edificio de enfrente. El balcón, tras las cortinas oscuras, era un hueco al fondo del cual nacían pequeñas luces de los comercios que pronto cerrarían sus puertas.

-Me dije: "pan comido", y sin culpa, además. Yo ya tenía asegurada la presidencia del club y a Méndez no le interesaba.

Se golpeó, la frente, como quien se da cuenta de la tremenda estupidez que había cometido.

-Se postuló, por supuesto, con algunos otros que te mencioné. Cuando contamos los votos, resultó ganador. ¿Cómo?, nos preguntamos en silencio con mi viejo. A regañadientes, y ante todo el populacho del barrio, teníamos que aparentar que todo estaba bien. Méndez no demostraba jactancia, sino seguridad, y ahí empezó a estrenar su doblez. La mentira, querido- me dijo, apoyando su hombro contra el mío, la espalda contra el respaldo, la cabeza reclinada hacia atrás, los pies descalzos sobre la mesa ratonera frente al sillón. Exhaló fuerte y continuó: - se descubre siempre a sí misma, pero el ocultamiento es lo mejor. A quien no dice nada, hay que calarlo lenta y trabajosamente. Por eso los zurdos tienen fama de no ser mentirosos, su ardid es el silencio, y hacen caer a los tontos en esos pozos negros en los que entran para averiguar si hay alguna perilla de luz. Tantean en la oscuridad, y se caen. Y ¡zás!, el garrotazo final.

- ¿Entonces fue por eso? ¿Por la presidencia de un club de barrio? - pregunté.

-Eso fue el comienzo, querido. Los rusos nos hicieron la vida imposible desde entonces. No en el club precisamente, sino en la política. Hombre que se postulaba por nuestro partido a la intendencia, incluso apoyado por hombres fuertes de la provincia, hombre que rajaba. ¿Por qué? Porque lo compraban o lo mataban. Todos portaban pistolas en el cinto o bajo el traje. No te diste cuenta, pero bajo el guardapolvo de barbero, tiene una Smith and Wesson pequeña para los pequeños propósitos.

-Pensé que la navaja ya era peligrosa...

Mi padrino echó una carcajada y se rascó la barba que ya raspaba desde que se había afeitado esa mañana.

-Ese método lo usaban antes, los viejos cuando vinieron.

Se me acercó más y dijo:

-Hay que pararlo.

Estaba drogado. Las dos veces que había ido al baño para orinar, debió inyectarse algo, aunque había vuelto pulcramente vestido con su traje, como siempre por más que estuviese en casa, y el único indicio de descuidada domesticidad era el volver abotonándose el pantalón.

-Va a postularse para intendente. Ya es seguro, y va a ganar si no hacemos algo. Están metiéndose en todas partes, ¿te das cuenta? ¿No escuchás la radio, vos, pibe? ¿O solamente tenés ojos y oídos para los pobres tipos que tenés de pacientes?

La droga le estaba haciendo efecto, ya lo había visto así. Hablaba y hablaba, sin pensar, sólo sintiendo. Se quitó la corbata, se desprendió los botones superiores de la camisa. Sudaba.

-Ya sé, ya sé, no me digás nada. A veces necesito desahogarme, ¿me entendés? Sacáte esa careta de médico y ponéte en mi lugar. Yo tenía todo fácil, mi viejo, la plata, el ambiente, la educación. Méndez, desde el barrio pobre en que se crio, si hasta bastardo dijeron que era, me fue robando las oportunidades.

-Pero si vos sos diputado, Amílcar, y él un barbero.

Me agarró de la ropa con los puños y dijo:

- ¿Pero vos sos pelotudo, o sordo, o las dos cosas? Te dije que él es el jefe de una banda de mafiosos. ¿Qué digo? De toda una clase que está comiéndonos vivos. No son las pistolas, es su inteligencia los que los hace así. Trabajan para hacer estallar todo. No sólo anarquistas, sino comunistas, ateos. Nos quieren quitar todo por lo que hemos trabajado. ¿Vos querés un país de proletarios? ¿Querés ser un número en un expediente?

Me quedé pensando. La burocracia capitalista también reduce al hombre a eso. ¿Qué es mejor, ser un eslabón sin nombre en la máquina del estado, o un asalariado buscando un trabajo que nunca llega? El ideal capitalista es una ficción como el ideal comunista. Y el término medio es la frustración.

Eran las ocho de la noche y había hecho silencio, despatarrado en el sofá, abrazándome y pidiendo que lo disculpara.

- ¿Querés que te cocine algo? - le pregunté.

-Andá nomás, en un rato viene Sonia.

La mina con la que andaba yo la conocía de vistas. Nos cruzamos un par de veces en el palier del edificio. Trabajaba en una empresa de cosméticos extranjera. Apenas se pintaba, y apenas me saludaba.

-Le hablé muy bien de vos a Sonia- me dijo.

- ¡Qué bien! ¿Y?

-Que si querés cogértela, metéle nomás. Para eso la tengo, nada más. ¿O te pensás que estoy enamorado y me voy a casar y tener hijos de esa puta?

-Padrino- le dije - ¿no pensante alguna vez en eso?

Me miró. Los ojos se le licuaban en una transparencia digna.

-Preguntále a Méndez, pibe, y déjame de hinchar las bolas, por favor.

Sonó el timbre. Abrí y entró Sonia. Apenas verlo, dijo:

-Así que éstas tenemos, ustedes dos se divierten y me dejás el fardo a mí.

-Me quedo...

Me detuvo apoyando una mano enguantada y típica de la señorita linda e inocente que sale de la oficina en el centro porteño, y que viene a visitar a su novio.

-Dejá, querido, yo sé cuidarlo cuando se pone así.

Lo ayudó a levantarse y él se apoyó en sus hombros. Mientras me ponía el abrigo y el sombrero, calando mi facha en el espejo antes de bajar a la calle, los espí unos segundos a través del reflejo, por la puerta abierta del dormitorio. Ella le sacaba la camisa y el pantalón, y con una toalla que sacó del armario empezó a secarle el sudor, mientras tarareaba una canción de moda.

Cerré la puerta, tomé el ascensor, saludé al encargado y enfrenté el frío oscuro de la calle del barrio antiguo. Tan antiguo y rico a la vez, que era como estar en un sitio sin tiempo, con iglesias empotradas en el paisaje de una ciudad que estrujaba el corazón de sus habitantes hasta dejarlo como una simple entraña seca.

Volvería a la ciudad nueva.

4

La única forma de entrar a la casa de los Casas era por el negocio, nunca conocí otro acceso. Clara estaba tras el mostrador, como siempre, atendiendo y charlando con una vecina. Tenía una hija adolescente, muy linda, más rubia que ella y con la tez del padre, blanca y con pecas que apenas se notaban. La chica acababa de salir la escuela, era el mediodía. Entró detrás de mí, apurada, se metió tras el mostrador después de dar un beso a su madre y desapareció en por el pasillo.

Un chico de más o menos la misma edad ayudaba en el negocio todo el día, en la cocina a la mañana, luego haciendo los despachos en su bicicleta

con canasto. Esa tarde me lo crucé en la vereda antes de entrar, fue una embestida cuando ambos doblábamos la esquina desde diferentes veredas. No me pidió disculpas, al contrario, me miró con las manos en el manubrio y enojado por haberlo interrumpido.

-No pasó nada, no te preocupés- le dije, a ver si sacaba de algún lado la buena educación. Se limitó a encogerse de hombros, y dejando la bicicleta en la vereda se escabulló al interior del negocio. Lo vi hablar con Clara y entregarle el dinero de los encargos, entonces ella me vio.

-Buenos días, doctor- intentó sonreírme, pero prestaba atención al dinero que estaba contando a la vez que escuchaba a la vecina contando algún chisme insulso, controlaba las cuentas en un cuaderno, y echaba un ojo a la balanza con el pan y a su hija, que entonces recién había entrado.

Todo eso al mismo tiempo, pero su mente estaba eclipsada, seguramente, por otros pensamientos cuando me vio, porque de pronto vi la pequeña ofuscación en su mirada: casi ignoró a su hija, contestó a regañadientes a la vecina, y retó a Oscar por su torpeza en la vereda. Lo había visto todo, por supuesto.

-Usted disculpe a Oscar, doctor, es un chico torpe y de mal genio.

-Como mi tío- contestó el pibe desde el extremo del mostrador, comiendo un sándwich con pan y queso, los codos apoyados y la mirada desafiante, mascando con la boca abierta.

-Pero él no es un grosero como vos, andá a mudar, o le cuento a mi marido.

Se encogió de hombros otra vez, y se fue por el pasillo que conducía al interior de la casa.

-Que se le va a hacer-dijo Clara-. Es el sobrino de Méndez y nos lo recomendó para encausarlo un poco con el trabajo. No quiere estudiar.

La vecina movió la cabeza con desaprobación y recogiendo la bolsa con el pan se fue, murmurando.

-Lo esperaba para la tarde, doctor. Aguárdeme un poco que llamo a Laura para que me reemplace.

La chica se había cambiado la ropa de la escuela por un vestido de con delantal y se puso a limpiar el mostrador. Vi a Oscar asomado en la puerta, como controlándola.

Clara se sacó el delantal, se limpió las manos que tenía cubiertas con un suave velo de harina, se acomodó el cabello, y dijo:

-Cuando guste, doctor. Pase, por favor.

La seguí por el pasillo luego de codearme con cierta brusquedad con el muchacho. Era un tarambana, maleducado y desafiante. Llegamos a la habitación de Clara, donde la cama matrimonial ocupaba el centro bajo una ventana ancha de postigos que daba a la vereda sobre la calle más transitada. Había retratos de su boda sobre las mesitas de luz y la cómoda. La casa olía a vieja pero no había nada fuera de lugar: las alfombras a ambos lados de la cama pulcramente dispuestas, los cuadros de cualquier casa de familia, impersonales algunos, de mal gusto otros. El piso era de madera, y resonaban con cualquier paso, aún del perro que no había visto antes, y que estaba acostado en un rincón.

-Está cieguito el pobre, por eso no se mueve mucho.

Lo vi arrinconado, con la cabeza levantada. Me llamó la atención que no tenía orejas, pero levantó la cabeza con atención cuando escuchó los pasos aún antes de que entráramos.

- ¿Cómo ha pasado estos días, Clara? ¿Cómo le sienta la medicación?

Se sentó en la cama, yo en una silla.

-No sé decirle... ¡Pero que estupidez la mía, no le ofrecí algo para tomar!

-No se preocupe.

De pronto, pareció derrumbarse. Dejó caer sus brazos sobre la falda, los hombros se vencieron y la espalda se encorvó.

-La verdad, doctor, es que me hacen sentirme decaída. Usted me ve en el negocio, soy un torbellino, pero cuando me siento, soy una piltrafa. No sé qué voy a hacer con ellos...-. Miró hacia la puerta de la habitación. -No saben qué decirme ni cómo comportarse, y yo no puedo fingir todo el tiempo. Laura esté en una edad tremenda, ya me entiende, y encima con ese chico que le da vueltas y a ella le gusta.

- ¿Y su marido?

-Ese es otro que no sabe nada de estas cosas, o más bien lo sabe y por eso no dice nada. ¿para qué? Y tiene razón.

-Pero le dará un abrazo de vez en cuando-dije, metiéndome en la vida privada de esa mujer que no era nada más que una paciente para mí.

Ella sonrió.

-Sí, ya sé. Pero no es muy demostrativo.

Me pregunté si sería cierto lo que se decía de ella y el barbero. Tal vez el consuelo estaba fuera de casa.

La ausculté en el silencio, donde los ruidos del aire en los pulmones eran como el viento que transcurría por el pasillo de la casa. La Plata, ciudad de diagonales como un laberinto de pasillos, atraía los vientos de la pampa. Hice dos recetas de nuevos análisis y radiografías, un poco para justificar mi visita, porque Clara, en mi opinión, ya estaba desahuciada. El cáncer había tomado ambas mamas y se extendía por los bronquios, sin tos ni otro síntoma más que aquellos ronquidos internos del aire obstruido y entorpecido, los sonidos del cuerpo que se queja como si estuviésemos habitados por miles de criaturas exigentes y caprichosas.

Como Oscar Méndez, el chico que nos observaba desde la puerta en el oscuro pasillo sin ventanas, aislado del sol de la tarde que se iniciaba en la ciudad.

Salí a la vereda en plena siesta. No había más que el zumbido del tráfico en la avenida. La catedral se asomaba a lo lejos, abriéndose paso entre las bocacalles del barrio. Caminé sin pensar, sabiendo que me dirigía hacia la barbería, pero necesitaba hacer tiempo para convencerme de los motivos por los cuáles no agarraba el auto y me volvía a Buenos Aires de inmediato. Allá tenía mi clientela principal, mi departamento en el barrio de Agronomía, cerca de la facultad y el hospital, y me di cuenta de una inequívoca verdad que había intentado suprimir poniendo capas de concreto sobre ella, y que construían la máscara que se parecía a Amílcar. Yo intentaba ser como él, porque pensaba que lo que me había inculcado era lo correcto, lo bien pensante, lo inteligente, lo lógico. Lo que construye al hombre. ¿Y qué es el hombre?, me pregunté, pasando por las veredas de los baldíos llenos de yuyo y cardos, mirando a los perros buscando restos, tal vez, de ratas muertas.

Yo no era mi padrino, era diferente, ¿pero diferente de qué manera? Para identificar lo blanco, debo conocer lo negro. Si yo no sabía en realidad cómo era él, no podría nunca saber cómo era yo. ¿Era este un método saludable? No, por supuesto. Era dependiente, era evasivo, era dar miles de vueltas por un laberinto que probablemente tendría la salida clausurada.

Sin embargo, era el único. Por eso caminé por las calles haciendo tiempo, leyendo los carteles de propaganda proselitista para las próximas elecciones municipales. Amílcar tenía razón, Méndez se postulaba y por todas partes había carteles pegados en las paredes, panfletos clavados en los postes, y una camioneta recorriendo las calles con un megáfono de voz estridentemente insoportable con una marchita partidaria que encomiaba las virtudes del pueblo obrero y ensalzaba la personalidad del candidato, un ciudadano como todos, decía, un hombre del barrio.

Eran las cuatro de la tarde. Llegué a la puerta de la barbería. Méndez estaba sentado en sillón hojeando *La Prensa* de la tarde. Junto al marco había un cartel anunciando una disertación de Orestes Giraldo en la sede social del club. ¿Quién era ese?, me pregunté en voz baja, y Méndez me contestó.

- ¿Interesado, doctor? ¿Por qué no me acompaña? Me han invitado a hacer un brindis en honor a nuestro invitado.

Más campaña, claro, y esta vez de un dirigente del partido comunista. Por qué no, me dije.

-Veremos, Méndez.

- ¿Cómo ve a la señora?

-Disculpe, Méndez, pero me atengo a comentar eso sólo con sus familiares.

-Entiendo, doctor, pero como ya le dije, me une a la señora una familiaridad muy íntima, con ella y toda su familia, por supuesto.

-La próxima vez le preguntaré a Clara si me da su permiso.

Méndez se rio. Tenía el diario doblado bajo el brazo y lo tiró a la distancia sobre el sillón.

-La pucha que es usted estricto, ¿de quién lo habrá aprendido? Del diputado Domínguez, seguro, porque de su padrino, me parece difícil.

Ante ese ataque directo, no lo dejé amedrentarme. Si me había pasado la tarde buscando pretextos para saber más, no me haría el ofendido para rajarme así nomás.

-Ya el padrino me habló mucho de ustedes, de su época del club y todo eso. Rencillas que se han endurecido, me parece.

-Usted lo ha dicho muy bien, doctor. El cuerpo de los hombres se endurece con la edad, pero no porque el esqueleto sea más fuerte, sino que

los huesos son apuntalados por los resentimientos, como grandes columnas de piedra. A veces, es lo único que nos sostiene.

Frases de político, pensé, pero no estaban del todo mal para las perogrulladas que se venían escuchando últimamente.

Se puso a mirarme de costado, y dio una vuelta a mi alrededor.

- ¿Sabe, doctor, que no le vendía mal un corte de cabello? No sé quién lo atiende, pero deja mucho que desea en mi opinión...

Entré y me miré al espejo. Era verdad, tenía el cabello largo y apenas me peinaba cuando salía temprano de casa. El viento de la ciudad había colaborado a cambiar la imagen del médico pulcro con su maletín de cuero en una especie de científico loco.

Con una sonrisa provocada por mi propia imagen, la tensión entre ambos se fue diluyendo a medida que me el sonido de las tijeras, limpio y ameno, se alternaba con el olor de la colonia. El resultado fue encomiable. Me miré al espejo y me gustó la forma en que me veía, tan diferente a cómo me imaginaba que quedaría. No me rasuró, porque el aterciopelado velo de la barba resaltaba el corte del pelo de una forma masculina y formal.

-Es usted un pibe, doctor, si me permite que lo trate así. Piense en las pacientes que podría conquistar, después de curarles los males del cuerpo, por supuesto, de otro modo no es ético.

No era sarcasmo esta vez, sino complicidad.

- ¿Y usted, Méndez? ¿No está casado?

Hizo un chasquido de desprecio con la lengua.

- ¡Qué va, doctor! Las mujeres son demasiado para nosotros. ¿Para qué pasarse la vida tratando de entenderlas? No vienen mal en determinados momentos, claro, uno es un hombre al fin de cuentas. ¿Usted no se dio cuenta que no les importamos demasiado? La sumisión que nos ofrecen parece ser resultado de nuestro dominio masculino y lo que nos une a ellas. Creemos que somos como los machos cavernícolas que las arrastran de los pelos, pero son ellas las que nos agarran de acá- dijo, llevándose una mano a la entrepierna. -Su dominio es invisible, pero nos atan con su voz al embriagarnos el alma, y con la culpa que nos encadena la voluntad.

Sacudió el delantal, lo arrojó a un cesto, y dijo:

-La pucha, ya es hora de salir. Tenemos que llegar temprano para organizar la agenda de discursos y brindis, y toda esa morondanga, pero es necesario, doctor.

-Ya lo creo que es necesario, Méndez. ¡Qué sería del club sin usted!

Mientras se quitaba el delantal de barbero y se anudaba la corbata, me miró con complicidad por el espejo. Me guiñó un ojo, y entonces supe que lo había conquistado para mi partido, el cual ni yo sabía cuál era ni que objetivos tendría. Un partido de escasos miembros, un triángulo o una trinidad donde el equilibrio provenía de las fuerzas encontradas para hacerse la guerra.

5

El Club Social “Concejales” estaba en una esquina a cinco cuadras detrás de la casona inglesa abandonada por un derrumbe. Fuimos en mi auto, no pretendía quedarme mucho tiempo en la reunión, a más tardar a las diez volvería a Buenos Aires.

Era un galpón encalado y pintado varias veces al largo de los años, se notaba en el vetusto descascaramiento de las paredes exteriores y el techo de chapa. En la puerta había muchos reunidos en grupos, fumando y charlando. Eran casi las ocho de la noche, y desde adentro salía una luminosidad increíble, impensable para lo que creía capaz a ese lugar. Pasamos entre los grupos de hombres, que nos abrieron paso cuando vieron a Méndez, mirándome con curiosidad y cuchicheando y dándose codazos interrogantes.

Méndez me tenía agarrado del brazo, ¿protegiéndome, acaso? Había una gran platea de sillas rejuntadas de todo tipo, muchas traídas por los mismos asistentes desde sus casas. Adelante, un escritorio con vasos y papeles, y cuatro sillas. La luz intensa provenía de los tubos fluorescentes, todavía nuevos en esa época, y costosos, seguramente.

Adentro el aire estaba viciado de cigarrillos, pero el humo se filtraba por las ventanas abiertas. Por eso, las pocas mujeres que había llevaban los abrigos puestos y temblaban, las esposas que no hacían más que acompañar a sus maridos y escuchar sus conversaciones, pero las otras, las que iban y venían con bandejas de empanadas y vasos de vino para los hombres, y algún licor o simplemente agua para las señoras, o las que

llevaban papeles y lapiceras y anteojos yendo de grupo en grupo, consultando, preguntando, sonriendo, no tenían tiempo para pensar en el frío, porque seguramente no lo sentían. El ruido era como el bullir del agua que comenzaba a hervir en el interior de ese horno humano que era el club social, donde el fuego provenía de las pasiones políticas que iban calentándose paulatinamente a medida que los hombres llegaban y las ideas iban tomando forma en el aire. El humo ayudaba a pensar, a veces, pero otras no hacía más que solidificar las figuras retóricas de las ideologías, la mayoría pasadas de moda, pero que insisten en no desaparecer, como lo hacen los fantasmas.

Un hombre de más de sesenta años, alto y flaco, de pelo escaso, con un traje gris que parecía quedarle grande, abrió los brazos desde lejos al vernos llegar.

-Mi querido Antonio, por fin nos vemos después de tanto tiempo.

Se abrazaron y se palmearon con efusión. Los demás, aplaudieron el encuentro.

-Mi viejo y querido Orestes... ¿Sabe, doctor? - dijo Méndez, sujetándome del brazo otra vez. -Este señor ha sido mi compadre cuando era un pibe, me cuidó en las malas, salvó a mi familia de la miseria...

-Vamos, vamos, no hice más que darte trabajo en la fábrica. ¿Sabe, joven, cómo laburaba este tipo? Todo el día en la fábrica, de noche el curso de barbería y después, al comité, para redactar los discursos, porque la mayoría de los nuestros no pegaban una con el castellano, o eran analfabetos, y lo digo con orgullo, porque para leer las insensateces que publica el gobierno con el pretexto de la moralidad y el progreso, más vale quedarse en la ignorancia.

Entonces me miró frunciendo el entrecejo.

- ¿Y quién es este joven, Antonio? ¿Un nuevo camarada?

Méndez se rio, lo cual no pudo evitar seguir haciendo mientras decía:

-Sería un milagro si lo fuera, y hasta yo me haría católico.

Todos festejaron la ocurrencia, pero el viejo se quedó esperando.

-Es el doctor Adalberto Ruiz, ahijado del diputado Domínguez.

Orestes Giraldo era una autoridad, ahí me di cuenta. Los que nos rodeaban como espectadores de un reencuentro legendario y muy pronto testigos del apoyo que brindaría a la campaña, murmuraron, pero lo más escandaloso fue el silencio. Orestes, director del Partido Comunista,

respetado por su inteligencia y su discreción, pero combatido por los más ortodoxos, rompió el hielo con ironía.

-Si viene como espía, doctor, verá que no escondemos nada.

-Es un joven de mente abierta, Orestes-dijo Méndez, y le cuchicheó algo al oído, probablemente sobre Clara. El viejo asintió y pareció tranquilizarse de su preocupación por lo que creyó su exceso de palabras ante un desconocido, no era su costumbre, como tampoco lo era dar esas charlas de comité que no eran más que apoyos a los camaradas elegidos entre una amplia mayoría. Me pareció, cuando después empezó a hablar frente a la audiencia en un silencio interrumpido por toces y correteos de unos pocos chicos, que el favor que estaba haciendo con su presencia venía más de la nostalgia por el pasado que por el apoyo a Méndez para la intendencia. Era lo conveniente, tal vez, era lo necesario, parecía decir. La diferencia poco menos de veinte años, lo autorizaba o lo obligaba a elegir un sucesor, que no siempre las circunstancias permitían elegir.

Mi padrino tenía razón, el barbero estaba escalando, y había escogido la edad propicia, la de la madurez y la presunta serenidad donde decanta la experiencia y las pasiones se aquietan, donde la impetuosidad deja paso al pensamiento. Las incontinencias populares, fuesen de izquierda o de derecha, conducían al ámbito político por carriles violentos y caóticos. Aprendamos, decía Orestes Giraldo, a discernir entre la clase dirigente y la oligarquía de clase. Los inteligentes nacen, no se crían. La militancia es un instrumento en provecho de ideas elevadas, no en interés propio. Dios es un opio que acobarda al pueblo, es un invento de la clase ociosa, que tras los anteojos de los intelectuales esconde ojos de ciego.

No transcribiré el discurso, y si lo hago indirectamente es con las falencias de mi imparcial interpretación. Pero Méndez estuvo conforme, porque como todos los demás esa noche, sabía que no podía esperar otra cosa de Orestes Giraldo más que el idealismo de partido, ideas elevadas por encima de la inveterada practicidad de los motivos impuestos a la vida cotidiana. En el mundo se impone, en el mejor de los casos, el mal menor, que casi siempre es una amputación cruenta e inaceptable para salvar una vida que mejor debió haberse acabado. Si Dios es un invento, las catedralicias construcciones filosóficas que devienen en estructuras políticas no muestran mayor realidad que esa otra gran entidad. Lo que la mente humana construye, suelen destruirlo las manos, que no son más que

instrumentos que evidencian el desgaste de ese material tan perecedero de las ideas.

Entonces, me preguntaba yo, sentado en la primera fila junto a aquellos desconocidos, escuchando las palabras como repiques de campanas que llamaban a una misa atea, ¿qué es lo que perdura? No la carne, lo he visto y comprobado. Ni los huesos se salvan. Cuando nos llevamos las manos a la cabeza, como hizo Clara esa tarde, en signo de impotencia y desesperación, tal vez debamos agradecer a esas mismas manos que son nuestras enemigas, la piedad que nos demuestran al no aplastarnos de inmediato, al no deshacer entre ellas el cementerio que tenemos por cerebro.

Los matrimonios vecinos se fueron antes de la medianoche, quedaron los socios del club, los afiliados al partido y sus conocidos. Había una cena preparada. Ayudamos a reunir las mesas, poner los manteles, platos, vasos y abrimos más botellas. Desde la cocina se escuchaba al cocinero napolitano y su ayudante discutir en dialecto, el olor de la salsa y la carne llegaba y nos extasiaba. Orestes estaba sentado a la cabecera de la mesa, Méndez a su derecha.

Se oyó un grito del italiano:

- ¡A mangiare, signori!

Todo fue muy informal, como correspondía a una reunión de camaradas y de hombres solos que no debían preocuparse de miradas ajenas o de lo que se dijese después. Todos a su turno fuimos con nuestros platos en mano a la cocina y volvimos con nuestra porción de ravioles y estofado. El menú había sido decidido por la sección italiana del comité, por supuesto, y la bebida, además del vino, traída por los rusos. El tal Krakovsky, del que me había hablado mi padrino trajo vodka y otras bebidas que dejaron a muchos tarados para toda la noche. La pampa no era la estepa, pero eso los asistentes no querían entenderlo.

Hablamos de política, se tiraron abajo los discursos escuchados recientemente en el Congreso. Krakovsky, que era senador, dijo que Farías no llegaría a presidente, aunque intentara conmover a las viejas y los infelices publicando fotos muy emotivas con el hijo enfermo que, todos sabían, encerraba en su casa como un monstruo.

-No hables así de los minusválidos- le dijo Giraldo. Según las malas lenguas, él también tenía un hijo que entraba y salía de un neuropsiquiátrico.

-Pero doctor, ¿usted lo vio a ese pibe? Si digo monstruo, me quedo corto. Pero el hijo de puta es el padre, se hace el buen tipo y tiene el alma más deformada que el chico.

Después de habló de mujeres, y la conversación se dispersó en grupos. Algunos se quedaron dormidos, otros seguían comiendo, la mayoría continuaba tomando. Méndez era uno de ellos, y ya estaba ebrio cuando fueron las dos de la mañana.

La reunión decaía, porque los más jóvenes sabían que no debían desmandarse con excesos, impropios del visitante. En mangas de camisa y sin corbatas, los sombreros en el piso, algunos cinturones aflojados para ayudar la digestión. Los olores de diversos tabacos se habían mezclado, los eructos colaboraron a viciar el aire y las flatulencias fueron el hazmerreír de los más zafados.

Giraldo se levantó de la silla, se puso el saco y el sobretodo. Méndez, que había hecho tres brindis en lugar de uno, volvió a hacer otro, pero no sabía lo que decía. Orestes le pasó un brazo por encima de los hombros y dijo:

-Compórtese, querido.

Se fue solo, sin esperar que nadie lo acompañase. Yo, que era el único más o menos sobrio, corrí hasta la puerta, como si fuese mi deber no dejar solo a ese viejo.

-Doctor-dije, viendo la sombra que se alejaba por la vereda. - ¿Quiere que lo lleve a alguna parte?

-Usted es un tipo sensato, caballero. No se quede con mala impresión de nosotros, los zurdos. Tarambanas y maleducados hay en todos los partidos, imbéciles, ¡pstt!, ni le cuento. Cuide a Antonio esta noche, que no se meta en líos, cuando está en pedo...bueno... no le digo nada porque espero que no pase, pero ya se dará cuenta si tiene mala suerte.

Me quedé fumando en la vereda, hasta que sentí la mano brusca de Méndez en mi hombro derecho.

- ¿Vamos al putero, doctor? ¿Qué le parece? No me diga que no...me voy solo entonces, querido. - Me dio un beso en una mejilla y se dispuso a irse. Mi padrino no hacía más que darme la mano cuando estaba sobrio, y odiaba que lo tocara cuando estaba drogado.

Seguí al hombre que se había puesto a caminar solo por la vereda, hacia el sur, hacia la bocacalle que conducía a no sé dónde.

Todavía no había conocido a la mujer que sería mi esposa, así que no tenía prejuicios ni encontraba inconveniencias en acostarme con mujeres que satisfacían de manera bastante aceptable y muchas veces más que eso, las exigencias de mi cuerpo, que a medida que crecía y maduraba, eran más complejas. Me asombraba que mientras más se practica el sexo, más se exige de él, hasta determinado punto en donde el cuerpo nos traiciona con alguna enfermedad o la mente se escabulle hacia otros intereses. A la psiquis no la domina el cuerpo sino el sentimiento. Mientras no hay amor, o siquiera afecto, los éxtasis del cuerpo se confunden con los del espíritu.

Las mujeres del putero en la intersección de esa misma calle del club con una diagonal que no me acuerdo, eran limpias, pero el sitio tenía el aspecto de una casa de pensión común y corriente. Las chicas no eran tan chicas, pasaban de los treinta, y parecían amas de casa aburridas, vestidas con enaguas o un vestido sin signos de provocación. Las estufas satisfacían la necesidad de calidez para no necesitar ponerse abrigos que ocultaran los cuerpos. Había dos hombres en la sala de espera, fumando. Nos saludaron, a Méndez especialmente. Yo lo tenía agarrado del brazo para que no se cayera. Él hablaba poco, consciente de su estado, parecía no querer hacer el ridículo conmigo, porque no creo que le importaran los demás, lo mismo que en la reunión. Sólo conmigo intentaba parecer controlarse o mantener por lo menos cierto dominio de sus actos y de su cuerpo. Pero, como dije, el cuerpo traiciona.

Eso fue lo que le sucedió cuando se metió en una habitación con una de las mujeres. Durante un rato me quedé esperando en la sala. Varias me miraron desde las sillas y el sofá, tres o cuatro nomás. Al fin, una me convenció. Yo estaba caliente de verlas, de sentir el tufo del calor y el olor que se siente en esos lugares, imprecisos. El olor de los labios y del pelo, también de los restos de secreciones que ellas tienen en la piel y no pueden lavarse. Las mucosidades que exacerban el ludibrio y satisfacen más que el sexo limpio y pulcro, el sexo higiénico. ¿Está mal que yo lo diga, médico como soy? Si está mal, también lo es ser un hombre.

Allí estábamos, sobre el colchón desnudo y desnudos, cuando se abrió la puerta y la mujer que había elegido Méndez entró con desgana, las tetas al aire y la bombacha raída, y dijo:

-Che, el amigo que vino con vos está tirado en el piso, en un pedo que no da más. Espero que no se haya muerto...

Tiró el cigarrillo al piso. Yo me levanté a las apuradas y la empujé al salir. Me puteó, pero me siguió hasta la habitación. Méndez estaba boca abajo en el piso, el culo al aire, pero respiraba y tenía pulso, aunque muy bajo. Les dije a las mujeres que me ayudaran a levantarlo, a regañadientes una me hizo caso. Los otros hombres se habían rajado.

Lo pusimos en la cama.

-Voy a buscar el maletín en el auto- dije.

La mina me detuvo.

-Sí, te rajás y nos dejás el fardo.

-Te digo que soy médico, vení conmigo si no me creés.

Miró a una de las otras, con la que yo me había metido al cuarto, y la mandó.

Nos vestimos y salimos al frío de la calle. El auto estaba junto al cordón de enfrente. Cruzada de brazos y temblando, con un tapado viejo, pero sin medias y en sandalias, me miraba abrir el baúl y sacar el maletín.

-Así que es verdad, pibe- me dijo. - ¿Vos sos de acá? Si, venís, estoy todos los días...

No le hice caso, me preocupaba que todo ese quilombo terminara en una tragedia.

Méndez seguía desnudo y ahora respiraba agitado. Lo ausculté y le tomé la presión. Estaba baja, pero se recuperaba. Probablemente el alcohol y la presión arterial se habían aunado para derribarlo.

- ¿Qué pasó? - pregunté, cuando ya estaba mejor y lo había tapado con una frazada.

La mina que habían estado con él me dijo:

-Lo de siempre, cuando toma mucho no se le para. Pero él insiste así que no tengo más remedio que manosearlo hasta que ya no da más. Cuando acaba, ya es un bebé que duerme toda la noche, pero si no, le pasa esto.

-Así que no es la primera vez.

-No, pibe, pero será de las últimas. No lo dejaría entrar si no fuera porque paga mucho y muy bien, y por el lío que armaría después. Nos amenazó con clausurarnos.

-Dejános solos- le dije.

Ella y las otras, que miraban desde la puerta, se fueron y cerraron. Me quedé cuidándolo hasta que se despertó solo cuando ya eran las cinco y media de la mañana. No amanecía aún, pero las luces de la calle ya se habían apagado.

Me miró, girando la cabeza. Yo estaba acostado también, había intentado dormir un poco.

- ¿Qué hace, doctor?

- ¿Cómo está, Méndez?

-Así que me está cuidado como...

-No estuvo bien anoche...

- ¿Y a usted qué le va ni le viene? Tiene miedo del escándalo, y que salpique la reputación de su querido padrino. ¿Tan sin tacha lo cree? Esas maneras educadas, esa ropa de rentista, el abono en el Colón...

-Cállese un poco- le dije, agarrándole la muñeca para tomarle el pulso.

Se desprendió de la frazada, se sentó en la cama. Se frotó los genitales, y dijo:

-La puta, no acabé tampoco esta vez, me excito demasiado y de repente me desvanezco, qué sé yo.

-Y me dijeron que no es la primera vez, debería hacerse revisar, Méndez.

-Tengo otras preocupaciones.

Fue al baño a orinar.

-Usted no es viejo, Méndez, es cuestión de algún medicamento que le controle la presión.

Volvió así nomás, sin taparse, tocándose el pito como si quisiera maltratarlo por desobediente.

-Usted ocúpese de Clara, doctor, y déjeme en paz que sé lo que hago.

Se sentó en la cama.

-Vaya a ver si nos hacen un mate las putas estas.

-No son la seis todavía, deben estar durmiendo.

Me miró con encono y desprecio.

- ¡Ay, miren al caballero que piensa en el descanso de estas inocentes doncellas! Vos sos como tu padrino, querido, se hacen los remilgados, pero traman tramoyas a escondidas, y después se quejan si les sale mal.

- O si un amigo nos traiciona- le dije, encendiendo la luz pálida del techo. Los postigos estaban cerrados con soldaduras. Vi por primera vez, con el tono ocre de esa luminosidad, la piel de Méndez, con mucho vello castaño, el cuerpo firme, el pecho duro, la cabeza como el perfil de un magistrado romano, de barba cuidada y ojos claros de un verde extraño, como selvático. Sí, algo parecido al color de un cuadro en donde se funden los diferentes matices de los árboles de una selva del litoral. Y en la piel había muchas cicatrices.

- ¿Qué verso te hizo Amílcar? - ya no me trataba de usted, ahora era él plenamente, su pensamiento desnudo como su cuerpo.

-De las elecciones del club y todo eso, pero deje, ya usted me dijo que no es de mi incumbencia.

-Seguís haciéndote el remilgado cuando te morís por saber todo. Sos un sucio, querido, como todos. El problema de Amílcar es el de su clase, se creen que se merecen todo y que los demás tienen la obligación de conseguírselo, sea gobiernos o mujeres.

-Entonces fue por una cuestión de polleras, ¿no? Me imagino que por la mujer de Casas.

Méndez se levantó de la cama y se puso a buscar su ropa por el piso. Ese gesto de vestirse antes de hablar de Clara era más que un signo de respeto. Se puso los pantalones y la camisa blanca con manchas de la cena y con olor a transpiración.

-Si la hubieras visto hace quince o veinte años, era una belleza. Más que su cuerpo, su forma de caminar con elegancia, con una finura natural. Su risa no tenía artificios. Tenía la estatura perfecta, la figura adecuada que hacía que cualquier vestido, y no tenía muchos, le cayera bien. Si se maquillaba, nunca se notaba demasiado, y si no lo hacía, la cara le resplandecía igualmente. Sufría, también, lloraba y gritaba. Cuando se enojaba le teníamos miedo como a un dios que se idolatra, un dios que se viene abajo y muestra sus costuras, y por eso la queríamos más. Eso fue en su adolescencia, cuando las tres hermanas no tenían más que a la madre que no podía mantenerlas porque el gobierno le había quitado la pensión por el marido. Palacios era un Yrigoyenista que trabajaba en el Ministerio

del Interior como simple oficinista durante del gobierno de Justo. Cuando se murió de un infarto a los cuarenta y pico, el gobierno se acordó de todos los artículos que había mandado a los diarios, y de todos los inconvenientes que había puesto en los expedientes que atendía. Nunca lo echaron porque sabía demasiado, y no lo mataron, o quién sabe si su muerte repentina no fue por otra cosa que ese infarto registrado en el certificado de defunción que firmó el médico del juzgado de turno. Se murió en la oficina, dijeron, a las diez de la noche, porque trabajaba hasta tarde en su máquina de escribir, yendo y viniendo del archivero de metal hasta el escritorio, y el rechinar de los cajoncitos abiertos hacía música con el percutir de la máquina.

Antonio Méndez abrió la puerta y llamó. Le contestó el silencio matutino encerrado en la casa.

-Las hermanas buscaron novios con algo de plata, pero hicieron lo que pudieron. La mayor se casó con un hombre de campo y se fue para Entre Ríos, la menor fue la que tuvo mejor suerte, enganchó a Gonzaga, que después se hizo general, y esa ya es otra historia. Y Clara, la del medio, y la más hermosa de todas, no se conformó con lo que veía. Cuidó a la madre, y a los veinticuatro tenía muchos pretendientes que la rodeaban, pero ella sabía que todos buscaban sexo y nada más. Sin embargo, no descartaba a ninguno. Era muy inteligente, estudiaba para maestra, pero no sabía hacer otra cosa que las tareas de la casa. Tenía que dedicarle tiempo al estudio, y no le alcanzaba después de laburar y cuidar a la vieja. Casas, ese fue un nombre clave, que se viene repitiendo desde hace mucho. Casas, como si su apellido fuera un signo de fatalidad que destinara a él y a los que lo rodeaban a un sitio y a una condición determinada. Ella trabajó en la panadería como ayudante de cocina, cuando Rodrigo era joven y soltero, un tipo medio cerrado pero accesible al barrio, un tipo común y corriente que pasaba desapercibido como su apellido. Casas, como quien nombra su casa, algo tan común y tan íntimo que no pensábamos en él a diario, solamente cuando pasaba algo, como dije, escrito por la fatalidad. La vida de Casas parece escrita, y no te rías, porque algo de *jettatore* tiene él. Las mujeres entienden de eso, pero a nosotros nos cuesta. Nos rompemos la cabeza para que las cosas sean como creemos que deben ser. Las mujeres se acomodan, crean caos a sus expensas, condenan y al día siguiente parecen olvidarse. Nosotros nos retorremos de impotencia dando vueltas a las

cosas, pensando durante años, si es necesario, pero actuamos como si nada nos importara, como si todo fuese así nomás. El silencio, pibe, esconde muchos ruidos.

Se escuchó el ruido de desagote del baño.

-Ya se despertaron- dijo. - Voy a avisarles que nos hagan un mate amargo. Supongo que no serás de los que les gusta dulce.

Escuché unas risas desde la cocina. Volvió y se sentó. Apoyó una mano en mi rodilla, apretó con fuerza, y dijo:

-Se agradece la ayuda, doctor.

-Bueno-dije- no se haga el sentimental conmigo. Siga contando.

¿Quiénes eran los pretendientes?

-Muchos, pero los que ella consideraba mejor éramos tres. Amílcar era uno, que se jactaba de sus parentescos y se la creía asegurada. Casas, al que le teníamos bronca porque no sabíamos qué pasaba en la panadería cuando ella iba a trabajar, sospechábamos que se la había volteado, pero queríamos creer que Clara se le había resistido, y además, él era un tipo ajeno a toda habladuría, campechano cuando era necesario, serio casi siempre. Y yo, por supuesto, que era el tipo pobre de barrio de mala reputación, malhablado y que se peleaba con piedras y cuchillos de cocina con los rusos, hasta que me hice amigo de ellos, y después, ya era un comunista, un marxistaleninista de puño y letra, pero sobre todo de puño, porque los otros pibes, alentados por la propaganda del gobierno, se me tiraban encima. Y tu padrino, ¿sabés?, me defendía. Y después nos duchábamos e íbamos a jugar a la pelota. Por eso él se confundió, supongo, creyendo que yo le debía favores. No es de los que reclaman devolución, sino de los que la dan por sentado. Son los peores, porque creen que todos pensamos como ellos, y se ofenden si los demás actúan de manera diferente. En los comicios del club pasó eso. Él se creyó que yo me comploté para derrotarlo. No fue así, pero tampoco fue limpio. Me habría gustado decirle que le preguntara a su viejo si no estaba metido también en el asunto. Todos sabíamos que esas elecciones de club de barrio son la misma mierda en pequeña escala de lo que sucede en las municipalidades, la provincia y en el país. Puro fraude, peor o mejor hecho. Yo nunca oculté mi apego a los socialistas, no se lo oculté a nadie, y menos a Amílcar, que era mi mejor amigo. Se pensó que yo arreglaría las cosas para que él

ganara, y como no fue así, me hizo la cruz desde entonces. Yo peleé por lo mío, querido, porque no le debía nada a él ni a nadie.

- ¡El mateeee! - gritaron desde la cocina.

-Voy yo- le dije.

En la cocina, dos minas tomaban mate y bizcochitos.

- ¿Quiere uno, doctor? - preguntó la misma de anoche.

-Para el viejo-dije.

- ¿Y cómo está?

-Mejor, en un rato nos vamos.

-No hay apuro, hasta la noche no hay nada por acá. ¿Y decime, qué es tuyo el tipo ese?

-Nada, un amigo de mi padrino, lo más.

-Ajá...

La otra, la que había estado con Méndez dijo:

-Calláte un poco, menos pregunta Dios y..., acá vienen a coger y nada más, y si te he visto no me acuerdo.

La otra se rio.

- ¿Vio? Es un diccionario de refranes.

Cuando volví a la habitación, Méndez me guiño un ojo.

-Mucha conversación con las chicas. ¿Cómo la pasaste anoche?

-*Coitos interruptus...*- le dije. - En pleno auge me vinieron a avisar de lo suyo.

Se rio.

-Gajes del oficio, doctor, no será la primera ni la última vez.

Tomó dos mates, y dos bizcochos húmedos.

-Ya van a ser las siete, pibe. ¿Nos vamos?

-No se va a zafa así nomás, Méndez. Siga contando, me lo debe.

Se lo dije a propósito, por supuesto, pero él sabía que era verdad. Me debía la consulta médica, a domicilio, encima.

-En lo de Clara, tu padrino tiene razón. No te dijo nada, supongo, pero él excusa su resentimiento por las elecciones del club para ocultar su mayor derrota. A la mayoría de los hombres no nos importa tanto perder un puesto, un cargo o cualquier competencia como el sabernos vulnerables por un sentimiento. Los sentimientos son debilidades que nos dominan. Contradictorio o no, no nos gusta reconocer que hemos perdido por ser menos viriles que otro hombre. Una mujer puede elegir a otra mujer, y no

nos incumbe, es otra cosa lo que le interesa. Pero que una mujer nos compare con otro y simplemente elija, es la mayor, tal vez, de las humillaciones. ¿Qué tiene el otro que yo no tenga, qué puede hacer que yo no pueda? Éramos tres perros en celo por Clara Palacios, y los otros, no te cuento. Santos, el del bar, Valverde, que estaba casado, pero no le importaba, y Aníbal, el pibe del taller que la adoraba, pero sabía que estaba fuera de su alcance por la edad. Fue este el que tuvo la idea, creo si mal no recuerdo, como un juego, una fantasía. Y fuimos nosotros, los adultos, los que pensamos que podía resultar en algo siniestramente divertido. Estábamos resentidos, es verdad, por el desprecio que ella nos hacía al hacernos esperar, sabiendo que ya no podía pagar el alquiler ni los remedios de la vieja. El farmacéutico Valverde le daba gratis la mayoría, pero nunca recibió ningún favor a cambio. Santos, el del bar y almacén, hacía lo mismo, y recibía nada más que una sonrisa. Amílcar la invitó a una función del Colón, ella, sin embargo, no cedió, pero le gustaba su aspecto de chico lindo. Yo conversaba con ella de política, y en eso nos veían conversar parados en una esquina, ensimismados en los argumentos. Pero después, un saludo y nada más. Ella se daba cuenta, y tanteaba el terreno. En fin, planeamos el juego para ser nosotros quienes decidiéramos de una vez por todas. Pero para que todo fuese parcial, sería el azar quién escogería. Como en las selecciones, pibe, ¿te das cuenta? Todo es un embrollo, como dice el tango, la biblia y el calefón al final son lo mismo.

-Pero carajo, Méndez. Déje la verborragia para sus discursos y diga de una vez qué planearon.

-Una rifa. Para fines de año, la escuela organizaba kermeses y una cena para recaudar fondos para el año siguiente. Los chicos actuaban y venían grupos folklóricos de la zona. La rifa por las mesas servidas y otros premios se vendía desde dos meses antes. Nadie sabía, salvo nosotros, que Clara era uno de esos premios. En el momento adecuado, la bolsa con los números en la que alguna nena chiquita elegida entre el público introducía la mano a ciegas para sacar los números, sería cambiada por muchos papeles en blanco y unos pocos nombres escritos. El momento en que el premio sorpresa sería anunciado. Esta vez, nosotros acordamos jugar limpio. No habría más que un papel con el nombre de cada uno. Nos dimos la mano, como caballeros de pelo en pecho y testículos bien puestos, esa última noche en el bar. Que ganara el mejor, nos dijimos. La suerte estaba

echada. Aníbal, que estaba fuera del juego y que pasaría desapercibido entre los otros chicos, sería el encargado de cambiar las bolsas bajo el entarimado del escenario. Después me vine al putero, a este mismo. Otras chicas, pero el mismo chismerío. Siempre se quejaban de que las mujeres del barrio las miraban mal, las amas de casa, y sobre todo las maestras, que como trabajaban decentemente, se creían con el derecho a despreciarlas. De elegir, decían las putas, preferían ser amas de casa que esperaran a sus mariditos con la comida preparada y la mesa puesta. Delirios, por supuesto, sueños con los cuales defenderse de la verdad en que vivían. Esa noche, hablaban y se quejaban como siempre, y escuché el nombre y apellido de Clara. “La mosquita muerta, tan engreída, se comió las facturas del panadero, y está embarazada”. ¿Era verdad? ¿Podía ser verdad? Estas no mienten porque sí, mienten para dañar, y allí no estaba Clara. Podía dudar, pero también me resultaba muy posible. Imaginé a Rodrigo Casas frente al horno de la panadería, en plena madrugada, afuera en la calle aún noche oscura, adentro, el calor del fuego. Y a su lado, Clara. Ambos sudados por el calor. Ella con el pelo atado por un pañuelo, con gotas de transpiración en la frente, la ropa enharinada que emblanquecía sus facciones, y la sonrisa con que intentaba desfigurar su cansancio y su calor. Y él, con la camiseta sin mangas con la que siempre trabajaba, y el delantal blanco con manchas de dulce de leche. ¿Qué podía hacer él más que lo que hizo? No era un violador, y ella finalmente estaba en un lugar donde no hacía frío, donde un hombre estaba ahí con sus brazos no demasiado fuertes, pero lo suficiente para abrazarla. Yo habría hecho lo mismo. Lo pensé toda la noche y todo el día siguiente, hasta que comenzó la fiesta. Aníbal había dejado la bolsa del sorteo en un bolso bajo el entarimado. Se fue, tenía otras cosas que hacer, como organizar los grupos que actuarían, preparar las mesas, vender bebidas y empanadas. Vino para los adultos, y Coca Cola para los chicos. Me metí debajo, saqué los papeles con nuestros nombres y los reemplacé por igual número con un solo y mismo nombre escrito. Cuando llegó el momento, ocurrió lo que debía ocurrir. La sorpresa, la indignación y la huida humillada de Clara. Pero ella volvería, por supuesto, porque ya desde antes de nuestro juego, pertenecía a Casas.

-Entonces fue esa la traición que no te perdona mi padrino.

- ¿Vos la perdonarías, querido?

-Pero tu intención fue...

-Los caminos del infierno están llenos de buenas intenciones. Así se dice, ¿no? Sino preguntále a la puta esa- dijo señalando con el pulgar hacia atrás, hacia la cocina- tan llena de refranes como de lefa.

6

La campaña para las elecciones de intendente continuó como siempre sucede en ciudades grandes. Quien ganara tendría un gran espaldarazo para la gobernación o incluso para una senaduría. Pero Méndez no era de los que preparan proyectos y estudian leyes, él estaba para liderar, ni siquiera organizar, diría yo. En eso, mi padrino tenía razón. Hay políticos de fachada, como quien dice, otros que suben lentamente en base a sus propios méritos, si es que logran subir, y los otros son los que realmente tiene el poder y la destreza de idear y liderar estrategias de partido. Uno no sabe cómo lo hacen, pero se las arreglan para seducir al electorado no solamente con demagogia, aunque sea el principal caballito de batalla. Méndez era de aquellos que convencen primero por su aspecto varonil y campechano, la sutil mezcla de la educación necesaria con lo que dan en llamar pocas pulgas.

Yo lo escuché un día después de la reunión, cuando ya estaba bien despierto y lúcido, hablar con los vecinos en la esquina a metros de la barbería. Alguien había pintado insultos contra él y los comunistas sobre el paredón del costado que daba al baldío junto al negocio. Los yuyos crecían a destajo de la inercia municipal, gobernada por los radicales de la facción más cercana a la de Amílcar. Esas pintadas eran cosa de todos los días, aparecían a la madrugada y nadie se preocupaba en borrarlas, aunque fueran hechas en los frentes de casas de familia que no tenían nada que ver con la política militante. Pero los paredones largos eran ideales, y aquel al costado del negocio era propicio no sólo por su extensión y altura, sino porque la cercanía delataba la referencia directa. Era como pintarle la frente directamente al barbero comunista, o por lo menos ponerle un cartel ignominioso en la espalda.

Él entraba directamente al local desde la vereda contraria, y fue uno de los pibes del barrio el que le dijo que saliera a mirar. Yo estaba con él esa mañana, habíamos salido del putero a la siete, nos duchamos en su casa, más bien habitación de alquiler pobretona al fondo de un largo pasillo sin techo. Yo tenía que ir a ver a Clara cuando escuché los gritos del chico, alarmado.

- ¡Don Antonio! ¡Venga, venga, mire!

Era un chico de trece o catorce años, uno de los que trabajaban para él repartiendo panfletos de propaganda proselitista, yendo de casa en casa y de negocio en negocio hablando como pericos sobre lo que no entendían nada. Repetían lo que habían escuchado a Méndez y lo que éste les había encomendado memorizar. Si hubiesen utilizado esa memoria en la escuela, no habrían necesitado ese trabajo sin más remuneración que unos pocos pesos que les daba al final del día y que ellos entregaban a sus padres o se gastaban en cigarrillos.

Antonio se metió en el baldío detrás del chico, porque las plantas eran altas, los cardos, sobre todo, parecían palmeras de una selva tropical. Esa fue la impresión que me dio la primera vez que vi aquel baldío. Era una especie de selva en miniatura que caricaturizaba un país bananero sudamericano. Sin embargo, las pintadas estaban escritas con pintura roja y a cierta altura que sobrepasaba los arbustos. De cerca no podían apreciarse con detalle, pero desde la vereda de enfrente, eran claras y brutales.

“Méndez traidor. Vende patria. Carnicero de Stalin.”

No eran simples referencias a la campaña, sino que iban directo a sus ideas socialistas. No tenía por qué haberse enojado tanto, ya estaba curtido para esas habladurías que herían en lo que no entendían a falta de otra cosa. O tal vez lo hirieran en el fondo de su historia personal o de político de barrio. Él no vivía mejor que cualquier tipo de clase media baja, pero eso no significaba que no fueran ciertos los rumores que había escuchado esos días en las calles de La Plata, y que no hacían más que confirmar lo que Amílcar me había contado. Recibía plata del exterior, de los barcos pesqueros que anclaban en Ensenada, de simples marineros que se cambiaban la ropa de trabajo, tomaban el colectivo a La Plata y se reunían con él en la barbería, con las cortinas bajadas, eso sí, casi siempre al fin de la tarde. ¿Y qué hacía con ese dinero? ¿Lo invertía? No creo que tuviese la

sagacidad para el crecimiento económico. Tal vez eran rublos, o lo que fuera, y no podía cambiarlos ni usarlos en blanco. Así que ese dinero iba de mano en mano, en cantidades de poca monta, en pequeños negocios que también servían para mantener los comités y los gastos de campaña. Me dijeron, también, los chicos estos, los que fumando y como si hablasen de bueyes perdidos y sin darse cuenta de que revelaban secretos, que muchos rusos y otros que no lo eran habían pagado deudas, sobre todo del almacén y del hospital. Los bebés se morían muy seguido, y los viejos tosían y tosían hasta que un día hacían el sepulcral silencio correspondiente. Y los hombres y las mujeres, sobre todo de los barrios bajos, de los campos pobres de los alrededores, recibían un sobre, a veces una bolsa de cuero, otras simplemente un caballo más joven para el carro, o eventualmente un ataúd decente.

Antonio Méndez salió del yuyal con las mangas del delantal con abrojos y los botones del cuello desprendidos, abriéndose paso a tropezones sobre las piedras y el barro, hasta que llegó a la vereda donde varios vecinos se habían juntado ante los gritos de los chicos, voceros del ultraje.

- ¡Otra vez los mismos delincuentes de siempre! ¡No tienen contra mí más que lo que más me enorgullece, mis ideas y mi pasión por los trabajadores!

Lo vitorearon a gritos destemplados, aunque estaba a dos pasos, que no se preocupara, que el pueblo lo apoyaba. Entonces recordé uno de los mayores temores de mi padrino. Perón, encarcelado, tal vez fuese liberado por la presión que la opinión pública y los medios estaban ejerciendo en Buenos Aires. A Méndez no le iba ni le venía que eso pasara, nada lo unía con Perón, por más que el mismo pasado del coronel fuese tan confuso o más que el suyo, esas conexiones con las fuerzas armadas no lo convencían, pero eran necesarias. El pueblo no tenía armas, el pueblo no sabía pelear más que con insultos y trompadas, y pronto se cansaba. Había que educarlo en la revolución, guiarlo diciéndole lo que debía hacer para lograr las reivindicaciones anheladas. Delante, el pueblo, la muchedumbre, el mar de hombres con los brazos alzados, caminando a grandes pasos hacia las plazas del país, vociferando virilmente los cantos del poder. Detrás, los ejércitos y las armas, ¿al servicio de pueblo?

Ésta era la pregunta de Amílcar, un interrogante que a esa altura ya era una certeza. A todo esto, le tenía miedo a lo que ya estaba pasando.

Y mientras Méndez repetía a los gritos lo que todos dicen en esas situaciones, las seguridades en las que se apoya el pueblo encolumnado para marchar, las nobles palabras de tolerar a los contrarios cuando en realidad estaba exacerbando los odios, yo conversaba, o más bien escuchaba y observaba a los chicos. Eran todos hijos de los vecinos, todos adolescentes. Los mayores fumaban en la esquina, dando órdenes a los más chicos, algunos de once o doce años. Les pregunté, sentado en el muro bajo del baldío, rodeado de hormigas y sintiendo el hedor de la mierda de los perros o de gatos muertos que arrojaban allí, si les gustaba ese trabajo.

Los tres que me rodeaban, ansiosos y de mirada admirativa por mi traje, por mi oficio o por lo que hubiesen escuchado sobre mí esos días, eran muy diferentes de aspecto, uno pelirrojo como el fuego, otro de cara oscura como un ruso de Siberia, el otro de cabello castaño parecido a mi padrino. Éste era el menor, tenía trece años, me dijo, el más grande dieciséis, que ya tenía barba espesa a medio crecer, oscura. El del medio, quince, y se sonreía con sus dientes perlados entre el ensortijado pelo rojo y el bigote que ya le estaba brotando y no se afeitaría jamás. Así me dijo, porque a las chicas le gustan los bigotes, sobre todo si son tan raros como el suyo. Los otros se rieron y lo empujaron.

-Tiene razón- dije, y entonces dejaron de molestarlo y se pusieron serios. -Y digan, che, ¿Méndez les pasa plata para invitar a salir a sus novias?

Entre risas y burlas, intentaron decir que tenían novias y plata, pero la mentira era obvia para ambas cosas.

-No se hagan mala sangre, las minas lo complican todo, ¿no es cierto? - pregunté, mirando al mayor para arrimarlo a mi complicidad. - Vos debés saber de eso, ¿no, pibe? - Le di una cachetada amistosa en la barba, se rio, severo y seguro de sí mismo. Miró a los otros con sorna, como diciendo: ¿Ven? El doctor se da cuenta, como hombres los dos, y ustedes unos pendejos todavía.

- ¿Y cómo les va en la escuela?

Esta vez los tres se miraron avergonzados.

-Pero ché, hay que ir. En estos tiempos hay que aprender cosas si quieren apoyar al señor Méndez. ¿Quieren pasarse la vida repartiendo volantes o ser presidente y diputados?

-Yo quiero ser presidente- dijo el más chico, y mientras las bromas de los otros lo tomaban de punto, el discurso y los vecinos crecían en intensidad y número.

- ¿Y vos cómo te llamás, señor presidente?

-Luciano Catafalco.

Me reí y tosí, sorprendido. No quise burlarme del pendejo italiano, así que le pregunté al otro, al rojo.

-Krakovsky, doctor.

- ¿Sos pariente del diputado?

-Es mi tío- dijo, orgulloso, y como el mayor estaba perdiendo terreno, se sentó a mi lado, cruzó las piernas, se puso a fumar como un gánster y me extendió la mano:

-Baldomero Spilanovitch, para servirle, camarada.

Le estreché la mano, fuerte como la de un cargador de puerto u obrero de fábrica.

- Vos trabajás, ¿verdad?

Se encogió de hombros, algo de eso no lo convencía.

-Sí, doctor, manejo una máquina.

Entonces los otros pibes se le tiraron encima.

- Qué máquina ni que máquina- le gritaban. - Limpia pisos, doctor...

- ¿Y qué hay de malo? - les dije, de mal modo.

Se callaron los dos.

-A vos no te pregunto - le dije al rojo, porque era evidente la perpetua protección del diputado, mientras lo fuese, claro, y mientras tuviese dinero para meter al sobrino en el lugar adecuado. - ¿Y vos, che? - le pregunté al mayor, al lava-pisos de la fábrica - ¿Qué querés ser?

Me miró con timidez, lejos ya de toda jactancia.

-Me gustaría ser como usted, doctor.

Observé su cara de piel llena de pelos prematuros, prometiendo un hombre que todavía no era. Los ojos negros me hablaban desde una distancia muy grande, no hacia la extensión de un horizonte que su apellido sugería, de estepas y grandes llanos, sino una distancia en profundidad. Lo vi arrodillado, lavando los pisos de una fábrica de curtiembres, pero no, no era esa la premonición adecuada. Lo vio lavando el aceite de las municiones, de los lubricantes de los rifles, siendo mandado de un lugar a otro, a limpiar baños y letrinas, duchas y alcantarillas tapadas. Escuché los

disparos, los gemidos de los soldados, y después lo vi lavar la sangre en el piso de baldosas, y caminando en cuatro patas, seguir las huellas de la sangre hasta el campo de batalla, y después, como un idiota, intentando lavar la sangre de la tierra, que ya se la estaba tragando, como si de ese modo pudiera rescatar algo a la muerte. Él, el que limpiaba. Él, como yo, que intentaba limpiar la mugre de los enfermos en el hospital, porque esa es la función de los médicos: extraer la enfermedad y tirarla al piso. Cuando nos damos cuenta, lo que está en el suelo encharcado es la sangre del enfermo.

Le puse una mano sobre un hombro.

-La próxima vez, che, te vengo a buscar, y te llevo a Buenos Aires, ¿te gustaría eso?

Se puso a llorar como un chico, porque eso era todavía, la promesa de un hombre que no alcanzaría a cumplirse. ¿Por qué mierda no me lo llevé esa tarde? ¿Por qué no me llevé a los tres si eran amigos y compinches? Nos despedimos dándonos la mano con ese orgullo de camaradas y de hombres, con ese destello de soberbia y de grandeza que pocas veces se siente, pero en cuanto solté la mano del más chico, me miró con los ojos de un perro abandonado. Dios, si hasta usaba pantalones cortos todavía.

La reunión terminaba, Méndez mandaba dispersar el gentío y llamó a los chicos. Ellos corrieron de inmediato.

Hipo de puta, pensé. ¿Quién es Antonio Méndez, en realidad? Volvería a Buenos Aires, pero las respuestas siempre se me escapaban de las manos y recorrían el camino contrario. Amílcar y Méndez se burlaban de mí, y me sentí como ese chico que dejé flotando en el cieno de las esperanzas inútiles.

Me fui a Buenos Aires, dejando el ícubo que había empezado a engendrar las tragedias que pronto se precipitarían. Fue una semana después cuando nos enteramos por las noticias que Clara se había suicidado. Fue el viernes siguiente a mi partida. Sabía que ella estaba preparando la reunión de beneficencia para recaudar fondos para la fundación de minusválidas y cancerosos que había emprendido luego de su diagnóstico bastante tiempo antes. Fue una idea piadosa, decían todos en el barrio, el cura había dado su bendición en su momento, pero después se apartó, según dijeron, porque se supo que gran parte de los fondos, si no

todos, habían sido aportados por Méndez. Entre ese apoyo de una declarada izquierda política y los rumores de amoríos clandestinos entre ambos, el cura dio un paso al costado. Clara ya no reclamó su apoyo, no lo necesitaba, tenía el dinero, el lugar (la sala de la sede social del club, por supuesto) y el apoyo del barrio para la kermese, las rifas y la cena. Fueron magos improvisados, grupos folclóricos de triste presencia. Y en medio de todo eso, ingresaron los policías sin necesidad de forzar ninguna puerta. Con las culatas de los fusiles, tiraron abajo las mesas, rompieron los adornos del techo y las guirnalda. Alguien había denunciado a la Fundación por fraude, se decía que el dinero destinado se desviaba a fines ilegales, pero que sobre todo provenía de fuentes más dudosas todavía. Todos habían mirado a Antonio Méndez esa noche, cuando se hizo el silencio luego del barrido estrepitoso de las modernas bayonetas policiales. El comisario a cargo del procedimiento no era de la zona, lo habían enviado de otra jurisdicción para evitar sospechas, claro, que estaban implícitas de antemano. Para Méndez, probablemente, no fuese más que una pequeña diversión, pero lo sentía por Clara. Ella, parada en medio del patio, protagonista de la noche, representante de la Fundación, se que había quieta como una columna firme e inmovible, punto de reparo de todas las miradas que la estaban juzgando, los vecinos y las pocas enfermas que todavía no necesitaban ser internadas y colaboraban con ella, que confiaban en ella. No pudo soportarlo. Tantos y tantos meses de dolor y pesadumbre, de pensar en la vida como un recurso inútil a sostener indefinidamente, para que un día le fuera arrebatada sin aviso, habían engendrado ese vacío en donde la oportunidad de esa noche encajaba perfectamente, como nada más exacto en toda su vida, como una ecuación rodeada de vacío, nada antes o después de ella. La pura exactitud, hasta el punto de convertirse en lo absoluto.

La negra sustancia de la noche era el vacío y el todo. Por eso, corrió los pocos pasos que la separaban de Antonio, se apretó a él como si lo abrazara, y arrebatándole el revólver que él siempre llevaba en una sobaquera, se pegó un tiro.

Según me contaron, todo fue una tragedia griega en el barrio. Casas, luego de desprenderse del estupor, trató durante meses de consolar a Laura, que esa noche gritó y chilló como histérica. La ambulancia, ya inútil, más policías, interrogatorios obligados que quedaron en la nada, y el Club

Social que reabrió sus puertas una semana después, cuando el desorden fue eliminado y las manchas de sangre de las baldosas eliminadas. La panadería permaneció cerrada unos días, luego abrió, pero el pan no era el mismo. Oscar, el sobrino de Méndez y aprendiz de Casas, se encargaba de la cocina, Laura estaba demasiado deprimida para que el padre retomara el ritmo matutino de la cocina y la venta. Pero cuando las ventas bajaron y las facturas se podrían en los estantes y canastos, Rodrigo Casas finalmente retomó de vuelta las riendas, y todo volvió a su cauce normal, o por lo menos lo aparentaba.

La barbería también cerró casi dos semanas. Oscar, ese chico silencioso, hosco y ubicuo, cuando Casas lo echó, se fue con el tío y se convirtió en aprendiz de barbero, por lo menos durante el tiempo que Méndez dejó pasar para que las aguas políticas se calmaran. Faltaba poco para las elecciones, pero él ya no estaba tan bien parado como antes. ¿Quién había hecho la denuncia? Después de pensarlo mucho, llegó a la conclusión de que pudo ser cualquiera, incluso alguno de sus camaradas. En política partidaria no hay fidelidades, bien lo sabía.

Lo encontré hojeando el diario de la mañana, sentado en el taburete junto al espejo. Apenas nos miramos a través del reflejo, sentí la sensación de la ponzoña. ¿Qué era eso? Un dolor que parecía provenir de la pared y atravesara el espejo, devolviendo no la imagen reflejada sino su metamorfosis.

No abrazamos.

Oscar estaba con su delantal impecable, esperando frente al espejo, afilando la navaja en el cuero.

-Buenas- dije.

-Buenas, doctor- me contestó.

-Ya lo ves, está aprendiendo el pibe- me dijo Méndez, acompañándome al sillón. Dio recomendaciones al sobrino, y éste se puso a trabajar. Mientras, Méndez me hablaba, diciendo insensateces sobre la situación de campaña. El fantasma de Clara era una idea perdida que luchaba por sobrevivir en la memoria colectiva del barrio, pero en cada casa o negocio era rechazada, y se escabullía hacia la vereda en busca de un limbo donde expiar sus supuestas culpas. Pero cada espacio tenía ya las propias que expiar, tal vez fantasmas más viejos habían ocupado antes el lugar, y se dice que los espíritus son más celosos y posesivos que los vivos.

Oscar me embadurnó la cara de crema. Méndez me preguntó por Amílcar. Lo hizo adrede, sabiendo que yo no podía explayarme por temor a mover la mandíbula o hacer un gesto de más que provocara al filo de la navaja. Entonces pensé que Antonio había encontrado una especie de mano derecha, no sólo para el negocio; pero como toda mano, no demasiado confiable.

Durante una pausa, contesté:

-Y... se imaginará, Méndez. Mi padrino esté enojado.

Eso era poco decir. Amílcar, cuando se enteró de todo, arrojó el diario por el balcón del departamento y se metió en el baño durante media hora. Escuché el ruido del papel higiénico con que se sonaba la nariz, el ruido de la cadena del inodoro, el abrir y cerrar de la puerta del botiquín y los grifos del lavabo. Se estaría inyectando, seguramente, si el llanto se lo permitía. Cuando salió, me agarró de los hombros y me dijo: "¿Te das cuenta, Berto, que todo lo que ese tipo toca, lo mata?". Intenté consolarlo en lo que no tenía más consuelo que el que otorga el tiempo. Pero en la expresión había más furia que desconsuelo o tristeza. "¿Qué vas a hacer?", le pregunté, temiendo darle ideas de venganza, otorgándole un tácito permiso con mi simple pregunta, pero él no necesitaba ideas ni permisos de nadie. El inevitable incubo que todo hombre posee, estaba engendrando la nueva tragedia.

-Sí, lo imagino muy bien, Berto- me contestó Méndez, abriendo otra vez las amplias hojas de *La Prensa*, ocultándose de la pequeña escena que ocurrió después en La Plata, como un director que confiaba en su director de escena: el movimiento de sorpresa que hice cuando me llamó por primera vez de la manera en que únicamente mi padrino me llamaba, y que puso mi garganta el filo de la navaja de Oscar. El corte superficial y sangrante, el papel con que detuvo la hemorragia, las disculpas susurradas mirando de reojo al tío tras el papel del diario, que sin duda escuchaba todo, como dios tras bambalinas.

Salí de la barbería y de la ciudad con la advertencia impresa en un costado del cuello, como un simple raspón, es verdad, pero que ardía mucho ante el sol del mediodía.

Sabía que mi padrino nada había tenido que ver con la denuncia ni el allanamiento. Lo que Méndez temía era el uso político que utilizaría para sacarlo del camino definitivamente.

Las semanas pasaron. No volví a La Plata, pero me comunicaba con Casas de vez en cuando, porque me había pedido ayuda para la depresión de Laura. Le recomendé un especialista de mi hospital, y en esas breves e incómodas charlas telefónicas hablábamos de lo que sucedía en el barrio, para apartarnos un poco del drama personal. Sin embargo, todo en ese lugar estaba ensamblado: lo personal y lo público no podían separarse. Si surgía el tema de la campaña para intendente, caíamos en los eventos de aquel viernes negro de la kermese, y si hablábamos de cómo estaba su hija, aparecían los comentarios sobre la reputación de Méndez que había descendido hasta el punto de que las pintadas ya no eran sólo en el paredón del baldío, porque ya no había lugar para escribir, sino en todos los alrededores. No pude sorprender en el tono de Casas sarcasmo ni satisfacción, por más que presté atención a su voz en el teléfono. ¿Quién era ese hombre? ¿Un insensible o un alma íntegra más allá de todo resentimiento? Era un dios dolorido, creo, el que se esconde las paredes del silencio y apenas murmura obscenidades de vez en cuando, protegiendo su alma tras las vitrinas de su negocio, miedoso de sí mismo, quizá.

Un día estaba en el hospital, ya terminando mi turno, cuando la recepcionista me llamó a los gritos:

- ¡Doctor, espere, lo llaman!

Me di vuelta desde la puerta y vi que la mujer me reclamaba con el tubo del teléfono en la mano y el brazo extendido.

-Berto- escuché en el auricular. Era la voz de Méndez, cascosa, gastada, como si hubiese estado llorando.

- ¿Qué pasa, Antonio?

-Mataron a los chicos, Berto- y antes de cortar, porque no pudo seguir hablando, escuché cómo el nudo de su garganta estallaba con congoja.

Cuando llegué, tuve que estacionar a cinco cuadras. La policía y el municipio habían cortado el tránsito de acceso al barrio. Había periodistas

a decenas y camarógrafos por todas partes. Presenté mi credencial de médico a varios custodios y al fin logré llegar a la cuadra de la barbería. Los vecinos estaban amontonados en grupos que la policía intentaba mantener alejados del baldío, porque ahí estaban los cuerpos. Escuché, al pasar, fragmentos de conversaciones y palabras inconexas, pero todas hablaban de indignidad, de venganza, y todos esos calificativos de “la pagarán caro “ y “la guerra está declarada”. Los asesinatos habían comenzado, y los tres chicos que yo había conocido unos días antes estaban muertos. Los tres que trabajaban juntos para Méndez, como si se protegieran uno al otro, estaban en el baldío, entre los pastizales de altos cardos que unos empleados de la municipalidad ahora estaban intentando cortar a machetazos limpios sin que nadie supervisara que no se borrarán huellas o eliminaran posibles pruebas. Tanta vigilancia era simplemente, me dije, para aparentar darle importancia a los hechos ante los periodistas que eran los que formaban, al fin de cuentas, la opinión pública.

Méndez se me acercó y me abrazó.

-Berto, vos los conociste, querido, eras esos que tan bien me hablaron de vos cuando te fuiste, tan chicos, tan chicos...

Antonio estaba desconsolado, se notaba, pero había una veta de excitación extrema que adjudiqué al nerviosismo de la situación, pero que también había visto cuando hablaba en público, y cuando mejor lo hacía era cuando algo lo indignaba. Entonces salían atropelladamente esas palabras que tanto lo habían elevado al sitio del hombre del pueblo elevado a conductor de masas.

Me metí al baldío. Era la primera vez que me adentraba en ese basural que había comparado con una selva tropical, y me sorprendió que hubiese surcos y senderos formados entre los altos cardos que nunca había visto crecer tan altos. Tenían poco más de dos metros de altura, adecuados, me dije, para ocultar a cualquier hombre. Los que macheteaban me dieron paso y uno me fue separando las ramas espinosas que lastimaban como la puta madre apenas se las rozaba. Yo calzaba mocasines y un raje de invierno, lo que me protegía de los arañazos de las plantas, pero no en la cara ni en las manos. Cuando llegué junto al paredón, tenía las mangas y los pantalones con abrojos.

Los tres cuerpos estaban en distintas posiciones tirados en el piso. El mayor, el que quería ser médico, con la espalda apoyada en la pared, la

cabeza caída sobre un hombro y las manos abiertas sobre el piso. El pelirrojo, boca abajo, con los pantalones caídos, tal vez lo habían violado antes o después de matarlo. El más chico, boca arriba, las piernas torcidas y los brazos rotos, como si hubiese querido escapar pataleando y golpeando.

Habían sido fusilados los tres, con varios tiros, contra el paredón, que estaba manchado de sangre con figuras que parecían mapas de mundos desconocidos, y que tapaban las pintadas políticas para siempre.

No habían sido atados, por eso las diversas posiciones que denotaban los diferentes intentos de resistencia o pasividad. El mayor, el más fuerte, fue quien debió quedarse quieto. Y los otros dos, pobres, quién sabía qué ni cuánto habían peleado o sufrido. Examiné los cuerpos, estaban rígidos casi y la sangre seca.

- ¿Cuándo descubrieron los cuerpos? - pregunté, al oficial que apareció detrás al poco rato.

-Al mediodía, más o menos. Una maestra pasaba por la vereda y vio a los perros agitados entrando y saliendo del baldío, y cuando se asomó, bueno... corrió a la comisaría.

Fue en plena madrugada, probablemente antes de que amaneciera. Eso fue lo que le dije al comisario y a Méndez. Pregunté si alguien escuchó los tiros, o los gritos de los chicos. Ambos me miraron, los tres sentados en la barbería, y se encogieron de hombros.

-Nadie declara, doctor- me dijo el comisario.

-Les tienen miedo, pero yo no, Berto. Esta la van a pagar.

Méndez se levantó cuando vio entrar al intendente en funciones. Se dieron la mano en señal de transitoria conciliación. Me presentaron como ahijado de Domínguez, y el doctor Farías se mostró interesado por mi presencia.

-Conozco al señor diputado, doctor. ¿Usted está encargado de las autopsias?

-Tengo entendido que fui llamado como amigo, nada más. Debe haber otros colegas designados a estos casos.

Farías miró al colaborador que lo acompañaba, cuchichearon unos segundos, miró luego a Méndez, y dijo:

-Creo que el más eminente para este caso es el doctor Ibáñez. Está dictando clases en la Facultad de Buenos Aires, pero ya lo llamaremos. ¿Se encargaron de recoger los cuerpos, comisario?

El comisario Saldívar carraspeó, se atusó los bigotes y se excusó diciendo que esperaban el examen médico antes de levantarlos.

El intendente me observó.

- ¿Y a qué hora piensa que los mataron, doctor?

-En plena noche, intendente, una o dos horas antes del amanecer.

Miró su reloj pulsera.

-Son las seis de la tarde. ¿Por qué no llamaron a un médico del juzgado antes, Méndez? El doctor se ha venido desde Buenos Aires a instancias tuyas como amigo y consejero, tengo visto, pero no es responsable de estos descuidos imperdonables. Y dígame, Saldívar, supongo que ha recogido testigos y algún sospechoso en vista.

El intendente debía leer muchas novelas policiales y ver mucho cine negro, tal vez. Era encomiable la imaginación que intentaba insertar en la realidad que lo rodeaba, aunque no encajara.

-Nada por ahora, intendente. Estos crímenes políticos, usted ya sabe...

-Bueno, dígaselos a los padres de los chicos, comisario, están ahí afuera, llorando y reclamando respuestas. Ya sé, ya sé, soy yo quien debe dar la cara.

Se abotonó el sobretodo, se puso los guantes y el sombrero. Salió a la vereda. Los periodistas lo acosaban, los padres le reclamaban. No escuchamos lo que dijo, pero calmó a todos. Los Farías tenían ese don del convencimiento, yo conocía a unos cuantos en Buenos Aires.

Se hicieron los funerales en medio de escenas propias de una película italiana. Mujeres enlutadas y con velos, hombres de sombreros y trajes negros con crespones en los brazos, y mucho llanto y mucho griterío. Unos cuantos tiros se escucharon de lejos cuando los tres cajones entraron al cementerio en tres autos diferentes. Muchas coronas, hasta del gobernador y el presidente, y de la cámara de diputados. Orestes Giraldo también llegó, y se encargó del último discurso, para asegurarse de que quedara en claro que los chicos habían sido víctimas de la mafia parlamentaria del partido oficialista. Era un hombre demasiado culto y respetado para que se lo abucheara en pleno cementerio. Su discurso apareció completo en los

diarios de orientación socialista en Buenos Aires, y cortado en los demás. Las exequias corrieron completamente por cuenta del estado, por supuesto, Farías se aseguró de eso. Por más que las familias fuesen de la otra ideología con las que venía luchando de mucho tiempo antes, los chicos no tenían la culpa. Y también, por qué no, sería muy bien visto por los mismos opositores. De alguna manera había que arreglar los estropicios y la negligencia contemplada por el dueño del terreno, la comisaría y el juzgado jurisdiccional.

El doctor Ptolomeo Ibáñez llegó después de que los cuerpos fueron sepultados. “¿Cómo?”, dijo, sorprendido, cuando llegó al día siguiente que fuera llamado a su cátedra. Eran cinco días después de asesinato. “Llegó demasiado tarde, doctor, y los cuerpos se descomponían”, le dijeron. Yo estaba presente en el juzgado esa mañana, me presenté a Ibáñez, una eminencia en la criminología forense. Se lo veía confuso antes esa respuesta, como si le recriminaran su tardanza. Se recompuso, y dijo:

-Sepa usted, señor comisario, que me transmitieron la solicitud de consulta ayer a las nueve de la noche en mi domicilio. Si no tienen médicos encargados, hubieran pedido consulta al Asociación de Médicos Forenses apenas se descubrieron los cadáveres. Acá, el doctor Ruiz me ha explicado ya la cronología de los hechos. El doctor no es especialista y no era su deber ni está en sus conocimientos encargarse de esta responsabilidad.

-Nadie le encargó eso, doctor.

-Precisamente, comisario. Lo pusieron en una situación muy incómoda por lo menos, y yo diría que confusa. ¿No es así?

Ibáñez me conducía a sus rediles, quería salvarme porque conocía a mi padrino.

-Han puesto su nombre para rellenar formularios, nomás.

-Hemos hecho lo que hemos podido. El doctor Ruiz examinó los cadáveres, dio su opinión sobre las causas de muerte, desde ya evidentes. El resto es trabajo policial para descubrir al asesino.

El intendente, que, por supuesto, estaba sentado a la mesa, repiqueteando los dedos y escuchando el buen trabajo que hacía Ibáñez, intervino.

-Usted lo ha dicho muy bien, Saldívar. El doctor dio, exclusivamente, su opinión, llamado por el dueño del terreno como amigo personal y consejero. Pero dejemos eso, acá ponemos en jaque su actuación,

comisario. No comunicó a tiempo al juzgado, el juez no pidió la autopsia, no se recabaron testimonios ni se rastrillaron pistas de la escena del crimen. Entre los cardos se escondió el asesino. Y ahora que me pregunto, ¿por qué dar por sentado que es uno y no más de uno? Acá, el doctor, Ruiz, con su perspicacia, por más que no sea especialista, y eso va en mérito suyo en toda esta extraña situación en que lo pusieron, nos ha explicado las razones para sospechar que los chicos fueron asesinados en diferentes lapsos de tiempo.

Saldívar, que estaba perdido, se encogió de hombros. Miró a Méndez, callado como una sombra en un rincón.

-Es una forma de decir, jefe.

Fue su última frase en función. Al día siguiente lo dieron de baja. El caso pasó de mano en mano, el doctor Ibáñez no pidió la exhumación porque no estaba en su poder hacerlo. Escribió un artículo insinuando con discreción la corrupción municipal, en todo casa, en todo el país, porque el horno no estaba para bollos. El poder del pueblo se venía sintiendo como un movimiento subterráneo que no tenía discernimiento.

Al mes siguiente, el disfavor que Méndez había sufrido por los rumores de corrupción en el caso de Clara y la fundación se había invertido para elevarlo a una categoría de mártir. Los chicos a quienes él les daba trabajo y apartaba de los vicios, habían sido asesinados sin piedad por sus contrincantes políticos. Ya descubriría quiénes fueron, dijo a quien quisiera escucharlo en sus reuniones de comité, mientras afeitaba a sus clientes o en las cenas de camaradería. Daba las manos a todos los vecinos y tardaba media hora en caminar una cuadra. Ya no había pintadas en el paredón. Los cardos seguían altos y el baldío se conservó como siempre fue, como sitio de padecimiento de los mártires políticos. No se creó un jardín ni se pusieron placas conmemorativas. Los cardos que alguien había sembrado mucho tiempo antes escondían la malicia y la inocencia, y los senderos entre ellos eran caminos por los que el hombre de bien debía abrirse paso. Todo esto lo repito casi literalmente del sermón del párroco que habló al domingo siguiente de los funerales. Cura villero, aunque no era ese el término en esa época, hacía méritos por continuar en la diócesis.

Cuando volví a Buenos Aires, fue en tren. El auto lo dejé en un taller porque se había perforado el radiador y cortado la correa de distribución, entre otras cosas. Un encomiable trabajo nocturno en la puerta de la casa

de pensión donde me alojaba habitualmente. Los términos, entonces, estaban definidos, por lo menos a las bajas esferas. En los altos círculos, sin embargo, era muy fácil confundir las ideologías o las simples posiciones políticas con la conveniencia. Mis relaciones, mis protectores, combatían los reveses con astucia: los despropósitos y estupideces de los oponentes suelen ser puntos a favor, como sucedió con el comisario y toda su gente, incluido el juez. Pero no sirvió de nada.

Méndez estaba ahora ganando terreno para la intendencia, y los chicos le habían servido mejor que nunca.

8

Fui a buscar a Amílcar a su oficina en Riobamba. Cerca, el centro porteño relumbraba máscaras artificiosas que tapaban las veredas rotas y los vagabundos apoltronados en los umbrales de los bancos cerrados. Calle y vereda de oficinistas que él había elegido porque le gustaba asomarse al balcón estrecho a observar el hormigueo de las hormigas sucias que se llaman hombres y mujeres, sobre todo en la mañana, con ese ajetreo sin sentido final que es el trabajo en la ciudad. Autos y peatones combatiendo entre sí, y luego levantaba la mirada hacia el río plateado, ajeno a la pequeñez de la humanidad. Allí pensaba sus discursos parlamentarios, con sólo una secretaria o un secretario si se cansaba de las polleras. Con los hombres hablaba de la miseria y la obscenidad del mundo, sin tapujos, sin ofensas. Con las mujeres debía recatarse si no quería problemas. Con ellos, la desnudez del alma, con ellas la hipocresía de la astucia. El resultado era una serie de hojas dactilografiadas a altas horas de la noche. Si se trataba de una chica complaciente, como Sonia, por ejemplo, pelaba la verga ahí nomás, así me lo contaba él, sobre la alfombra. Después, el ascensor hasta planta baja, mudos los dos, se despedían en la vereda con un beso en la mejilla, y luego se iba a tomar una copa en uno de los bares sobre Corrientes.

Esta vez estaba solo en la oficina, con la luz del escritorio encendida sobre la Remington, silenciosa. Escribía en un cuaderno de notas, tachando

cada dos por tres, borroneando hasta que finalmente arrancaba la hoja, la arrugaba y la tiraba al piso. Hacía eso cuando abrí la puerta, tenía mi propia llave, claro.

¿Falta inspiración?

- ¡Pst!

Tiró todo sobre el escritorio, bajó las piernas que tenía apoyadas sobre la mesa, y con las manos en los bolsillos del pantalón, la camisa abierta y los tiradores arrugando la camisa, salió al balcón, empujó la vieja maceta vacía a un costado y apoyó los codos. Anochece.

Lo acompañé un rato en silencio.

- ¿Y la mina, che? - pregunté.

-Se perdió, pero ya se va a encontrar sola, ¿no te parece?

-Suelen, Amílcar. Pero quién las entiende.

-Mejor estamos solos, Berto. Entre hombres nos entendemos. Mirá allá-dijo, señalando hacia el Congreso. -El gran putero del país, querido. Todos con todos, es la única forma de mantener la paz...

No se reía, ya había repetido muchas veces esos versos que habían perdido su gracia.

- ¿Cómo anda tu amigo?

-No es mi amigo, ya te dije.

-Sí, ya sé, me estabas sirviendo de espía. Pensá así, si te viene bien, no tengo problema.

Lo enfrenté.

-Pero decime una cosa, ¿vos pensás que te estoy traicionando? Tenés una persecuta con eso, todos están contra vos, todos complotan contra vos...

Los bocinazos aumentaron en la calle, catorce pisos abajo.

- ¿Ves eso, Berto? Se vienen los negros, querido. Pronto sacan al Pocho de la cárcel, y yo que vos, me quedo acá arriba, donde no llega tan fuerte el humo de los coches quemados ni el tufo de la villa.

-Pero sí las balas...

Me pasó un brazo por encima de los hombros, nos acodamos en la baranda intentando descifrar el origen del barrullo. ¿Un accidente nomás? No. El canto peronista, recién estrenado, era pegadizo, una obra maestra de la propaganda.

-Ya sé que te afectó lo de los pibes, me contaste. Así son los hijos de puta, capaces de matarse entre ellos para echarnos la culpa. Es una guerra sin cuartel, pibe. Te vas dando cuenta. Menos mal que te metiste a médico, vos. No está hecho para estos menesteres. Vení, entremos.

Cerramos el ventanal y nos sentamos en el sillón.

- ¿Te parece que va a ganar?

-Sí, la intendencia es segura. ¿Qué vas a hacer?

-Estoy preparando un discurso para la próxima sesión para vetar el libre culto. Si ganamos con eso a nivel nacional, por lo menos pateamos la pelota un tiempo más.

-¿Y si se viene la revolución?

-Una más, ¿qué más da? En dos o tres meses, máximo un año, la contrarrevolución. El pueblo no sabe gobernar, querido, y el burro que quieren poner es un mamerto.

-Pero la gente lo apoya...

-Eso no es nada, el problema es que el ejército lo haga, y eso me preocupa, por eso hay que mantenerlos contentos con mucha guita. Los uniformes cuestan, lo mismo que la buena educación.

-Pero...

- ¿No te enseñaron otra palabra los zurdos, querido? Ya sé que como médico de hospital público se te ha sensibilizado la veta social y toda esa mierda. ¿Te creés que el pueblo son solamente los pobres? Todos somos "el pueblo". Yo también tengo piel y huesos como un obrero de Mataderos. También me drogo y puedo morirme de cáncer.

-Lo que quiero decir...

-Nada, Berto, nada, no te escucho más. Méndez es una bestia, pero cada vez que intento derribarlo renace como el Fénix.

- ¿Qué querés decir? Si es por lo del club...

-Dejá esas pendejadas de lado...

-Si es por Clara...

Silencio y mudez durante cinco segundos en donde el mundo detuvo sus vueltas, y mi corazón se mareó en la inercia, en el movimiento pasivo del mundo detenido.

-La mató un montón de veces. Cuando me la quitó y se la vendió a Casas, cuando volvió a embaucarla en los últimos años, cuando la

convenció de la fundación. Ya sé que ella quiso, pero usó en su provecho la piedad de ella...

-Dicen, Amílcar, que la plata la ha usado para ayudar a muchos.

-Mi querido abogado del diablo, ayudar a unos cuantos no es ser bueno, sino astuto. Con las utopías del pueblo se gana más que con el capitalismo a ultranza.

Me levanté, me serví un whisky. No había comido nada, y en la heladera de la oficina había un sándwich del mediodía. Volví al sillón, dando vueltas a mi idea fija.

- ¿Qué harías para detenerlo?

Mirándome serio, me escamoteó el sándwich, le dio un mordisco y me lo devolvió.

-No delires con películas de espías ni de la mafia. No lo voy a mandar matar.

¿Lo decía en serio? Estaba drogado, pero esta vez había consumido una dosis baja. Sabía lo que decía, y escamoteaba el sentimiento.

- ¿Por eso no te casaste?

- ¿Qué se te metió en la cabeza, Berto? ¿Qué tanto interés por Clara y yo?

-Quiero entender...

-No tenés que entender nada. Las cosas son como son, por más que les des vueltas. Cuando te cansás, ya no te interesan más, y las aceptás como vengan. No soy un conejito de Indias que puedas analizar. Soy un hombre, tarado si querés, todo lo que vos quieras, que deberías aceptar sin preguntar.

Encendí la radio. La quinta sinfonía de Beethoven sonó completa y sin interrupciones. Fiambre masticado, pan desmigajado y whisky volcado en el sillón. Dos hombres medio borrachos pensando en la fatalidad y el destino que otro hombre más de un siglo antes había comprendido, tal vez, completamente.

-Pobre viejo sordo... -dijo Amílcar, soltando el vaso que se rompió en el piso. - Fijáte la ironía del pobre tipo. Entender el mundo, tener el talento para traducirlo, y de pronto, zas, le quitan el único instrumento que necesitaba. Por entender a Dios, le salió el tiro por la culata.

Yo también estaba borracho, y no me di cuenta hasta que los atronadores llamados de la sinfonía se repitieron en mi memoria. El tiro por la culata, la simbología militar y la guerra de cuartel.

Hay motivos más ancestrales que la guerra, causas que nacen en las tristezas de los huesos, porque ellos recuerdan las atrocidades de la destrucción. La piedad no es natural al hombre, ni la compasión. La tolerancia es la gran falacia inventada por los necios.

Amílcar se durmió en el sillón, despatarrado, rascándose la entrepierna de vez en cuando. Se orinó encima, y no me importó. Me levanté, mareado, sosteniéndome del respaldo y fui a la ventana, oscura y ya silenciosa. Me dejé caer en la silla del escritorio. Hojeé al azar las hojas del discurso inacabado. Cansado, abrí y cerré los cajones, por costumbre, por aburrimiento, por desazón. Nada había en la vida de mi padrino que pudiese esconderme, salvo, quizá, su corazón. Pero dudaba que lo tuviese, al fin de cuentas, por lo menos con la sosa definición que solemos darle.

Entonces encontré un papel doblado, de color verde. Una factura de compra de una concesionaria de autos de La Plata. Había comprado un Chevrolet Cupé. Me llamó la atención, tanto que acerqué el papel a la lámpara del escritorio. No era la clase de vehículo que a él le gustase manejar, demasiado lujoso, llamando demasiado la atención. Tenía un Ford gris que apenas usaba. ¿Lo había vendido y cambiado? ¿Tal vez todo lo que había pasado le había hecho hacer ese gasto estrafalario? Miré la fecha, de hacía apenas un mes. Después de la muerte de Clara, y justo antes, exactamente dos días antes del asesinato de los chicos.

Iba a desistir en mi intento por buscar la quinta pata al gato, como quien dice. Pero el cansancio traiciona, y mis ojos vieron el nombre del titular del auto: Oscar Méndez.

Le había comprado un auto de lujo al chico de dieciséis o diecisiete años. No había gastado nunca ni la mitad de eso de una sola vez en un regalo para mí.

Pero esta vez era urgente, era necesario. No había otra explicación.

Recordé el filo de la navaja de afeitar en mi cuello, y la cara inerte e inexpresiva a veces, fastidiosa y desafiante casi siempre, del chico. Que sabía hacerlo todo, aparentemente, que a todo se animaba y rebuscaba, pan, barbería, o lo que fuese. Pero ¿y el arma?

El comisario Saldívar se había encargado de eso, probablemente, y de insistir, o más bien su propia estupidez, en la teoría de un solo asesino. No le habría costado mucho al padrino ese lado del trato.

Entonces la cara del muchacho volvió una vez más, insistente y amenazante.

Si un hombre como él, me dije, sabe hacer pan, puede también matar.

Si sabe afeitar a otro, puede hundir la navaja unos centímetros más sin ningún problema.

La única diferencia es la compensación.

Y para muchos, un coche vale tanto como el alma.

INES DE LOS RASTROJOS

1

El padre de Inés era peón de campo en Lavalle. Vivía en el pueblo, en una de las pocas casas de adobe que todavía quedaban en el casco antiguo, una especie de rancho grande que había resistido al tiempo casi ciento cincuenta años, pero que se estaba viniendo abajo cuando ya no había quien lo mantuviera. La enfermedad del tiempo venía haciendo estragos, igual que la enfermedad en la familia de los Funes. Decían los vecinos que ya el abuelo de Inés estaba loco, lo cual es ya mucho decir en esos pueblos donde la extravagancia se confunde con la campechanía y los exabruptos inesperados. La gente está acostumbrada a las expansiones y la verborragia a veces desenfrenada de los trabajadores de campo, sin los modales moldeados en la escuela o la ciudad, libre de

prejuicios gramaticales y cortesanos, pero lleno de recalcitrantes rechazos a lo mal visto, a lo mal pensado. Y por sobre todo, cuanto se refiere a lo sexual. Es que eso está allí, siempre presente, en el sudor de los cuerpos de los hombres, sea verano o invierno, en sus borracheras en el bar luego del trabajo, y en la transpiración entre los senos de las mujeres junto al horno de leña. El olor de la leche materna los excita mientras ellas amamantan al último chico, y ya se les viene encima el hombre que no puede contenerse, que las violenta si es necesario, pero la mayor parte de las veces ellas se dejan, ansiosas de esa atención. La fuerza y el olor representan mucho en esos días aciagos donde la salida y la caída del sol son hastiadas rutinas de la cotidianeidad, y nada más.

Por eso, el rancho viejo que ocupaba toda la cuadra de los Funes era habitado sólo por Fabio Funes y su hija Inés. El abuelo había muerto antes de que ella naciera, y la madre, quién sabe. Algunos decían que era una mocita de la estancia de los Sanhueza, que cosechaban aceitunas, novedad en la época. El olor del olivar debía estar impregnado en la piel también color aceitunada por lo oscura, de la adolescente o poco más que Fabio conoció en el campo. ¿Y cómo resistirse? Nadie supo su nombre, nadie, tampoco, que estaba embarazada. Hubo un tiempo en que no había médico en el pueblo, y para los partos estaba la comadrona. Pero ni eso tuvo ella. Dio a luz, probablemente, en el campo, entre los rastros de la última cosecha. Sin embargo, no estuvo completamente sola.

Fabio Funes era un hombre raro. Campechano a veces, compartía los mismos vicios y defectos que los otros, pero había manías que lo distanciaban de los demás. Su afán por hacerse la señal de la cruz cada vez que escuchaba una puteada, o cuando él mismo las pronunciaba. En ocasiones, lo hacía sin causa aparente, o quizá a algún oculto pensamiento se debía. Eso era, la religión, extraña en hombres como él, reservada a las mujeres o a las beatas concurrentes los domingos a la iglesia, y sus soliloquios cuando caminaba solo. ¿Rezaba? Seguramente rumiaba sus pensamientos repetidos, obsesivos, intentando encontrar en esa letanía una explicación y un sentido que apaciguara su alma. De eso se tratase todo, tal vez, de curar el alma que había heredado enferma. La psiquis, como bien diría un facultativo de ciudad pudiente, o el alma de los oprimidos, en palabras de un socialista, o nada más que la transformación de la pena en

un cáncer latente que crece y crece en el corazón de los hombres, y toma los huesos, y los nervios, y el cerebro. Y los ojos ya son otros.

Fue lo que debió haber visto ella en el rostro de Fabio esa tarde en el campo, mientras intentaba no gritar de dolor de parto, porque él le apretaba la boca con la mano con fuerza. Él miraba y vigilaba por si alguien venía. Era vergüenza, sí, y la culpa lo hacía estar en ese lugar, arrodillado, con la cabeza y la espalda de ella sobre las piernas, diciéndole “pujá, pujá” como había escuchado decir a las comadronas. Hasta que Inés no estuvo afuera, ella no cesó de llorar en silencio, con la boca tapada. Fabio agarró a la nena, la limpió con su boina y la envolvió en el chal tejido que llevaba la madre, que ya no lo necesitaba porque estaba muerta. Le había tapado la boca, tal vez demasiado, le había impedido respirar en el afán por mantener el silencio.

Se llevó a la nena al rancho. La limpió en la pileta de agua fría, sólo entibiada por el sol de esa tarde y la lengua y el aliento de los perros y el caballo que bebían allí. Le puso ropa que encontró en los viejos armarios tantos años cerrados de las dos habitaciones de la casa. Ropa de la abuela, apolillada, pero aún resistente a la costura. Sabía coser, porque ¿qué tela podía resistirse a sus manos hechas a trabajar el cuero o el lanar de las ovejas que ya no tenía? Todo un ganado muerto con la epidemia de ántrax diez años antes. Eso fue lo que lo arruinó, se había dicho muchas veces para explicar sus aparentes sinrazones, sus locuras que lo perturbaban de noche, sobre todo, pero que invadían su día sin saber cómo ocultarlas.

Compró leche en el almacén, lo miraron raro. Para disimular, llevó también aguardiente y yerba. Armó una tetina y le dio a chupar a la bebé. Ella bebió y bebió como sin consuelo hasta rabiarse de hastío. Y se puso a llorar cuando debió haberse callado. ¿Qué debía hacer, entonces?

Se acordó de la madre muerta entre los yuyos y rastrojos. Salió con la bebé envuelta en un trapo, al anochecer. Esperaba que nadie hubiese escuchado el llanto. En un brazo cargaba a la hija, en el otro apretaba una pala. Encontró el cuerpo en la niebla incipiente. Dejó a la hija sobre un montoncito de pajas tibias, que pareció calmarse un poco. Cavó lo suficiente, enterró el cuerpo de la madre. Hizo la señal de la cruz, y encomendó su alma a Dios en un rezo que intentaba asemejarse al sermón del día de Todos los Difuntos, pero el latín no era lo suyo. Vergüenza y remordimiento era lo que sentía. Miró a la bebé, ahora dormida entre la

niebla, el cuerpo entibiado por la leche reciente, el exterior acechando por matarla con la humedad de la intemperie. La levantó y regresó a la casa. Hizo fuego en el fogón de piedra que echaba humo por una corta chimenea que apenas sobrepasaba el tejado. Ese día era Viernes Santo. Inés había nacido en ese día atroz. ¿Era un deber que Dios le mandaba?

El domingo se presentó en la iglesia del pueblo, de la santa patrona de la Merced, antes de la misa. El padre Macabeo era un hombre joven, fornido, medio rubio, nadie sabía si era extranjero. De barba abundante, a veces se afeitaba y parecía entonces un hermoso ejemplar de galán de cine de voz abaritonada alrededor del cual solían apelotonarse las chicas solteras y mujeres que ya no lo eran. Decían que perdonaba todo en sus confesiones, o más bien que todo lo comprendía.

- ¿Qué traés ahí, Funes? - le dijo, viéndolo entrar en el dormitorio donde el cura todavía se estaba afeitando con una navaja y poco jabón frente a un espejo. Vivía solo en un cuartito detrás del altar, del que lo separaba un muro ancho que parecía impenetrable a la vigilancia del Cristo.

Fabio abrió las telas y mostró a la criatura.

-La pucha- dijo el cura. - Ya algo sabía de esto, ¿la mocita de los Sanhueza? Esa, que nadie sabía de dónde la sacaron, sin familia, como nacida del polvo. Y vos te aprovechaste, Funes, la llenaste de polvo, ¿no?

Fabio se arrodilló ante el cura y hundió la cara en la misma tela que envolvía a la bebé.

El padre Macabeo le puso firmemente una mano sobre un hombro.

-Todos somos débiles, Funes, te comprendo. Pero no es excusa. ¿Dónde está la madre?

Fabio se encogió de hombros.

-Entiendo, ¿y a qué venís entonces?

Levantó la cabeza para mirar al cura. Una especie de aurea dorada parecía envolver la cabeza rubia. Era un hombre como todos los otros, sin sotana, con un pantalón rústico y en camiseta que dejaba ver los hombros anchos y el pelo en pecho. Aún llevaba la navaja en la mano derecha. Parecía ser un ángel vengador. Se preguntó si lo exterminaría ahí mismo, tras el altar. Como si fuese el encargado de los negocios sucios del Salvador.

-A que la bautice, Padre.

Entonces el cura se lavó la cara, se frotó parsimoniosamente con una rancia colonia, se puso la sotana desgastada, luego el cuello blanco y un paño rectangular sobre los hombros. Agarró su biblia ajada, y dijo:

-Lo haremos acá nomás, para que no hablen las viejas sentadas en el atrio.

Sacó de un cajón un frasco con agua bendita, roció a la niña en la frente e hizo la señal de la cruz, impartiendo la bendición en latín ordinario.

-Ya está, Funes, podés irte en paz.

Fabio agradeció en silencio, y estaba por salir cuando el cura le preguntó:

- ¿Y qué debo decir si me preguntan, Funes, sobre el origen de la criatura?

- ¿Cómo, Padre? Que es mi niña ¿qué otra cosa va a contar? La madre se murió al dar a luz, está en el campo.

Hallaron el cuerpo unos peones, una semana después. El cabo Prilidiano Saldívar se encargó del caso durante unos diez días. No sabía mucho, el pobre, lo habían cambiado de destacamento varias veces, unas por encontrarlo borracho en noches donde se lo había requerido en faenas políticas, otras por fraudes de poca monta con los comerciantes del lugar. Llamó al médico antes que al juez, y el doctor Hermes Farías exhumó el cuerpo, lo revisó en su consultorio del hospital, con su enfermera de siempre, vieja y gorda, cansada siempre, ansiosa de jubilarse. Determinó la asfixia como causa de muerte, postparto.

En la comisaría, fumando a ambos lados del escritorio, ellos conversaron sobre lo que iban a hacer. El cabo era el encargado en ausencia del comisario, que era su padre, de licencia por enfermedad, decían.

- ¿Y cómo anda su viejo, Saldívar?

-Mal, doctor, respira como un motor, me cuenta la vieja, y en cualquier momento estira la pata.

-Lo lamento, amigo.

El doctor Farías era una de las ovejas negras de su familia, aborrecía de las influencias de sus familiares conocidos por saberse incapaz de emularlos. ¿Era adicto a la cocaína? Así contaban, porque las enfermeras que solían acostarse con él hablaban, y el chismorreó había desbordado el

hospital y corrido por las calles del pueblo, diluyéndose hasta licuarse en una noticia de poca monta.

- Ya sabe quién es el sospechoso, ¿no?

-Funes es un chiflado, doctor- dijo, girando un dedo sobre la sien. - Pero inofensivo, ya sabe que se encargó de la criatura...

-Eso me han dicho, ¿quién iba a decirlo? Se ha portado bien. ¿Avisó al juez, Saldívar?

-Hablé con el cura, doctor. Es un gran tipo, ¿sabe?, para ser cura...

Farías ya lo sabía, no necesitaban decírselo, y de varias otras cosas podría informarle al cabo. De los abortos de mocitas de las estancias vecinas, por ejemplo, que visitaban la sacristía tan frecuentemente.

- ¿Y qué le ha dicho?

-Toda la monserga de siempre sobre la culpa y el castigo.

Se quedaron en silencio al caer la tarde en la oficina. El sol estaba muriéndose de aburrimiento tras los álamos plantados cien años antes frente al camino. Los motores de los camiones en la ruta a lo lejos se escondían ante el graznido de los caranchos que sobrevolaban el campo en busca de alimento.

-Ni familia ni conocidos, ni los Sanhueza reclaman.

-Claro- dijo Saldívar- mientras menos barullo, mejor. ¿Cuántas han pasado por la estancia en los últimos años? Más son, menos gasto.

-Así hacen plata, amigo. - Farías hablaba, como siempre, resentido, él, que tenía que limpiar el pus y meter los dedos en la mierda para ganarse la vida.

Se estrecharon la mano, dando el asunto de Funes por terminado.

Así fue como Inés se crio con su padre. Desde chiquita iba con él al campo, porque no podía dejarla sola. En las épocas de seca, se pasaban el día en el rancho o en el patio junto al viejo aljibe, o lo venían a buscar para hacer changas en la estancia de los Sanhueza. Quienes conocían la historia miraban a la nena como a bicho raro. Y ella se crio pensando que era distinta. De tez clara y cabello oscuro y lacio, caminaba torcida por costumbre de evitar las miradas de los demás.

Cuando fue más grande, ayudaba al padre en las faenas, rastrillando los rastros de la cosecha que fuese, y ese olor, incluso el polvillo se le quedaba pegado al pelo y a la piel, y entonces los chicos de la escuela le

aplicaron el apodo por el que fue conocida toda su infancia Inés de los rastros, la llamaban, y se reían. Ella bajaba la cabeza y se iba corriendo, o si estaba en el campo con el rastrillo en mano, en lugar de amenazar, se ensimismaba en la tarea, porque su padre le había dicho que el trabajo lo es todo, y porque había visto a Cristo en la iglesia con la cabeza gacha colgando de clavos.

El silencio ante el graznido de los caranchos.

Se sabía fea, se sabía tonta. En casa apenas hablaba con su padre, que de la mañana a la noche trabajaba y luego llegaba y se ponía a fregar los pisos y lavar la ropa en la pileta. Después, como un descanso, se sentaba a fumar diez minutos mirando hacia el ocaso al fondo de la calle empedrada, y en seguida tiraba el pucho y se ponía a cepillar al tordo cabizbajo y ciego que ya no servía más que para arrastrar el carro del campo al hangar donde estaban los fardos que luego el tren se llevaría a la ciudad, porque ni eso desperdiciaban los patrones, los Sanhueza, hasta de los rastros sacaban provecho. Y eso estaba bien, se decía Funes, la ciencia está para aprender, no era cuestión de tirar la plata al fuego, como hacían en los viejos tiempos, si hasta la bosta sirve en estos días. Todo se procesa y se rehace, como la muerte y resurrección del Salvador.

¿De dónde venía esa fe de Funes? Nadie en la familia había sido tan afín a la iglesia y sus preceptos. La manía persecutoria, tal vez, lo había hecho refugiarse en sus creencias. La vastedad de la tragedia que había hecho sucumbir poco a poco la rústica, la campesina alcuña de los Funes durante el siglo XIX, fue siempre un salvaguardia para protegerlo de toda culpa, para exigir compensaciones y solicitar préstamos. Hasta que no quedó más que el viejo, senil y consumido por el cáncer de próstata, que terminó de consumir también el patrimonio de su herencia. Sólo el rancho, grande y averiado, y los terrenos lindantes. Ni siquiera la manzana completa, porque habían tenido que vender, y tan sólo quedaban los baldíos de alrededor, que nadie adquiriría para evitar la vecindad de tanta mugre y decadencia.

Los vecinos se acostumbraron a Inés, que, si no era amable, era apocada y silenciosa, simulando una educación que no tenía. Las mujeres la veían entrar al almacén y cuchicheaban, las otras chicas se reían, y los varones le tiraban del pelo y todo el comadreo se alborotaba cuando caía el

polvillo de los rastros al suelo. Ella aguantaba, no se iba sin conseguir lo que pagaba con los billetes arrugados que le había dado su padre.

Santos, el almacenero, entonces, le preguntaba desde el otro lado del mostrador alto, al que apenas ella asomaba la cabeza:

- ¿Cómo anda tu viejo? Decíle que pase mañana, tengo un par de cosas que encargarle. - Y le regalaba uno o dos caramelos que ella siempre miraba con envidia en los frascos transparentes de la vitrina.

Cuando Inés cumplió los once años y medio, tuvo su primera menstruación. ¿Qué era eso que le estaba pasando?, se preguntó, asustada, cuando en medio del rastrillaje vio que le corría sangre por los muslos. Era sangre caliente que pronto fue tornándose pegajosa. Se levantó la pollera. Tenía la bombacha sucia de sangre pura. No era de las que lloran con facilidad, pero esta vez se le formó un nudo de angustia en la garganta. El problema es que asistía a la escuela día sí y día no, más cuando a ella le daba la gana que por imposición de su padre. No tenía amigas, el asilamiento a la que su aspecto la relegaba, ella lo aumentó con su rencoroso orgullo. No pedía favores, como el padre, no rogaba cariño. Por eso no hablaba ni le hablaban, casi. Y Fabio, ¿qué iba a contarle de los cambios biológicos de la adolescencia? Apenas los conocía, tal vez, los aceptaba simplemente como se acepta la fe en el médico o en los milagros de la Virgen. Porque de eso algo había, en su opinión. Cuántas veces había escuchado en los sermones del Padre Macabeo la extraña, la maravillosa concepción virginal de María. Si las mujeres sufrían cada treinta días ese desgarro, esa herida, era para recordarles su condición de parias. Todas, incluso la madre de cada uno, decía el Padre en su sitial de madera que crujía al subir, tenían la misma condición. Por eso su vida era expiación con el dolor.

Inés fue corriendo a donde estaba Fabio, junto al carretón, paleando parvas de heno y rastros.

- ¿Qué te pasa? - le preguntó, secándose la frente con la boina y volviéndosela a poner.

Ella intentó no llorar, y le salieron esos pucheros con el labio inferior saliente, tragándose los mocos y las lágrimas. Entonces vio las piernas.

-Vení acá.

Le puso las manos en los hombros y desde su altura, le dio un beso en la frente.

-Ya te has hecho mujer, Inesita. Vamos a casa para limpiarte.

Durante todo el trayecto de vuelta al pueblo, mantuvieron la vista fija al frente, sin responder a los saludos. Ella asustada, él pensativo. Entraron y la llevó de la mano al baño. Era amplio, como en los viejos tiempos, de paredes frías y musgosas, de cielorraso con telarañas, una pileta con un solo grifo de agua fría, una mesa chica para apoyar cualquier cosa, una bañera que desentonaba con el resto por su incongruencia temporal, y sobre todo con esa letrina que estaba en un rincón, limpia, pero tan añeja que para ellos era el único sistema conocido por la humanidad para descargar la mierda. Quien los hubiese visto a uno o a otra acucillados en esas huellas marcadas en el piso y el agujero oscuro abierto como un pozo peligroso que conducía a extraños mundos, habría pensado que eso les gustaba. La parsimonia con que ambos aceptaban su condición era más admirable, quizá, que su mezquindad o su obstinación.

Fabio llenó la bañera con baldes de agua tibia que traía desde la cocina, mientras ella esperaba desnuda recostada en el fondo. Cada baldazo caía lento y con delicadeza, ocupando los espacios libres entre sus piernas, sus brazos, su cuerpo y las paredes de losa. El agua se fue tiñendo de rojo, primero, luego de rosa.

Fabio dejó el último balde de agua que cubrió el cuerpo de Inés hasta el cuello. Se sentó en el borde y comenzó a fregarle la piel con una esponja vieja que ya no lastimaba.

-Te va a pasar siempre, Inesita- le dijo. -Así son las mujeres, ¿qué le vas a hacer?

-Pero... ¿y si me muero?

-No te va a pasar nada, es un poquito de sangre nomás. Diosito así lo decidió y por lo tanto debe estar bien, ¿no es cierto?

Ella se encogió de hombros. Entendía, tal vez, pero el que siguió rumiando sus pensamientos fue su padre. Otra más, se decía, que cuidar de los sementales que rondan el pueblo y el campo, que, a diferencia de él, no se harían cargo de los engendros de sus simientes. ¿Cómo quitarle esa maldición a Inés?, se preguntó. Al Padre Macabeo le gustaba un versículo de San Mateo donde se hablaba de la tentación, si algo te hace caer, córtalo.

Se inclinó sobre Inés, y empezó a secarla.

-Me pica- dijo Inés, señalando su sexo.

Todavía quedaban coágulos de sangre seca que no habían salido. Él los restregó, y como eran rebeldes, frotó un poco más, hasta que la piel de Inés se puso roja. Ella no lloró, lo miraba a los ojos. Él la lavó entonces como lo hizo con el resto del cuerpo, sin precauciones, tan naturalmente como lo hacía con el pelo. La mano de Fabio era un instrumento de cinco apéndices flexibles y suaves, pero con la consistencia para no romperse y penetrar sin claudicar.

Desde ese día y cada vez que pasaba lo mismo, ella se metía en la bañera y esperaba la llegada del agua tibia, y las manos de su padre que la limpiaban de la maldición, por lo menos hasta la siguiente vez. Y como eso seguramente duraría toda su vida, se sintió, por primera vez, en una especie de equilibrio que le daba paz. Esa seguridad en la repetición de un hecho cierto y su consecuente resolución le daba un ritmo que era más personal que la rutina en la que había vivido hasta entonces. El despertarse, el comer, el rastrillar, el lidiar con la gente. Todo eso era externo. Pero lo que ahora le pasaba, era íntimo y único, una especie de secreto que la identificaba ante sí misma. Y para que fuese un secreto se necesitaban dos, la protagonista y su cómplice. Ahora estaba unida a su padre de una forma que antes no había conocido. Los besos y los abrazos de una niña podían ser dirigidos a cualquiera, pero el contacto con Fabio era único.

Dormía con él. Ella preguntaba, él respondía, a veces cansado y entre sueños.

Luego, ya no fue sólo la mano, fue el cuerpo de Fabio sobre el suyo, y el dolor que sintió lo ofreció a la cruz que colgaba en la pared sobre la cabecera de la cama. El dolor fue tornándose costumbre hasta el punto de creer que lo necesitaba, y después, que lo amaba.

Sin embargo, Inés era demasiada chica todavía. Fabio empezó a lastimarla. Sangró y se desgarró la vulva probablemente. Varias veces. Las primeras, se cicatrizaron solas. Pero un día Inés tuvo fiebre todo el día. La dejó en la cama y se fue al campo. Cuando volvió, la encontró desnuda y sudando con escalofríos. La cargó y la llevó al doctor Farías.

El médico, esa noche, pasó un brazo sobre los hombros de Fabio y lo llevó al patio de su consultorio. Fumaba, y echándole humo a la cara, le dijo.

-Pare un poco, compadre.

Está demás decir que no podía hacer nada. El pueblo y sus habitantes estaban bajo un manto de cuero por debajo del cual convivían todos los permisos. El cuero difícilmente se desgarraba, y si lo hace es a expensas de esmero resistente a toda corrupción. Nadie podía tirar la primera piedra, y eso fue lo que pensó Farías en ese momento. No era la primera vez que veía eso, ni era la más grave, tampoco, pero cada vez pensaba en la misma frase.

Fabio se sentó, se tapó la cara con las manos. No lloraba.

- ¿Por qué no me ayuda?

- ¿En qué pensás, Funes, en esos momentos?

-No sé, es lo que siento.

- ¿Y qué sentís, además de placer, hijo de puta?

- Que no quiero, que sé que está mal, pero no puedo evitarlo.

-Esas son monsergas de psicólogo, Funes, alguien te las metió en la cabeza.

Funes pensó, escarbando en sus sentimientos con el escalpelo del pensamiento.

-La limpio, doctor.

-Eso me parecía, Funes. ¿Por qué te pensás que el mundo es tildado de machista y patriarcal, y se nos reprocha tanto? El semen, Funes, engendra la vida. Las mujeres ponen lo suyo, por supuesto, ponen la casa, ese espacio tan grande para que uno solo de los nuestros viva allí, solitario. Vivimos dentro de ellas, siempre, y limpiamos la casa que ellas descuidan. La blancura del semen es como la blancura de un vestido de novia.

Se paró a mirar el cielo en la bocacalle silenciosa de las dos de la mañana. Inés dormía en la camilla del consultorio particular de Farías., con menos fiebre y mayor serenidad.

-Un pinchazo, mi amigo, es suficiente para manchar de rojo todo eso. No me preguntes por qué lo hacemos, es la esencia de nuestra naturaleza, a lo mejor. ¿Malicia? No sé. A pesar de tanto intelecto, los hombres somos animales, Funes, y contra eso, no basta la sapiencia, ni siquiera la sabiduría de un filósofo, ni la abnegación de un santo. ¿Por qué creés que

se flagelan tanto esos pobres diablos con sotana? El Padre Macabeo parece haber encontrado el equilibrio justo para tener la conciencia tranquila.

¡Qué iba a entender ese palurdo de Funes!, se dijo. Esa noche el padre se fue con su hija en brazos y una bolsita con remedios.

Durante los siguientes tres años, hubo épocas austeras, y otras tempestuosas. Farías se encargaba de todo. En ocasiones, habría optado por llevar a Inés al hospital, pero era impensable. Un día de diciembre, ella estuvo por morir. No habría sido la primera, y Fabio velaba junto a su hija, agarrándole la mano, lloriqueando sobre la palma de la nena que ya tenía quince años. Desnuda en la cama, estaba llena de cicatrices en los muslos y en la pelvis, y su vulva era una especie de costra dura y a la vez suave al tacto, como una ostra, precisamente. Inés había cambiado algo en su aspecto. No era del todo fea de cara ahora, y el cabello se le había enrulado naturalmente, y era oscuro y brillante como azabache.

Dos veces, quizá tres, había abortado. Pero esta vez Farías tuvo que encargarse personalmente. Inés ya no tenía un útero sano, y cualquier embrión no alcanzaba a adherirse y se moría, y ella se infectaba. Cuando Funes la llevó con Farías ese diciembre, tenía dos meses de embarazo. Ella no se había dado cuenta o no había querido decir nada. Inés se había establecido en esa especie de equilibrio sin sentimientos, esa paz áurea tan parecida a Dios, que todo lo aceptaba, así la vida como la muerte. No había posibilidad de cambio porque no existían alternativas.

El embrión se había enquistado cerca de un ovario, como una más de esas capas de cicatriz protectora que su cuerpo había aprendido a formar a especie de una coraza, el caparazón interno del escarabajo en el que se había convertido su útero. Escarbar en esos tejidos fue cruento y difícil para Farías, pero al fin pudo extraer el embrión muerto. La infección, sin embargo, no se detuvo, y hasta comienzos del nuevo año Inés permaneció en su cama del rancho. Fabio velaba, ya no trabajaba y la comida era escasa. Farías le conseguía los remedios en la farmacia de Valverde en La Plata, único con el que podía transar sin miedo.

-Se muere, ¿no? - preguntaba Fabio, levantado la vista, sin separar las manos con las que rezaba.

-No hay nada seguro, Funes.

El cinco de enero la fiebre cedió. Inés abrió los ojos, y vio a su padre con la cabeza sobre la cama, la barba crecida de muchos días, la camisa transpirada. Con una mano, le acarició el pelo enrulado, del que había heredado el suyo. Fabio se despertó, sobresaltado.

- ¡Ay, dios! ¡Ay, dios mío!

La abrazó y la besó hasta lastimarla, porque otra forma no conocía.

Farías dio un suspiro de alivio.

-Esta tarde te la llevás a casa.

Funes, sin embargo, bajó la cabeza, pensando en algo, como tratando de recordar.

-Tengo que hacer algo antes, doctor.

Abrazó a Farías, volvió a estrujar a Inés entre sus brazos, que reía. Y salió a la calle.

Fue directamente a la iglesia. El Padre Macabeo estaba dando misa de siete. Esperó que finalizara y se le acercó cuando terminó de saludar al enjambre de madres e hijas que se apelotonaban a su alrededor.

- ¿Me confiesa, Padre?

Macabeo se metió en el confesionario con su casulla blanca y Fabio se arrodilló del otro lado. Los separaba el entretejido de mimbre confeccionado por los indios más de ciento cincuenta años antes.

-He pecado, Padre.

- ¿Desde cuándo no te confesás, hijo?

-Desde chiquito, Padre.

Entonces comenzó la larga letanía de crímenes y pecados que recitó con interrupciones y toses y lloriqueos a mansalva que hastiaron al cura.

-Basta ya, hijo. Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Funes se quedó esperando.

- ¿Y cuál es mi penitencia, Padre?

- Vos ya la sabés, por eso viniste.

Al día siguiente, Farías mandó buscarlo para que se llevara a Inés a casa, ya que no había aparecido en todo el día ni la noche. Lo encontraron en el campo de los Sanhueza, bajo la trilladora. Tenía el cuerpo, lo que quedaba por lo menos, destrozado y en pedazos dispersos alrededor de la máquina. ¿Cómo había sucedido esto?, preguntó el juez de paz al médico.

-Probablemente puso a funcionar la máquina y se quedó dormido- respondió-. La hijita estuvo enferma y la veló muchos días sin dormir.

-Muy encomiable- dijo el juez, y cerró el caso como un lamentable accidente.

Farías, sin embargo, mirando el cuerpo acribillado de Fabio Funes, imaginaba la atroz escena del suicidio. El subir a la cabina de la máquina, ponerla en funcionamiento y, de pronto, saltar delante de ella. Se necesitaba mucho valor para eso, los últimos vestigios de un alma en pena.

- ¿Qué vamos a hacer con vos? -dijo Farías, mirando a la chica con la ropa de luto que le había prestado la dueña de la funeraria, y que le quedaba grande. Con las manos en los bolsillos del traje y un papel arrugado en el que había escrito unas palabras de despedida para Funes, la contempló allí parada en el cementerio, frente a la cruz.

-Puedo quedarme con usted, doctor. Sería su enfermera...puedo aprender y hacer de todo...ya va a ver usted...

De eso no cabían dudas, se dijo él. Si la abandonaba al estado, la llevarían a un orfanato, y saldría peor de como entraba. Lo pensó durante un rato. Se aflojó la corbata y se secó la frente. El sombrero le daba calor, pero lo protegía del sol sobre el cementerio. Los muertos no se quejaban, y los envidió.

-Está bien, pero tenés que ir a la escuela y terminarla. Sin esa condición, te vas al orfanato.

Ella prometió que lo haría, y lo hizo muy bien. Era inteligente y aplicada. Se esmeraba en explorar los libros que Farías tenía en su casa y el consultorio, también le compró más cada vez que iba a Buenos Aires. Durante los años que vivió con él hasta terminar la escuela, se metió en su cama varias veces, pero él le decía:

-Rajá de acá...

-Pero papá me dejaba...

-No soy tu papá. Cuando tengas marido te vas a dar cuenta...

- ¿Y no quiere serlo usted?

El doctor se rio.

-Me llevarían preso, Inesita. Anda, rajá a tu cama...y la empujaba entonces cariñosamente, pero con firmeza.

A los dieciocho años, había terminado la escuela con buenas notas. Quien la viera así nomás no podría reconocer a la chica desprolija y sucia que había trabajado en el campo. Ayudaba de enfermera al doctor, y ni se inmutaba ante la sangre o los gritos de dolor de los pacientes. Le había preguntado si quería estudiar para ser enfermera o médica, tenía temple para eso, al fin de cuentas. Ella se encogió de hombros.

-Solamente quiero quedarme con usted-dijo.

Sí, la obsesión no había terminado. La metió en el Liceo de Maestras, y ella hizo como hacía todo, con esmero y esfuerzo, como si le gustara, y sin embargo, parecía simplemente obedecer a un automatismo que la hacía seguir las reglas impuestas por el hombre que estaba por encima de ella.

No alcanzó a verla terminar el curso ni recibirse de maestra. El doctor Hermes Farías murió un invierno en medio de los estragos que la sífilis había hecho en sus huesos. La había adquirido treinta años antes de una puta india en el Brasil.

Pero nunca tocó a Inés. El doctor sabía lo que hacía.

2

Empezó a trabajar en escuelas provinciales como remplazante durante casi un año, luego le llegó el nombramiento para maestra del quinto grado en una escuela de La Plata. Tenía veintidós años, y cuando atravesó por primera vez ese portón de chapa que más daba la impresión de entrar en un galpón o taller que en una escuela, no sabía que pasaría allí la mayor parte de sus días. Formó parte de la historia de esa escuela, en la que ella puso ideas, esfuerzo físico y mucha de su salud perdida para siempre. Y por, sobre todo, donde había germinado la ensoñación de amores que había creído existían únicamente en los libros.

Pero los primeros años no fueron fáciles. Ella era extremadamente dura con sus alumnos. Los chicos no la querían, los padres y madres se quejaban a la directora por la manera despótica con que los chicos decían que ella los trataba. Era alta, de pelo abundante y negro, prolijamente atado por encima de la nuca en un rodete con múltiples hebillas. Nunca se

maquillaba, por lo menos en ese tiempo. Su tez era muy blanca y los ojos muy negros. Las cejas eran finas y la forma de la cara recta. Sólo sus caderas anchas y los vestidos o polleras tendían a moverse demasiado con su paso por el patio, sobre todo con las ráfagas del invierno, cuando iba de un aula a la otra, supervisando, hablando con las otras maestras. Encima del vestido, el guardapolvo, y además el Montgomery que le había regalado el doctor Farías.

Las colegas tampoco la apreciaban demasiado por su carácter austero, seco, más bien, autoritario casi siempre. Pero ella no se veía de esa manera, era simplemente la manera en que había aprendido a actuar con los demás según la forma en que se había sentido tratada. Del rechazo en su infancia y adolescencia, había tomado la austeridad y la distancia necesaria. Ella continuaba en su limbo, aquel en que había hallado refugio en el comienzo de su secreto, el que había compartido con su padre. Aunque él ya no estaba y la vida que con él llevaba se había terminado, esa habitación de su mente seguía abierta, cálidamente entibiada por un sueño que se mantenía humedecido quién sabe por qué secreciones del alma. Si en su cuerpo sentía todos los días las secuelas de lo que le había sucedido, si su mente insistía en demandarse y denunciarse continuamente contra todas esas noches que el bien pensante bien común llamaba execrables, ella no tenía más que refugiarse en esa habitación, que podía abrir donde estuviese: el comedor o el patio de su casa, la sala de maestras o el aula de la escuela, o en el colectivo que la llevara a donde fuese.

La trasladaron de grado en grado varias veces, a causa de las quejas. Ella, en silencio, salía de la oficina de la dirección y tomaba su nuevo curso. Se llevaba mejor con los chicos más grandes. Esa personalidad rayana con la fuerza, apenas a un paso de la violencia, se encabritaba con los varones de doce o trece años, y ellos le respondían, y de una manera curiosa y extraordinaria para aquella época, terminaban, de algún modo, reconciliándose en el sinsabor más que en el sentimentalismo. Y fue de esa manera que los cursos que ella dictaba y los grados de los que se encargaba, eran los que a fin de año tenían las mejores notas. Y la directora, entonces, de la vieja escuela, debió reconocer que Inés Funes era una maestra innata. ¿Qué es eso y de dónde viene? De cualquier parte de la personalidad, puede ser de una vocación, de un gusto por la docencia o determinada asignatura, por el amor a los chicos, de la plenitud por

encontrar en el otro la comprensión de una sabiduría propia. Todo es egoísmo, aún el amor, la directora, vieja solterona, lo sabía bien. Pero Inés aplicaba otra forma de sapiencia, el desafío, la exigencia, la dureza. Y a los chicos de tales edades, acostumbrados a las realidades de sus familias, desarmadas, violentas, promiscuas, seguramente, los excitaba encontrar en esa maestra de escuela una contrincante de iguales o más fuerzas. Ella era un continuo reflujo de insistencias y reprobaciones que no hacían más que provocar la rebeldía de ellos. Unos días o varios meses de resistencia no eran nada cuando al final los chicos despertaban, y, de pronto, una ecuación escabrosa y retorcida, o una frase poética o filosófica, se dejaban desmembrar para revelar sus secretos a esas mentes nuevas, asombradas por primera y única vez, hasta el próximo descubrimiento.

Organizó las kermeses de diciembre para recolectar fondos para el siguiente año, que se utilizaban para remodelar la escuela. Se cambió el portón de chapa por uno de buena madera, se pintó el frente, se embaldosó el patio, se compraron libros para la biblioteca que no existía cuando ella llegó, se consiguieron mapas para las clases de geografía que ella colgaba de un gancho por encima del pizarrón y luego desplegaba ante la fascinación de los chicos. Y luego de permitir esa breve muestra de sentimentalismo, los hacía callar con dos golpes del borrador. Hasta un esqueleto consiguió, pero como era demasiado caro, fue a buscarlo al osario del cementerio, lo limpió, lo armó y lo pintó. Un año después, una inspectora se dio cuenta del origen, y le dieron una reprimenda que a punto llegó de expulsarla, pero la directora intercedió por ella. Fue un año antes de que la vieja se jubilara, y a consecuencia de ese episodio la descartaron como sucesora para la dirección, que era lo que se venía hablando desde un tiempo antes.

Pero un día la señorita Inés empezó a cambiar. Las breves ensoñaciones en que muy contadas veces los alumnos la sorprendían en plena clase, mirando por la ventana mientras ellos hacían sus tareas sobre los pupitres, o las colegas cuando entraban en la sala de maestras y la veían con un codo sobre la mesa y el mentón apoyado en la palma de la mano, se hicieron más frecuentes y prolongadas. Ella se deshacía de esos intervalos como sacudiéndose del polvo sobre un mueble viejo, y, sorprendentemente, se disculpaba y hasta sonreía. Lo dejaron pasar al principio, como distracciones de un alma dura y austera, que también podía cansarse.

Durante esos último cinco años, habían aprendido a no combatir con la señorita Inés. Quienes no la aborrecían, habían llegado a respetarla, y muchos ni siquiera se atrevían a reconocer una cierta y recalcitrante admiración. ¿Quién querría ser como ella? Nadie, por supuesto.

Sabía que era para siempre estéril, que nunca podría tener hijos. Quizá por eso no el agradaban los niños pequeños. En cambio, con los más grandes amenizaba de una forma sin preámbulos ni permisos previos, como una lucha encarnizada que se daba naturalmente porque cada contrincante había hallado a su oponente adecuado. Los varones que despertaban al sexo, sin saber todavía del todo de qué se trataba, imaginando más de lo que habían visto u oído, no veían en ella una mujer, sino una especie compinche con la que no podían hablar como lo hubiesen hecho con un hombre, pero de quien podían aprender con la intuición. En medio de las hostilidades, estaba implícita la atracción de los sexos, pero también una sapiencia que transcurría por canales subyacentes.

Tenía períodos, a veces, porque uno de los ovarios aún funcionaba a regañadientes, como a ella le gustaba pensar. Eso era lo único que le quedaba de una mujer, se decía. Tenía infecciones urinarias con mucha frecuencia, las cicatrices de los abortos y los desgarros perineales eran casi insensibles al tacto y retenían orina y bacterias. La higiene diaria era todo un problema cada mañana, no por el dolor, sino por su ausencia. Cualquier día, al desnudarse, podía descubrir una mancha que ayer no estaba. Por eso iba regularmente a hacerse chequeos y controles con el doctor Ruiz. No conocía a nadie en La Plata, y Farías se había muerto como si él fuese el único médico del mundo. Adalberto Ruiz, sin embargo, era un hombre campechano que sin embargo no hacía chistes malos ni bromeaba con la sexualidad de las mujeres. La primera vez que la revisó, la vio desnuda de la cintura para bajo en la camilla, y debió pedir disculpas por su breve entorpecimiento, que ella ni siquiera había notado. No le preguntó nada, no era necesario. Desde entonces fue con regularidad, y hablaban sin pelos en la lengua de lo que había pasado. Lo mejor que encontró en Ruiz, según ella, no fue tanto su ciencia, sino la discreción.

Fue en una de esas consultas cuando conoció a Bruno Méndez. Ruiz, como médico general, atendía cualquier consulta. No había muchos en la zona, y con el tiempo y su campechanía fue absorbiendo la clientela de varios otros que intentaron instalarse por ahí cerca. Incluso tenía pacientes

que tenía plata y podían darse el lujo de atenderse en Buenos Aires en las mejores clínicas. Méndez era uno de ellos. Pero Méndez era de la zona, había pasado la mayor parte de su infancia entre Buenos Aires y La Plata, yendo y viniendo en tren y luego en auto, hasta que abrió el taller en esta última ciudad. Poco después tuvo el accidente por el que tuvieron que amputarle una pierna. Así, con una pierna protésica y dura, aunque no tanto como una pata de palo, lo conoció Inés, entrando al consultorio con su inconfundible y ruidoso paso. Primero la pierna sana, y luego el otro par de los zapatos que, a pesar de tener la misma suela, repercutía en el suelo como un ladrillo caído de dos metros de altura. En la sala de espera del consultorio, todos se daban vuelta al verlo entrar, pero como era tan conocido pronto se distraían o lo saludaban, según el caso. La única ignorante era Inés, que se le quedó mirando con las manos en la falda y estrujando un pañuelo con el que se sonaba la nariz a causa del resfrío.

Era invierno, y Méndez había entrado con bufanda tejida a mano y un sobretodo de piel de camello, muy fino. Se sentó a su lado, en la única silla vacía. La saludó con cortesía, sacándose el sombrero y luego el sobretodo, que apoyó en sus rodillas. El muslo izquierdo era el de un hombre fuerte, pero debajo de la rodilla, el pantalón quedaba flojo hasta el zapato. Ella no pudo ver la prótesis ese día, pero miró el rostro de Bruno, y lo sorprendió observándola con una sonrisa que consideró encantadora.

-Usted disculpe- dijo ella. ¿Por qué lo había dicho? ¿Acaso todas esas idioteces de la cortesía y la amabilidad no eran puras monsergas que había aprendido en el liceo? Sin embargo, él le había sonreído mientras ella lo catalogaba como un lisiado, y sin embargo esa sonrisa no era despectiva. Era algo así, se dijo, como estar viendo a uno de sus alumnos cuando ambos se reían del absurdo y por cansancio luego de una larga lucha de palabras y tizas en la clase.

Bruno Méndez tenía su estatura, ambas miradas coincidían con exactitud. Tenía ojos azules muy oscuros, como el Atlántico, el cabello castaño oscuro, la barba mal afeitada, la frente ancha. El cuello velludo se hundía bajo el cuello de la camisa blanca con corbata negra.

-No hay por qué, señorita- contestó él. - ¿Usted es una nueva paciente del doctor?

-No, hace un tiempo ya, pero no hemos coincidido con usted, señor...

Le dijo su nombre, y ella el suyo.

-Es que vengo cada varios meses, cuando me duele el muñón, para acolcharlo. La prótesis se me rompe y tengo que cambiarla, y es un platal que me lleva un ojo de la cara. Y no quiero que me saquen nada más.

Nadie se rio, porque los demás escuchaban, por supuesto. Repetía lo mismo en cada ocasión.

-Perdone usted, mal chiste.

-No se preocupe, estoy acostumbrada, por los chicos...

-Ah, ¿cuántos tiene, si me permite?

Inés no se avergonzó ni se ofuscó cuando otras tantas veces le habían preguntado lo mismo, sobre todo las mujeres.

-Lo digo por mis alumnos, soy maestra.

Esa tarde fueron los últimos en ser atendidos. Todos fueron entrando y saliendo del consultorio hasta que casi se hizo de noche, y la enfermera encendió las luces. Ellos parecían olvidados en ese rincón donde ocupaban dos sillas rodeadas del vacío. Conversaban, se reían, a veces cuchicheaban como viejos conocidos. ¿De qué hablaron? De sus enfermedades, claro, lo que se habla siempre en el consultorio del médico, pero ninguno habló muy profundamente del tema, si no como se habla del clima. Conversaron del país, de la situación económica, del mundo en general. Ella le habló un poco de la escuela, él de su taller mecánico. Méndez tenía manos grandes y fuertes, con cicatrices y piel endurecida, pero de algún modo resultaban atractivas. Ella pensó en las manos de su padre, parecidas en las secuelas de la experiencia.

Entonces apareció el doctor en la puerta del consultorio y la llamó. Inés se levantó, indecisa en cómo despedirse de Méndez. Él le ahorró la incertidumbre cuando dijo:

-Uno de estos días nos veremos, señorita Inés.

-Con todo gusto, Bruno.

Se dieron un suave apretón de manos. Cualquiera que la conociera de tiempo antes, no la habría reconocido en sus palabras ni en su expresión cuando entró al consultorio.

Para aquellos que quisieron componer un melodrama de amores traicionados, Inés no se enteró que Bruno era casado hasta que fue demasiado tarde, pero no es factible que no lo supiera desde el principio. Si no fue él quien se lo dijo, siempre hubo muchos que se encargaran de

hacerlo. Méndez era muy conocido en el barrio y más allá de sus límites por casi toda la ciudad cuando se vieron por primera vez. Si al principio fue por la bondad de su trabajo, pronto se extendió a consecuencia del accidente, que lo convirtió casi en un mártir durante un tiempo. Pobrecito, decían las mujeres de los que habían llevado sus autos a reparar alguna vez, y los vecinos, y así en ondas de expansión que fue llevando la leyenda de un Juan el hospitalario local. Porque daba la casualidad de que el pobre Bruno, de familia complicada, tan averiada que no estaba en él reparar, perdió su pierna izquierda bajo el peso del motor de una camioneta que la grúa vieja que había comprado de segunda mano no supo sostener. Echaron la culpa no al revendedor, sino al banco que no quiso darle el crédito, y tampoco el préstamo para costearse la prótesis, y el periodismo se encargó de dispersar los rumores en la forma adecuada. Pero como se trataba de una noticia suburbana, pronto calló en el olvido, aunque en el ámbito local se transformó en un mito cuidadosamente adornado y protegido como un relicario. A eso colaboró, por supuesto, la fama que se hizo Bruno cuando él solo, y con el muñón aún con los puntos de sutura, redobló sus horas de trabajo para conseguir dinero. Tenía una esposa y dos hijos muy pequeños, uno recién nacido y otro de un año. El pobre tipo estaba acabado, decían todos, y sin embargo, reparó cualquier cosa que le traían y podía sostener en la silla de ruedas, y luego en su msda del taller, ya vacío de autos. Del diario local, entonces, llegaron a entrevistarlo y el trabajo aumentó en consecuencia.

Para cuando se conocieron, los hijos de Brunos ya eran adolescentes, el taller tenía varias sucursales en La Plata y otra en Temperley. Tenía buen pasar, también, con la casa que se había comprado y los autos que les regaló a los hijos. Los chicos salieron un tiro al aire, pero esa ya es otra historia. La cuestión es que se sabía que tal pasar no lo había conseguido reparando autos ni gracias a la piedad que provocaba su drama personal, aunque muchos insistieran en verlo casi como un santo de estampita parado en una pierna y acodado sobre el motor de un auto. Si hasta hicieron, alguna vez, unos almanaques con esa imagen que todavía debe seguir pegada en la pared de algún viejo taller abandonado. Fue, al mismo tiempo que se forjaba esa leyenda, que se supo de los negocios que Bruno escondía bajo la manga, que ya no era el overol grasiento sino un sobretodo de camello. Los negocios de los desarmaderos, por supuesto, de eso se

trataba. Pero no se podía ensuciar a un apostolado, a un candidato a santo, a un esposo y padre dedicado cuyos hijos ya comenzaban a ser ingratos. Los miles de pesos de los que se hablaban en la prensa se quedaban cortos, seguramente, porque el dinero iba y venía tan rápido como los camiones podían ir de ciudad en ciudad de la provincia. El general Justo había tomado el poder en esa época, y el renacimiento económico estaba representado por el progreso de un simple mecánico de autos. Si él podía... era la frase tácitamente inscripta en el consciente colectivo del suburbio. Los tiempos del pueblo venían creciendo, y pronto llegarían a la mayoría de edad.

Empezaron a salir. A principio a sitios apartados de sus lugares de trabajo. Los que los habían visto en la sala del médico no se asombraron de nada, si solo faltaban los arrumacos y los besos para que todo quedase finalmente liquidado. Pero ellos aparentaban no enterarse de lo los demás hablaban, y se iban a algún cafetín en las tardes, cuando ella salía de la escuela, o en algún bodegón entre diagonales mal numeradas de las afueras, donde el frío húmedo provocaba carne de gallina en la piel de Inés, y el aguacero era peligroso para los endebles pasos de Bruno. Ambos, sin embargo, llegaban puntualmente a sus citas, y las prolongaban hasta muy tarde. Por eso no se creía que ella no supiera que era casado, porque él seguía viviendo con su mujer, y de algún modo debía justificar esas salidas y llegadas tardes.

De eso hablaron, quizá, una noche, a las once o más tarde. Ella medio tiritando, él a su lado abrazándola y compartiendo el anís que a ella le agradaba tanto. La primera vez que él la hizo probarlo, lo miró, extasiada, como si hubiese probado un elixir.

-¿Tenés que irte?- le preguntó.

Se encogió de hombros.

-Ya sabés, no quiero escenas a esta hora.

-¿Y qué hace cuando llegás?

-Duerme, o hace que duerma. Me tiro al lado y chau...

Así terminaban los diálogos cuando de la "otra" se trataba, ni nombre al principio, ni sentimientos.

Todo era negocio, decía él en casa. Reuniones a destiempo y a escondidas, por la policía, que a pesar de todo siempre intenta aparentar ante la opinión pública que hace algo. La mujer lo sabía, claro, no por nada

había ayudado a construir el altar financiero con Bruno y los autos. Inés la había imaginado cientos de veces, rubia, morena, pelirroja, gorda, flaca, mala, buena, estúpida, y nunca pudo embocar en la descripción exacta porque él nunca quiso hablar más de dos palabras sobre ella. Inés evitaba los sitios donde la otra podría concurrir, pero cuando le dijeron que se había ido a Buenos Aires y que se llevaba a uno de los hijos, se sintió por primera vez libre de toda hipocresía.

Lo llamó al taller en plena mañana, mientras ella aún estaba en la escuela.

-Vení, que tengo algo importante que decirte, es una sorpresa.

Él dio excusas, no le gustaba mostrarse ahí. Ella no comprendía, y sin embargo esperó toda la tarde, hasta que casi se hizo de noche. Las maestras se fueron y les extrañó que ella, ahora tan diferente y sociable, se quedara casi sola en la escuela, a excepción del portero y su perro. Inés aguardó en la sala de maestras, y escuchó los pasos desarticulados de Bruno. Se imaginó, de pronto, los pasos de un criminal que llegaba al fin de la tarde, quizá con una guadaña o una hoz entre las manos. Qué tontería, se dijo, cuando lo vio aparecer en la puerta de la sala de maestras, enmarcado casi por los dibujos de los chicos que merecieron algún premio o los diagramas escolares. Se levantó a abrazarlo y se besaron.

-¿Qué te pasa, mi amor?- le preguntó él, en medio de los besos.

-Que te extraño, demasiado, Bruno.

-Y me deseás, ¿también?

- Mucho.

-¿Tanto como para al final dejarme...?

Sin que ella lo soltara, estiró un brazo, dejó caer el sombrero y apagó la perilla de la luz junto al marco y la empujó sobre la mesa. Inés se resistió, de pronto, asustada.

-¿Y para esto me llamaste?- dijo él. Era la primera vez que escuchaba insolencia en su voz. Estaba excitado, y era culpa de ella. No había sabido cuidar los pormenores adecuados.

-Perdonáme, estoy demasiado contenta, y me dejé llevar.

-Ya entiendo. ¿Querés venir a casa esta noche?

-¿Y tu otro hijo?

-El tarambana de Oscar no tiene sitio fijo, ahora está con el tío, creo, o haciendo que trabaja en una panadería.

Subieron al auto, recién comprado, si aún podía oler ella el tapizado nuevo. Le gustaba, por supuesto, pero no era el dinero lo que la atraía, ni tampoco le importaba que no fuera bien avenido. Deseaba a Bruno, pero tenía miedo de cuando la viese desnuda.

Mientras iban en camino en medio de la noche, ella dijo:

-Sé que no soy muy linda, Bruno. Tal vez te lleves una decepción.

-No me vengás con eso, sabés que te quiero...

-Ya lo sé, sino no perderías tu tiempo con una maestrita como yo, pero podrías tener mujeres más lindas, y tengo miedo de que te canses...

-Dejá que yo me encargue de eso a su tiempo, si llega.

Era una respuesta propia de Fabio Funes, pensó Inés.

Se detuvieron en una esquina, frente a la casa. Una vieja casa que tal vez había diseñado el mismo Dardo Rocha por el aspecto y la simetría de sus formas. Entraron sin detenerse en las salas a oscuras que creyó adivinar era el vestíbulo apenas iluminado por los cristales esmerilados a cada lado de la puerta, o el comedor donde la mesa grande era una sombra inmensa y el living donde el hogar brindaba frías brasas como estrellas en un cielo caído. Subieron a una habitación que no era, seguramente, la del matrimonio. Era fría, las paredes vacías, la lámpara escuálida colgando del techo. Era un cuarto muerto, donde la madera del piso no daba calidez porque los ventanales no tenían personalidad, no había cortinas, los vidrios mostraban signos de débiles lengüetazos de paños sucios, y el techo inclinado en vez de proporcionar cobijo aparentaba nada más que un muro apoyado que estuviera a punto de derrumbarse.

Pero no importaba, ella sólo tenía ojos para los hombros de Bruno, que se había desprendido de la camisa y mostraba los músculos de un hombre de treinta y pico de años, acostumbrado a levantar herramientas pesadas. Lo abrazó entonces, poniendo las manos sobre su espalda, firme, de vello espeso, y de pronto se dio cuenta que él se había sacado la prótesis junto con el pantalón, y se tambaleaba.

-Yo te sostengo, mi amor-dijo ella, porque lo adivinó vulnerable. Bruno se sujetaba a Inés con casi todo su peso, y para ella no era nada, una simple flor de amor cruda y esbelta, media salvaje, crecida entre los yuyos de un baldío de barrio junto a un galpón que sucesivamente ha servido de taller mecánico, de depósito o de simple nido del vacío.

Entonces no tuvo miedo. Se sacó la ropa mientras él se sujeta a ella, besándole el cuello y los hombros, y luego los senos. Lo ayudó a llegar a la cama, y de pronto se cayó sobre la rodilla sana junto al colchón, con la cara justo en la entrepierna desnuda de Inés. Se rieron, pero él empezó a acariciarla con los labios.

Y se detuvo.

-Parece que el pasado se empecinó en jodernos, ¿no es cierto?

La miraba desde esa distancia tan inmensa que era el asombro, o la interrogación.

-Así es, Bruno. Estamos hechos el uno para la otra.

Él hizo un respingo despectivo, bruto, incrédulo.

-No me vengás con esas idioteces. Somos sobrevivientes, nada más.

Sí, tenía razón, eso es más digno que el sentimentalismo. ¿Porque cuántos hombres y mujeres estarían como ellos, en una habitación muerta, moviendo sus cuerpos como esas figuras de madera con que el psicólogo prueba la destreza de un paciente? Ellos, los diferentes a todos los otros, y entre sí. Sus cuerpos incongruentes se miraban, se olían, se probaban mentalmente. Y no hubo caso, las combinaciones eran asimétricas y forzadas.

Pero no importaba.

El torso de Bruno tenía la suficiente fuerza en sus brazos para levantarla a ella en la cama y deslizarla hasta las almohadas. El cuerpo de Inés tenía la dureza de una corteza y también su flexibilidad. A él le gustaba esa piel lastimada, donde cada cicatriz era un pliegue donde susurraba un secreto. Apoyó el oído, y sonrió.

Ella no veía su cara, pero la barba le hacía cosquillas, y era la primera vez en mucho tiempo que no sentía tal sensibilidad. Por eso extendió sus brazos y deslizó las manos desesperadamente por la espalda de Bruno, hasta tocar sus glúteos, y ver, en el espejo inclinado del cielorraso, imaginado por ella, la forma del cuerpo incompleto de ese hombre que era el más completo que hubiese visto. La asimetría era la simetría de sus contornos proyectados sobre los de ella. La pelvis ancha de Inés lo protegía, y fue allí donde él se refugió, como un chico avergonzado y a la vez funesto, porque él estaba condenado desde que era un niño a ver las mitades de los hombres: su padre, por ejemplo, el medio hombre que vivió

en una silla de ruedas arrastrada por el otro medio padre que no era su padre.

De eso le habló esa noche, entre jadeos y ojos cerradas, con la voz que nacía de la barba mal cuidada pero que ella había aprendido a besar como quien se abandona para ser rastrillada por un arado de alambres de púas.

El dolor fue tanto, que ambos lo sufrieron. El de las caras rozadas y besadas, el de los cuerpos penetrados y que penetraban.

Las cicatrices abiertas y los muñones informes.

La herencia de los cuerpos era lo único que tenían como suyo, y lo entregaron esa noche, confiadamente como quien comparte por primera vez el estigma de su alma sin vergüenza.

Recostados, desnudos, y en plena madrugada, cuando el sol crecía y se asomaba como un vecino curioso por la ventana, hablaron de los padres. Cómo compararlos si ambos compartían la misma diferencia, y los diferenciaba la igualdad del carácter. Entonces, palabra va, palabra viene, apareció Dios. Se miraron a los ojos, verdaderamente asustados de la coincidencia, tal vez la única verdadera semejanza que hallaron esa noche.

El Dios de sus padres eran dioses con el mismo nombre, y por sobre todo la misma culpa. Demasiado altos, sus pies caminaban sobre charcos. Por eso sus viejos se tropezaban siempre, uno rodando en una silla de ruedas, como el de Bruno, el otro zigzagueando ante las piedras del campo, como el de Inés.

-Pero tu pierna, Bruno, no fue culpa de tu viejo. En cambio el mío, mirá lo que me hizo.

Ya había mucha luz en la habitación. No había forma de fingir ocultamientos, ni siquiera con las sábanas.

-Mi viejo- dijo él-, pobre tipo, me formó a su imagen y semejanza. Se amputó una pierna él sólo, sabés. Yo así lo conocí. Nunca tuve otro dios que ese que vivía en una silla de ruedas.

Inés se puso a fumar, pocas veces lo hacía. ¿Era feliz en su infelicidad?, se preguntó. ¿Qué era lo que Bruno sentía? ¿Amor? ¿Frustración? ¿O simplemente una encamada más? Mirando el muñón seco de la pierna que terminaba en una especie de hueso puntiagudo cubierto de piel apergaminada y endurecida, supo que él no se consideraba un hombre más que cuando hacía un buen negocio. Había podido verlo cuando hablaban de

la pequeña empresa de repuestos para autos que iba creciendo y se expandía.

Cuando se vistieron, hablaron de negocios como quien habla de la compra del día y las personas con que se encontraron en la calle. De las travesuras de los alumnos de Inés, de la personalidad de uno o la desfachatez del otro, pasaron a hablar de bulones, de bujías y líquidos para frenos que oídos de Inés sonaron como piezas de un ensamblado extraordinario, maravilloso, lleno de secretos que ella adivinaba por su propia perspicacia. La camioneta vieja de Fabio Funes, la que se compró poco antes de matarse, era una orquesta de ruidos raros y un simulacro de mecánica.

Y mientras lo escuchaba hablar de los precios de los repuestos, de las subidas de los costos, de los quebraderos de cabeza que últimamente le estaba provocando el gobierno, ella lo miraba desde el otro lado de la mesa en una cocina que no era la de su casa. Y sin embargo, esa mesa era un puente que trascendía los espacios reales e inventaba otros.

-¿Sabés, Inés? Me preocupa que todo se venga abajo...

Entonces ella se levantó de la silla, se paró a su lado, lo obligó a dejar el mate que fue su único desayuno esa mañana, y lo abrazó tan fuerte como si no sólo hubiese querido sujetar su cuerpo, y con él todo el ensamblaje de empresa y negocio sobre el que Bruno fundaba su alma, sino también, y precisamente, toda el alma de ese hombre que, ella ya lo sabía, era un bastión inexpugnable en su vida, y que como tal y como hombre, sólo podía ser abatido derribándolo o matándolo. No se daba cuenta, la pobre ilusa de Inés, en ese tal enamoramiento de carne y alma, que estaba hablando de lo mismo, como una pitonisa aún a su pesar.

3

Llegaron los malos tiempos, aquellos de las crisis económicas. ¿Pero a cuáles, si cada década ha tenido los suyos en abundancia? Casi podría decirse, que es un estado crónico para el país. Sin embargo, venían de una década próspera, donde se nos consideraba el granero del mundo, y los

ingleses nos compraban carne vacuna en grandes cantidades, salvo por el ganado ovino, que el macho argentino consideraba, quizá, una debilidad, y porque los campos ingleses lo criaban de mucho mejor forma y oficio. Por eso exportábamos materia prima, y luego comprábamos, a triple de costo, los productos terminados. La mentalidad del sabio, porteño, criollo o español, qué más da, nos embaucó como un diablito en nuestros oídos, echándonos el acre aliento que pudrió nuestros cerebros. ¿Y cómo reemplazarlos? Con la tecnología de los Ford, por supuesto. Máquina y humo es la postal de nuestras pampas que los turistas envían a sus parientes en el exterior. Detrás de la foto, unas palabras de cariño, y en el medio: el cartón amarillento.

Bruno tenía socios en su empresa: Talleres S.R.L. Así nomás, para evitar confusiones. Inés los había visto un par de veces en que pasó por el taller ese en que tuvo el accidente. Benítez se llamaba el principal, pero Bruno le había comentado que sólo ponía dinero, ya que era casi un potentado con sus papeleras por todo el litoral y el norte de Buenos Aires. Benítez vestía de traje y manejaba una estanciera que se había traído de Estados Unidos. El otro, sin embargo, un tipo bajo, fornido y barbudo, con un cigarrillo siempre en la comisura izquierda de la boca, era Rinaldi, una especie de mafioso, así lo llamaba Bruno, porque era bruto y oportunista, oscuro como muchas mentiras juntas, pero que era necesario en esos trajines donde debía lidiar con los tráfugas de siempre.

Los repuestos de autos, recitaba Bruno en ocasiones, son un quebradero de cabeza.

Con esa frase, Inés se conformaba. Lo esencial era estar a su lado en el auto y en la cama. Ya no se ocultaban, porque él estaba prácticamente separado. Bruno la iba a buscar a la escuela, y ella se levantaba, recogía sus libros cuando le avisaban su llegada o ella misma escuchaba el inconfundible repiquetear de sus pasos, y saludaba a las envidiosas de las otras maestras con descaro.

Los titulares de los diarios eran alarmistas. Se comparaba la crisis con el derrumbe de la bolsa de Wall Street más de una década antes. De lo que no se hablaba en los diarios era de los planes para traer de vuelta a Perón, pero ahí estaba la cuestión. El gobierno aprovechaba la crisis en su favor, adjudicándola a los opositores, y éstos la ponían como excusa para la revolución.

-Benítez dice que el general no nos conviene- dijo Bruno en el auto, la tarde del 25 de mayo luego de los actos escolares que tanto cansaban a Inés.

-No sé, Bruno. Yo veo a los chicos como zaparrastrosos. Muchos de los padres perdieron el trabajo.

-¿Y qué, Inesita? Los socialistas se llenan la boca con mierda y la escupen, y a eso llaman hablar de la realidad.

-No sé, Bruno.

Él, puteando de lo lindo al conductor de otros autos y a un par de peatones, dijo:

-Lo peor es que nos están matando. Y algo hay que hacer, si no, quebramos.

-¿Te parece, Bruno, que es para tanto?

-Hacé números, Inés. Los proveedores retiran la mano esperando qué va a pasar. A lo mejor y con suerte, no pasa nada, pero mientras, ¿qué hacemos?

Así pasó el tiempo y llegó el fin de año. Bruno estaba cada vez más preocupado. Se descuidaba la prótesis que se había fisurado, y decía que encargar otra en Europa era demasiado caro. Iba y venía por la habitación, y el ruido de los pasos se hizo más extraño aún. El zapato con la prótesis rechinaba, imitando el sonido de una puerta que se traba y se destraba en sus goznes. Eso la exacerbaba cuando quería concentrarse en la corrección de las pruebas que se llevaba a casa o a lo de Bruno. Conocía el auto como su propia cama, tantas veces se habían tirado en el asiento posterior para besarse, sobre las carpetas de los chicos que ella cargaba de una casa a otra. No podía mudarse, todavía, no hasta que saliera el divorcio, no en el país, claro, pero todo estaba en manos de unos abogados norteamericanos que cobraban un platal. Cuando le dijo que había tenido que suspender el trámite por un tiempo, se le vino el alma al piso, y lo miró con ira.

-¿Y qué te pensás, que me regalan la guita? Andá a cagar...

Bruno no hablaba así, Bruno solía ser un caballero. Entonces se dio cuenta, los días de la siguiente semana, que llegaba tarde con olor a tabaco intenso. Se reunía con Benítez y Rinaldi, y con alguno más, probablemente, por asuntos de negocios. No hablaban de pasta de papel ni de repuestos, eso seguro, el tema no daba para más. Algún que otro artículo sobre la "Papelera Benítez" dejaba en claro que iba a declararse en quiebra. Pero

Bruno tenía el conocimiento en su cabeza, era como un médico, podía llevar su destreza a cualquier parte, en cualquier barrio o ciudad donde hubiese autos, ¿y dónde no los hay?

Pero Bruno sufría, tan acostumbrado estaba a al *status quo* de nuevo rico, que sentía como un abismo el volver a meter las manos en un motor. Eso decía, pero la verdad era que la mujer le pedía plata, y los abogados también. Inés temía que fuera a abandonarla.

-Yo te ayudo- le dijo Inés, cándidamente mientras comían en casa, porque ya no salían.

-¿Con tu sueldo de maestra, Inesita? - le contestó sorbiendo la sopa con ruido, muy a propósito para acentuar el sarcasmo. Su cara era más amarga que la hiel.

Entonces estalló la noticia del atraco. Habían robado una financiera en el Partido de la Costa. Nadie le dio importancia al principio, tratándose de una casa que ofrecía préstamos a obreros y jubilados en un local alquilado de 2 x 5 y a una tasa incluso superior a la bancaria. Puros usureros, era obvio. Pero luego se dijo que era una fachada para negocios más turbios. Ése es el término menos comprometedor que encontraba la prensa para dar a entender lo que todo ciudadano inteligente daba por sentado. La cuestión es que se armó todo un revuelo cuando se filtró el monto del botín: 16 millones de pesos. Imposible para una financiera de tal calaña, comenzó a expandirse un tácito permiso para hablar de lo que habitualmente se escondía. Los desarmaderos eran el tema en controversia, y la cortina de humo, por supuesto. De algún lado había que sacar el dinero, y si entraba por debajo del escritorio de la aduana, que fingiera, también, haber provenido de un negocio mal habido. Los dueños de la financiera, apellidos de paja, con alguna foto filtrada en la prensa que podía ser de cualquier tipo con bigotes, fueron procesados y encarcelados, según decían. ¿Dónde estaban?, quién podía saberlo. ¿Y el dinero? En manos de los ladrones. Obedeciendo la sabiduría popular, que los intereses de afuera habían sabido imitar y explotar, los ladrones tenían la amnistía del pueblo, y para eso las manos de los tribunales y los policías fueron suficientemente untadas.

Lo que sucedió en seguida después del robo fue muy rápido, cuestión de tres días, tal vez. Mientras en la prensa se cocinaba la noticia, Bruno estaba nervioso. Llamaba a Inés a la escuela cada media hora, y cuando se

encontraban a la tarde insistía en que fuera en la casa de ella. Inés se habían acostumbrado, demasiado, quizá, a la casa grande de Bruno. Estaba convencida que tarde o temprano se mudaría y que ya no tendría que esconder la cabeza o aparentar con los demás. Cuando Bruno consiguiera el divorcio, por supuesto.

Esa tarde, después de haber leído toda la edición de *La Prensa* para el mediodía, él se puso a dar vueltas por la cocina, pequeña, con las manos en los bolsillos o fumando un cigarrillo tras otro.

-¿Qué te pasa? -le preguntaba ella, pero él se limitaba a echarle miradas ofuscadas, sobre todo despreciativas. Las mujeres no entienden de esas cosas, podía leer ella en sus ojos. Está bien, pero con tal de que la amara como esos últimos meses, y nunca la dejara, era suficiente para ella. Era lo único necesario, en realidad.

Recién a la tarde siguiente, cuando estaba anocheciendo y los últimos resabios del sol se escapaban por las rendijas de la persiana baja en la habitación, él le dijo lo que venía rumiando. Estaban en la cama, él con el calzón blanco, ella con la enagua negra y un seno afuera a causa de un bretel roto. Cómo le gustaba que él le besara el pezón tan delicadamente como solía hacerlo, igual que un niño de pecho pero de manos grandes, y luego el cuerpo del hombre se le pusiera encima, y que entonces entre él y la cama no fuese ella un pedazo de carne con cicatrices, sino una nada, mero espíritu capaz de todas las sensaciones. Había llegado a la conclusión, luego de tanto tiempo de escarbar en su psiquis, alma o ese cerebro duro y sufrido en que se había convertido su útero, que no era su cuerpo lo que importaba, sino el de Bruno. Sin él, ella era nada más que una maestra sin vocación ni gusto siquiera por lo que hacía. Volcar palabras en los oídos de los chicos era fácil, lo difícil era que no rebalsaran de esos cráneos, y entonces se enojaba porque no le era dado expandir esos recipientes diminutos y frágiles. Cómo le hubiese gustado romperlos a martillazos y volverlos a amasar más grandes, o ni siquiera eso, dejar los fragmentos para que los padres viniesen a buscarlos. "Señor y Señora X, tengan a bien retirar a su hijo de la escuela el día de hoy, se le rompió la cabeza". Cómo se reía con esa idea, tan graciosa.

-Inesita, tengo que pedirte un favor muy grande.

-Lo que quieras, Bruno.

El rostro de Inés se iluminó, pero fue pasando por distintos estados a medida que escuchaba el relato de Bruno. Le estaba contando todo, casi al detalle, poniendo énfasis en los motivos, o más bien en las excusas. El pergeñar del robo, los cuatro socios que no nombró, y su propia responsabilidad: el temporario tesorero de lo mal habido. Sus socios confiaban en él, Inesita, habían puesto el esfuerzo y la esperanza, o más bien la desesperación de todo esto en sus manos. Debía esconder el dinero, Inés, en un lugar seguro, en donde a la policía no se le ocurriera buscar ni de lejos.

-Entonces pensé- dijo, apoyando la palma de su mano sobre el vientre de Inés, como la mano protectora de Dios sobre su cuerpo hecho raíces duras y muertas- ¿qué mejor que en la escuela? No será por mucho tiempo, hasta que las cosas se calmen. No sabés, querida, el favor que me harías. Sé que te pido mucho, que voy contra tus valores, mi amor, pero vos sabés que te amo con locura.

Ella lo miraba, estimando que las palabras eran sólo eso, pero también veía la desesperación en el rostro de Bruno. Adivinaba que él pretendía quedarse con todo, y en ese rasgo de culpabilidad que él no podía evitar a pesar de sí mismo y su esfuerzo por evitar el remordimiento, ella vio el rostro de su padre. Fabio Funes pidiendo perdón a Dios al mismo tiempo que pecaba.

Inés era, en este caso, la sacerdotisa de Bruno Méndez.

La que escondería el secreto de su confesión para toda la vida.

Al día siguiente, a las diez de la noche, cuando el barrio estaba a oscuras y el portero de la escuela se había ido a su casa en el colectivo de las nueve, ella entró con la copia de la llave que desde hacía mucho tiempo había pedido para entrar una noche de fin de año para preparar las mesas de la kermesse. Caminaron en silencio por el pasillo y frente a las aulas vacías. Los carteles y dibujos en las paredes resaltaban blancos como manchas pálidas que despertaban ante los pasos secos y torcidos de Bruno, que cargaba con la valija pesada bajo un brazo. Llegaron frente a una puerta al final del pasillo, daba a un patio chico que se usaba para los enseres de limpieza o tirar cosas viejas. Un metro más allá, había otra puerta, de la que solamente ella tenía la llave. Tanto tiempo había pasado, que los demás se habían olvidado del pequeño inconveniente que había

tenido Inés por el esqueleto que su esmero le había procurado. El esqueleto seguía ahí, envuelto en telas sucias.

-¿Acá?- preguntó Bruno.

-Acá nadie busca, y el que lo haga, preguntará por la llave.

Bruno dudó, pero al fin de cuentas dejó la valija vieja, que no pesaba tanto, los billetes y los fajos eran muchos, pero eran simplemente papel.

Pasó un tiempo. Ellos cumplieron con su tarea de todos los días, la escuela y el taller. Se reunían en la casa de Inés, una casita al final de un pasillo largo y destemplado que intentaba defenderse del baldío y la basura del otro lado. Casi no había vecinos, el predio estaba en litigio y por eso Inés pagaba un alquiler muy bajo. Se reunían, hacían el amor, hablan del “muerto” y se reían. Pero era tiempo de hacer despertar el cadáver, dijo él, tumbado en la cama, desnudo y fumando. La ceniza caía en su panza de varón de treinta y pico que intenta cuidarse en vano, entremezclándose en el vello castaño y espeso.

-Bueno, Bruno, decime...

-Ya te voy a contar, Inesita.

Aplastó el faso en el cenicero de la mesita de luz y se llegó una mano al miembro, flácido ahora, pero al que quería darle trabajo.

Ella pensó en la noche y los golpes, los bocinazos en el vecindario oscuro, y las luces de un auto iluminado la persiana brevemente. Todo eso que había ocurrido de vez en cuando en los últimos meses. ¿Quiénes eran?, le había preguntado a Bruno. Sin responderle, él se limitó a calmarla con su indiferencia. ¿Los socios? ¿Los milicos? Pero volvía el silencio y la oscuridad, cómplices seguros de esa tranquilidad maquillada como salida a escena en un teatro de aficionados.

Pero esa noche ella se quedó pensando. Bruno se levantó temprano, antes de las cinco. Nunca la saludaba para dejarla dormir, pero ella casi siempre abría los ojos y lo veía vestirse, salir y cerrar la puerta, y cuando el motor de auto se perdía en la mañana, ella cerraba los ojos hasta la hora en que debía ir a la escuela.

Esa noche, entonces, ella tampoco dijo nada, pero se quedó pensando en que a él le pasaba algo más. Debía estar preocupado por esos socios de los que tanto hablaba. Algo tenía que hacer para evitar una tragedia.

Pasó toda la mañana en la escuela, distraída. Se quedaba pensando con la cabeza apoyada en una mano y acodada en el escritorio. Sonaba el

timbre del recreo y los chicos salían sin que a ella pareciera importarle esta vez el desorden y el barullo. La atizaron un par de veces, como tiros de prueba, y recién en la tercera vez se levantó, enojada, pero no tanto como otras veces.

Cuando salió, a las cinco de la tarde, fue directamente al taller de Bruno Méndez.

Estaba cerrado. Era tan raro eso, que sintió palpitaciones y empezó a golpear la cortina de metal, llamando. Se acordó de la puerta del costado, y gracias a Dios la encontró sin llave. Adentro, había un solo auto, el de Bruno, y él estaba cargando valijas en el baúl.

-¿Qué hacés acá?- dijo al verla.

-Estaba preocupada por vos. ¿Adónde vas?

-Mirá, Inés, no te dije nada porque no quiero meterte más en el quilombo. Me voy un tiempo al exterior hasta que todo se calme.

-Le metiste el perro a tus socios, Bruno, ya lo sé, y te van a matar.

-No si vos no decís nada.

-¿Y vos te creés que yo voy a hablar?

Ofendida, hizo silencio, mirándolo cargar el baúl.

-¿Y por qué tantas valijas?

No le contestó. Ella le puso una mano en el brazo y lo forzó a detenerse. Eran valijas finas, y olían a ropa de mujer, de esas que siempre tienen el perfume que ellas usan.

-¿Te vas con tu mujer?

Bruno se encogió de hombros.

-¿Qué querés, Inesita? Me tiene los huevos atados con lo del divorcio y los abogados. Cuando llegue, te escribo para que me envíes la plata de a poco, cuando sea seguro.

Ella se quedó pensando. Todavía no se daba cuenta, exactamente, de lo que escuchaba, por eso pasaron los minutos, mientras en la calle pasaban los colectivos y se detenían en la esquina para recoger a los chicos que salían de la escuela del turno tarde.

Y se vio allí parada, en medio de un taller de pisos manchados de nafta y grasa, con almanaques de mujeres en ropa de baño, de herramientas tiradas o colgadas de clavos en las paredes, de neumáticos pinchados. El olor del caucho la hizo recordar.

El olor del caucho de la camioneta de Fabio Funes en su último año, cuando llegaba del campo y se le tiraba encima y ella lo dejaba hacer porque ya no sentía nada. Y luego, en la madrugada, le hacía café porque lo había visto llorar toda la noche. Pobre viejo Funes, con la cabeza tan enmarañada de pesares y remordimientos. Y un día le dijeron que se había matado. Se había ido sin despedirse.

Como ahora lo hacía Bruno.

Nunca había sentido furia, sólo la bronca contra los chicos, las exigencias de respeto y de silencio, las abrumadoras palabras de desprecio y desafío, y esas múltiples imágenes de martillazos en las cabezas duras de los chicos para hacerles entender lo que ella quería que entendiesen. La ignominia de la vida. ¿Y cómo hacerles entender palabra tan enrevesada de significados filosóficos y morales?

Todo entra por la fuerza, pensaba ella, aunque destruya las paredes del oscuro limbo en que intenta entrar. Ya se construiría otro alrededor.

Viendo a Bruno con esa especie de cinismo, supo que no era tal. Era la simbiosis de culpa y de una estrecha mentalidad que no había madurado. Era un chico en su forma de robar y esconder, como si estuviese jugando a la mancha. Pero apenas la mujer lo llamaba, él obedecía, compungido. Para eso era la esposa, no la compañera de juegos como Inés.

No supo nunca de dónde surgió tanta ira, porque de haberla analizado se habría detenido. Simplemente la obligó a agarrar la llave inglesa que colgaba de un clavo y empezó a darle en la cabeza a Bruno mientras colocaba la tercer y última valija en el auto.

La sangre salpicó el maletero y el cuerpo cayó, y volvió a golpearle el cráneo para ver, quizá, lo que tenía adentro, como queriendo reconstruir con esa herramienta los engranajes averiados.

O tal vez fuese nada más que venganza alimentada a lo largo del tiempo.

Pero la mente de la señorita Inés era demasiado compleja para reducirla a sentimientos tan trillados.

La señorita Inés, como la llamaban siempre, y con más razón desde entonces, como la solterona ejemplar y empedernida, se convirtió en el *alma mater* de la escuela. Nunca fue directora, pero dirigía. Conceptuaba a las maestras y a los profesores cuando se incorporó el secundario, gracias a sus insistentes instancias en el ministerio. Todo el personal reconocía los méritos de la señorita Inés, pero nadie la quería. Eso sí, era respetada y se hacía silencio apenas estando a dos metros de su presencia, apenas ella pasaba con su libro de notas y el cabello que lentamente fue cambiando en un rojizo primer pálido y luego intenso a medida que sus canas se acentuaban. Con los años, los que conocían la historia de su romance, ya habían renunciado o cambiado de escuela, o ella se había encargado de sacarlos.

Del crimen del taller, se habló unos días y luego se olvidó. Sin huellas en el arma homicida, ni testigos que viesan entrar o salir a nadie del taller cerrado esa tarde, en pleno bullicio de chicos excitados y madres nerviosas que intentaban tomar el colectivo para volver a casa. El asunto cayó en los legajos de casos abiertos que pronto prescribirían bajo el nombre de los tantos negocios turbios del conurbano. Así habla la prensa, la mala prensa, la que no sabe porque no quiere, o tiene miedo.

De lo que pasó esa tarde, ella mucho no pensaba. Con los años, fueron cambiando las versiones en su recuerdo, como si de esa manera fuese todo algo visto, muy vívido y sentimental, en una novela de la televisión. A veces pensaba en un cuchillo clavado en el pecho, y el escenario era una cocina, otras en un tiro pegado a quemarropa. Pero sobre todo eso, los motivos fueron convirtiéndose en latiguillos de telenovelas, la maestría engañada por el galán casado. En ocasiones pensaba en la valija olvidada en el galponcito del patio, nunca había vuelto a abrirlo, y es más, la puerta del pasillo había sido tapiada por un albañil, así que el patiecito era ahora una especie de pozo de aire sin utilidad alguna. Un vacío.

Un día, un año después, fue a visitarla a la escuela un hombre rubio, de aspecto muy atildado. Parecía un político norteamericano, le dijeron las compañeras. Lo recibió en la sala de maestras, cuando las otras estaban en clase. Imaginó que era el padre de algún alumno nuevo, y por la pinta quizá tendría plata.

-¿En qué puedo servirle, señor?

-Benítez, señorita Inés.

-¿Tengo el gusto de que le hablaran de mí, señor Benítez?

- Así es, señorita. Un socio mío, Bruno Méndez, me habló de usted hace tiempo.

La señorita se quedó pasmada, pero no dio paso a torcer.

-Lo lamento por su amigo, me enteré de las terribles circunstancias de su fallecimiento.

-Se lo agradezco, pero hay amigos que más vale perder que encontrar, ya me entiende. Pero para ir a grano, señorita, tengo la intención de hacer entrar en el colegio a mis dos hijos. Son gemelos, y muy revoltosos.

-Pero señor, debería hablar con la directora para esos trámites...

-Bueno, la verdad es que me han dicho que usted es la que manda, y la reputación de su disciplina ha trascendido, con todo respeto, por supuesto.

-Lo tomo como un halago, entonces...

-Así debe ser, en estos tiempos tan permisivos, es una satisfacción encontrar a alguien con sus ideas sobre la educación de nuestros hijos.

Los gemelos Jorge y Daniel Benítez eran muy chicos en ese entonces, entraron a mitad del curso de primer grado, y durante diez años fueron el mayor dolor de cabeza de la señorita Inés, una puntada permanente en su recuerdo. Porque Marcelo Benítez usaba a sus hijos como instrumento de tortura en un interrogatorio que duró todos esos años, en busca de lo que quería saber, al principio como necesidad imperiosa, luego como obstinación. El paradero del dinero que se había apropiado Bruno Méndez. A nadie podía haberse confiado a ese respecto, excepto, quizá, a esa desconocida maestra de escuela con la que se acostaba. La misma nimiedad de este personaje la hacía adecuada para confiar secretos que ni siquiera entendería. Pero cuando Bruno murió asesinado, se preguntó quién lo había hecho, si el bruto de Rinaldi, el otro socio, tratando de sonsacarle la información, u otra persona. Eso ya no le importaba tanto como encontrar el dinero. El tiempo pasó, y la inflación fue haciendo estragos en la cotización del peso argentino. Esa plata, si bien mucha, ya no valía nada. ¿Entonces por qué siguió insistiendo con los años?

Esta es la equivocación. Benítez tenía ya otras preocupaciones como para seguir pensando en desagaviar el engaño de Méndez. Fueron los chicos los que tomaron la posta, por diversión seguramente. La cuestión es que la asediaron constantemente, según su edad y sus posibilidades. Primero con travesuras que no tenían consecuencias, pero que provocaban

sinsabores y complicaciones en la escuela. Como los padres estaban separados, no había con quién quejarse más que con el padre que era con el que vivían. Al principio los apañaba, pero luego empezó a delegar la responsabilidad del castigo en la escuela. Los chicos preguntaban e interrogaban a la señorita Inés con preguntas insidiosas o directamente relacionadas con la muerte en general. Podría tratarse de un asesinato en el barrio o un robo, y le preguntaban si se había casado y tenía hijos. Cuando alguien estaba presente, un adulto sobre todo, adjudicaba la curiosidad a la inocencia de los chicos, y sonreía a la señorita Inés para que tomara las cosas con calma. Pero ella los castigaba con penitencias casi todos los días, los dejaba sin recreos, les daba tareas extras o los dejaba en la escuela dos o tres horas después de clase, hasta los hizo limpiar el salón.

Cuando ya fueron grandes, empezó a reprobarlos, y ellos atacaron aún más encarnizadamente. La balaceaban con tizas en plena clase, y ella no podía hacer nada más que dejar el aula y evitarlos. La comisión y la cooperadora querían que los expulsaran, pero ella se negaba. Antes esa negativa tan difícil de comprender, se callaron la boca, porque el ambiente no estaba como para contrariar a la señorita, que tenía el poder de despedir a cualquier maestro o profesor antes que a los gemelos Benítez.

Ya no era maestra de grado, ahora daba clases de literatura en el secundario. Los gemelos fueron sus alumnos en cada curso, porque ella cambiaba a medida que ellos crecían. Los buscaba con ese contrataque, y ellos, al comprenderlo así, supieron que debían recrudecer el asedio. Ya tenían dieciséis años, y los hizo repetir el curso. Era la primera vez que sucedía, nunca ella se había atrevido a tanto. La impunidad de la que alardeaban los hacía planear el futuro en alguna universidad de Europa o en alguna empresa. Ellos no tenían pasta para eso, luego se vio, pero en aquella época soñaban con eso porque las promesas del futuro permitían sus “proezas” del presente.

Ese invierno atropellaron a la señorita Inés frente a la puerta de la escuela. Abogados astutos y pendencieros lograron exonerarlos, por la minoría de edad y por sobre todo la imposibilidad de identificar cuál de los dos manejaba el auto. En el ínterin, y mientras uno de los dos cumplía su tiempo de yeso en la pierna con motivo del choque, se encargaron de asediarla en el hospital, mientras ella se recuperaba lentamente del estado de confusión en la que la había sumido el accidente. Se despertaba y

hablaba con los chicos, con uno y otro, porque nunca iban juntos. A veces uno tenía un yeso y el otro no, pero confundía sus nombres. Recordaban sus tiempos de escuela, y ellos le preguntaban por su familia. Ella hablaba de su infancia en el campo, de su padre. Sonreía al techo, y ellos la empujaban a hablar de sus novios. Inés pensó en Bruno, creyó hablar, pero los sedantes la hacían dormirse, y enseguida llegaba el sueño.

Fue así como ellos se enteraron. Inés hablaba dormida como si hablase con ellos, ya no enemigos, sino confidentes. Mencionó, claro, al Padre Macabeo, esos chicos rubios eran bellos como el cura, por eso se confiaba ahora tan desapaciblemente.

Al fin, después de tantos años, Marcelo Benítez supo la verdad. Y entonces me llamó.

Aquí es donde entro en esta historia. Yo venía haciendo lo que podía, nada me asustó nunca, como nada me satisfizo, tampoco. En esa época me conocían en círculos cerrados, llamo a eso los grupos de familia con extensiones en ambientes sociales más o menos marginados. La plata viene de cualquier parte, y no hay por qué hacerle remilgos. Trabajé en los ferrocarriles, en los talleres y hasta como maquinista poco antes de lo que relato. Cuando me echaron, yo andaba dando vueltas por La Plata a ver si mi tío Antonio volvía a darme algún trabajito, y también para ver a mi hijo, por lo menos de lejos, porque la madre no me dejaba visitarlo. Eso es hacerse mala fama... ¡qué más da! Uno es lo que es, y mientras más grande uno se hace, más se acepta, hasta el punto de cumplir con esa fatalidad, y ayudarla, encima.

No sé lo que el viejo Benítez esperaba de mí, o esperaba ver en mí. A lo mejor, una dignidad filial conciliada con una personalidad sin escrúpulos. ¿Dónde se ha visto eso? Sólo en las películas.

Como dije, me tenía en su agenda, los contactos con los milicos, tal vez, o con mi tío, seguramente. Supo que andaba por la zona. Uno de los pibes que laburaban con mi tío me buscó y me pasó el mensaje. Me citaba en una confitería. Me contó lo que le habían dicho los chicos. Me preguntó si quería vengar la muerte de mi viejo, y encontrar el dinero. Él, a la escuela, no podía entrar, y menos encargarse de eso a sus hijos.

Bien, dije. Pero la vida de mi viejo tenía un precio, que estaba bien que yo cobrara. ¡Qué se le va a hacer!

Esa semana espí los horarios de salida del personal del colegio. Cuando estuve seguro de no ser molestado en toda la noche, entré y empecé a buscar. Sin mucho ruido y con mucho orden, como había aprendido a trabajar en la panadería de Casas. Estuve a punto de desistir e irme con las manos vacías. Me paré en el pasillo, con las manos en la cintura, pensando en dónde más buscar, cuando sentí una corriente de aire frío. Las ventanas de las aulas estaban cerradas, incluso las estufas mantenían la tibieza para recibir a los chicos en la mañana. Miré al techo en busca de algún tragaluz. Ninguno. Me fui hasta el final del pasillo, donde había nada más que una pared blanca. Me di cuenta de que había sido construida y revocada no mucho tiempo antes. Me metí en el aula más próxima y salí por la ventana. Me asomé por la tapia y me encontré con el patiecito sucio y lleno de yuyos. Me trepé y salté. Los cardos me asediaron, pero el hallazgo del viejo galpón me hizo dar un respingo de esperanza. La puerta de chapa estaba con llave. Iba a hacer ruido, pero qué más daba. Rompí el picaporte, la cerradura se cayó, desarmada por el óxido que la había corroído. Iluminé el interior con la linterna. Mucha humedad, extrema acaso, invadía las paredes y el piso. El agua de la lluvia había entrado durante años y se estancaba por semanas antes de secarse. Había sábanas llenas de moho, y un esqueleto adentro, medio podridos los huesos. Al lado, una valija grande, blanca de hongos. La abrí, como pude. Parecía tan frágil, pero la humedad había endurecido los goznes y la cerradura. Vi los fajos de billetes, que ya eran nada más que puñados de engrudo. ¿Ese material le entregaría a Benítez, semejante a la pasta de papel con el que había hecho su fortuna?

Me fui a la clínica donde estaba internada la señorita Inés. La enfermera de la recepción estaba dormida, nadie había para recibirme a las cuatro y media la mañana. Le daría un susto a la señorita, le hablaría de mi padre, por supuesto. Subí las escaleras con paso de rengó, rememorando el repiqueteo de su prótesis que lo caracterizaba desde antes de que yo naciera. Mi padre, el rengó. Mi padre, el medio hombre que prefería a su hijo mayor porque era inteligente, porque era obediente, porque era atlético.

Cuando llegué a la habitación en sombras, la cama se iluminó con la luz del pasillo. La señorita Inés me miraba desde la cama, con el pelo revuelto, los brazos extendidos y el horror en la cara. Luego, cuando me fui

acercando, se tapó la cara para protegerse del regreso de mi padre. Y se murió.

No necesité más para eso. Sólo dejarme confundir con la sombra de un hombre.

A propósito, ya deben haberse dado cuenta, pero yo soy Oscar, ese tarambana, como él decía, que no sirve para nada.

LA AMAZONA

1

Se llamaba Flora Romero, y había nacido a las orillas del río Matanza. Vivía con su madre en una casilla de chapa y madera en una villa miseria, allá por los años cuarenta y pico, cuando tenía seis o siete años, quizá ocho. Quién podría asegurar cuanto se refiera a estas historias casi anónimas, rescatadas de periódicos viejos, que únicamente recalcitrantes obsesivos como yo, Bautista Beltrame, se animan a buscar en las bibliotecas, escarbando en la mugre y rodeado del agrio hedor de la humedad y la orina de los gatos, esos extraños bibliotecarios que respetan los buenos libros, no sé si lo han notado, por casualidad o por esas insidiosas e inciertas causas a las que se asocia su estirpe.

Decía, entonces, que cuando comienza este relato, Flora tiene poco menos que diez años, y duerme en un colchón sobre el piso de portland de la casilla que la madre se consiguió de algún modo unos pocos años antes. Todos sabían, en el barrio, a lo que se dedicaba, por eso no era de extrañar que el tipo de turno se hubiese muerto una noche cualquiera al caerse borracho en el río (las orillas son basurales, y si no, puro barro). La cuestión es que Flora dormía en bombacha sobre el colchón, apenas con una sábana en invierno, y la estufa a leña a veinte centímetros. Si no se quemó viva cualquiera de esos inviernos de su infancia, es porque Dios le tenía reservada otras tragedias más interesantes.

Veía entrar y salir a los hombres por la puerta que chirriaba como una parturienta. Y con ellos la luz del potrero de al lado, donde Flora jugaba a veces con los chicos de la villa, si la dejaban. Porque en realidad no servía para mucho con su cuerpecito flaco y esmirriado, ese pelo chato como de gato mojado, y esos bracitos y piernas que eran como fósforos. Eso se le quedó pegado en los oídos muy claramente, porque tanto su madre como las vecinas se quejaban de la “debilucha de Flora”. Si hasta se cansaba de

llevar una bolsa del almacén una sola cuadra, de esas largas cuadras de las villas que no se sabe dónde empiezan o terminan.

Los hombres entraban con la luz del potrero y luego cerraban, y sólo quedaba la fosforescencia de un cigarrillo que se caía al suelo junto con el sonido de la hebilla del cinturón. La cama de la madre estaba ahí nomás, a dos metros o poco más, pero una cortina que colgaba de dos calvos del techo intentaba ocultar lo que no podía: los gemidos, los grititos y las puteadas, y el rechinar de la vieja cama de resortes que hacía mucho había acostumbrado a todo el barrio a tolerar sus quejidos. Luego, veía a uno u otro, que más daba, volver a la puerta, a veces desnudos, a veces con el calzón, para fumar apoyado en el marco, mirando el vacío sobre el río triste y mugriento, dándose el gusto de patear a algún perro que se acercara, y rascándose la entrepierna mientras observaba la lenta e interminable construcción de los monoblocks que el estado venía prometiendo hacía tanto tiempo. Nunca, o casi nunca, le hacían caso, o ni la veían siquiera, escondida por la sombra como un perro acurrucado y flaco.

Pero una noche uno de ellos se acercó, acucillándose junto al colchón, y le tocó un hombro.

-Ché, pendeja... ¿cómo te llamás?

La madre le había dicho que no respondiera a los hombres que le hablaran en la calle, pero nada si lo hacían dentro de la casa. Sin embargo, lo pensó mejor, y no contestó.

-¿Qué te pasa? ¿Sos tarada o te comieron la lengua los ratones?

Ella se encogió de hombros.

-Está bien, chiquita. Sos linda vos, más que tu vieja, y más joven sobre todo. Ya me cansé de las putas viejas...-dijo, murmurando más para sí que para Flora.

El hombre le acarició el hombro y luego el pelo. Ella dio un respingo, y la voz de la madre se escuchó detrás de la cortina.

-Dejála en paz, hijo de puta, que podría ser tu hija.

Y eso fue lo que obsesionó a Flora desde entonces. Nunca había pensado que ella podía tener un padre, si ni la mitad siquiera de los chicos de la villa tenía uno. Pero el olor del hombre la embriagó, sólo de esa manera puede definirse la fascinación con que se inició el proceso de su ruina. El olor del hombre y su fuerza, y la tersura de su voz, segura y sarcástica, pero sobre todo acogedora como una caricia sin manos.

El hombre se fue, pero al día siguiente, por la tarde, cuando ya se había olvidado de él, lo encontró en la calle.

-Hola, Flora, ¿cómo está tu vieja?

Ella no contestó.

-Como quieras, pero me imagino que te gusta el circo, ¿no?

Ella se le quedó mirando, impaciente por volver a casa para cocinar el par de bifes que el carnicero le había fiado una vez más.

El hombre señaló por encima de las casillas que bordeaban la orilla, que siempre parecían estar a punto de resbalar y hundirse en la corriente lenta que tanta miseria arrastraba. Ella vio, entonces, la punta de un gran mástil y una bandera triangular de colores flameando con el viento. Él la agarró de la mano, sin resistencia, tan extasiada estaba con la visión creciente de la carpa del circo del otro lado del río, allí donde la urbanización comenzaba. Detrás del basural estaban los autos, y más allá de los descampados de Ezeiza, el camino de la Noria que llevaba más allá todavía, a los edificios del sur.

La carpa parecía estrellada bajo el cielo que se oscurecía con parsimonia y con una belleza que ella nunca había visto antes. El hedor del río, denso como una niebla de mugre y rocío, esta vez cumplía la función de un velo que ocultaba los horrores y resaltaba las núbiles imágenes de seres y paisajes indefinidos, que de tan inciertos, socavaban la imaginación y exponían fragmentos de viejos tesoros no arruinados por el tiempo. El atardecer, ese día, era de oro, y ella lo sabía por más que nunca lo hubiese visto antes. Sus ojos relampagueaban, y cuando ambos se detuvieron luego de atravesar el puente, ella se frotó los ojos porque lloraba. Era el smog de los camiones y los colectivos, era, también, la fuerza de esa mano que agarraba la suya con tanta seguridad, que pudo verse a sí misma en la mirada de los que pasaban: peatones desinteresados que echaban una mirada tan fugaz que era dolorosa, pero que por eso mismo la acicateó hasta hacerle darse cuenta de que ella era una nena que iba de la mano del padre por primera vez al circo.

Las banderolas flameaban en lo alto de la carpa, tan impresionante, tan inmensa que tuvo que detenerse por un instante, por miedo a verse engullida, o quizá a que toda esa construcción se le viniese encima. Porque las lonas se movían como la piel de una gran bestia prehistórica. Pero qué sabía ella de todo eso, si ni siquiera tenía idea de lo que era una escuela

más que lo que le dijeron otros chicos: aburrimiento y obligación. Todo lo contrario a lo que ahora veía, luego de haber sacado las entradas y caminado por el pasillo con suelo de arena y aserrín entre las gradas, cuando la función ya había empezado hacía mucho.

Primero la cegaron las luces, luego penetró en la sombra de las gradas, donde la gente se apelotonaba, riendo, empujando, comiendo copos de algodón y bebiendo. Escuchó el bullicio interminable, inconexo, indescifrable de la multitud a su alrededor. El hombre la levantó en brazos, se abrió paso empujando a los demás hasta la primera fila, y la hizo sentarse sobre sus rodillas.

Flora no pensó en nada más que en las maravillas que veía por primera vez en la pista del circo. Los payasos de ropas multicolores y máscaras que eran verdaderas caras haciendo chirimbolos, como se decía en esa época, torpes acrobacias, golpes y empujones. Y todo eso daba risa, una tremenda risa que ella no pudo evitar, contagiada del entusiasmo de todos, extasiada por todo lo nuevo. A los payasos sucedían los acróbatas en la cuerda floja, allá arriba, en lo más alto de la carpa. Se asustó, porque creía verlos caer al suelo, pero no era cierto, ellos rebotaban en la red o se agarraban a cuerdas y pasarelas en la altura, y en esos momentos se agarraba al cuello del hombre, y sentía su barba áspera. El olor del tabaco y del vino era distinto al olor de su madre, al olor de las mujeres. Ella se aferró a ese hombre que quizá, quizá no, fuese su padre, uno de tantos. ¿Por qué no elegirlo a él, si fue el único que la llevó al circo?

Entonces vio aparecer a los elefantes que, a pesar de moverse lentamente, bailaban al ritmo de la música de la banda, o ponían sus enormes patas sobre los payasos que fingían morir aplastados, para luego levantarse de repente y gimoteando de placer. Luego, los perros, múltiples perros que corrían por toda la pista, saltando aros y atravesando barreras de fuego.

Los hombres de frac llegaron para calmar un poco los ánimos. Los magos y sus asistentes sacaban conejos de la nada, hacían desaparecer cosas y personas, armaban edificios de globos para luego ser destruidos por un payaso portador de una letal aguja.

La acción se detuvo.

¿Todo había terminado?

El maestro de ceremonias, con su sombrero de copa, el frac rojo brillante, las botas de montar y el látigo reglamentario, presentó a la écuyère. ¿Quién era esa?

La amazona apreció sobre el lomo de un caballo blanco, y una ovación salió de todas las gradas. Ella iba montada agarrada a las crines, sin silla ni riendas. Era rubia y delgada, y vestía una malla tan blanca como su piel. Parecía desnuda pero no lo estaba, parecía frágil pero demostró que era más fuerte que la bestia que montaba. Porque después de varias vueltas recibiendo los aplausos, y sin que el caballo se detuviera, se alzó sobre sus piernas y se paró sobre el lomo, levantando los brazos y sin sujetarse a nada. El animal trotaba al principio, luego, a la voz de ella, empezó a cabalgar cada vez más rápido, y la mujer seguía firme. Sus pies descalzos parecían flotar sobre el caballo, apenas tocándolo.

Los aplausos no se detenían. Cuando menguaron, volvieron a renacer al ver a la amazona pararse sobre sus manos y elevar las piernas, siempre al ritmo de la cabalgata. Y a eso sucedieron otras hazañas, como agarrarse de las crines y hacer malabarismos y figuras pegada al flanco izquierdo o derecho, o luego agarraba en el aire pelotas que los payasos le arrojaban para derribarla, haciendo malabares con ellas.

Flora aplaudía, tenía las palmas enrojecidas y de vez en cuando se las frotaba en la falda. El hombre le ofreció su pañuelo. Mocos y todo, ella no se dio cuenta. El hombre le había hecho conocer a ese ser que no tenía huesos y que parecía ser el alma del aire penetrando por la piel del caballo para domarlo.

La bestia se detuvo, hizo reverencias flexionando primero una pata, luego la otra. Tenía lentejuelas alrededor de la cabeza y sobre las orejas. La amazona saludó, yendo y viniendo de cada sector de la pista circular, dispuesta a saludar a todos, incluso a tocarlos, pero la reverencia del público parecía tocar la adoración. Gritaban, elogiaban, lloraban, sobre todo las mujeres, mientras los hombres se mantenían como asustados por esa figura de tan bello cuerpo, que tanto deseaban, y que sin embargo era como desear a una diosa etérea.

Llegó el final. La banda de música tomó el poder sobre la pista con sus marchas estridentes de metal, desafinadas, pero no importaba. Todos salieron a saludar, magos, payasos, acróbatas y animales. La gente empezaba a levantarse y caminar hacia las salidas mientras aplaudían.

Flora y el hombre se quedaron sentados. Ella abismada en su asombro, del que él debió rescatarla, diciéndole:

-¿Vamos, nena? ¿Te gustó, no es cierto?

Flora lo miró.

-¿Y no hay más?

Él se echó a reír, la levantó en brazos y caminó hacia el lado contrario a la salida. El pasillo aquel era oscuro, con olor a excrementos. Se escuchaba el croar de los sapos del descampado. Salieron, de pronto, a la oscuridad de la noche. Él se apoyó en la pared de lona y se puso a fumar, como olvidándose de Flora. Ella lo miraba, intentando agarrar una de sus manos, porque se sentía segura y protegida ante la oscuridad tan cercana del río.

El cigarrillo saltó haciendo un arco hacia adelante, y el puntito rojo se apagó. Ya ni esa luz había. Escuchó que él se movía. El ruido de las botas en el suelo era como circular, dando vueltas sobre sí mismo, luego, el chorro contra la lona. Ella sabía, por supuesto, ya había visto a los chicos y a los hombres. No desconocía esas cosas, si hasta los había visto desnudos en la casa de su madre. Esperaba a que terminara de orinar. Fue un chorro largo, como prudente, podría decirse. Dando tiempo, ¿a qué? Tal vez para que Flora confiara, aún más, si fuera posible. Con ese gesto de familiaridad, él se le estaba entregando como un padre, ella así lo entendió, sin razonarlo, sólo sintiéndolo.

Él se dio vuelta.

Le agarró una mano. Ella tocó eso caliente que él le mostraba, y que ella adivinaba en la oscuridad. La mano de Flora estaba bajo el dominio de la mano del hombre, y su propia mano intentaba abarcar esa cosa tan extraña que pronto supo lo que era, por supuesto. Le dio vergüenza, le dio temor, la asustó por lo que estaba haciendo. Pero él le acariciaba la cabeza con la otra mano, y la ayudaba a frotar aquello que a él le daba tanto placer, aparentemente. Eso que les gusta a los hombres, le había dicho la madre unas cuantas veces, eso que es tan simple y estúpido. Eso que a las mujeres no les cuesta nada y que a los hombres les gusta tanto. ¿Le contaría a mamá lo que había hecho? Tal vez se sintiera orgullosa en lugar de llamarla boba e inútil.

Entonces él se movió, como contrayéndose, y exhalando un grito ronco. Y ella se quedó con la mano mojada de aquel líquido viscoso y que sin embargo olía tan cálidamente como si estuviera en un pajonal. Él se

abrochó el cinto y los botones, ella se limpió en la falda, pero la sustancia se le fue secando en la mano a medida que regresaban, en silencio, por en medio de la oscuridad del puente viejo y luego la calle llena de perros que ladraban a medida que pasaban, siendo objeto de las miradas de las vecinas que ya adivinaban lo que había pasado.

La dejó en la puerta de la casilla. Esa noche, él se abstendría del trato con su madre.

En la mañana, los gritos arreciaron hasta el punto de hacer temblar las paredes de chapa. Pero no eran los gritos, sino los golpes que Maribel (que así se llamaba la madre, o se hacía llamar en el barrio) le daba a su hija. Hija de puta, la apostrofaba, sabiendo o quizá no, en su histerismo, la verdad que utilizaba de insulto. Putita de mierda, roba hombres, le decía, indignada, conseguíte los tuyos. Algunos se agolparon a pocos metros de la puerta, por la que finalmente salió Flora, corriendo hacia la orilla del río, sin que nadie intentara detenerla. Al fin de cuentas, estaba viva, y eso era más que lo que muchos habían visto en otras casillas de la villa. Maribel también se asomó, y se encorajó con los que estaban parados, mirando.

-¿Y ustedes qué? ¡Váyanse al carajo!

Flora corrió hasta cansarse por la orilla, hasta donde el río hacía un recodo y las casillas menguaban y aparecían las fábricas. Se quedó sentada, respirando agitadamente, con la cola sobre el barro, resbalándose sin casi darse cuenta hacia las olitas de agua sucia. Los brazos sobre las rodillas y las piernas flexionadas, no miraba más que el otro lado de la cuenca, donde la carpa del circo era un inmenso domo futurista con banderas flameando como en un castillo feudal. Asociaciones que yo hago, por supuesto, pero interpretando el asombro y los deseos de Flora y equiparándolos con esas imágenes, porque quién sabe lo que ella imaginaría. Tal vez nada y su mente fuese un vacío desesperado que reclamaba ser llenado, o quizá todo en una serie de innumerables imágenes superpuestas que formaban una especie de monstruo que la devoraría si no lo dejaba salir de su mente.

Sintió una mano en un hombro. Se sobresaltó y casi cae al río si esa mano no la hubiese agarrado del brazo.

-¿Qué haces acá, Florita?

El hombre la miraba ahora detenidamente, viéndole la cara a pesar de intentar ella protegerse con las manos.

-La puta te hizo bolsa, ya lo veo. Vení que te limpio un poco.

Juntó agua en una palma y le lavó la cara con sangre. Una vez ya limpia, los moretones surgieron como mariposas.

-Estás más linda con esas mariposas, Flora. Será por tu nombre...¿no?

Ella no tenía idea de qué hablaba, pero le gustó eso de las mariposas en la cara.

El hombre sonrió, y ella se dejó tocar por esas manos a cuyo contacto las mariposas no se espantaban.

Fueron juntos de regreso. Él iba a la fábrica, pero no importaba su llegada tarde, primero irían a buscarle ropa limpia. Robó algunas de las sogas con que se cruzaron, en pleno día. Nadie dijo nada. La dejó en la casa de él, casilla al fin, pero con paredes de ladrillos y techo de chapa. Había un gato en lugar de los tantos perros que pululaban por ahí. El gato se sentó en la falda de Flora, y el hombre le dijo:

-Cuidálo hasta que yo vuelva, los perros siempre lo buscan, pero él los evita subiéndose a los techos.

Flora asintió.

Casimiro se llamaba el hombre.

-Esta noche vamos al circo.

Y ella se quedó todo el día pensando en esa noche.

Se vistieron. Él con un jean manchado y un pulóver negro. No era alto, pero sí fornido. Le vio los músculos del tórax, y parecía diferente a como cuando lo había visto en calzón sentado en la cama de la madre. Ahora sonreía al mirarla acariciar al gato sobre la falda del vestidito negro que él le había regalado al volver de la fábrica. Allí tienen muchos, dijo, en la textil.

Cruzaron otra vez el puente, atravesaron las filas de familias y sacaron las entradas. Otra vez en el interior, por segundo día consecutivo. Había espectáculos que se repitieron, pero los payasos improvisaban constantemente y cada minuto las cosas eran diferentes. Los trucos de los magos la aburrían un poco, aunque no los animales. Esta vez había palomas, pájaros de plumajes multicolor, y loros, que hablaban, por supuesto.

Ella se había sentado otra vez en las rodillas de Casimiro, y le rodeaba el cuello con los brazos mientras conservaba su mirada atenta a la pista. Luego del ventrílocuo, que pocos festejaron porque no lo entendían, llegó lo que ella aguardaba ardientemente.

El sonido de las trompetas anunció y acompañó la entrada en la pista de la ecuyére. Flora se soltó y se paró en la grada, con las manos agarradas al barandal que apenas la separaba del flanco del caballo cuando se aproximaba a ella en los círculos concéntricos de sus vueltas. Pero ella se quedaba mirando a la amazona, con su malla color piel y sus lentejuelas en la cabeza y el maquillaje rutilante que resaltaba su rostro siempre sonriente. Si hasta vio el sudor que le corría por las sienes cuando se acercaba. Habría querido tocarla, habría querido hablarle y darle un beso. Oía el olor del maquillaje, del lápiz de labios, del marcador de pestañas. Era el olor del estuche que su madre guardaba en un cajoncito junto a la cama, pero eran viejos. Sin embargo, la cara de la amazona era fresca a pesar del esfuerzo. Era una mujer con cuerpo de hada, un hada con cuerpo de mujer. Flora no supo entenderlo del todo, y sin embargo lo intuía.

De pronto, el hombre la agarró y la levantó en brazos, dejando las gradas hacia el pasillo cubierto de aserrín y arena. Ella gritó y se resistió. La amazona no había terminado. Sin hacerle caso, la levantó con un brazo y la apoyó en un hombro mientras ella pataleaba. Los padres de familia miraban y se reían.

-¡Pero no terminó!- gritaba ella una y otra vez.

-Tengo que mear, Flora.

Llegaron al final del pasillo, donde el bullicio casi había desaparecido, y sólo estaban las luces de los carromatos. La dejó en el piso, enfurruñada, y se puso a orinar así nomás. Ella miró, enojada, observó el chorro desafiante que a él ya no le interesaba ocultar. Estaba medio borracho, ya lo sabía. Con una mano se sostenía el pene, con la otra sacaba una petaca del bolsillo posterior del jean. Tiró la botella vacía, y ya no hubo chorro. Pero él siguió frotándose.

Se acercó al Flora y la levantó en brazos.

-¿Qué te pasa, pendeja? ¿Tanto te gusta la mina esa del caballo?
¿Querés cabalgar?

Su tono era incierto. Protector y amenazante, ella ya no entendía, y en ese esfuerzo sonaron las trompetas una vez más, y ella supo que la

amazona estaba haciendo sus piruetas sobre el caballo, como el día anterior, y seguramente otras nuevas que ahora no podía ver, y se puso a llorar, mirando hacia la pista del circo, lejana, al otro extremo del largo pasillo.

El hombre la abrazó, le abrió las piernas y le dijo que las apretara contra su cuerpo, como si estuviese cabalgando. Ella así lo hizo, y sintió la fuerza del cuerpo de Casimiro, la calidez de su panza velluda en sus muslos, y la mano de él acariciándola. No tenía bombacha, la que ella llevaba esa mañana estaba sucia y todavía no se había secado. Ponéte el vestido que te traje, le había dicho él, y a ella no le pareció raro, tantas veces había dormido desnuda, tantas veces había salido a lavar su ropa interior en la pileta del patio.

Casimiro se balanceaba sobre sus pies imitando el trote de un caballo. Flora saltaba pero los brazos de él la sujetaban. Y de pronto, el dolor. Como un puñalazo, o una estocada, quién sabe. Ella sabía lo que él le estaba haciendo, había visto a su madre en la cama, había escuchado lo que los chicos hablaban en la calle. Esa cosa estaba dentro de ella. La lastimaba, pero era extrañamente revelador que esa experiencia tan curiosa y nueva fuese una especie de descubrimiento. Una revelación, tal vez.

El dolor fue lo que duró menos, lo que permaneció y fue creciendo fueron el asombro y la sorpresa. ¿No debieron ser invertidos esos sentimientos? ¿Primero el placer y luego la humillación? ¿Cómo pudo ser posible? Cualquiera diría que primero debió haberse sorprendido y asustado, y después, si lo había, el reconocimiento de una sensación por demás extraña, la mezcla del dolor y el placer. Como si ella fuese una mujer. Era una nena, por supuesto, una chica que sabía mucho más que las otras chicas. Pero el conocimiento no es experiencia, y la experiencia puede ser el total conocimiento.

La dejó en el piso.

Escucharon la voz que llegaba de la sombra.

-¡Váyase o lo mato!

Miraron al payaso que se acercaba bajo la luz de un foco. Era un chico, tal vez, pero imitaba la voz de un hombre. El rostro sonreía, contradiciendo en tal alta medida el furor y la amenaza, que parecía estar actuando.

-¿Y vos qué te metés, pelotudo? Rajá de acá.

El payaso le contestó con un botellazo que pegó a Casimiro en el pecho. Se levantó, cerrándose el cinto, pero el payaso levantó un brazo con el cuello roto de otra botella.

-No se acerque o le rompo la cara...

Casimiro no hizo caso. El payaso le tiró la botella rota en la cabeza, que empezó a sangrar y lo hizo detenerse. El payaso se alejó y trajo más botellas que empezó tirarle hasta que Casimiro calló al piso, e intentó arrastrarse hacia atrás. El payaso no lo dejaba, botella tras botella, le golpeaba la cabeza, hasta que Flora dijo:

-¡Basta!

El payaso la miró.

-Es tu viejo, ¿no? Peor...

-No lo mates...

-Si no voy a matarlo, sólo quiero cortarle las bolas.

Casimiro estaba boca abajo, probablemente con aserrín en la garganta. Si respiraba, no se fijaron. El payaso agarró de la mano a Flora y se fueron juntos hacia las gradas. La mano del desconocido era suave y lampiña. Era un chico, lo más probable. No mucho mayor que ella misma.

Ese chico tenía dieciséis años en ese tiempo, se llamaba Ernesto Lafuente y era el hijo de la dueña del circo Real. Ése era el nombre de la empresa que recorría las provincias y los países limítrofes desde hacía treinta años, cuando los abuelos Lafuente lo habían fundado. Sólo quedaban él y la madre. Su viejo había muerto aplastado por la pata de un elefante. Evento trágico que apareció en los diarios unos cuantos días y por eso tuve la oportunidad de documentarme sobre la historia de aquel circo.

Otros eran los tiempos que narramos, así que la administración de la madre de Ernesto apenas sobrevivía al antiguo esplendor. Mucha competencia y poco público, decía. El cine era un traidor que no les daba tregua. Si hasta los grandes clowns internacionales se vendían al celuloide, qué se podía esperar por esto magros pagos latinoamericanos.

Lafuente, el payaso adolescente, llevó a Flora a hablar con su madre después de la función. Le contó lo que había pasado.

-¿Y lo dejaste vivo, che?- le preguntó al hijo.

En esa mujer, Flora creyó ver a su madre: dura, ofuscada, recriminadora. Sin embargo, toda esa malicia no estaba dirigida hacia su hijo.

-Sí, vieja. Supongo, no me fijé.

La mujer miró a Flora. Le preguntó su nombre, le dijo el suyo: Marietta.

-¿A qué no sabés a lo que me dedicaba cuando conocí al padre de éste?

-Sí, era la adivina.

-No le dije nada, vieja- atajó Ernesto.

-Mirá vos, a lo mejor tengo una sucesora.

-Yo quiero cabalgar...-dijo Flora.

La mujer, de cabello rojo como el fuego de la estufa que calentaba el interior del carromato, dijo, frunciendo las cejas:

-¿Querés ser una ecuyére?

-No sé qué es eso...

-La amazona, querida, así se dice en el circo, es francés, pero ya vas a aprender.

Dio vueltas a su alrededor, le tocó los brazos, palpó la cintura y el ancho de las piernas de Flora.

-Llévase la mañana a Edith.

-Pero vieja...

-No me importa lo que diga, necesitamos entrenar un reemplazo, tarde o temprano se tiene que dar cuenta que no le queda mucho.

Flora escuchó y no entendió. Desde entonces durmió en un jergón en el carromato de la directora del circo.

Al día siguiente pasaron algunos policías a echar un vistazo, tirando abajo algunas cosas para no salir de la costumbre.

-Encontraron a un tipo muy malherido, casi lo matan a botellazos, señora. ¿Usted sabe algo de eso?-preguntó por rutina el comisario Saldívar, que iba y venía de partido en partido según las cagadas que se mandaba.

Marietta se encogió de hombros:

-Vaya a arrestar a los borrachos que nos estropean las funciones, comisario. Este es un espectáculo para toda la familia y...

El comisario levantó las manos, rindiéndose, y se fue con los suyos.

Edith era el nombre artístico de Elba, la mujer que ya tenía treinta y cinco años a pesar de aparentar quince años menos. Pero cuando Flora la

conoció, escuchó los quejidos de sus articulaciones cuando caminaba, cuando daba la mano, cuando apenas movía la cabeza.

-La artrosis, chiquita. El enemigo peor que la muerte para nosotras.

Cuando ella dijo eso, supo que la aceptaba, a pesar de las reticencias de Ernesto. Ambos se miraron, a través del extenso campo de la diferencia de edades. Él supo, ya entonces, que estaba perdidamente enamorado, y esperaría lo que fuese necesario. Lo que había visto no importaba, quizá por eso Flora era diferente. ¿Surge el amor de lo escabroso o de la belleza? ¿Y es factible llamar a tal cosa amor?

Pasó el tiempo, quizá diez años. La muerte de Marietta dejó el circo en manos de Ernesto Lafuente. Se vio frente a la responsabilidad de continuar no sólo con una tradición de casi cuarenta años, sino también mantener la fuente de trabajo de cien personas y sus familias, y toda la infraestructura que permanentemente se averiara y debía reemplazarse a riesgo de ceder a la crisis eterna y dejarse enterrar ante el paso de los otros circos, que competían como fieras por sobrevivir. La mafia de los circos los había amenazado con destruir a los Lafuente si no cedían. Marietta se murió de pronto, de un paro cardíaco, blasfemando contra los zíngaros esos, como los llamaba para unir en una raza y en una sola palabra todo el poder de la tradición de la Europa del este: las mafias mezcladas con el poder soviético, y encima de todo eso, las diatribas hipócritas del Vaticano.

Cerraron durante dos meses, que se hicieron seis. Se comprometió a pagar los sueldos mientras decidía, pero la gente lo fue abandonando. Los animales se morían en sus jaulas, las lonas se cortajeaban, los hierros se herrumbraban.

La única que seguía entrenando era Flora. Ya tenía dieciocho años, y era mejor que su maestra, que murió en medio de los dolores de sus articulaciones el verano anterior, en el hospital Rivadavia. Entrenaba en los campos de Ezeiza, donde las instalaciones estaban arrumbadas en grandes cajas de madera expuestas a la lluvia y la humedad del invierno, otras en un viejo vagón de tren arrastrado por un tractor que lo llevaba de gira en gira, pero que ya no andaba. Flora insistía en su optimismo cuidando de su potro, porque el caballo de Edith ya estaba muerto y enterrado, o más probablemente arrojado al Matanza cuando cayó muerto luego en su última función.

La potro de Flora era negro, la malla que ella se había confeccionado era de color negro, y en la cabeza llevaba una pluma negra como un crespón. Pero Flora sonreía a un público todavía invisible, probando nuevos malabares y acrobacias todos los días, y durante las noches las anotaba una por una, con diagramas y signos. Ernesto le había enseñado a leer. Aunque no eran novios, todos los consideraban tales. Pero él recordaba aquella noche, y nunca se había animado a preguntarle lo que pensaba, lo que recordaba. Flora reía y jugaba.

Flora era feliz en un circo desmantelado.

Hasta que el coronel Gonzaga apareció en su historia.

2

Archibaldo Gonzaga era hijo de un militar tucumano y una institutriz inglesa. La madre lo llamaba Archie cuando era chico, y luego Archibald. Le enseñó inglés y lo hizo viajar a Londres donde su familia, antes sin recursos, se había ido recuperando gracias al matrimonio de esa hija que enseñaba en las lejanas pampas. El general Justiniano Gonzaga, el padre, era dueño de medio Tucumán, y amigo de Perón, además. Plata tenía, claro, pero Archie había sido su único hijo. Por lo menos eso es lo que él decía, pero considerando la frígida conducta de su esposa en la cama, bien debía haber tenido muchas mujeres. A ella, por supuesto, no le interesaba. Enclaustrada en sus jardines de Tucumán, sólo viajaba a Buenos Aires o a Europa con su dama de compañía para ir al teatro, porque tenía dos pasiones: su hijo y la ópera.

Archibald era un joven pintón. Entre uno setenta y uno ochenta de estatura, quizá justamente la adecuada, tenía un tórax ancho y brazos bien formados. Hacía fútbol, a regañadientes del gusto de su madre, pero también iba a Lawn Tennis Club, y remo en el Tigre, y hasta golf en San Isidro. Todo eso por las tardes o los fines de semana, porque en las mañanas estudiaba Derecho en la Universidad de Buenos Aires. Claro, universidad pública, en eso se había empeinado el padre, y ella tuvo que ceder. En cuanto a los exámenes, estudiaba una tarde de domingo,

encerrado en cuarto, sólo o con sus amigos, entre la humareda de los cigarrillos y el vaho de las bebidas blancas, y de vez en cuando algún tintillo barato que se filtraba entre la rígida mirada de la madre.

La cuestión es que se había recibido a los veintiséis años de abogado. Cuando recibió el diploma, la madre le puso cara de perro, porque había otros que no le llegaban a talón y se habían diplomado a los 23 o 24 años, y encima con beca del estado. Qué se le iba a hacer. Pero el nene ya era abogado, y con una pinta que había hecho estragos entre las compañeras de la facultad. Era rubio, con pelo ondeado y raya a la derecha, y ojos celestes que había heredado de su madre. Del general, la facies rígida, cuadrada, de barba espesa y mucho vello en el cuerpo. Era un hombre de estampa varonil pero de modales finos. Nunca hablaba de más, nunca gritaba, salvo en los entrenamientos del círculo militar. Cumpliendo con la tradición, iba a entrenar como cualquier soldado raso, por lo menos al principio, en El Palomar o La Tablada. Había obtenido cuando se recibió de abogado, el rango de coronel. Otros, por supuesto, tuvieron que aguardar la siguiente ronda de ascensos.

El día que Gonzaga conoció a Flora, iba camino al aeropuerto, inaugurado pocos años antes en la primera presidencia de Perón. La ruta todavía era de tierra, y cuando el auto se descompuso, se quedó en medio del campo y con el capot levantado, intentando descifrar la falla. Pero la falla había consistido en la estupidez del mecánico que tenía a su servicio en Buenos Aires: no había cargado combustible. Tal vez el cínico del mecánico daba por sentado que Archibald miraría de vez en cuando el tablero del auto.

Miró alrededor, sólo campo y árboles, y unas casillas que daba poca confianza para pedir ayuda. Tenía que tomar el último vuelo del día para Río, debía terciar en un conflicto que el gobierno le había encargado, algo de fronteras, aduanas y derecho internacional. Importante, claro, y su viejo había tenido que ver con aquel encargo. Miró la hora en el Rolex, ya no llegaría. ¿Y cómo conseguir nafta? Cerró el auto, resignado a que al volver tal vez no encontraría más que el chasis, si es que seguía ahí.

Empezó a caminar hacia una construcción que le pareció un galpón o una fábrica. Cuando llegó, no supo definir esa mezcolanza de cajas, andamios, jaulas, cientos de metros de telas y algunos caballos. Y entonces vio un potro negro cabalgando en círculos. Aparentemente iba solo, pero

cuando se acercó vio una figura negra sobre el lomo, que casi parecía hecha con las mismas crines del caballo.

Era Flora, que con sus cabellos largos y la larga pluma negra semejaba una parte más del cuerpo del animal, no sólo por la forma en que se movía sobre el lomo, sino por la armonía de los contornos y la textura que impresionaba a los ojos del que la viera.

Se paró a observarla a la distancia, con los brazos cruzados y un pie más adelante que el otro, en una posición de dandi más que de militar. Aprendió a distinguir los movimientos que ella hacía ordenando al animal a cambiar de ritmo o movimientos, y ella se paraba en el lomo, sobre una pierna primero, luego en la otra, y saltaba. Y en ese leve intervalo en el aire era como una garza negra que flotara sobre el río oscuro del potro, que continuaba sin ella, pero por tan breve tiempo, que Flora volvía a descender exactamente sobre las ancas. Y la cola del potro le servía de extensión a sus largos cabellos negros.

No era solamente una ecuyère, se dijo Gonzaga, era una mensajera de la muerte, sino la muerte misma.

Mientras contemplaba, fascinado, aquel cabalgar por sobre el campo desolado del atardecer, cubriéndose de sombras, donde el húmedo frío condensaba las partículas de la vida en las estáticas formas asincrónicas del rocío que se escarchaba, y que parecía trisarse al paso del último avión que ahora pasaba jactándose de él, de su olvido y su descuido, de la estupidez que lo retenía en ese campo ante la figura de una mujer.

No le importó el futuro, ni su anhelo de cumplir las expectativas que todos habían puesto en él. Sólo deseó ver, hablar, tocar y poseer a esa figura que dominaba el mundo en ese pequeño, infinitesimal instante del mundo.

Y el sonido del avión, atronador, ocultó los acordes que le vinieron a la mente como una música que nacía del campo y de la noche inminente, distrayéndolo de esa especie de hipnosis, y oyó la voz quebrada de un hombre a su vera.

-¿Qué lo trae por aquí, señor?

Se dio vuelta. Era un tipo de su edad, semblante hosco, bien afeitado, con unas calzas y botas de montar de campo, una fusta entre las manos delante de las rodillas. El pelo largo, castaño con tonos rojizos, como los de

Marietta. Lafuente era, y se lo dijo. Se estrecharon las manos después del breve tanteo de desconfianza.

-Mire, amigo-dijo Gonzaga, en tono campechano que mal le salía.- Se me averió el auto en la ruta, perdí el vuelo, y aquí me tiene.

-Vamos a ver el auto, pero antes déjeme que traiga un caballo por si hay que remolcarlo hasta aquí.

Gonzaga no le dijo que prefería llamar por teléfono por ayuda, pero cuando lo vio caminar hacia los carromatos y juntarse con la mujer del caballo, hablar un rato, señalarlo a la distancia, y de inmediato verla montar otra vez y correr hacia donde él estaba, olvidó todo esto, y hasta quién era. La muerte se le acercaba, y cuando estaba a centímetros de él, tuvo que sujetar la brida porque creyó que iría a atropellarlo, sintiendo el aliento del belfo en la cara, y tocando el pelaje negro como el azabache. La muerte, de pronto, se hizo vida intensa, tanto como imaginaba la muerte.

-Buenas tardes, señor-le dijo ella.-Ya viene Ernesto con el animal. Pero no se preocupe, Ernesto sabe mucho de mecánica.

-Me imagino, señorita-dijo, sacándose el sombrero y saludando.- Con tantas máquinas como veo que tiene este circo. ¿Cuándo inauguran?

-No sabemos, señor. Esto que usted ve son ruinas. Estamos mal, quebrados.

-Pero usted sigue entrenando. Es usted una maravillosa ecuyére, señorita. La mejor que he visto.

Ella se rio, con esa pinta no lo veía asiduo al espectáculo del circo.

-Ni en Francia he visto lo que usted hace, señorita. Allá, muchas piruetas, pero la gracia de usted, nunca, nunca la he visto antes.

Ernesto llegó y los tres fueron hasta la ruta. Antes de que Lafuente se acercara al motor, lo distrajo con una conversación sobre, y cortó una correa. Le daba vergüenza, es verdad, el motivo del desperfecto, pero quería ahora quedarse más tiempo.

Lafuente, entonces, se asomó al motor, metió las manos y pronunció lo que ya esperaba. Se había roto una correa y no había remedio más que llevarlo al taller. Ernesto y él montaron una cadena al arnés del caballo y la ataron al paragolpes delantero. Archibald se sacó el saco, se arremangó, se ensució las botas y las manos. Tenía fuerza, y la admiró ese hombre que congeniaba con Ernesto a pesar de ser tan distintos, cuerpos diferentes, uno entrenado en el deporte, el otro por el trabajo. La barba del recién

llegado apenas crecida desde la mañana, el sudor de Ernesto en las sienes mojándole el pelo.

Ernesto montó y el caballo arrastró lentamente el auto por el campo embarrado. Archibald empujaba de atrás si se atascaba. Flora ofreció su ayuda. Los hombres se rieron y siguieron empujando y arrastrando.

Cuando llegaron, ya era de noche. Metieron el auto en el galpón.

-Bueno, amigo. Le agradezco mucho, tenía miedo de que me lo robaran. ¿Tiene un teléfono por el que pueda llamar para que vengan a buscarme?

-Pero mire que ya es tarde, señor Gonzaga. ¿No quiere quedarse hasta mañana? Si ya perdió el avión, ¿qué apuro tiene?

El aparente desparpajo de Flora avergonzó un poco a Ernesto, pero el otro sonrió, como si hubiese estado esperando esas palabras.

-No, ya hicieron mucho por mí. Entiendo que están ocupados y no quiero entorpecer.

-¡Qué va! Gonzaga, si los problemas no van a ser peores por una noche que un amigo necesite ayuda. No nos morimos de hambre, ¿no es verdad, Flora?

Ella respondió solamente encogiendo los hombros.

Y entonces supo Archibald que allí pasaba algo en lo que él podía intervenir.

En la mañana, llamó por teléfono a un amigo. Lo oyeron hablar quedo y escondiendo sus labios al sostener el tubo con ambas manos. Ese día, el amigo no llegó, tenía cosas que hacer.

-Usted ve, Ernesto, cómo es la gente, piden mucho pero otorgan poco-dijo mientras almorzaban.

-No se haga mala sangre, doctor -ya les había contado de su profesión y el objeto del viaje aplazado. Lo que dejaría para más tarde, era su rango en el ejército.- Creo haber encontrado el problema, además de la correa. Tenía poca nafta, ¿sabe?

Gonzaga se hizo el sordo.

-Pero ya le conseguí, para ir tirando hasta que lo lleve a un buen mecánico en Buenos Aires.

En la tarde, mientras Ernesto trabajaba en el motor, Archibald y Flora tomaban mate sentados en dos hamacas.

-Linda tarde, Flora.

-Así es, doctor.

-No sea tan formal, señorita, llámeme Archi, como mi vieja. Y dígame cómo aprendió su oficio.

-Hace diez años que practico, Edith se llamaba mi maestra.

-Pero no sólo hay que tener destreza, sino afinidad por la vida del circo.

-Supongo que sí, no he pensado demasiado en eso, casi no conozco otra cosa.

-Usted podría actuar en cualquier pista de Europa, Flora, se lo aseguro. Ustedes tienen que abrir de nuevo este circo. Yo los voy a ayudar.

Ernesto se acercaba limpiándose las manos de grasa con un trapo sucio.

-¿Y cuánto nos va a costar eso, doctor?

La sonrisa de Flora desapareció, absorbida por el reflejo del sol sobre los charcos entre los carromatos que hacía casi un año que no se movían.

-Entiendo que desconfíe, Ernesto. Esta noche hablamos, si quiere, y le contaré mi idea. No se ofenda, amigo.

-Si no me ofendo, doctor, sólo desconfío de la plata que llueve del cielo, porque hasta Dios se cobra lo suyo.

Gonzaga se rio y tiró el cigarrillo al barro.

-Cobro menos que Dios, Ernesto, no se preocupe.

Lafuente lo miró, y no podía decirse que no generaba confianza con su rostro atildado y su conversación coloquial y exenta de todo artificio. Sabía, por experiencia, que los abogados no dan puntada sin hilo. Pero ese hombre, Dios mío, se dijo, iba descubriendo sus talentos como capas de cebolla.

Lo sabría esa noche, reunidos en la cena que consistió en casi cincuenta personas que seguían fieles a la familia Lafuente y al circo, o que no sabían hacer otra cosa más que el arte que habían hecho durante casi toda su vida, y por eso seguían esperando, sin saber bien qué.

Fue un asado improvisado que sorprendió a todos. El tan afamado amigo con el que había hablado por teléfono llegó a las seis de la tarde en su camioneta con muchos kilos de carne y achuras, además de verduras y papas. Los hombres y mujeres salieron de los carromatos y los galpones, rompiendo la casi clausura a la que los había obligado el invierno. Obreros, cocineras, costureras, acróbatas flacos y hombres forzudos y calvos, enanos, y los payasos que sin sus máscaras parecían pobres hombres de la calle. Flora se llevó las manos a la boca para contener el llanto, Ernesto vio

bajar al amigo del doctor con todas esas bolsas a las que apenas podía sostener, y dijo en voz alta, gritando, exigiendo:

-¡¿Qué hacen ahí parados como tarados?! ¡Ayuden, vamos!

Muchos fueron los que formaron la fila que llevaban las bolsas de carne fresca y las bolsas de papa y los atados de verduras verdes y tomates. Había de todo, todo de cuanto no habían visto ni comido en mucho tiempo.

Flora corrió a abrazar a Gonzaga. Ella era delgada pero de miembros fuertes, y apenas le llegaba al pecho. Lloraba con la cara contra la camisa que Archibald no se había cambiado en dos días.

Ernesto los miró, y aunque estaba feliz, supo que algo ya estaba escrito. Lo sabía porque su madre, la adivina, no era una mera ficción, sino una bruja de las que pocas quedaban, y le había hablado muchas veces sobre los signos de la fatalidad. En ese instante en que los vio abrazados, adjuró de la intuición a la que su vieja le había aconsejado escuchar. La lógica le relataba el fluir de los sucesos, y se preguntó si valía la pena tanta magia, si al fin de cuentas, el esclavizado paso de lo cotidiano contaba más que cualquier remedo de la imaginación.

Durante la cena, conversaron todos juntos, y muchos se emborracharon, porque claro, también había traído vino el amigo del doctor. Farías, se llamaba, y era médico además. Postulado para ministro de salud, según contaba. Y muchos lo miraban, asombrados, sin saber cómo comportarse, inhibidos y a su vez acicateados por la necesidad de preguntarle por tal dolor que les había aparecido en la panza, o la fractura que había quedado torcida cuando se cayeron del columpio. Ernesto miraba la larga mesa donde su gente estaba comiendo feliz, como en un renacimiento. ¿Quién era Archibaldo Gonzaga? ¿Y qué quería? Esto era evidente. Flora y el doctor se reían, se cuchicheaban al oído, se daban las manos, hasta se besaban en la mejilla. La blanca tez de Flora estaba llena de rubor natural. Y el cuerpo de Gonzaga, con la barba crecida, el pelo descuidado y la camisa abierta dejando ver el vello rubio, era el de un ángel protector, el de un campesino que trabajaba con las manos, el de un soldado que estaba de permiso en su pueblo. Todo eso junto y nada de eso a la vez.

De pronto, se levantó con un vaso lleno de vino y pidió silencio a los gritos. Cinco minutos tuvo que esperar para que todos obedecieran. Eran las doce de la noche en medio del campo de Ezeiza. Las luces del

aeropuerto eran simples luciérnagas al final del horizonte. El río Matanza fluía con su sonora corriente de grillos asordados.

-Señores, por favor, tengo algo muy importante que contarles. Ernesto, le pido disculpas si me tomo la confianza de hablarle a usted y a su gente de esta manera, pero para mí es como si los conociera de toda la vida.

Muchos debieron estar pensando que hablaba demasiado bien, y que incluso todo eso ya lo habían escuchado alguna vez, por la radio. El doctor hablaba como político, y esperaban, entonces, las promesas.

-Lo que han hecho conmigo, la forma en que me han recibido es para mí inapreciable. He pensado en estos dos días en dar las gracias e irme, para que cada uno siguiera su camino. Pero he visto cosas que me han conmovido. La incondicional amistad de Lafuente, por supuesto.

Agarró a Ernesto de un brazo y lo apretó contra su cuerpo, como dos hermanos. Era sincero, seguramente, así lo sintió Lafuente, cuya vergüenza no acababa de agotarse. Su gente lo miraba de una forma como nunca lo habían visto: bajo la tutela de otro que sabían más rico e inteligente.

-Pero sobre todo, me conmovió una personita que es como un ave que domina a las bestias.

Puso su otra mano sobre un hombro de Flora, con delicadeza.

-Amigos, Flora es una artista inconmensurable, de verdad lo digo. Tengo hechos mis viajes, se los aseguro, París, Berlín, Moscú. Ella podría estar en esos lugares. Pero no me la voy a llevar, no tengan miedo. Lo que quiero es ayudarlos a remontar la tradición que las economías del país se esmeran continuamente en destruir. Ya lo iremos a solucionar, tal vez. Mi viejo, el general Gonzaga, tendrá mucho que ver en eso. Las fuerzas armadas saben lo que tienen que hacer. Y yo también, amigos.

Soltó a Ernesto y a Flora, volvió a levantar el vaso, y dijo:

-Propongo un brindis por la reapertura del circo, para lo cual nosotros, el doctor Farías y yo, y la fundación que presidimos, aportaremos los elementos necesarios para esa resurrección.

Hubo un vacío de silencio que fue como un hiato en el tiempo, donde hasta el zumbido de los mosquitos se escuchaba. Luego, estalló la ovación. Sillas caídas, vasos rotos. Flora lloraba, y hasta a Ernesto, dispuesto a no dar brazo a torcer, se le llenaron los ojos con un brillo que intentaba detener con un nudo en la garganta.

Los festejos duraron toda la noche. Nadie pudo dormir hasta bien pasada la madrugada. Flora, luego de abrazarlos a ambos, se fue a acostar porque Ernesto se lo mandó. Quería hablar a solas con Gonzaga.

Ambos habían bebido demasiado. Farías los dejó solos, lo vieron meterse en el carromato donde dormía una de las bailarinas.

Se sentaron uno junto al otro, en las hamacas de esa misma tarde. Cigarrillos y vino y tequila, y cerveza. Ambos resistían, y sus mentes continuaban lúcidas.

-Todo pasó muy rápido, doctor.

-La puta...

-Disculpe...Archi...Archi...no sé por qué, pero me suena a algo estrafalario.

-¿Cómo una figura del circo, a lo mejor?

-Puede ser...

-Es porque debo tener algo de artista...

-Eso se ve, amigo mío.

Gonzaga largó una carcajada.

-No se le pasa nada, Ernesto, por eso veo cómo ha aguantado todos estos meses manteniendo a tanta gente. Sí, lo reconozco, soy un barullero, un político a ultranza, pero porque me doy cuenta de eso y lo hago a pesar de mí mismo, me tengo un poco de asco. Confío más en los milicos, amigo mío.

-Matan con sus armas, y chau, no más que hablar.

-Así es, en cambio los políticos, matan tan lentamente, que es una tortura.

-¿Y usted lo dice, doctor Gonzaga?

-¿Y quién querés que lo diga mejor, el vigilante de la esquina? Quien es parte de la enfermedad, conoce los síntomas mejor que nadie.

Pasó el tiempo y pasaron las virtudes de la noche. Debían ser las cuatro y media de la madrugada. Se escuchaban, de lejos, los rugidos de los aviones.

-Y dígame, Ernesto. ¿Flora tiene novio...o algo así?

Ese fue el punto de quiebre de toda esta historia. Cuántas veces Lafuente habría querido regresar en el tiempo y cambiar su respuesta, pero ya había sido pronunciada.

-No, amigo. Tiene el camino libre. Pero cuídela, se lo ruego. Es muy frágil...

Gonzaga sonrió a la luz del cigarrillo, y sus labios apenas se vieron.

-Como una mariposa, ya lo sé Ernesto.

Esa noche, a pesar del cansancio, definieron los planes. Antes, Lafuente quiso asegurarse que estarían a salvo de los camorreros y las hipotecas. Cuando ya estuvo seguro de que Gonzaga los protegería, no tuvo más remedio que ceder a las ideas de su mecenas, como quiso que lo llamaran. Eran ideas estupendas, que demostraron la intuición artística o comercial de Gonzaga, fuese lo que fuese. Primero, cambiarían el nombre del circo, que pasaría a llamarse "Royale de Paris". La idea era europeizar el circo, darle una estética y reinventarle una historia. La tradición del circo criollo estaba pasada de moda, y lo popular, tan en boga con el ascenso de Perón al poder, pronto sucumbiría. Lo que no pasaba, era el buen gusto, dijo Archibaldo Gonzaga.

Ernesto Lafuente, director y maestro de ceremonias, se convertiría en Monsieur Lafitte, así nomás, sin nombre de pila, y para eso servía al pelo ese tono raro con que Ernesto solía hablar, una mescolanza de italiano, cocoliche y provenzal. De dónde lo había aprendido, le preguntó. De mi madre, por supuesto, dijo, ella hablaba en lenguas, como toda bruja, en sus trances, y yo, escondido tras las lonas de la carpa de la bruja, aprendía repitiendo.

Flora Romero era un nombre demasiado chabacano para una artista como ella. Entre los tres, pensaron en muchos nombres posibles para rebautizarla artísticamente. Ella dijo: Edith. Gonzaga se quedó pensando, no lo convencía del todo pero no estaba mal, y renunció a contradecirla cuando supo el motivo, pero agregó: necesitás un apellido.

Edith Lammonde, ècuyére.

Y así fue como Flora inició la etapa media de su historia.

Fue un período breve, por supuesto, comparado con el anterior, pero donde la vertiginosidad de los acontecimientos fue una especie de anestesia para el dolor que siempre subyace aún en cualquier período de felicidad, y que pudo haberle advertido de lo que vendría después. ¿Pero era ella diferente a los demás? No pidamos peras al olmo.

El circo fue reabierto, como si se tratara de otro completamente diferente. La carpa fue remodelada, los carromatos pintados. Los animales viejos y enfermos, liquidados y llevados al matadero. Las costureras renacieron a una nueva vida cuando les llegaron las telas nuevas, y tanto los payasos como todo el resto del personal renovaron su vestuario con signos inequívocos del estilo de la *Commedia dell'arte*. Lafitte, como ahora se daba en llamar Ernesto en todo momento, había pasado noches enteras planeando nuevos programas. A cada uno dejaba la elección de sus actividades en la pista, pero a él debían someter su aprobación.

La única excepción era Flora, o Edith, como habremos de llamarla desde ahora. Era la única que podía tratarlo de Ernesto cuando estaban solos, ni tampoco tenía que esperar la aprobación de las nuevas rutinas, aunque las comentara con él y le pidiese su opinión. Tampoco cambió su vestimenta de pequeño pájaro negro de miembros blancos, que era su leitmotiv, podría decirse así. La mensajera de la muerte que flotaba sobre la superficie del mundo, apenas rozándolo, mientras todos los espectadores la observaban extasiados.

Fue esta estrategia, publicitaria y estética, la que determinó el rotundo éxito del circo Royale de Paris durante esos años. Tanto en las paredes del viejo vagón como de los otros que Gonzaga había conseguido expropiar al ferrocarril, estaba dibujada la figura de Edith, la *écuyère*. Ella era el caballito de batalla, por así decir, que atraía a las multitudes de todas partes. Cuando el éxito se había consolidado en Buenos Aires, comenzaron una larga y tal vez demasiado extensa gira por todo el país: Rosario, Córdoba, Mendoza, Tucumán, Salta, y de allí a Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Brasil, bajando a Uruguay y tomando luego un buque hacia la Patagonia, en una especie de epopeya sin precedentes para un circo latinoamericano. Bajo la protección de la carpa instalada en medio de los vientos cerca del Atlántico, el caballo de Edith recorría los círculos concéntricos de la pista del circo, mientras la banda de metales dejaba afuera el azotador infierno del viento y el frío. Si hasta se hicieron

espectáculos al aire libre, instalando andamios para que los acróbatas desafiaran su resistencia con las azarosas características de la intemperie. Está de más decir el éxito que tuvo esta idea de Lafitte, o de Gonzaga, tal vez, y la repercusión que tuvo en los medios nacionales.

Todo esto los llevó al contrato para la gira europea. Ya nadie tenía miedo ni resquemores o dudas sobre la calidad y el éxito de la empresa que acometían. Hubo rumores, incluso amenazas que Gonzaga se ocupaba de ocultar, por parte de los camorreros de siempre, la gran organización que siempre intentó mover los hilos de esa profesión que ellos se adjudicaban de su propiedad por mera tradición cultural, pero obviamente por la más fuerte tradición del dinero. Los “zíngaros”, como Gonzaga los llamaba, daban manotazos de ahogado frente a ese bastión del que los militares se habían apropiado. Claro que era obvio que el dinero invertido en el circo, instalaciones, viajes, mantenimiento, comida, vestuario, contratos, provenía de las relaciones de Gonzaga, pero también era evidente que la inversión había dado sus frutos; sin embargo, en opinión del entorno de Archibald, no se justificaba todo aquel “circo mediático” que se había formado alrededor de una institución tan preclara para la patria.

Los padres de Archibald lo amonestaron cuando se enteraron del uso que había hecho de su dinero y sus relaciones. El general Justiniano comprendía que todo se trataba por encumbrar al éxito a la amante de su hijo, y lo que varonilmente justificaba, lo condenaba oficialmente. La madre puso el grito en el cielo cuando se enteró de todo eso, y sobre todo de la escabrosa relación, así la llamaba, de su querido hijo con una *putain de cirque*, y también fueron estas sus palabras exactas, siempre con ese tono inglés nunca abandonado. Había que hacer algo con el chico, se dijeron los padres, pero mientras, leían en los diarios las buenas críticas y el éxito de la gira latinoamericana, y en las columnas de chimentos, las relaciones entre el prometedor coronel Gonzaga con la bella y pequeña *écuyère* del circo de moda.

La relación, entonces, se afianzó. Ellos eran una pareja que todos conocían y admiraban. La distinción e inteligencia y sobre todo el bolsillo de Gonzaga era un complemento perfecto para el talento encerrado en el delicado cuerpo de Edith, cuya figura parecía constituida para ser una bailarina de ballet, que sin embargo la había llevado a bailar sobre el lomo de un caballo en movimiento. Quien la viese, no podría negar la armonía de

sus movimientos naturales, aún de los más rebuscados y retorcidos que realizaba en sus actuaciones, con el leve dejo de angustia y fatalidad que demostraba la coreografía por ella inventada. Los ojos, tan marcados de negro por el maquillaje, y la pluma del crespón, remarcaban esas connotaciones a las que nadie era capaz de resistirse. Cada fin de función, era invadida por cinco segundos de silencio desde la platea, un silencio lúgubre en el que todos coincidían sin premeditación, para recuperarse del pandemónium que ella había provocado en el alma de cada uno. Y luego venía el aplauso, estruendoso, y las ovaciones que se sucedieron sobre todo en Europa: París, Viena, Roma, Berlín. El circo perdió un par de integrantes que no resistieron la tentación de los contratos ofrecidos por otros circos. Ofrecieron cifras millonarias por Edith, pero ella no estaba a la venta.

Al regresar de la gira europea supo que estaba embarazada. Fueron casi cinco años desde que conociera a Gonzaga, y siempre le había recomendado él que se cuidara. Ella hizo lo que pudo por evitarlo, sabiendo que el amor de Archibald estaba comprado y que un embarazo podría interrumpir su carrera y hasta, tal vez, imposibilitarla. No podía darse el lujo de tener un hijo en medio del éxito, pero sobre todo temía la reacción de él.

Esperó, pensando que el tiempo sería paciente con su indecisión, pausando o retardando el transcurrir de Cronos. Pero ya tenía tres meses cuando Cronos hizo su revelación en una aparente confabulación con Ate, encargados ambos de confundirla para introducirla nuevamente en la fatalidad de la que creyó poder evadirse. De esta manera pensaba Edith, inmersa sin saber cómo, en el recuerdo de las curiosas conversaciones con Marietta Sottocorno, la madre de Ernesto. Cosas que antes no había entendido, ahora las veía claramente con el horror de las certezas.

No estaba segura de querer un hijo, pero ansiaba tener a aquel que sería la perfecta imagen de Archie, el hombre bello que la había protegido y amado. Lo había visto ofuscado, lo había visto triste y preocupado, como también sus ternezas rayanas en la impotencia y lloriqueos, y luego los arrebatos de violencia que se explayaba en sesiones de tiro al blanco en pleno campo contra latas, botellas y hasta ratas.

No se lo contó a nadie, ni a él ni a sus amigas, que de todos modos no abundaban, sobre todo desde que la consideraban la tácita dueña del circo.

Quienes no la envidiaban , intentaban evitarla. Por eso estaba sola, y siguió actuando de vuelta en Buenos Aires.

Habían asentado las instalaciones en un descampado del barrio de Saavedra, cerca de la avenida General Paz. Era en los primeros días de agosto, las entradas estaban agotadas, además de las que se regalaban a los asilos de huérfanos y enfermos, porque se había dicho que la recaudación de la función nocturna sería entregada a la Sociedad de Beneficencia. Gonzaga era un gran estratega, el poder de Perón y su mujer hacía estragos en el pueblo, los dominaba como un mago apropiado para estar en su circo. Pero fuese en el circo o en la Casa de Gobierno, nunca estaba mal quedar bien con el pueblo, mientras otros planes siempre estaban siendo engendrados en los sótanos de su mente, bajo los uniformes y las armas, dentro de gastados baúles de cuero, como traídos del desierto por viejos legionarios. Su mente era un desquicio, a veces.

Esa noche de sábado había una larga fila de gente haciendo cola desde muy temprano, mientras veían pasar chicos en sillas de ruedas, o con muletas, o retrasados mentales que miraban con ojos de vaca o señalaban con los brazos y sonrisas estúpidas las altas banderolas flameando en el cielo de Buenos Aires. Gonzaga había contratado avionetas que arrojaban panfletos de propaganda para esa función, y que dieron vuelta toda la tarde anunciando los eventos por megáfonos y haciendo piruetas o echando humo de colores por la cola.

Todo ese espectáculo previo atrajo más gente, que aunque no pudiese entrar al circo, se había agolpado en sus alrededores para ver a los payasos que habían salido a entretener la larga espera. Risas, excitación, entusiasmo, felicidad. Todo eso se mezclaba bajo el sol, con los vendedores de chocolates, maní, galletitas, choripanes, algodón de nieve y barquillos, una mezcolanza de sabores para todos los gustos y todos los temperamentos. No hubo peleas, hubo cordialidad. Hubo brusquedad, pero simplezas de almas. El bullicio ensordecía los gritos del caos, los cuales fueron mimetizándose con la música estridente de la banda de metales que sonaba atronadora, los ladridos de los perros malabaristas, el trompeteo de los tres elefantes hindúes que le habían costado una fortuna y que sí, había valido la pena, porque después las destrezas de Edith, ellos eran los grandes atractivos con sus delicadas brutalidades. Edith Había tenido la

idea de ser levantada por la trompa y una vez en la cabeza y el lomo hacía piruetas sin las inseguridades de la cabalgata de su caballo negro.

La noche había caído y la función, comenzado. El primer estallido fue escuchado por muy pocos, solamente aquellos de las gradas más cercanas a la bomba. Rompió tablas, muchos se asustaron, pero nadie había sido herido, aparentemente. Los movimientos en la pista del circo continuaban, simultáneos para las cuatro plateas, un conjunto avasallador que adelantaba los espectáculos que décadas después serían muy comunes. Los vigilantes avisaron a Monsieur Lafitte, que abandonó la pista con su traje de maestro de ceremonias, su galera, botas y fusta. Vio los destrozos menores, puteó en criollo cuando vio una mujer con la cabeza ensangrentada.

-¿Qué hacemos, Monsieur?- preguntó el encargado.

-Llamen a Gonzaga, y una ambulancia...

Antes de terminar su idea, explotó la segunda. No fue al fondo de la platea, sino al frente, junto a la pista. Esta vez hubo fuego y uno de los pilares centrales, que a pesar de ser de metal estaba rodeado de guirnaldas y telas de todo modo combustibles, empezó a incendiarse. Vio las llamas que crecían con fuerza y rapidez hacia la cúpula de la carpa. Imaginó las llamas devorando la lona, que a pesar de todas las precauciones no había manera de proteger del fuego. Pensó en el seguro, primero, de eso se encargaba Gonzaga.

Ya no había necesidad de ser cauto, la gente gritaba y bajaba de las gradas, tropezándose. Los vigilantes trataban de serenar a todos y orientarlos hacia las salidas, pero los hombres y mujeres, cuando se trataba de sus chicos en peligro, solían ser incorregiblemente insensatos. Sin casi hacerles caso, iban por donde querían, encontrándose con pasillos que daban a lonas sin salida, y muchos fueron los que murieron atrapados de esa manera. Los chicos del asilo eran los que se movían más lentamente, para muchos el fuego era un espectáculo más, para otros, una forma de la realidad que no comprendían. Las desesperadas fueron las monjas que los cuidaban, ellas empujaban, rezaban, gritaban y ordenaban, hasta que se dieron cuenta que todos sucumbirían a causa de un castigo divino. Tal vez pensaran que Dios quería llevarse a todas esas almas enfermas para que no continuaran sufriendo.

Casi media hora tardaron en llegar las autobombas. El fuego ya había tomado todo lo que era combustible: la multiplicidad de telas y la inmensa cantidad de objetos de madera para payasos, magos, malabaristas. En la pista, los elefantes habían entrado en pánico y embistieron hacia donde podían, sobre objetos y gente. Edith, que en el segundo estallido estaba sobre el caballo, oyó el estruendo, sin perder su equilibrio. Conocía a su potro, fuerte y obediente, acostumbrado a los inofensivos pero atronadores petardos de los payasos. Pero no había contado con el fuego, y no sabía con qué reaccionaría. Fue tarde cuando el animal se detuvo en seco y se encabritó. Edith cayó de espaldas, y vio las llamas en el pilar central, y la gente corriendo, cayéndose unas sobre otras, y sus compañeros corriendo de un lado a otro, ayudándose, menos a ella, a la que no habían visto, o simplemente no creyeran que necesitaba ayuda. Le dolía la espalda, pero podía mover las piernas. Busco, en medio de tanta confusión, a Ernesto, creyó ver su casaca roja a los lejos, buscó su caballo, y lo vio trotar asustado como una mancha negra de oscuridad que se movía escabulléndose de quienes intentaran atraparla para escapar, porque la oscuridad otorgaba seguridad y frescura.

Y el fuego era todo calor y arrebató, y un ruido tremendo de crepitaciones incesantes: la madera y las telas, el cuero viejo, las pinturas, los barnices. Todo olía a curtiembre y caucho quemado, y recordó el río Matanza en su infancia, la quema que hacían junto a la orilla de la basura que se acumulaba durante meses y que la gente de la ciudad y los camiones descargaban todos los días.

Cuando quiso levantarse, vio a Lucifer, su potro. Olvidé mencionar su nombre, claro. Debí hacerlo y no jugar una mala pasada a los lectores de esta crónica. Por qué lo bautizó así, querrán saber. No fue Flora quien lo hizo, sino Marietta, la dueña del circo en ese entonces. La yegua de la Edith original se llamaba Magdalena, era blanca, como ya dijimos, y el vestuario de la vieja ecuyére era blanco. Al bautizarlo de tal forma, y sabiendo que Flora sería la próxima artista de tal espectáculo, jugó, tal vez, con los contrastes. ¿El negro vestuario fue una consecuencia del color del potro? Posiblemente. ¿Fue todo un juego de símbolos? Eso seguro. Pero Marietta debía saber que con esas cosas no se juega. Las mujeres como ella no apuestan sin estar seguras, es más, su accionar no es una apuesta, sino una certeza ya consumada, aunque todavía no hubiese ocurrido.

El caballo le pasó por encima. Ella no lo culpó, sino a sí misma. Se vio las piernas, partidas en varios fragmentos como delgadas líneas en zig-zag. Vio a Lucifer seguir corriendo, sin acudir a su llamado, llamado él mismo por la desesperación del fuego que lo envolvía. Hasta que lo vio desaparecer entre las llamas de la carpa que se derrumbaba como un inmenso manto de fuego, el mar del cielo que se estaba quemando, el firmamento deshaciéndose en olas de fuego.

De lo que pasó después, no recordaba nada. Sólo cuando despertó en el hospital Rivadavia. Tenía las piernas con clavos que las atravesaban y apoyadas en dos aparatos con pesas. Había una enfermera junto a la cama.

-¿Cómo se siente?- le preguntó.

Abrió los labios, se los mojó con la lengua. Tenía la garganta seca. La enfermera le dio agua.

-No me duele nada.

-Me alegro, pero es por la anestesia. Hace dos horas salió del quirófano.

Edith se miró otra vez las piernas.

-¿Les pusieron clavos?

Era extraño que hablara de las piernas como si fueran otras entidades que no fueran ella.

-Sí...por el momento, pero los doctores ya le explicarán.

-¿Y mi bebé?

A esa extraña ya no podía ocultárselo, no siendo quien para juzgarla.

-Sigue ahí, y parece seguir bien. Tuvo mucha suerte, en esa catástrofe.

Fue así cómo calificaron el desastre del circo en los periódicos durante toda la semana. Intentaron ocultárselo, pero ella escuchaba las conversaciones en el patio al que daba la ventana de su habitación y las radios de los choferes de las ambulancias y de los pacientes de otras habitaciones. Cincuenta muertos entre adultos y niños. Adjudicaban la causa al descuido de los mismos artistas que hacían pruebas con fuego, o de los electricistas que habían armado tan compleja serie de luminarias. No hablaban de las bombas ni de las amenazas.

La noche de la cirugía, Ernesto fue a visitarla. Se paró a un lado de la cama, le agarró una mano y lloró con ella, evitando ver las piernas, que eran como dos cadáveres en ataúdes de metal y yeso.

Edith preguntó por Archie.

-No sabemos nada. Ya sabés, los padres y los milicos deben haberlo obligado a desentenderse de todo.

-No podemos culparlo, ¿no?- dijo ella, mirándolo pálida como una mártir.

Él se encogió de hombros.

-Pero cuando sepa que va a tener un hijo, va a volver. Por favor, Ernesto, búscalo y avisále. El doctor Farías tiene que saber dónde está.

Monsieur Lafitte le preguntó desde cuándo lo sabía.

Edith bajó la mirada a las sábanas, las apretó con fuerza con los puños.

-¿Y no me dijiste nada? ¿Y seguiste trabajando? Mierda, Flora.

Lafitte apretó el sombrero hasta casi arrugarlo, se dio vuelta hacia la puerta, y antes de salir miró las piernas, no a Edith.

-No te habría pasado nada de esto si lo hubieras dicho.

Sabiendo que repetía lo innecesario, quiso agregar algo que nunca había sido dicho antes, pero que de algún modo también ambos sabían desde hace tiempo.

-No te habría pasado nada de esto si te hubieses casado conmigo.

Estuvo cuatro meses en cama. Luego del hospital, la llevaron al carromato donde vivía siempre, rodeados de los esqueletos del circo, los restos de la carpa encharcados y podridos, los pilares que aún se sostenían en pie. Todo el personal se había desbandado en otros circos, por lo menos los que no murieron o no estaban heridos. Sólo quedaban ellos dos. El seguro pagó una parte de los destrozos, pero la investigación nunca encontró, según dijeron, pistas de ningún atentado.

Un día llegaron los “zíngaros”. Tres hombres fornidos, de bigotes largos. Miraron las ruinas, y uno de ellos dijo:

-Bueno, Lafuente, ya era tiempo de que me hiciera caso.

Tenía razón, no había más que entregar las armas y mostrar las manos vacías.

El coronel Gonzaga no apareció personalmente, pero sí supieron de él por los diarios. Se había comprometido con una señorita de la buena sociedad, Eva Larriere. Familia de empresarios de pompas fúnebres, tenían ambos el buen pasar asegurado, si hasta los gastos de los funerales se ahorran. Edith leyó la noticia del compromiso y el posterior casamiento

como si se enterara de una guerra en China. Ni lloró ni se puso histérica, simplemente se encogió de hombros.

Le habían sacado los yesos, pero aún no caminaba. Tenía las piernas débiles para sostener el peso de su embarazo, que tampoco era mucho. El bebé nació por cesárea a los siete meses. Estaba malformado, dijeron los médicos, y en la posición en que se hallaba en el útero se le iba a morir adentro. Cuando lo vio, se dijo que habría sido lo mejor.

Lo llamó Charlie, porque el sonido le recordaba al padre. Odiaba al chico así como había amado al padre. Miraba su deformidad que era la inversión exacta de la belleza del otro. Lo que odiaba en uno en el otro lo amaba. Y con el tiempo, de tanto observarlo, ya no estaba segura de a cuál estaba mirando, o a quién amaba u odiaba. Los rasgos de Charlie eran como los de un mono, si hasta aprendió a gatear con las piernas dobladas y las manos apoyadas en el dorso en lugar de las palmas. Tenía mucho vello, y al principio no pronunciaba más que sonidos guturales.

El circo volvió a armarse bajo los auspicios y la estricta dirección de los Zíngaros. El personal lo habían traído ellos, tanto como el nuevo nombre, tan trivial que no hay registros de cuál pudo haber sido, como los espectáculos que se ofrecían.

Edith había aprendido a tocar la flauta como entretenimiento muchos años antes, así que le asignaron ese papel en la banda del circo. Fue así durante los siguientes dos años, haciendo giras en pueblos más o menos chicos por la provincia, a donde los dueños los enviaban.

Charlie crecía y los compañeros del circo se reían de él y decían que tendrían que presentarlo como un espectáculo. Edith no decía nada. La idea llegó a los dueños, que vinieron a ver al chico, de dos años o poco más por ese entonces. Pensaron en montar un espectáculo de *freaks*, que tal vez realizara las ventas de entradas. No había nada que enseñarle, simplemente dejarlo caminar como un animalito. En las siguientes semanas trajeron a dos amputados y un hidrocefálico que sacaron del asilo. En la función, apagaban las luces, ponían música tenebrosa en un tocadiscos y los pequeños monstruos aparecían rengueando o arrastrándose, y otro que no tenía brazos ni piernas, sobre un carrito que chirriaba. Fueron agregando más, siempre chicos abandonados y sin familia: siameses, retrasados, deformados. Los que nadie quería en su casa, estaban en el circo, y ahí sí

podían ser observados con miedo y con asco, porque cuando terminara la función, cada espectador se iría a su casa normal, fuese eso lo que fuese.

Cuando Charlie cumplió cinco años, entró en la banda con su madre. Ella tocaba la flauta en solos desafinados y caminando como podía, tambaleándose, a veces por el alcohol al que se había acostumbrado, otras por el dolor en las fracturas que nunca terminaron de curarse. Detrás, venía el chico, caminando en forma parecida por la extraña tiesura de sus piernas, barbudo casi a pesar de su edad, con el prognatismo característico, y tocando los platillos como le daba la gana. No era la música, sino su estrafalaria presencia la que anunciaba la función de los *freaks*, que tenía un respetable éxito desde hacía tiempo, por lo menos en los circuitos marginados y no oficializados de la tan mentada cultura nacional. Pero nadie se preocupaba por eso. La muerte de la “embanderada de los humildes” había puesto de luto al país, y el presidente, como perdido, extraviaba el rumbo, preparando el camino para los milicos, una vez más.

Ernesto Lafuente, ya no más Monsieur Lafitte, renunció al circo, tenía cáncer de pulmón, el cigarrillo y todo eso, y dos meses después ya estaba muerto en el hospital. Edith, lo acompañó todo ese tiempo, y nadie extrañó su ausencia en el circo. Cuando regresó después del funeral de su amigo, se enteró de que la habían echado. Pidió un lugar para dormir, al fin de cuentas su hijo trabajaba allí. “El que no labura no come”, le dijeron.

Se quedó en la calle, con lo que llevaba puesto, y su renguera.

Volvió a llamarse Flora Romero, por supuesto, y así comenzó la última etapa de su vida.

4

Durante algunas noches se quedó a la vera del circo, intentando que no la vieran los nuevos dueños. Un par de mujeres, que la conocían de los buenos tiempos, le llevaban comida y abrigo. Pero Estanislao Krakovsky se enteró y una mañana salió puteando de lo lindo y pateando el trasero de Charlie. El chico no lloraba, simplemente saltaba y avanzaba un metro con

cada patada. Hombres y mujeres se reunieron a ver qué pasaba, pero no se atrevieron a contradecir al jefe. Tenía el pelo largo y engominado, unos bigotes gruesos que se dejaba crecer hasta el mentón, aros de oro en cada oreja, collares y muchos anillos, el pecho hirsuto y desnudo, y llevaba únicamente puestos los calzoncillos largos que usaba para dormir.

-¡El pendejo me cagó encima, Flora! ¡Se cagó en mi cama como un perro, peor que perro! ¡Hijo de una puta tenía que ser!

Nadie le preguntó qué hacía el chico en su cama, ya todos sabían que al tipo le gustaba lo estrafalario, las mujeres del circo lo sabían, y los hombres, que consentían, también. Era la única manera de seguir con el trabajo. Si no, ahí nomás, en el piso y sobre el barro, estaba Flora, la antes exquisita ecuyére admirada por Europa. O quizá, también, Charlie se había subido a la cama por curiosidad, saltando como un mono de la forma que sabía hacer.

Entonces Flora se apartó la frazada sucia con que había pasado la noche junto a la lona del circo, se acodó mirando a su hijo que revolvía el barro con las manos y los ojos turbios de confusión, porque no sabía expresar el dolor, el pobre hijo de puta, ni de eso era capaz.

-Ya lo conocés-dijo ella-. Es un monstruito inofensivo. ¿Querés que entre a limpiar las sábanas y el colchón?

Los que la escucharon, no sabían de esa veta de sarcasmo que apareció en Flora en ese momento. O era sumisa y triste, o era alegre e ingenua. Ahora ella tenía otros ojos, en los cuales se reflejaba la figura de Charlie en sus pupilas, así sentado con el culo socio y dibujando algo en el barro.

Krakovsky debió pensar que hablaba en serio, y hasta se lo vio dubitativo unos instantes. Tal vez creyera que ella estaba dispuesta a dejarse coger para que la aceptara nuevamente en el circo, pero para quienes la conocían, el tono hablaba de otra cosa, una especie de dignidad ofendida, de orgullo blasfemado, y sobre todo, de ira creciente.

-¡Andá a mudarte de acá, pelotuda! ¡Y lleváte al pendejo de mierda! ¡Monstruos hay de sobra!

Se dio vuelta y desapareció tras la lona, que fue desde entonces como una cortina de hierro para Flora y Charlie. Unos se quedaron a ayudarla a meter restos de comida y ropa vieja en una bolsa de arpillera. Limpiaron al chico en medio de la intemperie del invierno, desnudo para lavarle el cuerpo velludo en el que la mugre se apelotonaba. Luego, los vieron

alejarse camino al río Matanza. Ella cargando la bolsa en un hombro, y agarrando con la otra mano al chico, que caminaba lenta y trabajosamente.

Siguieron la orilla del río hasta el sur. En Barracas estuvo en varias pensiones y o habitaciones que le alquilaban por una sola noche, porque nadie aguantaba el tufo del cuerpo de Charlie, y menos sus gritos cuando se encaprichaba o enojaba.

-¿Por qué no lo tiro al río?- le dijo varias veces durante esos días, mientras veían la superficie mugrosa del agua. Él la escuchaba con extraño ensimismamiento, como si la entendiese, pero ella sabía que él nunca había entendido nada desde que nació.

Dormir a la intemperie no era lo peor, sino el hambre. No pudo más que dejarse convencer por una matrona de Barracas, que la hizo cruzar el Riachuelo con chico, bolsa y lo que llevaba puesto.

-No sos muy linda, piba, pero siempre hay tipos a los que no les importa más que tengas unca buena concha y un culo pasable- le decía, mientras caminaban por el empedrado hacia Mataderos.

En una casa de pensión de dos pisos, balcones con malvones y ropa colgada, se detuvieron, ya de noche. Abrió la puerta una puta en bata y el pelo mojado. La vieja la presentó. La otra miró a Flora de arriba abajo, y después al chico que se escondía tras la falda.

-¿Y esto me traés? -le dijo a la vieja.

-¿Qué querés? Si querés modelos, andá al cine. Además, me dio lástima, qué querés que te diga.

Flora escuchaba y esperaba.

-¿Y vos sabés de esto?- le preguntó la mina joven, siempre en la puerta, con la luz del pasillo largo, débil y penumbrosa.

Flora se limitó a chasquear la lengua y señalar al chico.

-Me imagino. Se te pasó el tiempo por pensarlo demasiado. Acá esto no pasa, piba, yo y la Rosa, mi comadre-dijo señalando a la vieja- nos encargamos de sacarlos a todos.

Vivió en la pensión que todos conocían como el putero más bajo y popular del barrio de Mataderos. Todos los adolescentes que querían debutar iban ahí, y cuando volvían a sus casas, luego del sermoneo de sus madres, los obligaban a bañarse y restregarse bien las pestes que seguramente se habían contagiado. Los hombres eran obreros de las fábricas o de la construcción, algunos oficinistas que intentaban pasar

desapercibidos con la cabeza gacha al entrar, pero solían ser los peores, decían las mujeres. Que Dios te proteja de los tímidos y los callados, le decían a Flora.

Había otros hijos viviendo allí. Dormían en un cuarto del segundo piso que daba al patio de atrás. Estaban acostumbrados a la rutina de la casa y hacían silencio cuando era necesario. Pero cuando vieron a Charlie, se echaron atrás y se taparon la boca. Él los miró en silencio, habituado a la reacción del público en el circo. Luego, dieron vueltas a su alrededor, para observarlo. Uno se atrevió a tocarlo, y lo empujó. Fácilmente Charlie perdió el equilibrio y cayó de frente al piso. Se rieron, y en eso encontraron, ambas partes, la forma de convivencia necesaria.

La manera en que se comportó fue como si comprendiese que el techo y la comida dependían de ello, y Flora vio en los ojos vacunos de Charlie un símil de inteligencia. ¿Pero no era pasarse de la raya? Charlie no hablaba más que con quejidos y una especie de murmullo de inconformidad. Sus gritos, que eran como cantos desafinados de un contratenor, se los había guardado desde que estaban en la pensión.

Durante el día ella se vestía de ama de casa común y corriente, intentando pasar desapercibida en los almacenes del barrio, pero el chico a veces la seguía, y entonces ya no podía disimular que era su hijo esa cosa, ese animalito que a veces se arrastraba y otras saltaba. Veía la cara de las mujeres en las veredas, las mujeres que barrían o baldeaban, echando pestes contra la puta que paseaba el fruto de sus pecados por la calle. Y Flora, sabiendo el estigma marcado en su cuerpo, comenzó a regodearse de él, y escupió contra las baldosas rotas que las otras acababan de limpiar. Si hasta una vez, pobre chico, pobre bestia, se bajó el pantalón y cagó en la vereda como un perro, mientras su madre lo tenía de una mano, sonriendo y fumando en su desafío hacia las bocas que la insultaban.

Había noches donde no entraba nadie al putero, a veces, un tipo, o dos a lo sumo. Malos tiempos para una época imprecisa de políticas inciertas. Perón estaba siendo avasallado por su propia leyenda, y la oposición crecía. Los militares hablaban por la radio, y ella, acostada en la cama, esperando a un hombre que no llegaba, recordaba a Archibald, y era como escucharlo a él en la radio. Y en todos esos discursos, que no llegaban a nada, en los que todo era crítica y promesa, en donde los rifles eran como largos tallos de rosas muertas, ella encontró una renovación de su sentimiento. El

período de transición continuaba, pero se iban definiendo los resultados. Charlie era un monstruo, porque era suyo, es decir, de él. Las palabras de guerra, las amenazas al pueblo, el peligro que acechaba a los obreros, venían de una boca de dientes limpios y sanos, pero habían nacido del espíritu de hombres como el coronel Gonzaga.

Charlie era su simiente. Un monstruo como la sociedad que estaba naciendo, no ya sociedad, sino descalabro y caos. La incertidumbre como norma, la ignorancia como instrumento de conocimiento, la violencia como método. Cuando lo veía entrar a su habitación, muy temprano en la mañana, cuando la noche se había llevado a los hombres como ella misma había visto que se los llevaba en la casilla de su madre junto al Matanza, veía en Charlie la sabiduría de los ignorantes, de los que lo saben todo sin que nadie les hubiese enseñado. La fatalidad del alma de la pequeña Flora era la misma que veía en los ojos de su hijo. Pero no había belleza ni la más mínima armonía. Gonzaga había puesto el cuerpo, es decir, la carne que se corrompe y que se pudre. Había aportado, en esa sociedad que construyó un ente indefinido y estéril, la concordancia del cuerpo con el alma. Charlie era un monstruo que viviría, que quizá hablaría alguna vez, que razonaría inteligentemente quizá, con el objetivo de matar. Y esa era la única forma de deshacerse de la ira: la imperecedera venganza que por entonces ninguno de los dos la creía imperecedera: él porque recién empezaba su martirio, ella porque había llegado demasiado tarde y no tenía fuerzas.

De eso, se dio cuenta unas cuantas noches después, observando al hombre que estaba a su lado en la cama. El hombre más hermoso que hubiesen visto sus ojos en toda su vida.

El coronel Gonzaga se había casado con una Larriere, ya no era simplemente coronel, sino teniente coronel del ejército. Había leído y escuchado sobre la tragedia del circo en Buenos Aires, pero él estaba con su esposa en la larga luna de miel por Europa y el Oriente. Un regalo de sus suegros, por supuesto, pero los Gonzaga habían aportado la casa y los campos de San Isidro. Del Jockey Club al Hipódromo había un paso para el Chevrolet que él manejaba, porque Eva tenía otro para ella y sus negocios, más formal, negro y austero. Eva era una gran mujer, no solamente inteligente para los negocios, sino de una intuición que nunca alcanzó él a comprender, porque ella le hablaba de la muerte, que era el objeto de su

empresa familiar, como si fuese un futuro. Sentía, cuando ella lo abrazaba, una pesadumbre parecida a cuando había visto por primera vez cabalgar a Flora sobre su potro negro. Como si ambas fuesen mensajeras; pero no era así, se dijo en los tiempos luego de la boda, fumando en la cama junto a la mujer que luego de hacer el amor, se acicalaba y se vestía como para un funeral, y que era simplemente el descanso de una noche. Flora llevaba la muerte en sí misma, pero Eva era una mediadora, quizá fuese más correcto decir, la mercader de la muerte.

Por eso, dos, tres, cuatro años después, cuando César ya había nacido y correteaba por el parque y él lo llevaba a los almuerzos del Club, a veces hasta al Hotel Castelar para mostrarlo orgulloso a los otros hombres que entraban y salían del sauna saludando con un choque masculino de manos al nene de Archie, hermoso como el padre. Y cuando podía, se iba luego del trabajo en el Círculo Militar, que le llevaba más tiempo que los trámites en el bufete de abogados, a tomar algo con los muchachos. A veces los viernes, siempre los sábados, y más adelante cualquier día de la semana, excepto los domingos, reservado para su familia y la de sus suegros.

Y una de esas noches estaba en un cabaret de la Avenida de Mayo por el bajo. Luces muy débiles, si es que las había, desalumbraban las pistas donde las strippers iban y venían, sin contoneos de mal gusto, sin ropa, por supuesto, simplemente una bombacha muy fina que el dueño importaba de Rusia, porque allá sí sabían cómo seducir, cómo flirtear con las hembras, cómo convencerlas del atractivo de un hombre, fuese cual fuese. Las finesas francesas eran un puterío de mal gusto, ornamentado de oro falso y palabras obsecuentes para esconder el afeminamiento de hombres contrahechos y pusilánimes.

Borracho, claro, pero no tanto como para no sentar en su falda a alguna chica y sentir los glúteos asentándose en uno de sus muslos, como cabalgando. Y no sabía por qué, pero siempre que pensaba en eso recordaba a Flora. ¿Qué sería de ella? Si hasta había evitado despedirse aquella vez, justo un día antes del incendio. Le habían dicho algo, claro, los camorreros de Krakovsky, y su viejo lo había llamado, también. Ambas coincidencias habían chocado entre sí para decir nada, y decir la misma nada. En el desquicio en que se había convertido su mente esos últimos tiempos, el silencio de tantas palabras juntas podía ser traducido por: *andáte, Archie, ya se sacó la calentura, coronel, ya se hizo el cafishio y el*

benefactor como se le dio la mismísima gana, limpiáte el pito, pibe, y mandate a mudar.

El país lo espera teniente coronel Archibaldo Gonzaga.

Pero nadie le había prohibido echarse unas cuantas canas al aire cuando quisiera. Por eso, medio borracho y medio alegre, porque en él ambos estados solían ser una contradicción que lo agobiaba y lo confundía y lo agotaba, salió del antro a la vereda, solitaria a esa hora de la noche. Extrañaba a su amigo el doctor Farías, su amigo íntimo, a veces más que íntimo, que comprendía su alma sin apenas hablar, mirándose a la cara o abrazándose en esos estados hipnóticos posteriores al alcohol y previos al sueño. Pero el doctor estaba en campaña para hacerse nombrar ministro de Salud Pública, y por eso se dejaba ver sólo de día y en ambientes públicos y familiares.

Estaba solo, entonces, y no le desagradaba estar consigo mismo, abochornándose sin que nadie lo viese, dándose golpes de *mea culpa* aprendidos en el catecismo. Eso le hizo acordarse de que necesitaba orinar, así que enfrentó una vidriera y esparció su chorro contra el vidrio mientras los maniqués femeninos observaban impávidos y sin escandalizarse. Buscaría una puta, se dijo, las del cabaret eran unas remilgadas. Buscaría una de la calle, una necesitada de dinero que haría lo que él le pidiera. La rajaría en dos, pensó, quedándose con los testículos secos y la mina embadurnada de su simiente como una de esas diosas orientales de las cuales había visto estatuillas en su viaje de luna de miel.

Caminó, buscando, y las que había no le gustaban. Iba en busca de algo que no sabía, de una mujer que se pareciera a la que estaba buscando, sin tener idea de lo que era. Tomó un taxi.

-¿Sabe, jefe, dónde hay un putero que valga la pena?

Bajó la ventanilla dejando entrar el frío y exhalando el humo del cigarrillo.

-Depende de lo que quiera gastar, patrón.

-Lo menos posible, las conchas son todas iguales, ¿no?

El chofer se rio.

Recorrieron muchas calles y varios barrios, y cada uno era más pobre que el anterior. El taxímetro seguía subiendo, y el chofer debía estar sospechando si el tipo ese le pagaría.

-Patrón, disculpe, que le diga esto, pero ya es tarde, y buscando una puta barata, se está gastando en el viaje más de lo que le costarían dos o tres de las caras.

Gonzaga lo miró por el espejo retrovisor, escondiéndose con el humo.

-Pará acá.

Estaban en Mataderos. Había un farolito rojo en la puerta de una pensión. Miró la cuenta, sacó los billetes del bolsillo y los puso con cuidado en el culo del muñequito de peluche que colgaba del respaldo del asiento delantero. Se bajó del auto, el chofer, medio encabronado, también, pero desistió cuando Gonzaga dijo:

-Quedáte con el cambio, te va a sobrar para hacerle un mantenimiento a la cafetera esta.

Caminó hasta el putero, tocó el timbre. La mirilla de la puerta le tiró encima un rayo de luz y el olor del alcanfor. Dónde me estoy metiendo, pensó.

Pasillo, una mesa con una puta vieja sentada encima, piernas fofas y tetas sucias.

-Esperá allá- le dijo, señalando el saloncito con cuatro o cinco sillas.

Se sentó, miró el techo desmigajado de pintura y cubierto de manchas de humedad. Eran las cuatro de la mañana, ya los que hubiesen venido, se habían ido.

-Subí al primer piso, la primera habitación- le gritó la mina un rato después.

Hizo lo que le dijeron, cansado pero ya no tan borracho. El viaje en taxi y el frío por la ventanilla lo habían despejado. No golpeó antes de entrar. En la cama, a oscuras, junto a un velador que era propio de un velatorio había una mujer. Era pequeña a juzgar por el espacio que ocupaba en la cama, delgada, flacucha más bien.

-Permiso- dijo él, y escuchó un grito que denotaba sorpresa.

-Archie...

La voz de Flora arrasó con lo que quedaba en pie de su nombre esa noche.

Se acostó a su lado, mudo de asombro, como pasmado, en realidad, de encontrarla allí, justo a ella, por Dios, a quien no podía mirar a la cara siquiera, porque se había ido sin despedirse, ni había ido a visitarla al

hospital. Se había deshecho de ella como quien tira un papel a la basura y lo cubre con tantas otras cosas para no volver a verlo: matrimonio, viaje, trabajo, y sobre todo indiferencia. Pero allí estaba Flora, o Edith, de quien realmente se había enamorado, la ecuyére cabalgando en los terrenos vacíos adyacentes al aeropuerto, sobre un caballo negro que no era capaz de volar, sólo ir a ras de tierra, recogiendo escombros de esqueletos.

Ahí estaba ella, sobreviviente sobre una cama extraña que había hecho suya por necesidad, madre de la costumbre. Menos mal que sólo era una sombra todavía, porque no se animaba a mirarla a la cara.

-¿No te desnudás?- preguntó ella.

Otro era su tono, pero la misma voz. Tono agreste, voz atiplada. Edith tocando la flauta sobre el caballo y dando vueltas a la pista del circo. Cuántas veces la había visto así, en esa imagen con asociaciones sexuales que no podía evitar, así como ninguno de los adultos que la hubiese visto alguna vez. La inocencia era un rótulo que cantaba su nombre y su rostro, como si no conociera las ansias que provocaba, ella, la tan frágil, la tan “mosquita muerta” como la llamaban las otras mujeres, la que sin desearlo y sin la figura adecuada, incitaba al deseo como únicamente puede hacerlo un ideal, inalcanzable pero imprescindible. Sin ella, las otras no eran más que cuerpos fértiles, como la tierra bajo los pies. La tierra se seca y se hace polvo, pero la alada figura cabalgando, cabalgando siempre a ras de tierra pero sin tocarla, en ese espacio indefinible que determinaba la absoluta diferencia. Ni aire ni tierra, tal vez agua girando en el espacio contra toda física y lógica. O la pluma de su crespón, quizá arrasando en su abismo con toda existencia posible.

Se sacó la ropa. Se acostó sobre ella. El olor del circo lo rodeó como manos invisibles que lo acariciaban y lo apretaban. Flora ahora lo miraba a los ojos, y no era amor ni abnegación ni alegría o siquiera satisfacción. Era un rencor que le lastimaba la cara, y sólo pudo hacer lo que hace un hombre cuando no puede contestar, arremetió contra ella, penetrándola para observar su rostro doliente, que es placer y es dolor, y ambas cosas, odio y amores confundidos por un instante. Ella no sonrió ni cerró los ojos, Flora ya no cabalgaba. Sus piernas eran dos paréntesis que encerraban el cuerpo de un hombre, o el cuerpo de los monstruos.

Cuando acabó, él le sujetó la cara con una mano, apretándola, sabiendo del daño que hacía.

-¿Qué te pasa, Flora? Te miro y ya no sos vos. No eras una puta, y ahora te comportás como una.

-¿Quién dice que no era una puta? Desde chiquita lo soy.

Ella no recordaba haber pensado con detalle en todo eso desde tantos y tantos años. Lo que Ernesto sabía, se lo había callado, y ella mantuvo el silencio que era lo más hermoso en la boca de los hombres. Sin embargo, hoy, inesperadamente, esa noche, se escabullía entre los pliegues de su mente. Las paredes mal revocadas, las paredes rotas de su mente.

-¿No querés conocer a tu hijo?

La miró, la soltó, se tiró en la cama, cansado.

-No me vengás con eso, te aprendiste todo el manual del puterío...

Flora se rio.

-El manual me lo metieron por el culo, querido, cuando era una nena. Pero ya no importa. Lo que te digo es verdad. En el piso de arriba duerme el chico.

-Pero...

-Cuando te fuiste ya estaba embarazada, no le dije a nadie. Tres meses tenía cuando ocurrió el accidente. El pibe es un tarado, y yo quedé más deformada que la mierda. Sólo sirvo para esto, estar boca arriba como una muerta y recibir la estaca que por un rato me libra del infierno.

Se levantó y se puso el pantalón.

-¿Arriba, decís?

Salió al pasillo a oscuras, aunque la luz del amanecer intentaba meterse a espiar por las ventanas. Subió la escalera, abrió la única puerta. A la luz de una estufa, había varios colchones y chicos durmiendo medio desnudos.

-Ese-dijo Flora, a su espalda, estirando el brazo.

Era ahora distinta, pequeña, tocando con suavidad su codo para conducirlo en la penumbra.

Lo hizo agacharse. Él escuchó un ronquido de animal enfermo. Frunció la frente, intentando preguntar en silencio a Flora de qué se trataba todo eso, si era una broma o una especie de venganza de mal gusto.

Flora se acercó al chico, o lo que fuese, porque roncaba o gemía como un perro lastimado, y dijo:

-Charlie, despertáte, acá está tu padre, querido mío, mi angelito perfecto, mi lindo animalito inocente y frágil, ángel de Dios, digno hijo de tu padre, la bendita semilla de la bondad y la belleza...

Cuando estuvo por hacerla callar para detener esa verborragia rencorosa y obsesiva, ella le dijo:

-Mirálo un poco, y decime si no se parece a vos.

Era una criatura de edad indeterminada, de rostro marcado por el prognatismo, los brazos largos, las piernas dobladas, y lleno de vello. ¿Eso era su hijo?

Agarró a Flora de un brazo y le tapó la boca. Bajaron otra vez a la habitación.

-¿Estás bien, Flora?- gritó la vieja desde la planta baja, había escuchado los pasos y las puertas.

-Si, Rosa, no te preocupes.

Archibald la tenía sujeta contra la cama, el cuerpo encima y la furia exacerbada.

-Linda broma la que me querés hacer. Vos no era así. ¿Tanto te cambió el accidente?- le decía, punzando una de sus sienes con la punta de un dedo como si intentara hallar la entrada al cerebro de Flora.

-¿Accidente? Llamálo como quieras, me dijeron, de paso, que vos algo sabías, pero ya es historia vieja. Lo que me cambió, querido, fuiste vos. Te fuiste, me dejaste un hijo...

-Yo no sabía...

-Ya sé que no sabías, no te culpo de eso sino de la fuga. Te enteraste del incendio y lo que le había pasado Edith la ecuyére. No fuiste a visitarme, Archie...

No lloraba, por supuesto. Era un reclamo, un reproche. Era, en realidad, una inculpación.

Gonzaga se levantó de la cama. Se puso la camisa y el saco, y colgó del cuello la corbata que se había sacado desde que llegó al cabaret.

-¿Ya te vas?

-¿Qué querés de mí, Flora? ¿A qué viene esto, si ni siquiera sabías que yo iba a venir, que nos íbamos a encontrar?

-Pero pasó, Archie. La madre de Ernesto, ¿te acordás que te conté?, era una gran bruja que sabía mucho. Yo aprendí de ella que los acontecimientos están fuera de nuestras manos. Ella armaba un teatro de marionetas y manejaba a casi todos los títeres. Nosotras, me decía, no manejamos nada, pero vemos los hilos que mueven a los hombres. Más

arriba están las manos que dirigen esos hilos, y más arriba aún, lo incierto. Por algo viniste, Archie.

-Vine porque soy un pelotudo, un calentón que no puede quedarse tranquilo con su mujer y su hijito en su casa.

-Debés tener un hijo, muy hermoso, Archie.

-Claro, Flora, no ese engendro que tuviste vos.

No supo, Flora, por qué hizo lo que hizo, tal vez Marietta lo supiese. Ella, que odiaba al chico, de pronto se vio agarrando el velador de la mesa de luz, haciendo que de pronto se hiciera la oscuridad en la habitación, y arrojándolo a la cabeza de Gonzaga.

Se escuchó un ruido de vidrios y un grito apagado.

-¡La puta madre!- dijo él.

-¿Qué pasa arriba?- gritó la vieja desde abajo.

-Nada, jugamos, nada, no te preocupes.

-Lo que rompan, lo pagan.

Gonzaga caminó hacia la cama en la oscuridad, tropezándose con la sábana caída y golpeándose un pie descalzo contra una de las patas. Se agarraba la cabeza lastimada, tenía astillas de vidrio en el pelo. Flora se acurrucó contra el respaldo, el silencio de Archie la extrañaba, la asustaba. Sintió sus manos en sus hombros, apretándola contra la pared, luego le tocó las tetas y el vientre con la cicatriz de la cesárea.

-Sos una puta deforme, vos. Decí que no tengo una pistola para descerrajarte un tiro.

-Me harías un favor, Archie- dijo ella, pero no lloró.

Tal vez, si ella lo hubiera hecho, el entramado de aquella noche se habría deshecho por sí mismo. Sin embargo, la arquitectura de la tragedia se mantuvo firme.

Agarró la corbata y la envolvió alrededor del cuello de Flora. Era sedosa, extremadamente suave. Seda italiana, tal vez comprada en Nápoles. Dudó un poco, pero empezó a ajustarla alrededor del cuello de Flora.

Ella sintió que eran tan suaves las manos de la muerte, que se fue durmiendo de a poco, con el aliento de Archibald en su cara, el aroma del tabaco y el olor del potro que había cabalgado, el olor del Matanza y del aserrín del circo. Todo eso junto, aunque ya no pudiese respirar, era una amalgama suave como el crespón ya desaparecido para siempre.

La oscuridad del cuarto fue lo último que vio, y no la sorprendió la subsecuente oscuridad.

5

Archibaldo Gonzaga miró al techo. Las telarañas fluctuaban con el ruido de las pisadas en la escalera. Luego, los golpes en la puerta.

-¿Ya terminaron, Flora?

No respondió, pero debía hacerlo.

-Está dormida, doña.

-Está bien, pero no quiero clientes acá después de la seis, así que haga el favor de vestirse y mandarse a mudar.

El reloj de la mesita de luz estaba muerto. El de pulsera, marcaba las cinco menos cinco.

-Está bien, doña...ya bajo.

Sabía que al volver a la realidad, luego de ese intervalo donde no hubo tiempo, donde sólo eran ellos dos, o más bien él y su ira, o como fuese que se llame esa cosa incierta y carente de sentimientos que fue él, Gonzaga, cuando anudó la corbata en el cuello de Flora, la desesperación ocuparía su lugar, arrogante y exclusiva.

Se llevó las manos a la cabeza, se frotó el pelo y la barba con las uñas, diciéndose “y ahora qué hago.” una y otra vez. Si salía como si nada, la vieja pronto encontraría muerta a Flora y sabría que había sido él. Por más que desconociera su nombre, las caras nunca se olvidan.

Y entonces pensó en su amigo Farías. Marco saldría de su enclaustramiento para ayudarlo, de eso no había dudas, aunque después se cobrara el favor con creces.

Bajó a la planta baja.

-Oiga, doña, necesito hacer un llamado para que un amigo venga a buscarme, ¿me presta el teléfono?

La mujer señaló hacia la mesita de tres patas junto a la pared del pasillo. Gonzaga caminó los pocos pasos, levantó el tubo, discó el número y

esperó que Farías estuviese despierto o por lo menos escuchara el timbre del teléfono. La vieja miró hacia el pasillo de arriba, luego a él, y preguntó:

-¿Sigue durmiendo?

Mientras rogaba escuchar la voz de Marco, contestó:

-Si, vieja, qué le va a hacer. Nos cansamos un poco, ya sabe.

La mujer puteó y siguió escuchando la radio con la oreja pegada al parlante.

Por fin el doctor Farías contestó. Le dijo en un cuchicheo lo que le había pasado, no, no, no podía seguir hablando, por favor, Marco, hacé lo que te pido, por lo que más quieras, sabía que estaba por ponerse a llorar. Pensaba en su esposa, en su casa, en su trabajo, en su hijo. No, no aquel monstruito del segundo piso, sino César, el que los esperaba para pasear como todas las tardes por las Barrancas de San Isidro.

-Ahora viene-dijo, colgando el tubo, sonriendo a la vieja, y volvió a subir a la habitación cerrando la puerta con el pestillo.

Contó los minutos con ansiedad, al principio. Luego de un cuarto de hora, los nervios amenazaban con traicionarlo. Flora estaba en la misma posición, apoyada contra el respaldo, la cabeza caía hacia la izquierda. Le sacó la corbata y la guardó en un bolsillo.

A la media hora, la desesperación lo hizo caminar de un lado a otro del cuarto, sabiendo que hacía ruido en las tablas del piso, pero la vieja tenía la oreja pegada a la radio, era imposible que escuchara, se dijo él, tenía que ser así, hasta que Farías llegara.

Volvió a mirar la hora muerta del reloj sobre la mesa, con las agujas estancadas en las cuatro y media. ¿No fue esa la hora que él apretó el nudo de la corbata? Pero entonces... No, se dijo, el reloj ya no funcionaba desde quién sabe cuándo. Las cuatro de la tarde o de la madrugada del "alguna vez" perdido en el tiempo. La cara de Flora, medio escondida en el hueco del hombro, parecía dormida, nada más, y pronto la vería abrir un ojo, traicionera, maliciosa, burlona. La que sabía cabalgar sobre los potros gimiendo de éxtasis y engendrando monstruos. La ecuyére con ancestros anclados en la vieja Francia de la Bretaña, la de las brujas celebrando sus aquelarres en los claros de los bosques entre la medianoche y la primera luz del alba. Tal vez, las cuatro y media de la mañana.

Entonces se preguntó si lo que él había hecho no había sido más que liberar el espíritu encerrado en el pequeño cuerpo de esa mujer, el gran

espíritu que únicamente se manifestaba en aquellos instantes del éxtasis, como cuando la había visto cabalgar en los campos de Ezeiza.

Era ella la que probablemente estaba retrasando la llegada de Farías, interponiéndose en su camino, haciéndolo tropezar, hasta quizá provocando un accidente.

Cuando miró su reloj pulsera, vio que era las seis de la mañana, y oyó los primeros pasos en la escalera. Se enclaustraría en el cuarto, anudaría la corbata en su cuello, luego en alguna viga, gancho, hasta un tornillo o clavo que sobresaliese del techo, y se colgaría, con tal de no enfrentar las vergüenzas del futuro.

Pero entonces sonaron golpes fuertes en la puerta de calle. Los tacos de la vieja volvieron a descender para ver quién llamaba de esa manera. Se oyeron gritos, puertas golpeadas y pasos apresurados de botas masculinas. Voces de hombres, y entre ellas la del doctor Farías, diciendo:

-Señora, tenga a bien apartarse del paso. Se trata de una inspección de la Secretaría de Salubridad. Hemos recibido muchas denuncias, señora, de lo que pasa acá dentro.

Un golpe de palmas representó la reacción de la vieja, diciendo “otra vez con lo mismo”.

Podría besarte y abrazarte ahora mismo, querido amigo, pensó Gonzaga, excitado por aquella idea tan genial. El doctor Farías, futuro ministro de Salud, había venido a salvarlo con una estratagema absolutamente legal. El triunfo, querido, es nuestro, se dijo. Flora, desde la oscuridad, quizá sonreía, también.

Los hombres de Farías, cuatro o cinco a juzgar por los pasos, recorrían los pasillos y las escaleras, abriendo puertas, sacando a las mujeres que así despiertas se preguntaban qué pasaba, hasta que se daban cuenta, resignadas, del ritual urbano que debían cumplir. Unas en corpiño, otras en bata, hablaban y se burlaban de los hombres, mientras Rosa se interpuso en la escalera que llevaba al otro piso.

-Ahí están los chicos, nada más.

Los hombres miraron a Farías, que aguardaba, de brazos cruzados, junto a la mesa del comedor, llena de ceniceros y puchos, vasos y botellas. Denegó con la cabeza, y sus hombres entonces se dedicaron a explorar las habitaciones, dar vueltas las camas, sacar la ropa de los armarios, hasta que encontraron la puerta cerrada donde él estaba.

Abrió, abrochándose los pantalones, y pidiendo excusas como si no conociera a nadie. Lo agarraron de los brazos y se lo llevaron abajo. Vio a los otros entrar en el cuarto, revolver cosas, tirar cosas, romper cosas, y salir, como habían salido de las otras habitaciones, cargando bolsas de evidencias, en algunas sábanas con semen, en otras armas blancas, algún revólver, seguramente, muchas cremas y aceites, pomos de maquillaje, consoladores, sogas, fotos pornográficas y cámaras viejas. Y en una de ellas, y no más grande que las otras, porque su cuerpo era pequeño y delgado, y liviano como el crespón que había vestido, estaba el cuerpo de Flora, y mucha de su ropa, y la valija, también, porque esos hombres no olvidaban nada, expertos en la muerte y sus ficciones.

En la calle había dos autos y un camión en el que tiraron todas las cosas que habían sacado del putero. Subieron a uno de los autos, en el asiento trasero. Adelante iban dos de los hombres, pistolas sobre el tablero.

-Gracias, Marco.

-Agradecéle a mi hermano Hermes, que me prestó a estos tipos.

-¿Le dijiste?

-Sólo de la clausura de un putero, y se avino a congraciarme. Es la oveja negra de los Farías, ¿sabes? O más bien la oveja blanca.

Recorrieron varias calles, dando vueltas, como queriendo perder el rastro, pero ya se sabe que ellos eran perseguidos y perseguidores, como si intentaron borrar las huellas en una especie de círculo infinito. Curiosa, ¿no?, esa metáfora del infierno terrenal.

-¿Y ahora qué hacemos?- le preguntó Farías. -¡Qué cagada que hiciste, che!

-¿Qué querés ? La muy puta me quería extorsionar con un chico mogólico o algo parecido. Si lo vieras.... Me decía que yo tuve la culpa, que la echaron del circo por ese engendro que yo le hice. Que me desaparecí y la abandoné, que me robé toda la plata de sus giras...

¿Se creía todo eso? Marco, que lo conocía, le puso una mano sobre la boca, señalando por el espejo retrovisor a los otros. Más valía callarse. Las mentiras que uno inventa son más peligrosas que las que uno escucha.

Entonces Gonzaga dijo:

-Al matadero, estamos muy cerca.

Marco lo miró sin decir nada.

El coronel Gonzaga conocía al ordenanza, había hablado con él muchas veces en la campaña que había hecho por poner de director a un milico que quería ganar puntos para llegar a general, aunque no tuviera pasta para eso. Mientras lo dejaban soñar, le habían dado ese puesto para que se entretuviera.

Llegaron. Gonzaga bajó, desarreglado apropiadamente después de una noche de farra. Se acercó al portón y golpeó.

Eran las seis y media, más o menos. Los hombres ya estaban trabajando en sus faenas.

-¡Coronel, qué gusto!-dijo el tipo, joven, de una chiva espesa.

-Oscar, viejo, escucháme. Necesito un favorcito...

El chico miró hacia el camión y los autos.

-Para usted, mi coronel, lo que quiera.

No estuvo de más untarle la mano con billetes, además del puesto en que él lo había colocado.

Los hombres bajaron bultos, unos pocos, para disimular. Luego, el camión y el otro auto se fueron. El chico se encargó de elegir la bolsa, como inspeccionando esmerada y seriamente. Olía, quizá, el olor de la muerte. Gonzaga lo conocía, el pibe giraba según el viento de las circunstancias políticas y según el favor de muchos pesos pesados del Círculo. Se lo recomendaron los Saravia. Después, los dejó solos en un depósito húmedo y vacío, lejos de los hombres que trabajaban. El olor de la grasa y de la carne podrida formaba parte de las paredes, como si fuesen de huesos recién pelados por eficaces carroñeros.

El cuerpo de Flora estaba dentro de la sábana, sobre el piso de cemento. Había armarios a los costados, y estantes en las paredes, llenos de mugre, sin herramientas. Archie buscó en los armarios, sabía lo que buscaba pero sin estar seguro de encontrarlo.

-¿Qué buscás?- le preguntó Marco.

-Un hacha, un serrucho, hermano mío. ¿Qué querés que busque en este infierno?

-Un infierno frío, hermano, como vos decís, porque es un frigorífico en este momento.

Ambos temblaban sin poder evitarlo, con escalofríos que les hacía chocar los dientes y entorpecer las palabras que se congelaban en el aire antes de ser pronunciadas.

-Elegí.

Gonzaga tenía, en una mano, un hacha, en la otra, una sierra de cortar huesos.

-¿O no te querés ensuciar las manos, futuro ministro?

¿Quién era Archibaldo Gonzaga?, se debía estar preguntando Farías. Esa mueca de desdén, esa amenaza, estaban en una parte de su rostro, como pequeñas pecas sembrando la cara de ojos celestes como un cielo ensombrecido. La voz le temblaba, las manos con las herramientas-armas, le temblaban. La camisa blanca transpirada y sucia, el pantalón con un bolsillo roto.

-Dame para acá-dijo Farías, eligiendo el hacha. Si iba a hacerlo, por lo menos que fuese con furia, permitiéndole descargar la ira con los golpes.

¿Cómo empezar? No por dónde, sino cómo.

Dejando caer el hacha allí donde el azar lo decidiera.

Desmembrar un cuerpo, igual que lo estaban haciendo aquellos otros hombres en las otras salas del matadero municipal. Pero este cuerpo sobre el que ellos dos trabajaban, eran tan pequeño que pronto terminarían.

Tres, cuatro golpes de hacha que separaron la cabeza del tórax, luego el abdomen y partieron en dos la pelvis.

Ya estaba hecha la mitad de la faena.

Gonzaga se inclinó sobre los restos, limpiándose la sangre que había salpicado su ropa y su cara. Farías se secaba con las mangas de la camisa. Sangre, sudor y lágrimas, como en la guerra dijo alguien muy famoso, y Archie se rio de aquella asociación, tan sarcástica como una broma de Dios, presente allí, en la carne que tanto le gustaba lacerar y hacer sufrir.

Con la sierra en mano, separó los brazos a la altura de los hombros, luego los codos, y después las manos que alguna vez sujetaron las riendas de un potro dócil. Cortó las caderas, fuertes, tal vez lo más firme del cuerpo de Flora, que la habían sujetado sobre el lomo y mantenido en pie en las largas cabalgadas por la pista del circo. Las rodillas, difíciles de aserrar, tanto que estuvo a punto de largarse a llorar él también, como el imbécil de Farías. Pero se contuvo, y tocó los pies. Los había besado muchas veces, y ahora la piel pálida se manchaba de sangre al partirlos.

Todo quedó reducido a un montículo de carne y huesos, sobre el que apoyaron la cabeza, y lo taparon con la sábana.

Llamaron a Oscar.

-Para los perros-dijo Gonzaga, con la sierra pegada a la mano por la sangre seca.

El chico se rio, pero dijo que se encargaría de poner todo en el camión que llevaba los restos al crematorio.

-Hacé lo que quieras.

Se fueron a los baños, los que usaban los obreros al terminar el día de faena. El ruido de las hachas continuaba en los patios, los gritos y las alegres puteadas de los hombres.

Se desnudaron y se acucillaron sobre las viejas, las antiguas letrinas por encima de las cuales caía el agua de las canillas, a veces fuerte, a veces solo un hilo de agua, pero siempre fría.

Se restregaron la sangre, temblando de frío, muequeando irrisoriamente, puteando al mismo Dios que les había dado el agua y la carne, el vino y el pan de ese pequeño apocalipsis que habían estado creando sobre el cuerpo de Flora.

Y de tanto frío, Archibaldo se apretó el cuerpo con los brazos. El culo apoyado en la loza vieja, deshaciéndose de la mierda de su cuerpo, que ya no le respondía. Y como lloraba, Marco, de puro miedo, se le acercó y le rodeó el cuerpo con sus brazos.

Entre ambos, intentaron darse calor, pero el frío reinaba como un déspota preparando la próxima masacre.

Casi al mediodía, en la pensión, la joven dueña del putero se quejaba de lo lindo con Rosa, la que hacía los abortos en el barrio, y no cobraba mucho.

-¡Una puta vez que te dejo encargada, y mirá lo que pasó!

-¿Y qué culpa tengo yo, se puede saber? En dos días te vuelven a abrir, ya sabés cómo son, pura facha para la prensa.

-Y encima se nos fue la Flora, y dejó al imbécil.

Rosa se cruzó de brazos, también extrañada de eso, pero con tanto lío esa mañana, no la había visto, y no era raro que se escapara con tanto milico dando vueltas. Pero ella se llevaría a Charlie, y lo criaría para enseñarle el oficio.

Y si no lo aprendía, qué importaba, las mujeres, con sólo verlo, abortarían de espanto.

PROFUNDAS EXALTACIONES

1

Les relataré mi historia como si yo fuese el protagonista, pero en realidad el personaje principal es Andrés Funes. Lo conocí en Dolores, cuando éramos chicos. No recuerdo cuándo comenzó nuestra amistad, quizá fuera en esa etapa demasiado temprana de la infancia en que los recuerdos se confunden y la realidad se funde con los sentimientos.

A propósito, mi nombre es Juan Carlos, Juanca, para todos. Pero mi documento de identidad dice bien claro Gian Carlo Voltoretá. Así me bautizaron, porque mi viejo era italiano de buena cepa, un milanés que se vino a la Argentina con mi abuelo escapando de Mussolini, allá por los cuarenta y pico. Sin madre, porque a la abuela la habían fusilado por anarquista, el abuelo Lautaro Voltoretá se vino en barco, de polizone, según contaba, con su hijo en brazos, envuelto en frazadas y encima una piel caprina impermeable a la humedad del mar y la lluvia. Bajó del barco en el puerto de Buenos Aires, en pleno gobierno de Perón. Abrió la zapatería en el barrio de La Boca, y si bien no se hizo millonario, pudo pagar la escuela de mi viejo. Padre e hijo fueron queridos y malqueridos en el barrio, cerca del puerto. Demasiado emprendedores y preocupados, demasiado responsables, diríamos hoy, por el trabajo bien hecho. Papá quiso ayudarlo como aprendiz de zapatero, pero antes de que el viejo terminara de convencerlo de lo contrario, se murió de un infarto en plena labor, sentado en su silla de siempre y con una bota sobre el regazo, apretada al pecho cuando empezó a dolerle, y la bota fue su cómplice en el afán de no preocupar al chico que estaba a su lado pegando suelas. Un chico que ya era un hombre, y que no quería ser zapatero, sino músico, conquistado por el ritmo sincopado de las máquinas de las zapaterías, entre mezclado por los tangos y las canzonettas italianas que el abuelo escuchaba en la radio. Pero papá no había dicho nada, por más que el abuelo lo supiera muy bien y lo estimulara cantando con su quebrada voz de barítono sin entrenar durante las tardes de sábado, cuando el hijo lo ayudaba en el taller.

Como decía, el abuelo se murió de un infarto, y cuando mi viejo escuchó el silencio del taller vacío y lleno de calzados rotos y a medio reparar, sintió una tan tremenda congoja, que tuvo deseos de vomitar ante tanta mugre y desolación. Fue como si el olor de pies sucios de toda esa gente, del que nunca se había dado cuenta, se le viniera encima de pronto y sin remedio.

Vendió, entonces, el taller completo con toda su clientela, a un viejo tano amigo del abuelo que más que quererlo, le había envidiado su prosperidad, o más bien esa inquebrantable e insidiosa voluntad que le dio más prestigio a la pequeña familia Voltoretá en el barrio que el progreso logrado.

Con ese capital, pequeño, se fue a vivir con un amigo de la escuela en Sam Telmo, sobre una calle empedrada, y cerca de un conservatorio. Mi viejo, Nicola, sabía italiano y varios dialectos que el abuelo hablaba sin afán de enseñanza. Tenía, mi padre, una memoria auditiva prodigiosa, además de la exquisita distinción de su oído. Repetía letras y melodías con solo escucharlas una vez, y fue cuando se puso a escribirlas en el cuaderno de la escuela cuando el abuelo supo del talento de su hijo: había transcripto las notas sin un pentagrama, y sin saber más que el solfeo aprendido en la primaria.

A los veinticinco ya tenía canciones vendidas a en dos discográficas y aparecido en la radio y la televisión. No cantaba, su voz era pésima, pero tocaba el piano acompañando a los solistas que fueron cada vez más conocidos. Se hizo su nombre, y le pidieron canciones: baladas en su mayoría, con una reconocible influencia mediterránea, que a algunos molestaba por pedante o extranjera, pero que la gente reclamaba. Había algo, sin embargo, que siempre lo angustiaba, no poder componer para el gran público, lo que él llamaba al auditorio exigente, la música carente de ritmoailable pero llena de armonías. Habría querido ser un Mozart criollo, pero no lo dejaron serlo. La verdad, es que tal vez ni siquiera lo intentó.

Porque conoció a mi vieja en un bar donde tocaba. Ella era ingeniera y profesora en la universidad de Buenos Aires. Era joven, uno o dos años mayor que él, fumaba, usaba pantalones y anteojos oscuros aún dentro de ese bar sobre Corrientes al bajo. La confundió con una puta, solía contar a los amigos y a los no tanto. Dejó el piano, se acercó a la mesa donde ella estaba sola, y la abordó así nomás, como un tano caliente, de pelo en pecho y barba rala. Dice la anécdota que ella se sacó los anteojos, lo miró con esos ojos negros en la facies ensombrecida por la penumbra del antro en medianoche, y le dijo: “Toca perversamente bien, querido”. Se fueron a la cama, y de allí al matrimonio, y después nació yo.

Nunca imaginé a mi vieja de esa manera, más bien me resultaba una leyenda que ellos se inventaron para conquistar al auditorio de músicos y

artistas que los visitaban cuando vivían en Buenos Aires. Mi vieja era una profesora seria, pero solía fumar y beber de más en esas tertulias, donde si llegaba algún alumno de la universidad, ella lo recibía como un compinche. Al principio, y ya viviendo en Dolores, me asustaba ese aspecto de mi vieja, pero aprendí a darme cuenta de que ella se liberaba de sus ataduras numéricas, estructurales, metodológicas, con ese comportamiento que para cualquiera que no la hubiese conocido en la facultad, era como el de cualquier mujer común y corriente. De ella aprendí mi profesión, arquitecto. Pero de papá heredé la inquietud por la música. De día, facultad de arquitectura en La Plata, de noche, conservatorio.

Ya en Dolores, lejos de los centros urbanos más comerciales, debían viajar en micro, tren y autos prestados. Se mudaron apenas nació. ¿Cuál fue la razón, considerando que tanto el ámbito académico como el artístico estaban en Buenos Aires? Yo tenía seis años cuando le pregunté a mamá, me acuerdo porque fue mi primer día de escuela. Aunque no lo entendí del todo en ese momento, supe que mi viejo, zurdo recalcitrante, estaba en la lista negra de los militares.

¿Acaso Dolores era un sitio tan lejano y perdido? No era ese el motivo de la elección, sino el olvido en que se tiene a esos pueblos viejos aunque añosos de la provincia. O tal vez la relación con un viejo coronel de la vieja escuela que le había aconsejado el perfil bajo. Publicó, a la distancia, muchas canciones el resto de su vida, bajo el seudónimo de Nicolás Montalto, el apellido de mi abuela. Mientras vivimos en Dolores, oficialmente mi padre era un pianista amateur y almacenero de barrio. Mi vieja dejó su cátedra en la facultad y se puso a enseñar en una escuela secundaria. Le llegaban encargos del exterior, además del país, para muchos proyectos. Ella diseñaba en su taller y sobre el gran tablero, lleno de fórmulas y números. Si no nos faltaba nada, era por ella.

Las canciones de mi viejo fueron olvidadas donde tal vez había un decreto implícito de no transmitir las, por más que hablaran de romances adolescentes o corazones rotos. Su música comenzó a calificarse de decadente y trivial. Eso no sólo lo apesadumbró, sino que lo abrumó marginándolo al ámbito de las tertulias de café literario donde malos poetas abusaban de la destreza de sus manos sobre el teclado. Cuántas melodías inútilmente nacidas y muertas en esas tardes de sábados, me digo muchas veces, sentado ante un pentagrama, diseñando las arquitecturas de

una música que tiene el afán de ser un refugio y un templo de veneración a la vez. Dentro, las ondas sonoras de un órgano repercutiendo entre las paredes y los altos techos, y fuera, los atronadores compases de las marchas militares desarmándose poco a poco para volver a formarse con nuevas figuras, la guerra siempre distinta, la amenaza disfrazándose, y como resultado el estruendo y el silencio, más temible que el ruido. El silencio preñado de miedo.

Con Andrés éramos amigos del barrio. Él vivía con los padres en una casona vieja, añeja y llena de humedad. El padre era maestro mayor de obras, por eso venía a casa seguido para los encargos que le daba mi vieja. La madre, nada, creo, ama de casa, únicamente. Había trabajado de sirvienta, luego de mesera en muchos boliches de la zona, y por eso conocía a mi viejo, lo escuchaba tocar el piano mientras atendía las mesas. Todo eso es historia vieja, cosas que me contaba mamá, que, para despabilarse la cabeza llena de retruécanos numéricos, iba a esos mismos boliches cuando mi viejo tocaba, y había hablado con la madre de Andrés. Cuando me contaba todo esto, hacía una especie de mutis involuntario, interrumpido, como si se le fuera a escapar un secreto que prometiera ocultar. Pero tampoco era del todo así, me dije, pensando en eso mucho después: sonaba, más bien, como una especie de arrepentimiento por haber dejado escapar, por una única vez y quién sabe cuándo, algo que no estaba bien dar a conocer. ¿Acaso yo la había escuchado, a mis siete años, en esas tardes melancólicas de Dolores? Ella debió darse cuenta de que yo la había oído, pero no podía escarbar por miedo a revelarlo del todo.

Sí, eso debió quedar latente en mi memoria, dando vueltas como un moscardón verde, hasta que salió, finalmente cuando Andrés me contó todo cuando ya éramos adolescentes, varios años después. La tarde en que al bajar del colectivo, nos sentamos en un banco de la plaza, y él me dijo, llorando, la manera en que sus padres lo usaban de testigo, y luego de participante.

Andrés era flaco, aún más que yo en esa época. Fue después cuando aumentó de peso y de musculatura. A los catorce, no era más alto que yo, pero más fornido, de cara redonda y con vello en la cara que todavía no era barba, porque los rubios como él no suelen ser muy hirsutos. Yo, cambio, con mi cara de tano y mi bigote espeso, era la sombra de él, flaco y de tez

oscura, medio griego, decían, medio siciliano. Mezclaba palabras en lunfardo para hacerme el compadrito, pero Andrés era tímido y callado. Si esa tarde en la plaza me dijo todo, fue porque se trataba de la primera vez que se sabía asombrado de su propio cuerpo, fuente de culpas.

La noche anterior había visto a sus padres en la cama, y se había masturbado, pero cuando me lo contó, no supe si reírme o cargarlo apenas, porque ni siquiera había sido eso, sino una eyaculación de adolescente que yo conocía de tiempo antes, por más que en esa época no se hablara de esas cosas entre padres e hijos. Luego, me callé la boca, y lo escuché atentamente.

No era la primera vez. Ellos lo llamaban a su habitación. Lo veían esconderse tras la puerta, se reían. Gemían y hablaban con palabras obscenas para excitarlo. Yo imaginaba la penumbra del cuarto en la vieja casona de paredes con grietas y múltiples capas de pintura seca que se quebraba dejando caer grandes trozos que se deshacían en el suelo, porque pocas veces eran las ocasiones en que se barría. Yo dormía a veces en la casa de Andrés, en su cuarto, y escuché gemidos que me dieron risa, pero no recuerdo exactamente lo que imaginé. Esos tiempos iniciales de la adolescencia son tan imprecisos, tan llenos de dudas, que la imaginación tiende a exacerbar o subestimar. Uno no sabe qué o no es cierto, y la mayoría de las veces caemos en la más tremenda ingenuidad o en improbables fantasías.

Esa tarde en la plaza, me dijo que cuando se le cayó el pantalón pijama, tenía semen en los muslos. La madre lo llamó: Vení, pobrecito, que te limpio. Él fue. Se acercó a la cama. La madre agarró una punta de la sábana y lo limpió. Andrés, respetuoso, tímido, asustado, la miraba porque estaba bien si ella lo hacía. Su padre, en la cama, desnudo, el vientre velludo, acodado en la almohada, le decía: *Acabá, acabá*, mientras se masturbaba, *así, como yo*.

Andrés lo hizo, y creyó que estaba bien. Y lo hicieron subir a la cama.

No lo violaban, probablemente. Lo usaban de fetiche, nomás. No estoy seguro, en esa época Andrés fue abriéndose muy lentamente a nuestra intimidad. La tarde en la plaza me abrazó muy fuerte y se puso a llorar en mi hombro. Yo pensaba: si nos ven, putos nos gritarían. Pero yo también lo abracé.

Sentí que nosotros dos éramos los únicos habitantes de un páramo lóbrego sobre la llanura bonaerense.

Me acordé, entonces, de las palabras olvidadas de mi vieja, una tarde, casi noche, en la peluquería del pueblo, imprecisas, pero cuyo significado ganaba terreno ante lo que Andrés me había contado. La madre había invitado a mi vieja a la casa, algo había pasado, una pelea o algo así. Pensé en el macho cabrío del capataz de obra, en las manos fuertes que contrastaban tanto con las manos delicadas de su marido el pianista. Por una vez, debió pensar ella, se dejaría llevar. Qué fantasía, me dije, la orgía de dos mujeres y un hombre fornido.

Abracé a Andrés con tanta fuerza, en respuesta a su llanto, que él debió pensar que yo era más que su amigo, era su hermano, su alma gemela, y que era ya parte de su cuerpo.

La culpa y la vergüenza de mi vieja se metamorfoseaban ante el hijo de aquellos otros, en la habitación de la casona vieja, en la cama de resortes y madera antigua. Rencor, quizá. Ira, seguramente. Pero que tanto uno como la otra se parecían tanto al amor, que no me importó diferenciarlos. Y fue así como nació una criatura extraña entre Andrés y yo, de diversas formas, a veces bellas, otras asombrosamente extrañas. Una criatura hecha de dos manos inmensas y sin cabeza.

2

Un tiempo después, murió mi padre. Fue un funeral que dio más asco que tristeza. El desinterés del barrio en el que vivíamos se hizo notar cuando, luego de varios años de vivir ahí, todos sabían su historia, trivial, bien ridícula en realidad. Un compositor de música popular avenida con la izquierda y miembro de las listas negras. Si hasta este último dato parecía más una jactancia de quien no había sido capaz de crear algo duradero. Las construcciones de mi madre, por ejemplo, serían más perdurables que aquellas canciones.

Ella, que me trataba con frialdad, a veces, con resquemor, otras, ya no era joven, pero permanecía atractiva con su cabello dorado ceniza, los ojos inteligentes y la conversación que tenía la gracia y el talento de adaptarse tanto a la cátedra como al almacén. Por eso, sintiéndose hastiada del pueblo, y libre por primera vez en mucho tiempo, nos mudamos a Buenos Aires. La excusa: mis estudios de arquitectura en la Universidad. El verdadero motivo: el rectorado de la facultad de Ingeniería estaba bacante por la muerte del viejo que la había reemplazado cuando mi padre y ella se fueron a Dolores.

Se vendió la casa. Alquilamos un departamento en Palermo. Yo me levantaba temprano para ir a la facultad, pero insistí en ir al conservatorio por la noche, ese que estaba sobre avenida Córdoba cerca de Pueyrredón. Ella, recalcitrante a mi decisión, tuvo que ceder si no quería perderme de vista. Yo la miraba, y de paso, mencionaba a Andrés.

-Mamá- le decía- el fin de semana voy a verlo.

Y ella sabía que no lo mencionaba por la amistad que me unía a él, sino por los padres. Lo que yo había escuchado, constituía su arrepentimiento. No por el acto, sino por la torpeza de su lengua. Un acto fallido, podríamos calificarlo según la terminología freudiana, en esa tarde perdida de mi preadolescencia, en la cama de mis padres, mientras me contaba cosas del barrio, y soñando y recordando, se le fue la boca. El deseo, diría yo.

Durante los años siguientes, Andrés y yo nos visitamos mutuamente. Tenía veinte años, y no podía deshacerse de sus padres. Me contó que ya no se acostaba con ellos, sino únicamente con el viejo, a veces. La madre había tenido un brote psicótico y estaba en un hospital desde un año antes. El padre no trabajaba y había engordado. Andrés se encargaba de cuidarlo, de asearlo, de vestirlo, y de sacar de su camino las botellas de vino que solía esconder bajo la cama. Por eso dormía con el padre, además de que era la única habitación en la que se podía estar fuera de la nieve húmeda de pintura vieja, de los pedazos de mampostería del techo que, cayendo, dejaban aberturas oscuras donde los murciélagos anidaban. Me imaginé esa casa vieja cuando él la describía. Una noche, en que estaba yo de visita en Dolores, tuve que quedarme a dormir allí.

-Te tenés que quedar en mi viejo dormitorio, Juanca- me dijo.

-No importa-le contesté.

Habitación desamueblada, una lámpara quemada en el techo, un goteo de humedad en las paredes y de los grifos del baño. La cama de siempre, con sábanas sin cambiar desde quién sabe cuándo. Me acosté sobre ellas, con el olor de Andrés que hacía tanto que no sentía, me refiero a olor de la intimidad, al de las secreciones, por supuesto. Yo no tenía remilgos, porque él era mi amigo.

En medio de la noche, escuché toses roncadas y escupidas que sonaban como bombardeos en el piso. Me levanté, fui hasta el dormitorio del padre donde Andrés dormía para cuidarlo. Los encontré sentados en la cama: el viejo desnudo e inclinado sobre una palangana en el piso, Andrés palmeándole la espalda.

-¿Quieres que te ayude en algo?- le pregunté.

-No te preocupes, Juanca.

La luz de la mesita iluminaba sus caras, tan parecidas ahora que mi amigo ya era un adulto, que tuve una especie de premonición, y me sentí absurdo y estúpido. El futuro no está en las fisonomías sino en los actos, me había enseñado la razón. Y de pronto, desde ese profundo hoyo que constituía esa casa, desde las cuevas escarbadadas en los pulmones del viejo, salió expulsado uno de los últimos gritos de sangre y vómito. Vi el cuerpo grande del viejo moverse como el casco de un antiguo barco vikingo: el pelo largo que nacía de la nuca y los costados del cráneo, el resto casi calvo, el cuerpo velludo, los hombros recios, las manos de dedos grandes llenas de sangre por intentar taparse la boca. Agitado, el viejo aceptaba el abrazo de Andrés, que lo cuidaba como se cuida al perro malo que se está muriendo, que ya no muerde ni protesta, que simplemente es pesado y sucio y obstinado.

Luego, el viejo se dio vuelta y se acostó. Andrés le limpió la sangre y el vómito de la cara y del pecho. Me acerqué a ayudarlo, tropecé con la palangana repleta. Quise pedir disculpas, pero no era necesario. Me senté en la cama y le pregunté al viejo si se acordaba de mí. Me miró esbozando apenas una sonrisa entre la barba sucia. Me agarró una mano y se la llevó a la cara y la besó, como si yo fuera su hijo. Tomé el acto como la confusión de un moribundo, y entonces pensé en mi vieja. ¿Conocía a ese capataz de obra desde antes de mudarse a Dolores? ¿No fue ella, creí recordar (o inventar), quien sugirió el lugar de residencia cuando surgió todo ese tema

de la lista negra y el consejo (que ahora me resultaba demasiado propicio) del coronel hacia mi padre?

El viejo murió de tuberculosis en el hospital al que lo llevamos Andrés y yo en la camioneta Dodge a la mañana siguiente. Ya no había nada que hacer, dijeron los médicos: anemia, pleuresía, hemorragias. Una semana después, estaba muerto y enterrado en el cementerio de Dolores.

-¿Y ahora qué vas a hacer?

Andrés se encogió de hombros, bajo el rocío del otoño, mirando las hojas de los árboles que caían como quejas sobre sus hombros.

-Te venís conmigo, te quedás en casa hasta que pensemos qué vas a hacer.

- Si no sé hacer nada, Juanca.

Era fuerte, lo sabía, pero no iba a mandarlo a levantar bolsas y hacerlo un obrero de la construcción, como probablemente sugiriera mi madre. Ya habíamos hablado con ella alguna vez sobre Andrés y la desidia en la que lo habían criado mantenían los viejos.

Dejó la casa cerrada. Nos fuimos a Buenos Aires. Estuvo en nuestro departamento y durmió en mi habitación. Mi vieja protestaba por el olor a hombres descuidados y sucios, pero ella se iba a la facultad con sus carpetas grandes llenas de proyectos, arreglando asuntos por teléfono durante el desayuno, y siempre volvía tarde, bajando de un auto que a veces era un taxi, otras un Falcon de un desconocido. La vez que le pregunté, dijo: un colega. Con Andrés nos cruzamos una mirada por sobre la mesa de la cocina donde cenábamos a las once de la noche. Ella agarró un cucharón, probó la sopa que yo había preparado.

-No está mal, Juanca. ¿Estás listo para el examen de mañana? Vení un rato mientras me acuesto y repasamos.

Tenía que ceder si quería que ella cediera a mis clases en el conservatorio. A pesar de dedicarle más tiempo a la música, aprobé las materias de la facultad y me recibí de arquitecto. Mamá tenía planes para mí, ubicarme en el estudio de arquitectura de unos conocidos, tal vez.

Andrés nos dejó a finales de ese año. Había salido a buscar trabajo, y de repente un día nos dijo que había encontrado unos agentes agropecuarios a los que fue siguiéndoles los pasos de boca en boca hasta llegar a la Rural. Andrés demostró lo que sabía del campo, y le ofrecieron un capitalito, así dijo, para lucrar. De esa manera, se puso a vender productos agropecuarios

entre Buenos Aires y la provincia. Viajaba mucho, pero su sede era Dolores. Arregló la casa vieja y nos invitó un día a una reunión para verla. Era, también, para festejar la inauguración del local, que funcionaba en la misma estancia, y recordé, casi de inmediato, que se trataba de la misma fecha del cumpleaños de su padre.

Mamá no quiso ir. Ofreció la excusa del trabajo, pero ya sabía yo que estaba saliendo con alguien, de la facultad o de donde fuese. La cuestión era por qué no me presentaba a ese pretendiente de la edad madura. Mi vieja no era tan vieja, tampoco, era una mujer exigente, que, ya viuda, se había hecho más exigente aún. Por eso me costaba tanto llevar a casa amigas o mi relación del momento. Ellas las calificaba con una sola una mirada, sobre todo si eran del conservatorio, por supuesto. Habría sido consideradamente condescendiente con una estudiante de la facultad, por más que fuese fea como un bagre. Pero qué sé yo, a estas alturas no me importaba. Mi mundo era la música, y es verdad que había adquirido para mis composiciones una arquitectura que tenía mucho de espacial, de atmósfera influenciada por la música asonante contemporánea. Lo que estaba componiendo, en ese entonces, tenía mucha influencia de Varese y de Berio. Cuerdas frotadas, instrumentos de percusión y música electrónica filtrada entre lo acústico. Pero me fascinaba, sobre todo, la atmósfera siniestra de las cuerdas graves alternadas con cierta dulzura relajante del oboe a veces, otras del violín, para sobresaltar y llamar la atención con inquietos repiqueteos de las maderas. Los maestros me recriminaban el uso excesivo de los *pizzicatos*. Tenían razón, los fui abandonando a medida que descubrí lo trillado de su uso, viejo recurso que sonaba como un viejo moribundo expectorando cada vez más débilmente.

Al piano, el instrumento de mi padre, pocas veces lo utilizaba. Lo consideraba un abuso, una básica plataforma de principiantes. Pero últimamente, había empezado a tocar el teclado con timidez. Una nota aguda, otra grave, alternadas, como un *scherzo*. Una idea había surgido, pero aún era un embrión sin forma, una posibilidad, nada más, pasible de aborto.

Llevé a Dolores a mi novia de entonces. Se llamaba Alina, y era violista. Pequeña y delgada, habría sido más proporcional a su cuerpo con un violín, pero esas cosas no suelen elegirse. El sonido intermedio de la viola, decía,

era acorde a su temperamento. Nunca la vi chillar ni hacer rabietas como artista caprichosa ante la dificultad de una partitura, se amoldaba a la exigencia sin falsas expectativas. Metodológica por naturaleza, no le había costado mucho saber lo que deseaba de su instrumento, y de su vida. En eso se parecía a mi madre.

También nos acompañó una amiga de ella, compañera del Nacional de Buenos Aires que estudiaba Filosofía y Letras. Sonia tenía una cultura asombrosa en literatura pero sobre todo en historia. Durante el viaje, el auto se llenó de nombres de libros y comenzó, de pronto, a iluminarse con claroscuros o paisajes marinos, con naturalezas muertas o bosques, con retratos de hombres y mujeres muertos. La historia del arte la fascinaba. ¿Pintaba? No, dijo, lamentándose. Pero ella recreaba con su discurso las más finas producciones del arte.

Me pregunté, mientras la escuchaba y la observaba de tanto en tanto por el espejo retrovisor, si me estaba enamorando de ella. Alina, mirándonos de reojo, tal vez, se preguntara lo mismo. Su indiferencia, sin embargo, resultaba conciliadora.

Esa noche de sábado en Dolores, tan diferente para esas chicas de ciudad, se convirtió en una escena de transgresión que las llevó por caminos hasta entonces inesperados para ellas. Se prendaron, literalmente, de nosotros, y la influencia del viejo casco de estancia, el olor del empedrado con yuyos, el de la bosta de los caballos y el vino, obviamente, desaceleró sus pretensiones de buenas costumbres y reveló su lado...cómo podría decirlo sin ser peyorativo...su lado salvaje, su instinto. En cuanto a Alina, fue como ver a mi vieja cuando me contaba la forma en que se comportaba en los tiempos de boliche con mi padre.

Descontracturada, Alina se abrió la blusa dejando un escote más que provocativo, y levantaba las piernas en el sillón que, después de la una de la madrugada, fue un acomodaticio mueble que servía para comer, manosearse y otras tantas cosas en la semipenumbra entre las paredes que estaban arregladas y pintadas, pero exhalando siempre ese aroma a vieja humedad que excitaba los sentidos lúbricos. Fue así como la violista remilgada, se dejó hacer el amor sobre su cuerpo bello, por qué no, delgado, casi flacucho, de pequeñas tetas de botones de rosa, como dirían en una novela de Corín Tellado que nadie reconocía leer, pero que estaba

en el fondo de los cajones de las mesitas de luz de las chicas casaderas y las ya casadas aburridas de sus maridos.

En el otro sillón, el de afuera, que daba al campo, mientras los otros contertulios daban vueltas con sus bebidas en mano, abrazándose y besándose, o sobre el pasto junto al galpón de las máquinas y los fardos, estaban Andrés y Sonia, cuchicheando, riéndose. Escuché palabras: arte, campo. Sonia hablaba de Florencio Molina Campos, por supuesto, tema obligado de conversación, por lo menos al principio, y que a Andrés le convenía fingir que le interesaba, pero yo había visto la forma en que había comenzado a observar a Sonia, con obsesión. Y allí estaban, bajo el alero, entre perfume de alfalfa y lavanda, chupándose mutuamente los cuerpos.

Luego, lo vi entrar a buscar otra botella de lo que fuera, con la camisa abierta. Esa noche se habían quedado los amigos, los que nos conocían de chicos. Algunos se quedaron dormidos, pero despertaron cuando Alina empezó a improvisar algo en el piano. Porque Andrés, en su afán de progresista apurado, había gastado de más, en superfluidades, quizá. Como este piano, por ejemplo, que se compró para cuando yo fuera a visitarlo. *Lo compré para vos*, amigo mío, me dijo por teléfono poco antes, *para escucharte*.

Alina, media ebria pero controlándose a sí misma, tocaba tan bien como lo hacía con su viola, y otras cosas, a juzgar como me había toqueteado hasta hacía un rato. Una improvisación de una partita de Bach, que curiosamente sonaba como una chacarera. Imaginé, afuera, los caballos relinchando y los peones de las estancias vecinas despertados por la música que no sabían de dónde llegaba, llamados por las manos de esa china de ciudad que exacerbaba su espíritu y sus miembros con ese híbrido musical nocturno. Era una mujer, sin duda, que reclamaba de la noche sus derechos.

Me acerqué a ella, por detrás. Dejé mi vaso sobre el piano, me senté abrazándola con las piernas y apretando sus pechos mientras le besaba el cuello. Y ella tocaba, haciendo lo mismo que mi vieja debía haber hecho con mi padre mientras él tocaba el piano en cualquier boliche o bar, cuando eran jóvenes, cuando yo aún no había nacido.

Cuando terminó la pieza, no hubo aplausos, sólo miradas y cuchicheos. Detrás, estaba Andrés, con la botella en la mano, sin camisa, y Sonia lo abrazaba de atrás metiendo una mano en su pantalón.

Nos fuimos a la cama, la vieja cama de los padres de Andrés, arreglada, claro, reforzada, con tornillos en las esquinas, la madera lustrada resaltando los chirimbolos ornamentales de la cabecera y de las patas. Y el colchón nuevo, y las sábanas compradas en Buenos Aires, pero importadas. Las vigas del techo escondidas en la noche hacían la ilusión de un campo devastado, donde únicamente estábamos nosotros.

Fue la única vez donde no hubo parejas fijas, y sin embargo, se determinaron para siempre los sentimientos, también entremezclados. El cuerpo de Alina era mi obligación, pero el de Sonia mi privilegio, e inversamente, fue para Andrés.

Nos observábamos los cuerpos desnudos, nos miramos mutuamente al espejo que los padres habían dispuesto en la pared frente a la cama, y que continuaba allí, antiguo y perenne como un dios desaprensivo, como una sustancia de la tierra nacida en el muro de ladrillo cocido con que había sido construida la casa.

Yo sabía ya, para esas alturas, que el cuerpo de Sonia me atraía, pero me estaba prohibido a partir de entonces, porque ella, enamorada de Andrés, me conducía a él. Y el cuerpo de Alina, que me estaba destinado por ser exactamente el calco conductual de mi vieja, estaba enamorada de mí.

¿Y Andrés, de quién estaba enamorado?

Quizá, de nadie.

Y eso fue lo que siempre me unió a él. La idiosincrasia de la soledad de espíritu, la angustia transformada en desapego, la desilusión convertida en indiferencia. Los pasos perdidos de un dios extraviado en su limbo que ya no busca la salida. Que ya no horada las paredes con desesperación, ni se golpea la cabeza contra ellas ni se lastima las manos golpeando los muros.

En el laberinto de esa casa vieja, nos perseguíamos, y al encontrarnos, escapábamos, y el círculo vicioso volvía a repetirse una y otra vez.

Era un vértigo.

Por eso me puse a componer, al día siguiente, *Profonde esaltazioni*.

La composición de esa obra duró, entre avances y retrocesos, interrupciones más o menos extensas y febriles períodos de creación, aproximadamente diez años. Cuando la creí definitivamente terminada, pasé en limpio los pentagramas borroneados. Aunque ya tenía ayudantes en el estudio de arquitectura que con todo gusto y delicadeza habrían hecho un buen trabajo de transcripción, no quise mostrárselo a nadie. Quienes me conocían en el trabajo, sabían de mi adición, incluso de mi talento, por así decirlo, por la música. Al principio, cuando entré en ese gran piso sobre Libertador, me otorgaron la libre expresión gracias a las relaciones de mamá con el arquitecto y director de la empresa. Muchos edificios fueron construidos por esa firma, sobre todo desde la época de los militares. Luego, cuando vieron que mis diseños carecían de las filigranas barrocas o las austeras líneas que se insinuaban en mi música, que ya en ese entonces había dado a conocer en eventos privados o auditorios estrechos, no representaban un peligro para la reputación comercial, y que incluso atraía cierta clase de clientes que hasta entonces habían desconocido, artistas, extranjeros y hasta un famoso mago francés me otorgaron, esta vez sin remilgos, la libertad de total expresión. La cual yo no utilicé para dedicar tiempo a la arquitectura, sino a mi música.

Durante muchas horas del día en el estudio, sobre el tablero, no había más que pentagramas de la *Esaltazioni* inconclusa. Y muchas horas de la noche, también, robadas a mi mujer, Alina. Tanto Andrés como yo, habíamos comenzado la convivencia con nuestras parejas de aquella noche de inauguración en Dolores. De a poco, también, el convencionalismo fue ganando terreno. Alina viajaba por sus contratos en diversas orquestas o grabaciones. Nuestro departamento en Palermo era una escala más para ella donde encontraba sexo legal o un descanso sin sobresaltos. Nos comprendíamos, nos tolerábamos, nos consolábamos, conscientes de que nuestras ausencias eran un oasis en medio del desierto de nuestro matrimonio.

A Andrés y Sonia les pasaba algo diferente, pero con idéntico resultado, según él me contaba. Ella se dedicaba a sus clases en la facultad sobre Historia del Arte, a sus investigaciones para los libros que, uno tras otro, salían a la venta, pero que poco se vendían. Si no hubiese sido por la prosperidad del negocio de Andrés, ella no podría haber hecho su carrera,

de la que tanto hablaba y se jactaba. Sonia se ausentaba de Dolores casi toda la semana, por su trabajo en Buenos Aires, en La Plata y las reuniones en los museos donde era curadora.

A veces me encontraba con ella en eventos culturales en embajadas, museos o simples conferencias y charlas de café. No fueron deliberadas, pero luego la asiduidad fue haciéndose tan agradable, que nos citamos para diversos días de la semana.

Con Andrés yo me reunía cada dos sábados o domingos en el pueblo, sobre todo en verano. Nos sentábamos en la recova de la casa vieja, mirando el atardecer, con un mate en las manos y viendo pasar a las mujeres que él usaba en la estancia como sirvientas o cocineras. Siempre eran distintas, chicas de paso o mujeres de treinta y pico de buena figura. Él sonreía y les toqueteaba las piernas o el culo cuando traían los bizcochitos o las tortas fritas, o simplemente las llamaba para intercambiar algunas pocas palabras inútiles. Yo le conocía muchas amantes a Andrés, pero ni eso eran, sólo eran mujeres con las que se descargaba la calentura, o nada más le agradaba verlas y tenerlas allí paradas, relamiéndose de deseo ante la miedosa sumisión o el recalcitrante orgullo de cada una.

Le envidaba eso, aquello que había aprendido con sus viejos, porque toda esa exuberancia de sexo fugaz no era más que la incesante búsqueda de lo para siempre desaparecido. La madre probablemente había muerto en el hospicio para locos, nunca fue a verla ni le reclamaron nada. Esos fines de semana, dormíamos a veces con alguna, pero yo me cansaba de la abundancia y me daba la vuelta, sintiendo el regodeo de Andrés sobre el cuerpo de la mina de turno, que luego se levantaba, y él me tocaba el hombro y me decía:

-No te hagás el remilgado, Juanca, que bien te gusta.

Eso paseos solitarios dentro de la misma cama duraban tanto como los viajes de Sonia. Como yo conocía la agenda de ella con una peculiar precisión, Andrés me utilizaba de espía y de pantalla. Hablaba por teléfono con Sonia desde el dormitorio, y decía:

-Juanca te manda saludos.

¿Para qué, si pronto la vería en la semana, por la calle San Martín o Florida? ¿Andrés lo sabía? Creo que sí, por eso el sarcasmo.

Entonces me abrazaba en la cama después de haber toqueteado los orificios de aquella mina que había salido un rato antes. Era mi hermano,

claro, yo era su hermano del alma. Nos abrazábamos como sólo dos hombres saben hacerlo: sin vergüenza, sin escaramuzas, sin rencores. La pasividad y la actividad anuladas como polos opuestos.

Los cuerpos de nuestros padres, supongo, era lo que buscábamos y encontrábamos, y cuya transitoriedad constituía un placer y una tortura simultáneas. Cuando acabara la noche, el mundo nos regiría.

Mamá me dio una sorpresa que no lo fue tanto en esos años. Venía supervisando la remodelación de un piso en el Kavanagh, de un militar, dijo. Ya hacía meses que se dedicaba a esa tarea, que la llevaba a recorrer negocios de Buenos Aires y concertar compras por teléfono en el exterior. A veces se reía a carcajadas, y yo sabía que era el dueño del piso.

-¿Quién era?- le preguntaba yo, para molestarla.

Me miraba sin recelo, revelando de poco lo que se sabría más tarde.

-El coronel Ansaldi, Juanca. Ya lo vas a conocer- me contestaba entonces, colgando el teléfono.- Está muy interesado en tu obra...

-No diseño para los milicos, ya sabés.

-Ya sé, fiel a tu padre, muerto, enterrado y olvidado... Pero me refiero a tu música, el coronel es un hombre muy culto, Juanca, tiene muchas relaciones.

La cuestión es que pude estrenar la obra. No sé de quién fue el mérito de aquel logro. Probablemente mi vieja había movido los hilos que tecleaban las notas sobre el tablero del coronel. La oportunidad sería en el Conservatorio Beethoven, en un auditorio mayor al que yo estaba acostumbrado, y las invitaciones incluían gente del ámbito gubernamental y otras excentricidades y exquisiteces por el estilo.

¿Podía negarme, a pesar de estar aterrado? Alina saltó de contenta al enterarse, llamó a su suegra para agradecer y al día siguiente se citaron en una confitería de Alvear para los detalles del estreno. Alina canceló funciones y comenzó a ensayar con el grupo que conocíamos del conservatorio. La obra de cámara para ocho instrumentos duraba alrededor de cuarenta minutos y estaba dividida en dos largos fragmentos que alternaban los *allegros* y los *andantes* en una especie de caprichosa concatenación de sube y bajas, de profundas depresiones rayanas en la autodestrucción y exaltadas cimas de locura y sexo.

Yo estaba al piano, Alina lideraba los seis arcos: dos violines, dos violas, un chelo y un contrabajo, de cuya profundidad la obra era rescatada por el

oboe, lánguido y espectral. El contrabajo se erguía, energúmeno y hastiado, a modo percusivo, distanciándose hacia un farolero jazz de pacotilla. Pero Alina volvía atacar con los arcos al unísono, asincrónicos a veces, casi siempre disonantes. Y entre ambos extensos movimientos, la coda, que era un *scherzo* de tres minutos que especulaba con la locura, y los instrumentistas se excitaban a rabiar, llevando al extremo la potencialidad de las cuerdas, que parecían sufrir a punto de cortarse en cualquier momento.

Esa noche, el auditorio a oscuras, donde se veían los puntos rojos de los cigarrillos y el reflejo de las charreteras, se quedó en éxtasis al terminar la última nota. Ya sabíamos, mis compañeros y yo, que este tipo de música era únicamente para nosotros, los músicos y los entendidos en el arte. No había ritmos pegadizos, ni melodías distinguibles, ni siquiera tenía la virtud de serenar, era nada más que un trampolín interminable, un carrusel sin término, una montaña rusa que subía al cielo y descendía a los subterráneos del inconsciente.

Pero todos aplaudieron. Al día siguiente aparecieron las reseñas, pagadas, claro, por el coronel, quién más. *Una experiencia schubertiana*, decían unos, *un excéntrico abismo de tristeza*, decían otros, *la beethoveniana obra desconocida de un condenado a muerte*, fue, por último, la frase radial de un crítico demasiado respetado.

La fiesta posterior se hizo en el Hotel Castelar, donde no hacía mucho el coronel había sufrido un atentado. Esa noche se habló de aquello, por supuesto, todavía estaba en el aire el olor del metal de la pistola y de la sangre derramada. Pero el coronel estaba exuberante, exhibiéndose con la intelectual de moda que era mi vieja, de largo pelo canoso y anteojos de carey rasgados, y un vestido de imitación, que pasaba por uno de Armani con mucho éxito.

Intolerablemente hastiado y nervioso, le rogué a Andrés que me sacara de allí. No soportaba los saludos ni los comentarios o las preguntas sobre la obra ni un minuto más. Alina condescendió, a regañadientes porque ella disfrutaba serenamente del éxito. Sonia nos acompañó sin problemas, no era su ambiente, dijo, demasiado ruido y sonrisas falsas. Prefería los retratos de las paredes, que nada ocultaban. No me despedí de nadie, ni siquiera de mi vieja.

Nos fuimos a la casa de Andrés Funes esa misma noche, en Dolores. Manejó cuatro horas, o menos, a gran velocidad, en plena oscuridad, iluminando la ruta con los faroles delanteros de la Dodge, no la vieja camioneta, sino una nueva. Dormimos casi todo el día, cada pareja en su dormitorio. La primera en levantarse fue Alina, que preparó el desayuno ahuyentando a la sirvienta de la cocina. Andrés se levantó al mediodía del domingo, en calzoncillos largos, bostezando y tropezando con Alina.

Así fue como él me lo contó. Estaba borracho, o con resaca, pero hablaba con fluidez. Le sentí el olor a whisky, pero no sabía si lo había tomado después de levantarse o durante la noche y la mañana. Sonia, desde algún momento que nadie supo precisar, estaba pintando en su caballete y con el mismo camisón con el que había dormido.

Alina no me dijo nada. Me levanté cerca de las dos de la tarde, cansado y nervioso por la expectativa de las críticas que esperaba para el lunes. Sólo noté la frialdad con que trataba a Andrés, que al fin de cuentas era parte de su temperamento.

La cena la prepararía él, dijo. Pero vino uno de los peones y empezó a hacer el fuego para un asado. Se avecinó la noche, los cuatro estábamos afuera, junto al fogón, viendo las chispas de las brasas, los quejidos de los perros pateados por los peones borrachos. Las mujeres reían, Andrés y yo nos sentamos en un tronco partido, bebiendo y fumando. Las observábamos de lejos, desde el otro lado del fogón, iluminadas y como abrasadas en las llamas de un infierno propio.

-Son lindas, ¿no?

-Ya lo sé- le contesté.

-Son amigas, ¿no?, como nosotros.

-No, no como nosotros.

-Ya sé. No las une nada más que la desconfianza.

-Te cogés a Sonia de vez en cuando.

No fue una pregunta.

-¿Te importa?

Se levantó y caminó hacia donde estaban ellas sentadas. De lejos, entre las llamaradas del fuego que deshacían la grasa chorreando sobre la tierra y torneando la carne de la res abierta y estacada, vi que lo miraban, interrogantes.

Y de pronto, un grito, prontamente censurado por la misma voz que lo había emitido. Fui a ver, ellas discutían, Alina se fue corriendo a meterse en la casa. Sonia confrontaba a Andrés.

-¿Qué pasa? -pregunté.

Los peones se reían.

Me dijo entonces que era la segunda vez que el buen Andrés metía mano en mi esposa. La primera en la cocina al levantarse, se le había apoyado en calzoncillos sobre el culo. Y ahora, delante de todos, la había agarrado. Si no fuera por Sonia que lo había detenido, la habría violado ahí mismo.

-No es para tanto-dijo Andrés, riéndose de aquella exageración.

-¿Y vos, Juanca, no hacés anda? -me dijo Sonia, con las manos en la cintura, excitada como una mina de barrio bajo.

Miré a mi amigo, a mi hermano. Sentí que todo el mundo se me echaba encima, pero fue la risa de los peones los que me sacaron de quicio.

Le di un golpe en la cara a Andrés, y se cayó al piso, demasiado borracho para defenderse. Sonia entró en la casa. Los dos nos quedamos solos, yo levantándole la cabeza a Andrés y apoyándola en mis piernas, acucillado en el barro, limpiándole la cara.

Esa noche me habría quedado con él para siempre con tal de que me perdonase.

Y él, sabiendo de antemano, desde que era un chico que espiaba la habitación de sus padres, que los sentimientos no tienen sentido ni razón, me dijo:

-Soy un impotente, ¿sabés? No puedo querer a nadie. Ni siquiera vos, ¿te das cuenta? Ni siquiera a vos.

Me dio un beso en plena barba, muy cerca de los labios.

Lloraba, el pobre tipo, por su iniquidad.

Pasaron algunos años, cinco, seis, no sé. Mamá murió un día, mientras supervisaba los progresos de un edificio que no terminó de construirse porque la pared medianera de la vieja casa contigua se derrumbó sobre ella y muchos albañiles.

Mi mujer se avino a ser su reemplazante en mi vida, estaba destinada a eso, pero yo no era el mismo de quince años antes. Yo era un paria que no podía tener lo que quería, sin saber a ciencia cierta de qué se trataba. Mis sueños se relacionaban con Dolores, y como en una onomatopeya asincrónica, ese nombre se transformó en su significado y comencé a transformarme en un hipocondríaco. Un día el estómago me torturaba con una acidez bestial que me irritaba incesantemente hasta el fin de la noche, otro una torcedura de un pie que me hacía renguear por semanas. A veces un prurito me impedía conciliar el sueño toda la noche y al día siguiente la migraña lo reemplazaba para hacerme la vida imposible.

Con Alina discutíamos toda vez que ella estaba en casa, y fue la época en que la contrataron en la Filarmónica de Buenos Aires, así que no tenía la oportunidad de viajar. Terminó por dejarme, porque un día quise levantarle la mano. Su voz, por Dios, era la misma que la de mi vieja, llena de reproches y exigencias dichas con la impiadosa voz de la buena educación.

Sonia, luego de la noche del estreno, había abandonado a Andrés. Muchas veces nos encontramos después de eso. Lloraba, porque decía amarlo, pero eran demasiadas las cosas no dichas, los secretos de Andrés, los resquemores escondidos que asfixiaban a ambos. Entonces, en el bar donde nos encontrábamos, me tomaba de la mano y temblaba junto a la taza de café frío, y yo también temblaba, porque ambos pensábamos en el ausente cuya presencia era más concreta que las cosas a nuestro alrededor.

La obsesión de Sonia por Andrés, ese amor que no se podía morir del todo, nos unía más que cualquier clase de amor. Entonces ella se quedó conmigo. Mis dolores se convirtieron en música para los retratos que ella bosquejaba. Los desnudos de sus cuadros eran hombres acongojados, eran suicidas o contemplaban el mar como el fin del mundo. Con Sonia reíamos, hablábamos y hacíamos el amor como dirigiéndonos a otro, siendo cada cual un objeto, una excusa, un mero parangón para no reconocernos locos. Algunos tienen un perro o un gato, por ejemplo, otros tienen, con el mismo fin, un marido o una mujer.

Fue, como dije, algunos años después, que Andrés me llamó. Trabajaba en la oficina de la empresa que le había comprado su negocio un tiempo después que Sonia lo dejó. El negocio de Dolores se vino abajo y se fundió. La empresa que compró la casa y el terreno y toda la maquinaria arrumbada que se estaba oxidando, le tuvo lástima y lo contrató como asalariado. A duras penas, se mantenía de esa forma, viviendo en una pensión del Once.

Me llamó temprano, me pidió que fuéramos a desayunar antes de entrar al laburo. Hacía años que no hablábamos, desde aquel golpe que yo le di. Conversamos café por medio, interrumpidos por la vergüenza del silencio que construimos entre ambos todos esos años. Estaba demacrado, flaco, pero en sus manos y sus brazos se veía el ansia. De pronto, como una revelación, como todo descubrimiento que siempre es inesperado, encontré la palabra adecuada, pienso, para la angustia que vi en sus ojos aquella tarde de adolescentes cuando nos abrazamos.

El ansia. Qué precisa palabra, me digo, al verlo mirar a la mujer de la otra mesa, que nos echaba una mirada cómplice.

Reteniéndolo junto a mí, le pregunté por sus cosas. Quería volver con Sonia. No sabía nada, el pobre tipo. Quería volver con ella, porque ella era su serenidad, su tranquilidad, su equilibrio. Un viejo remedio que hacía mucho no consumía, y cuya ausencia exacerbaba los síntomas de su enfermedad.

-Andrés... - le dije, en voz baja, como un requiebro.

Pero se levantó a hablar con esa puta madrugadora.

Me dejó solo en la mesa, con la palabra cortada, con el ansia frustrada.

Pagué y me fui, observando, tras la vidriera al alejarme por la vereda, los inútiles trabajos del amor que alimentan, sin saberlo, a los perros de la ira.

Paola y Francisco, como los antiguos amantes con lentes invertidos, también terminaron mal. Eran dos rateros de profesión. Ella, prostituta, o por lo menos lo simulaba para engatusar a los tipos y llevarlos al hotel alojamiento. Cuando la víctima propiciatoria estaba ya desnuda, el socio entraba, peleaba un poco, lo maniataba, y la pareja delincuente se esfumaba con la billetera, el reloj y el anillo, la trinidad sagrada que debía ser respetada a rajatablas. Si le dejaban los zapatos, aunque fueran de valor, el cordero expiatorio tendría mucha suerte. A veces, también, se encontraban con gemelos de oro, alguna cadenita con una cruz, y muy de tanto en tanto, un portafolios con ciertos valores que el pobre tipo se había visto obligado a cargar desde el trabajo con la esperanza de un polvo rápido antes de volver a su mujer y sus hijos.

Al principio fue una fantasía, nomás. Una idea con la que me regodeaba mientras me alejaba aquella mañana del bar donde Andrés, luego de pedirme, con sus vueltas, con sus palabras no dichas, que lo ayudara a recuperar a Sonia, me había ignorado como si yo no hubiese sido nunca su amigo íntimo, su hermano del alma. Olvidándome del todo, quizá ya tomado aún a esa hora de la mañana, como yo también acostumbraba a hacerlo, porque yo tampoco tenía mujer, y ambos estábamos solos, como al principio, como aquella tarde en Dolores cuando me contó todo lo de sus viejos y él, y nos abrazamos rodeados de la incipiente brisa fría que levemente se fue afilando hasta adquirir los ribetes de un cuchillo demasiado peligroso.

Para el final de día, la idea se tornó en obsesión. Pero yo era un arquitecto y no me codeaba con rateros o delincuentes. Es más, les tenía miedo. Pero quién sabe, muchos podrían ser esos amigos con los cuales charlaba en el trabajo, tomaba un café en la vereda de una confitería o me daban la mano como nuevos clientes del estudio. En el conservatorio, era distinto. Los músicos no disimulaban, y quien tuviese una máscara por cara, se traicionaba al interpretar alguna partitura, en el rasgueo de la guitarra, en el roce de un violín o en el soplo más o menos fuerte sobre la flauta, por ejemplo.

Sin embargo, el coronel Ansaldi me seguía. Se convirtió en mi protector luego de la muerte de mi vieja. Me invitaba a cenas de beneficencia, a exposiciones de pinturas, y luego, cuando ya casi me había convencido de su alma caritativa y medrosa, me invitó al Círculo Militar para la evaluación

de un proyecto de un nuevo balneario en la costa de Buenos Aires, una ciudad prácticamente completa, de proyecciones casi futuristas y dirigido, obviamente, a los turistas, sobre todo, y a la inversión extranjera, en particular.

Cuando llegó la invitación al estudio, se armó el revuelo esperado. Me felicitaban, me palmeaban la espalda, me invitaban cada uno a su casa, privadamente, para darme encargos y transmitirlos a ese casi padrastro que era el coronel. El dueño del estudio me llevó a su oficina rodeada de cristales que daban una vista del puerto inmejorable, lozana, envidiable. El Río de la Plata lucía como el mar, y nosotros, desde la altura, gozábamos de la etérea ficción de ser los reyes del mundo. Y por un instante, yo también estuve convencido.

-Sabía que llegaría el día, querido Juan Carlos- me decía Walter Márquez, el arquitecto estrella de la facultad, el profesional más premiado y admirado de Sudamérica. Era apuesto, era joven y educado. Un aire de misterio, incluso, como de una culpa. Tenía esposa, y ningún hijo.

La cena en el Círculo fue algo distinto para mí, aunque mamá me había contado algo. Era, de todos modos, muy reservada cuando se trataba del coronel. ¿Qué buscaba él? No era un deber a su amante muerta, ni una promesa, siquiera. No era de esos hombres. Algo que mi vieja tenía, o sabía, y que yo había heredado sin saberlo.

El ansia.

Absurdo, me dije.

Yo no tenía dinero, ni siquiera era dueño del piso en el Kavanaugh donde se mudó mi vieja. Mi capital estaba en mi talento, únicamente, para el diseño y la música.

Mi única pieza musical importante, la *Esaltazioni*, había sido grabada en disco por Gramophone e interpretada por un octeto europeo. Eso dio que hablar en Buenos Aires: reseñas en los diarios y críticas especializadas. Nada masivo, por supuesto, pero había logrado una buena repercusión en los círculos musicales. La Asociación Wagneriana me ofreció una fecha de concierto para interpretar esa obra y algún estreno. Alina reapareció exaltada, porque, luego de haber sido descartada para la grabación europea, tenía una nueva oportunidad. Me invitó a olvidar resquemores y comenzar a ensayar. Faltaban ocho meses, le dije. Tenía compromisos previos.

-¿Cuáles?- me preguntó.

Dudé un instante.

-Un proyecto para el gobierno.

Tosió, sonrió y me agarró del brazo, como si aún fuese mi pareja.

-Te acompaño.

Entonces tuvo otra idea maliciosa pero que me llenaba de gozo el alma.

El día de la cena, ¿pasaría a buscarla? Ella vivía en San Isidro, yo en Palermo. Mejor, nos encontrábamos en Libertador.

En la noche, ella bajó del remise, flaca pero con las caderas más anchas que años antes, como su viola, quizá. Nos cruzamos, pero yo estaba con Sonia. Ambas se miraron, Sonia con cara de póker, Alina llena la cara con las moscas verdes del odio y la envidia. Me reí para mis adentros, e ingresamos con Sonia al salón lleno de los hombres de armas y sus mujeres.

La cena fue trivial, elegante, amena, sin excesos. Los brindis se sucedieron sin resaltos ni reveses. Los uniformes estaban impecables. Luego, en el café, los hombres nos reunimos para fumar, beber y conversar en los amplios sillones rodeados de pinturas de batallas y retratos militares.

El coronel se me acercó por detrás del sillón individual donde estaba sentado con un habano que me estaba cayendo muy mal. Con sus manos en mis hombros y la boca cerca de mi oído izquierdo, dijo:

-Querido, cómo me recuerda usted a su madre...

Ya sentado en el sillón opuesto y con un vaso que el mozo le había traído, contesté:

-Dicen que me parezco a mi viejo.

-Sin duda, Juan Carlos, pero me refiero a sus gestos, a su distinción, caracteres propios de su madre.

-¿Pero usted conoció a mi viejo? ¿Sabe si carecía de distinción?

Se reclinó en el respaldo, tomó un sorbo de su whisky, tal vez bourbon.

-No quise ofender su memoria, amigo mío. Cada uno en lo suyo, es un engranaje en la maquinaria de nuestro país. Yo respeto todas las ideologías, salvo cuando dañan, se entiende.

-Coronel, la única ideología de mi padre fue el piano.

Se rio.

-Veo que lo he provocado sin querer, querido. Su madre ya me había advertido de su carácter, y eso me gusta mucho.

-¿Por eso me eligió para el proyecto?

-En parte, mi amigo. Haremos algo grande...

-Pero no he aceptado todavía...

-Bueno, se entiende que sus socios y usted deben pensarlo, pero por lo que he sabido de Márquez, no creo que dude mucho en aceptar, y entonces...

-Soy socio independiente, coronel, no tengo obligación de aceptar...

-Pero amigo, ¿puede darse el lujo de alejarse de esa prestigiosa asociación?

-Como mi viejo, coronel, tengo otra profesión, menos lucrativa, claro.

Ansaldi se levantó, sonriendo. Me sacó el habano de los dedos.

-Le está haciendo mal, Juanca, no está acostumbrado. Venga.

Me ayudó a levantarme. Sentía náuseas y la cabeza me daba vueltas.

Los ojos llorosos y las manos transpiradas. Recorrimos la sala, los hombres bromeaban, rodeados de humo y eructos desarticulados. Llegamos al pasillo que daba al baño de hombres. Algunos mingitorios estaban ocupados, pero el último fue el refugio para mi náusea.

Vomitó la cena, y me quedé pálido. Ansaldi me sostenía el pecho por la espalda para que no me manchara el traje. Yo me apoyaba sobre los azulejos y seguía largando lo poco que me quedaba en el estómago. Luego, agarró papel higiénico y me secó la boca.

Por un instante, por un flagrante segundo, se portó como mi padre, y eso fue mi perdición.

Frente al espejo, nos quedamos solos. Los hombres que lo conocían lo respetaban demasiado para orinar en su presencia. Me lavó la cara, me secó con su propio pañuelo.

-Usted es un pibe, todavía, Juanca, si me permitís llamarte así y tutearte, como le habría gustado a tu vieja.

-¿Por qué quiere comprarme, coronel?

Lo enfrenté, espejo por medio. Él con sus manos grandes sobre mis hombros, el uniforme desprolijo, yo con la corbata floja.

-Le prometía tu vieja que iba a protegerte...

-¿De qué, coronel?

-De la herencia de los Funes, querido.

-¿De qué mierda me está hablando, si no tienen donde caerse muertos?

-De la herencia de la sangre, hijo. ¿Quién creés que puso la guita para que Funes empezara el negocio del campo? Si se le vino abajo fue por borracho y boludo, pero aun así es tu pariente. Hay que borrar la sangre de los Funes, muchacho, hijo querido, si sos como mi hijo...

El coronel parecía haber quebrado su voz con una emoción construida como una escena hábilmente preparada. Me acariciaba la cabeza, revolviéndome el pelo como a un chico, y me dio un beso en la mejilla.

-Ya vez, lo que tenemos que hacer es devolverte el apellido de tu viejo, el zurdo, me refiero, que tanto querés. Andrés Funes es un expediente molesto que no se puede hacer desaparecer fácilmente, por más que parezca un cero a la izquierda. La justicia, los tribunales, ya sabés, y algunos jueces que hinchan tanto las pelotas.

La conciencia de mi vieja deschavada esa tarde en la peluquería, tantos años antes, se dibujó claramente en el espejo. Y la memoria de mis oídos, que Nicola Voltoretá no me había transmitido como yo pensaba, pero que me había enseñado.

Insistí, quería escucharlo de su boca.

-Cosas, querido, negocios en el exterior- me contestó Ansaldi,

-¿Armas? ¿Drogas? ¿Chicos? ¿Mujeres?

La estancia vieja, el negocio de Andrés, los terrenos lindantes. Todo eso era una sucursal de los pozos, una escala de camiones clandestinos. La pampa vieja y olvidada, como una casa abandonada donde se esconden las miserias. Andrés ponía todo eso en peligro con su borrachera, con su locura cada día más destemplada, con su ir y venir en busca de mujeres que tenían oídos, que quién sabe de dónde venían o quienes eran.

El coronel me puso un dedo sobre los labios en señal de silencio.

Mirando al espejo, dijo, como dirigiéndose a alguien detrás.

-Los espejos escuchan...

-Ven...

-Se ve lo que se quiere, muchacho, pero se escucha la verdad, vos deberías saberlo mejor que nadie.

Y empezó a tararear la melodía escondida en la *Esaltazioni*, que yo nunca creí haber compuesto. Pero allí estaba, clara y nítida como un jingle de propaganda en medio de un réquiem.

Andrés Funes como testaferro no era la idea que me había hecho de mi amigo, el mismo con que compartíamos los más íntimos secretos. Era otro, que ocultaba como había ocultado tantas cosas durante su infancia. No podía culparlo, sin embargo. La vergüenza es algo demasiado profundamente arraigada en el alma, y es alimentada día a día con el sentimiento de la culpa. Las miradas ajenas son apenas las herramientas que socavan y penetran un terreno propicio al cultivo del fracaso.

Pero yo no podía perdonar, mi madre me lo había enseñado. Nicola, mi viejo, se había ido demasiado pronto, abandonándome al influjo de ella, la mera culpa, la mera exigencia, la mera angustia de la que apenas asomaba mis ojos a la superficie del mundo. Él se había ido dejando el idealismo a ultranza, la anarquía de los sentimientos, la violencia de la belleza en la mugre doméstica y los eternos e invisibles éxtasis de la música. Los segundos como horas, las horas como eternidades. La vida inmortal del arte contra la transitoriedad de la ingeniería, que se derrumba ante la imperiosidad del hidrógeno.

La unión de mis padres fue la unión de los sexos, y la buena educación se encargó de su gobierno. No era la hermandad de las almas, como creí nos pasaba con Andrés. Y ahora sabía que tampoco había sido así. Que nada de eso existía.

Y ahora, el ansia, insatisfecha, buscaba deshacerse de los lúbricos resabios, y encontraba en la oportunidad pública, la oportunidad privada.

Nos encontramos con el coronel en el sauna del Castelar. Me había tomado casi como un ahijado. Yo me movía a su alrededor, esquivando sus custodias personales, que me ignoraban apenas verme. Entre el vapor, noté la cicatriz de la cirugía por el tan remanido y comentado atentado en ese mismo sitio. Uno frente al otro, transpirando, con las toallas en las manos, observé las gotas de sudor en sus bigotes espesos. Los ojos dirigidos a mí, sin sonrisa, con preguntas.

-¿Pensaste en algo? Meterlo en cana, eso es suficiente.

-Lo que me estuve preguntando, coronel, es el motivo de que usted mismo no le invente una causa, o mande a sus galgos, por así decir. Andrés es un pobre tipo, nomás...

-Los pobres tipos son los más peligrosos, muchacho. Son como las capas de la cebolla, mientras más los pelás, más te hacen llorar.

Entonces le conté mi fantasía, la de las parejas de rateros de los que había leído en la prensa.

Me miró con satisfacción.

-Buena idea, hijo. Tan simple, che, que nunca se me hubiera ocurrido. Se ve que sos artista...

Se levantó, me abrazó, y salió del vapor. El hombre fuerte, el padraastro postizo. El mentor de mi orgía.

Los esbirros, que como tales, no tenían nombre ni se hacían llamar así, me pusieron en contacto con la canalla. Ni barrio pobre ni villa miseria. Un departamento en Recoleta sobre Talcahuano y Sánchez de Bustamante. Una mujer de cabello platinado y ojos negros, vestido de diseñador pero de labios rotos y mascando un chicle. La voz, atiplada, el gesto, indecoroso. Nunca llegué a conocer a su socio.

Ella me recibió espiando por la mirilla, luego de la barrera endeble del portero eléctrico. Tras la presentación formal, que fue una especie de contraseña, hablamos y acordamos mis necesidades. El costo, por supuesto, corría por cuenta de mi padrino.

-Un susto, nomás- le dije, antes de irme.-Para amedrentarlo, ¿me entendés?

Ella sonrió, echándome encima el aroma del Bazzoka en la cara.

-Quedáte tranquilo- me dijo.

Quise saber el método, el paso a paso, como en una composición musical o la construcción de una casa. Imaginé el albergue transitorio al que ella lo llevaría, de medio pelo, como al que estaba acostumbrado Andrés, de afuera como una prisión con ventanitas altas y enrejadas, y la única entrada la de un portón a un costado.

Sabía la noche en que iba a pasar. Fue, coincidencias mediante astrología de las hecatombes personales, el mismo día del estreno de la *Esaltazioni* en la Wagneriana. Yo renuncié a tocar. Me senté en primera fila, con todas las miradas encima antes y después del concierto, observando a Alina conduciendo el conjunto de cámara sobre el escenario. Cuando terminó la última nota, ella se paró, dejando la viola y el arco apoyada en la silla, y luego de los aplausos, mi invitó a subir.

El coronel y todo un ejército escondido de civil entre el público me secundaba. Parado allí arriba, con la mano de mi exmujer que pretendía dejar atrás el ex, ya se sabía el albacea de mi futura obra. Sonia, la

orgullosa Sonia, se había quedado en su departamento, tal vez pintando, quizá eligiendo las pinturas para una nueva exposición en el Museo de Bellas Artes. Le pedí que no me acompañara, ella lo aceptó como si esperase tal pedido.

¿Sabía, acaso, lo que se perpetraría esa noche? ¿Lo sospechaba, siquiera? Desde entonces pienso que así era, pero no podía evitarlo. Las mujeres como ella aman y observan la inevitable destrucción de sus amores.

En cada rostro en la platea, se desdibujaba el rostro de Andrés cuando era chico. En los cadetes casi imberbes, invitados al concierto por carilindos y afeminados, veía el rostro adolescente que lloraba en la plaza. Y en las recias caras barbadas o pulcramente afeitadas de los oficiales, vi a Andrés en la cama del albergue, asustado, vencido. Tal vez, desesperado.

No tuve más remedio que esperar: los saludos y las felicitaciones, los apretones de manos y las promesas de cenas y eventos. Se había dado a conocer el proyecto del balneario, claro. Fuimos a cenar, Alina, renacida, extasiada, me hacía arrumacos y me acariciaba un muslo mientras cenábamos. Me excitaba, por supuesto. Yo soy un hombre, al fin de cuentas, aunque pensara en aquel otro hombre en el hotel albergue, quién sabe en qué estado de indefensión. ¿Cómo lo habrían tratado? ¿Qué le habían hecho?

A las tres de la madrugada, el coronel se me acercó y me habló al oído. Tenía que ir, me dijo, no podía deschavar a sus hombres con la policía. Algo había pasado en el hotel, algo inesperado.

Me tomé un taxi. El taxista miró el cartel, me guiñó un ojo y dijo:

-No es muy limpio, señor. Conozco otro mejor, si quiere lo llevo.

Le pagué de más, me bajé a la vereda de baldosas rotas y toqué el timbre. El empleado, medio dormido, escuchó mis explicaciones. Se hacía el sordo o era estúpido, pero ya le habían advertido. Le dije que llamara a la policía cuando yo le dijera, no antes. Asintió, confundíéndome con un milico.

Caminé por el pasillo oscuro. Puertas abiertas y camas deshechas, otras cerradas como la morgue por donde salía olor a cerveza rancia y orina vieja. Al fondo, la habitación con la puerta abierta y sin picaporte. La cama junto a la ventana clausurada, el piso de flexiplast y con viejos pegotes. La

luz estaba apagada pero vi el cuerpo de Andrés sobre las sábanas arrugadas. Desnudo y boca arriba, parecía dormido.

Me incliné para despertarlo, pero tropecé con algo en el piso. Encendí la luz de la mesita, que milagrosamente funcionaba, pero débil y moribunda. El cuerpo de la mujer estaba tirado, en ropa interior y la cabeza rota.

Me senté en la cama y agarré las manos de Andrés, con sangre.

Imaginé, como si hubiese estado allí mientras interpretaban mi música en el escenario, la coreografía de los acontecimientos en esa habitación del albergue, el ensamblaje de la fatalidad, la más grande y talentosa ingeniera.

La entrada al hotel, el pasaje por el pasillo, entre besuqueos y risas. La cama, la ropa tirada, y luego la embestida del socio cuando Andrés ya estaba embalado, distraído, ensombrecido por el alcohol de esa mina que lo había besuqueado y manoseado, dejándolo desnudo e indefenso como un viejo, sin más armas que sus manos, que al fin de cuentas servían para poco.

Lo habrían atado, seguramente, se habrían reído de él, jugado, incluso, con esa conducta incongruente y disarmónica que no era frecuente encontrar en los tipos comunes que solían ser sus víctimas. Se preguntarían por qué el tipo lloraba como un chico, o pedía perdón entre gemidos, o pedía clemencia como si esa pareja de reos fuesen sus padres.

En algún momento, bajaron las defensas con su risa, y el tipo quizá dejó el arma en algún lado. Tal vez, pensarán ellos, podrían joderlo un poco más, quien se daría cuenta, si el tipo era un loco, un chiflado.

No lo vieron venir. Se le tiró encima a ella, la golpeó con el arma, tal vez. El tipo, quién sabe, de los que roban simplemente, de los que trabajan de eso cuando los otros están atados o en el piso, y patean y escapan, se asustó: la socia muerta, el otro como un loco con el revólver en mano, y la policía apareciendo de un momento a otro.

No había vuelta atrás, ni forma de arreglarlo.

Yo no quería esto, le dije, cuando abrió los ojos y trató de contarme lo que ya sabía. Ni me escuchó, llorando entre toses, apretándome las manos, rogando como un borracho indefenso.

Lo llevarían preso para toda la vida, hasta que se muriera por sus propios medios en una celda solitario y abismado en su soledad elegida. No era un hombre que sobreviviera en prisión, diferente a todos, su alma era

una canción de cámara, una profunda exaltación de íntimas agonías y éxtasis abortados.

La soledad era su único amigo, la impotencia su sola capacidad.

Entonces, agarré la pistola abandonada sobre el piso, con las sábanas. Apunté sobre Andrés, y disparé.

Las huellas del reo que se había fugado de la escena del crimen en el arma construirían un caso cerrado.

Pero antes de pedirle al encargado que llamara a la policía, necesitaba tiempo para construir otras falacias de la imaginación que compensaran las catástrofes del mundo.

Sentado en la cama, apoyé la cabeza de Andrés sobre mis piernas, acariciándole el pelo como a un chico, y así esperé hasta que la primera luz del sol se filtró entre las rendijas de la persiana para siempre clausurada.

EL HOMBRE DE LA ESTACIÓN

1

Díganme Lisandro, nomás. Yo también estuve enamorado de Mecha, como lo estuvieron Arturo, su primo, y Franco, el peón de la estancia. Pero por dónde empezar, me pregunto, si está todo mezclado: ellos, la tierra y mis sentimientos.

La estancia de los Sanhueza era la más grande de General Lavalle. Eran respetados por su pasado, austero y pobre como el de cualquier colono español, vizcaíno para más datos, como lo era el bisabuelo que se había instalado en esa llanura llena de árboles que apenas le recordaban, quizá, los saucedales de su tierra natal. Todo empezó con un lote sin nombre ni propiedad reconocida, a orillas de un arroyo que con las décadas y el cambio de siglo terminó secándose, dejando un puentecito de madera que aún persiste. Los sucesivos cultivos que terminaron en otros tantos fracasos fueron heredados por el hijo único que el hombre y su mujer trajeron ya nacido. Español de origen pero criollo por crianza, Humberto Sanhueza cambió el arado por los arneses, y se puso a criar caballos. Algo sabía, porque se había criado en el campo con los peones de tránsito que el padre contrataba y no siempre pagaba porque cuando venía el tiempo de cosechar, no había más que rastros dejados por la sequía, el aguacero o la mala administración. También, había aprendido de los cuatreros, a final del siglo, cuando era un adolescente todavía, o menos que eso, viendo

cómo los caballos eran mejor tratados que los hombres, ni qué decir de las mujeres del campo, si parecían bestias de carga y de procreación que llevaban fardos en la espalda e hijos contra el pecho.

Todo eso duró poco más de un cuarto de siglo. Para comienzos del año veinte, el hijo mayor había visto morir a su padre a manos de los cuatrerros que habían estado molestándolo por muchos años, envidiosos, quizá, de la prosperidad y la buena raza que había logrado formar a orillas del río Ajó, mezcla extraña de humos con aires marinos, tan cercanos y lejanos a la vez, que traían la sequedad de la arena, como dunas invisibles llenas de sol. Los caballos se criaban sanos y fuertes, pero la prosperidad económica era tan precaria como intensa la necesidad de los cuidados. Los robos fueron incesantes, y pronto se gastaba más en protección coimeando a los sucesivos comisarios y luego a los concejales, cuyas manos eran siempre distintas y tan múltiples que siempre estaban vacías.

El futuro padre de Mecha se llamaba Enzo Sanhueza, y con su único hermano menor se quedó solo en el casco de la estancia, que ya tenía varias leguas, ocupando lo que era en ese entonces parte de la ciudad, que se extendió hacia el este para diferenciarse de las propiedades de esa familia que había sobrevivido a los malones de fin de siglo y las raterías de los cuatrerros. Pero la política avanzaba invadiendo lo social, aún en esos pagos, y los terratenientes, por más que fuesen moderados, no eran del todo bien vistos.

Con la estancia hipotecada en el Banco de la provincia, un hermano que estudiaba para médico, el engominado Macario Sanhueza que se vestía de gala para cabalgar en los bayos finos que había heredado, y con no más de veinte ejemplares que había logrado salvar de las huestes gracias a nuevo cambio de gobierno, Enzo, y futuro padre de Mecha, cambió de rumbos. Si los ingleses son tan prolíficamente eficaces, si tanta insidia ha generado su participación en los bienes nacionales: tierras, ferrocarriles, empresas, gobiernos, ¿por qué no imitarlos?, se preguntó.

La desidia de la sangre española, tan ultrajada, era algo que aparentemente no podía ser destruido, pero por lo menos intentaría educarla al modo inglés. Y fue así como empezó la cría de ganado ovino. Él que no sabía nada de ovejas, vendió los caballos a los ingleses, porque así llamaban a todos por más que fuesen escoceses, galeses o irlandeses, todos ellos emprendedores e interesados por igual en la riqueza de la que

llamaban pampa argentina. Unos más, otros menos, laboraran la tierra teniendo el sentido de la oportunidad bien prendido como lucecitas de alarma. Lo que pudo sacar, que no fue mucho, sin embargo le dio cierto renombre, sumado al que tenía su familia.

Cuenta la anécdota, que escuché repetidas veces en la ciudad, y hasta Mecha y los muchachos me la contaron en diversas versiones, que el entonces candidato a presidente Alvear había venido con su mujer, cantante de ópera, rodeados ambos por lo mejorcito de la aristocracia porteña, a visitar el pueblo en campaña. Pocas veces se había visto tal despliegue de buen gusto rodeado por la respetuosa muchedumbre de peones y mujeres de campo. Dio la casualidad de que tal domingo de campaña, los dos últimos ejemplares ecuestres de los Sanhueza estaban expuestos a la venta. Enzo esperaba, sentado en una mecedora, con rebenque en mano, golpeando la tierra con yuyos, mirando esa tarde soleada donde el bosquecito cercano escondía perros que copulaban cerca de parejas que hacían lo mismo en la única oportunidad que tal vez encontraban.

El presidente, que sin serlo todavía no aparentaba más que un porteño bien vestido para la ocasión: botas altas, bombacho de gabardina, camisa de hilo y pañuelo de seda, se sacó el sombrero ante las piernas estiradas ya abiertas de Sanhueza.

-¿Cómo anda, mi amigo?

Enzo lo miró haciéndose visera contra el sol.

-Buenas, patrón- respondió-. ¿En qué le puedo servir?

Don Torcuato se presentó, señaló los bayos e inquirió por su precio.

-¿Cuál, amigo?- se precipitó a preguntar Enzo, levantándose para limpiarse las manos en el pantalón y ofreciendo un saludo al porteño.

-Los dos, compadre.

-La pucha-dijo Enzo, sorprendido, sin darse cuenta de que había señoras de alcurnia muy cerca. Estaba con la resaca de la siesta y el vino del asado, todavía. -Usted disculpe, patrón...señoras mías... los modales.

Don Torcuato se rio y le palmeó un hombro para eliminar la importancia de cualquier resabio de modales aprendidos. Caminaron juntos, entonces, hacia el corralón. Viendo, dando vueltas alrededor de las bestias, siendo aconsejado por los hombres que el político había traído consigo, fue interrumpido por su mujer, la tan famosa soprano. Era alta, esbelta, casi

una vestal acorde a una ópera wagneriana. Quiso cabalgar, y no hubo manera de contradecirla.

Enzo desconfiaba, por supuesto, pero no la gente que acompañaba al futuro presidente. Luego de los infructuosos intentos de convencerla de lo contrario, prepararon la silla mientras ella se cambiaba el vestido en el interior de una pulpería junto a una amiga, tal vez una dama de compañía. Volvieron riéndose juntas, y Enzo le dio la mano para ayudarla a montar. Mientras esperaban, los hombres habían hablado entre sí, desconfiados, pero Don Torcuato se mostraba contento. Y Enzo, más que eso, estaba eufórico. La plata que el hombre le había ofrecido era casi igual a que había obtenido por todo el lote vendido, o casi malvendido en comparación. Sólo faltaba que todo se arruinara por una mujer caprichosa que iría a caerse, lastimarse, o incluso matarse. Enzo era un soltero recalcitrante en ese entonces, y lo sería por mucho tiempo, las mujeres le daban tirria, decía, con sus estrecheces de pensamiento y sus modales de golondrina.

Pero la señora de Alvear se comportó como una amazona experta, o más bien como una jinete común y corriente, habituada a dominar a su caballo según su carácter y temperamento. Volvió después de dar varias vueltas hasta el camino de tierra y dio su consentimiento a la compra.

Enzo se despidió de lo que quedaba de su herencia esa misma tarde. Escondió el cheque dentro del calzón, y al día siguiente fue al banco a cancelar la hipoteca sobre la estancia. Poco le quedaba para emprender su proyecto, pero le extendieron una nueva cuando supieron lo de aquella tarde de domingo. Los del banco lo saludaron con respeto, y desde entonces, cuando ya Alvear subiría al poder, los Sanhueza: Enzo con sus ovejas y sus esquilas, con el rancharío cada vez más acorde a su prestancia, Macario con su distinción de estudiante de medicina, que cambió a veterinaria cuando el hermano le dio el ultimátum de seguir con sus veleidades y abandonar la estancia, o ponerse los bombachos y ensuciarse las manos. Se ve que estaba en la sangre de los Sanhueza el aire del campo, porque las atracciones y los lujos de Buenos Aires no duraron mucho tiempo para Macario, al fin de cuentas era un chico que le gustaban las mujeres por sobre sobre todo, y de eso conseguía en cualquier parte.

Los hermanos Sanhueza, entonces, de siete años de diferencia, afirmaron el buen nombre que se tenía de su familia. Hombres bien machos, decían algunos, progresistas y conservadores al mismo tiempo, no

pisaban la iglesia más que para acompañar a la novia de ocasión en el caso del más chico, y para los funerales, en el caso del mayor. Hacían las labores de esquila y curaban las costras de las ovejas o ayudaban a parir. Macario se había vuelto otro, de holgazán y refinado, se había dejado el pelo largo y la barba. Los del rancherío, fuesen peones o estancieros, lo llamaban para cualquier enfermedad de las bestias, perros, gatos, conejos, vacas o cerdos. Si hasta al canario de la vieja de noventa años que vivía sola había ayudado a sobrevivir unos cuantos días, para que la mujer no lo extrañara tanto.

Las mujeres lo idolatraban, y muchos se preguntaron, como su hermano, si había tenido progenie desconocida por algún lado. Pero para eso había estudiado, le dijo a Enzo una noche mientras volvían del campo, con una botella de vino cada uno en una mano, y la otra en las riendas del caballo de turno.

-Lo que vos, Enzo, no sé cómo te las arreglás.

El otro, en la oscuridad, dejó escuchar una risa enlutada de sarcasmo.

Macario se casó primero. No había amor, se notó en el casamiento, tampoco había belleza, porque la chinita, como llamaba Macario a su mujer, era oscura pero de buen ver. La había dejado embarazada, pero no la había convencido como a las otras. Nada de remedios, le dijo ella, con las manos en la cintura y el color de sus ojos oscuros resaltando con los dientes blancos que le habían sonreído tantas veces. Ese año nació Arturo, me refiero ya a la década del treinta, cuando los milicos aparecieron con su gala democrática y sus procedimientos de facto.

Le mandaban inspectores a la estancia, encargados de corroborar los requerimientos establecidos por las leyes de sanidad, creadas todas en vista al bien del desarrollo del país. Pero los disturbios, sin embargo, tapaban las maniobras de las importaciones en la aduana, tan llenas de nuevos impuestos que ya no se entendía a quiénes o qué se aplicaban. Con la propaganda del progreso de la industria nacional, se proclamó al país como el granero del mundo, y el ganado vacuno se exportaba en millones de pesos. El ganado ovino dependía de las industrias textiles para venderse. Hubo unas cuantas que nacieron por esa época, y ciertas telas dieron que hablar en el exterior. Sin embargo, el negocio no era tan remunerativo como el vender directamente al exterior, pero las prendas confeccionadas con esas lanas volvían al país y se pagaban a varias veces

más que si hubiesen sido fabricadas acá. El gobierno hacia la vista gorda, y los empresarios engordaban.

Enzo sólo quería vender, y no se preguntaba a quiénes. Mientras pagaran era suficiente, y por eso no se sorprendió el día en que fue a abrir una nueva cuenta el Banco de la provincia. El director lo llamó a su oficina, la nueva dirección estaba bajo la supervisión de una junta elegida por el gobierno.

-Don Enzo- le dijo el director al ya entonces conocido solterón cercano a los cuarenta. -Le doy un consejo, amigo mío. A usted, que es tan gran cliente nuestro desde hace varios años, tengo la obligación moral de aconsejarle que se pliegue a los cambios que se avecinan.

Enzo miró alrededor, sarcástico, si hasta miró por la ventana por si veía los signos de una próxima tormenta, o la llegada de algún regimiento.

-En nuestro pueblo, amigo, pronto se abrirá una sucursal del Banco de Londres. Se lo digo en confidencias, porque no se ha anunciado oficialmente todavía, pero me siento con el deber de compartir con la gente en quien confío las ventajas que nos va a acarrear.

Enzo pensó en las carretillas de billetes y lingotes de oro entrando por las puertas del banco, como en una película muda de Carlitos Chaplin. No había vuelta atrás, él lo había querido, y lo había logrado.

Le abrieron la cuenta en el Banco de Londres, que nunca tuvo sucursal en la ciudad, sino que fue una cuenta conjunta con el de la provincia. Lo que entraba y salía le llegaba en resúmenes bancarios a la estancia una vez por mes. Y fue así como conoció a su futura esposa, era la secretaria del representante que se reunía con él en su estudio austero de estanciero acomodado. Don Mac Alister llegaba puntualmente los sábados a la tarde, acompañado por su secretaria, la señorita Martina Larriere, que taquigrafiaba cada conversación, hasta que la reunión terminaba amenizándose con la merienda entre criolla e inglesa. Ella traducía perfectamente lo que su jefe decía, para que el señor Sanhueza no dejara de comprender cada detalle de las transacciones, lo cual no siempre lograba a juzgar por la expresión desorientada o distraída que cada vez con mayor frecuencia encontraba en el rostro del viril señor Enzo. Rostro de hombre recio pero de facciones armónicas, barba descuidada pero corta, cabello castaño y ondeado tendiente a escasear, y los ojos azules como el océano que estaba tan cerca y que ella conocía de sus veraneos en Mar del

Plata. Míster Mac Alister condescendía con el café con leche, mirando asombrado a esos dos argentinos que se sonreían compartiendo el mate, que se repetía de mano en mano, renovando la pava con agua caliente, hasta que se hacía de noche en la pampa e insistía a su secretaria para volver a Buenos Aires. El chofer llega a buscarlos a las ocho de la noche, pero un día ella no lo acompañaría.

-El señor Sanhueza me invitó a pasar el domingo en la estancia, míster-le dijo ella, junto a la tranquera donde el auto esperaba con una puerta abierta del asiento trasero.

El banquero inglés debió pensar que había perdido otra secretaria, de las buenas, a causa de los funestos gauchos de Argentina, pero qué iba a hacerle, al fin de cuentas era un lazo más que Su Majestad establecía con esas lejanas regiones. Estaba acostumbrado, quizá, a que las uniones matrimoniales conformasen lazos comerciales indisolubles, y tenía razón. Pronto, los vecinos y allegados de los Sanhueza vieron a la señorita Larriere como la única mujer que había conquistado el corazón y el cuerpo de Enzo, tan duro de pelar para el sexo débil.

A dos años del nacimiento de su sobrino Arturo, Martina dio a luz a Mercedes. Y desde entonces, ambos primos parecieron destinados a no separarse nunca, como un matrimonio concertado desde antes de su concepción, donde los factores familiares se complementaban con los financieros, como en las buenas aristocracias.

A Mecha la vi tres veces en mi vida, únicamente. La primera cuando éramos adolescentes y tuve que hacer un mandado por la estancia, a instancias de mi vieja, dueña entonces de los negocios de mi familia por estos pagos. Soy un Goncalvez, nos habrán oído nombrar, funebreros de profesión, para algunos, para otros recolectores de basura y desperdicios, de todo aquello que nadie quiere. En las esquilas queda mucha suciedad que entorpece los galpones donde se hace tal faena o en la tierra si es campo afuera. Sanhueza nos había contratado desde hacía mucho tiempo, y yo estaba aprendiendo el oficio.

Me fui hasta la estancia en mi carretón viejo, solo, con mi aspecto de adolescente rebelde ante la imposición de la familia, mi cabello oscuro, mi tez avinagrada, mis ojos verdes como el moho, la incipiente barba que todavía creía rala y en fragmentos, igual que manchas negras en la cara

que semejaban pozos ciegos. ¿Cómo alguien iba quererme con tal aspecto? Y cuando vi a Mecha esa tarde en que entregué los papeles a su padre, sentada en la mecedora y tomando un mate con su primo, me enamoré, literalmente y de forma inmediata. No podía ser de otra manera, a cualquiera que la hubiese visto le pasaba. Su belleza era malsana para todo corazón que fuese virgen todavía, y yo adivinaba que aún para aquellos aguerridos varones curtidos por el trabajo del campo. Tanto el silencioso Arturo con su alma de poeta en ciernes, como el austero Franco con su maldita carne heredada.

Les di la mano a ambos, porque ya en esa época ellos eran un trío que iba a todos partes juntos: campo, pueblo y ciudad los veían caminar o cabalgar con una armonía prodigiosa. Aunque se sabía que los primos iban a casarse algún día, no estaba bien visto aquel lazo tan sanguíneo por más que estuviese permitido por las costumbres. Franco, entonces, era una figura prodigiosa para ellos y la imagen que proyectaban, otorgando de ese modo el equilibrio exacto, como un triángulo que no podría deshacerse jamás a menos que los tres desaparecieran al mismo tiempo.

En eso pensaba yo, por supuesto, mientras deseaba para mis adentros que mi novia Clarisa, la hermana de Franco, fuese tan hermosa como Mecha, pero eso era imposible. Los Espinoza eran los bichos feos del partido de Lavalle, los tipos malos, los extraños que evitaban el contacto con los demás, empeñados en guardarse sus desgracias, que eran y serían muchas con el tiempo. Hombres de campo, semi locos algunos, obsesivos otros, germinando las semillas de la muerte en sus almas mientras se entrenaban en el oficio de matar la misma tierra que intentaban sembrar. Eran de los que matan lo que aman, y ese amor es tan oscuro como un pozo ciego.

Mecha tenía la delicadeza de la madre y su misma inteligencia para las palabras y los idiomas, pero a ella le gustaba pasar el tiempo con los varones, aprender el oficio del campo con su padre y con Franco, y cuando volvía a casa, Arturo le leía libros, y ella se quedaba dormida con la cabeza apoyada en un hombro de él, acunada por la vibración de su voz al ritmo de las frases.

Clarisa, en cambio, era una chica de campo pura y sin instrucción. Siempre estaba con sus tres hermanos, y la única figura femenina, su

madre, no tenía más tiempo que para la casa y para ellos, los hombres de la familia, problemáticos y peleadores.

Yo quería a mi novia, claro. Clarisa era linda, no tanto como Mecha, era ingenua y traviesa todavía, como una nena aunque tuviese casi la edad de Mercedes. Era más baja, media pelirroja y curtida por el sol, a diferencia de Mecha que era de tez muy blanca y de cabello castaño, alta y esbelta, de la misma altura que un varón ya bien entrado en la adolescencia. Clarisa jugaba en el campo, y las tareas que emprendía nunca eran terminadas. ¿Qué iba a hacer bien ella, a la que nunca le enseñaron nada porque los hermanos acaparaban todo, atención y preocupaciones? Mi novia Clarisa era como una perdiz que corría, escabulléndose, espiando, destrozando lo que intentaba arreglar, y luego se paraba con una sonrisa ante la que no se podía ser más que indulgente.

Clarisa adoraba a su padre y amaba a sus hermanos, y para eso estaba yo, desviando la atención de aquellos amores que contenían la enfermedad en ciernes. Antes de que algo sucediera, la madre fue la celestina de nuestras relaciones. Yo era un joven prometedor, por supuesto, con mi familia a cuestas, sabiendo que mis hombros tenían la fortaleza de la buena madera con que se construye un cajón de muertos, para que duren bajo tierra casi tanto como la eternidad.

Esa tarde, Mecha creo que ni me miró, entusiasmada en la conversación con Franco que le explicaba algo sobre las ovejas, haciendo el ademán de sujetarlas del cuero, como si intentase enseñarle la esquila. Ninguno de los tres se dignó mirarme, menos Arturo que, ajeno a la conversación de su prima, leía sentado con los pies sobre el barandal de la recova. Pasé de largo hasta la cocina, donde Enzo Sanhueza dejaba encargado diesel refrigerios a los visitantes y proveedores mientras arreglaba los asuntos de negocios. Luego, me estrechó la mano, me encargó saludos para mi futuro suegro, con el que había tenido litigios que siempre se arreglaban cediendo él, que tenía todo, a don Pedro Espinoza, que no tenía nada, los beneficios de la duda. El padre de Clarisa, que quemaba tierras y se las apropiaba, era un hombre enfermo y peligroso. En los ojos del estanciero también vi la tarea que todos me encomendaban, rescatar a Clarisa.

Por eso mi amor por Mecha fue puramente platónico, tanto que ni ella recordaba mi aspecto y apenas mi nombre, y la segunda vez que nos vimos no me reconoció. Ellos viajaban a Buenos Aires, y recuerdo que la primera

vez Mecha estaba excitada al volver a la estancia, contando lo que había visto, los edificios y las calles de asfalto, las luces y los cines, y la facultad donde Arturo planeaba ir a estudiar cuando terminara el secundario en el pueblo. Mientras tanto, mi noviazgo con Clarisa se afianzaba, visitando el rancherío pobre de los Espinoza. Me cruzaba con Franco, que era el hijo mayor de Raúl, el primogénito de don Pedro, pero Franco trabajaba y vivía en la estancia de los Sanhueza y poco a poco se desligaba de su familia. Tenía un hermano chico por el que se preocupaba. A veces charlábamos, casi con monosílabos, suficientes para entender mutuamente nuestras desgracias. Yo, el condenado a una nena-mujer que nunca crecería, él sabiéndose relegado siempre por su clase y su familia.

La amenaza de los Espinoza terminó concretándose en nuevos incendios. Intervino el municipio, pero el viejo don Pedro tenía la suerte de los desgraciados y la virtud de tener una mujer protegida por el cura, que por más que fuera de pueblo, el padre Macabeo sabía hacer sentir su influjo en las autoridades de turno. Cuando sucedió lo de la muerte del viejo y los hijos fueron los sospechosos, no sirvió de nada ni siquiera la influencia del viejo doctor Ruiz.

Entonces llegó el incendio aquel donde murió el cura. Ya el incendiario estaba muerto, pero los hijos habían aprendido la lección largamente enseñada, y como hijos de su padre, salieron indemnes, por lo menos en cuanto a las leyes. Dicen que fue una venganza, que los chicos Espinoza se la tenían jurada, que el cura se había metido con la madre como con todas las chinitas del pueblo, y que sé yo. Todo eso se sabía y era contemplado como algo más, como lo más común, como los árboles y el agua del río.

Pero Clarisa también estaba en el incendio, como la perdiz que era, metiéndose en todo, extrañando al viejo enterrado en ese sitio que los hermanos habían quemado. Fue la víctima propiciatoria, el providencial chivo expiatorio para los pecados de los Espinoza, que al fin de cuentas no terminaron expiando nada.

Clarisa no murió, pero quedó con todo el cuerpo quemado. Postrada de por vida, yo fui su esposo desde entonces, y ella, la cruz metida en un cajón cargado en mis hombros, símbolo de mi herencia familiar, mi legado y condena.

Podría haberme desentendido de mi promesa, que nunca fue tal, sino simplemente un compromiso tácito basado en mutuos sentimientos que ni siquiera nosotros consideramos definitivos. Ella era una nena todavía, emocionalmente hablando, y yo un caradura que, viéndomelas fácil, se dejó llevar por las circunstancias.

Pero cuando me la mostraron quemada, allí en el campo incendiado, rodeada de policías, de gendarmes, médicos y políticos del municipio que ni siquiera la miraban porque estaban más interesados en el cadáver del cura, oliendo a quemado como un ternero en el asador, se me presentó su indefensión como un hecho que me estaba destinado. Acostumbrado a los dictámenes de mi familia, la sensación que lentamente fui aprendiendo a discernir con el tiempo y la experiencia, esa tarea de mensajeros y recolectores de la muerte me hizo familiar la idea de la predestinación, de lo irrevocable.

No había marcha atrás para el cuerpo de Clarisa como no lo había para los hechos consumados entre nosotros dos. Los sentimientos, a diferencia de lo que muchos piensan, no pueden revertirse. Cambian en intensidad, tal vez, se metamorfosean en otros sentimientos más o menos disímiles, pero no pueden abolirse. La tan trillada frase de nada muere, todo se transforma, es tan estúpidamente evidente que da vergüenza que la humanidad alguna vez se haya sentido orgullosa de haberla descubierto. La muerte misma no es más que una transformación, y lo que lamentamos y lloramos es sólo la forma que conocimos, ya otra distinta, ya otra cosa diferente, pero la misma sustancia. El hombre, sin embargo, embriagado por las sensaciones de su cuerpo, no concibe sino muy difícilmente lo que está más allá o más acá de sus sentidos.

De cuclillas junto al cuerpo de Clarisa, sintiendo el pastizal humeante a nuestro alrededor, los llantos de las mujeres que lamentaban la muerte del cura, calcinado como en un castigo bíblico, la mirada acongojada de los hermanos, interrogados por los policías que no obtenían respuesta alguna más que esa expresión siempre ofuscada propia de todos los Espinoza; digo, rodeado por el cielo humedecido de esa mañana, viendo los ojos

abiertos de Clarisa, su ropa chamuscada y mojada por los baldazos con los que habían intentado apagar el fuego sobre ella, y el olor de la carne y su dolor, le toqué los dedos de una mano negra que no sentía nada, por lo menos ahora, en ese principio de su suplicio, y sentí estar en el umbral de la muerte por primera vez, recién salido de la adolescencia, y supe que éste era el hecho que me había sido destinado para comenzar mi trabajo. Los Goncalvez no entrenaban a sus hijos, simplemente los mandaban al frente de batalla, y en el medio del campo, sobre los montones de muertos, trepábamos hacia el gran Mariscal que por encima de todos nosotros contemplaba el desolado paisaje creado por su designio.

La llevaron a su casa, le curaron las quemaduras en todo el cuerpo, le cortaron el cabello chamuscado. Desnuda, no parecía estarlo. La ceniza que la cubría fue lavada con agua fría entre gritos desolados que pusieron a todos con los nervios de punta: hermanos, médicos, vecinas, excepto a mí, que la sujetaba del cráneo ahora pelado, casi el único sector de su cuerpo donde la piel se conservaba intacta, gracias al cabello abundante que había sido sacrificado al fuego, rojo como el pelo de Clarisa. Apoyé mis labios en el cráneo pelado, mientras ella giraba sus ojos, mirándome, intentando no llorar porque hasta las lágrimas le irritaban la piel de la cara, hasta que se dio cuenta que las muecas que hacía para evitarlo le tironeaban la piel quemada como una tortura. No sabía qué hacer para evitar cada movimiento por más trivial que fuese, todo contacto de los otros, cada mota de polvo o gota de agua que la rozara. Su misma respiración le resultaba un martirio. Y no es que pudiese hablar o abrir los labios siquiera un poco. Yo lo comprendía al acariciarle el cráneo y ver sus ojos como dos brújulas que estuviesen guiando mis dedos por la cartografía de su cráneo manchado como fragmentos de mar y tierra, de volcanes en erupción y maremotos que intentaran apagarlos.

Sus gritos, santo Dios, ¿cómo calmarlos? ¿Cómo evitar escucharlos?

Todos en la habitación lo sabíamos, y me miraban. Incluso la madre, que ya no lloraba y había decidido no tocarla nunca más.

Pasaron los días y las semanas, la gente se fue yendo del cuarto. La madre lloraba algo que no entendíamos: la muerte del Padre Macabeo, y los hermanos, dispersos, escabulléndose en el anonimato del campo extenso, donde un hombre es una hormiga, y las hormigas fácilmente pisoteadas, deshechas en el polvo y la tierra.

Me quedé solo con ella. Si hubiese querido irme, ya era tarde. Sus ojos me imploraban, y yo entendía equivocadamente. ¿Quería que me quedase? ¿Quería que terminara con su vida?

Ella gritaba y no quería hacerlo, no por la lástima que provocara en los demás, eso a ella no le importaba, porque su alma no tenía resabios de conciencia alguna, su alma era su cuerpo a flor de piel, los restos de la piel que se iban cicatrizando sobre las úlceras en que se transformaron las quemaduras por un largo tiempo, en el pus que drenaba de las infecciones y en las moscas que se le posaban encima porque no había manera que tolerara ningún vendaje. Los ungüentos que trajeron las mujeres del pueblo no habían hecho más que serenarla una hora o dos, hasta que ya no quiso saber nada porque el tiempo de paz era un tiempo de pensamientos de guerra.

Fue cuchicheando sonidos y palabras, pero su cuerpo era una estaca que no se atrevía a moverse. Yo le limpiaba las suciedades, le daba de comer con una mamadera y luego con una cuchara cuando pudo empezar a abrir la boca. Agua y nada más que agua, yo vivía rodeado de baldes que cambiaba a cada rato, y de trapos que arrojaba luego de usarlos. No sé de dónde salieron tantos trapos, me los traían las mujeres, me los alcanzaban los hombres luego de hacerlos trozos con los que yo limpiaba el cuerpo de Clarisa.

Una vez, el doctor Ruiz, que venía de compromiso nomás, me dijo que si ella había sobrevivido todo ese tiempo fue por mi causa, por mi dedicación. No lo llamó amor, la verdad es que lo habría echado a patadas si lo hubiese dicho. Pero él, como médico, algunas cosas también sabían del corazón humano.

Fue mi esposa, lo es todavía. No nos casamos, vivimos juntos como marido y mujer durante esos primeros meses, que se extendieron a un año y poco más hasta que me la llevé a Buenos Aires. Pero antes del viaje, la saqué de la casa de los padres, que era una desolación completa, a mi casa que estaba en la ciudad, o pueblo, como todos llamábamos a Lavalle. Una de las primeras casas que algunos de los Goncalves había construido más de cincuenta años antes: vieja, colonial, fría, pero amplia y cómoda como un Paraíso en miniatura, un paraíso de invierno soleado, donde los cuartos eran grandes y llenos de ecos que salían por las puertas que daban a la

recova interna que rodeaba el patio en cuyo centro había un aljibe con roldanas que chirriaban con el viento, y a veces, sin causa aparente.

La puse en la gran cama de matrimonio de la habitación más grande, la que estaba al fondo, y cuya puerta era la primera que se veía después de atravesar el vestíbulo largo y estrecho que nacía en la vereda adoquinada. Una mujerona callada y gorda, me ayudaba a asearla, dándole vuelta en el colchón, tan brutalmente que Clarisa no sentía el dolor del movimiento, sino la atrocidad de la inmovilidad posterior. Era la única manera, por supuesto. Y por las noches yo veces velaba sentado en un rincón, o me acostaba al lado, separados los cuerpos por almohadas que no la lastimaran. Su cuerpo se iba haciendo poco a poco una cicatriz completa y arrugada. Por momentos, semejaba una serpiente. Siempre desnuda, sólo toleraba las sábanas de seda, pero temblaba de frío y gritaba cuando quería ponerle una frazada.

Llegaron las noches de la segunda mitad del año. Los remedios y las inyecciones o los sueros que le daba el doctor Ruiz y muchos otros que vinieron después, que la miraban como un bicho raro, como un fenómeno no de la ciencia sino de algún poder siniestro y sobrenatural, no le sirvieron de nada. La calmaban un rato que terminó siendo cada vez más corto. Ya no era la piel lo que le dolía, sino por debajo de las costras que se iban desprendiendo de a poco y que no podía evitar que le picaran tanto que gritaba y gritaba, rogándome que le rascara con las uñas, hasta que una noche fue tal el ruego, que así lo hice. Y ella sangró, las venas expuestas manchando las sábanas, y el pus maloliente que inundaba el cuarto desde hacía mucho, y la mujer que nos observaba, asustada, asomada a la puerta.

Entonces decidí no escuchar más sus ruegos para hacerle desaparecer el dolor. Habría deseado ahorcarla de una vez por todas, porque parecía burlarse de mí mostrando la fuerza de su garganta, como si dijera *ves, ves, con lo único que me queda sano te torturo, Lisandro*. Pero ella no me pedía más que la muerte, lo único que yo no podía darle. No tenía yo el prodigio de quitar la vida con mis manos, que eran simples brazos de una excavadora de cementerio.

La morfina ya no le hacía ningún efecto, la habían aumentado hasta límites peligrosos, pero ella seguía gritando por dolores internos que nadie sabía descifrar. Ruiz y los otros me recomendaron llevarla a un hospital

grande, pero eran argumentos sin convencimiento alguno. Tal vez la sedaran con anestesia, o la inducirían al coma. ¿Cuánto tiempo estaría así? Tal vez meses o años. Pero vos, Lisandro, por lo menos podrás hacer tu vida, me decían. ¿Y para qué voy a usarla si no es para cuidarla a ella?, contestaba. ¿Tanto la amás? Yo me reía para mis adentros, permitiendo únicamente que me delatara una sonrisa que podía ser confundida con facilidad con cualquier buen sentimiento.

No la amo, y sin embargo la necesito. Ella es mi tarea inconclusa, mi asignatura pendiente, el pensamiento constante.

La culpa, ¿tal vez?

El resentimiento, seguramente.

El lazo que me unía a Clarisa era de un material tan fuerte como el odio, que ayuda al objeto de su obsesión a no morir para sufrir, porque el dolor es expiación. Me convencí de que yo era el instrumento necesario, el mensajero obligado para que ella expiara los asesinatos pasados y futuros de los Espinoza. Quizá ella no muriera hasta que la familia desapareciera o entrase en el imposible estado de abnegación y beatitud. No todos los Goncalves somos enterradores.

Recurrí a Macario Sanhueza, el veterinario. Lo encontré en la estancia, curando a una vaquillona que drenaba parásitos del vientre abierto.

-¿Qué cuenta, doctor?

Me miró con la expresión fruncida del rostro manchado de sudor.

-Metiendo mano...¿y vos, Lisandro? ¿Alguna nueva...? -Se me quedó mirando, pensando quizá en que Clarisa se había muerto.

-Sigue igual, doctor.

En ese momento justo, se murió la vaquillona.

-¡La pucha!- dijo Macario-. Estos pibes nuevos no saben nada, la dejaron criar así desde que la madre la parió. Si en la mierda se veían lombrices del tamaño de serpientes. No hay nada que hacerle.

Mandó a los peones que lo miraban como estúpidos a que sacrificaran a la vaca.

-Y quemen todo este heno y cierren bien. Que no se metan las ovejas, ni los perros.

Me pasó un brazo por sobre los hombros y salimos del galpón.

-Ya ves, pibe, me va a tocar pinchar a casi todo el ganado para prevenir. Si en tres semanas no empieza el desastre, nos salvamos.

-Si quiere...

-No, Lisandro, vos tenés lo tuyo, acá me ayudan los peones, mi hermano y Mecha, claro. Si la vieras...con Arturo no se puede contar. Él escribe poesía y se aburre como un tronco, pero no lo puedo culpar, hace lo que a mí me gustaría haber hecho.

Se sabía que la mujer del veterinario ya no estaba en la estancia. Después de los primeros años, no encajaba, era una sirvienta casi, una mujer de peón que no sabía leer. Arturo ni se acordaba de ella, probablemente. Muchas veces se veía a padre e hijo sentados en sus mecedoras en el exotismo de las noches de otoño bajo los árboles, cuando el frío empezaba, y ambos fumaban en pipa. El padre mirando el campo, como viendo la ciudad a lo lejos; el hijo con un libro sobre las piernas, dando vueltas las hojas como las que caían de los eucaliptos a esa hora del día. El aroma de los árboles los envolvía, y el tabaco únicamente estaba en sus pulmones, vencido por el olor del otoño.

Yo tenía casi la misma edad de Arturo, pero era la contraparte de su hijo.

-Vos sos un chico muy sabio, Lisandro. ¡Qué digo!, sos un hombre, ya.

Nos paramos ante la tranquera y nos sentamos a mirar la fogata donde los peones tiraban los restos de la vaquillona, el heno y los trapos. El humo era negro, luego blanco, y se fue elevando al cielo y esparcirse sobre los campos.

-Clarisa ya no puede más del dolor, y no sé qué darle...pensé en lo que usted le da a los caballos, esos sueros, o inyecciones para el dolor....

-Caramba, pibe, si ya sabés que la mitad de esas dosis la mataría.

-No estoy seguro, ya le dieron dosis de morfina muy altas y sigue viva y con dolor. No sé qué le pasa, pero no quiero llevarla a ningún hospital donde le pongan tubos y la dejen muerta en vida. Sí, ya sé lo que me a decir...pero ahora me habla, aunque sea un poco, y me entiende cuando le hablo y la acaricio. ¿Sabe que le creció el pelo en la cabeza? No es rojo como antes, es tan rubio que parece blanco...

Macario encendió la pipa, escupió, contempló la fogata.

-Esta noche paso, Lisandro, y vemos qué puedo hacer.

A las diez de la noche llegó con el maletín grande a la ciudad. Y antes de golpear en la puerta, escuchó los gritos, alternados con gemidos

entrecortados con los cuales Clarisa retomaba fuerzas. El sonido era característico de los que tienen los pulmones endurecidos como canales y túneles o catacumbas enterradas bajo los huesos del tórax. A veces sibilantes como viento transcurriendo por cavernas, de pronto interrumpidos, de pronto abruptos con estallidos de liberación.

Le abrí y recorrimos el pasillo, luego el patio y entraron a la habitación. Palanganas, pilas de sabanas y trapos, la mesa llena de frascos y ampollas y jeringas. La mujerona estaba sentada, con las manos en la falda, medio dormida. Clarisa tenía los ojos abiertos y la cara con una expresión de espanto, la misma que le había visto poco después del incendio. Su cara era una cicatriz que nunca cambiaría, y Macario no podía concebir qué interpretaciones podía sacar yo para asegurar que ella comprendía y me hablaba.

La revisó así nomás, desnuda como siempre estaba, pero su vestido eran las cicatrices que abarcaban todo su cuerpo. Las intimidades de una mujer no existían ya. Era un pedazo de anatomía que continuaba respirando, nada más. La corteza de un árbol cortado sobre la cama, pesado e inmóvil.

Ella, sin embargo, gemía y gritaba apenas moviendo los labios, pero su garganta se movía, la nuez de Adán subía y bajaba al gritar, al deglutir, al respirar.

-¿Come?

Afirmó.

-¿Le mediste la micción?

Asentí.

-¿Se mueve un poco?

Negué con la cabeza.

-Si le hablo, ¿me entenderá?

-¿Y qué le va a preguntar? ¿Qué quiere saber? Con verla nomás, y escucharla, es suficiente.

-¿Pensaste en...?

Me encogí de hombros, me acerqué a la cama y agarré una mano de Clarisa.

-Ella me lo pide todos los días, doctor.

La mujer se había ido. Afuera pasaba un colectivo, el último de la noche. Un perro ladraba y otros le contestaron.

Macario se me acercó, me puso las manos sobre los hombros, me sacudió un poco, amistosamente, como regañando a su hijo.

-¿Por qué no me dijiste antes, pibe?

Agarró el maletín, sacó una jeringa grande, de las que usaba para sus animales. La llenó con el contenido de cinco ampollas de un analgésico, un sedante, cualquier cosa que sirviera para acallar los gritos de Clarisa.

Sacó un cordón elástico y lo ajustó en un brazo de la enferma. Buscó, con paciencia, los signos endebles de alguna vena. La piel era un mapa de riachos y surcos interconectados de diversos tonos entre el rojo y el azul. Cuando creyó encontrar el trayecto de una vena, metió la aguja. La piel dura era difícil de penetrar, y se resistía a la aguja.

La aguja se dobló.

La cambió por una muy gruesa, que usaba para los caballos. Entró, por fin. El líquido, espeso, que habría hecho patalear y resistirse a cualquier hombre o mujer, no provocó nada. Cuando ya había pasado la mitad de la jeringa, se dio cuenta que ya no entraba en la vena, seguramente endurecida o bloqueada por la fibrosis. Siguió inyectando, no había por qué detenerse. El brazo se hinchaba. Cuando terminó, guardó todo en el maletín de cuero roto. Se quedó pensando un poco, acariciando el cuero, pensando en el veterinario francés que se lo había regalado. De mala reputación, el tipo, por toda la provincia se hablaba mal de él, pero era un experto en su especialidad. Le regló la valija vieja que tantas cosas había visto y en tantas mesas sucias había estado apoyada. Y cuántas cosas extrañas habían metido adentro. A veces, se escondían los resabios de la culpa, otra, los remordimientos, y luego se vaciaba en el campo, a cielo abierto, o en el curso de un arroyo con alto pastizal a los costados y un cauce tan lento que permitía que la basura arrojada procreara.

-Cualquier cosa me llamás, ya sabés, pibe.

Se fue con el maletín en una mano, la pipa apagada en la otra, pisando quedamente con las botas embarradas.

La voz de Clarisa desapareció, y me asusté del silencio. Le toqué el brazo hinchado, la sacudí de los hombros. No podía asegurar que estuviese muerta, como tampoco podía asegurar que ése fuese mi deseo. El silencio, luego de tantos meses, era como un monstruo invisible que estuviese asechando en la casa desde todas partes.

Apoyé la cabeza en su pecho, y escuché las sibilancias del aire en los pulmones. Entonces sentí alivio, y que el monstruo aquel se alejaba. Por fin, Clarisa no sufría, por primera vez en casi un año. Empecé a hablarle, por más que ella tuviese los ojos cerrados. Le acaricié la cara, la peiné, agarré los vestidos que había comprado ella para el casamiento y nunca puso usar, y los puse sobre el cuerpo, esperando que ella abriera los ojos. Luego, los tiré sobre una silla y me senté en la cama.

Le hablaba, diciendo todo lo que no había dicho antes para no amargarla, mis temores, mi miedo, mis dudas. Pensé en las veces que hicimos el amor, unas en el campo, otras en esa casa. Temerosos y cuidadosos de que la viesan entrar. Entonces le pasé las manos sobre la piel endurecida, que era diferente a la de cualquier otra mujer. Clarisa era distinta a todas. Su piel era un maremágnum de relieves y formas, surcos, montañas, caminos tortuosos, pozos. Y en cada accidente geográfico de su cartografía él me detenía y exploraba. Me desnudé, separé las piernas de Clarisa, y la penetré como antes, pero ahora era otra mujer, más sabia porque había sufrido. Sentí el estremecimiento de su cuerpo, y cuando levantó la vista, ella me estaba mirando.

Clarisa siguió viviendo, por supuesto, y Macario Sanhueza no se lo explicaba. Es más, tuvo que recriminarse el haber hecho lo que hizo, porque el brazo infiltrado se gangrenó y tuvo que amputarlo. Y con la amputación recomenzó el dolor.

¿De qué estaba hecho el cuerpo de esa mujer?, debió preguntarse mientras operaba allí nomás, en el cuarto. La vieja envolvió el brazo muerto en una sábana y salió al patio para tirarlo en el aljibe, que para eso servía ahora. Cuando terminó de vendar el muñón, Macario se lavó las manos, me abrazó, medio llorando de desconsuelo e incompreensión. Para asombro suyo, fui yo el que lo consoló.

-No se haga mala sangre, doctor- le dije, palmeándole la espalda.

Sanhueza se fue, rumiando seguramente que nunca más se metería con un ser humano.

Me la llevé a Buenos Aires en el verano, antes de las Fiestas. Cerré la casa vieja, con el abal de mi madre, dueña absoluta de todo eso, supervisando desde Sao Pablo lo que yo hacía, su único hijo, con el que no podía estar más de uno o dos días sin que llegara algún torbellino de discrepancias. Sin duda, ella y sus socias eran mujeres demasiado fuertes para tener un hombre al lado que no fuese más que aquel que les hubiese dado descendencia, y luego, los hijos varones, solían ser, como César Gonzaga y yo, tipos débiles, si así denominaban la eterna duda, la constante inconformidad con el legado recibido.

Por eso, nos hablamos por teléfono y me dio mil recomendaciones para departamentos o casas en Buenos Aires. Yo, lejos de ella la mayor parte del año, porque venía a supervisar los negocios de residuos muy de vez en cuando, y en cuanto a los velorios, los dejaba en manos de las otras, pude escuchar y asentir por el tubo del teléfono, y luego hice lo que quise. Al fin de cuentas, mi vida, como el fardo que llevaba encima, eran exclusivamente míos.

Con el dinero que contaba, alquilé un departamento en un edificio antiguo de tres plantas en el barrio de Barracas, sobre Irala, que tenía una vereda en sobre nivel con una escalerita que casi todos evitaban, bajando a la calle con tal de evitarla. Allí, en el fondo de ese pisito amplio y frío, de techos altos y paredes y techos encalados para ocultar la humedad, puse la cama comprada en una mueblería cercana, e instalé en ella el cuerpo de Clarisa. La mudanza dio que hablar en el barrio, los curiosos se pararon a mirar cuando entraron la cama directamente con la enferma encima. Cuchichearon, sin esconder sus gestos, me miraron y pensaron, probablemente: *pobre hombre, o qué le habrá hecho*. Ese mismo día, ya tarde, salí a comprar alimentos para cenar y llenar un poco la heladera. El piso, en planta baja, tenía un patiecito atrás, con macetas viejas y rotas, tierra dura como piedra, algunos cactus y muchos yuyos creciendo en los recodos de las paredes. El dormitorio era enorme y resultaba vacío con nada más que el armario y la cama. En el comedor puse una mesa y dos sillas. La cocina, angosta, de techo con revoque y pintura cuarteada que me obligaba a cuidar que no cayera en la olla. El baño, lleno de manchas imborrables en el piso de flexiplast adosado sobre las viejas baldosas,

largas líneas de sarro y mugre en los sanitarios, y el espejo grande invadido de óxido.

Me tumbé en la bañera luego de cenar e inyectarle morfina a Clarisa, lo cual descansaba un poco, lo suficiente para darme la ilusión de la paz por lo menos un par de horas, a veces mucho menos. El agua tardaba en calentarse por los grifos viejos, pero aún la tibieza me hizo bien. Dos cucarachas paseaban por el piso del baño, y me fui durmiendo mientras seguía su recorrido. Cuando desperté con un grito de Clarisa, uno de los bichos estaba en el borde de la bañera, observándome, frotando sus patitas delanteras, o lo que fuera, qué sé yo. Me levanté, le puse un pie encima, sintiendo el crujido bajo mi planta, y dije: *Ya voy*.

Entonces sonaron golpes en la puerta, y luego el timbre, que, averiado, sonaba fuerte pero con grititos cortos, casi casi como los gemidos de Clarisa. Debían ser los vecinos, ya me imaginaba. Necesitaban adaptarse, pero aún no era tiempo. El *ya voy* sirvió para apaciguar ambos reclamos, el de la habitación y el de la puerta. Me puse la bata y las pantuflas. Miré por la mirilla, era un muchacho de mi edad, más joven incluso, que esperaba con las manos en los bolsillos del pantalón y una camiseta sin mangas.

-Buenas-dijo, cuando abrí. Era tímido, o se hacía. -Usted disculpe, pero los vecinos, ya sabe, me pidieron que venga a reclamarle. Yo llegué del laburo hace un rato, pero la gente de los otros pisos está medio enojada. Tienen miedo por la señora.

Levantó los brazos como quien se desentiende o no participa de otras opiniones. La camiseta tenía manchas de sudor, el vello del pecho era ralo y nacía como islas separadas. Tenía los botones del pantalón abierto, y una punta del calzón blanco se asomaba descuidadamente.

-¿Y van a llamar a lo policía, no?

-No, no...-pero quería decir sí.- Mire, acá todos tenemos quilombos, y no nos gustan los canas, ya me entiende, señor...

-Lisando Goncálvez, para servirlo.

Me dio la mano con un apretón fuerte que me dio confianza.

-Oscar Méndez, lo mismo digo. Si no es por eso, es porque es un barrio tranquilo, ya sabe, nadie se mete con los otros, pero los gritos de la señora...

Lo agarré de un brazo y lo conduje a la habitación. Desde la puerta, sin necesidad de encender la luz del techo, que era una simple lamparita

colgando del cable, vimos la figura de Clarisa recortada sobre el colchón, ya se movía un poco por sí misma, pero eran simples deslizamientos. A veces, me recordaba una salamandra.

El chico se llevó una mano a la frente, revolviéndose el pelo, y luego se tapó la boca. Lo llevé al baño para que vomitase. No lo hizo, pero me pidió permiso para mear. Cuando iba a irme, dijo:

-No es necesario que se vaya, amigo, ahora lo entiendo.-El chorro caía en el fondo del inodoro mientras me hablaba. Tiró la vieja cadena que sonó como una estridente cascada de agua sucia. -Tuvo suerte en alquilar este departamento, así como lo ve y todo, es el que el dueño mantuvo en mejor estado, por eso siguió vacío todo el año, como es más caro...

Ya quería sacarme un mango el pibe, a cambio de calmar los ánimos de los otros vecinos, o quizá había sido todo ocurrencia de él. Se cerró los botones. Fuimos a la cocina, le ofrecí un café, preguntó si tenía algo más fuerte.

-Recién llego, Méndez, apenas tuve tiempo de comprar algo esta noche.

-Perdone, amigo. ¿Y qué le pasó a la pobre, si se puede saber?

Pasamos una hora y pico hablando. Se despidió con un abrazo complaciente. En la puerta, le pregunté:

-¿Y cuánto me va a salir el silencio, Méndez?

Se rio, casi, y tomando, de pronto, una confianza de años de edad, me pasó un brazo por los hombros y me palmeó el pecho.

-No sea desconfiado, Lisandro. Le propongo un trato: cuando usted logre ese silencio tanpreciado para usted y para su mujer, ahí me paga. ¿Estamos?

Chocamos las manos, lo vi irse por el pasillo y meterse en el hueco de la escalera. Al cerrar la puerta, me acosté con Clarisa y empecé a contarle lo que había visto en el barrio, la gente y los negocios, los chicos y los perros, y sobre la visita del vecino. Ella gemía, pero mi voz para ella era la paz de una calle de asfalto con poco tránsito transcurriendo bajo las ventanas de nuestra nueva casa.

Méndez trabajaba de fletero con un camión viejo. Laburaba solo, dijo, porque las ganancias no daban para compartir. Casi siempre lo contrataban de cualquier barrio de capital o el conurbano de la provincia, pocas la mueblería en donde yo había comprado. No era fuerte, pero se

esmeraba en cargar los canastos de mudanza, y sobre todo tenía grandes ideas para hacer pasar los muebles por pasillos estrechos, puertas, escaleras empinadas o incluso ascensores. Nos reíamos de sus anécdotas cuando pasaba a visitarme por las noches, después de cenar. Había hecho de todo, y no le tenía asco a nada. En ocasiones, fumando un porro al que me había hecho costumbre yo también, se quedaba como soñando en el futuro, entonces se despertaba sobresaltado. Una vez me preguntó:

-¿A qué le tenés miedo, Lisandro?

-¿Yo?- me encogí de hombros, me serví ginebra, y después de un rato dije:

-A la vida, Méndez. Mirála a mi mujer, todos los días me pide que la mate, pero ¿para qué, me querés decir? Ella paga la tranquilidad de su alma con los dolores del cuerpo, eso es lo que aprendí de la muerte. Muchas veces vi a mis tíos, incluso a mi vieja limpiando el cuerpo de los muertos, y nunca quedan limpios. En cambio, cada vez que lavo la piel deformada por las cicatrices de Clarisa, limpiando los surcos entre las arrugas duras, ella se calma un poco. Es como hacerle el amor, no sé si me entendés...

-Te entiendo, Lisandro, me parece que mejor que vos mismo. Lo que pasa es que no querés aceptar lo que creés una tragedia y no es más que una bendición, quién sabe. Y decime, che, ¿te arreglás con la mano, nomás?- preguntó, tocándose la verga bajo el mameluco de trabajo.

-A veces- dije.-Perdoná, pero soy medio pacato para hablar de eso.

-Ya me di cuenta, amigo, tenés una buena educación, pero sobre todo tenés impregnado los dogmas católicos, la culpa y todo eso.... Yo te voy a llevar a un antro que conozco un día de estos, no te preocupés, todo limpito, y además, si vas conmigo, te hacen precio y te van a tratar a las mil maravillas.

En eso entonces escuchamos el llamado de Clarisa desde el dormitorio, ahora hablaba fuerte y se le entendía casi todo. Había que cambiarle la ropa de cama porque se había ensuciado con mierda. Méndez me ayudaba entonces, porque ya lo había hecho un par de veces y movía el cuerpo de Clarisa con suavidad y sin esfuerzo. Ella, creo, sonrió, recordando las pesadillas que había pasado cuando la mujerona de Lavallo la movía.

Méndez se portaba como un caballero enfermero, ni siquiera echaba una ojeada a la desnudez de Clarisa. Le agradecí todo eso, y me sentí

endeudado por esa amistad aparentemente desinteresada. La deuda se rebeló más tarde, escondidas las cuentas y detalladamente registradas en los cajones de su mente, múltiples, llenos de mugre y cosas extrañas, cerrados con llaves que sólo eran forjadas cuando el cerrajero de su ignominia lo decidía, como una caja de Pandora, tal vez, inundando el mundo que lo rodeaba con las excreciones de su alma.

El sábado siguiente, por la noche, escuché un bocinazo. Me asomé a la puerta y vi un Chevrolet con paragolpes cromados, pero con abolladuras en el costado. Por la ventanilla salía el ritmo de una balada americana transmitida por la radio, el saxo vibraba hasta llegar a un grito de dolor desesperado. Era Méndez, con un faso entre los labios, camisa negra y traje haciendo juego, y un sombrero a lo malevo que me hizo sonreír.

-¡Vamos, Lisandro!

Ya me había advertido la noche antes, iríamos a un putero frente al Riachuelo. El famoso antro del que hablaba. Apagué la luz en el cuarto, Clarisa descansaba con la dosis de nieve blanca que Méndez me vendía, barata, y mucho, según él, por amistad. Me puse el sobretodo porque comenzaban los fríos del otoño a fines de ese marzo, y salí a la calle. Salté la escalerita salvadora de los curiosos, y me subía al auto.

-¿Y qué tal, che? ¿Cómo está Clarisa?

-Primero, eufórica, si hasta se reía aunque le doliera la cara. Después, se duerme o me mira aliviada.

-Te dije que le iba a hacer bien.

Le alabé el auto, no parecía que ganara tanto como fletero.

-Pssst- dijo nomás.- Regalo de un tipo agradecido, ya te contaré alguna vez.

Arrancó y dimos unas pocas vueltas. La niebla del riachuelo escondía el puente de hierro hasta la mitad, asomándose el resto como un monstruo prehistórico. Paramos frente a un portón negro, bajamos, Méndez golpeó las palmas un par de veces, suficientes para que los perros de los alrededores empezaran a ladrar, y el perro de adentro -es decir, el hombretón con cara siniestra que admitía o rajaba a patadas a los que pretendían entrar- se asomó por una abertura cuadrada.

-Buenas noches- dijo Méndez.- Traigo clientela, Gervasio.

Gervasio abrió la puerta y nos dejó pasar a un patio abierto medio pelado de árboles y abundante en chapas y autos desarmados.

-¿Pero adónde me trajiste?- le dije al oído.

Me indicó silencio. Del fondo, llegaba el sonido de un tocadiscos con un tango y se veía luz entre las rendijas de un postigo.

Adentro, se acercaron un par de minas a recibirnos. Había mucho humo de marihuana, y varios tipos sin camisa metían mano entre las bombachas de las chicas sentadas en sus piernas. Me presentó con ellas, por lo menos las que conocía, siempre cambiaban, dijo. A los tipos no los saludó más que con movimientos de cabeza, respetuoso y distante. Me dijo al oído:

-No hablés con nadie, Lisandro, y revisá tus bolsillos cuando te vistas al salir. Las minas obedecen y los crápulas éstos ordenan. La cana viene para cagar a los desprevenidos, y después los meten entre rejas si no tienen guita. Pero todos algo tienen, viste, un autito, una casita, una hija adolescente. Con poco se construye mucho, Lisandro.

Una mina bárbara, por lo tetona y culona, se me pegó encima y me lamió la cara como una perra. Si, me dije, extrañaba ciertas cosas como éstas: la vergüenza extraviada en la calle y el hacer sin penas ni glorias. La agarré de la cintura y nos metimos en una garita de tres por cuatro, donde la cama ocupaba casi todo el espacio, pero antes de entrar, tras el vano de la puerta, había alguien arrodillado haciendo sexo oral a un tipo medio gordito y de tez tan clara que relumbró en la semi oscuridad, y por eso lo reconocí. Levantó la vista, distraído, claro, y cuando se dio cuenta de quién era yo, intentó levantarse, pero el otro tipo se enfurruñó:

-¡Qué hacés, qué haces si todavía no acabé!

La voz era inconfundible. Gervasio, el buen Gervasio que hacía de portero y patovica, también se sacaba los gustos. Los dejé en paz, pensando en por qué un tipo como César Gonzaga, con su guita y su aristocracia empresaria y militar, todo eso amalgamado y fundido en su estampa de buen vestir y su educado discurso, estaba escondido en un antro como ése.

No podía quedarme más de una hora, me vestí, siguiendo el consejo de Méndez. Cuando abrí la puerta de la garita, me encontré con César, que me esperaba, fumando, con cara de vergüenza. Nos conocíamos muy poco, lo más durante el tiempo en que estuve en la misma escuela del barrio de Belgrano donde él hizo todo el bachillerato, porque a mí me tenían de

paseo de un lugar a otro según la conveniencia de mi vieja. Era un tipo cerrado, avergonzado siempre como pidiendo permiso, lo que contrastaba con su aspecto pueril y afeminado, o más que nada, amanerado. La humildad y la jactancia de clase formaban una personalidad difícil de tragar, por eso siempre estaba solo, y por eso, quizá, no se dejaba ver en puteros de más clase, donde los de la suya podían reconocerlo.

Pero ahí estaba yo, hijo de una de las socias de su madre en la empresa de pompas fúnebres.

-Mirá, Lisandro...

-No, no César, no me muestres nada, ya lo vi y no tenés nada que envidiarle a los demás.- No podía ser tan hijo de puta como para decirle que no tenía nada por lo que presumir. Yo estaba empinado de contento, esa media hora con la puta me habían vuelto jocoso.

-No me contés nada, ya me ves, yo también me tiro un polvo en este tugurio.

Busqué con la vista a Méndez, venía medio mareado y se sorprendió al vernos charlando.

-¿Así que se conocían, che?

-De la escuela nomás, nuestras viejas trabajan juntas-dije.

-Mirá vos lo que es la casualidad, el mundo es un pañuelo, Lisandro.

-Vamos, Méndez, rajemos de acá que no puedo dejar a Clarisa sola toda la noche.

César nos siguió. ¿Qué quería? Se metió al auto para sostener a Méndez en el asiento trasero, que se movía excitado y medio loco, quién sabe que mierdas había mezclado. Puse el auto en marcha, y durante el camino lo miré por el espejo retrovisor. Se conocían, claro, Méndez le vendía a César, pero ¿qué?

Fuimos los tres a casa. Ente ambos le tapamos la boca a Méndez y le sacamos los zapatos para no despertar a los vecinos, que ya nos tenían tirria. Lo tiramos en la alfombra vieja del comedor, y con César nos fuimos a la cocina.

-Gracias- le dije.

-De nada, Lisandro. Creo que desde hoy somos más amigos que nunca, ¿no?

Me reí.

-No hay problema, Cesar, pero ¿por qué te metiste con este tipo?

-Lo necesito para conseguirme lo que mi viejo me negaría, por más que está metido en eso y otras cosas peores. ¿Qué te voy a contar a vos, querido, si ya sabés?

-Morfina...

-La nieve blanca, también. Me duele mucho, Lisandro. Tengo cáncer, querido, cáncer en el culo, bueno, en el ano, qué le voy a hacer. Las malas costumbres castigan las partes causantes del pecado, como en la biblia, ¿no? Y sabés lo más gracioso de todo, que mi vieja ya está planeando el funeral, y encima se hace la víctima.

-¿Y cómo es eso?- pregunté, llenando por segunda vez las copas de vino que había comprado para alguna visita ocasional de mejor clase que Méndez.

-Cuando les dijo a las otras sobre mí, se negaron, y se va a separar del negocio, así me dijo, sólo espera que me muera para tener la certeza de la deslealtad de las otras. Entonces sí, se hará la víctima, y llorará todo lo debido, mostrándose débil y enferma. Ya me hice toda la película, ¿ves? , porque tengo el guión que ella escribió cuando le conté lo mío. Entre ella y mi viejo, qué par de sermones se mandaron, uno jodiéndome de lo lindo, la otra protegiéndome sin soltarme de las pelotas.

Nunca había escuchado hablar así a César, pero me di cuenta de que nunca había sido su amigo hasta ahora.

-Me voy a acostar- le dije.

-Andá nomás, Lisandro. Te compadezco, che, y te admiro, querido. Ya todos en la familia hablan de vos y de lo que estás haciendo. Hasta tu vieja está orgullosa de vos, porque encontraste tu lugar y tu función, así escuché a la mía repitiendo sus palabras en algún velorio seguramente.

Mirá lo que son las cosas, pensé, mi vieja orgullosa de mí. Lo abracé a César, y él me dijo que siempre me había querido un poco, desde la escuela.

-Menos mal que no me lo dijiste nunca- bromeé.- En ese entonces te habría dado una trompada de la que ahora me avergonzaría.

-Ya sé, por eso no te lo dije. Te quería demasiado como para permitirte ese mal recuerdo.

En la mañana, no estaba ninguno de los dos. Clarisa empezó su lloriqueo matutino, y miré en el reloj de la mesita de luz cuántas horas

faltaban para que Méndez me trajese el próximo paquetito del elixir del olvido.

4

Para fines del invierno siguiente, César murió.

Una madrugada sonó el teléfono con insistencia, no le hice caso. Clarisa había estado especialmente insoportablemente dolorida y yo no había podido pegar un ojo en toda la noche. Debían ser las tres de la mañana recién, cuando sonó una bocina en la calle. Los perros ladraron, escuché las voces de los vecinos. Me asomé y vi el auto de Méndez y a él haciéndome señas para que fuera con él. Tenía una expresión ofuscada, y decidí hacerle caso. Me aseguré de que Clarisa siguiera dormida con el coctel que le había inyectado, salí y me subí al auto. No me dio tiempo a protestar, cuando Méndez dijo:

-¿Estás sordo que no contestas el teléfono, che? Una vez que necesito que me ayudes, por favor, al fin de cuentas es tu amigo, no el mío...

-¿Pero de qué carajo estás hablando? No pude dormir en toda la noche y me venís a cagar a pedos a las tres de la madrugada...

Había tomado el camino conocido hacia el putero de la ribera.

-Me llamaron hace más de una hora, Lisandro. César se cagó muriendo, por fin. No sabían a quién llamar más que a nosotros, sus compinches.

-¿Y qué tal una ambulancia?

-Hacéme el favor de no ser tan tarado, ¿o es porque estás medio dormido?

Llegamos. En la habitación más grande, si así podía llamarse, nos recibió Gervasio en bolas. César estaba en la cama, dándonos la espalda. Méndez apoyó una mano en un hombro del portero.

-¿Qué pasó? Le diste muy fuerte esta vez, ¿no?

Gervasio tenía la cara de un chico asustado, con barba descuidada y la cabeza calva.

-Le dolía, pero él quería más- contestó.

-Me imagino...de manera que finiquitó a su placer.

La cara de sorna de Méndez era algo que me asfixiaba, así que me acerqué al cuerpo de César. Estaba frío, por supuesto, y tenía sangre en el culo.

Entre los dos, porque Gervasio se había sentado a lloriquear con las manos sobre la cara, limpiamos el cuerpo con el agua de una palangana que una de las chicas había llenado en la pileta del patio. Lo envolvimos con las sábanas y lo llevamos al auto, esta vez con la ayuda de Gervasio. César pesaba, además de por gordinflón por su peso muerto.

-¿Y ahora? -le pregunté a Méndez.-¿Qué gran idea tenés para deshacernos del fardo del que salvamos al santo claustro del que acabamos de salir?

Largó una carcajada que pensé despertaría a César acostado en el asiento trasero. En la calle, la niebla por lo menos nos ocultaba, pero pronto se levantaría, y los únicos canas eran los perros que ladraban.

-Eso me gusta de vos, Lisandro, que mantenés el buen humor a pesar de todo. -Apoyó su mano derecha en mi rodilla durante el resto del viaje, salvo cuando hacía los cambios, y me dijo:

-Vamos a la casa de los viejos, vos conocés a la madre, y le vas a explicar. Tenés labia para eso, querido.

Ya había pensado en todo, supongo que debía agradecerse en aquella situación. Y la madre también, por supuesto. No podía dejar que se armara un escándalo en la pequeña sociedad a la que César Gonzaga pertenecía, el disgusto para ella, sobre todo, y el desprestigio para el viejo que ya no estaba muy bien de salud, según decían.

Paramos frente a una de las mansiones de Belgrano, había custodia en el portón de entrada. El milico se nos acercó, con el rifle en mano. Le di mi documentación, era urgente, le dije.

-Baje.

Miró el asiento trasero, se puso nervioso. Me palpó de armas allí mismo, y a Méndez también. Menos mal que había dejado en su casa el revolver con el que lo había visto a veces, pero con el cuerpo atrás, era suficiente para meternos en un lío.

-Por favor, se trata del hijo de la señora Larriere.

El milico apenas me escuchó cuando se abrió el portón y salió Eva, la madre, con una especie de deshabillé y el cabello medio despeinado.

-¿Se puede saber qué pasa? ¿Lisandro, vos? ¿Qué hacés acá? ¿Le pasó algo a tu mamá?

-No, señora, se trata de César.

-Ay , Dios, otro lío en que se metió. Esperá que ordeno que abran el portón y entrás el auto, con tu amigo, no sé quién es pero si viene con vos...

No había visto nada todavía, era mejor así, ya habíamos provocado mucho lío en la vereda y aún no había amanecido.

Cuando entramos y el portón se cerró tras nosotros, ella se acercó a la ventanilla y vio a César atrás. Sin alarmarse demasiado, dijo:

-Ya veo que tomó de más, le dije mil veces que con todos los remedios que toma...

-Eva...está muerto, Eva.

Se me quedó mirando, con el fondo de la casona tras su cuerpo endeble que se estaba poniendo viejo. César no era un pibe tampoco, tenía una nena de diez años, y estaba separado, claro, hace mucho tiempo.

Abrió la puerta de atrás, miró a su hijo, lo tocó, adivinando su desnudez bajo las telas que lo envolvían como un fardo parecido a los cadáveres en que solían convertirse los rebeldes a la patria por parte de los encargados de resguardarla. Su marido había sido uno de estos últimos, el mismo padre de César.

La tomé de los hombros, se apoyó un momento en mi pecho, y dijo:

-Entremos y me explicás.

- Sí, está frío, Eva. Oscar, por favor...

-No te preocupés, Lisandro, espero acá nomás.

En el living, ella encendió las luces, y el efecto inmediato fue poner revelar las cosas que habían estado dormidas, y fue como ver a cada una asustada en medio de la abrupta luz que siempre traía malas noticias a esa hora. Una luz encendida, de pronto, o una llamada del teléfono, en plena noche, despertándonos con sobresalto y el corazón en la boca.

Le expliqué todo, incluidos los detalles. Me miró todo ese tiempo con expresión seria, orgullosa y resignada. El general Gonzaga ya había muerto unos meses antes, así que estaba sola, a excepción de la sociedad de mujeres a la que pertenecía.

-Hice todo por protegerlo, Lisandro. Le di todas las posibilidades, pero parece que todo tenía que terminar así. Si yo lo hubiera aceptado de ese

modo, le habría dado la razón a mi marido, y César, ¿qué habría hecho, me querés decir?

-Irse, supongo, y hacer lo mismo que estuvo haciendo...

-Así es, y no habríamos tenido por los menos estos años juntos, aunque hayan sido una porquería.

De esa manera, el velorio y el funeral de César se convirtió en un evento lacrimoso y distinguido, y las noticias en los diarios anunciaron la noticia a toda pompa, lamentando la pérdida de persona tan bella y sensible, porque César era una especie de mecenas para algunos artistas y músicos aficionados, y la necrológica hacía hincapié en las pésimas condiciones de los barrios bajos en que César había tenido la poca fortuna de introducirse en bien de sus protegidos.

El ritual estuvo a cargo de la Sociedad, por supuesto. Pero Eva ya no pertenecía a ella. Se había estado desligando desde la enfermedad de César, y la empresa sufrió los cambios. Los Larriere habían sido una de las familias fundadoras, y la extensión de su influencia había mermado, si no los ingresos, sí el patrimonio y la influencia. La reacomodación al nuevo esquema político del país requería tiempo, me había dicho mi vieja por teléfono, preocupada.

-Toda Sudamérica... -me comentó en el funeral. Yo había sido agraciado por una de sus tan esporádicas visitas que no solían coincidir por razones maternas (estaba seguro de que por lo menos vendría a mi funeral, fuese cuando fuese)- ...está devastada, y Europa debe protegerla de sí misma. Es como un psicópata que entra y sale de los neuropsiquiátricos que son estas revoluciones latinoamericanas. La cura no existe, sólo la inmensa paciencia.

Ésta fue su manera de despedirse una vez más hacia el Brasil, encargándose de dejar en claro que los gastos extras por la enfermedad de Clarisa debían correr por mi cuenta, ya que los trabajos que debía haberme encargado tenían que hacerlos otros. A Clarisa no quiso entrar a verla, y después de echar un vistazo rápido mi departamento con tristeza, la llevamos a Ezeiza en el auto de Méndez.

-No te hagás mala sangre- me dijo él mientras volvíamos, siempre con la nueva costumbre de poner una mano en mi rodilla. Yo te paso una parte de la merca, Lisandro, y vos la vendés, querido, y no te cobro comisión.

-¿Por cuánto tiempo?

-¡Qué sé yo! Con esta mierda de país, ¿cómo se puede saber dónde caer muerto el día de mañana? Pero para esos somos amigo, ¿o no?

Así fue que entré el mercanchiflado, palabra que le dio mucha risa y provocó otra más de sus cariñosos abrazos. No sé quién era Oscar Méndez, en realidad, o qué era. Múltiples personalidades, o más bien, capas de cebolla incontables iban descubriendo nuevos colores y formas de una misma personalidad extraña, tan extraña como siniestra era la sensación que me provocaba. La muerte, para mí, no tenía misterios, era llana y aburrida como la pampa, árida y sin cambios. Pero en los ojos de Méndez siempre había cabida para lo retorcido, para encontrar esqueletos de pájaros muertos en ese suelo en donde no había árboles, y ahí estaba el misterio, en esas grietas de la realidad imaginada él se escondía para asechar.

Me han llamado pájaro de mal agüero, jetta y con otros nombres mucho peores, pero estoy acostumbrado. Hay quienes persiguen las desgracias y son simples locos que por su tenacidad casi siempre las encuentran; hay otros que las atraen porque hay algo en ellos que las alimenta, y no pueden evitarlas por más que huyan y se escondan, ellas siempre los alcanzan tarde o temprano; y finalmente están los que las crean, son entidades más que seres, potencias que pueden tomar diversas formas, especialmente cualquiera de las otras dos categorías, porque necesitan un cuerpo con el cual expresarse, ya que como simples entidades, son nulas. Dicen que la energía es potencia, pero la potencia se hace fuerza gracias a la carne. Lo biológico es la perennidad del alma, no su cárcel. Gracias a ella, se expresa y se procrea. El *ánima* se agota como una batería no usada. A veces pienso que cuando se deja de pensar en Dios, Dios se muere.

Mi primer cliente, entonces, tocó el timbre del portero eléctrico, averiado como un sordomudo que intenta hacerse entender con golpes y quejidos. Salí al pasillo, abrí la puerta. Era un tipo joven, con una gorra encasquetada hasta los lóbulos de las orejas y cubriendo las cejas, barbudo, con pinta de bohemio más que de reo.

-Buenas- dijo, en esa nochecita de verano que caía como plomo sobre Buenos Aires.

Tenía un aire familiar, pero no podía acertar de dónde lo conocía.

-Me manda el fletero- ésta era la contraseña que habíamos acordado con Méndez.- Me dijo que usted tiene los paquetes embalados.- Esto último era de su invención, y entonces me di cuenta de quién era, pero no podía creerlo.

Lo hice pasar, al contrario de si hubiese sido otro cualquiera, pero mientras él parecía no reconocermelo, yo lo hice sentar en la cocina y le ofrecí un mate. Levantó la vista, y vi en sus ojos que ahora me conocía.

-¿Lisandro?

-El mismo, Arturo. No esperaba verte por acá, viejo.

Se sacó la gorra, estaba melenudo y descuidado. El cárdigan le quedaba grande y el pantalón embolsado. Estaba flaco, y me di cuenta de que consumía coca, quién sabe desde hacía cuánto tiempo.

Me explicó que empezó con los exámenes, para mantenerse despierto. Le iba mal en la facultad, lo que estudiaba le entraba en la cabeza como un estallido.

-No sé si es la política que enseñan, porque no puede llamarse filosofía a eso, o soy yo el que está loco.

-¿Y cuándo te viniste?

-Hace un año y poco más. Me inscribí en Filosofía y Letras, y ahí sigo.

Le dio un escalofrío, pero en realidad temblaba por la abstinencia-

- Necesito... ya sabés, Lisandro.

-Está bien, Arturo. Esperáme un poco. Fui a buscar la merca, le entregué el sobrecito de papel. Buscó dinero en los bolsillos del cárdigan. Y mientras esperaba, pregunté:

-¿Cómo están por el pueblo? ¿Tenés noticias

-¿No te enteraste?

-¿De qué?

-De la epidemia de ántrax. Mató a todas las ovejas de la estancia, una por una, durante varios meses, por más que mi viejo hizo todo lo posible por evitarlo.-Se interrumpió, nervioso, temblando. -¿Me dejá usar el baño?

-No seas boludo, yo te ayudo.

Le puse el manguito en el brazo, preparé la jeringa y lo inyecté. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarlo por sí mismo, observando su torpeza, o fingir que todo eso no existía simplemente porque fuese al baño? Cuando se calmó, su cara se desentumeció de la sombra que tenía, y ahora parecía un poeta y un escritor de los que añoraba ser.

-¡La pucha!- dije- No sabía nada, con lo de mi mujer... ¿Y Mecha?

-Yo me fui cuando empezó la epidemia, que no parecía tan grave al principio. Después, me enteré por teléfono. Ella dice que está bien, pero con toda esa tragedia...

-Bueno, Arturo, pero Enzo Sanhueza puede...

-Se ve que no sabés nada, Lisandro. La tragedia de Mecha no son las ovejas, sino sus viejos. Mi tía Martina se murió, le agarró la fiebre y cagó durante días y días. Y el tío Enzo quedó postrado, con una apoplejía.

Sí, me dije. Era una tragedia propia de Sófocles en medio de la pampa húmeda. Me acarré la cabeza y me acodé en la mesa de la cocina.

-¿Y qué van a hacer?

-No sé. La última vez que hablé con ella me dijo que mi viejo lo cuida al hermano, y son como dos viejos chotos solitarios. Dos machos de campo que se cuidan mutuamente, mi viejo al inválido, y el inválido es el puntal de mi viejo.

-¿Y vos?

-¿Y yo qué? ¿Me ves manejando una estancia en medio del derrumbe? ¿Qué sé yo de todo eso? Yo sé de ciudades ficticias y sentimientos contrariados, y lo que me inspira es la frustración, Lisandro. Es mi alimento, además de esto- dijo, arrugando el sobrecito y tirándolo al piso.

Como estaba de vacaciones en la facultad, se quedó en casa y dejó la pensión que ya no podía pagar. Me ayudó en los cuidados de Clarisa, y noté que le satisfacía esa labor que tal vez sentía como una compensación por lo que había dejado en el pueblo, la enfermedad y la pronta miseria.

Cuando Méndez lo vio en casa, me dijo:

-¿Vos traés a todos tus amigos, Lisandro? ¿Qué tenés, viejo, que todos parecen aparecer como si fueras un imán?

-Será la tierra que está en mis manos-le contesté. No solía ser tan críptico, pero ambos me entendieron, uno porque tenía la mente llena de muerte, y el recién llegado por la intuición, virtud propia de su alma.

Ya había ganado tres clientes para Méndez desde que nos conocíamos: Clarisa, César y Arturo.

Un día de febrero, me lo encontré a Arturo encerrado en el baño. Pensé que se estaba inyectando, y lo dejé en paz. Pasó una hora. Golpeé la puerta, yo me estaba meando encima. No contestó, y tuve mal presentimiento. Insistí, y lo escuché llorar.

-¿Qué te pasa? Dejáme pasar.

Al final, empujé la puerta, que no tenía llave pero se atrancaba con una perilla que por suerte se había ido desatornillando con el uso. Lo encontré en el piso, con las muñecas cortadas y el piso lleno de sangre. Le envolví las heridas, le abrí los párpados, tenía una sobredosis quién sabe cuán grave. Lo metí en la bañera y lo sacudí para mantenerlo despierto. Si se me muere acá, me dije, si se me muere, repetía yo, como una salmodia que era a la vez un rezo al dios de mis ancestros, escondidos en las selvas amazónicas: la vitalidad extrema envolviendo el germen de la muerte, hallando en cada semilla el vacío exacto, la básica nada, la ausencia absoluta. El mundo, un espejismo reflejado por el agua de esa bañera sobre las paredes y el techo, y devuelto por el espejo del baño: reflejo contra reflejo, anulándose y evocando la nada blanca, más letal que la oscuridad.

Lo dejé en la bañera, creí que muerto. Llamé a Méndez. Clarisa me llamaba, también. Cuando él llegó, me dijo que se encargaría de todo. Le cosió las heridas, pero antes le inyectó naloxona, que en ese entonces pocos conocían. Vaciamos la bañera, la volvimos a llenar con agua tibia. Arturo dormía desnudo y nos sentamos en el borde.

-¿Qué pasó?

-Yo qué sé, lo encontré encerrado.

Al día siguiente, Arturo estaba despierto, envuelto con una bata vieja sentado en una silla de la cocina. Méndez y yo le dimos mate, café y unas medialunas que fui a comprar a las siete de la mañana en la panadería de la esquina.

-¿No querés decir por qué lo hiciste?- le pregunté. Méndez chupaba la bombilla haciendo ruido, sentado en la mesada, escuchándonos.

-Hablé con Mecha. Se casó con Franco.

Me palmeé los muslos en señal de cansancio por semejante estupidez.

-Sos un pelotudo, Arturo. ¿Pensabas que te iba a esperar? ¿Y encima con todo el drama que tiene encima? Me alegro de que por lo menos Franco haya tenido la decencia de casarse con ella y ayudarla. Me la imagino sola, pobre Mecha.

-¿Y quién es esa Mecha de la que tanto alardean? Matarse por una pollera, querido, me parece una broma vieja y de mal gusto.

Arturo se envalentonó. Se levantó, la bata desprendida, dejando ver el cuerpo flaco y de vello rubio, y sobre todo los piquetes en los brazos y la panza. Las vendas de las muñecas se mancharon de sangre seca.

-¿Y qué sabés vos, me querés decir?

- Calmáte- le dije. Méndez levantó las manos y se desentendió.

Cuando volvimos a sentarnos, dije:

-Mercedes Sanhueza es la chica más linda que vi en mi vida. Es toda una personalidad con su inteligencia, y su destreza para las labores, y su delicadeza cuando se sienta y escucha un disco...

-Vos también te enamoraste de la piba esa. Los tres como perros en celo alrededor de la diosa fatal, ¿no?

Arturo lo miró fijo, en silencio.

Clarisa me llamó.

Cuando fui a verla, supe que me había escuchado, como escuchaba todo, por supuesto, lo que ocurría en cada rincón del departamento. Sus oídos, exacerbados por las demás debilidades de su cuerpo, se habían convertido, casi, en la conciencia de la casa. Pero no había recriminación en las pocas muecas que podía expresar con su rostro. Los otros dos se pararon en la puerta, y nos miraban. Yo la tenía agarrada de una mano. Ellos entraron, transitoriamente conciliados.

Los tres estábamos alrededor de la cama, y la luz de la mesita de luz, siempre encendida porque no toleraban sus ojos la luz del día, nos iluminaba de frente, y fue como si esa luz llegara de ella, de Clarisa. Como un cuadro del Renacimiento, éramos tres ángeles vencidos adorando a la Virgen.

Hay momentos inesperados que redimen a los hombres.

5

En abril, Arturo recomenzó las clases en la facultad. No quería trabajar, salvo lo que hacía en casa, cuidando a Clarisa, cocinando y limpiando el baño. A cambio de eso, obtenía techo, comida y droga, porque no pude

rescatarlo de la puta costumbre. Un día, me dijo que Franco se venía para la capital a probar suerte.

-Y lo invitaste a vivir acá, ¿no?- le pregunté por más que sabía la respuesta. Pero lo que más me intrigaba me lo guardé; el motivo de ayudar al que le había quitado la novia.

Franco Espinoza se presentó una noche con un bolso, botas de campo, polainas, camisa negra y pañuelo al cuello, y en la cabeza una boina. Estaba fornido y orgulloso de sí mismo. Había estado dando vueltas desde la terminal de micros, y caminado todo el tiempo porque no tenía plata para un taxi, y tantos colectivos lo mareaban.

Nos abrazamos después de largo tiempo, le presenté a Méndez, que lo caló de inmediato como un buen ejemplar de hormiga para su ejército destructor de las buenas costumbres, pero una hormiga que no se dejaría avasallar por lo mismo que cargaba. El buen aspecto de Franco contrastaba con el de Arturo. Se saludaron con un prolongado abrazo en que ambos parecían contemplar a Mecha entres sus brazos. De resentimiento, ni pizca a simple vista, pero la procesión de Arturo, que más que una procesión era una masa informe de muchedumbres iracundas, iba por dentro.

Respetuoso, quiso saludara a mi mujer. Le dio la mano, le dio un beso en la frente, varonil y atractivo con su pinta campestre que ella tanto extrañaba. Clarisa murmuró algo a su oído, él sonrió y dijo:

-Por ahí andan, desperdigados.

Cuando salimos del cuarto, me dijo que ella había preguntado por los hermanos. En la cena que compartimos los cuatro, nos contó la situación de los Sanhueza.

-Enzo sigue en cama, salvo cuando Macario lo saca a pasear en silla de ruedas. Es admirable la mente de ese hombre, no puede moverse casi ni mear solo, el hermano lo lleva al baño y lo sienta en el inodoro, y espera con su santa paciencia, escuchando a Enzo que planea levantar la estancia, esta vez con un olivar. ¿Se imaginan el trabajo que eso significa? ¿Y el conocimiento para no perder la cosecha? Pero el tipo no se deja vencer, y Macario ya está preparando todo.

-¿Y entonces por qué te viniste?- le preguntó Méndez.

-Yo soy hombre de animales, no entiendo nada de siembras. Ni Mercedes confía en el padre ahora. Le dije: en cuanto vea de establecerme por

Buenos Aires, te mando llamar. Pase lo que pase con los Sanhueza, la estancia va a desaparecer tarde o temprano.

Arturo lo miraba, resentido pero fingiendo compasión, y en cuanto escuchó el nombre de Mecha, abrió los ojos como un búho en medio de la noche. ¿Qué buscaba? ¿Que ella viniera a Buenos Aires y recomenzara el ciclo de los adolescentes que estaban siempre juntos? Ahora, sin embargo, eran dos hombres y una mujer, ella pertenecía, supuestamente, a uno de ellos, pero en esos casos, no podía darse nada por sentado.

Nos quedamos en silencio, y a cada lado de la mesa cuadrada, donde un mantel soportaba migas de pan, platos con restos de bifes, vasos y botellas de vino, y colillas de cigarrillos muertas como pequeñas larvas torcidas.

-¿Y qué pensás hacer?- pregunté.

Franco se encogió de hombros.

-Lo que sea. Estoy cansado de no sacarme los gustos.

Méndez se rio.

-Brindemos por eso, muchachos.

Chocamos los vasos. Desde el dormitorio, Clarisa se reía, su risa era paupérrima y entrecortada, pero sonaba fuerte. También celebramos eso. Méndez gritó, para que ella lo escuchara:

-Salud, Clarisa, que acá somos todos tus amigos, carajo. Cuatro hombres para protegerte.

Era verdad, ella nos unía. Y Mecha, un fantasma demasiado hermoso, amenazaba con separarnos.

Franco se fue a duchar, Arturo al cuartito donde dormía, Méndez y yo nos quedamos tomando más vino, y luego un whisky que yo guardaba bajo la ochava de la cocina. Encendió otro cigarrillo, le dije que parara un poco, que tanto humo le hacía mal a Clarisa. Se levantó, abrió la ventana que daba al patio y se acodó con el pucho entre los labios.

-¿Qué pensás del nuevo?- preguntó.

-Dejalo que se convenza solo, conozco la herencia que lleva encima, y por más que se refrene, tiene un diablo adentro.

-Como todos, Lisandro. No me contás ninguna novedad, pero te voy a hacer caso por un tiempo.

En eso, apareció Franco, con la toalla en la cintura, el torso desnudo y el cabello revuelto y mojado. Era fuerte el campesino, con brazos hechos a la faena y a la esquila.

-¿Dónde duermo, Lisandro?- preguntó.
-¿Y dónde va a ser? En el cuartito con Arturo.
-Está bien-dijo, y se fue chorreando agua por el pasillito.
-Esto ya es una pensión- bromeó Méndez.
-Si, y ninguno paga nada.
-Ya van a pagar, Lisandro-dijo Méndez, tirando la colilla al patio y cerrando la ventana.- Todos pagan a su debido tiempo.
Lo decía por mí, claro, y no me contaba ninguna novedad.

Franco estuvo casi hasta fin de año dando vueltas de trabajo en trabajo. Primero fueron changas en construcción, después, cuando creyó que entraría fijo en uno de los aserradores del puerto, lo despidieron sin motivos, según dijo, más que el de hacer más trabajo en menos tiempo que los compañeros, y ponerse a fumar o irse antes cuando había terminado. Esas no son las costumbres del gremio, le habían dicho cuando lo pusieron de patitas en la calle. Después, y por pura casualidad, una vecina del barrio que lo miraba con ojos calentones, le había dicho que en el correo necesitaban carteros, que el hermano de ella podía conseguirle un puesto. Franco, entonces, se envalentonó, no era un laburo de fuerza, sino simplemente de aguante y atención: andar mucho y no poner las cartas en los buzones equivocados. Le preguntaron si tenía vehículo propio, como no tenía, el correo le daría una bicicleta, pero tenía que cuidarla como si fura propia. Por supuesto, dijo, claro, no se preocupe, jefe, etcétera, etcétera.

Cerca de un mes recorrió la capital y los alrededores. Se metió en la cama de la vecina, en agradecimiento, y cuando alardeó de eso en la cocina de casa, vi la mirada de Arturo creciendo en bronca, que ya se había convertido en una tremenda ira para ese tiempo. El nombre de Mecha no fue pronunciado.

Pero un día llegó a pata, cabizbajo y puteando. El uniforme de cartero estaba desalineado, la gorra reglamentaria desaparecida y el bolso con la correspondencia a medio llenar.

-Me afanaron la bicicleta- dijo.

Al día siguiente, lo quisieron meter preso. Aunque fuera verdad que se la habían robado y no vendido que eran lo que sospechaban, tenía que pagarla. Pero no era eso lo peor, sino que se había llevado la correspondencia a su casa, y eso se consideraba robo de propiedad

privada. Se armó un quilombo en el correo cuando los policías lo llevaron preso, no porque sus compañeros lo defendieran, sino por lo contrario. No les caía bien ese tipo pintón que se mandaba la parte, que cogía, seguramente, cinco minutos en las casas de alguna mina sola donde entregaba las cartas, y que había entrado acomodado. El hermano de la vecina ya se había enterado por ella, que estaba celosa y resentida, y probablemente fue él quien llamó a la policía y se cruzó de brazos al momento de interceder por Franco.

Estuvo cuatro días en cana. Luego, tranquilo y parsimonioso, fue Méndez a visitarlo. Agarrado a los barrotes, le preguntó:

-¿Y, che, cómo la andás pasando?

-No te hagás el boludo y sácame de acá.

-Unos días de abstinencia no te van a venir mal.

Pero esa tarde lo sacaron. No sé qué hizo Méndez con sus relaciones, que eran múltiples, variadas y se metían como raíces en los recovecos de las instituciones más o menos oficializadas. Él siempre encontraba el margen, la cuneta por donde obviar los reglamentos y adelantarse a los demás, sin que nadie se diera cuenta hasta que ya había logrado lo que quería. Claro que los intervinientes en esos tejemanejes se daban cuenta, porque eran los interesados en lo que él ofrecía: guita, droga y recomendaciones.

Cuando Franco volvió a casa, los cuatro nos sentamos a la mesa. Ya era tiempo de no seguir postergando lo inevitable.

-Che, Franco, es muy encomiable tu integridad, pibe. La verdad es que te admiro...-la sorna de Méndez no era irritante, sino hasta graciosa, si hasta yo me reía, y no sé por qué, todavía.

Arturo comía y miraba a Franco con resentimiento.

-Está bien, si tenés algún laburo, contáme.

-Mañana te venís conmigo y me ayudás con una mudanza. Con los caños y la espalda que tenés, no vas a tener problema.

-¿Y son muy pesados los muebles?

El pibe del campo ya había entrado en la taxonomía con facilidad.

El verano fue un tiempo caluroso y de mucha ganancia. El negocio de Méndez pareció acrecentarse, no porque él demostrase lujos, al contrario, era de perfil bajo. ¿Qué hacía con la guita? ¿La invertía? ¿Pagaba coimas? ¿Pero con qué objetivos inmediatos? Poco a poco fue entretejiendo su

personalidad y el resultado fue nada más que un esbozo introductorio, un borrador nomás, pero bastante plausible. Sus objetivos inmediatos eran simples y no llamaban la atención: pagar un alquiler, una cuota atrasada, conseguir un laburo a un conocido, prestar plata con intereses muy bajos. Pero la camioneta de mudanza llevaba cosas más pesadas y se metía en barrios bien, como dicen. Muchas veces mencionó al coronel Ansaldi en sus conversaciones, como al pasar, al genera Gonzaga, también. Hablaba de política como cualquier hijo de vecino, defendiendo los derechos de los trabajadores, protestando por los salarios de miseria y las multinacionales que nos explotaban, y decía, también como cualquier rabioso padre de familia al que no le alcanzaba el sueldo para llegar a fin de mes, que este país necesitaba una mano férrea e intransigente.

-La gente se amedrenta nada más que ante un fusil, muchachos- nos arengaba, con el pucho entre los labios, las piernas sobre la mesa y en camiseta, porque ese verano, como dije, fue insoportable.

-¿Y qué hay de las leyes?- preguntaba Arturo, en ocasiones lo suficientemente despabilado para recordar su idealismo y las teorías filosóficas de la moral.

-Los pocos que las conocen, querido, se las pasan por las pelotas. La sociedad no funciona a base de los libros, sino de la carne y de los huesos. Los libros se queman o se deshacen, los huesos quedan.

Sí, Méndez era un filósofo de pacotilla, pero un filósofo a ultranza. O quizá convendría llamarlo político, aunque él no estuviera de acuerdo y puteara constantemente contra esa clase. Pero tenía una visión particular de la sociedad, donde sus intereses personales no repercutían demasiado, sino una especie de ambición idealista (y en esto se asemejaba a Arturo) que creía llevar a la práctica con sus manejos que desconocían las reglas elementales de la burocracia y lo bien visto, y siempre salía bien parado. En sus discursos de entrecasa, muchas veces creí ver su plan de acción para la sociedad que quería: una especie de inmensa institución conducida por el caos. El caos, decía, era el arquitecto de su mundo: el técnico de cañerías y drenajes de las aguas servidas, como el diseñador de una estética sombría, porque en la oscuridad se ve solamente lo que se quiere ver: lo bello como lo terriblemente deformado, confundidos como una misma cosa.

Hay hechos que no conocí con certeza, otros de los que me enteré cuando me los contaron. Hubo conversaciones de las que no fui testigo, pero que reconstruyo en base a lo que sucedió después. Por ejemplo, la que se estableció entre Arturo y Franco, un día cualquiera, en el cuartito que compartían, cuidándose de proteger su intimidad de pensamiento de nosotros, los mandamases de la casa. Méndez vivía prácticamente en casa, y había hecho del departamento casi un cuartel. Bien considerado, tenía que agradecerlo, pagaba el alquiler desde hace un tiempo y permitía de ese modo que Clarisa tuviese una vida decente, y eso era lo importante, al fin de cuentas, para los cuatro.

-¿Cuándo va a venir Mecha?- debió preguntar Arturo, como al pasar, distrayendo la atención pero no la vista del libro que tenía en mano.

-Hasta que no esté seguro de mantenerla con casa propia, no puedo decirle que venga.

-Pero sabés cómo es, no es de las que pretenden un palacio.

-¿Querés que la traiga acá, a vivir con nosotros, para que pueda cogértela, no es cierto?

Arturo tiró el libro, se paró y dijo:

-Debería matarte a trompadas...

Franco debió reírse, claro.

-¿Con esos puños de escritor? Calmáte un poco, que bien nos conocemos. Me tenés bronca porque Mecha me eligió a mí.

-Porque me la quistaste. Yo soy de su familia...

-De su clase, querés decir...

-Nunca hicimos diferencias con vos...

-No, hasta que crecimos y nos calentamos por ella. En fin, era inevitable, y eso vos no lo entendés, metido en tus libros, como si el mundo fuera una novela.

Arturo volvió a acostarse.

-A veces es preferible...-. Del cajón sacó el equipo para inyectarse.

Franco, que no estaba en eso, puteó.

-Los libros o la merca, es lo mismo, te construyen limbos donde vivir en paz.

Arturo se encogió de hombros.

Pero la semilla estaba sembrada en la inquietud de Franco. Varias veces nos había dicho que la plata entraba lentamente, y Méndez le instaba a

tener paciencia. La confianza de los clientes se ganaba con tiempo, sino todo se iba a la mierda. Pero para comienzos del invierno, la paciencia de Franco se acabó. A diferencia de Oscar, le gustan las cosas que se podían comprar con dinero: salidas, taxis, un auto, una casa, incluso el puterío decente y no ese galponcito al que Méndez nos había llevado. Pero lo que lo excusaba de toda esa vanidad, era la sinceridad que ponía al hablar de Mecha, y el deseo de traerla a Buenos Aires y darle una casa o un departamento bien puesto en un barrio de clase.

Se lo veía inquieto, pero ya no se quejaba, porque conocía los argumentos que Méndez le iba a dar. Se vestía bien, se había conseguido un auto de tercera mano para hacer las entregas, y se había ganado una clientela propia a partir de los recomendados o los que le había cedido Méndez. Sin embargo, la mercadería la seguía manejando Oscar. Los pesos pesados tomaban contacto con los que llamaban supervisores, o gente de confianza. Méndez la había demostrado ya con creces, tanto en ese laburo como con otras cuantas cosas que yo no conocía pero imaginaba. La pistola que llevaba en el sobaco de vez cuando al venir a casa no era de adorno, y en muchas ocasiones creí sentir el olor de la pólvora en su ropa. Y sobre todo el día que pasó a saludar a Clarisa, y ella, con sus sentidos ahora exacerbados de sensibilidad, le dijo, en voz baja:

-Tenés olor a quemado.

Ella, pobrecita, decía precisamente eso, y Oscar me miró por primera vez en mucho tiempo como si no me subestimara, como si hasta me considerase superior a él. Debía sentirme halagado, supongo, más en ese momento, cuando aún no conocía las verdaderas profundidades del alma de Méndez, si hubiera quien llegara a conocerlas del todo.

Sabiendo lo que después sucedió, fue como si Arturo y Franco se hubiesen puesto de común acuerdo para anularse el uno al otro. Ya que cada uno no podía hacerlo por sí mismo, sea por orgullo o simple cobardía, parecían decirse *te doy mi permiso para deshacerte de mí* con esa serie de actitudes y actos a escondidas o a medio hacer que realizaban por separado pero con la íntima convicción del que el otro estaba al tanto, o por lo menos lo sospechaba.

La cuestión es que Franco no se aguantó más, y entró en tratos con los Krakovsky. Estos eran una banda de delincuentes que competía con Méndez en el abastecimiento del barrio y casi toda la zona sur. Ezequiel

Krakovsky encabezaba una de las ramas de la familia que tenía extensiones en diversos rubros, casi todos al margen de la ley, por decirlo así, pero se escudaban bajo la fachada de negocios legales. Fuesen circos, transportes en camiones, unas pocas financieras privadas o supermercados, la gente los conocía, pero no quedaba más que comprarles lo que vendiesen, porque si no era a ellos, sería a otro como ellos. Méndez trabajaba solo, eso decía, pero en realidad era el cerebro de una serie de relaciones que no involucraba negocios concretos, con mercaderías concretas (porque las drogas eran tan volubles que no podían ser consideradas tales). Podría afirmarse que el negocio de Méndez eran los hombres y mujeres, incluso los chicos. Sin todos ellos, no existía posibilidad de que él prosperara. Trabajaba como un ser invisible en las calles, camuflado como un hombre común y corriente, medio barbudo, medio desalineado, esperando un colectivo o la novia con la que iría a un albergue transitorio por una hora, o dos si alcanzaba la plata. Asechaba en las esquinas, escarbando las facciones de la gente hasta hallar sus debilidades, y entonces conversaba, cameleando, eso, como un camaleón que cambiaba de color según la persona ante la que estaba.

Pero como no podía estar en todas, la mayoría de las veces debía confiar en los que había elegido, y ya se había hecho a la idea de que la traición forma parte de las costumbres como el mismo respirar, y no debían tomarse a manera personal. Quien fuera el que lo hiciera, zas, un tiro a quemarropa y se acabó el asunto. Sabía que no podría ser de los que mandaban, pero sí se las arreglaba muy bien para lustrar las botas de los que estaban encima suyo, de tal manera que si intentasen pisotearlo, se resbalaran.

Franco empezó a llegar tarde a casa, cuando ya nos habíamos acostado. Méndez, cuando se quedaba, dormía en un sillón. Lo escuchaba entrar a las dos o tres de la mañana, horas que él que sabía el pibe no tenía ningún encargo de su parte.

-¿Buena la cogida?- le preguntaba, sin levantarse.

-Lo de siempre...buenas noches.

-Que duermas bien, Franquito. Te pusieron el nombre justito justito...

Ese fue una de las últimas noches antes de las tragedias. Parece que Franco se paró antes de entrar al cuarto, echó una mirada al sillón, pero no dijo nada. ¿Para qué? Las mujeres discuten, los hombres discurren.

Esa fue la manera que Franco encontró de anexarse dinero extra, y fue más que suficiente y suficientemente rápido porque mandó venir a Mecha para la primera semana de julio. ¿Tenía idea de lo que era desconocer lo que Méndez podía hacer? Evidentemente no, como ninguno de nosotros. Nos lo anunció una noche de domingo, cuando solíamos hacer un asado en el patiecito, echado el humo de la parrilla a los vecinos, por más que se quejaran, pero ya habían dejado de hacerlo cuando el gatito que daba vueltas por el edificio un día desapareció. Tal vez miraran con curiosidad el asado del domingo siguiente, de nosotros podían pensar cualquier cosa.

-Se viene Mercedes- dijo con el choripán en la mano, disfrutando de la mirada embobada de Arturo. Pero esa mirada sabía más de lo que traicionaba. ¿Cuánto sabía él del negocio con los Krakovsky? Debían, tenía que ser así, haber conversado sobre eso en voz baja, en el cuartito, las noches en que Méndez no estaba. Por mí, claro, no se preocupaban. Me veían tan ensimismado en mis preocupaciones por Clarisa, que me creían ajeno o indiferente a lo que no fuera la casa y mi mujer, la vida cotidiana en el ámbito doméstico. Debían preguntarse qué me unía a Méndez, además de las sustancias para sostener a Clarisa, ya que podía haberlas conseguido en otra parte, y yo mismo me lo preguntaba, pero les atraía esa supuesta independencia de criterios con que Méndez me agasajaba, como a un igual y no como a un abyecto cliente más. Éramos amigos, por supuesto, porque no menos que íntima amistad podía llamarse al cotidiano intercambio de ideas, de vino y de comida, bajo el mismo techo, donde las miradas entre ambos carecían de todo atisbo de rencor o interés. Un amor varonil, podría decirse, nos unía. No más que un abrazo fuerte, el compartir el cigarrillo, incluso a veces la ropa sucia o el baño. Pero lo mismo me sucedía con ellos, los recién llegados. Como dije, Clarisa, sin moverse, se desplazaba en nuestras mentes, o había echado raíces en ellas: era nuestra conciencia.

Pero Mercedes Sanhueza nos daba vueltas en el cuerpo, nos agitaba el corazón y su recuerdo nos calentaba hasta el punto de no ignorar que las tan consabidas descargas nocturnas no era más que la lenta labor de ella en las circunvoluciones de nuestros cerebros recalentados.

Ella por fin, vendría.

Franco había comprado una casita en Villa Devoto, barrio residencial, con parquecito delantero con un rosál, el techo a dos aguas con tejas francesas, un almacén en la esquina, una escuela para los chicos que

planeaba tener. Ella, de delantal en medio de la sala, lo esperaría cada noche con la cena lista. ¿Pero qué película se había el chico? Demasiada ciudad lo había arruinado. ¿De qué trabajo volvería él? ¿De oficinista? ¿Y ella se conformaría con ese papel de delantal y peinada a la antigua, como una muñeca?

Bueno, nos dijimos con Méndez, soñar no cuesta nada. Ya vendría la cruenta realidad, por lo menos en cuanto a las mujeres, porque de la otra realidad económica ya sabía bastante, para tirarle la estantería abajo, como te pasó a vos, Lisandro, me dije. O tal vez el pibe necesitara ilusionarse de esa manera, ya que la única droga que consumía eran sus propios sueños de superación que provenían, sin duda, de esa casta familiar de los Espinoza que siempre los había sumido en el barro y la marginación. Como otros habían sabido salir a los golpes agarrándose a otros, pese a quien fuese, él intentaba elevarse aferrándose a las nubes que el sudor de su propio cuerpo colaboraba a formar mientras se ganaba la vida. Sabía bien que no llueve plata, pero seguía pensando que el llamado amor sobrepasaba las escabrosidades de una mina cualquiera. La belleza de Mecha así lo había anunciado durante toda su vida. Ella, la inalcanzable, la heredera de la estancia, que lo trataba como a una amiga, casi como un novio, a veces, era de otra clase, su piel era más clara, y tenía un pariente con el que la habían casado simbólicamente desde antes de que nacieran.

A lo que no tenía derecho, se lo ganó cuando Arturo se vino a estudiar a Buenos Aires.

-¿Y cómo te ganaste el corazón de Mecha? - le pregunté un día, cuando salimos a caminar cerca del puerto.

-Te tengo que decir la verdad, Lisandro. Yo nunca tuve oportunidad. Fue Arturo el que se cagó a sí mismo. Las cartas que le enviaba con poemas terminaron por desilusionarla. Si hasta vi desprecio en su cara cuando leía las cartas o colgaba el teléfono cuando la llamaba. Arturo se había desligado del drama de la estancia porque nunca había tenido ligazón alguna. La sangre de la familia no es nada más que sangre, y no garantiza nada, ¿no?

¿Hasta qué punto él podía estar seguro de eso, sabiendo que provenía de los Espinoza?

-Cuando se murió la señora Martina y el señor Enzo se enfermó, poco había que hacer en la estancia. Los peones se habían ido, los yuyos crecían

pero yo no daba abasto para todo, y la maquinaria se rompió un día y no hubo plata para repararla. Fue en esa época cuando el tío Macario me pidió ayuda. Había que alimentar y limpiar al padre de Mecha, y me convertí en un ayudante de cámara. Así me denominó Arturo cuando Mecha le comentó por teléfono lo que yo hacía. Le sonó a desprecio, y fue entonces cuando supe que ella lo había descartado definitivamente, si bien no como primo, por supuesto, sino como amante esposo. Juntos, uno u otro, a veces dos, en ocasiones los tres, manteníamos al señor Enzo como lo que siempre había sido, un hombre de alcurnia, limpio y bien vestido, por más que no pudiera moverse de la cama.

Pensábamos en vos, Lisandro.

-No soy ningún santo. ¿Sabés cuántas veces quise matarla?

-Pero no lo hiciste. Te pusiste la cruz al hombro, y al mal tiempo buena cara, como dicen.

Me encogí de hombros. ¿Qué iba a contestar? La verdad me era desconocida, y lo que tenía por certeza cada vez se parecía más al maquillaje de un payaso.

Los días siguientes, Franco estaba nervioso, inquieto, se olvidaba de las cosas o se le caían de las manos. Lo cargábamos por la llegada de Mecha, pero Méndez sabía que se trataba de otra cosa. No había podido justificar la venida de Mercedes sin revelar que tenía dónde llevarla, después de haber puesto como excusa ese motivo durante tantos meses. ¿Y de dónde había sacado la plata? Méndez estaba al tanto de lo que ganaba, y no podía meterle el camelo de decir que con los clientes del barrio ganaba tanto. Una sola vez mencionó que lo había conectado con un empresario que hacía reuniones con prostitutas para sus socios, unos diez hombres en promedio, que consumían de todo y pagaban bien.

-¿Cómo se llama el tipo, a ver si lo conozco? - le preguntó Méndez, sin esperar sinceridad. La respuesta, de puro burda, se perdió en el aire.

Los Krakovsky esperaban un embarque, y Franco era el encargado de esconderlo. Ese era su trabajo con ellos, un simple depositario que no traficaba para ellos todavía, pero como prueba, sin embargo, le pagarían bien si la mercadería quedaba a salvo y se vendía a quien debía venderse. La casita en Villa Devoto, entonces, era una promesa apoyada sobre fósforos.

Arturo se fue enterando de todo esto, incluso dedujo que el embarque ya debía estar en Buenos Aires, pero no sabía dónde. Lo poco que Franco le había confiado no incluía el sitio. Cuando se lo preguntó, vio en su cara más desprecio que desconfianza. A un adicto no se le dice dónde están varios kilos de cocaína, por supuesto. Fue ese desprecio lo que acrecentó la ira de Arturo Sanhueza.

Todo esto lo voy contando porque me enteré después de que sucedió, hilando los acontecimientos con las pistas que fui recogiendo en el camino.

Franco envió a Mecha un libro para el día de su cumpleaños, el 30 de junio. Era un libro de poemas del José Asunción Silva, un poeta colombiano adscripto al romanticismo de plena cepa. Lo habíamos escuchado mencionar los famosos y recalcitrantemente oscuros *Nocturnos*. Lo que a los demás les daba risa o estremecimiento, en mí provocaba incongruentes sensaciones de fastidio y amargura. Los cementerios y su atmósfera estaban diagramados en mis genes y eran la sustancia de mi alma.

Pero para ellos eran simple excusa para lograr algo. Para Franco, una forma de comunicar la ubicación del embarque a un mensajero de los Krakovsky: había subrayado en el poema los versos que codificaban la manzana, el sector y el número de lápida bajo la cual estaba escondido el envío. A Mecha, seguramente le extrañaría aquel regalo por parte de Franco, pero qué más daba, si se venía a Buenos Aires con él.

Para Arturo, sin embargo, el placer literario se tornó en la oportunidad perfecta para sacarse de encima a Franco para siempre. Lo vio buscar en la biblioteca, ese estante sobre la cama en el que estaban los libros favoritos de Arturo. No le dijo nada, algo tramaba Franco, seguro. Entonces notó la falta del poemario de Asunción Silva, y luego el envío del regalo para Mecha, cuyo cumpleaños todos nosotros sabíamos.

Fue así como el día que ella viajó, se sentó a esperar en Retiro, como habían acordado con Franco. Arturo lo sabía, pero no cuándo ni quién era el mensajero de Krakovsky. Si por una tarea tan simple como esconder algo en un lugar seguro pagaban tanto, o por lo menos eso prometían, Franco se vería entre dos flancos de tiro, la traición a Méndez y Krakovsky.

Pero cuando la encontró en la estación, ella estaba llorando en el piso, rodeada de gente, y gritando que le habían robado la cartera, y también el libro. Un hombre, un desconocido, se había sentado a charlar, y entre

tanto, ella se distrajo mirando los versos marcados por Franco, y de pronto, el hombre de la estación se había ido corriendo.

Lo que a ella le sorprendió tanto, Arturo lo fue encajando en el rompecabezas que Franco y él fueron armando de manera separada, desconociendo la pieza precisa que el otro colocaba, pero se conocían tanto, que por eso digo que fue un mutuo consentimiento de destrucción, quién sabe por qué motivo, quizá por lo mismo que me había sucedido a mí, esa imposibilidad de poseer a Mecha definitivamente, porque el ideal que nos habíamos propuesto era tan endeble como todos, lo sabíamos. Reconocerlo, sin embargo, habría sido como sabernos vencidos de antemano. ¿Y entonces, para qué haber nacido y lidiado con esta pobre carne que se pudre sobre un alma que aspira a lo eterno?

Cansado, ansioso, confundido, Arturo trató de serenarse para que Mecha no se asustara más de lo que ya estaba. Tomaron un café con leche en un bar de la estación. Hablaron de los versos de Asunción Silva que alguien tan ajeno a tal sensibilidad como Franco había subrayado. Recordando el poema que tanto había estudiado en la facultad, supo entonces con certeza el sitio del escondite: el cementerio de la Chacarita. La sacó del bar a Mecha con rapidez y sin disimulo alguno. Debían apurarse si no querían que mataran a Franco, porque a los Krakovsky no le gustaban los jugadores a doble mano, pero luego de haber obtenido lo que necesitaban.

¿No era eso lo que quería, que Franco desapareciese de la vida Mercedes? Pero Arturo nunca había tenido un arma en sus manos, y no sabía lo que era matar, y se asustó. Fue la crisis de abstinencia que tenía encima, supongo, lo que colaboró a que llegara a tal estado. Corriendo, transpirando y agitándose a cada paso hacia el cementerio, arrastrando a Mecha, ya no pensaba con cálculo ni frialdad, sino con desesperación. Salvar a Franco, de ser posible, era menos importante que conseguir la droga. De pronto, Mecha y la cocaína fueron un solo y único objeto inmediato.

Pensaba que el hombre de la estación era el mensajero de Krakovsky. Pero el hombre de la estación era yo.

Méndez me había dicho, poniendo sus manos sobre mis hombros, cara contra cara, el faso entre los labios y la barba incierta, salvaje como matorrales de cardos en un baldío:

-Te necesito, Lisandro.

Se desató la faltriquera del sobaco con la .32 y me la colocó como un sastre que me estuviese probando un traje nuevo. Yo sabía disparar, claro, allá en el campo, a los animales que cazaba por pura diversión, y una vez, cuando era muy chico, por el litoral, cuando mi vieja se encargaba de los muertos mesopotámicos. Expresión reminiscente, por demás, de otros tiempos y otras geografías, porque los Goncalves tenemos eso en nuestra sangre, la capacidad del recuerdo, que es la sustancial capacidad de la muerte, no el olvido, como dicen.

Llegado el momento de pagar, Méndez fue a la habitación de Clarisa a darle de comer la infusión de la tarde.

-Andá nomás, yo la cuido.

Me fui al Retiro, me senté en un banco de la plaza. Me abismé en las reminiscencias a la que la Torre de los Ingleses me fue llevando: como la estación terminal a donde llegaban y partían los ferrocarriles que los ingleses nos habían pagado hipotecándonos de por vida, viaje a principios de siglo, y luego al 1800 y las famosas invasiones y la crédula leyenda del patriotismo criollo. La muerte sobrevolaba por sobre Buenos Aires, colonial y barroso como un pueblo litoraleño, y el río pútrido y neblinoso que desembocaba en un mar de agua dulce. Incongruencias latinoamericanas que la ignorancia se encargó de confundir, entremezclando los términos de la filosofía, retorciendo los sentimientos y creando el funesto producto de la vanidad. Somos negros viéndonos en el espejo turbio de una feria de excentricidades, esos espejos cuya magia es únicamente su capacidad de deshacer las apariencias y dejar libre el fluido de los miedos y los deseos, para que peleen frente al espejo, y el ganador será un monstruo o un Adonis.

Yo conocía a los Krakovsky. Muchas veces me crucé con los hermanos, sobrinos, primos, tíos y chicos, y sus mujeres, que hablaban frunciendo el

cejo, de tez clara y cabello oscuro, con el acento polaco del que no podían deshacerse. Ellos, los hombres, eran robustos y fornidos, casi todos, de cabello oscuro o castaño, enrulado casi siempre, de barbas tupidas y pelo en pecho y en el dorso de las manos, abundante y crespo. No saludaban, gruñían.

Me metí bajo los techos de la estación, ya cayendo la noche. Vi a Mecha sentada en un banco, con las manos sobre la falda, sosteniendo un libro. Tenía un vestido claro, fuera de moda, el cabello rubio y un sombrero de la clase que ninguna mujer usaba ya en la ciudad. Me paré a fumar, buscando al mensajero. Entonces lo reconocí: Iván Krakovsky. Habían mandado al tarado, por suerte para mí, o eso decían que era. Lo había visto dar vueltas por el barrio, buscando víctimas. Era no muy alto, de hombros anchos, de pelo largo atado como en los viejos tiempos de los cosacos. Iba al baño, y lo seguí. No había nadie, casi, sólo el cuidador en la puerta con la mesita para poner la propina al salir, algún tipo en los cagaderos, y él solo en el mingitorio común, esa pared por donde corría una cortina permanente de agua que caía en el piso donde lavaba y se llevaba la orina a las alcantarillas. Parado contra la pared, una mano en la cintura y la otra sosteniendo el pito. Me paré al lado, saqué la verga y meé lindo y tendido. Lo miré, él me miró. Posé la vista en lo que tenía en la mano. Me sacudí y me giré. Ya lo conocía al pibe, porque no era más que eso, un pibe de más de treinta años que se cogía adolescentes con la venia de la policía, porque las fiestas que se hacía, Dios, lo dejaban como después de un viaje al cielo, haciendo escalas en las estaciones del infierno.

Se arrodilló delante y se la metió en la boca. Lo dejé hacer, mirando alrededor. Uno pasó de largo, sonriendo, otro, con la vista baja. Y cuando no hubo nadie, saqué la .32 y le desarrajé un tiro con el cañón contra el cráneo. Sin ruido, prácticamente, a quemarropa, y con el constante fluir del agua por la pared y ese ruido de los baños, el agua y la mierda que van y vienen recordándonos que bien podríamos estar viviendo en un baño toda la vida, el mundo es un sanitario, que, vaya la contradicción, no sana nada.

Lo dejé apoyado contra la pared, mojándole el agua el cráneo perforado, limpiándolo sin despertar, como un borracho para siempre fugado a su limbo. Salí, y allá estaba Mecha, contra el perfil de las vías y algunos vagones cerrados, los hierros de la estación elevándose hacia los techos como en una catedral.

Me acerqué, me paré a su lado junto a banco.

-¿Qué está leyendo?

Me miró. Yo aguardaba que me reconociera. Fue una esperanza fútil, muerta desde antes de nacer, lo sabía, sin embargo allí estaba, escuchando igual que un feto enquistado en mi cerebro.

-Nada, qué sé yo. Un libro de poesía.

-¿Espera a alguien? ¿Puedo ayudarla?

Me senté a su lado. Lo que fue desconfianza se tornó en familiaridad. Creo que mi amor no había muerto si a sus ojos continuaba brindando esa confianza, a pesar de no reconocerme. ¿Yo había cambiado tanto? ¿O simplemente ella no me había prestado la suficiente atención allá en Lavalle para recordarme después?

En ocasiones, mientras hablaba, la vi fruncir el ceño, intentando, quizá, recordar lo que estaba escondido bajo varias capas de desinterés. Me sentí defraudado luego de varios intentos de llevarla a temas del pasado, su familia y su hogar. Solamente la preocupaba ahora la tardanza de Franco, su marido, dijo, que le había enviado ese libro de regalo. ¿Cómo buscarlo, si no llegaba? Me mostró la carta que había llegado dentro del libro, le pasé la vista por encima, para no hacerla sospechar, porque el interés estaba en los versos subrayados del *Nocturno*.

Y cuando los leí, o más bien ella me los recitó en voz alta, me di cuenta. El encuentro sería en un cementerio, donde el embarque había sido escondido. Me sentí caer en un abismo desde el alto cielo en el que me había encumbrado desde que Mecha se hizo la dueña de mis ojos aquella lejana tarde en la estancia. Cuando desperté a la realidad, no estaba más que en mi sitio de siempre, la rasa tierra sobre la que caminaba en busca del lugar adecuado para cavar, los caminos de piedra o asfalto viejo entre las lápidas, o en las casas de planta baja, con macetas secas y pisos de cemento. Y rodeado de los cadáveres o los fardos como Clarisa.

Me sentí herido, llaga siempre abierta en el centro de mi pecho, y mi cerebro siempre frustrado encajándose los discursos y los sermones de reconvención y desesperación, sin posibilidad de redención alguna. Por encima, el cielo, impersonal, deletéreo, liviano, fútil y sin esperanza, porque es sólo presente interminable. Por debajo, la tierra, repleta de cosas muertas de las que nunca se abandonan ni se tiran ni se olvidan, los cuerpos con toda su carne que se transforma en el olor que expande el

recuerdo de las cosas, y más abajo y más perennemente, los huesos, recalcitrantes y empedernidos en permanecer el mayor tiempo posible, bellos como niños por nacer e insoportables como moscas.

Sabiendo que no me recordaba, que difícilmente lo haría, sentí que el peso de la tierra subía hacia los techos sobre los andenes y allí se embadurnaba con la humedad, formando un cielo raso inmenso y frágilmente inestable. Lo más pesado suele ser lo más frágil. Y desde allí, los muertos futuros me hablaban, llamándome *Lisandro, Lisandro*.

Entonces, le arrebaté el libro a Mecha, y me escapé corriendo.

El cementerio de la Chacarita. Los versos no lo mencionan, obviamente, ¿pero cuál otro cementerio de la capital podía ser el sitio de encuentro para la compraventa? Entre los muertos, todos se conocen y ninguno habla, o tal vez se ríen de las escabrosas obscenidades de los vivos que truecan dinero y dudosos placeres. Qué ingenuos son los vivos, deben pensar, o qué imbéciles. Pero mientras lo estamos, la carne nos inunda abriendo los diques que construye en nuestra mente, y los fluidos van y vienen, las hormonas y la sangre son los mensajeros que conforman la hidrografía de la vida. Los ríos se secan, y queda el lecho seco como si nunca hubiese habido nada.

Las calles entre las tumbas desoladas a esa hora de la noche, tarde, cuando la gente normal ya ha cenado y se va a dormir, es una ciudad paralizada, o apenas la superficie por debajo de la cual discurren los recuerdos depositados en los huesos.

Caminé, recordando el campo y mis visitas de espía a la estancia de los Sanhueza, los pudientes, los progresistas, la familia que, como toda familia, tenía sus discusiones e insolubles diferencias, pero que sin embargo continuaban siendo una familia. Y el casco de la estancia los protegía, a los padres y a los hijos. Los chicos Sanhueza: el pintón de Arturo, bohemio, vago como pocos, soñador, idealista por conveniencia; Mercedes, el alma de la estancia, su belleza, su inteligencia, su resignación. La practicidad de las mujeres me admira, sin comprenderla, es fría y no espera recompensa, simplemente es una forma de actuar sin nombre ni principio.

Desde un monumento de piedra, mármol o lo que fuese, me escondí a observarlos. Los primos Sanhueza atravesaban el camposanto como en los viejos tiempos, de la mano y en silencio. A diferencia de aquellas veces, no

había pasto bajo sus pies, sino cemento y asfalto, y por sobre ellos, en lugar del cielo azul, la oscuridad mohosa del cielo de Buenos Aires. Y a su alrededor, lápidas y monumentos funerarios en lugar de árboles. Los únicos perros que los seguían ahora eran los perros invisibles cuyos ladridos surgían de entre las lápidas o tras las bóvedas abandonadas. Había algunos que dormían en las tumbas saqueadas o recién abiertas esperando a los próximos inquilinos.

Se metieron tras un alto ángel de piedra, una especie de ángel vengador con su espada en alto, dominando la escena: esa manzana del cementerio donde estaba escondida, sepultada y esperando su resurrección para hacer estragos entre los hombres, la mercadería del contrabando.

De pronto, estalló un tiro. El destello relumbró en la noche. Hubo una caída, la de un cuerpo exánime, cuya cabeza se asomó al caer por un costado del monumento del ángel.

De inmediato, un grito de Mercedes y su cara embadurnada de lágrimas que brillaron tenuemente con el reflejo del metal que fue acercándose con rapidez, en las manos de Franco, que ahora estaba junto a ella, tratando de levantarla y separarla del cuerpo de su primo. Escuché sus gritos, que Franco intentaba silenciar tapándole la boca. El nombre de Arturo y de Dios se escabullía por los labios de Mecha, pero él miraba alrededor, asustado, buscando al hombre de la estación.

Luego, todo fue un cuchicheo más o menos interrumpido por llantos y grititos que intentaron ser explicaciones que Franco daba a boca de jarro, pero Mecha lloraba, y sin embargo, ahora lo abrazaba, al hombre que había matado a su primo.

Me acerqué a observarlos, saliendo de mi escondite, caminando por la calle solitaria entre las tumbas. Tenía el libro en una mano y la pistola en la otra, y en bolsillo trasero una linterna apagada.

Cuando los vi abrazados, llorando junto al cuerpo de Arturo, consolándose, comprendiéndose, supe definitivamente que yo no pertenecía a la humanidad, que yo era otra cosa, otro ser, ente o especie que había venido al mundo como un mensajero y un recolector, que lleva cartas de próximas visitas no deseadas, de desalojos por hipotecas insalvables, de desahucios médicos, de sentencias de la ley, y que luego levanta los deshechos y los lleva a enterrar como es debido.

Pero esta vez, la amarga obediencia a mi sustancia, la tantas veces rechazada pero al fin conquistadora, halló el cómplice adecuado para reconciliarme con mi destino.

Al verlos allí abrazados, siendo dos y uno solo al mismo tiempo, tuve el privilegio de abandonar mis rencores y dejar paso al odio, tan mancillado, tan subestimado.

Disparé a la espalda de Franco. Otro destello que iluminó la noche del cementerio, otros ladridos funestos, y el grito de Mecha al ver la linterna con que me acercaba.

Recitando los versos, ya el libro abandonado en la tierra, iluminando su rostro espantado, me acerqué hablando de sombras, y supe entonces, por su expresión, que me había reconocido, al fin.

La tiré sobre la tierra, entre los cuerpos de aquellos dos que la habían amado, tal vez más verdaderamente que yo, pero no tan definitivamente.

La poseí allí mismo, y después la maté.

LOS LADRIDOS DE LA NOCHE

1

Cuando arrestaron a Victo Hugo Molina, yo estaba en una sala de la morgue. Eran las tres de la tarde de un domingo, viciado de hastío, sentado en un taburete y acodado sobre una camilla de autopsias, de mármol frío y con la pátina de grasa humana que ya era imposible de sacar. El guardapolvos puesto y desabrochado, la camisa sudada y desabotonada hasta la mitad del pecho, y en medio de una soledad que no era tal, porque estaba ella, la mujer que me había salvado luego de aquel derrumbe en el cual la muerte de Alma me había sumido, con un hijo enfermo que entraba y salía de las internaciones desde que era muy chico.

Blas ya tenía siete años, casi ocho, flaco, débil y pálido, y sin embargo vivo, como un milagro que no estaba dispuesto a reconocer más que a las transfusiones de sangre, a los exámenes de laboratorio que formaban libros de varios tomos a lo largo de su vida; a las inyecciones de cualquier cosa, ya no importaba ni me interesaba saber, porque luego de tantos años de supervisar a los médicos que se encargaban de él, ya había desistido en seguir la cuenta de las dosis y las drogas.

En cambio, Soledad, la enfermera que me asistía como forense desde hacía unos pocos años, ahora me acompañaba como profesional, claro, pero también como amante abnegada, y que, prescindiendo de toda exigencia o protocolo feminista, ocupaba un segundo plano en las vidas de mi hijo y yo. Ella, la siempre presente, la a veces agotada enfermera cuyo lugar era reemplazado por la mujer amante y la madre sustituta, a destiempo, sumisa, consciente de ser relegada pero segura de su autoestima que no le permitía expansiones de carácter, arbitrarias y

confusas para hombres como nosotros, mi hijo y yo. Porque Blas era, a pesar de su edad, un hombre por su experiencia del sufrimiento y el dolor.

Cuando entraron a Molina, las manos a la espalda, esposado y con la cabeza baja, lo sentaron en un banco de madera de la oficina que a veces servía de sala de espera a los detenidos que aguardaban la llegada del fiscal o el juez de turno. Como sucedía los fines de semana, y en especial en este feriado largo que se extendía al lunes por el 9 de julio, el personal judicial era menos que mínimo, y todo trámite debía esperar al primer día hábil de la semana. Lo escoltaban dos policías, y el oficial a cargo me saludó y se acercó caminando con desgano hacia la puerta del quirófano donde yo me había asomado al escuchar el eco del motor de la ambulancia en los pasillos subterráneos.

-¿Qué tal, doctor? ¿De guardia, como siempre?

El oficial Zaldívar me tenía hartado con sus insinuaciones procaces. Le tenía ganas a Soledad desde mucho antes, y a pesar de los reveses que había sufrido de parte de ella, insistía, rencoroso y envidioso.

-¿Qué hay?- pregunté.

-Ya lo va a ver, Ibáñez, lo que no se ve todos los días.

Entonces entró un policía cargando con mucho trabajo una bolsa de cadáveres en la espalda. Aquel modo tan poco ortodoxo me sorprendió a pesar de estar acostumbrado a ver muchas flexibilidades del protocolo que disponía la ley. Cuando dejó caer la bolsa al piso, se escuchó un ruido a madera, creo, a agua, también, pero sobre todo un ruido a metal. Y entonces sentí el olor, tan claro como siempre, pero esta vez tan fuertemente nauseabundo que atravesaba la tela.

-¿Qué hace? Déjela en la mesa-le dije, fastidiado, al policía, que me miró con la cara sudada y las manos en la cintura. -¿Qué trae, un cuerpo o chatarra?

Zaldivar se rio.

-Un cuerpo desmembrado, y de muchos días a juzgar por el olor, doctor. Estaba metido en el estuche de un instrumento de música. Pasamos por la pensión del detenido, revisamos todo y encontramos el instrumento en cuestión.

-¿Y eso no es trabajo de otro perito?

-En el instrumento también hay pedazos, doctor, del cuerpo, en el estuche que cargaba el detenido no entraba todo, o no sé, a lo mejor sí,

pero en el instrumento hay sangre, y unos dedos y otras cosas, doctor, usted verá.

Me saludó con una venia, sonriente, cómplice, y sin embargo dispuesto a evitar toda aquella extraña carnicería. Y miré al detenido en cuestión, sentado contra el respaldo de la silla dura, sorprendiéndome su aspecto: era un hombre muy atractivo, creo que demasiado bello para ser un hombre. Sin embargo, la barba le crecía rubia y levemente enrulada, los ojos me miraron de pronto con un color azulado como dos turquesas. Sí, no eran azules ni verdes, sino ambos al mismo tiempo, sin dejar de ser también únicamente verdes o azules. Ojos sin tiempo, me dije, en medio de un rostro de tez blanca sin signos de sonrojo alguno, bajo una frente ancha por encima de la cual nacía el cabello lleno de risos pequeños y bien formados. Pero la humedad de ese día de julio hacía estragos también en él, y noté la camisa blanca con los sobacos transpirados y el pantalón, parte de un traje cuyo saco había sido dejado en alguna parte, pegado a las piernas porque era grueso, de tela propia de invierno.

Soledad empezó a abrir la bolsa. Zaldívar ya se había ido y yo cerrado la puerta. Comenzó a salir el olor, y nos reforzamos los barbijos. Salió sangre que no se había coagulado todavía por efecto del pus que se había fermentado con la humedad y el clima funesto de aquella semana. Sacamos pedazos informes de un cuerpo, supusimos que de uno, y luego es estuche del que me había hablado Zaldívar, de madera, con forma de campana. Al fondo de la bolsa estaba la tuba, con el metal cromado en el que los líquidos del cuerpo habían resbalado para dejarla casi incólume.

Durante toda la tarde del domingo estuvimos armando el rompecabezas. Los huesos estaban trizados, como aplastados por un martillo, otros con signos de hachazos. La carne y los músculos estaba tan afectados que eran casi una masa que se deshacía al tratar de explorarla con el bisturí o las pinzas. Manos, pies, antebrazos partidos en dos o tres partes, los mismo que los fémures y los brazos, y el tronco estaba cortado en cuñas que habían conservado la forma a pesar del estrago que hecho por el clima. Todo el cuerpo de una mujer había sido trozado para que entrara en el estuche de la tuba.

Cuando terminamos de armar lo que quedaba del cuerpo sobre la mesa, eran las diez de la noche. Varias veces habían llamado por teléfono desde la oficina del fiscal de turno.

-¿Por qué el apuro?- pregunté, sosteniendo el tubo con un guante enchastrado de podredumbre; yo también, en ocasiones, tiraba al diablo el protocolo.

Resulta que el detenido era un músico de la orquesta del Colón, y esa noche debería haber tocado en la función de gala para el presidente. Pero función y todo habían sido suspendidos a raíz del hallazgo. Me pregunté qué hacía el asesino con el cuerpo en el estuche, ya medio podrido, yendo al teatro. ¿Era su intención abrirlo en el escenario? No, me dije, demasiado espectacular para una mente criminal como la que había realizado tan minucioso descuartizamiento. Era, no cabía duda, una obra de arte: una especie de escultura de arte moderno, realizada por una mente metódica al ritmo lento del sonido de la tuba, profundo, austero, lacrimoso a veces como el de un sacerdote que lamenta la muerte de Cristo en un salmo *de profundis*.

Soledad me escuchó mientras yo divagaba, y debió pensar que relacionaba todo esto con mis creencias católicas aferradas a los huesos de mi alma, que sin embargo había tratado de extirpar toda mi vida, sin conseguirlo. La muerte de Alma había sido una carnicería que no había hecho más que exacerbar los disonantes tañidos de campanas que... entonces me di cuenta de que los ecos de mis pensamientos daban vueltas como los repliegues de la tuba para expandirse en la gran campana de este instrumento manchado de sangre, y en el cual sin embargo había casi resbalado para dejarlo limpio de todo rastro, salvo por lo que su dueño había decidido albergar en su interior, en el pozo oscuro del cual salía el sonido, como si quisiese asordinarlo, o quizá hacer que los dedos cortados a la mujer palparan, sintieran e imitaran la música nacida de los repliegues de su mente, la mente del hombre que la había asesinado. De esa manera, quizá, él quisiera hacerse comprender, si es que había algo que comprender, e incluso perdonar.

Y cuando nuestra tarea ya había finalizado, el informe manuscrito firmado y sellado a las doce y media de noche para que la secretaria del juzgado lo transcribiera a máquina cuando abrieran los tribunales, y las fotografías tomadas de cada pieza suelta de ese desconcertante rompecabezas que parecía desafiar toda inteligencia porque invitaba a formar diferentes figuras, como si la mujer asesinada no hubiese sido una,

sino múltiples en un mismo cuerpo, y el hombre hubiese querido matar a todas juntas de una sola vez.

¿Y qué había conseguido?

Innumerables piezas que multiplicaban el número que había intentado abolir.

Me asomé a la puerta de la cocinita donde Soledad dormitaba su vigilia de enfermera nocturna, la sacudí del hombro con grosería -me sentía de muy mal humor y me desquitaba-, ella no se inmutó, estaba demasiado cansada.

-Andá a casa- le dije.

Agarró la cartera y me dio un beso en los labios.

-Mañana te llamo.

Ése era nuestro código, trillado, común a más no poder, pero que para nosotros significaba otra cosa: Blas y su enfermedad. Se había puesto encima al hijo de otra mujer, y llevaba la responsabilidad digna y calladamente.

Desde la puerta de la cocina, oí el motor del Fiat 128 de Soledad subiendo la rampa del edificio hasta Junín, y de ahí partir hacia el bajo. Y entonces escuché la música que salía de los parlantes de la radio con la que amenizábamos nuestro trabajo, y me crucé con la mirada del detenido en la sala de espera: la cabeza apoyada contra la pared, y en los labios el movimiento de la música.

Dejé la taza de café en la mesa y caminé hacia él. Un policía de civil lo vigilaba.

-¿Cuándo lo llevan?- pregunté.

-Quién sabe, doctor, con el feriado largo, los trámites se alargan.

El hombre que nos miraba, con las manos esposadas ahora delante, después de tararear, dijo:

-Mi vieja detestaba esta versión-. La voz, aunque cascada, tenía un resabio de afeminamiento muy sutil y reprimido.

-No moleste al doctor- lo retó el oficial.

-No importa...- Me dirigí al tipo: -¿A qué se refiere?

-A lo que estaba escuchando en el quirófano, doctor. Mozart y *Eine kleine nachmusik* en la versión de Stokowsky. Mi madre odiaba a ese tergiversador de los clásicos. Para ella, eran intocables.

Raro, me dije, claro que ese hombre era raro. Capaz de descuartizar a una mujer

(¿eran en realidad de una mujer los restos encontrados?, el único indicio positivo era la ausencia de restos de genitales masculinos, lo demás eran fragmentos en los cuales resultaba imposible distinguir algo certero, quedaba la posibilidad de mandar muestras al laboratorio, pero todo eso tardaría, incluso las huellas dactilares de los dedos en la campana de la tuba estaba en tal estado de putrefacción que dificultaba cualquier resultado)

también era capaz de distinguir la versión de un clásico musical. Aficionado, tal vez, pero seguramente el dueño de la tuba.

-¿Quiere un café? -le pregunté.

El oficial me miró, curioso, y se encogió de hombros. Fuimos los tres a la cocina, le esposó una mano a una pata de la mesa y se paró en la puerta. Mientras yo calentaba la cafetera, le dije:

-Vaya nomás, oficial, el señor no se me va a escapar.

-Es mi obligación doctor.

-Yo lo relevo de ese deber, y le mostré el revolver que guardaba en el cajón de esa misma mesa de madera, que también servía de escritorio para llenar los informes, guardar formularios y sellos, y cualquier otra porquería que anduviese perdida por ahí.

Nos dejó solos. Me senté enfrente del tipo, que me miraba sin expresión. La barba rubia no era espesa, sino rala, y su rostro era demasiado bello, ni delicado ni tosco, simplemente limpio como una escultura griega.

-¿Usted es el dueño de la tuba?

-Sí, doctor, aunque supongo que ya no más, y tampoco al principio. Lo fue desde que me la apropié de mi padre hasta hace unas horas.

¿Quién era ese hombre tan extraño?

-¿Me está haciendo un interrogatorio oficial?

-Nada de eso.- Le serví café, con la mano libre agarró la taza. Los dedos eran delicados y largos, aptos para alcanzar las válvulas que armonizaban los sonidos creados por la fuerza de los pulmones del intérprete. No tenía un tórax robusto, pero claro que no se necesitaba eso para tocar adecuadamente un instrumento de viento.

-¿Y quién era su padre?

-Wilfredo Molina, uruguayo. Tocó la tuba y a veces el corno inglés, hasta la trompeta en ocasiones, durante veinte años en la orquesta estable del Colón. Cuando faltaba alguno de la sección de vientos, lo llamaban. Se casó con mi vieja a los veinticinco años. Ella es pianista, doctor, Aurora Beltrame, se llama. ¿No la escuchó nombrar, usted, aficionado a la buena música?

-No, la verdad que no, disculpe...

-No es nada, su época ya pasó, y esa fue una de las causas de... bueno... su carácter. Fueron muy escasos años de fama que *prometieron mucho a sus ansias*...se ríe usted, claro, por el tango, pero qué se le va a hacer, los músicos somos así, toda melodía hace referencia a otras tantas, innumerables. ¿Sabe que fue la primera pianista argentina en grabar las sonatas completas de Beethoven para un sello nacional? Era muy joven entonces, no llegaba a cumplir diecinueve años cuando terminó el ciclo completo, allá por el año 49 o 50. Ganó mucho prestigio y repercusión, pero como todo en este país en cuanto se relaciona con la gran cultura, pasó desapercibido tan maratónico logro. Pudo irse en París, pero ya estaba embarazada, y tuvo que quedarse a Buenos Aires. Mi padre, dijo ella, fue un ancla. El puesto estable en el Colón era algo que él, en su mediocridad de músico apegado a los gremios, no estaba dispuesto a abandonar. Pero ella era otra cosa, ella volaba cuando tocaba el piano, y a veces creí ver que de las teclas negras salían cuervos que volaban y volaban en el departamento que nunca hubo oportunidad de cambiar porque no alcanzaba la plata. La famosa grabación de mi vieja nunca fue reeditada, por supuesto, y los derechos caducaron o fueron desconocidos en los siempre eficaces recovecos de la burocracia.

La luz de la cocina titilaba a veces, cuando el generador que mantenía los frigoríficos donde se guardaban los cuerpos se encendía abruptamente.

-Así que usted heredó el instrumento de su padre.

-No, doctor. Mi padre se borró de las cuentas en rojo de la familia. Se encamó con la violista de la orquesta, una viudita joven que se mandaba la parte delante de mi madre por haber sido la esposa de un compositor que se suicidó un poco antes de esa época. Era una presumida, y se encargaba de rodearse de todo ese melodrama con el que creía asegurarse la buena fortuna. ¿Qué hizo con mi viejo? Se lo llevó a Londres, como asistente. Nunca vio en él ningún talento, por supuesto, salvo la ventaja de tener un

hombre atractivo y viril, porque así era, un mujeriego que se detuvo cuando encontró la mujer que supo controlarlo. Mi madre, a pesar de su carácter personalista, narcisista y despótico, y precisamente por todo esto, no logró más que él encontrara formas de escabullirse. Y después...

Se detuvo, mirando el vacío delante, en mi cara, tal vez.

-¿Y entonces dejó la tuba en casa?

Se despertó de su ensoñación.

-Mi hermana y yo éramos chicos, pero ya teníamos nuestro destino asignado. Músicos, por supuesto. Ella, pianista, de la cual se encargaría mi madre personalmente. Yo, quién sabe, porque era el mayor, apenas por un año, y la causa por la que ella debió dejar su carrera en el extranjero. La culpa, sutil y nunca nombrada, existió tácitamente en cada gesto entre nosotros desde que recuerdo. No le importaba mucho lo que yo hiciera, mientras no la avergonzara. Entonces relegó mi educación musical a mi padre, pero como ya le dije, no duró mucho. Él me enseñó a tocar la tuba, porque yo era fuerte de hombros y hacía ejercicios respiratorios para mantener el aire y exhalar con fuerza, porque ese es el secreto de las notas extensas y el logro de la armonía en los pasajes *andante* y de largo aliento. Los compositores del barroco son tremendamente difíciles, y la vez que obtuve un aplauso entusiasta de mi madre cuando tuve trece años y debuté con un concierto de Pergolesi, fue la única. Esa noche ellos pelearon, más que de costumbre, pero mi ego se vino abajo cuando supe que no era por defenderme que mi viejo se peleaba, sino por su Alina, la amante. Yo me encerré en la habitación, con mi hermana, que escuchaba los gritos y se tapaba las oídos inútilmente. Luego hubo un portazo. Mi viejo nos había abandonado. Mamá, lloriqueando, haciéndose la víctima virtuosa y dignamente, entró al cuarto, se arrodilló ante nosotros como una santa y abnegada madre, y nos dijo entre lágrimas de cocodrilo que desde ese día nos arreglaríamos solos.

Eran las dos y pico de la mañana. Ninguno de los dos tenía sueño, en realidad. Molina se veía entusiasmado de contar su historia, porque no estaba ante alguien que lo juzgaría, y yo me vi inmerso en una historia que me alejaba de mi amargura. Lo que me había hecho acercarme al asesino, el recuerdo de la masacre de Alma, para amedrentarlo, para regodearme en su culpabilidad evidente, ya que nunca había tenido yo a quien culpar

por la muerte de la madre de Blas, de pronto, regresó ante la sirena de una ambulancia que llegaba a pocas cuadras, al Hospital de Clínicas, para salvar a alguien que muy probablemente no podría ser salvado.

-Se ve que no le tenía mucho cariño a su madre, Molina. ¿Por eso la mató?

Me miró con esos ojos de colores intermedios, indescifrables, bien abiertos.

-Usted no sabe nada, doctor. ¿Qué clase de informe hizo, se puede saber?

-Mató a una mujer, Molina.

-¿Y por eso piensa que fue mi madre? Los tipos esos, los abogados, se encargarán de buscarla y verán que sigue vivita y coleando en nuestro departamento, aporreando el piano viejo en su chochera, pero no por eso menos lúcida en su malicia.

-¿Y entonces de quién es el cuerpo? Ya lo sabremos a su debido tiempo, pero tengo mucha curiosidad por saber lo que pasa por la cabeza de un hombre como usted.

-A usted le mataron a alguien, doctor, no me lo niegue, y me está adjudicando la culpa. Claro, un asesino es igual a todos los asesinos al fin de cuentas, el que se carga un cuerpo, puedo cargar muchos otros, y la suma no cambia el resultado. Sólo se pueden pagar las deudas con una sola vida.

Me senté, deshaciéndome del guardapolvo sucio que aún olía a podredumbre. Estaba tan acostumbrado, que ya comía en casa con ese olor al que Blas también se había habituado. Vivíamos, con mi hijo, en una especie de morgue perpetua dedicada a la memoria de su madre.

-La mataron unos perros. A mi mujer, me refiero.

-Los conozco, doctor. A los perros, me refiero.

Socarrón, encima de hipo de puta, pensé.

-No me aclare, ya entendí. La despedazaron. Fue en La Plata, ¿no es cierto? Mi viejo nos contó, un día que volvió de un concierto en el teatro donde fue a una función de beneficencia. Las calles estaban cerradas, nos dijo, y se escuchaban los ladridos en plena noche. Ya estaba con Alina, ambos en el coche, el Peugeot, con las ventanillas cerradas, quietos, esperando que se abrieran las barreras policiales que intentaban encerrar la dispersión de los perros. Las sirenas de la policía sonaban, intercalando

lamentos a los ladridos, interminables, agotadores, exasperantes. La vez que me contó todo esto, un día en que me daba lecciones fuera de casa, en una oficina del Colón que usaba como propia luego de tantos años, yo terminaba una larga *fuga* que me hizo cerrar con una coda de propia invención. Fue lamentable el resultado, pero sirvió para que él recordara el aullido de esos perros que se le había quedado grabado en la memoria. Ella, me dijo, y aún sin nombrarla sabía de quién se trataba, porque yo ya era casi un hombre y esperaba que lo comprendiese, se puso a llorar, y vio la vulnerabilidad que había intentado ocultar con subterfugios de mina interesada y engañosa. Si Alina, aun en su arte, sabía engañar, esta vez la traicionó el miedo. La música de los perros y sus ladridos, dijo mi viejo ese día, era como el sonido ancestral del viento entre los árboles monstruosos de un bosque de tragedia, se olía la sangre en la ciudad y el asfalto que brotaba de la tierra enclaustrada bajo las calles, la tierra esclavizada y humillada, las almas de los muertos que habían encontrado su voz, finalmente.

Me callé la boca para no golpearlo, me até la lengua con largas frases muertas enterradas entre mis dientes. Que un asesino con afán de anatomista y artesano esposado a la mesa de la cocina de la morgue judicial, con un forense como confesor no de culpas sino de rencores familiares y un policía dormido en la puerta, en un fin de semana largo donde la ausencia de la justicia resultaba menos importante aún que la ausencia, la indiferencia, en realidad, de la ley, pronunciara el nombre de la madre de mi hijo, me exasperaba como pocas cosas lo hicieron a lo largo de mi vida.

-Necesito ir al baño- dijo.

-¡Oficial!- llamé, gritando.

Apareció con un bostezo y la cara llena de sueños borrados.

Le desató las esposas, lo acompañamos al baño. El policía se quedó en la puerta, Molina entró pero pasó de largo los mingitorios y se metió en un cubículo. Escuché el chorro de la orina del asesino vergonzoso, apareció de vuelta abrochándose el pantalón como si se lo hubiera bajado en lugar de abrirse la bragueta. Costumbres, pensé, que quizá tenían que ver con esa madre autoritaria y posesiva de la que había estado hablando.

De vuelta en la cocina, le dije:

-¿No tiene sueño? Duerma, nomás.

Se encogió de hombros.

-Dios me otorga un día más, doctor, mañana es feriado.

-No lo van a colgar ni a tostarlo, Molina. Solamente lo encerrarán de por vida. Es joven todavía, le queda una larga y fructífera vida de no hacer nada más que gastar los impuestos de los buenos ciudadanos.

Mi burla nacía del recuerdo de la noche de los perros en La Plata. El padre de Molina había estado a pocos metros de mí esa noche. ¿Y si lo hubiese conocido, si hubiésemos hablado? Pero cada uno es su propio y único testigo. Como él encerrado en su auto igual que en el caparazón de una tortuga, que escucha y vislumbra hasta saber que ha pasado el peligro, yo también era una célula aislada corriendo en busca de los perros, cuando ya era demasiado tarde para detenerlos, matarlos y despedazarlos.

Lo que había hecho Molina con esa mujer (si de tal se trataba, porque la duda crecía y la incertidumbre se tomaba la dirección de mi ciencia) yo lo habría hecho con los perros. ¿Y si hubiese sido un hombre quien matara a Alma? A pocos pasos, en la sala de autopsias, los bisturíes, los martillos y escoplos, las sierras y las pinzas para desmembrar el cuerpo de Molina en busca de los motivos de la vida, así como buscaba los motivos de la muerte. La vida de ese hombre era un misterio que me esmeraba en descifrar con una conversación de sonámbulos en plena madrugada, confundiendo lo blanco con lo negro, y la verdad con la mentira.

2

-Usted es un animal beethoveniano, ¿no es cierto, doctor? Lo reconozco en su mirada ofuscada, de ceño fruncido. La pasión reconcentrada y transformada en ira.

Sentados una vez más a la mesa de la cocina del viejo edificio de la morgue, antiguo y elegante, símbolo de un pasado de alcuñias jamás recuperadas. Las mesadas de mármol quebrado, los muebles con vajillas que ninguno de nosotros usaba ya, viejas porcelanas trizadas que provocaban respeto o insidiosa burla, la cocina grande como si de un

momento al otro a cualquiera de los médicos o fiscales o acusados se les ocurriera meter a alguien dentro. Crear para deshacerse de los molestos cuerpos, fardos de carne y hueso que no hacen más que frotarnos por la cara el resentimiento por seguir vivos. La memoria de la carne guarda todo, pero esos recuerdos también sufren el proceso de la putrefacción, y es así como se mezclan y se fermentan en una sustancia agria, acre y cuyo olor es la orden del mariscal de campo de los ejércitos de moscas verdes.

-Así es, Molina. Mozart era un chico que maduró recién en sus últimos años, pero evolucionó hacia la tristeza y una cierta resignación mística, por eso me acompaña en la sala de autopsia. Pero Beethoven fue siempre un viejo rencoroso y amargado, sus momentos de aparente dulzura son breves y más que nada melancólicos, no hay alegría en él, sólo su furor lo justifica.

Molina se rio con ganas, y la pesada mesa de la cocina se estremeció con el chocar de sus esposas. Se había sacado las zapatillas y el olor del sudor era tenue pero viejo. La camisa, mojada, estaba abierta hasta el segundo botón, y casi no tenía vello en el pecho.

-Es usted un caso aparte, doctor. Muchos críticos de música no llegarían a expresar tan acertadamente lo que acaba de decir. Pero mi vieja lo sabía, porque era así, como usted dice: una bestia encerrada que se carcome las entrañas hasta que ya no puede más y se convierte en una furia de la cual puede esperarse cualquier cosa.

-Son las cuatro de la mañana, ¿no quiere dormir?

Enderezó la espalda, se acodó en la mesa como pudo, ya con las muñecas lastimadas, y estiró un poco las manos para tocar las mías.

-¿Usted me ve cansado?

-No sé. Yo lo estoy, pero no puedo dormir...

-Y yo tampoco. Hay noches, doctor, en donde los ladridos son tan fuertes que se filtran por las paredes y se transforman en ecos incesantes entre los huesos del cráneo.

Lo miré a los ojos, esos mares inmensos que inundaban la noche sudamericana de Buenos Aires ese largo fin de semana donde se celebraba la independencia política, la independencia cultural, la independencia emocional. Y nos quedábamos solos, sin cultura, sin familia y sin leyes. Construyendo un país de juguete con materiales más endebles que el plástico. El feriado era un largo recreo donde se acomodaban los roles

gubernamentales: el ejecutivo en su oficina uniformada y la justicia en su recalcitrante pereza de opio y morfina.

Le serví otra taza de café. El policía dormía sentado en el sillón de la sala de espera, sin gorra, sin zapatos, el cinturón flojo y las manos bajo la nuca, soñando, quizá, en la cuna de un bebé o en la cama de una puta.

Molina dijo:

-¿Y si me afloja un poco las esposas, doctor?

Me habló como una mujer, suave e insinuantemente. Pensé en el revólver, y en que si se intentaba escapar, yo tenía la oportunidad de vengar en un prácticamente desconocido, y varios años después, lo que me carcomía el alma (*el Alma de mi alma*), y sobre todo, la enfermedad de mi hijo, fruto de esa muerte, quizá, o quizá no, pero quién sabe cuáles son las combinaciones de la química, yo, médico de difuntos, que con cada muerto explorado conozco menos de la naturaleza humana, porque nunca encontré el alma en esos cuerpos, nunca la disequé ni la abrí para interrogarla.

Y de todos modos, no estaba en mis planes esa noche usar el arma, porque cuando me levanté a buscar la llave de las esposas que el policía tenía en el bolsillo de su camisa lo hice por el suave tono de Molina, y por la mirada que me dirigió. Una complicidad se formó entre nosotros.

La llave ahí nomás, al alcance que el abandono y la estupidez oficial otorgaban a cualquier hijo de vecino, fuese médico o asesino. Ni se despertó ni manoteó, y si se dio cuenta, habrá pensado: allá el diablo se lo lleve al doctor. Después de todo, yo me estaba convirtiendo en una molestia para el sistema, dale criticar y protestar, estaba a punto de desaparecer cualquier día de estos.

Molina se frotó las muñecas lastimadas, pero no me sonrió, únicamente me dio las gracias.

-Mi vieja se quedó sola con nosotros. Ya éramos adolescentes mi hermana y yo. Después de un tiempo en que pareció sufrir como una Magdalena, recuperó su carácter y empezó a ejercer su dominio sobre nosotros. Ya de chicos sabíamos quién mandaba en la casa, mi viejo se iba al teatro casi todo el día y todos los días. Ella, sin embargo, se quedaba en casa dando clases de piano y corrigiendo tareas de una escuela secundaria a la que odiaba asistir. Desde la mañana a la noche escuchábamos sus protestas, si no eran por mi viejo, eran por el trabajo, la plata o los inconvenientes domésticos. Aporreaba el piano con una sonata o un minué

que convertía en foco de ira y pesadumbre, y cuando el piano callaba renacía su voz. Y fue así como el dolor se convirtió en una música de acordes incesantemente frustrados y culposos. Estaba la cuestión de nuestra educación musical, por supuesto. Maxine, mi hermana, estaba destinada al piano, y mi vieja la tomó a su cargo cada vez con más ahínco. Como durante el día no tenía tiempo, la hacía estudiar por las noches, pero a mí me dejaba practicar en mi tuba o lo que quisiera sin exigirme demasiado. Sin embargo, su indiferencia era un reproche afianzado por el desprecio, y yo me sentía obligado a buscar su aprobación, que por ser mera indiferencia, jamás llegaría.

Cuando Maxine tuvo catorce años, mamá dejó la escuela y se dedicó a las clases particulares en casa. Los alumnos la veían distinta, exigente pero seria, y la vieja leyenda de las sonatas de Beethoven grabadas mucho tiempo antes le había dado una reputación que su carácter no desmentía ante los alumnos. Cuando cerraba la puerta tras ellos, mandaba a mi hermana a sentarse al piano y empezar a practicar. Maxine pasó por diferentes etapas que yo presencié sin poder ayudarla: la sumisión, la culpa, la ira, la rebelión. Y para cuando ésta llegó al cumplir los quince años, luego de un año entero de hacerla practicar doce horas al día -sí, doctor, doce horas, la hacía levantarse a las seis y media y a las siete ya estaba al piano hasta las doce del mediodía, luego empezaba de nuevo a la una hasta las siete de la tarde, un té, unas galletitas, una taza de leche o de chocolate como premio, que no aparecía sin ella se equivocaba de tecla, si la armonía o el acorde no eran los correctos, si se interrumpía para llorar o simplemente porque le dolían los dedos-, para cuando llegó la rebelión, decía, mi hermana dejó de tocar, una tarde de sábado en la que tal vez ella esperaba festejar su cumpleaños y al que había invitado a una o dos amigas de la escuela. Yo estaba en mi cuarto, pero escuché el golpe de la tapa del piano y los gritos que le sucedieron. Salí a ver, y me las encontré discutiendo, hasta que mi vieja se calló la boca, porque no era de decir malas palabras ni repetir las cosas más de dos veces. Simplemente agarró la mano derecha de Maxine, que ella cedió entre lágrimas, pensando tal vez que mamá al fin cedía e iba a acariciarla o, incluso, darle un beso. El rostro de mi vieja era una máscara de maquillaje que conservaba en casa como si estuviese en el teatro, frente a un auditorio para escuchar su arte. Ella, sin embargo, sostuvo con fuerza la mano de Maxine, apretada, con las yemas

de los dedos hacia arriba, y con una regla de madera comenzó a golpearlos, una vez tras otra, quince veces, una por cada año de trabajo que le había costado, y le seguía costando. Eso dijo mi vieja: que era una inútil, una perezosa, que no se esforzaba, que tiraba a la basura tanta dedicación y tanto talento. Eso fue lo único positivo que le escuché decir, pero una rosa se marchita fácil entre tanto hielo.

Esa noche terminó la lección, porque Maxine tenía los dedos hinchados y se abstenía de gritar por miedo a mi vieja. La rebelión se terminó. Nunca sonó el timbre, las supuestas amigas no vinieron al cumpleaños de la reclusa, la tímida, la rara. Nos abrazamos en la habitación común donde dormíamos, ella en una cama contra una pared, yo en otra bajo la ventana que daba a la calle. Me acosté en su cama, le puse una bolsa de hielo que rescaté de la heladera en la cocina a escondidas cuando mamá estaba hablando por teléfono con mi padre, tal vez, por la forma en que hablaba. Habría querido hablar con él, hasta me detuve detrás de ella, estirando una mano, pero en mí estaba arraigado el carácter de mi padre: evitar lo inevitable era darse la cabeza contra un muro, así que el silencio fue mi estrategia contra las armas de mi madre, esas manos que tocaban a Beethoven como si fuese un ejército en guerra continua.

Así se afianzó el gobierno de facto de Aurora Beltrame. Durante dos años casi no hubo señales de rebelión por parte de ninguno de nosotros. Las clases de Maxine continuaron con el mismo ritmo, sesión de cinco horas por la mañana, una hora y media de descanso, y luego una sesión ininterrumpida hasta las siete de la tarde, sólo con la merienda que se enfriaba en la mesita junto al piano, o sobre la caja del piano mismo. Una vez, Maxine había apoyado mal la taza en su apuro por terminar un ejercicio especialmente difícil, y la taza se cayó sobre las teclas. Mamá, sentada en el mismo taburete largo que Maxine, se levantó espantada. Las manos de mi hermana estaban pegoteadas del té con leche que por suerte ya estaba casi frío. Mi vieja la llamó torpe y estúpida, pero ni siquiera la miraba. Corrió a buscar un trapo para secar el piano, pero el líquido ya se había metido entre las teclas. No hubo manera de afinarlo. Llamó al técnico, un viejo que conocía a mamá desde su época de efímera fama. La calmó, le dijo que no se desesperara, que al fin y al cabo no era un piano muy bueno, y vi en el rostro de mamá la más absoluta vergüenza. Si en ese instante hubiese querido vencer su domino, podría haberlo hecho

fácilmente, pero ella levantó sus barricadas una vez más, y con digno silencio, dejó trabajar al viejo. Toda una tarde perdida de lecciones que sirvió para que Maxine descansara sus dedos, pero en la noche la obligó a agarrar los libros de teoría y hacerle repetir las lecciones mientras cenábamos. Fue una noche distinta, porque a pesar del tonto inconveniente del té con leche, ella había recibido una llamada de nuestro primo Bautista. Era periodista, hijo de un hermano de mamá con el que estaba distanciada desde hacía mucho tiempo. Vendría el fin de semana para una entrevista. Había escuchado que se proyectaba reeditar la famosa grabación de las sonatas de Beethoven.

El sábado se la veía nerviosa, pero se controlaba como en sus mejores tiempos cuando daba recitales y conciertos, pero Maxine sufría ahora los mismos nervios. Mamá la vistió, le dijo que se preparaba para tocar algo si el primo lo pedía. Nosotros la acompañaríamos en toda la entrevista, por las fotos, claro, las fotos de familia feliz que nos retrataría en el suplemento cultural del diario. “La famosa pianista Aurora Beltrame, vuelve a los escenarios”, decía ella con los ojos fijos en un cartel que nunca existió, haciendo con las manos el ademán de acariciar el anuncio en el aire como en una marquesina.

Esperamos toda la tarde, el timbre y el teléfono, los tres sentados, y ella de vez en cuando tocando algo apesadumbrado, Schumann, tal vez, o no, algo de Erik Satie, por la lenta espera. El primo no vino. Llamó ya tarde, excusándose. No prometió venir otro día, quizá ya sabía que el proyecto de reedición había sido enterrado para siempre. El domingo, mamá obligó a Maxine a las clases semanales, y fue especialmente insidiosa.

Por supuesto, mi hermana ya no iba a la escuela. La rutina que mamá había dispuesto incluía clases de cultura básica, teoría y práctica de piano, rutinaria pero casi obscena por continua y agotadora. Vuelta a repetir una y otra vez acordes y pasajes en los que mamá encontraba defectos. *Mal, mal, mal... qué voy a hacer con vos, estúpida, no entendés, así así...* Y mamá tocaba para ejemplificar, y sí, era perfecta, era absolutamente perfecta. Entonces Maxine repetía el fragmento, interrumpido, fragmentado, aplicando la teoría de las células musicales que mamá le había enseñado, donde cada fragmento, por mínimo que fuese, sumaba, y a cada momento era distinto, una pequeña obra independiente e inconclusa, pero con su propio *tempo*.

Al final del día, llegaba la crítica. La interrogaba sobre lo que había hecho mal, y si Maxine se quedaba con la boca abierta, sin saber qué contestar, mamá recurría a la regla, y entonces mi hermana decía lo que se le ocurría pensando en la clase de la tarde, y se acusaba de varias torpezas, y siempre acertaba. Eso era lo que mi vieja buscaba, la autocrítica impiadosa en busca de la perfección. Su método, el de la fuerza, hizo que los dedos de Maxine se convirtieran en garras capaces de recrear la tan afamada música de las esferas cuando ya tenía diecisiete años.

Pero un día, Maxine y yo estábamos solos porque mamá estaba en la escuela, y de pronto, mientras yo practicaba, se tapó los oídos con las manos y se puso a gritar que dejara de hacer ese ruido insoportable. Yo era un fracasado, un músico de banda militar, yo era igual a papá, un tarado, un cero a la izquierda, un payaso adecuado para tocar en el circo con instrumentos de latón. Esa noche Maxine tuvo un colapso. La llevaron en ambulancia al Ramos Mejía, la medicaron y la sedaron hasta dejarla como un zombi. La pasaron después al Muñiz, donde estuvo en terapia durante seis meses.

Cuando volvió a casa, después de no haber tocado el piano en todo ese tiempo, se sentó en el taburete sin que mamá se lo pidiera. Mi vieja tenía miedo, pero cuando la vio tocar como si ayer nomás hubiera practicado el *Claro de Luna*, la aplaudió por primera vez. No hubo sentimentalismo, por más que la pieza así lo sugiriera, simplemente reconocimiento.

La rutina recomenzó, tan dura como antes, pero menos conflictiva. Maxine se medicaba antes y después de practicar, y a veces también entre las clases. Cuando preparaba alguna pieza difícil, en vista de algún recital que mamá intentaba conseguir para Maxine entre sus antiguos colegas del conservatorio o del teatro, mi hermana se sentaba al piano, dopada, claro está, pero las drogas lo único que embotaban era su sentido rebelde, la ira, la furia, la frustración, es decir, el animalito encerrado en una jaula oscura que se transformaba en monstruo a la noche, al irse a dormir. Maxine tenía pesadillas, y gritaba en sueños, y se despertaba llorando. Yo me acostaba con ella para consolarla, y volvía dormirse en mis brazos. Hubo un largo tiempo en que todo eso fue tan rutinario, que mamá ya ni siquiera se despertaba con los gritos, porque a la mañana siguiente veía a su hija tan tranquila y equilibrada, y sobre todo tocando el piano con tanta maestría, que eso era suficiente para ella, lo único importante, en realidad.

Pero los medicamentos hacían estragos. Vomitaba a veces en la mañana y perdía el apetito. Por las noches no podía conciliar el sueño, más por la ansiedad y el miedo a las pesadillas, y dijo que lo único que las impedía era redoblar la dosis de la benzodiacepina. Durante un tiempo fue eficaz, y aunque yo le decía que fuera a hacerse los controles, decía que no tenía tiempo, que no fuera estúpido como siempre, ¿que no veía que estaba ocupada todo el día? No mencionaba a mamá, ni le echaba la culpa.

-¿Y qué soñas?- le pregunté una noche, a las tres de la mañana, abrazándola después de uno de sus malos sueños, con su cabeza en mi pecho y una de sus manos repiqueteando en mi panza, como si quisiera sacar el sonido de mi cuerpo como sabía rescatar el alma del piano.

-En ella- me contestó, sin mirarme, sin decir nada más.

Ya lo sabía, por supuesto, pero necesitaba escuchar esa confidencia que confirmaba la unión de nuestras almas, la homogeneidad, tal vez, de nuestra esencia. Allí acostados, éramos uno, como gemelos nacidos en tiempos distintos, uno apresurado, la otra perezosa.

Desde entonces nuestra relación fue diferente, y consintió en una complicidad que nos escudaba de mamá y sus investidas. Ella al piano y yo en mi sillón de lectura, nos cruzábamos miradas de inteligencia que mamá no veía, o si en ocasiones las atrapaba, nos decía que dejáramos de hacernos los tarados.

Yo, como émulo de mi viejo, era considerado el imbécil en el que no se podía confiar, pero terminé el secundario y conseguí un puesto en el teatro. La sección de vientos de la Filarmónica nunca había sido bien provista, los hombres sufrían enfermedades respiratorias con frecuencia, y las mujeres solían abundar tocando vientos de madera. La tuba era no muy pesada, pero demasiado grande e incómoda, y sobre todo, aburrida para muchos. Entendí la tan aparente situación acomodaticia de mi viejo, que tanto desprecio le había provocada a mamá. Fue él quien, en realidad, me consiguió el trabajo. Yo había comenzado a hablar con él a escondidas, desde el conservatorio o la casa de un amigo, a Londres. Él me llamaba, por supuesto, y se hacía cargo del costo de la comunicación. El teatro le debía favores, dijo, pero no le creí. Todo daba a entender que Alina manejó los hilos desde Londres a Buenos Aires, la viuda de un compositor auspiciado por los militares tenía su influencia. Pero dejé a mi viejo pensar

que yo creía que él había hecho el trabajo, su voz me reconfortaba, era serena, era emocionalmente simple.

Cuando mamá iba al teatro, Maxine y yo nos quedábamos solos en casa. Ella se recreaba en escucharme tocar la tuba, y ahora le resultaba un placer inédito, pensativa en el sillón donde se sentaba papá, o preparando algo en la cocina para cenar algo entre los dos. El sonido del viento entre los árboles, dijo, una de esas noches, pero se corrigió, diciendo que era el sonido del viento en una calle angosta entre dos edificios altos. Sí, era la música de las calles, y de pronto, se quedó callada. Estaba en la cocina, pero yo escuchaba su voz por encima del lánguido lamento que yo interpretaba.

Es como el ladrido de un perro, dijo, por fin, al aparecer con un repasador entre las manos. Gracias por el cumplido, le contesté. Pero no era una crítica, se apresuró a aclararme, sino un cumplido. Imitar el lamento de los perros no es algo fácil, es penetrar en los recintos del instinto, en el llanto y en la furia. Dicen que los perros son mensajeros, que se encargan de arrastrar el alma de los hombres a la muerte. Los ladridos que usted escucha en la noche, doctor, en la calle, y no sabe de dónde vienen, son hombres que mueren, tal vez, acompañados por los perros.

Se escucharon ambulancias, dos o tres seguidas por la avenida Córdoba. Estaba amaneciendo, y los estragos de la noche del domingo y víspera de un nuevo feriado enviaba sus víctimas a los hospitales: accidentados, baleados, apuñalados. No me llamarían, ya que mi guardia había finalizado a medianoche. Todavía no llegaban los relevos, y mi colega no vendría a que menos que lo llamaran de urgencia. La luz de la cocina empezaba a empalidecer. Yo bostecé, el sueño me pasaba factura.

-Vaya a casa, doctor- me dijo Molina.-No se olvide antes de esposarme de nuevo.

Se burlaba de mí, esperaba complicidad y un cambio de conciencia por mi parte. No me conocía nada, o quizá me conocía mejor de lo que pensaba.

-No, Molina, siga contando. A lo mejor me pongo a escribir algo sobre su historia, es muy interesante, con una complejidad psicológica digna de un artículo para una revista de medicina.

A esas horas todo sonaba a sarcasmo, pero Molina no se veía cansado. Su rostro, ahora pálido por la tonalidad que abandonaba la palidez de la luz eléctrica ante el avance de la mañana por las ventanas, parecía estar despojándose del maquillaje, ese maquillaje de ironías, de gestos postizos que conformaban su cara.

-Me imagino que todo aquel coctel de drogas le cobró factura a Maxine...

-Lo aguantó mucho más de lo que yo esperaba. Mamá se daba cuenta, pero mientras mi hermana siguiera con su estudio, ella estaba satisfecha. No bajaba la guardia, pero ya no necesitaba azotarle los dedos. Me olvidé de contar una anécdota de la que recién me acuerdo. Maxine ya tenía diecisiete años, era flaca, pero muy linda, de aspecto muy aristocrático, como esas modelas que están de moda para las revistas de alta costura. Flequillo rubio, rostro de ojos tornasolados,

(esa es la palabra que venía dando vueltas en mi cabeza desde que vi a Molina por primera vez)

manos de dedos largos, pechos pequeños que le permitían usar camisas de hombres o esos trajes que la Bardot había puesto de moda en el cine.

(la barba rubia de Molina, rala, en esa cara tan hermosa)

Apareció un tipo que mostró interés en ella. Un hombre grande, de más de cuarenta años, Aníbal, un tipo duro, de los de barrio, pero con plata. Se decía, y Maxine me lo había contado, que estaba en el negocio de los repuestos de autos. Se había venido de La Plata tiempo antes, pero tenía negocios en toda la provincia. Aníbal Costa tenía pelo crespo, cara cuadrada y bien afeitada, salvo el bigote negro y espeso, el cuerpo fornido y de espalda anchas. Era, o había sido, mecánico, las manos lo demostraban. La vez que los vi juntos en un bar en la esquina del conservatorio de Córdoba cerca de Pueyrredón, me senté a una mesa cercana para espiarlos. Lo reconozco, me sentía celoso, pero lo que más me preocupaba era que no se aprovecharan de mi hermana. La combinación de ambos no era extraña: un hombre de edad, con buena posición y todavía atractivo, y la bella talentosa y prometedora joven. Cada uno obtenía del otro lo que necesitaba, sexo y protección. Si sólo hubiese sido eso, habría dado un paso al costado, pero me preguntaba cuánto duraría el capricho del tipo, porque no dudaba que Maxine, además de todo eso, buscaba libertad. Le habría hablado en esas noches de bar sobre nuestra madre,

habrían hecho planes, tal vez. Pero un sábado sonó el timbre, y Maxine saltó del susto en su taburete del piano. La había visto nerviosa desde la mañana, había dormido mal, tanto que no quiso tomar sus pastillas y hasta se negó a que me acostara en su cama para abrazarla como siempre. Mamá abrió la puerta, allí está Aníbal, de traje claro que lo hacía parecer más joven, una especie de gigoló italiano atractivo, el sombrero en la mano.

Señora, es un honor conocerla, Maxine.... y toda la presentación que se tenía preparada y que resultaba sincera y natural en su voz de barítono gastada en los talleres por el inútil intento de hacerse escuchar por encima de los motores. El ruido de los autos era algo que mamá no soportaba, cerrando las ventanas durante todas las horas del día, porque invadían el recinto de la música y rodeaban al piano para vencerlo, y sobre todo, contaminaban los oídos. Las manos de Costa delataban su profesión, por más que ya no la ejerciera, y mamá puso cara de asco cuando se vio obligada a responder al saludo de la mano extendida. Ya ella sabía algo, tal vez las vecinas le hubiesen dicho. Aníbal pasó, se sentó en una silla junto al piano, desde donde Maxine lo miraba como si no lo conociera. Mamá me ordenó preparar algo para el señor, busqué en la cocina galletitas y preparé café. Gracias, me dijo, palmeándome la cara y guiñándome con complicidad. Y usted a qué se dedica, le preguntó mamá. A la mecánica, señora. Se puso a hablar de su familia. Somos todos comerciantes allá en La Plata, mi hermano, que en paz descanse, tenía un almacén, y yo me fui abriendo paso con los autos, hasta hacerme un porvenir, señora. Y es casado, preguntó ella. Aníbal rio, viudo, y con un hijo enfermo, ya grandecito. Sacó una foto del bolsillo del traje y nos la mostró. La foto fue pasando de mano en mano, mamá hizo un respingo de susto, Maxine ya la había visto, y yo me puso a mirar al chico enfermo, de manos retorcidas como garras de pájaro y el cuerpo tan doblado que no se le veía la cara oculta casi sobre el pecho. Fácilmente podría haberlo confundido con un cuervo posado en el suelo.

Cuando se fue, recomenzó el drama. Los gritos de mamá, habitualmente contenidos, esta vez fueron altos y agudos, y al darse cuenta de estar convirtiéndose en un remedo de vieja histérica, se calló y dejó que Maxine se explayara en sus gemidos, lloriqueos y los breves gestos de rebelión que intentaba hacer de vez en cuando. Quise intervenir, vos no te metas, me contestaron ambas. Agarró a mi hermana de las manos, esas que tanto

quería proteger, esos tesoros que hacía nacer mundos enteros del piano, y agarró la regla. Esta vez Maxine se rebeló más firmemente, cerró las manos en puño y temí que fuese a golpear a mamá. Pero mi vieja tenía recursos que sacaba como por debajo de la manga de un mago, siempre tenía una palabra o un gesto para lograr lo que quería, aunque fuese más insidiosa o cruel. Sujetando los puños de Maxine, la azotó con la regla de madera en los nudillos. Muchas veces, varios minutos, y vi la sangre.

Maxine se metió en la habitación, sin contener la ira, golpeándome y manchándome la ropa con sangre. La vendé con pedazos de mi sábana, la abracé apretándola fuerte hasta hacerla llorar más serenamente. La desnudé y la llevé a la cama. Le di dos, tres pastillas, y la acompañé acariciándole el pelo hasta que se durmió. Me asomé a la puerta del cuarto, en la sala del piano seguía mi vieja, mirando el teclado, con la regla en la mano, todavía temblando. Tenía tanto dolor en la cara, y tanta ira como mi hermana. Eran dos aves de rapiña compitiendo, pero no había un objeto común por el cual lidiar. Ambas peleaban como dos ciegas, guiándose por los sonidos de la guerra. El piano era una especie de tanque sobre la que ambas iban asentadas, una fortaleza en medio del campo de batalla desierto y desolado.

Esa misma noche, cuando me quedé dormido, Maxine se fue de casa, con lo que llevaba puesto, ni un bolso, ni siquiera una cartera. Vi su cama vacía y la busqué por el departamento, me encontré con mamá en la cocina. Mamá, se fue, ¿te das cuenta?, le dije, más asustado que angustiado, pero la angustia vino después, cuando dijo que no haría ninguna denuncia. La vergüenza, dijo, hay que taparla. Salí corriendo a la calle y la busqué inútilmente. Un día la encontré en el mismo bar cerca del conservatorio. Ambos estaban allí, y él le pasaba los sobrecitos de papel con cocaína. Me tapé la cara, parado en la esquina de enfrente, para que no me reconocieran. Vivían juntos, me contaron los que sabían y nos conocían, un chisme uno y otro chisme otro, las noticias me llegaban porque yo no quería hablar con ella. La vergüenza, me repetía a mí mismo, mientras ella se quedaba en el departamento que Costa le había alquilado. Vestía bien, me contaron, pero se pasaba todo el día en la cama y a la noche salía con Aníbal, ambos drogados lo suficiente para divertirse pero también para mantenerse en pie y disimular.

No había anda que hacer, Maxine estaba perdida para nosotros. Mamá no quería que se pronunciara su nombre en casa. Un día entró en mi habitación, se detuvo en la puerta pero no me miraba, se acercó a la cama vacía de Maxine y sacó las sábanas que no había tocado desde la noche en que se fue. Las olió, y entonces me miró. El olor del cigarrillo que yo fumaba, el olor a semen, también. Me cacheteó todo lo que pudo, y me quedé quieto, sin responder, sin levantar una mano.

La puta, dijo, y cerró la puerta.

Durante dos años no supimos de mi hermana. Un día llegó un policía y nos dijo que Maxine estaba en la cárcel por posesión de drogas y prostitución. Mamá y yo, parados en la puerta, no atinamos a preguntar nada, entonces yo dije: ¿Y Costa? El policía me observó atento, frunciendo el ceño. Lo estamos buscando, contestó, no es la primera vez que se nos escapa. Lo dejan irse, dije, envalentonado por la bronca, sabiendo ahora que todos los rumores que los Krakovsky me habían contado eran verdad. Costa regenteaba varios puteros por capital y provincia. Yo había salido a buscarla por Mataderos hasta Barracas durante largo tiempo, en los burdeles que salían en el diario o me encontraba caminando por las noches, una puta un día, otra al siguiente, buscando a mi hermana, sin hallarla. Yo también me falopeaba de vez en cuando, tumbado en la calle a las tres de la mañana, oyendo los taxis como carretones antiguos por el empedrado, y las sirenas de los barcos viejos.

Y en casa, me sentaba a componer música para la tuba, y me salieron lúgubres piezas donde el sonido del viento se asemejaba a las sirenas que anunciaban el miedo y la catástrofe: ambulancias y patrulleros, y también el sonido melancólico de los adioses. De pronto, dejaba el lápiz sobre el pentagrama al escuchar el sonido del piano desde la sala. Mi madre tocaba *Los adioses* de Beethoven, pura casualidad, me dije, y me puse a extrañar los berrinches de Maxine al intentar tocar esa pieza.

La visité en la comisaría. Era otra. Media gorda, el pelo teñido y mal cortado, la mueca de sorna en la cara, la ropa estrafalaria, y el temblor de las manos, incontrolable. Después de gastar mis ahorros y pedir préstamos, pagué al abogado y la llevé a una pensión. Una sola cama había. Le saqué la ropa de puta y le puse un camisón blanco. La acosté conmigo, como en los viejos tiempos, y se quedó dormida. Me pidió falopa, me lo rogó, me amenazó con matarme y matarse, hasta con matar a mamá, vos, que tanto

la querés, me decía y me recriminaba. Fueron meses, doctor Ibáñez, usted sabe de esto, no comía, se puso a tomar vino y lo dejó, se escapó a la calle a buscar clientes, manoseando a pobres tipos que a las doce del mediodía salían de un banco. La salve de la cárcel unas veces, unas pocas. Cuando salía, la arrastraba a la pensión y volvía a empezar.

Cinco años, Ibáñez. Cuando iba al teatro a tocar, la ataba a la cama y la amordazaba para que no gritase y no volvieran a echarnos de esa pensión como lo habían hecho de las otras. Y ese fue el único método que resultó. La abstinencia la mataría o finalmente sobreviviría. Sus gritos y lamentos, cuando no podía evitarlos, los tapaba con el sonido de mi tuba. ¿Puede creerlo? Si parece de una novela o de una película de clase B. Y un día se calló, por fin, y se puso a escucharme tocar. Miraba por la ventana a la calle oscura, y cuando me detuve, ladraron los perros, como llamándola. Quiso ir, hizo el ademán de levantarse, ponerse los zapatos y salir como estaba, casi desnuda. Ya no tenía fuerzas para detenerla, si lo hubiera hecho, si no se hubiese tratado de ese día que los dioses, quizá, o los infames perros nocturnos habían designado para redención o castigo, no me habría movido de la cama donde, apenas en calzoncillos y descalzo, yo rescataba la música de la noche suburbana intentando traducirla, distinguir entre las ánimas de los perros y transcribir en el aire el decálogo de la muerte.

No se fue. En cambio, se acercó, se arrodilló ante mí y comenzó a acariciarme con la lengua. Sería mi puta con tal que no fuese de los otros.

Ya había amanecido del todo, pero la ciudad no estaba despierta del todo. La gente de la limpieza no llegaría hasta las ocho o nueve de la mañana. El llamado de Soledad más o menos a la misma hora, después de haber intentado comunicarse por la línea de mi casa y haberse convencido que había pasado la noche en la morgue.

-¿Se da cuenta de lo que me dice, Molina? Trocó un vicio por otro.

-Pero de esa forma logré que estuviera conmigo...

-Ya lo entiendo, Molina, ya lo entiendo.

Le puse las esposas. Me miró, y dijo, rogándome, ahora sí cansado y ojeroso:

-¿Me acepta un trueque más? Otro café y una medialuna, aunque sea vieja y abandonada en la heladera, por el fin de la historia.

-Ya conozco el final, Molina. Está ahí- dije, señalando la sala de autopsias.- Tocando el piano de sus propios huesos.

Se echó a reír, el gran hijo de puta.

-¿Por qué la mató, Molina? Por esa información le voy a comprar una docena de facturas.

Sonriendo, dijo:

-Nos mudamos a donde nadie nos conocía, pero el tipo ese se empezó a entrometer, averiguando, preguntando, haciéndose mi amigo. Maxine entraba y salía de casa porque intentaba hacer su vida, y yo la dejaba pensar eso, pero comía y dormía conmigo. Era tan dulce a veces, pero las drogas, usted sabe, la trastornaron, la convirtieron en otra. Se parecía, ahora, a mi vieja en la acritud y la violencia, pero por supuesto los modales eran otros. El odio, el mismo. Yo la amaba y ella me aborrecía, y sin embargo yo era lo único permanente, lo único que la separaba de tirarse bajo un tren. Uno día de la semana pasada nos peleamos a golpes, no fue la primera vez, sí la única en que ella terminó molida de agotamiento por vencer la fuerza de mis manos, que no es mucha, pero sí suficiente para sostener la tuba en el equilibrio exacto para permitir el paso del sonido de los vientos que vienen del río ancho y pasan por sobre las calles del puerto, de La Boca, del Riachuelo, convirtiéndose en el coro de los perros, el coro sin palabras, crudo, oscuro y desterrado. Las manos de ella, lastimadas, ya no tenían fuerzas ni siquiera para apretar una sola tecla del piano.

Me voy a contarle a mamá, a tu mamita querida, lo que me hacés desde chicos. Se lo digo, te lo juro, se lo digo todo...

Y le tuve miedo, porque no quería enfrentarme a mi vieja, no quería que viese en mí a mi padre, el traidor, el perverso que la había abandonado por otra más joven, el degenerado, el inútil, el cero a la izquierda, el hombre que la había embarazado y le había robado el futuro del éxito. Yo, que no era nada para mi madre, cuando se enterara positivamente, lo sería todo: el arma que había destruido a Maxine, su heredera, su legado, las manos talentosas del porvenir.

Su vida. La vida de mamá dependía de mí.

Mientras se mantuviese el equilibrio de las mentiras escondidas y las verdades a medias, la calidad del ensueño y la estructura de la falacia mantendrían el triángulo en su justo medio, una figura geométrica de diferentes proporciones, pero de tres líneas y tres vértices.

Si dejaba irse a Maxine, mamá se moriría, y ella era la base del triángulo, la línea más larga y mejor pintada. Sin ella, mi hermana y yo no teníamos objeto de existir. La música que mamá jamás había interpretado por culpa nuestra, era tan fuerte como el coro de los perros de la noche.

Y lo hice, entonces. Destruí la línea más débil, la más endeble, la que se venía desdibujando hacía mucho tiempo. Convertí su cuerpo en incontables notas de un pentagrama. Si usted fuese capaz de leer en el pentagrama que ha dibujado sobre la mesa de autopsias, doctor, encontraría la respuesta para su pregunta, pero sobre todo hallaría indicios de otras muchas cosas más interesantes que la familia Molina.

-¿Cómo qué, por ejemplo?

El café se estaba calentando, faltaban las facturas de la panadería.

-Escuche como ellos se acercan por la avenida. ¿Los oye, doctor? Baje el volumen asincrónico de su estupefacción, y escuche la sinfonía desconocida de Beethoven.

3

Salí a la calle. El sol de la mañana me golpeó la cara y me froté los ojos. Por medio minuto caminé por la vereda hacia la plaza frente a la Facultad, viendo todo amarillo como si tuviese anteojos de color. Pero no había mucha gente a esa hora, excepto los tanques que se acercaban por Córdoba. Iban en dirección contraria a la Plaza de Mayo, donde se realizaría el desfile, pero quién sabe qué vueltas darían. Seguramente estaban vigilando. El crimen, tan inmediato a la función de gala del teatro, había puesto las alarmas en rojo. En los barrios bajos, y no tanto, porque ya había escuchado por la radio que en la zona de Congreso se estaban haciendo detenciones en las calles y los edificios aledaños, tal vez salieran a protestar los grupos de izquierda aprovechando el anonimato entre la muchedumbre que al mediodía saldría a las calle para ver el desfile militar.

Pero eso no me preocupaba, en realidad. Yo pensaba en Blas. Mi hijo había sido trasladado al Clínicas, me dijo Soledad esa mañana, muy

temprano. Me sentí más tranquilo, estaba ahí nomás, a un par de cuadras, y conocía a los médicos. Me fui caminando, cruzando la plaza y subiendo luego por las escaleras. Los ascensores no funcionaban. Saludé a los colegas de la guardia, a los residentes del feriado, tomando mate.

En el quinto piso estaba Blas, en una habitación demasiado grande para él solo, y en una cama también excesiva para su cuerpo delgado. Nadie lo acompañaba, ni la enfermera del piso, tal vez la única para ocuparse de muchos pacientes ese día. Miraba por la ventana, y escuchaba algo el ruido de la calle. Allá arriba, curiosamente, el retumbar de los tanques era más fuerte, hasta vencer la música que sonaba por la radio sobre la mesita de luz. Blas, como todo chico que vive enfermo sin saber a ciencia cierta las causas, sufría episodios más o menos largos de ensoñaciones e introversiones que sin duda le permitían sobrellevar el dolor sin ira. Él no parecía conocer esa palabra, y sus estados habituales eran una variada serie de graduaciones de una misma contemplación en la que se ausentaba aun con los ojos abiertos, no interesado por lo que lo rodeaba, sino por la proyección de sus propios pensamientos en el exterior. ¿Qué monstruos o qué ángeles veía en nosotros? ¿Qué tanto comprendía de lo que yo le explicaba sobre lo que estaba pasando? Cuando pude hablarle de la muerte de su madre años antes, me di cuenta de que él se ensimismaba en ese estado en el que ahora estaba, y la enfermedad era como un estigma: la marca de los perros que habían matado a su madre.

Por Radio Nacional transmitían una sonata para piano. No pude evitar pensar en Molina, y mientras conversaba de trivialidades con Blas, el locutor anunció la pieza y su intérprete. Me quedé callado, con la palabra en la boca. Era la sonata *Los adioses* de Beethoven en la versión de Aurora Beltrame. Entonces, tras la pausa comercial, resonó una marcha militar, la primera de muchas. ¿De dónde habrían sacado esa grabación, tan difícil de hallar, según me había contado Molina? Era el archivo de Radio Nacional, después de todo, no era extraño que estuviese guardada hasta que alguien la encontrara con el propósito de armar una lista de obras o intérpretes argentinos para ese feriado. Pura casualidad, me dije, y me sonreí, contándole a Blas todo eso, porque a él, pese a su edad, le agradaba la música de los clásicos, y yo solía hablarle, a expensas del enojo de Soledad, de los casos en lo que yo trabajaba. Si él me comprendía del todo, no me importaba demasiado, era suficiente ver el interés y la emoción que

demostraba, las preguntas que me hacía, casi siempre más inteligentes de las que a veces me hacían mis colegas.

Cuando terminé de contarle, yo sentado en la cama, arreglándole la sábana, peinándolo con un peine mojado para vencer la rebelión de su cabello, y viendo, de tanto en tanto, el sachet de suero y el de sangre conectados a las venas de sus brazos, ya morados, ya violetas. Blas demostró entusiasmo, tanto como el que su debilidad se lo permitía, pero aun así fue como ver a un chico normal

(Dios, soy como los otros, dividiendo al mundo con el parámetro ficticio de la normalidad),

o como un chico sano .

(y otra vez lo mismo, queriendo rectificarme, caigo de hoyo en hoyo, cada vez más profundo, en las mezquindades de la mediocridad, la mediocracia en donde lo bien visto debía ser clasificado, determinado y ordenado por decretos que diseñaban la realidad para que nada se saliera de lo habitual, de lo normal, de lo correcto)

Apagué la radio y fue como no haberlo hecho, porque desde la calle subían los sones de las bandas militares que comenzaban su estridente algarabía de platillos y timbales, y apenas pude escuchar lo que me dijo Blas:

-Llamá a la radio, papá. Y preguntá.

Para qué, me dije. Pero tenía razón, la curiosidad, como durante toda la conversación con Molina, había sido mi único derrotero, válido como cualquier otro si servía para entender y distinguir los pasamanos de donde agarrarse en este colectivo viejo y endeble que es nuestro país.

Llamé a Radio Nacional, al número que siempre anunciaban para pedir obras o mandar saludos y mensajes. No hubo retardos ni esperas inútiles, una señorita de voz correcta, evidentemente una locutora, me dijo que la grabación en cuestión, que *sí, claro que sí, señor, como usted bien dice, es casi inhallable*, ellos tampoco la tenían, y había sido una donación de la señorita Larriere, la cuñada del General Gonzaga. La señorita, ya anciana y muy sorda, había sido una de las auspiciantes y promotoras de ese tan loable proyecto que la eximia pianista Aurora Beltrame había logrado concretar, gracias, por supuesto, a los esfuerzos del sello discográfico, sostenido económicamente en ese entonces por los Larriere, por ejemplo, y toda la caterva, *(esa fue mi traducción mental)*, de los militares. Se me

recordó, prudentemente, que el general Perón y la señora Eva auspiciaron la gala donde la pianista había interpretado una de las sonatas grabadas. ¿Cuál? *Los adioses*, por supuesto, como una especie de premonición que el general no supo o evitó interpretar. Pronto sucumbiría ante su propia gente, pero todo eso la historia se encargó de comprobarlo más tarde.

Yo únicamente pensaba en la concatenación de eventos que se me presentaban en el camino, en ese estrecho radio de la ciudad de Buenos Aires. Las facultades de Medicina, de Odontología de Farmacia, el Hospital de Clínicas, la Morgue judicial, y tan cerca la de Ciencias Económicas. Todo un circuito donde los hombres y mujeres se formaban para regir un país, porque no es menos que eso ser médico, y contador, por supuesto. La vida del cuerpo y la vida económica, y casi en el centro, el hospital, para curar, o intentar hacerlo, las escabrosidades surgidas de ambas disciplinas, porque las ciencias no son más que la expresión del alma, una idiosincrasia construida por la mente. La estructura de un país puede ser un templo o un galpón militar. El silencio o el estruendo.

Allá afuera, el ruido vociferaba obscenidades escondidas bajo las máscaras invisibles de la muchedumbre exacerbada. Pronto sonarían los disparos, y por suerte, Soledad ya había llegado al hospital. Los tres, refugiados en esa habitación, estábamos protegidos de la realidad de la calle. Nos reímos, temblamos, y ella cerró la cortina y nos quedamos casi en penumbras, hasta que Blas se durmió a la hora de la siesta.

-Me tengo que ir- le susurré a Soledad, que apoyaba su cabeza en mi pecho, ambos apretados en la butaca junto a la cama.

- ¿Más trabajo?

-Algo así- no podía mentirle del todo, pero tampoco decir una verdad que ni yo comprendía. ¿Es moralmente justificable sentir pena por un asesino, en especial por tal clase de asesino? La pregunta que mi mente metódica expresaba como con intención de vate frente a un auditorio inexistente, o más bien repleto de Mateos que opinaban distinto uno de otro, fue deshaciéndose a medida que bajaba la escalera hacia el vestíbulo del hospital y salía a la calle, esta vez sobre Paraguay, porque la avenida era un mar de gente apretujada en las veredas vitoreando los escuadrones y pelotones de las diferentes fuerzas.

Lo que sentía era aprehensión por Molina, como si allí encerrado en la cocina de la morgue, protegido sólo por un policía adormilado... ¿pero era a

él a quien había que proteger o a los demás de él? ¿Por qué senderos extraños se había perdido mi razón durante esa noche que escuché su historia?

Lo encontré con la cabeza sobre los brazos cruzados sobre la mesa. Se despertó al verme.

-¿Cómo está el chico? - me preguntó.

El custodio se había ido y había vuelto Zaldívar, que le dijo:

-¿Y a vos qué te importa?

-No se haga mala sangre, Zaldívar, es mi culpa por darle confianza.

¿Comió?

Negó con la cabeza.

-¿Quiere algo?

-La pucha, doctor- protestó Zaldívar. - A ver si ahora tenemos que encargarle un menú del Tortoni, ¿o le apetece al señor una pizza de El inmortal?

-Buena idea, oficial...

-¿Sabés lo que te voy a traer? Esos huevos podridos que tenías en la pensión, eso te voy a traer, hijo de puta...

La risa que me habían provocado, de pronto se vio frustrada por una idea que arrumbó con todo en mi conciencia.

-¿Cuáles huevos?- pregunté, al notar que Molina también se había quedado callado y bajaba la cabeza.

-Unos huevos fritos, me parece, que estaban quemados en la sartén, hasta quedaba el olor cuando entramos a allanar la pensión.

Me agarré la cabeza de pura impotencia. Molina había quemado los testículos de la víctima.

-Vaya a buscar eso, Zaldívar, ¡ahora mismo!

-Pero doctor...

-Diga al juez que yo lo mando, que son pruebas forenses.

-Pero doctor, ¿dónde voy a encontrar al juez a esta hora y en feriado? Si faltan unas horas para que abran los tribunales, nomás...

-¡La puta que lo parió, Zaldívar! ¿Usted no sabe lo que es una orden judicial?

-Pero doctor, no puedo dejarlo solo con el reo. No tengo quien me reemplace, el que iba a venir tuvo que ir con los refuerzos en el Congreso, hay tiroteos, doctor. La cosa se está poniendo fulera.

Escuchamos los tiros. Y los gritos no se sabía si eran de vítores o de alarma. Eran ya las cinco de la tarde y el sol empezaba a caer lentamente por detrás del Clínicas. Las sombras de los edificios adyacentes se hacían largas y empezaban a embestir la endeble estructura de la ley en donde estábamos como sitiados. Si hasta Zaldívar tenía miedo, tanto que arriesgaba su ya poco virtuosa hoja de servicios al no querer obedecerme.

Entonces cerré la puerta de la cocina con llave. Zaldívar me miró con desconfianza, y luego con miedo, cuando le dije:

-Usted será nuestro testigo de cargo. Muéstreme su arma.

Así lo hizo, abriendo la recámara y las municiones. A su vez, le mostré la pistola reglamentaria que yo había sacado del cajón antes de irme apretada ahora en el cinto. Le vacié los cartuchos, asegurándome de que Zaldívar mirara bien lo que hacía.

-Usted será el único que podrá detener a Molina si intenta algo. Nadie nos mira, sólo usted será el ojo del juez, Zaldívar. ¿Lo entiende, amigo mío?

Se sintió importante, respiró profundo, y asintió.

-Ahora, Molina- le dije, sin sentarme, del otro lado de la mesa y a cinco o seis metros de distancia.- Bájese los pantalones.

Zaldívar chasqueó los labios del susto. Molina me miró con la expresión más desolada que hubiese visto en mi vida, únicamente comparable a la mirada de Blas esa tarde. ¿Me daba cuenta, acaso, de lo que estaba pasando por mi cabeza, comparando a mi hijo con un asesino? Fueron los tiros y los gritos de la guerra civil allá afuera, a pocos metros, en la calle y en la plaza, lo que me revelaron tales pensamientos, fueron los muertos que cayeron como resultado del festejo del día de la patria.

-Bájese los pantalones -repetí. - ¡Ya!

Se puso a gritar. Se agarró el pelo como si quisiera arrancárselo, se apretó la cara con las uñas hasta arañársela. La mesa se había volteado al levantar el brazo al que estaba esposado. Y sus gritos no fueron con la voz que le habíamos venido escuchando, sino aguda como la de una mujer en un ataque de nervios.

Zaldívar lo agarró de atrás, intentando contenerle los brazos y hacerlo sentar, pero Molina pataleaba y daba tarascones para morderlo. Abrí una de las alacenas de la cocina y saqué la caja con ampollas y jeringas, había

de todo en esa cocina, para urgencias como esa, por ejemplo, inesperadas y absurdas.

Le inyecté un sedante y poco a poco se fue calmando, cediendo sus fuerzas y sentándose en el piso, con la espalda sobre la mesa volcada, todo transpirado y la cara lastimada por sus propias uñas apenas largas. Respiraba agitado y tenía la mirada impávida, inexpresiva y las pupilas dilatadas. Tuve un instante de resquemor, temiendo que se me muriera ahí mismo. Había pasado más de un día de abstinencia de lo que fuese que consumiera, pero no había dado indicios de ansiedad ni nerviosismo.

Tenía ahora los pantalones mojados de orina.

Zaldívar me miró interrogante, sin decir nada, sin soltarlo del todo a pesar de que se había serenado.

Le tomé el pulso, se estaba normalizando. Abrió los ojos y nos miró, agitado, igual que un chico entre extraños. Le pasé una mano por el pelo, acariciándolo así nomás. No quiso levantarse pero pidió que le sacaran las esposas. Zaldívar así lo hizo y se quedó sentado en el piso, junto a la puerta, observándonos, escuchándonos.

-Molina, cuente todo. Deje salir la bronca, Molina. Su vieja no está acá para escucharlo ni juzgarlo. Ella no le va a pegar, Molina. Está entre amigos. Yo soy su amigo, Molina. Mire, le cuento una cosa. Esta tarde, cuando fui a ver a Blas, me acordé de usted. ¿Vio cómo son las cosas? El mismo miedo y desesperación, y rodeándolo a mi hijo estaba la música de Beethoven, que sonaba como un escudo protector, ¿me entiende? Fino y delgado como el ala de una mariposa, pero impenetrable a la disonancia y el estruendo de las bandas militares que sonaban en la calle. Era la grabación de Aurora, por primera vez en mucho tiempo, lo mejor que ella hizo, y después...

-Después la atrocidad invadió la casa. Éramos chicos, doctor, ¿cómo impedir su invasión? Llegó disfrazada con las ropas del deber. Todo el resto era un disfraz de payaso y de saltimbanqui. Pero las fuerzas toman asalto con todo lo necesario y se apoderan de lo mismo que combaten, y se disfrazan con lo mismo que desprecian.

-Así es Molina, y muchos ven en eso la fuerza de la debilidad para sobrevivir. Carcomen el poder que venció.

-Pero entonces no hay vencedores, doctor. Míreme, ya ha visto lo que soy.

-Sé quién es, lo que no es lo mismo.

Se tapó la cara con una mano y con la otra intentó taparse la entrepierna con el pantalón mojado. El olor de la orina nos hacía partícipe de una habitación de hospital, de un hospicio, quizá, o de un baño de hombres después de un largo fin de semana.

-Cuando mamá se dio cuenta que Maxine no era lo que ella esperaba, cuando supo, después de muchos intentos, que ella no tenía el talento para ser su heredera, que no tenía ni un cuarto del talento necesario para insistir, fue casi al mismo tiempo que papá nos abandonó. Tal vez él supiera lo que ella pensaba, no lo sé, y se escapó antes del desastre. No puedo culparlo, al fin de cuentas. Él era como Maxine, no como Víctor, una debilidad, un cero a la izquierda, alguien que miraba los acontecimientos sin atreverse ni saber cómo intervenir. Entonces Víctor, por casualidad, se puso a tocar una noche en el piano. Mamá lo escuchó, y vi por primera vez el éxtasis en su mirada, como cuando ella misma tocaba. Nunca había tenido esa expresión al escuchar a Maxine. Dejó pasar algunas semanas, o varios meses, esperando a ver si había algo de verdad o todo era un simulacro de esos que suelen llamar etapas del crecimiento, fases donde un chico prueba diversas facetas de su personalidad, a veces tan lejanas en apariencia. Pero Víctor interpretaba a los clásicos como si no hubiese tenido necesidad de aprender nada, o hubiese escuchado el ciclo de las sonatas beethovenianas ya en el útero de mamá, aún si haber siquiera sido concebido. Mi vieja manaba música de sus entrañas, por sus células corría la perfección. Y todo ese caudal que ella no había podido sacar de sí misma por culpa de mi viejo, que la había embarazado, por culpa de Víctor, el producto de esa concepción se había fermentado como leche agria, criando monstruos en su interior. No pudo evitar que durante largos años todo eso saliera lentamente y se le escapara del cuerpo como la incontinenencia en un viejo senil. Pero ella estaba lúcida y veía esa música que brotaba como abortos de su cuerpo como un oprobio, y debía ser encausada, limpiada de los detritus, y disciplinada.

Ya no sé cuándo surgió su idea, pero cuando mi viejo se fue, ya no había quién la detuviese. Tomó a Víctor como su discípulo, y a Maxine la relegó al papel secundario de los músicos de relleno. Ella con su tuba y su mediocre talento. Pero Víctor necesitaba ser disciplinado, su talento encausado y sus dedos comenzaron a sufrir todo eso que ya le conté: las horas y los días de

prácticas interminables, y los golpes con la regla a cualquier hora. Hasta que Víctor lloraba como un mariquita, y fue entonces cuando la escuché decirle: *sos como tu padre, un arrastrado, un bueno para nada, no podés ser mi legado, no entiendo cómo tenés ese talento en ese cuerpo y en esa cabeza de hombre estúpido*. Y así siguió casi toda la noche, hablando sola, protestando en su cama, la escuchábamos desde nuestra habitación, abrazados y sin poder dormir.

Al día siguiente, muy temprano, me levanté para ir a la escuela. Víctor no iba, ella le daba clases básicas en casa, a expensas de las largas horas al piano. Pero no lo vi, y me pareció extraño que hubiese salido. En el taburete, sentada frente al teclado y tocando de manera lenta y cuidando cada nota, había una nena. No reconocí a ninguna de las alumnas particulares, que de todos modos venían solamente por la tarde.

Cuando me acerqué para despedirme de mamá, temiendo como siempre interrumpirla, vi la cara de Víctor. Estaba vestido con ropas de nena, y me di cuenta de que era un de mis vestido el que usaba. Me asusté tanto al ver la expresión de mamá, que salí corriendo. Sabía que no diría nada porque aún no comprendía nada de todo eso.

Por la tarde, no los escuché practicar. Habían salido, y cuando regresaron llevaba ella dos bolsas con ropa de mujer con el taller de Víctor. Ya no vi mi vestido nunca más. Entró a la habitación, tiró al piso lo que había en el armario, y cambió el contenido de los lugares asignados a cada uno. A medida que Víctor fue habituándose a su nueva vestimenta, yo me fui adaptando. Porque era esa la única manera de que mamá no se enojara con nosotros, la única con la que se veía conforme y hasta a veces nos sonreía y decía que éramos su solo consuelo.

Después, durante años, fue así: la ropa, las costumbres de entrecasa, la forma de peinarse y de ir a al baño. Víctor ya tenía el pelo largo, y Maxine tuvo que cortárselo, en consecuencia, y también cambió de escuela y se sintió mejor con los varones que con las chicas. Entonces vino la crisis de Víctor, y cuando salió del hospital, ya era otro. Se miraba al espejo y se maquillaba, se cambiaba lo ropa y practicaba poses ante el piano. Cuando empezó el tema de las drogas, con Krakovsky en el medio como proveedor, salí a evitarlo, pero ellos me dieron una gran paliza y me llamaron engendro. Ya no había vuelta atrás, así lo comprendí, porque de esa manera todo encajaba en los ámbitos de la tranquilidad doméstica. Varias

veces pensé en escaparme, pero la pereza o la abulia que mamá me adjudicaba como lo había hecho con mi viejo me provocaba miedo e indecisiones, hasta que desistía. Entonces apreció Aníbal Costa, y Víctor escapó con él. ¿Costa sabía la verdad? Era necesariamente obvio. Para su uso personal o para explotarlo, Víctor vivió un tiempo como una mantenida, hasta que tuvo que devolver lo recibido. Los Krakovsky le dieron drogas, hormonas supongo, para mejorar su aspecto. ¿Y Maxine qué iba a hacer sino probar lo mismo? Porque no podía dejarlo solo, ni desbalancear la complementaria simbiosis que había tenido siempre con su hermano, cuando ambos se acostaban en la misma cama, abrazados, dándose mutuamente la calidez antes de enfrentar el frío tremendo de la sala del piano.

Molina se detuvo, con las rodillas flexionadas y los brazos apoyados en ellas, fumando un cigarrillo que Zaldívar le ofreció.

-Así que mató a su hermano...

-No me lo repita, se lo suplico, doctor...

La angustia de esa súplica me acongojaba, pero no era crueldad lo mío, así lo creí, por lo menos, sino intentar explicarle la verdad, que era lo mismo que darle consuelo.

-Usted no mató a su hermano por miedo a lo que pensara su madre, ni de que se supiera lo que ella les había hecho. Nada de eso.

Fijó su mirada desolada en mis ojos y me agarró con esas manos inútiles para el piano pero expertas en la muerte. Afuera, los tumultos habían desaparecido, pero persistían algunas sirenas, cómo lánguidos aullidos de perros lastimados.

-Usted lo salvó, Maxine, porque lo amaba demasiado.

LOS SICILIANOS

1

Los gemelos Libertella eran hijos y nietos de sicilianos que se habían venido a Argentina allá por los veintipico. Por lo menos así lo que contaban, cuando los conocí de chicos en el barrio de Villa Luro donde yo me escapaba con ellos al salir de la escuela de Liniers. Sin decirle a mis viejos, que por entonces no conocían a su familia, me iba a pasar la tarde con la excusa de hacer las tareas escolares, merendar y después jugar a la pelota en el baldío que estaba a lado de la casa de ellos, junto a las vías del Sarmiento.

Cuántas veces se nos fue la pelota al otro lado del ferrocarril y el consiguiente desafío de ir a buscarla cruzando las vías, ya no me acuerdo, pero eso formaba parte imprescindible del juego y de aquellas tardes. Los trenes eran lentos, claro, y no demasiado frecuentes, pero eso no importaba para que el peligro fuese latente y equivaliese a un desafío de valentía mayor que el de cruzar la avenida Rivadavia, que sin embargo era realmente más peligrosa que la ruidosa locomotora arrastrando sus vagones.

Para nuestros viejos era otra cosa, sobre todo para los padres de los gemelos, que, por la cercanía, habían visto morir a mucha gente bajo el paso del tren, y hasta un hijo que nunca se mencionaba, nacido y muerto antes del nacimiento de Álvaro y Germán. Un chico que, según me contaron en voz baja, durante las meriendas, mientras la madre preparaba la chocolatada y sacaba las galletitas del horno, tenía tres años cuando se perdió en el yuyal y al hallar la salida, se encontró en las vías cuando pasó el tren. Los padres eran muy jóvenes cuando pasó eso, el primer hijo muerto, y luego el luto, y el rostro demacrado de la mujer que jamás pudo recomponerse, a pesar de haber dado a luz una compensación doble por aquella pérdida, porque yo aún podía ver las arrugas de tristeza y el implorante pedido de perdón con que miraba a su marido. La recompensa, por más que fuese doble, no iguala el costo de lo perdido, y los gemelos fueron desde entonces no tanto una bendición como una responsabilidad, casi un castigo por el anterior descuido como padres. El deber ahora era doble, y la culpa, si la tragedia volvía a presentarse de cualquier forma, también se duplicaría.

A la madre, que no era italiana sino formoseña, y que había conocido a su marido en Buenos Aires cuando ella trabajaba de sirvienta al venir de la provincia y él laburaba en el puerto cargando fardos, le gustaba sentarse a vernos merendar, contando sobre aquella época. Los chicos la miraban con ojos de aburridos, amenizando los largos soliloquios de la madre con sonrisas de burla que yo no podía alentar si quería mantener de incógnito esas tardes en las que hallaba solaz y libertad. Pero eso vendrá a cuento después.

Ella nos contaba que había conocido a Leopoldo Libertella, el tano, una tarde de domingo, único día libre de su semana de trabajo, en un paseo con una amiga por La Boca. El tano estaba en la vereda de un bar, con un

amigo, él también de franco ese día. Desde la mesa, las vieron pasar, las piropearon, y ellas, en lugar de ofenderse, porque el piropo había sido cualquier cosa menos fino, se rieron, disminuyeron el paso, y dieron vuelta la cabeza para mirarlos. Los hombres les dijeron algo en italiano cerrado, con los cigarrillos entre los labios, los vasos a medio llenar en la mesa temblequeante. Leopoldo se levantó y pisó al perro acostado junto a él, que salió corriendo y chillando, lo que provocó la risas de todos y rompió el hielo, ya bastante derretido para entonces, que las buenas costumbres imponían aún en ese barrio y entre aquella gente laburante que se reprimía toda la semana para dejarse llevar los domingos por caminos más escabrosos e interesantes.

Él estudiaba para electricista y gasista por las noches, algunas, cuando no terminaba cansado del trabajo en el puerto. Ella, corte y confección. “Y mirá lo que son las cosas”, le gustaba decir a ella, como un latiguillo en la que se sentía cómoda, donde tal vez encontraba la razón de las cosas y los hechos de su vida, casi con la misma satisfacción de quien encuentra la esencia de la existencia humana, a ese auditorio vespertino de chicos que escuchaban, o aparentaban hacerlo, mientras tomaban la leche en sus tazas muy usadas y mascaban las galletitas crocantes que ella horneaba cuando yo me quedaba, que era casi todas las tardes. “Mirá lo que son las cosas”, entonces, era la bisagra que anunciaba el giro que había dado su vida al conocer al tano. Se casaron, y un día él empezó a sentarse a mirarla coser al terminar las cosas de la casa, porque aún no tenían hijo y sí más tiempo para ellos. Ella lo miró observarla, sin decirle nada, sonriendo porque pensaba que el tano era un puerco que pensaba en la cama que los esperaba en esa casa que era la misma en que nos estaba contando todo esto, la esquina ya vieja por esa época en la cortada entre las vías y la avenida. Resultó que el tano no tenía cabeza para la electrónica, “demasiado complicada”, decía cuando se embarullaba con las conexiones y provocaba no pocos cortos circuitos que llevaron a discusiones y hasta una pelea de puños y trompadas. Del gas, ni qué decir. Por eso, no podía dejar el laburo como changador en el puerto, y con eso no alcanzaba a mantener a su esposa, ya embarazada del chico que moriría tres años después, y que se llamaría Germán, como el otro, que estaba a mi lado, escuchando a su madre.

El tano, padre de los chicos, dejó las clases nocturnas, y ahora que llegaba temprano a casa, con los hombros y la espalda agotados, se tiraba en la cama, con las manos tras la nuca, mirando a su mujer, con la panza crecida, cosiendo hasta altas horas de la noche.

-¿Cuánto te pagan?- le preguntó una vez, como al pasar, con un matiz de desinterés y un bostezo en ciernes.

Ella se encogió de hombros.

-Lo que den- dijo.- Las que más pueden, pagan menos, pero qué se le va a hacer, si exijo, no me pagan nada y me dan de patitas en la calle.

El tono provinciano, aunque muy leve, no ayudaba a conseguir buenas clientas en los barrios más pudientes, ella lo sabía y se resignaba.

-Hoy me ofrecieron trabajo en una colchonería, pero les dije que no podía...

Él la observó, allí sentada, en la mecedora vieja, con la aguja en una mano y un vestido viejo en la otra. Ni siquiera tenía una máquina eléctrica para poder coser más rápido, él no había podido comprársela, se reprochó, y fue como escucharlo de ella misma. Se sentó en la cama, vio el embarazo de Griselda, su esposa, la formoseña, la esmirriada provinciana de tez clara y pelo pajizo, los ojos castaños cansados ya, a pesar de la edad, por el hilo y la aguja, y los dedos pinchados porque ella trabajaba de noche y con poca luz.

Se le acercó, se acucilló a su lado y se dedicó a observarla.

-Seguí, seguí- la instó cuando ella se detuvo, extrañada.

Le pidió que le enseñara. Fue como reprimir su orgullo de varón, pensó ella, pero él no mostraba nada de eso. La curiosidad parecía haber pisoteado o ignorado tan sobreestimado amor propio, y lo que había en los ojos de Leopoldo era interés, sumo interés, como si descubriese ahora lo que había estado esperando sin saberlo.

A la mañana siguiente fue a preguntar en el taller de colchones si había un puesto. El jefe lo miró con desconfianza, en el taller había mayoría de mujeres que lo miraban levantando la vista desde las mesas de costura con risas veladas. Pero Leopoldo era un hombre fuerte, los músculos de sus hombros denunciaban que podía levantar colchones con facilidad, y más de uno a la vez.

-Déjeme ver esa manos- le dijo el otro, un polaco por el acento. Mientras le miraba los callos de las palmas, tocando las durezas, parecía estar

evaluándolo para tocar el piano. Pero al fin era lo mismo, casi, pero las agujas de la colchonería eran más grandes y peligrosas, y los hilos gruesos y resistentes.

-¿Y usted sabe de esto, amigo?

-Mi mujer me enseñó- dijo él, tragándose el orgullo como un trago amargo y rancio.-Mi señora espera un chico, no puede hacer este trabajo, así que acá me tiene.

El tano se sacó la gorra que siempre llevaba y que le quedaba medio chica, y en su cara había un ruego disfrazado.

Empezó en el taller a la tarde. Se equivocó muchas veces, pero Krakovsky, el polaco, le aguantó los errores, le enseñó él mismo muchas técnicas y secretos que luego aplicaría cuando el tano abrió su propio negocio. Conversaban y se quedaban después de hora, eran los únicos hombres en el taller, todas las mujeres se iban a las siete de la tarde. En pocas semanas se hicieron amigos, compinches de trabajo, más bien.

-¿Y cómo se le da con las chicas?- preguntó el tano, en confianza. Tomaban cerveza y miraran el taller vacío donde su voz hacía eco.

Krakovsky se rio.

-La mayoría son remilgadas o viejas que no valen la pena. Las nenas, sí, las chiquitas que contrato por las manos frágiles, por esos dedos tan lindos que se meten en los colchones y...

El tipo se detuvo, avergonzado. El tano adivinaba, el tano entendía, y se calló la boca. Krakovsky era un hombre delicado, un hombre culto, se notaba en su forma de hablar y en las palabras que utilizaba, y sobre todo en sus gestos y en su vestir. La manera en que el primer día le había tocado las manos, explorándolas, fue como una caricia disfrazada.

Hablaron de sus familias.

-Vinimos de Varsovia, huyendo de los cosacos, mis abuelos, los primos de mis abuelos y toda la banda de los Krakovsky. No pongo las manos en el fuego por mis familiares en esta ciudad, ya debe saber a qué se dedican, a putas y a drogas. Pero mi lado de la familia es otra cosa, mi tía abuela fue una condesa venida a menos, ¿sabe? Ya se murió hace mucho en un ranchito en Santa Fé, medio loca, dicen.

-Pasa en las mejores familias- bromeó el tano. -Mis viejos eran sicilianos, de Portopalo, allá en el talón de Italia, frente al mar que azota la costa.

-El viento y el mar, qué lindo- dijo Krakovsky.- Muy poético.

¿Le parece, amigo? La gente se muere de hambre porque no se puede sembrar nada, se vive de la pesca, que el mar permite cuando no está encrespado, y eso no pasa sino muy de vez en cuando. Somos duros, amigo, helados y secos como el viento.

-Pero no es lo mismo, tano, que haber pasado por la guerra. Los cosacos, si usted los viera, son animales de rapiña, hieren, violan, descuartizan y queman los restos. Y después vienen las moscas a cubrir el festín con un manto negro, un muro, un caparazón del espesor de la tierra. La guerra es peor que la muerte.

-¿Peor que el hambre? Mi viejo me contaba que en el pueblo un invierno se mataron a dos chicos enfermos, dos inválidos que no hacían más que comer, y se los comieron, nomás.

-¿Los padres? ¡Qué horror!

-Qué sé yo, si no fueron los padres, los vecinos, lo mismo da.

-Pero lo que hicieron los cosacos, tano, amigo mío...-Krakovsky sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se tapó la cara.

-No sea maricón, Ariel, tómese un trago.

Cuando se acercó al polaco, éste le agarró una mano y se la llevó a la cara con fuerza.

-Tano, tano, nunca se lo dije a nadie, pero usted, tano, es un amigo como nunca tuve. Todas esas mujeres me juzgan y se burlan de mí, me desprecian.

-Vamos, polaco, tranquilo.

El tano estaba incómodo, y sin embargo podía compartir con el polaco un tiempo, una calidad de tiempo que estaba lejos de compartir con otros hombres o con su familia.

-¿Qué le pasa? Cuente.

El polaco se descubrió la cara, llorosa y avergonzada. Arrugó el pañuelo, y dijo:

-Entraron a mi casa, donde vivía con mis padres en Varsovia. Eran tres, tano, los mataron ahí nomás, y me agarraron y me subieron a la cama donde estaban los cuerpos de mis viejos. Me desnudaron y me tocaron todo, y...qué le voy a decir, tano, lo que me hicieron, hace tantos y tantos años, pero es como verme en esos colchones, allí tirado, un chico de nueve años vivo entre dos muertos, pero medio muerto también él por el resto de su vida.

Esa noche el tano se quedó dormido en la silla al otro lado de la mesa, las botellas vacías y los vasos rotos. Cuando la primera de las obreras entró a las cinco y media, puteó de lo lindo, pero ellos no hicieron caso y se pusieron a trabajar como de costumbre. A la noche, volvió a casa y no le contó nada a su esposa, que, preocupada y enojada, lo interrogaba en silencio. Él agradecía ese silencio, que era igual a la ausencia del viento siciliano, que otorgaba una mentirosa paz antes de la tormenta.

La tormenta llegó, y fue la muerte de Germán primero, como lo llamaron.

Grisel Ponce de Libertella quedó marcada para el resto de su vida. Si hasta podían verse en las arrugas de su frente una película grabada el día aquel del accidente, cuando escuchó el habitual repiqueteo y retumbar de la locomotora al que estaban tan acostumbrados, tanto que mientras pasaba la máquina arrastrando los vagones, la vida en cien metros a la redonda se suspendía en un silencio que era parecido a una especie de limbo que fue tomando la significación de una paz profunda y conciliadora, un olvido que sin embargo era muy breve. Luego, el silencio abrupto de la parada en la estación no llegó como siempre, sino que fue reemplazado por los bocinazos terribles de la locomotora, los chirridos de unos frenos que pocas veces había escuchado tan fuertes, y luego los gritos de la gente.

Grisel soltó el cucharón con que revolvía la olla del mediodía, el corazón le dio un vuelco, y buscando alrededor a su hijo de tres años, no lo encontró en la cocina, ni en el dormitorio ni en ninguna parte de la casa. Salió corriendo a la vereda, secándose las manos con el delantal puesto, y se encontró con los vecinos que corrían unos hacia el yuyal tras la casa y junto a las vías, otros que simplemente la miraban atontados. Corrió hacia las vías, desoyó los ruegos y hasta los insultos, y vio los altos pastos aplastados, y frente a ella, la inmensa máquina que no había dejado de emitir sus bufidos y vapores negros o lo que fuese que echaba por los costados y por arriba, ensombreciendo el cielo. Pero no vio a Germán en ninguna parte.

¿Qué iba a ver, la pobre?! ¿Qué iba a encontrar de su hijo, si ante aquel monstruo el chico era como una hormiguita en las vías? Se puso a llorar y se arrodilló, sabiendo lo que había pasado porque todos la miraban como si fuese culpable. Porque así era, se decía. Todos tienen razón, repetía su mente, me olvidé de mi hijo, lo único que debía cuidar estando mi marido

en el taller, lo único importante. La comida, ¡qué importaba! La casa, ¡qué importaba! Las compras, ¡qué importaban! Sólo el chico era lo imprescindible, lo único que esperaba de ella su marido y el mundo, y sobre todo ella esperaba de sí misma. La mínima capacidad de vigilar con sus ojos los movimientos del chico, su ir y venir por la casa y el patio, su llamado, sus berrinches y su serena paz al dormir, porque hasta mientras dormía era necesario no quitarle la vista de encima, se podía ahogar, se podía asfixiar con sus propios mocos, si hasta le habían contado de la tan temida *muerte súbita* que ella había temido con espanto durante el primer año.

Ahora, sin embargo, el chico ya no se movería más ni habría riesgo ninguno para él.

Levantó la vista al hombre que estaba parado frente a ella. Tenía una tela mugrienta llena de sangre entre los brazos. Dentro, estaba Germán, quién sabe en cuántas partes quebrado, deshecho por la inmensa e impune asesina que miraba todo con ojos de hierro. Habría querido patearla hasta romperse sus propios huesos, pero entonces vio al hombre con la gorra de motorman que estaba sosteniéndose de una barra de la cabina. El hombre la miraba, triste, por supuesto, apesadumbrado, pero más que eso, estupefacto, esa era la palabra. Habría matado a muchos en sus años de servicio, los suicidas, sobre todo, los imbéciles, también, y hasta los pobres perros por los que no podía siquiera detener la bestial maquinaria que tenía la responsabilidad de conducir. Pero esto, Dios mío, debía estar pensando ese tipo de cincuenta años, por lo menos, nunca le había pasado. Y como el dolor era tan incomprensible, ella se dio cuenta de que también la culpaba.

Después vino todo lo sabido: bomberos, policías, asistentes sociales, médicos, enfermeros, y muchos papeles que volaban como pájaros de mal agüero alrededor del velorio, el entierro y el luto que siguió a todo eso. La gente del barrio se fue acostumbrando, la necesidad de la culpa suele ser una reacción ante lo incomprensible, o más bien ante lo que no se quiere aceptar, pero luego caer por su propio peso, adusta y empobrecida de razones, y la angustia ocupa su lugar.

La angustia persevera.

Pero Grisel no podía ver a Leopoldo a los ojos. Él no dijo nada, lloró solo durante muchos días, aun cuando iba a trabajar lloraba en el colectivo y mientras caminaba por la vereda. Un llanto de macho, claro, apenas

vislumbrado por los ojos turbios y una mano que una y otra vez se llevaba a la cara para secarse lo que parecía sudor y era otra cosa menos salada y espesa. Las compañeras del taller le tenían lástima, y durante el año de luto se acostó con una o dos, es verdad, y hasta quiso jactarse de eso cuando volvía a casa y se sentaba a la mesa ante el plato de comida que Griselda había preparado, sentada ella misma del otro lado de la mesa, tan tranquila, se decía él, cocinando como si nada hubiese pasado, como el día que revolvía la olla en lugar de vigilar al chico. Pero entonces leía los versos lúgubres en la frente fruncida de su mujer, que, acodada en la mesa, no comía. Ella, a su vez, escuchaba en los ojos del hombre el vocerío silencioso de los insultos.

-Matáme- le dijo una noche, así nomás, mientras cenaban.

Él dejó caer el tenedor, se levantó, la agarró de un brazo y se la llevó a la cama.

Esa noche, quizá, fueron concebidos los gemelos.

2

Algunas cosas las fui sabiendo por esas tardes mientras merendaba, escuchándola con más atención de la que sus hijos le prestaban, porque yo también veía esa película repetida en su frente en algo parecida a un cortometraje de cine mudo desgastado por el tiempo, fragmentado por tijeras descuidadas. Otras, me las contó Germán el gemelo, como lo llamaban, porque este chico, a diferencia de su hermano, había nacido ensimismado, o entorpecido.

Su madre no hablaba de eso, pero ellos me contaron de su nacimiento como si de una epopeya se tratara. Eventualidades que por supuesto los padres les habían referido, encumbrándolos en una especie de leyenda. Germán había nacido casi cinco minutos después de Álvaro, cuando la partera y el médico ya lo creían perdido, dispuestos a hacer una cesárea para extraerlo. Pero, de pronto, se oyó el berrido. Desde que los padres habían sabido del doble embarazo un año y medio después del accidente,

estaban convencido de que alguna entidad divina les devolvía al que les habían quitado. Dios, la providencia o lo que fuera, porque ninguno de los dos era muy creyente, y esto era raro viniendo de las familias de que venían: una provinciana formoseña y un hijo de italianos. Sin embargo, más tarde llegué a enterarme por mis padres el motivo por el cual no veían bien que me relacionara con ellos. Los Libertella venían de Sicilia, y el saber popular los enclaustraba en los ámbitos de la mafia o la anarquía política. Y la no tan inocente provincianita, era sobrina o ahijada, quién sabe, de un caudillo de aquellos que formaban dinastías en las provincias del norte, y que se disfrazaban de católicos para tapar los chanchullos. ¿Por qué se había venido Grisel Ponce si tenía tanta cercanía con el poder? O bien había pasado algo entre la entonces adolescente y su tío o padrino, lo que fuese, o esa parte de la familia había caído en desgracia a los ojos del caudillo de turno.

La cuestión es que cuando nacieron los gemelos, y en especial aquel episodio tan simbólico en el cual Germán pareció estar muerto y luego revivir, ya no tuvieron dudas de que el hijo perdido les había sido devuelto. Y lo que los padre pensaban pero se guardaban para ellos, el barrio se encargó de comentarlo y llevarlo a los niveles necesarios para que se convirtiese en un mito. Germán el gemelo fue visto con respeto y hasta cierta devoción por parte de las mujeres. Grisel apreciaba todo esto, y hasta a veces descansaba en el cuidado y dedicación que las vecinas le ofrecían, ahora que tenía una doble responsabilidad. Sin embargo, la intención, por excesiva, se resquebrajó, y Álvaro, el primero en nacer, el único original, por así decir, fue lentamente descuidado y dejado, con los años, a su propio albedrío, o casi. La verdad era que nunca se había visto a un chico tan respetuoso y tranquilo: no hacía berrinches, no peleaba sino que discutía, simplemente, con razonamientos propios de un adulto, o mejor, quizá. Álvaro leía y era puntilloso en las tareas de la escuela, y Germán, con tanta mirada encima y tantos cuidados, abusaba de esa devoción que lo ahogaba, seguramente, y por eso la desafiaba con los excesos a los que se exponía: cruzar la avenida sin obedecer reglas ni ruegos, tirarse de los toboganes y de los árboles, y hasta jugar en las vías, ocasiones en las que los vecinos ponían el grito en el cielo. Pero los gemelos crecieron y la edad fatal de los tres años pasó, aunque el peligro siguiera, acrecentándose en una especie de tortura a la que Grisel estaba

condenada. Las vecinas, sin embargo, fueron cansándose, y fue cuando Germán, ya casi solo, comparando con los ojos vigilantes que había tenido encima hasta ese momento, se sintió cohibido, y apegándose a su hermano como nunca, lo miró como un pibe perdido que regresa a casa luego de una larga noche de travesuras en la que no encontró nada más que cansancio y vacío.

Cuando yo los conocí, o más bien cuando me hice compinche de ellos a eso de los nueve años, ambos eran muy parecidos tanto en aspecto como en carácter. Álvaro era más expansivo ahora que tenían un cómplice y un compañero, y Germán le llevaba los libros cuando iban a la escuela, siempre juntos, como si no fuesen gemelos sino siameses. Las burlas de los chicos no los amedrentaban, y si peleaban, lo hacían juntos, y siempre ganaban, por eso ya no los molestaron. Eran buenos alumnos, pero Álvaro sobresalía, y Germán era siempre una copia, exactamente igual, pero levemente enturbiada como esas copias con papel carbón.

El padre ya era dueño de su propio taller de colchonero, que había abierto en su propia casa. Al verse padre de dos hijos, habló en confianza con Krakovsky, que más que jefe o compañero, era amigo. Iba a visitar a la familia casi todos los domingos al mediodía o los sábados por la noche. Le buscaban novia fija, pero él no quería saber nada. Un sábado hablaron en el patio, cuando los trenes raleaban a esa hora. Fumando, sentados al costado del muro que separaba ahora del yuyal en el que el chico muerto se había extraviado, le expuso su inquietud.

-Abrí tu negocio- le aconsejó el polaco.

-¿Con qué mosca, me querés decir?

-No necesitás nada más que la maquinaria, ya tenés el taller y la clientela.

Viendo que el tano lo miraba atento, acercó la silla, le puso una mano en el hombro y le indicó la casa con la otra.

-Hacé unos pocos arreglos, yo te ayudo, y la clientela ya te la hiciste vos mismo en mi taller. Cuando sepan que abriste tu propio negocio, se vienen solos.

-Pero ¿y vos?

-¿Yo qué? Siempre me arreglé solo, y no voy a tener miedo de la competencia a estas alturas.

En ese momento salieron al patio los gemelos. Los dejaban quedarse despiertos hasta tarde los sábados, jugaban en el patio, a veces iban al cine. Pero esta vez estaban aburridos y se sentaron en el piso escuchando a los hombres. Les llamaba la atención esa complicidad de murmullos en voces roncas saliendo de bocas rodeadas de bigotes o de barbas descuidadas. Los cigarrillos, sobre todo, y los vasos de vino sobre la mesita de madera. Los veían cruzarse de piernas o abrirlas y apoltronarse rascándose el pecho bajo las camisas abiertas.

El polaco llamó a Germán. Desde que había nacido tuvo predilección por este gemelo. Si varias veces se salvó de algo peor que un accidente, fue por los retos y las miradas con que el polaco lo había amedrentado. Le había hablado del sacrificio de los padres, pero sobre todo del primer Germán, aquel fantasma que nadie mencionaba ya, pero en el que todos pensaban. Tenía un deber para con el muerto, le dijo, o le habría dicho, supongo, porque todo esto lo sé por los fragmentarios comentarios que Germán me hacía de vez en cuando, a veces cuando íbamos juntos al baño de la escuela y frente al mingitorio se quedaba pensando con la mirada en la pared. Nunca lo comentaba cuando estaba Álvaro. Una vez, esperando el colectivo que me llevaría a mi casa en Villa del Parque, tan diferente a la de ellos, nos sentamos, y dejando pasar un colectivo tras otro, me contó del día que el polaco le habló tan seriamente que ya nunca más se animó a poner el peligro su vida.

Estaban en el taller grande, sobre Rivadavia casi llegando a Liniers y del puente de la General Paz. Las mujeres parloteaban por encima de las máquinas de coser y de las overlock. El polaco cuidaba de Germán, que esperaba a su padre para volver a casa, Álvaro tenía fiebre, lo que era una costumbre en los últimos tiempos. Mucho estudiar, le decían, mucho leer no hace bien a la cabeza. Si era una broma, no lo parecía. Pero duraba dos o tres días, y al siguiente, como si nada. Germán estaba mirando a las mujeres, tal vez los pies que manejaban los pedales, y de ahí subía a las piernas, y después, qué sé yo, lo que se podía ver en el abismo oscuro entre las piernas bajo las polleras, porque todavía eran pocas las que usaban pantalones, y la mayoría eran mujeres de más de treinta o cuarenta años.

Ariel fumaba en su escritorio, revolviendo papeles con cuentas y el cigarrillo entre dos dedos, dejando caer cenizas. Echó una ojeada al chico, y lo pescó ensimismado en la vista del taller.

-¿Tenés novia? -le preguntó.

Germán se encogió de hombros, y retrucó:

-¿Y usted?

El polaco se rio.

-Vení para acá, contestador- le dijo.- Y decime una cosa, ¿la tratás bien a tu vieja? Me contaron que te metés en quilombos y le hacés hacer mucha mala sangre.

Otra vez movió los hombros y escondió la cabeza, pero enseguida la levantó para mirarlo a la cara.

-Eso no es culpa mía...

-¿Y de quién entonces?

- Yo qué sé, del otro pibe, ese... el que se murió.

El polaco lo miró frunciendo las cejas.

-¿Qué sabés vos?

-Todo, polaco, si la vieja no para de hablar con las vecinas cuando la acompaño al almacén. Se piensa que no escucho, y me miran con cara de lástima.

-Bueno, así son las mujeres, pibe, creen en las brujas porque lo son...

-¿Como esas? -. Señaló a las obreras.

El polaco tosió de la risa, escupió saliva amarilla y dijo:

-Algunas más que otras... perspicaz nos salió el pibe...pero bueno, no te hagás mala sangre, vos...pero ¿qué dijiste antes: *culpa del otro*?

Germán se sentó a los pies del polaco, con las piernas cruzadas, jugueteando con un resorte de colchón viejo que había encontrado por ahí.

-No me deja dormir...

-Será por los trenes...

-Por eso, se baja en la estación se asoma al patio y me llama.

-¿A vos?

-Sí, a mí, a Álvaro no lo quiere.

-¿Y qué quiere?

-Yo qué voy a saber, me dice un montón de cosas que me olvido porque me duermo recién antes de ir a la escuela, y me duermo en el salón, y la maestra me reta, y a la tarde tengo ganas de patear todo...

El polaco se quedó pensando, con el ruido de las máquinas ensordeciendo el aire de la tarde lluviosa y fría. La radio transmitía una marcha militar, el último discurso de Perón había sido interferido y no se

sabía nada de él. Al polaco no le importaba nada de todo esto, pero sabía que el tano estaba con la radio contra lo oreja, en el fondo del taller, destrozando y armando colchones como si intentara reparar un país en quiebra, donde los resortes chirriaban y la tela olía a mierda. Lo que le decía el pibe fue algo parecido a la apertura de un ventanal a su pasado. En la cara de Germán veía su propia expresión aterrorizada, que únicamente condescendía en ceder su puesto, por escaso tiempo, a la desolación.

-Yo tenía un tío que se llamaba como yo- empezó a contarle.-Tenía otro apellido, pero por esas cosas, viste, no era el hijo de su padre sino del abuelo. ¿Qué te cuento a vos, pibe, si no sabés nada de eso, todavía?- El gesto del polaco era divertido y parecía regodearse en lo lascivo de lo que contaba, pero mirando hacia el taller, sin embargo, miraba otras escenas y otros tiempos.- La cuestión es que ese tío segundo, porque era el hijo de una tía abuela mía, una condesa polaca que se vino a América a fin de siglo, se mató tirándose por la borda al río Paraná. Y lo peor de todo, es que se lo comieron los yacarés.

Germán lo miraba, boquiabierto y entusiasmado. El polaco oyó el corazón acelerado del chico que se expresaba en la respiración jadeante, y dijo:

-Si tu vieja me escuchara, pero no importa, a vos no te va a impresionar nada de todo esto, estoy seguro. Este chico tenía unos pocos años más que vos. ¿Por qué se mató? Quién sabe...Era casi una leyenda familiar cuando yo nací, y me lo contaban para que me portara bien, asustándome con terminar loco como mi tocayo. Y yo me asusté, claro, pero no por lo que la familia me contaba, que eran cuentos inventados para amedrentarme, cuentos tontos sacados de los libros pero con un nombre de familia. Yo me asusté cuando lo vi por primera vez. Estaba en la playa, en unas vacaciones en Mar del Plata, cerca del faro. En ese entonces no había más que kilómetros y kilómetros de arena y médanos, y allá lejos los acantilados, y el mar, inmenso, lúgubre, eso sí, porque estaba nublado. Lo vi venir caminado por la playa, un chico flaco y tan solitario en aquella enormidad de la playa sola, que era una redundancia sobre otra redundancia, multiplicándose en una misma figura. No me entendés, no importa, ni yo mismo lo entendía, pero era una soledad compuesta de cientos de soledades superpuestas, unas sobre otras, y todas se parecían únicas. Cuando llegó, vi la cara austera y blanca, el cabello tan rubio y delgado

como el de un ángel macabro, macabro por lo frío e inexpresivo: un ángel muerto. Estoy diciendo idioteces, ya sé, pero busco palabras exageradas para hacerte entender lo absurdo de lo que me pasaba. Enfrente tenía a mi otro yo, o quizá me veía como si me viera de afuera. El otro era yo, y yo era él, o tal vez mi yo conocido era la memoria del olvido que se recordaba a sí misma en el futuro.

Germán miraba al polaco, esta vez medio asustado, sin saber si reírse o escaparse.

-No te asustés, no estoy loco. Resulta que el chico este me dijo que lo acompañara. Me levantó de la arena en la que me había puesto a jugar, yo tenía entonces siete años o poco más. Lo seguí unos metros, hacia la orilla. Entramos al agua, las olas bajas me mojaban los pies, luego las rodillas, luego la cintura, y cuando estuve cubierto hasta el pecho y me detuve, él me agarró de la mano. Yo ya no hacía pie y empecé a desesperarme. Las olas me daban en la cara, me ahogaba y tosía, pero su mano no me soltaba.

El polaco se detuvo, la mano con el cigarrillo le temblaba, y tenía los ojos puestos en el rostro de Germán.

-¿Y qué pasó?- preguntó éste.

-Me hundí, y cuando desperté, estaba en la arena. Mi viejo me había sacado del agua. Mi viejo, el sobrino de la condesa, el primo del primer Ariel Krakovsky, aunque no fuese su apellido legal. Mi viejo, la pucha..., tan parecido a mí y a ese otro que había intentado llevarme al agua. Y recién entonces me di cuenta de que me había agarrado con una sola mano, porque si lo hubiera hecho con ambas, me habría arrastrado. Tal vez quedé flotando y papá me rescató, quizá la mano de adolescente no tenía siquiera la fuerza para arrastrar mi peso contra la fuerza de las olas que intentaban llevarme a la playa. Fue la primera y única vez, y desde entonces no intentó tocarme, porque sabía que su cuerpo era débil, y empezó la carrera del convencimiento, que nunca terminó. Se presentaba en la noche, en mi dormitorio, y enseguida me daban ganas de ir al baño, y allí abría los grifos de la bañera y me quedaba mirando el agua hasta que rebalsaba, y el grito de mi vieja me salvaba de meterme dentro. Otras veces era en el río, cualquiera, y él aparecía y discurseaba como un erudito, me mostraba los dibujos que había hecho, de mujeres y hombres desnudos, y me invitaba a bañarme con ellos. Si hasta su voz era un flujo de agua suave, y las gotas de saliva que salpicaban sus labios me tocaban la cara, invitándome, y

cuando lloraba, recordando quién sabe qué (ríos, guerras, crucifijos, hachas) sus lágrimas eran una invitación difícil de rechazar. Me quiere llevar, porque aún se presenta, más débil, eso sí, hacia la sustancia de su muerte. ¿Cómo logré salvarme? Supongo que la distancia y el tiempo tuvieron que ver. Un pariente más o menos lejano cuyas sangres estaban mezcladas con las de otros extraños. Ésa fue, supongo, su debilidad a la vez que mi fortaleza.

El polaco le acarició la cabeza a Germán, y parecía borracho, aunque no tomara sino el licorcito de la tarde que guardaba para compartir con el tano al cerrar el taller. Pero la botella estaba casi vacía.

-¿Cómo no te voy a entender, pibe? Si conozco tu miedo como si fuera mío. Y me pregunto qué va a ser de vos, si el que te persigue es tu propio hermano, exactamente tu misma sangre. Tiene fuerza, me imagino.

Germán se levantó del piso en el que había estado arrodillado todo el tiempo. El resorte con el que jugaba le había lastimado los dedos, que sangraban. El polaco le limpió la sangre con el pañuelo que sacó del bolsillo trasero del pantalón. Se miraron a los ojos.

-Sos un valiente-le dijo, admirando en el chico una fuerza que él no había tenido nunca. -Te voy a dar un talismán. No es una cosa, sino una palabra, y tenés que decirla cuando él llega.

Los ojos del chico brillaron de esperanza, como por fin liberados luego de mucho tiempo, tanto como el de su vida. Ya no necesitaría gritar, rebelarse ni apostrofar con iracundia al mundo entero.

-*Vendetta*- dijo el polaco.- La usan los tuyos, pibe, porque vos sos un tano por más que hayas nacido en Buenos Aires.- *Vendetta*, así, como yo lo hago.-El polaco se mordió el nudillo del dedo índice y pronunció la palabra con su acento. Le pidió a Germán que lo imitara.

El chico así lo hizo, y la palabra surgió como pronunciada por un adulto viejo igual que el tiempo, oliendo a humedad y distancia, a tierra removida y graznidos, y los pájaros se convirtieron en las máquinas del taller que se iban apagando, como si las aves se aposentaran para descansar, una después de otras. Y luego vino la realidad llana y cotidiana, el parloteo de chicharras o cotorras de mujeres que salían del taller, saludándose, riéndose, protestando.

El tano apareció en puerta de la oficina, y dijo:

-¿Se divirtieron muchachos? Vamos a casa, Germán, la vieja nos espera.

Debió verla la cara apesadumbrada y llena de silencio.

-¿Qué te pasa?

Nada le contestó. Desde entonces fue suficiente el silencio necesario y el actuar austero. En casa se preguntaban por qué había cambiado tanto, pero ni Álvaro, su gemelo, lo sabía.

3

Todo esto me lo contó Germán unos dos años después de aquella conversación con el polaco. Me dijo que no sabía en ese entonces el significado de la palabra que le había dado como talismán. Que le preguntó al padre, y éste le había contado de Sicilia y de la famosa mafia italiana y todo el mito que se había formado alrededor de una verdad más simple y más cruenta, quizá. El halo de misterio necesario también estaba en las palabras del tano cuando hablaba del abuelo, su llegada a Buenos Aires por los conocidos motivos económicos, la miseria de Europa en la posguerra y todo eso. Pero el abuelo Libertella se había vuelto a Sicilia cuando Leopoldo ya era grande. Lo habían llamado, dijo un día, y se fue al puerto y esperó en una pensión de la ribera el primer barco con destino a Italia. Eran ellos dos solos, Leopoldo ya un hombre de diecinueve años que trabajaba en el puerto haciendo cualquier cosa, y el viejo, todavía fuerte para cantar y tomar lo que fuese necesario hasta olvidar el motivo que lo hacía volverse.

Lo habían llamado, le había dicho, y el padre de Germán se cansó de preguntar hasta resignarse a quedarse solo en Buenos Aires. Lo vio subir al barco y desaparecer tras el hierro oxidado que afloraba por todas partes del barco viejo, con su boina y su traje gastado, y la valija de cuero con correas atadas porque las hebillas estaban rotas. Nunca se escribieron, para qué, si de esa manera, sin enterarse de nada y sin verse, la vida de cada uno duraba para el otro tanto como duraba su propia vida.

Algo así fue lo que ayudó a Germán a entender el talismán. Me lo contó esa tarde cuando al fin subimos al colectivo que me llevaría a mi casa. Él

simplemente me acompañaba, luego se tomaría el de vuelta, pero entretanto, sentados en el último asiento, me decía:

-Nunca entendí muy bien por qué la palabra *vendetta* puede protegerme de la muerte a la que el otro quiere llevarme. Si él es el que quiere vengarse, ¿por qué tengo que pronunciarla yo?

Después de lo que me había contado sobre el polaco, yo saqué mis propias conclusiones, sin embargo dejé que él continuara solo su camino de deducciones, o casi solo, un empujoncito lo ayudaría. Teníamos nueve o diez años en esa época, y me asombra recordar cómo pensábamos y sobre qué lo hacíamos. No se trataba de juegos, sino de la vida y de la muerte. Y sobre todo, de fantasmas, fuesen reales o imaginarios.

-Dicen que una maldición se contrarresta con la contraria, pero para anularla...

-Se le opone la misma- me interrumpió- ¿No es cierto?

Me encogí de hombros, y dejé que continuara.

-¿Pensás que yo soy él, o mejor, que él soy yo? ¿Que si me escucha decir lo mismo que él busca, se confundirá?

Otra vez le dije que no se podía seguro de esas cosas, que más bien eran cosas de locos. Se quedó pensando. Unas viejas nos miraban con ofuscación porque no les cedíamos los asientos, sin darse cuenta de que nosotros no estábamos en ese colectivo, sino fuera, quizá, recorriendo mundos siderales de pensamientos y especulaciones atroces.

Germán se cruzó de brazos, encogió las piernas y apoyó los pies en el asiento. Mientras lo demás pasajeros nos observaban reprobadores, él empezó a decir:

-¿Y si no somos dos? ¿Y si somos uno solo? Uno no puede pelear solo. ¿Si en mi cabeza está lo que me matará?

-¿Querés decir que el polaco se inventó ese personaje para justificar el suicidio al que nunca se atrevió?

Germán me miró desolado. Le pasé un brazo por encima de los hombros y le dije que no se preocupara, que no estaba loco, y entonces nos reímos. La gente también se rio un poco de aquel par de chicos raros.

Llegamos a la esquina de mi casa. En la vereda de enfrente estaba la parada del colectivo de vuelta. Esta vez me quedé yo hasta que llegara y subiera, ya casi a las doce de la noche. Los autos raleaban, las luces de los porches de las casas iluminaban precariamente la vereda. Nosotros

estábamos en medio de la oscuridad, bajo un árbol en el que estaba clavada la chapa que indicaba el número de línea del colectivo.

Me contó, entre susurros, la última vez que se había encontrado con el otro Germán. Fue en la casa, ahora remodelada como taller y negocio de colchonería que el padre había arreglado cuando dejó al polaco. El mostrador reluciente de vidrio y madera, los rollos de telas, largos y pesados sobre los estantes de la pared posterior, los tarros de engrudos, las latas de remaches y tornillos, la única máquina de coser, casi industrial, que el polaco le había ayudado a costear, hipotecando parte de su propio taller. ¿Por qué lo hacés, polaco?, le había preguntado el tano, tanta generosidad, che, no está bien. El polaco, sin saber qué contestar, a veces optaba por el silencio y el humo del cigarrillo, otras, decía: por los chicos. Pero él seguramente sólo se refería a uno de ellos.

Una de esas noches, Germán se había levantado porque el *otro* lo llamaba desde la tapia del patio. Intentando esconderse de él, de evadirlo, se fue al taller que no era muy grande todavía, construido detrás de la casa sobre el terreno ganado al yuyal junto a las vías. Allí estaba la flamante máquina de coser colchones, el doble de alta que Germán, sobre pilares de hierro, con múltiples pedales y ruedas y poleas donde los hilos giraban y daban vueltas hasta llegar al brazo que subía y bajaba con la aguja gruesa como el dedo de un hombre fuerte, perforando las telas y el cuero.

Vení, le dijo el otro, junto a la máquina. ¿Sabés cómo funciona?

Su voz, en el silencio de la parda noche del suburbio sonaba como un quejido desconsolado.

Sí, le contestó Germán.

Entonces, encendéla.

Germán dudó.

Tenés miedo.

La afirmación, porque había escuchado bien y no fue una pregunta, que podría haber obviado, lo llenó de ira.

Se acercó al interruptor y giró la palanca. El motor empezó a funcionar lentamente, arrancando con esfuerzo, y las poleas fueron poniéndose en marcha una por una, y los hilos giraban y el gran brazo de hierro a subir y bajar, y en plena oscuridad, la aguja perforaba el vacío.

El otro, de pronto, metió un mano justo antes de que el brazo bajara. Germán no atinó más que a agarrarlo del brazo, pero él mismo estaba

ahora junto al brazo con la aguja que terminaba de subir y comenzaría a bajar muy pronto, tan rápido que su percepción del tiempo lo confundía con sus altibajos. Rápido o lento, segundos u horas. La mano del otro estaba libre y sujetaba la mano de Germán en el sitio exacto en que la aguja la atravesaría.

No era un tren, pero era una máquina, de todos modos, y como todas ellas, sin cerebro ni sentimiento, creaba monstruos como creaba dioses. La diferencia estaba en la mano que la conducía. Incluso la cicatriz de un trozo de seda cualquiera puede tener la ser un defecto en la cara de Dios.

Y Germán gritó, o fue su padre, despertado por el ruido. O fueron ambos, pero Germán claramente gritó: ¡*Vendetta!*, y lo repitió tres veces, hasta que ya no pudo dejar de llorar en brazos del padre, que lo abrazaba fuerte, como si quisiese molerlo de puro enbroncado y asustado y desesperado, mientras la madre, en bata, miraba desde la puerta del taller, abrazando a Álvaro, que por primera vez empezaba a recorrer las hondonadas de lo que al principio creyó la locura de su hermano gemelo, hasta caer él también, como quien resbala por asomarse demasiado.

Álvaro empezó a rondarme. Me había visto demasiado compinche de su hermano, y después del episodio en el taller de la casa, una mezcla confusa y turbia de sentimientos encontrados le daba vueltas en la cabeza, como círculos concéntricos que al llegar al punto central, volvían a expandirse y embestían las paredes internas del cráneo y amenazaban con perforarlo. Fue entonces que la tranquilidad y sensatez que había demostrado hasta esos años fue alterándose con esporádicos episodios de mal humor en que al principio intentó contener su bronca, o su ira, porque no había manera de calificar lo que le estaba pasando.

¿Celos? ¿Envidia? ¿Hartazgo? ¿Ambición?

Todas esas eran posibilidades no solo para la extraña relación entre los gemelos, sino para cualquier relación entre hermanos. Y un día me sentí identificado con Álvaro.

Fue en un picnic de primavera que la escuela había organizado en los lagos de Palermo. Alrededor, el tráfico de la avenida Libertador y Sarmiento, el Planetario allí cerca y el monumento conmemorativo a San Martín interpuesto como un recordatorio indispensable. Apartados del resto, nos sentamos en el pasto, comimos sándwiches, pero no hablamos de

mujeres, sino de política. Cuando Álvaro se metía en el tema, tenía el discernimiento de un hombre maduro e intransigente.

-¿Te das cuenta, Bautista, de lo que está pasado? Mirá allá.

Estiró el brazo señalando hacia el planetario, ese edificio que parecía una nave extraterrestre diseñada por Hollywood para una película de clase B, tan incongruente con la hasta entonces tan afrancesada Buenos Aires. Pero refería, por supuesto, a las filas de milicos que vigilaban el parque, y a los tanques estacionados sobre las avenidas. Allí cerca, San Martín sobre su caballo de piedra era un símbolo de su legado, o en lo que se había convertido: la impotencia de la piedra, la inmovilidad absoluta, la inerte indiferencia. Sólo los fantasmas, a veces, asustando con advertencias o su simple presencia, pueden cambiar, en ocasiones, ciertas o determinadas conductas, aunque no aseguro que logren demasiado. Pero ¿quién le hace caso a una piedra, por más bien esculpida que esté? Quizá una insobornable belleza pueda lograrlo a muy largo plazo, pero los monumentos no son la Venus de Milo ni la Victoria de Samotracia, ni siquiera El beso o el David, que han horadado la psiquis colectiva y por eso han persistido. Sin embargo, la memoria de los próceres es tan endeble y sobre todo tan versátil como los documentos encontrados en sus escritorios: verdaderos, apócrifos, urdidos y plantados por manos extrañas como en un allanamiento policial en busca de drogas. Cosas que hemos visto todos en las noticias, que se dicen y comentan de boca en boca. Todo el que tenga un fusil en mano, tiene el poder de turno.

Le dije todo esto a Álvaro, y me miró con respeto, pero hoscamente.

-¿Qué? ¿No estás de acuerdo?

-Sí, Bautista, pero no te creo.

Me reí.

-¿Qué querés decir?

Ya estaba dispuesto a darle un puñetazo para darle acción a ese día de primavera tan aburrido que estábamos pasando.

Él miraba hacia el Planetario, no ya a los milicos apostados alrededor, sino arriba.

-¿Qué te pasa? ¿Ves marcianos?

Yo estaba embroncado por esa jactancia de superioridad que se daba con las miradas de suspicacia, esquivas, y el silencio medido.

Seguía silencioso, mirando ahora hacia mi cabeza, y dijo:

-Germán me dijo que sos un cuervo.

¿A qué venía con esa taradez?

-¿Qué? ¿Te volviste chiflado como tu hermano?

Su expresión cambió y no vi venir su puño hasta que me dio de lleno en la cara. Nos metimos a pelear sobre el pasto, un rato que me pareció muy largo, mientras los otros chicos llegaban corriendo y se reían e incitaban a veces a uno u otro. El griterío era infernal, las maestras llegaron después que los preceptores, que intentaron separarnos, pero nosotros, por más que no tuviésemos más de diez años, éramos como dos animalitos pegados por la furia, dos alimañas que se electrizaban al simple contacto.

Entonces aparecieron los gendarmes. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Voces castrenses y sonidos de metalizados. Imaginé las balas que nos dispararían, pero no era una guerra, simplemente una riña infantil, y, sin embargo, el odio era semejante.

Las maestras pedían disculpas a la vez que ayuda, temían y admiraban a los soldados, tan apuestos, tan varoniles al lado de los afeminados preceptores que ni siquiera habían hecho la colimba por esmirriados y enfermos.

Nos separaron. Vi las caras bajo los cascos, de barbas bien afeitadas, ojos oscuros. Las armas estaban a la espalda y sus brazos me sujetaban con fuerza, lo mismo que a Álvaro. Vi que él me miraba con furia, y empezó a llamarme ¡Cuervo, Cuervo! Entonces creí darme cuenta a lo que se refería: las cinchas de cuero negro del casco del soldado que me retenía a mis espaldas estaban flojas y se balanceaban con fuerza con los movimientos que yo hacía para resistirme. Y vi, en los anteojos negros del otro soldado que tenía enfrente, sujetando a Álvaro, mi reflejo oscurecido y con alas o pájaros negros revoloteando en torno a mi cabeza.

Fue un día revelador, por cierto, porque si bien nos identificamos en la similitud de nuestras fuerzas de voluntad convertida en ira, que con los años fue aprendiendo a contenerse y mimetizarse en conductas aparentemente pasivas, él con su costura de colchones, yo aporreando mi máquina de escribir, ambos trabajábamos para ideas opuestas, inconciliables, enraizadas no tanto en la intelectualidad sino en el resentimiento.

Los milicos, no sé por qué, nos llevaron a nuestras casas. Supe, más tarde, que la familia Libertella fue advertida del mal comportamiento de

Álvaro, por los pensamientos que había expresado por el camino a pesar de su corta edad, y por la hosca cara con que Leopoldo, obrero, tano y casi pobre, les puso cuando los recibió en la puerta de la esquina de Villa Luro, sin dejarlos entrar, con el chico entre dos soldados altos y la cara embadurnada de imbéciles máscaras de guerra.

En mi casa de Villa del Parque, los soldados entraron porque si bien no conocían a mi viejo, les habían dicho que me trataran con cuidado. Es que Castel Beltrame era un intelectual de ideas acendradas en la nueva política, es decir, en lo bien visto y lo que encaja adecuadamente en las circunstancias. Castel Beltrame había escrito un libro de cuentos en su juventud, que prefería olvidar, y luego algo de filosofía política en dos libros, el segundo de los cuales lo fue arrimando a lo que venía pasar en el país. La lucha por derrocar a Perón tenía bases filosóficas por debajo de las políticas, por lo menos eso era lo que se intentaba construir en los medios de comunicación. Al pueblo, claro, no le interesaban más que las conveniencias económicas, pero también estaba el sentimiento ideológico que había que vencer y contra el cual había que arremeter con armas si no podía ser convencido. Mi viejo, en sus artículos de prensa y sus comentarios radiales, lejos en apariencia de lo castrense, aparentemente imparcial por su lúcida inteligencia y su cultura (su hermana, mi tía Aurora, era una eximia concertista de piano), daba la imagen ideal del oficio inteligente y la medida exacta de las cosas.

Sin embargo, la procesión iba marchando lentamente, sumando miembros y fuerzas bajo la avenida Rivadavia o Juan B. Justo, como recalando en los sumideros, respirando en las alcantarillas. El chapoteo de las botas pisando la mierda y los chasquidos de las armas al ser preparadas.

Esa noche, mi viejo me sentó frente a su escritorio, detrás del cual había incontables estantes de libros que me atraían y me asustaban por la cantidad y la inmensa paciencia y la imposibilidad del tiempo para leerlos todos. Me preguntó qué había pasado en Palermo. Le conté todo en detalle, y tuve que revelarle mis escapadas y mi amistad con los Libertella. ¿Desde cuándo los frecuentás?, me preguntó. Tuve que decirle la verdad, sin temor al castigo que esos libros de derecho parecían ansiosos por sentenciar.

Su expresión no cambió demasiado, sólo frunció el entrecejo, entrelazó los dedos de las manos sobre su camisa gris y la corbata, porque aún

estaba en horario de trabajo, hasta las diez de la noche recibía posibles clientes, y los amigos, todos intelectuales, y más tarde, milicos de civil que yo no había sabido distinguir antes. No tenía a quién culpar, separado cuando yo apenas había nacido, mi vieja era una desconocida que tal vez había muerto, pero cuya memoria no era mencionada ni para bien ni para mal. Mi viejo no era creyente, pero condescendía con los católicos, que lo toleraban por su inteligencia y su sensatez.

Ya eran las nueve de la noche y no habíamos cenado. El ventanal del estudio que daba al parque de atrás estaba abierto, y las cortinas se movían con el viento que el inicio de la primavera no había sabido combatir, el invierno se resistía hasta último momento. Las cortinas volaban, casi, mientras yo esperaba la sentencia. Las cortinas de *voile* daban giros, se combaban, se elevaban, y no eran blancas, sino oscuras como la luz de la noche que se reflejaba en ellas. Mi viejo, sentado en su silla de mobiliario francés, era un hombre rígido de mirada compasiva, una incongruencia que nunca supe entender, que me vencía y que nunca pudo hacerme aborrecerlo, por más que lo intentara. Sus ojos azules eran compasivos, pero su rostro y cuerpo eran tan perfectos como inexpresivos. Cuando lo veía en la playa de Mar del Plata, con el torso desnudo, firme a su edad, bien entrenado a pesar de su pasiva actividad de intelectual, me pregunté si tal vez no estaba en nuestros genes el mantener esa forma varonil de nuestra estampa, la de los Beltrame, que siempre salíamos bien parados de toda situación en apariencia conflictiva o comprometedora.

Las cortinas formaron alas alrededor de la silla donde estaba sentado, y recordé las tardes de playa cerca del faro mientras caminábamos a la orilla del mar, uno junto al otro, él alto, yo pequeño y mirándolo extasiado por su figura y su seguridad, con las manos a la espalda y las gaviotas que daban vueltas muy alto, por supuesto, pero desde mi estatura, era como si las gaviotas giraran en torno a la cabeza de mi padre.

Y ahora las cortinas oscuras hacían lo mismo, pero eran como cuervos.

El castigo consistió en quedarme encerrado en la biblioteca por todo el fin de semana.

Admirable, realmente admirable. Fue una lección que no me costó demasiado, por más que sintiese crecer en mi interior los cambios de la pubertad que venían asomándose, confusos, inquietantes y dolorosos. Pero la mente, lo aprendí entonces, puede abismarse en espacios siderales o en

abismos donde el cuerpo es menos que una mota de polvo, y los polvos que yo me echaría, claro, años más tarde, eran simples recreos que mi cuerpo necesitaba darse de vez en cuando para dejarme tranquilo. Y entre los libros encontré muchas explicaciones y también muchas soluciones que resultaron falaces, pero el universo activo de esa biblioteca, que sin embargo no se movía de su lugar y que no hacía ruido como el taller de Libertella ni fabricaba productos ni los vendía, vibraba como la tan consabida inquietud de la adolescencia en los comienzos de la primavera. Ambas cosas coincidieron, gracias a mi viejo, que me enseñó a sobrevivir.

Cuervo ilustre.

Ese era el significado de nuestro apellido, italiano del Venetto, al norte de la península, justamente al otro polo de mis amigos. Del norte de Italia había venido mi abuelo, ingeniero de puentes sobre ríos italianos y luego sobre los de la Patagonia, y hasta se había muerto trabajando en Bariloche, mientras su hijo estudiaba abogacía en Buenos Aires. Fundador del estudio de arquitectura que se haría famoso algunos años después, junto con los Márquez, muchos edificios de Mar del Plata llevaban su nombre.

Era curiosa la forma en que las gaviotas y los cuervos se metamorfosean en las conductas de los Beltrame. Blancos o negros, según el cristal con que nos observan. ¿Pero está en el lente el motivo del cambio, o es la misma sustancia de nuestras almas?

Durante todo ese fin de semana busqué en los libros: *alma*, *anima*, como fuese, y nadie supo nunca definirla como se define una silla para sentarse. ¿Pero qué es una silla sino un símbolo en nuestra mente?

Dios es una creación del hombre, y muere con él.

Una bala en el cerebro de Dios aniquila la creación.

4

Desde esa vez, ya no fui más a visitarlos. Pensé que mi viejo me cambiaría a una escuela privada, pero sus prejuicios ante lo que la cultura bien pensante daba en llamar popular nunca lo convencieron del todo, ni

tampoco su preocupación paternal pasaba por el temor a las malas influencias que los gemelos ejercieran en mí. Además, era un hombre semi público, del que se hablaba en los medios culturales, pero sobre todo en los oficiales. No debía estar bien, tal vez, que, habiendo proclamado siempre su apología a los servicios del estado y los bienes de la patria retirara a su único hijo de una escuela pública que tenía, a pesar de todas sus falencias, un prestigio formado por muchas décadas de magisterio.

Seguí frecuentándolos en los horarios escolares, y de vez en cuando al salir, una o dos, rumbeando por los talleres de Liniers, a veces, o los de Haedo, cuando yo tenía la buena ocurrencia de decirle a papá que nos reuníamos en la quinta de los Martins, donde nos llevaba nuestra compañera Leticia, y hasta pasábamos algunos fines de semana recorriendo el parque a los costados de las vías del Sarmiento, y la avenida Rivadavia que se extendía hasta donde vivían los gemelos en Villa Luro. Pero cuando los tres estábamos solos, a veces un domingo donde mi viejo se pasaba el día escribiendo en su biblioteca sin acordarse de mi existencia, tomábamos el tren hasta Caballito o Miserere, y descendíamos por los altos paredones a los costados de las vías hasta adentrarnos en los túneles del subterráneo. La oscuridad, combatida por las débiles lámparas, sugería monstruos de acero que llegaban atronadores por sobre los rieles apostados en pilares aparentemente frágiles, y era como estar sumidos en profundas minas de carbón o de estaño. Fumábamos, aunque estuviese prohibido, hablando del mundo. Álvaro siempre enfadado, suspicaz y desconfiado, asumiendo desde entonces el rol de protector de Germán, ya no rebelde, sino sumiso, pensante, abismado en las imágenes que le llegaban de los rincones oscuros desde donde llegaban los focos de los vagones de hierro y madera, tambaleantes, zigzagueando sobre los rieles y sujetados por los cables del techo. La electricidad de la tarde se escabullía desde ese antro hacia la calle, y nos perseguía. Era como en las películas de terror que veíamos en el cine, donde los monstruos surgían de la nada por el simple chispazo creador. Y aún agotados, a veces, protegidos nuestros rostros por anonimato de la penumbra, nos masturbábamos en un silencio simulado, excitados no por nuestra propia lubricidad, sino por el gemido de los otros que nos llegaba como un engendro lascivo, una criatura húmeda y recién nacida, informe, larvada, propia de la penumbra y

el retumbar de las paredes cavadas en los subsuelos de una ciudad vieja junto al río inmóvil.

Tal vez, Álvaro, que siempre hacía lo contrario a lo que se esperaba de él, y que no quería lavarse las manos en los baños de la estación, se enfermó por todo eso junto: la obstinación y el sentido trágico de la vida. Se enfermó, con fiebre alta, un sábado a la noche. Se tiró en la cama donde compartía la habitación con Germán, así lo supe más tarde cuando ya todo había pasado, tan rápido, lo pienso ahora, tan rápido, que es de no creer. Un fin de semana donde confluyeron las desgracias familiares de los Libertella con el destino, quizá, reservado a los emprendimientos escabrosos que siempre deben ser escondidos, por más que los haya diseñado y practicado el mismo Dios. Lo inmenso suele pasar desapercibido para las miradas más suspicaces, camuflado como miles de camaleones caminando por las calles de Buenos Aires. Camaleones simulando ser adoquines encharcados por lluvias recientes, o por el agua del patio que una vieja ha arrojado a baldazos a la vereda. El color azulado y verdoso del agua y de la piel de los reptiles moviéndose subrepticamente por las cunetas, infiltrándose por las alcantarillas, recorriendo el camino inverso a las aguas servidas, y surgiendo en los rincones de las casas, sembrando el moho penetrante de las tragedias. Las tragedias no suelen ser personales, sino criaturas multiformes que se adaptan a la fisiología de cada hombre, mujer o niño. Las tragedias económicas son el más claro ejemplo, pero casi nadie se fija en las primeras causas sino en los mezquinos resultados que proliferan en el seno de esas casas: las muertes, las adicciones, los descalabros. Una familia descarriada por la penuria es un triste ejemplo de las buenas intenciones gubernamentales. ¿Y qué es un gobierno, sino un partido, casi siempre una criatura funesta creada por el azar de las malas costumbres, que asume el juego de las verdades a medias y las mentiras disfrazadas? Las palabras, como los discursos parlamentarios, siembran campos de cizaña.

Todos estos simbolismos político-filosóficos fueron resultados del delirio febril de Álvaro, que se apretaba la panza de intenso dolor, dando vueltas en la cama, con la madre medio desesperada rogando a gritos al marido que fuera a buscar un médico. Germán me llamó por teléfono ese sábado a media tarde, y luego cuando ya anochecía y el estado de su hermano empeoraba. Me contaba lo que decían sus viejos, que no se ponían de

acuerdo. Libertella quería llevarlo al hospital, creo que al Ramos Mejía, donde atendían a los del gremio de los textiles, pero la madre insistía que llamara a la clínica que estaba a dos cuadras, una privada y bien pituca que había abierto poco antes y atendía sólo a los particulares. El hombre se llevaba las manos a la cabeza y se restregaba la cara, sudoroso y en musculosa, a los pies de la cama del chico, viéndolo sufrir, y sin poder contradecir a su mujer. Ambos recordaban la tragedia del primer Germán. ¿Y si ahora se les fuera Álvaro? ¿Qué extraña tramoya de hijos intercambiados, de hijos pagados y devueltos les tenía reservado Dios, la Providencia o lo que fuese lo que rige la vida? Porque alguien lo hace, sin duda. Toda esa tragedia era propia de una mente inmensamente enferma y no de los simples patrones de una naturaleza tan desinteresada como imparcial.

Cuando fueron las doce de la noche, Álvaro ya no podía más. Le habían dado aspirinas, según la costumbre de los medicastros de barrio recibidos en las aulas de la vereda. Le pusieron emplastos recomendados por las vecinas cuya experiencia se basaba en sus propios hijos muertos. Le tomaron la temperatura con el termómetro de mercurio metido bajo la axila, en la boca y hasta en el ano, porque así lo recomendaban los médicos en la radio. Y la curva era una montaña que subía y subía hasta detenerse en una meseta que rondaba los cuarenta grados.

¿Qué esperaban?

La certidumbre.

Lo único que nadie podía darles, y desconocían todas las otras certezas que brillaban y gritaban, pero estaban ciegos y sordos. Negar, a veces, es el paraíso de los tontos, el breve estadio antes del largo epitafio.

Entonces, a las doce de la noche, Leopoldo Libertella levantó a su hijo en brazos y salió de la casa, cruzó la avenida casi vacía a esa hora y caminó con rapidez, seguido a varios metros y a tropezones por Grisel, que llevaba una bolsa con lo que había podido juntar de las ropas de su hijo. Germán, desde la puerta del taller, los fue perdiendo de vista en la oscuridad junto a las fachadas de enfrente. A una cuadra y media, a dos cuadras, no más, la luz blanca de la clínica absorbió a su familia tras las puertas de cristal.

Los Saravia eran los dueños de la clínica. La Clínica Saravia, como decía el cartel del frente y la llamaban todos, fue una extraña aparición en el

barrio de Villa Luro, por más que estuviese sobre la avenida y a no más de cien metros de la estación de trenes. La gente estaba acostumbrada a recurrir al barrio de Flores cuando se trataba de consultas médicas o paseos de fin de semana, y a Liniers para las compras para llenar, si podían, las alacenas o la heladera de las cocinas. Luro era por entonces mucho más austero y barrial. Muchos se preguntaron por qué habían instalado esa clínica, con todos los lujos, como pudo verse a medida que iban entrando las instalaciones, los muebles y las máquinas, y las puertas de cristal, una novedad por esa época reservada para la calle Florida, en ese barrio casi apartado, porque aun estando en medio de dos barrios comerciales, era un sitio donde únicamente abundaban las casas particulares, algunos depósitos y los infaltables comercios de ferreterías, almacenes y mercerías. Después de las seis de la tarde, casi todo estaba muerto, y donde el tráfico de Rivadavia era una corriente de agua que no solía detenerse más que transitoriamente en las orillas-veredas donde los colectivos parecían apenas bajar la velocidad para que descendieran unos pocos envalentonados que se tiraban del estribo, obreros en su mayoría.

Después, demostrado el éxito que tuvo y la demanda de que era objeto, ya a nadie le extrañó aquel asentamiento en lo que llamábamos páramo de asfalto. Fuese el apellido, que era ya muy conocido en esos años, como por el boca en boca que se fue dando con el tiempo, la clínica se llenó de gente, aun cuando no atendían gratuitamente a nadie. Pero se sabía, y esto fue crucial, que el doctor Aldo Saravia, el hijo médico del general para el cual el padre había comprado el viejo edificio donde alguna vez funcionara una fábrica de juguetes quebrada muchos años antes, remodelado y corrido con todos los gastos, atendía, en ocasiones, y muy preferencialmente, y por supuesto en forma totalmente gratuita, a los chicos recomendados. La recomendación podía provenir de cualquiera, pero los canales eran siempre las familias que hacían el papel de benefactoras, asociadas por parentesco o lazos comerciales con los cuarteles.

El doctor Saravia era pediatra, y él dedicaba sus momentos de ocio a estas generosas asistencias gratuitas cuando veía que el caso lo ameritaba. Llegó un momento en que ya no daba abasto con su tiempo para conciliar el consultorio privado y las prácticas sin cargo. Cuando se vio en la dicotomía de supeditar una a otra, eligió sacrificar el consultorio. La familia, según dijeron, porque el general era asiduo de mi padre, y había

cenado muchas veces en casa, los tres solos, ellos hablando de la actualidad, yo escuchando en silencio, había visto con malos ojos ese desorientada y mal entendida beneficencia.

-Si se le concede una mano al pueblo, amigo mío, se toman el codo- lo escuché decir al viejo en general, pero haciendo referencia a su hijo.

Mi padre, en cambio, se encogía de hombros, y alababa el humanitarismo de Aldo, que regularía la balanza sin saberlo, porque los otros tres hijos del general, nacidos con varios años de diferencia y de diferentes esposas, también eran militares. Saravia había sabido mantenerse aparte del conservadurismo castrense, o por lo menos de lo que se entendía por tal. Se sabía que los ancestros de los Saravia habían sido judíos, como parte de esas historias no contadas que corren al margen. Judíos conversos o no, los actuales miembros de la familia conservaban cierto resentimiento y una natural resistencia a las imposiciones de la oficialidad establecida. Los Gonzaga, acérrimos católicos a ultranza los miraban mal, pero no podían desentenderse del todo de su influencia. Y los Ansaldi veían compinches con los que podían contar para cualquier cosa, mientras no apartara la vista de ellos. Las tres familias gobernaban y dominarían al país durante décadas, no sólo políticamente, sino desde los negocios bajo empresas de las que nadie podía sospechar los nombres de los verdaderos patrones. Eran dueños de las aduanas y las fronteras, terratenientes de media Patagonia y dueños de los ríos que confluían en el Plata desde los intestinos del Brasil.

El doctor Saravia era, entonces, una eminencia que daba conferencias en la Academia de Medicina y que sacrificaba sus viajes al exterior para no descuidar su consultorio de pobrecitos en Villa Luro. Lo que descubrí en las cenas de mi casa fue que la expresión de desencanto del general al hablar de su hijo era más fingida que otra cosa. Cuando después del postre los hombres se fueron al estudio a beber whisky y fumar, yo me quedé sentado, arrugando una punta del mantel, y medio enfurecido por no poder seguir escuchando su conversación. Debí chirriar los dientes, como era mi inveterada costumbre, sin darme cuenta, porque papá me dijo:

-Bautista, vení, por favor.

Entré tras ellos. Me senté, cohibido, en el sillón individual que casi me pertenecía porque era allí donde escuchaba los sermones y las reprimendas de mi viejo. Me dieron café, ofreciéndomelo sin remilgos, como uno más de

ellos, pero ellos bebían licores y fumaban cigarrillos ingleses o rusos. Luego, me ignoraron, pero sabiendo que yo era puro oídos. Esa era la pedagogía de mi padre, aprender sin enseñar.

Y entre tanto barullo de palabras, frases e ideas, contradictorias, discutidas, abiertas al debate y luego cerradas como fortalezas, me di cuenta de las tramoyas escondidas en los discursos, que aun siendo de entre casa, insistían en ser correctos en su apariencia, ambiguos en su significación y certeros en sus sentencias como dadas al pasar, igual que jueces que condenan como quien vende el pan del domingo.

La clínica había sido una gran estrategia, y el general una especie de gran inquisidor que tenía en el barrio una de las sedes principales de sus hogueras. El médico, su hijo, era una rueda más de la maquinaria teatral que se venía armando en todo el país. Empresas, sociedades. Una red que se extendía como telas de araña por todos los rubros y todos los planos de la sociedad. Recoleta, Barrio norte, La Boca, Ciudadela, La Tablada, sólo en capital y el conurbano para mencionar algunos barrios donde crecían y se apretujaban los conflictos, que al fin de cuentas no eran más que las múltiples escenas simultáneas que pretendían confundir y distraer la opinión pública. Luego vendría el Mundial de Fútbol, pero esa ya es otra historia. Por la época que relato, las clínicas se venían armando sin reticencias y con todo desparpajo, porque nadie veía tras los biombos de los consultorios, la desnudez de los esqueletos.

Ya me estoy yendo para el lado del efectismo barato, como la demagogia practicada por ese entonces. Pero ese populismo estaba tan arraigado y a flor de piel, que nadie lo distinguía como tal. Lo mismo que habían combatido en Perón, recluyéndolo y exiliándolo, ahora lo practicaban en beneficio propio no en los cuarteles, sino en la sociedad civil. Lo que se esconde es más verdadero que lo evidente. El amor se finge, pero quien finge el odio resulta un payaso. Las mentes subalternas son fácilmente influenciadas: se siembra una idea con el fin de cosechar la contraria, y tanto el dueño de la tierra como el peón que la ha trabajado ven lo sembrado y no lo cosechado.

De psicologías colectivas está abarrotado el mundo, y la cuerda locura es su directora.

Esa noche de sábado internaron a Álvaro en la guardia. Nadie habló de los costos, pero la recepcionista puso cara de perro cuando preguntó dónde vivían, pero sobre todo al ver las manos callosas del tano y la bolsa de arpillera en la que habían metido a los apurones la ropa del chico. Por supuesto, no podían negarse a la atención de urgencia, más en el estado en que lo habían traído. Esos pobres, tan ignorantes, debía estar pensando la secretaria designada para esa hora del sábado, ya de por sí irritada cuando podría estar pasándola bien con su novio. Cuando la urgencia pasara, ya hablarían del asunto.

-¿Está el doctor Saravia? -preguntó Grisel, con una ingenuidad rayana en la tontería que casi hizo reír a la secretaria, pero demostró, en cambio, indignación.

-El doctor no atiende a estas horas, señora.

Los padres se callaron la boca y se sentaron a esperar. Se habían llevado a Álvaro en una camilla, gimiendo de dolor, tapado con una sábana hasta la barbilla, y un camillero empujándola hacia una sala oscura tras una puerta a vaivén blanca.

Llegó Germán, le contaron las noticias que todavía no tenían, es decir, nada más que el desvelo y la preocupación.

-Andá a dormir- le dijo el padre.

Germán, en cambio, se sentó en una silla vacía, junto a ellos. Una hora después apareció un médico de guardapolvos.

-Buenas noches- dijo, estrechando la mano de los padres y revolviendo el pelo ensortijado de Germán a la vez que hacía un gesto de grata sorpresa.

-¿Pero cómo fue que te levantaste y no te vi?- bromeó.- Así que vos sos el gemelo, dos gotas de agua, bueno, casi, se van diferenciando con la edad, ¿no?

Ahora mirara a Grisel, intentando ser amable, rompiendo el hielo, pero su chiste resultaba tonto.

-¿Cómo está Álvaro?- preguntó ella.

-¿Qué tiene, doctor?- preguntó el padre.

-Faltan los análisis, pero parece apendicitis. No se preocupen, es una operación de rutina en estos tiempos.

-¿Pero cómo, lo van a operar?

Grisel se agarró al brazo del marido.

-Es necesario, señora. Miren- empezó a decir, aburrido de tener que explicar algo tan obvio en esos tiempos y que aquellas personas parecían no saber. Se explayó con una explicación de lo que es el apéndice y lo de costumbre. Lo escucharon pero el padre lo interrumpió, ya sabía todo eso, dijo.

-¿Y cuándo lo operan?

- Cuando tengamos todos los análisis, llamamos al cirujano.

-¿Pero usted quién es, doctor?

-El clínico de guardia, señor Libertella.

Se arrimó al hombre, le apretó suavemente un codo, como para entablar un lazo afectivo.

-Su hijo ya está sedado, pueden pasar a verlo un ratito, pero traten de no despertarlo, ahora que ya no sufre.

Germán me contó, al llamarme desde el teléfono público de la clínica un rato después, lo raro que le pareció esa frase. El médico parecía, en ese instante, un sacerdote. Me ofrecí en ir a verlo, le dije que mi viejo, en ese caso, no podía negármelo, y si lo hacía, me escapaba igual. Me dijo que no, sus padres estaban muy nerviosos, y mi presencia los inquietaría después de lo que había pasado entre las familias. Yo pensaba que tal vez mi viejo podría ayudar a pagar la clínica, o exceptuarlos, por su influencia, claro. Así se lo dije, Germán se los comentaría, pero no era el momento.

Para cuando fue el momento adecuado, él ya no pudo comentarles mi propuesta.

A las seis de la mañana se haría la operación. El doctor Aldo Saravia apareció a las cinco y media del domingo, se presentó todo atildado de traje y corbata y el pelo engominado, como si hubiese pasado la noche del sábado en una fiesta de gala, pulcro y sin signos de alcohol. No se lo veía cansado, sino atento a la preocupación de los Libertella.

Los hizo pasar a su oficina de la dirección. Hizo traer café y medialunas, y miró a Germán.

Y de pronto, se detuvo.

-No, señorita, le dijo a la secretaria que traía el desayuno. Al muchacho, nada.

Los padres se miraron con susto, la preocupación que se había ido suavizando en sus ánimos, recomenzaba.

El doctor Saravia, con modos austeros y parsimoniosos, sorbiendo la taza de café negro y dejando la taza sobre el plato, dijo:

-Ya me habían comentado algo, por supuesto. Pero ahora que veo al muchacho, me dio qué pensar.

Germán miraba a todos alternativamente, azorado, desde su silla.

-Dígame, señora. ¿Los gemelos nacieron de su primer parto?

-No, doctor. Tuvimos un chico antes que a ellos, pero se murió, ¿sabe?

Leopoldo intervino para apuntalar a su mujer, que se había interrumpido con un sollozo.

-Lo atropelló el tren, doctor.

-Lo siento mucho, no lo sabía. Pero volviendo al asunto...los gemelos suelen ser, casi sin excepción, un calco exacto, fisiológicamente hablando, por supuesto. Las influencias psicológicas son otra cosa. Lo he comprobado, como pediatra, en el noventa por ciento de los casos, y diría que en ese resto de excepción, tal vez me haya equivocado. La genética es exacta, somos nosotros, los médicos, los que erramos en determinarla.

Viendo que los ojos de los Libertella lo observaban si expresión alguna, como ojos de buey manso, decidió abreviar, aunque se previno en atenuar el impacto que esperaba.

-Como decía, los gemelos suelen sufrir exactamente las mismas enfermedades. Si se resfrían, tienen las mismas tendencias a la exposición de los gérmenes y la susceptibilidad de su sistema inmune. Ni hablar de las enfermedades de origen genético.

La estaba embarrando, por aclarar, se embarullaba. No solía tener que explicar estos casos a gente fuera de su ámbito habitual. En su consultorio gratuito mediaban las enfermeras y sus asistentes, y él era una mera presencia sabia que miraba y recetaba desde su escritorio y con su lapicera. Cuando se levantaba a revisar al paciente, se colocaba los guantes con parsimonia y palpaba o auscultaba en un silencio que todos respetaban. Los pacientes, incluso, no se animaban a preguntar nada, para eso estaban los asistentes.

-En resumen, les recomiendo que el hermanito sea operado también.

Los padres se movieron en sus asientos. Leopoldo dejó la taza y el plato en el escritorio.

-¿Cómo dice, doctor? No entiendo.

-Mire, señor Libertella. Los gemelos son como cajas de resonancia, a ver si me explico de esa manera. Están hechos del mismo material. Cuando algo se estropea en un auto, usted lo sabrá entender, aunque no sea importante, pronto afectará al resto de la maquinaria. Y lo que al principio le saldría barato, luego le costará un ojo de la cara. Y el auto estará muerto.

Los padres miraron al médico, y luego a Germán.

El consultorio, a las cinco y media de la mañana, o seis, casi, era una oficina de empresa fúnebre, de luminosidad tenue, artificial, fría, entrando por la rendija inferior de la puerta cerrada el tenue chiflete de la madrugada.

Germán me contó todo esto antes de que lo metieran al quirófano, pero lo apartaron del teléfono su madre y su padre. Los escuché decirle, antes de colgar, que era necesario, que era también por el bien de Álvaro.

Es necesario prevenir, les había dicho el doctor Saravia, con su sabia experiencia y con su extrema paciencia. ¿Qué otro médico, de tal eminencia, se molestaría en levantarse a las cinco de la mañana de un domingo para dedicarse por entero a un caso por el cual, todos los sabían por más que no se hubiese hablado de eso, no sería remunerado?

Pero en eso, precisamente, estaba la oportunidad. Los que pagaban debían recibir de manera acorde al precio estipulado. Los otros, únicamente lo necesario, que es tan variable como el caos.

En las variables se crían las justificaciones y se fabrican las coartadas. Por eso la hora de la cirugía se postergó hasta las ocho de la mañana, para preparar a Germán, que, sumiso, se dejó pinchar para los análisis, y desnudar mientras una enfermera lo aseaba en la cama de la clínica que habían designado para los hermanos. En la otra cama, sedado y con un suero que entraba por las venas de su brazo, estaba Álvaro, desnudo bajo las sábanas. Como él, esperaba la hora de entrar al quirófano, pero tenía la respiración agitada y el monitor cardíaco trepidaba como un caballo desbocado. Podía, incluso, oler la transpiración que le corría por la frente empapada y mojaba las sábanas.

La fiebre, eso era lo que él temía. No al dolor, sino al delirio a que lo llevaba la fiebre las pocas veces que recordaba haber estado en ese estado. En tales ocasiones, el otro Germán se colaba como un ladrón, sin llamar desde la tapia del patio, sin golpear la puerta del dormitorio, ni siquiera

haciendo sonar sus pasos de suelas viejas sobre los mosaicos. Entraba directamente en sus sueños de fiebre, y lo atormentaba con recuerdos que no podía utilizar cuando estaba lúcido: la bocina del tren como gritos de dinosaurios moribundos atronando la llanura de la pampa en tiempos prehistóricos, cuando no había nada en absoluto, salvo riachos plateados que eran muy parecidos ahora a los rieles acostados sobre la tierra, repercutiendo sus pasos sobre la superficie igual que las máquinas de hierro largas, tan extensas como esos dinosaurios acostados, arrastrados por los otros, los que los habían dominado y matado y luego arrastraban por la llanura entre los riachos. El Otro, el Muerto, Él mismo, recordando su pasado y peleando contra su propio cuerpo.

El cuerpo sobre la cama. Germán, a punto de ser abierto. Y la agonía de Álvaro se le ocurrió inevitable. ¿Cuál de los dos iba a morir?

Sabía, desde siempre, que estaba muerto, tal vez, y que su cuerpo, espejo del cuerpo de Álvaro, era una ilusión de los sentidos.

La cirugía se postergó hasta las diez de la mañana. Los análisis no habían salido del todo bien, pero el doctor Saravia dijo que no se preocuparan.

¿Y Álvaro? ¿Soportaría?

-¿Y la peritonitis, doctor? -le preguntó Leopoldo, ocultando la desconfianza, reprimiendo el miedo.

Saravia no esperaba eso. La pucha, debió pensar, las cosas que lee la gente.

-Unas horas no son nada en estos casos, señor Libertella. Incluso en ocasiones el estado se revierte por sí mismo. Unas horas de observación son necesarias.

A las diez llevaron a Álvaro al quirófano. Después de dos horas, el doctor Saravia salió con su ambo de cirugía, la cofia y el barbijo colgando del cuello. Sonrió, todo había salido bien. Ahora le tocaba a Germán. Pura rutina, dijo, media hora como máximo.

A las dos de la tarde del domingo Germán entró sobre la camilla, despierto, viendo el techo que caminaba en sentido contrario, las caras del médico y las enfermeras, tapadas. Sólo podía ver sus ojos, que eran profundos como caleidoscopios en continua espiral, entrando y saliendo de las profundidades del cráneo. Luego se durmió, y ya no puedo contar más. Lo que ocurrió quizá pueda imaginarse: batallas entre los muros de su

mente, el asedio del Otro, la fortaleza de su espíritu sitiada hasta el hambre irremediable, y finalmente el derrumbe de las murallas en un atronador retumbe de ladrillos y cascotes aplastando los cuerpos de la conciencia. Y en el foso formado por la hecatombe, ambos se encontraron, solos y únicos, gritando.

Y el eco fue uno solo.

Durante la tarde del domingo me quedé en casa. Intenté vencer el orgullo mal entendido y contarle todo a mi viejo. Él, conociendo tanto al padre del doctor Saravia, seguramente lograría obtener favores que de otro modo les sería imposible conseguir a los Libertella. Pensé en lo que saldría la factura de la clínica, incluso los retrasos y negligencias propias de las guardias dominicales, más aun tratándose de gente de pocos recursos. Todo eso junto, conspiraba contra la salud de Álvaro, pensaba yo. Y entonces pensé en Germán, en lo que me había dicho de que lo iban a operar “por si acaso”. Eso fue lo que él comprendió de todo aquel discurso del médico. Si lo operaban hoy no tendría que sentir el dolor que tuvo que soportar su hermano; sólo lo dormirían y al día siguiente se iría a casa. Había temblor en su voz, ¿cómo evitarlo? Los dientes le tiritaban al teléfono, y eso es lo que recuerdo más claramente, el absurdo repiqueteo de un esqueleto de película cómica, un histrionismo de pacotilla, un patético simbolismo final para su fatalidad.

No dije nada. Me callé la boca y esperé. Papá trabajaba en su estudio hasta la hora de la cena. No era trabajo, en realidad, sino escritos y lecturas relacionadas con su actividad, pero que le resultaban una especie de oasis entre las exigencias de los días de semana. Yo lo escuchaba teclear en la máquina de escribir, a una velocidad apabullante, a veces se interrumpía, puteaba en voz baja, arrancaba el papel del carro y lo arrugaba. Y comenzaba otra vez, tropezando con las teclas, hasta que las frases iban tomando velocidad por las autopistas asfaltadas de la inspiración.

Me quedé en el parque con árboles, oculto al bullicio acartonado de la siesta dominical: los autos, las voces de la confitería de la esquina, las bocinas destempladas de los colectivos. Un barrio residencial que iba tomando forma a medida que la música de Radio Nacional emitía sus sonos clásicos inundando las veredas y los adoquines, sembrando moho en las

paredes de las casonas como la nuestra, donde mi viejo y yo vivíamos solos, con mobiliario austero y que nunca fue cambiado desde que yo había nacido, el piano donde tocaba mi tía Aurora pero que ya no nos visitaba, y sobre todo los libros, que estaban en todas partes, estantes, escritorios, mesas de luz, sillas, y hasta en la cocina, porque mi viejo cocinaba, mal que bien, amenizando la espera ante las sartenes o la ollas con vueltas de páginas.

En la radio, la transmisión de una sinfonía de Beethoven se interrumpió abruptamente. El locutor anunciaba los hechos de violencia ocurridos en la peregrinación a la Basílica de Luján. Por esa época todavía no eran una costumbre establecida, sino meros eventos organizados por las diócesis, donde extrañamente coincidían los antagónicos objetivos de las diversas tendencias de la iglesia. Los curas de izquierda movilizaban sus barrios, que llegaron a ser multitudes, en esas peregrinaciones populares que demostraban la Fe, así, con mayúscula, de los pobres y explotados. Los obispos de derecha, conservadores y arrimados a los movimientos castrenses de la política no podían ser menos si pretendían mostrarse humanitarios según la doctrina cristiana. La opinión pública distinguía la diferencia, pero en los resultados poco importaba. Las masas del pueblo eran difíciles de predecir y sobre todo de controlar. Los hombres como mi viejo, intelectuales que en apariencia no tenían ideologías definidas, encausaban la opinión medianamente educada por los senderos de lo conservador y pacífico, pero bajo la superficie alimentaban los objetivos de los militares.

El pueblo había ido en masa ese fin de semana a la peregrinación. Habían salido de Liniers, y por la avenida Rivadavia primero y luego la ruta 7 fueron agregándose otras multitudes que comenzaron a emitir cantos y pancartas. Desde el sábado a la mañana venía pasando todo esto, pero el domingo a la tarde, al comenzar la misa, los desmanes ya eran incontrolables. La gente que había llegado luego de dejar cientos de otros tirados y acostados en el camino, se había amontonado en la entrada a la basílica, porque adentro ya no había lugar. La misa había sido interrumpida varias veces, y el sacerdote oficiante tuvo que ser reemplazado en tres ocasiones por discusiones que intentaban disimular detrás del atrio e incluso ante el altar, pero por sobre todo, miedo. Los tiros, en la plaza, eran truenos inciertos, esporádicos pero constantes. Asustaban con cada

detonación la atención de las mujeres que intentaban seguir la misa. Los ecos repercutían en los altos techos de la catedral, y hasta hubo pájaros muertos que caían de los nidos que solían formarse bajo las cúpulas.

A las seis de la tarde, la Quinta Sinfonía de Beethoven fue interrumpida definitivamente por los clarines de la marcha militar. Radio Nacional anunciaba el estado de sitio por cuarenta y ocho horas a raíz de los desmanes en Luján. La misa ya no era la de siempre, el cordero del sacrificio ya no era el Cristo representado en su cruz sobre una de las tantas columnas del templo, ni el símbolo de la hostia: un chico había sido arrastrado hacia el altar, y los sacerdotes, quién sabe de dónde habían salido o qué influencia los había invadido, como si regresaran en el tiempo a los templos paganos, o más precisamente hacia los inicios de la iglesia: el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo debía ser un inocente. El chico, contaba el locutor, asustado y temblando su voz al ser testigo del sacrificio, estaba desnudo sobre el altar, y la sangre manchaba los manteles blanco de borde con puntillas que las beatas de la diócesis habían cosido con hilo bendito.

Papá apareció en el parque y se quedó parado a mi lado, con una mano sobre mi hombro, las cejas fruncidas, escuchando la radio.

-¿Qué pasa?- pregunté.

Me indicó silencio.

La operación de Germán terminó a las seis de la tarde, según supe después. Había habido complicaciones, una reacción alérgica a la anestesia, dijeron primero, luego a los antibióticos. ¿Le habían extraído el apéndice, como a su hermano?, preguntaron los padres. El doctor Saravia, cansado luego de tantas horas de cirugía, se sacó los lentes, los limpió con una gasa, y dijo que todo había salido como lo esperaban. ¿Qué quería decir eso? Todo, hasta las complicaciones, habían sido tomadas en cuenta; pero como cualquier cirugía, tenía su margen de azar, todavía desconocido para la ciencia. La medicina no es una ciencia perfecta, dijo, mirando desde lo alto de su flaca estatura a los padres, que aunque robusto y fornido uno, y algo rellenita de carnes la otra, debían sustraerse a mirarlo desde abajo, como si Saravia fuese el Dios que estaba decidiendo sobre la vida de sus hijos. Ellos habían firmado el consentimiento para la operación, habían entendido que era necesaria aquella cirugía, porque el riesgo al que Álvaro

estaba sobrellevando con esfuerzo, tal vez Germán no podría soportarlo llegado el momento. Era mejor ahora, cuando estaba sano y fuerte.

Por los pasillos de la clínica se habló de los acontecimientos en Luján y de las repercusiones en las localidades aledañas. Un helicóptero se había estrellado contra la basílica luego de que grupos extremistas le dispararan. El gobierno no había salido a hablar, únicamente se sabía que el presidente subió a un tanque del ejército, concertando estrategias con gendarmería y la Fuerza Aérea. El doctor Saravia fue visto hablando por teléfono varias veces, en comunicaciones cortas, tal vez con su padre el general, del que se contaba se había desplazado con sus pelotones del ejército para sitiar a los extremistas. Bombas, incendios en los pastizales adyacentes al predio de la catedral, el inicio de asfixia en el interior de la nave central luego de que los gendarmes arrojaran bombas de gas lacrimógeno y otras más letales de las que nunca se hablaba en los medios, pero todos sabíamos que existían y se utilizaban. La misa del sacrificio, de la que tanto se habló después, no fue un simulacro, ni tampoco fue realizada por ateos de izquierda disfrazados de curas, como se dio a pensar al principio. Los asesores de medios del gobierno debían cambiar sus argumentos a medida que los opositores los destruían. La tan consabida irrupción de la izquierda, temida y combatida en el Senado, que amenazaba la costumbres argentinas asentadas en el catolicismo, no concordaba con las noticias de que los curas que habían preparado esa misa eran verdaderos eclesiásticos; y entonces, ahí surgió la gran represalia, si en la misma Iglesia germinaban los rebeldes, los que confundían a Cristo con un obrero de villa miseria, padre de ocho o diez hijos, bebido, drogado y de patas sucias, que se levantaba y violaba a su mujer y mandaba a trabajar a sus hijos, y todo eso porque no tenía educación, la misma que el peronismo le había quitado metiéndole pretensiones aristocráticas, o más bien de ciudadano de medio pelo.

Esos eran los que habían montado el espectáculo que no era tal, porque fue peor que una bomba en un colegio, o el incendio en una iglesia de Buenos Aires. Fue un acto simbólico que los extremistas habían planeado, quizá, durante mucho tiempo. Una catástrofe: las masas insubordinadas y violentas exacerbadas al límite de lo bestial: el cordero del sacrificio era un chico de clase media, de familia conservadora, sin antecedentes políticos ni militancia religiosa, sólo la curiosidad intelectual que los había llevado a

recorrer la misma ruta que la larga procesión, atrapados en su auto cuando todo comenzó: las ejecuciones a los costados de la ruta, sin preguntas, sólo por la apariencia de los rostros, la manera de vestir, la marca del auto y una breve palabra sentenciosa en la boca de los ejecutados.

A las diez de la noche, los gemelos Libertella estaba uno junto al otro, en camas distintas del mismo cuarto. Los padres velaban en la sala de espera, Leopoldo con una radio pegada a la oreja, escuchando las noticias. La madre yendo y viniendo de la habitación a la vereda para fumar.

A la madrugada hubo revuelo en la puerta del cuarto y el pasillo que conducía a él. Enfermeras, médicos de guardia, máquinas y carritos de curaciones fueron llevados al cuarto. El grito de Álvaro se escuchó claro y fuerte, hasta la calle, donde estaba Grisel. Ella entró corriendo pero Leopoldo le opuso el cuerpo y la apretó contra sí, conteniéndola, porque ella ya sabía lo que había pasado.

Su hijo muerto.

Pero nadie podría imaginar su cara al entrar al cuarto.

Dios, o la bestia que fuese, se había llevado otra vez a Germán.

5

Durante la noche, pocos se ocuparon de ellos. Las explicaciones fueron delegadas a los médicos asistentes: *shock anafiláctico* fue el diagnóstico asentado en el acta de defunción. Una reacción inesperada e impredecible. Todo eso, por supuesto, estaba contemplado en el consentimiento firmado por los padres.

Leopoldo estaba enfurecido, pero su mujer lo contenía con su angustia que requería su propia contención y consuelo, no podía dejarla sola para abandonarse a la onda expansiva de ira e impotencia con que se culpaba a sí mismo de su estupidez, de su imprevisión, de haber caído tan bajo para ser atrapado por las trampas de aquellos que aparentaban saber más, que sin duda sabían más, y por eso lo habían convencido.

Grisel lloraba porque ella había tenido la culpa, ella había insistido en ir a la clínica hasta que su marido se dio por vencido. Si hubieran ido al hospital, si le hubiera hecho caso a él, que tenía más experiencia de la calle, si no hubiera dejado solo a Germán, pero no, ése había sido el otro, pero éste como el otro... ambos habían muerto por su culpa. Uno por su negligencia materna, el otro por su irracional preocupación. Ella, llorando entre dientes, apretando con pavor la camisa de su esposo, casi rompiendo los botones, empapando el vello del pecho agitado de Leopoldo con sus lágrimas, se dijo que no sabía amar. Ella, la madre, no sabía cómo amar a sus hijos más que conduciéndolos a la muerte.

Se habían olvidado de Álvaro, que estaba despierto en su cama, viendo cómo se llevaban el cuerpo de su hermano envuelto en una bolsa negra con cierres, y luego sacaban las sábanas sucias de sangre y también el colchón, mugriento de secreciones. La sangre, la saliva y la orina de Germán, de la que ambos se burlaban y hacían alardes como todo varón que va descubriendo su cuerpo con jactancia y orgullo, con desparpajo y sin vergüenza. Y luego, observó la cama vacía, la ausencia del colchón que tanto extrañaría y aborrecería toda la vida, hasta el punto de que se dijo a sí mismo, mirando el techo y la ventana sucia donde su hermano había escrito una letra vengativa, que durante el resto de su vida buscaría la forma de reparar y limpiar los colchones de la gente, sacando la mugre o destruyéndolos si era necesario.

El doctor Saravia ya había dicho todo lo imprescindible, pero aunque quisiera, otras preocupaciones lo absorbieron esa madrugada. Habían traído a un chico herido en una ambulancia, a la cual siguieron varios patrulleros que por más que intentaran no llamar la atención, no pudieron evitar que los vecinos se levantaran ignorando que pronto amanecería lunes y la jornada de trabajo los reclamaría con impaciencia. Ellos, no obstante, bajaron a la calle desde los edificios de departamentos o salieron de sus casas bajas de las manzanas de alrededor. Con batas, con remeras y ojotas, se apelotonaron en la vereda, preguntando y observando todo aquel despliegue de fuerzas inhabitual y en el que adivinaban desplazamientos oficiales.

Traían al chico herido en Luján, la víctima del simulacro de sacrificio realizado por los extremistas en el altar de la Basílica. Habían seguido los acontecimientos en la radio durante el domingo, pero a pesar de las

alarmas, no creían del todo. ¿U sacrificio en Luján? ¿No hablaban figurativamente? ¿La misa católica no es, acaso, el simbolismo del Gran Sacrificio donde Dios ofrece a su único Hijo para redimir los pecados del mundo? Pero los periodistas habían hablado de un rito pagano, la mesa del altar como una piedra de sacrificio donde un chico desnudo había sido acostado con los brazos y piernas atadas en cruz, mientras el oro de los ornamentos levantados a altas alturas sobre el muro de la nave central simulaba con sus reflejos las llamas de un fuego ancestral y divino. ¿Acaso no es ése el significado del oro de la Iglesia? Los tesoros del Vaticano no tiemblan de pena, ni se funden a grandes temperaturas, sino que yacen en fríos sótanos con temperatura regulada para conservar los cuadros, las estatuas, los lingotes bajo la protección de las alarmas y las armas.

El ejército del Vaticano es también un ejército.

El chico herido tenía nueve años, dijeron. Había sido trasladado a la Clínica Saravia en vista del gran prestigio de su dueño, y claro, de las relaciones con el general que se había puesto al frente de contener los desmanes en Luján. Se habían eliminado a los cabecillas, se encargó de aclarar al día siguiente, en la conferencia de prensa ofrecida en Casa de Gobierno, junto al presidente de facto. Los responsables, disfrazados de curas, fueron ejecutados. Pero se corrió la voz de que había curas de verdad, curas de izquierda, curas de barrios pobres y de villas miserias que levantaban los ánimos de la muchedumbre descontenta. Esos también debían ser eliminados.

La Iglesia hizo un manifiesto en la Catedral Metropolitana, leído por el arzobispo Macabeo Magallanes, subido al cargo por nombramiento del pontífice, y, sin embargo, todos sabían el contenido del gobierno. El papa y sus intervenciones de paz en el conflicto con Chile, repetido a la largo del siglo una y otra vez, y luego con Inglaterra por las islas del Atlántico Sur, y con Paraguay que siempre reclamaba con resentimiento las antiguas luchas, y la lidia con Brasil a causa de las traiciones uruguayas.

Oficialismos que decantaban hasta formar cimientos en la mentalidad argentina, sobre los cuales se construían los atrofiados y estrambóticos edificios institucionales: leyes, reglamentos, decretos, autopistas estatales como inmensos desiertos de asfalto, monumentales centros comerciales que se llenaban de gente recorriendo locales vacíos como en museos abandonados, y los misteriosos galpones de arquitectura moderna que

nadie sabía con qué serían llenados: techos altos y hangares con aviones que no existían, por ahora. Hasta que alguno dijo, un político medio loco, quizá, entronizado en su falaz sensación de poder y desapego a lo convencional, a lo bien visto, que trajeron hornos y heladeras, grandes maquinarias industriales. Y se dijo, para contrarrestar las absurdas insinuaciones de ese doctor, que resultó llamarse Farías, de la rama disidente de esa familia, por supuesto, porque del resto era ya conocida la abnegación y dedicación al bien de la patria, que todas esas instalaciones eran producto del desarrollo industrial que la economía había hecho nacer desde el ascenso del gobierno actual. Dejadas de lado las politiquerías, dijo el general Saravia en aquella conferencia donde aprovechó los desmanes del domingo para hablar de todo lo que tenía guardado en su agenda negra, el país avanzaba, al fin, ignorando a los descontentos y desafiando a los oponentes.

El país es un campo de batalla, dijo, para terminar. Y los aplausos consintieron.

Entraron la camilla entre dos filas de gendarmes, la recibieron seis camilleros, dos a cada lado y los otros en los extremos, protegiendo al chico de los flashes de las cámaras. Ya amanecía, pero el pasillo hacia el quirófano era un largo trayecto lleno de voces extrañas y fantasmas blancos: enfermeras de rostros pálidos como sus delantales y médicos igual a búhos blancos con corbatas negras, sus leguas quizá, tan sarcásticas siempre, tan infestas como capullos de larvas.

Detrás, iba un hombre rubio, flaco, delgado, no muy alto, de ojos claros pero intensos. En sus manos había sangre seca, lo mismo que en su chomba y su vaquero. Era joven, demasiado para ser el padre del chico, aunque quién sabe, hay de todo, decían en las filas de vecinos infiltrados y que mandaban mensajes cuchicheados de boca en boca hacia los que esperaban afuera. Tanto revuelo era una bienvenida ruptura en la rutina diaria, donde las manifestaciones y los tiroteos ya había dejado de ser novedades peligrosas para convertirse en noticias parafraseadas en la radio.

El doctor Saravia lo detuvo con una mano sobre el pecho, con una confianza que en realidad era desprecio. No se conocían, probablemente,

pero cada uno había oído hablar del otro. Saravia tenía órdenes del general, su padre, y le dijo:

-Krakovsky, vaya a la recepción y llene los papeles como todo el mundo.

A la distancia, los gendarmes tenían los fusiles al frente, en evidente vigilancia del extraño. Porque era un extraño en medio de todo ellos: el hombre rubio que era muy parecido al chico que estaba en la camilla y desaparecía en la jaula del quirófano. Si hasta se asemejaba a un pajarito moribundo apedreado por chicos camorreros.

La víctima del atentado debía ser atendida, por supuesto, por la maquinaria estatal. La inocente víctima propiciatoria con la cual los extremistas habían intentado una sarcástica parodia de lo que acusaban al gobierno de facto. De esa manera tan poco sutil y tan trágicamente concebida, esperaban despertar la conciencia adormilada de la muchedumbre por los gases lacrimógenos, y sus no menos lacrimosos informes sobre las funestas lacras de la izquierda.

Los padres de Germán, parados ante la puerta de la habitación de Álvaro, que escuchaba las voces, los pasos y el chirriar de las camillas, conversaban con el polaco, que había llegado un rato antes, recriminándoles entre tragos de saliva amarga, no haberle avisado antes, haber pedido la ayuda necesaria y el consejo, por lo menos. Pero después de sentirse ofendido y mirar con pavor a ese par de ojos que lo observaban perdidos para siempre, se dio vuelta igual que ellos, al escuchar el apellido Krakovsky en boca de Saravia. Los Libertella pensaron por un instante que llamaban al polaco. El polaco creyó que lo buscaban con malos modos. Pero al darse vuelta, vio al hombrecito al que parecían custodiar los gendarmes a distancia, no un preso, todavía, sino un sospechoso. ¿Sino por qué razón los delincuentes habían elegido a esa familia en particular? Las víctimas a veces son cómplices, y en ocasiones más culpables que los perpetradores del delito.

Se le quedó mirando con fijeza. No podía quitarle la vista de encima, el corazón le latía con brusquedad, y por un instante creyó encontrarse en una realidad alternativa: su cuerpo clavado en la realidad de siempre, incapaz de moverse, detenido el tiempo para que sus ojos contemplasen la figura de aquel Krakovsky que era igual al que lo había perseguido desde siempre para conducirlo a las aguas. Lo vio bajar la cabeza ante la autoridad de Saravia, que, nervioso, corrió hacia las puertas del quirófano

que se abrieron presurosas; luego el hombre caminó hacia el mostrador, donde la secretaria, más asustada que él, probablemente, tomaba nota rellenando el formulario.

El nombre del chico era Agustín, y el hombre era su tío materno. Los padres habían muerto en la peregrinación. Ahora era el tutor de su sobrino. Y se llamaba Ariel Krakovsky, dijo, con una voz que parecía haber viajado varias generaciones para llegar a ese minuto exacto, y el acento era polaco, obviamente. Como si recién hubiese llegado al puerto de Buenos Aires, luego de haber navegado sobre las tormentosas olas del tiempo. Pero no era el olor del agua salada lo que ahora sintió el polaco, sino la dulce acritud de un río.

Se acercó a su tocayo, y hasta iniciaría la conversación con ese apelativo, porque no se le ocurría otra manera no de romper el hielo, sino ese muro de concreto de tragedias que se venía levantando alrededor de todos ellos. Pero cómo hacerlo sin sonar ridículo o trivial cuando tantas cosas estaban pasando, a ese hombre que acababa de perder a parte de su familia, y a los Libertella a los que se les había muerto a uno de sus hijos, y a él mismo que había perdido a un émulo, a uno de los suyos, no por familia ni parentesco alguno, sino por la idiosincrasia de su alma, por llamarlo de alguna manera, aquel que, como él, tenía una especie de alma paralela, un *doppelganger*, quizá.

Y a pesar de sus aprensiones, y al ver que al hombre lo rehuían todos excepto los periodistas que ya habían llegado a la madrugada con sus camionetas y sus equipos, sus cámaras, sus cables y micrófonos, peleándose con los policías y los soldados que intentaban tenerlos a raya con amenazas y fusiles al frente; pero no dejaban de vociferar y preguntar, hasta que uno de ellos logró colarse y llegar a donde estaba el tío del chico herido antes de que el polaco lograra acercarse, se le puso delante y preguntó una idiotez, que es lo único fiable que puede preguntar un periodista cuando no sabe nada y por algo hay que empezar.

El hombre se quedó boquiabierto, se notaba tímido, confundido, además de ajeno a todo ese barullo que no podía penetrar en el caparazón de pesadumbre con que se había rodeado. Entonces el polaco tiró de la manga del saco del periodista y lo empujó atrás. Se hizo el autoritario y muchos debieron creer que era un infiltrado de civil, un representante del gobierno bien camuflado. Ni atemperante ni desesperado, tuvo el ánimo acorde con

la circunstancia, tal vez por la larga experiencia con su *otro*, al que, quizá, estaba ayudando ahora a deshacerse de los molestos (y ayudándolo a realizar su cometido, probablemente, ese postergado fin que había estado esquivando toda mi vida).

-Gracias- le dijo el otro, sacando un pañuelo del bolsillo del pantalón, secándose el sudor de la cara y sonándose la nariz. Sus ojos eran tan claros como los suyos.

-No es nada, todos acá tenemos problemas.- Hizo una pausa y estiró la mano para saludarlo. -Mire, le soy sincero, no pude evitar escuchar lo que le dijo a la secretaria. No le pregunto por lo que pasó en Luján sino por su nombre. Yo me llamo igual que usted.

Lo miró con sorpresa, pero luego de escudriñarlo con los ojos, respondió:

-Debemos ser parientes, señor...

-Ariel Krakovsky.

Frunciendo el entrecejo, el otro buscó dónde sentarse.

El polaco lo agarró de un hombro, hizo una señal a los Libertella que seguían sentados donde los encargados de la funeraria les hacían preguntas y llenaban papeles, y fueron hasta una sala comedor, con macetas grandes con plantas altas que parecían pequeñas palmeras, y había un mostrador blanco.

-¿Qué quiere tomar?- preguntó el polaco.

El otro se encogió de hombros.

Encargó un desayuno para los dos.

-Imagino que no ha comido nada, y yo tampoco. Tengo una familia amiga que ha perdido a uno de sus hijos, por eso estoy acá. El padre es un gran amigo mío, y bueno, los acompaño, qué se le va a hacer.

El otro lo miraba de tanto en tanto, pero paseaba la vista por el techo y las paredes, acariciaba la mesa con mantel y repiqueteaba los dedos, y se sonaba la nariz con el pañuelo, a veces simplemente con los dedos que se limpiaba con una servilleta. Todo era pulcro en esa sala comedor. Algunos médicos que debían estar saliendo de la guardia desayunaban tranquilamente, sin hacerles caso a ellos ni al vocerío que llegaba de la calle. Una radio, a muy bajo volumen, transmitía noticias sobre el avance de las investigaciones.

-Usted perdone, señor...

-No sea tan formal, amigo mío, a lo mejor somos primos. ¿Usted de donde es?

-De Buenos Aires, como todos nosotros, ya sabe de los Krakovsky, tenemos fama. Pero yo nunca me metí con ellos.

-Lo entiendo, me pasa lo mismo, yo tengo un taller de colchonero, y hasta se han querido meter conmigo, hasta amenazas he recibido. Pero como soy de la familia, me dejaron en paz. Son primos, primos segundos, sobrinos, cuñados, etcétera, etcétera.

-Creo que usted y yo, por el parecido, venimos de la misma rama, de la condesa...

Ahí estaba el primer eslabón de la cadena, se dijo el polaco.

-Me hablaron de la condesa Natacha, la que murió loca en Santa Fe...

-Sí, de esa rama venimos, menos delincuente pero no menos fatal.

-¿Por qué lo dice?

El polaco, acostumbrado al mate y al ajeno a cualquier hora, sorbía el café con leche con lentitud, superando las náuseas. Quería comportarse bien ante el otro, mostrar seguridad.

-¡Qué sé yo! ¿Ha visto lo que nos ha pasado? Mi hermana, una Krakovsky, se casó con un intelectual, todo un escritor como mi cuñado, y argentino de pura cepa, bien criollo de espíritu y bien europeizado de educación. Hablábamos de todo con Nelson, si hasta educaba a Agustín en la libre conciencia abarcando tanto a Nietzsche como a San Agustín. De este último hablábamos en el auto cuando nos atacaron. Si estábamos en la ruta no por la peregrinación, sino como simples paseantes. Pero las ventanillas estaban abiertas, y nos escucharon. Por la radio habían estado comentando ciertos desmanes, pero no habíamos visto nada. Imaginamos que los militares debían estar haciendo de las suyas, lo mismo que los militantes de izquierda. Los peronistas, los radicales extremos, los curas de villa, todos mezclados, incluso los anarquistas, contra el gobierno. La pucha, primo, si me deja llamarlo así, disculpe este mar de lágrimas, me ahogo, primo...

Y agarró una mano del polaco, que se dejó asir pero sintiendo que no era una mano quien lo sujetaba, sino un garfio o simplemente un gancho oxidado. El polaco no vio doble sentido a lo que decía el otro, tal vez la esquizofrenia estuviese en el polaco, pero era tan parecido a lo que había estado sufriendo todos esos años, que era como si ante el fracaso, el otro

concentrase todas sus habilidades en ese hombre que tenía enfrente para penetrar su resistencia con esa mano, que al fin de cuentas no era más que una mano humana.

Ahora el otro lloraba, sin soltarlo, secándose las lágrimas con la manga del otro brazo.

-Vamos, primo- le dijo el polaco.- No se ponga así, ya se va a arreglar todo, mire, por algo nos encontramos en este mar de gente, ¿no?

El otro lo miró con ojos turbios, como si lo observase desde el fondo de un río. Y el polaco no pudo soportarlo más, se levantó y le palmeó la espalda. El otro, conmovido, protegido de la pesadumbre y el caos que los rodeaba, lo abrazó con fuerza y el polaco sintió que lo mojaba todo con sus lágrimas y sus mocos, como un chico de quince años encerrado en el cuerpo de un adulto. Y luego le dio un beso en la mejilla mientras lo abrazaba, como si quisiera matarlo con ese beso.

6

Esa tarde murió el chico. Lo sacaron del quirófano tapado con las sábanas manchadas de sangre sobre la camilla que se deslizaba con un chirrido de queja inconsolable, conducida por dos camilleros a cada lado, dos enfermeras al frente, y el doctor Saravia a la cabecera del muerto. Vistos así nomás, en ese pasillo blanco y austero como una sala de velatorio, parecían estar llevando un féretro blanco, los cuatro hombres de los costados eran los enterradores, las mujeres de adelante las monjas, y al final el doctor se asemejaba a un cura con su sobrepelliz blanca asistiendo al servicio de difuntos.

El tío del chico se quedó parado viendo pasar el cortejo, con los brazos cruzados y mordiéndose las uñas de una mano. No lloraba, porque ya le habían dicho, y además, ¿qué esperanza había? El mundo tal como lo había conocido, se venía abajo como el derrumbe de una catedral, y el único refugio consistía en ese edificio blanco con puertas de cristal por las cuales

observaban los muertos en vida: los vecinos, los ciudadanos y los periodistas, cuyos ojos destellaban los flashes.

El polaco no pudo dejarlo solo en medio del relampagueo de las luces de las cámaras que llegaban desde afuera, invasivas como testigos no deseados pero necesarios, por eso nadie las detuvo, ni siquiera los soldados que estaban a las puertas. El ojo de los fusiles es demasiado pequeño para devorar esa luz radiante que eterniza los instantes. El ojo del fusil no se lleva bien con ella, él mismo capaz de acabar con la eternidad en menos de un segundo.

Los Libertella seguían sentados en su sillón fuera de la habitación de Álvaro, y cuando el cortejo inesperado terminó de pasar por el pasillo algo estrecho, tanto que ellos debieron correr los pies para que la camilla y quienes la llevaban pudieran pasar, Grisela se levantó sin apartar del todo el pañuelo húmedo de su cara y entró al cuarto casi tanteando la puerta. El polaco miró al tano, y se detuvo a hablarle.

-Dos chicos en un día- dijo el padre de los gemelos.- Es lo que dicen en la radio.

El polaco entonces vio la radio de transistor tan pequeña que podía ocultarse en una palma contra la oreja. Apoyó la mano en el hombro de su amigo.

-Tengo que acompañar al pobre tipo- dijo el polaco.- Está medio perdido, y es un pariente al fin y al cabo.

-Andá, no te preocupés por nosotros. Si no fuera por Alvarito, mando todo al carajo.

-Tranquilo, che, tranquilo. Mirálo al tipo ese- dijo, señalando con la mirada al tío del chico que lloriqueaba como un chico, también. Se le murieron todos, y es igual que un pibe de quince años, ¿no te parece?

El tano se encogió de hombros, se llevó la radio a la oreja y prestó atención, levantando la mano para decirle al polaco que esperara.

-Los zurdos plantaron bandera en Plaza Congreso...ahora dicen que los milicos están tirando con todo, los tanques...están disparando... unos tipos subidos a la estatua...les dispararon, la tiraron abajo con gente y todo.

El tano apartó la radio de la oreja, pero seguía escuchándose la intermitencia de una marcha militar interrumpida por disparos y voces a gritos.

-Es una guerra, polaco.

-Así es, tano, como las que vieron nuestros viejos en Europa, o no tanto todavía, pero recién empieza.

La rutina interna de la clínica no se vio interrumpida. Los turnos programados fueron conservados, pero pocos fueron los que se animaron a acercarse a esa cuadra llena de periodistas y de gente. Sin embargo, durante el resto de la semana la normalidad fue recobrándose como esos enfermos moribundos que poco antes de la muerte presentan una extraña mejoría.

Los cuerpos de Germán Libertella y de Agustín Morales fueron puestos en la morque uno junto al otro. El martes, cuando llegaron de la funeraria para llevárselos, y abogado llegó con su bufete en pleno para presentar una orden de autopsia dictada por el juez.

El doctor Saravia leyó la orden. Se lo veía nervioso.

-Por favor, caballeros, pasen a mi oficina.

El abogado dejó a su gente custodiando los cuerpos.

-Mi padre, el general Saravia, interpondrá una querella a este desatino, señor.

-Como quiera, doctor, pero hasta que lo haga, los cuerpos permanecerán acá para garantizar que no sean robados. Mañana a primera hora llegarán los forenses.

-Es una vergüenza, señor-dijo Saravia, nervioso como nunca se lo había visto. Su ángel guardián y progenitor parecía haberlo abandonado. Alto y flaco, de cabello oscuro y con una barba que ya llevaba casi una semana sin afeitarse, con los ojos cansados luego de noches sin sueño y tres largas cirugías, parecía un Cristo roto, un judío deshonorado por sus pares. Así lo presentaron las caricaturas en la prensa en las siguientes semanas, y de manera más obscena aún en las pintadas de las paredes por las calles y veredas de Villa Luro.

Durante toda la semana hubo disturbios en Congreso y Plaza de Mayo, y en los barrios periféricos se levantaron barricadas con banderas rojas que justificaron la matanza que los militares hicieron todos esos días. Bombas en las fábricas paradas y levantadas en rebeldía a las órdenes castrenses, porque eso era el gobierno, o el Estado, mejor dicho, un cuartel que entablaba una guerra de ideologías para tapar lo que sucedía por debajo. Los chicos muertos, de pronto, fueron alzados como mártires en las pancartas, las banderas, los gritos de los combatientes. Y que fuesen de

izquierda o de centro o de derecha no importaba tanto como el hecho mismo de su muerte. Todo sirve para exacerbar los ánimos y dejar salir la jauría.

En el Congreso, funcionando tan diametralmente como lo venía haciendo desde hacía años, se entablaron sesiones para discutir si se permitía o no una investigación sobre los presuntos hechos denunciados por la izquierda. Los mandaban desde Rusia, decían los milicos, lo mantienen para hacernos la resistencia, para detener el progreso del país.

Se venía diciendo en la prensa y en la calle que los rumores eran ciertos, pero a nadie le sorprendía. ¿Por qué entonces, los zurdos, levantaban la perdiz justo ahora, por dos pibes, nomás, cuando tantos otros miles ya habían desaparecido del paisaje?

Se armaron querellas entre el poder judicial y el ejecutivo. Lo que uno demandaba el otro lo vetaba con un decreto. Detrás, estaban las armas, y cada negativa era seguida por nuevos enfrentamientos en las calles de Buenos Aires.

El cuartel de la Tablada y de El Palomar fueron cerrados y preparados para una guerra. La Avenida General Paz se convirtió en una barrera que pocos podían flanquear. Los zurdos, sin embargo, ganaban adeptos en aquellos que se habían mantenidos neutrales pero que ante un avasallamiento saltaban de ira al verse privados de ciertos privilegios: la posición y el apoyo que habían prestado al sistema. Algunos empresarios se dieron vuelta, muchos intelectuales hablaron en la prensa a favor de los Tribunales que querían investigar. No así mi padre, Castel Beltrame, que siguió evadiendo los tiros como un cisne que navega armoniosamente sobre aguas turbulentas.

Entonces comenzaron los allanamientos. El primero fue en la Clínica Saravia. No sé qué pasaba por la mente del doctor, si era inteligente o un pasmado, como dicen, si era un títere de su padre o un tarambana que no sabía más que de medicina y todo el resto se lo pasaba por las bolas, como decían aquellos que se jactaban de conocerlo. Aldo Saravia estaba casado, ¿pero con quién? La mujer con que lo habían visto en algunas cenas académicas era de esas mujeres que nadie recuerda luego al día siguiente. ¿Era linda o fea, joven o vieja? ¿Era profesional como el marido, o ama de casa? Tenía dos hijos, eso sí, pero muy pequeños todavía. Se había casado tarde, decían unos, por su dedicación a su carrera, otros comentaban que

su mujer había tenido varios abortos, algunos entre los dos hijos sobrevivientes.

La cuestión es que Aldo Saravia no era nada sin el apoyo de su padre, ni tampoco sin la protección de sus hermanos militares, por más que fuesen menores que él. El doctor era el cerebro inteligente de la familia, y los demás el fuego y la carne. Cuando todo se reveló, para pasar en poco tiempo tan desapercibido como si nunca se hubiese revelado, se dijo, basado supuestamente en los documentos que registraban confesiones, alegatos, interrogatorios y evidencias más o menos válidas, que el doctor Saravia era una especie de Frankenstein moderno.

Hubo juicios que se hicieron a puertas cerradas, y por eso los datos filtrados nunca fueron fidedignos, tanto por la exageración como por las nimiedades que se filtraban. La prensa presentaba a Saravia como un Mengele de pacotilla, con el que se decía había tenido encuentros en la clínica. Desde muchos años antes se desconocía el verdadero paradero de Joseph Mengele, y por supuesto, Argentina resultaba un paraíso tanto para los interesados en esconderse como para los que los buscaban.

El sistema, pavoroso, según definición de los medios de aquella época que lucaban hasta abusar con las viejas recetas y las costumbres estandarizadas, estaba basado en lo que podía compararse con una carnicería de barrio. La misma instalación en un lugar tan anónimo como en el que había sido abierta lo cantaba a gritos.

¿Dónde enconderse mejor que entre las ovejas para atrapar a las ovejas?

El lobo disfrazado, como lo caricaturizaron más tarde, tenía el cuerpo flaco y velludo, como Saravia, un escarpelo largo y filoso en una mano y una sierra en la otra. El guardapolvo blanco apenas tapaba el vello del cuerpo, y no ocultaba su sexo, pequeño e irrisorio, para denostar, de paso, la calidad de alfeñiques de sus hijos. ¿Por qué no exterminar la simiente, de paso, y evitar males mayores?

Los chicos que entraban a la clínica, sobre todo, pero también de hombres y mujeres, eran elegidos según su enfermedad y la gravedad que presentaban. No se seleccionaba a los moribundos ni a los enfermos terminales en particular, sino que eran buscados con especial cuidados aquellos que mejor salud representaban.

La demanda no era por vísceras enfermas.

Chicos como Germán, tal vez fueran muchos, pero no hubo forma de determinar cuáles ni la cantidad. El caso de Agustín Morales, al que los militantes llamaron “mártir”, había seguido el mismo camino, pero el doctor Saravia, quizá por costumbre o por cerrar los ojos a lo que se le veía venir encima, y tapándose los oídos a los gritos del general su padre en el teléfono o las bombas y manifestaciones en la calle, intentó seguir la rutina de siempre. La actuación de la cirugía en el teatro del quirófano, las costuras del cuerpo debidamente tapadas y envueltas con vendas, las manchas de sangre en los sitios adecuados, la anatomía alterada para que ni los padres se animasen a mirar o reconocer adecuadamente a sus propios hijos.

El doctor Aldo Saravia era un artista, y lo enorgullecía serlo.

Eso suponemos, y no soy el único que ha llegado a esa conclusión. Cuando todo pasó, y la clínica fue cerrada definitivamente, se deprimió como un artista, precisamente, y no como un hombre de ciencia, frío y calculador. Crio a sus dos hijos como una presencia ausente, y su mujer, fuese como fuese, se hundió en las pesadillas de los psicofármacos. Él, se decía, se sentaba a la tarde en el patio de la casa de Vicente López que pudieron conservar gracias a la influencia del padre durante un tiempo, luego se mudaron varias veces por diversas zonas, cuando el trabajo de médico ya no rendía, como un cazador que cambia de lugar al agotarse las presas. Cabizbajo por el peso de su altura, iba de barrio en barrio, hasta que recaló nuevamente en aquel del que había tenido que huir como un delincuente.

Cerca de la clínica cerrada, en la que aún se reconocían los letreros con el nombre en el frente, alquilaron una casa de una planta, padre, madre y los dos chicos. Uno mayor, que no hizo nada más que deambular por las esquinas, y otro que se llamaba Ignacio y murió muy chico, asesinado, dicen.

Retomando el hilo de la cuestión, el allanamiento fue ordenado por el juez Dávila, un hombre recto, decían, un hombre independiente del poder político y militar. Aún los había, aparentemente, pero como a todos, el tiempo se encargaría de ellos, en ellos mismos o en su descendencia, como sucedió con el juez. Pero basta de disquisiciones, por Dios, los hilos de la trama se mezclan y ya no sabe uno cuál es cual alrededor del nudo gordiano.

Llegaron los policías escoltando al juez y los fiscales. La policía de la capital tenía una gran pelea con las fuerzas del gobierno. Desobedientes, se regodeaban en hacerlas renegar con el único objetivo de no dejarles tomar la totalidad de la torta. En algo había que pararlos y hacerlos compartir el motín, esa era la opinión de la calle. Fue un viernes a la noche, día propicio para arremeter con todo aprovechando el receso del fin de semana. Las cosas se tapan más fácilmente y sábado o un domingo, quién sabe por qué razón: la pereza es necesaria, el olvido un viaje de placer, la ceguera una estadía en un albergue transitorio del cual salimos como unos bebés recién nacidos.

No hay sarcasmo en eso, como no lo hubo en lo que después de dio en describir como “la ratonera del Frankenstein criollo”. Yo más bien diría, como lo anunció mi viejo un día en que se atrevió con el tema, porque Ansaldi le dio el permiso y Gonzaga su beneplácito, ambos contentos de arremeter de una vez contra el poder del general Saravia aunque fuese transitoriamente, en un editorial del que se habló mucho tanto por su valentía, según el punto de vista, claro, y por la calidad de la narrativa (el escritor había vuelto por un rato, porque era lo que se necesitaba para ese artículo, el tono poéticamente evocador de la tan olvidada y amedrentada moral), era más correcto llamarlo “aprendiz de brujo” o, simplemente, discípulo mengeliano. En algún lugar estaba el viejo, es casi seguro que en cualquier casa de Buenos Aires, dándose ínfulas de maestro olvidado o profesor universitario con magra jubilación, quejándose de todo eso con su acento alemán en el almacén de la esquina, o en la carnicería, mientras rememoraba sus viejos tiempos al ver afilar el cuchillo tras el mostrador.

Experimentos los llamaron, pero fue, y sigue siendo, aunque no me conste y por más que sea de mi conveniencia ignorarlo, un comercio inapreciable y que nunca terminaría de crecer y de expandirse. Eso lo sabían muy bien los Krakovsky, que manejaban el contrabando en Buenos Aires y en todo el conurbano de la forma antigua, artesanal, y bizarra, en cierto modo, para estos tiempos. Valerse de las armas tradicionales, de las amenazas de viejo cuño, de la propaganda de boca en boca, cuando frente a su organización estaba un poder inconmensurablemente mayor, el poderío de las ametralladoras y los tanques utilizados a ultranza, el dinero que iba y venía por senderos internacionales que sólo los grandes empresarios podían utilizar. Pero los Krakovsky, empecinados como el que

más, obstinados como machos de barba y pelo en pecho por cogerse una mina metida entre ceja y ceja o por un fajo de billetes vistos a escondidas en el cajón de un escritorio de una caja de fletes, por ejemplo cualquiera, o quizá simplemente por el honor humillado y la frustración empecinada en destruirlos, se avinieron todos a denunciar a los milicos por lo que ellos habrían de llegar a hacer más tarde, probablemente, pero aún no podían por esos resabios católicos que conservaban de la vieja Europa. Su comercio eran las drogas, a menor y mediana escala, las armas de segunda mano y las puteros, que cada vez daban más guita. El patriarca Ezequiel era el mandamás, pero por encima estaba el senador Krakovsky que protegía a su clan desde el Congreso, manejaba los hilos de las leyes que les convenían, y no se amilanaba ante los milicos. Esta vez se mantuvo al margen, por lo menos aparentemente, dejando que la mala reputación de su familia cumpliera el rol de fachada para lo que él venía tramando: primero, la denuncia del contrabando de órganos que se ocultaba en la Clínica Saravia bajo el auspicio del general y el apoyo del gobierno; segundo, ganar ventajas para los negocios de su familia. Los Krakovsky eran expertos en ocupar los lugares vacíos, como los inmigrantes en general. Silla desocupada y tierra sin labrar eran permisos tácitos que los argentinos nunca comprendieron en su pereza latina, o lo que fuese. Si el juez Dávila era su compinche, no lo sabemos con certeza. Mucho más adelante, el hijo del juez y su nieto estuvieron metidos en extraños asuntos de maleantes y desapariciones, y si el juez actuó de buena intención o con fines ocultos, váyase a saber, porque hubo periodistas que se metieron con su familia por sus viajes a Salta y la frontera. Familia de caudillos provinciales, al fin de cuentas, el contrabando de cualquier cosa negociable se esfumaba en las fronteras inciertas en que la historia argentina es generosa.

El allanamiento fue el viernes y duró hasta cerca de las tres de la mañana. Los policías rompieron las puertas de vidrio que estallaron en esquirlas que pudieron haber lastimado a la poca gente que esperaba en la sala de espera. Unos fueron tomados como testigos, otros fueron arrojados a la calle. Las secretarías vigiladas para que no tocaran un solo papel de sus escritorios, las enfermeras obligadas a quedarse en las habitaciones con los pacientes, los médicos de turno, esposados en una habitación. Los soldados hicieron romper las cerraduras de las puertas interiores cerradas

con candados o con llaves, y que conducían a habitaciones dismanteladas o llenas de maquinarias inservibles, cestos de basura y material patológico. Una tras otra, las puertas fueron abiertas o derribadas, mientras los ayudantes del juez fotografiaban y toman notas minuciosas, observando con sus lentes o hasta con lupas en las etiquetas de los frascos y las bolsas rojas que estaban amontonadas en esas habitaciones o en cuartos adyacentes a donde había un enfermo recién operado o un moribundo. Con los guantes puestos, movían, desplazaban, despejaban los lugares para dar espacio a más bolsas. Todas olían mal: eran, probablemente, las habitaciones donde se amontaban los residuos descartables, lo que nunca se utilizaría: fragmentos de cuerpos, miembros gangrenados, huesos rotos, hígados cirróticos, pulmones colapsados, cerebros marchitos, cráneos aplastados.

Lo que no se vendería.

Lo que recogerían de las veredas junto al cordón los recolectores de basura en la noche, o los pordioseros o los locos o los perros, porque todos se parecen cuando el hambre y el horror hacen estragos en el alma, cuando el frío y la soledad los envuelve en un circuito huracanado del que no se vuelve.

Entonces llegaron al quirófano.

Primero, una sala no muy grande con las instalaciones habituales: camilla, luces con brazos colgando del techo, carritos de enfermería, cajas de instrumentación, monitores cardíacos, cestos de basura, siempre abundantes, porque el cuerpo, parece, se empecina en desechar más de lo que crea durante el tiempo de su vida, hasta que el resultado final es el cero absoluto, pero nada más que el símbolo armonioso de un contador que marca un indescifrable monto negativo.

Luego, detrás, las puertas de metal que conducían a los otros quirófanos, pequeñas salas a ambos lados de un pasillo como de hotel viejo, lo que debía quedar del edificio donde habían sido montada la clínica. En cada sala o habitación había una camilla, una luz de almacén colgando del techo y una caja de instrumentos quirúrgicos, vieja y oxidada, que más bien se parecía a la caja de herramientas de un ferretero. Pinzas de electricista, martillos, escoplos, gubias, sierras y serruchos. Y muchos baldes con formaldehído. Y guantes de goma tirados en el piso, y el olor de la grasa vieja y seca.

Los secretarios del juez hicieron respingos y se taparon la cara, con náuseas que retuvieron con éxito. Se repartieron barbijos. El doctor Saravia no estaba esa noche, se lo apresaría en su casa, así que un fiscal buscó a uno de los médicos de guardia para que los guiara en los nombres de los instrumentos encontrados. El tipo sabía más de lo que parecía, por eso contestó de mala gana. Su ambo, de impecable blancura, contrastaba con la suciedad de sus uñas. ¿Qué había estado haciendo?, le preguntó el juez. Escarbando en la concha de tu madre, le respondió. No era un médico, seguramente, no. Ellos no responden de tal manera, ellos no son tan maleducados, pero sí pueden ser más retorcidos que el resto de los hombres. Lo sacaron afuera y se lo llevaron en un patrullero.

Volvieron a las oficinas. Las secretarias, dos nada más a esa hora, resguardaban los archiveros de metal como dos penitenciarias, una flaca y muy linda, otra gorda y vieja, a ambos lados de los anaqueles, archiveros, estantes y escritorio, todo eso junto en una habitación que se caracterizaba por el olor a humedad, las paredes y el techo con manchas verdes y las moscas que se habían refugiado allí espantadas por el formol.

Les hicieron abrir los cajones cerrados con llaves. Obedecieron a regañadientes, la flaca asustada, la gorda enojada. Los archivos más altos eran inalcanzables, y uno de los secretarios se subió a una silla y abrió con la llave que le entregaron. No había orden ni clasificación, las letras de los archiveros eran meras distracciones para despistar a los curiosos. Quien buscara el nombre de un paciente sin autorización, necesitaría mucho tiempo y desperdicio de energía revisando hoja por hoja. Porque todo estaba, probablemente, construido con un código inventado por el doctor Saravia y memorizado por las secretarias en fragmentos en que cada una representaba una cifra parcial. Las únicas pruebas reales que podían condenar a Saravia y a todos ellos eran esas historias clínicas, con manuscritos ilegibles y nomenclatura a veces inventada.

Todo fue embalado y subido a las camionetas de la fiscalía y de la policía. Montañas de papelería vieja o nueva, instrumentos del quirófano, y las bolsas rojas o negras. A las tres de la mañana, terminaron las pesquisas, el personal arrestado, los testigos llevados a la comisaría a declarar, y la gente en la calle se fue a dormir luego de aquel espectáculo que estaban acostumbrados a ver de tanto en tanto, cuando los cuervos de los tribunales decidían comportarse en imitación de los buitres oficiales.

Durante todo ese tiempo, los Libertella fueron y vinieron de su casa a la clínica. Leopoldo no abría el negocio, sólo intentaba ponerse al día con los trabajos pendientes, lo que a su vez le servía para distraerse y no pensar en la amargura que lo agobiaba, mientras ella se quedaba en la clínica casi todo el día.

Después del allanamiento, los internados fueron evaluados por un comité de médicos designados por el juzgado. Unos fueron trasladados a otros lugares, Álvaro fue dado de alta y lo llevaron a su casa. Se quedó en su cuarto sin salir ni asomarse al patio trasero ni a la vereda. La cama de Germán, seguía ahí, lo mismo que su ropa en el placard, y un calzoncillo y una media tiradas en el suelo. Agarró esa media, jugó con ella entre los dedos, como cuando eran muy chicos y jugaban a los títeres, inventando historias.

¿Dónde estaría el otro miembro del par?

Como ellos, ya no la encontraría, seguramente. Un vulgar símbolo doméstico de lo que les había pasado a los gemelos. Pensó en el bebé muerto, el primer Germán, y en esa historia que su hermano había intentado explicarle un par de veces, desistiendo por vergüenza a que lo consideraran loco. Bueno, se había ido con el otro, o el otro había venido a buscarlo. ¿Y entonces quién era él, Álvaro? Si hasta entonces había considerado su identidad como parte de un todo, como la mitad de un conjunto, ¿qué quedaba de él sin esa mitad? La verdad era que nunca se había visto a sí mismo como una entidad, o una unidad, sin Germán. El otro lo complementaba necesariamente: era el blanco o el negro por el cual el contrario se destacaba. En esa diferencia de caracteres consistía la unidad, los dos extremos de un anillo, donde terminaba uno comenzaba el otro. Y lo mejor de todo era no saber con exactitud, ni siquiera ellos mismos, los límites exactos.

Escuchaba pasar el tren, ensimismándose en ese ruido que invadía la habitación y lo exceptuaba de las voces de sus padres, reclamando, discutiendo o llorando. El único sonido que empezó a rescatarlo en los meses que no quiso ir a la escuela y en el verano siguiente, era el sonido de la maquinaria del taller de su padre. El tren y la máquina de coser colchones, diferentes pero ambos con el ritmo sincopado de una música interna que lo amodorraba llevándolo a una especie de paraíso privado: el taller del polaco donde tantas tardes había esperado la salida del padre para volver a casa, haciendo la tarea en el escritorio de la oficina mientras el polaco paseaba entre las mesas de las costureras. Recién ahora se daba cuenta de que casi nunca habían estado los dos hermanos a la vez en el taller. Uno u otro, cumplían una especie de labor de sustitución. Incluso fantaseó, en ocasiones en que se peleaba con Germán, con la idea de que cuando estaba solo el otro no existía ni había existido nunca sino como una contraparte inventada por su mente.

¿A Germán le habría sucedido lo mismo? Nunca se lo preguntó porque sabía que la obsesión de la madre por el primer Germán había agobiado a su hermano. Seguramente pensaba en el otro cuando lo veía despierto por las noches, mirando por la ventana al patio que daba a las vías, o hablando solo y levantándose para cerrar o abrir la puerta de la habitación. ¿Eran tres, entonces?, pensó Álvaro al entrar al taller un día de febrero mientras su padre trabajaba, con el polaco sentado y fumando, hablando de abogados y de la querrela que habían presentado contra los Saravia.

Y recordó el día que Germán casi se había cortado los dedos con la máquina. Nunca había sabido bien lo que pasó, creyendo que se había vuelto medio loco como para matarse. ¿Pero no lo había visto hablar con alguien? Cuando uno habla consigo mismo, tiene la mirada baja y ensimismada, pero Germán siempre miraba adelante o giraba el cabeza asustado. Sin embargo, lo que quedó grabado en los ojos de Álvaro fue ver su misma cara llorando de desesperación al acurrucarse entre los brazos del padre. ¿Era él, Álvaro, el que así lo hacía, o Germán? ¿Y Germán, qué veía delante suyo, al otro o la imagen de un espejo?

Matemáticas y álgebra, tan simple y lógico como les habían enseñado en la escuela, *la propiedad transitiva de la igualdad*.

¿Qué hacer con ese conocimiento? ¿Acaso servía para combatir la pesadumbre, ese algo tan impalpable como el humo que penetra por todas

partes y lo obnubila, que ensombrece y reduce cada cosa a imágenes inciertas que pueden interpretarse como un ser amado o un monstruo?

Pero la música del taller atenuaba las incertidumbres y sobre todo envolvía las horas de la tarde en una ensoñación donde él se veía con una aguja gruesa entre los dedos, subiendo y bajando, penetrando el cuero viejo o la tela dura hasta lastimarse, y el pensamiento fluía desde los colchones llenos de resabios sucios, complejos y confusos: muertes, engaños, traiciones, violencia y asesinato.

Como una bruja, había adquirido la posibilidad de la videncia. Psicosis o don, al fin, daba lo mismo.

Fue así como el taller de colchonero se convirtió en su paraíso privado, centro de las iniquidades del mundo y que él exploraba como un antropólogo obseso. En los males, se regodeaba, y su malhumor fue creciendo con él, su simbiosis con lo austero y lo reservado, su amistad con el silencio de la palabra y la complicidad con el ruido de las máquinas. Algún día estallaría, el día de la *vendetta*, palabra que había escuchado del siciliano que su padre llevaba adentro. Tantas veces la escuchó desde entonces, que fue la palabra bendita nacida de la letra que había visto dibujada en la ventana sucia de la clínica, esa letra que Germán había dibujado antes de morir.

¿Cómo sé yo todo esto? La imaginación es el único sitio donde no es posible engañarse, y además, Álvaro me contó muchas de estas cosas con deliberado desorden, desconfiando siempre de mí, a quien le gustaba llamar *cuervo ilustre*.

Pasado un tiempo, ya mi viejo no me recriminaba el visitar a los Libertella, era yo un adolescente bien crecido que me mandaba a mudar por el centro y los puteros de Constitución todos los fines de semana. Una vez lo llevé a Álvaro. Fue por el centro, a unas cuadras del Obelisco. Estábamos empalmados como el símbolo porteño, me parece, porque buscamos y buscamos dando vueltas por Hipólito Yrigoyen o por Bernardo de Irigoyen, ya no me acuerdo cuál presidente que ya a nadie le importaba. Un antro de pasillos oscuros, escaleras angostas, balcón a la calle estrecha, sin cortinas, cama vieja y colchón rechinante. Ya desnudos y con la mina de turno, a la cual nos turnábamos en coger por todos lados, lo vi varias veces despuntar el vicio que ya estaba aprendiendo de su viejo: diagnosticar, palpando, la superficie del colchón. La puta se reía, yo lo dejaba hacer

porque en cierto modo admiraba su parsimonia, ese equilibrio inestable que había conseguido luego de la muerte de Germán.

Acabamos tres veces cada uno, y me metí al baño a mear. Cucaracha de por medio, me fui vistiendo, y Álvaro entró. Midió las posibilidades de lavarse el pene con el agua del grifo oxidado del lavatorio, y desistió. A las dos de la mañana caminamos por la Nueve de Julio hasta encontrar un barcito de mala muerte todavía abierto. No debía haber mucha diferencia cuando estaba cerrado, porque adentro no había nadie más que un tipo tras el mostrador, con cara torcida y metiéndose la mano en el pantalón excepto cuando la sacaba para traernos las botellas de cerveza.

-¿Qué te dije, Alvarito? Buena la pendeja, ¿no?

-Acostumbrada a las cabalgatas duras, seguro.

-Mejor, che, así no cuesta entrar.

No nos reíamos, hablábamos sin mirarnos. La calle era una tumba y la ciudad un cementerio.

-Todavía me tenés tirria, Alvarito- le dije, sin pensar. A esa hora de la noche, los rencores fluyen como de alcantarillas rebalsadas.

Me miró, asintiendo.

-Un llamado de tu viejo lo habría salvado.

Tenía razón, por supuesto, era lo mismo que había permanecido atascado en las cloacas de mi mente.

-Pero no le dije nada- contesté, dando vuelta el porrón vacío, jugando a romperlo.- Tenía miedo...

-¿A qué?

Me encogí de hombros.

-A deberle favores, supongo.

-Mi familia se los debería, en tal caso, a vos no te concernía pagarle nada.

Lo miré a la cara y creo que me comprendió, aunque no lo reconociera.

-Los hombres como mi viejo son duros de roer. Usan las leyes como armaduras.

-Y debajo no tienen nada.

Sí, Álvaro era un adivino de taller de costurero.

-Tenemos mierda, querido. La armadura es impenetrable y fatal.

-Ya te lo dije, Bautista. Sos un cuervo que crecerá digno a tu apelativo. Picoteando te vas abriendo paso.

No nos dijimos más esa noche, y creo que sólo lo vi un par de veces más en la calle, cruzando un saludo frío. Su barrio no era mi barrio.

Mientras Álvaro continuó su adolescencia y juventud aprendiendo el oficio de su padre, yo aprendí del mío la disciplina de escribir. Para mí fue tan natural el silencio de la biblioteca como para Álvaro el ruido del taller textil. Cuando terminé el Pellegrini, tuve que elegir carrera, claro que entre las que mi viejo me daba a optar, que no eran muchas. Elegí Filosofía y Letras, aunque él hubiese preferido Diplomacia o Derecho. De todos modos, estaba en su ambiente y él tenía los medios de rescatarme económicamente.

Una noche, cuando llegué del baile de graduación a las cuatro o cinco de la mañana, él me estaba esperando despierto. En el sofá, con el pantalón pijama y el torso desnudo, fumaba y tomaba un licor suave que lo mantenía despierto sin emborracharlo. En la radio, sonaba una sinfonía de Bruckner con esas largas frases que lo extasiaban. Cuando me vio caminar tambaleando y ojeroso, me dijo:

-Vení, sentáte, te hago y café.

Miré la hora.

-Quiero irme a dormir.

-Después...

Me agarró de los hombros, me sacó la corbata y el traje. Fue a la cocina, olí el café, y ya estaba medio dormido cuando volvió y me puso la taza bajo la nariz.

-Ahora que sos un hombre- dijo con evidente sarcasmo- decime si ya decidiste.

Le dije entonces que quería ser escritor.

-Escritor se nace, querido mío. Escribir no se elige, solamente se hace por necesidad. Pero entiendo lo que querés decir, te vi leer mucho durante estos años, y leí alguna cosa tuya. Ya sé, ya sé- me atajó- te revisé el escritorio. ¿Y qué querés, che? Con los amigos zurdos que te hiciste, ¿cómo no saber en qué se mete o en qué piensa mi hijo? Todos tenemos ideales cuando somos jóvenes, pero ya de viejos la realidad es la única verdad.

Se largó a reír luego de esa cita tan a contramano de su posición social.

-El viejo tiene razón, parece- le dije.

-A veces, che, como todos. Pero querido...- Papá se me acercó, me acarició la cara como hacía mucho que no pasaba, pero esta vez, en lugar de encontrarse con una piel suave, tocó la barba de un día.- Me gusta tu estilo, querido, usás una poesía rara en tus textos. No vas a ganar nada, pero eso se arregla.

-¿Y cuando vos no estés?

Era la primera vez que pensaba en la muerte de mi viejo, tanto él como su obra parecían eternos.

-Eso se arregla, te metés en un diario y escribís sobre la realidad, o sobre cómo debería ser para vos. Eso es tan ficticio como la literatura, Bautista. No te va a costar nada.

Tenía razón mi viejo. Teclear una máquina de escribir para crear o aniquilar mundos llegó a serme tan fácil y necesario como respirar.

Nos invitaron a una exhibición de la Fuerza Aérea en la Base de Morón. Digo nos, porque papá había empezado a llevarme a sus reuniones, conferencias y fiestas a las que valía la pena ir, dijo, para hacerme conocer en los círculos necesarios. La Academia de Letras, el Círculo de Periodistas, las innumerables reuniones en el Tortoni a la salida de los legisladores, y los téis en Harrods con los empresarios ingleses. Mi viejo hablaba con ellos como en su propio idioma, además del francés, y yo me quedaba cohibido con mis dieciocho años, esquivando miradas lascivas de los jóvenes de etiqueta, demasiado bien afeitados, demasiado bellos para ser deseables. Me gustaban, sin embargo, las meseras de la casa inglesa, su atildamiento, su seriedad cálida, como si esas manos que servían la mantequilla en rizados sobre el plato fueran del mismo material.

Pero en la ocasión de la que hablo, ya tenía yo veintipico de años, y un libro de ensayos en vías de publicación donde intentaba hablar, demasiado ideológicamente, de la confrontación entre Estado y particulares. Mi viejo me planteó sus resquemores, pero me dijo: "Tirá el hueso a los perros, nomás. Cuando vea cuáles lo comen, vas a saber mucho más que ahora. Con cada libro, Bautista, se avanza en el conocimiento de los hombres."

El evento fue un sábado a la tarde. El campo y las pistas, enormes e interminables. Aviones desvencijados usados como museos, el resto nuevos y de todo tamaño, hasta había dos Hércules recién estrenados. La exhibición no era pública, sino para el personal de las fuerzas y sus invitados civiles. Mi padre hablaba con tantos que yo desconocía, que una

hora después desistió de presentarme a cada uno. Le dije que me iba a dar una vuelta.

Recorrí los senderos de lajas, los de tierra y luego sobre el pasto. El sol del sábado caía a pleno sobre el campo desolado, donde los hangares estaban lejos y los aviones refulgían como pedazos de metal caídos del cielo. Aviones estrellados mucho tiempo antes, como barcos hundidos siglos antes. La turbiedad del agua era una asociación inmediatamente contraria al reflejo plateado y refulgente del sol sobre los aviones. Pensé en el polaco y su fantasma. ¿Qué sería de él, me pregunté? Los Libertella seguían con su negocio, la madre ya demasiado loca para hacer otra cosa que quedarse en casa, cosiendo y tarareando canciones inventadas donde mezclaba el nombre de sus hijos muertos (siempre el mismo y único nombre, por supuesto). El padre en el taller, entrenando a Álvaro. El polaco, según supe, vendió su negocio, que ahora era un mercado, donde una vez hubo máquinas de coser ahora había góndolas. El otro Ariel Krakovsky, el tío de Agustín se había hecho conocido por sus arengas en los diarios de oposición, con la muletilla de reclamar por la muerte de su familia, que al fin de cuentas había sido cometida por el mismo clan al que se fue uniendo paulatinamente a medida que avanzaba su furia de reivindicación. Lo que el clan Krakovsky había hecho en Luján había sido una necesidad para poner frente al mundo los crímenes del gobierno.

Nada de todo esto fue probado. La Clínica Saravia se cerró para siempre, pero el juicio por mala praxis y venta de órganos fue ralentizándose con los años. Un decreto, finalmente, vino a poner punto final a las investigaciones, que estaban trabadas. Sin embargo, los Krakovsky, entre los que había un par de buenos abogados de izquierda, decían tener los códigos para descifrar los libros de cuentas encontrados en Villa Luro. No lo rebelaban, claro, pero aseguraban que había nombres de empresarios y políticos extranjeros, y transferencias bancarias con el banco de Londres y con políticos de Brasil. De los Goncalves ya se sabía mucho, pero eran intocables con sus riquezas de Minas Gerais y sus solventes empresas funerarias. Fabricaban los mejores ataúdes del mundo, demasiado hermosos para no querer descansar en ellos toda una eternidad, y con esta propaganda de revistas dominicales seguían incorporando dinero a sus arcas y subvencionando guerras. La guerra en Corea, por ejemplo, había recibido montañas de barcos desde el Brasil.

Pero lo que ahora me llamó la atención, fueron los hangares en la base aérea. Estaban vacíos. Claro que los aviones habían sido sacados para la exhibición, pero lo que me llamó la atención fue el humo que salía por las chimeneas. No había nadie en el hangar más grande al que entré, donde el eco de mis zapatos repercutía desde el asfalto. Caminé con las manos a la espalda, como curioseando, casi silbando mientras miraba al techo de andamios, acero y chapa. Las luces estaban apagadas, pero el sol de la tarde penetraba por las aberturas. Y de pronto, vi las largas filas de metal junto a las paredes del fondo.

Me asustó el trueno de los motores. Los aviones habían comenzado su vuelo de exhibición, pero no me atraía nada de eso. Eran como pilotos acrobáticos de un circo que no pretendía divertir a nadie sino producir admiración por la fuerza mostrada en cada vuelo raudo, vuelta y giro, cruzándose peligrosamente, creando pretenciosas formaciones artísticas que remedaban con precario artificio las de las aves migratorias. Ellas graznaban, los aviones despedían estridentes combustiones de calor suficiente para matar a todas aquellas que se interpusieran al alcance de las turbinas.

Dentro del hangar, caminé hacia los hornos. Eso eran, todos iguales, industriales, enormes, conectados entre sí y con tubos que conducían hacia las chimeneas. ¿Para qué servían? Para cocinar, o quemar.

Yo trabajaba en *La Prensa* desde hacía seis meses. Me había hecho entrar un amigo de papá. El *affair Krakovsky*, como se lo dio en llamar, era un asunto siempre abierto a nuevas pistas. Estado y particulares, ese era mi interés por ese entonces, la forma en que ambos competían por las ganancias. Y las entradas mayores siempre eran de las que no podían revelarse las fuentes porque a la ley había que aparentar cumplirla, y para eso estaban los papeles, los expedientes y los abogados, y los escribanos y los jueces que abalaban.

Los códigos que las secretarias de la clínica habían revelado finalmente (nada se sabía de ellas, si estaban presas o muertas) mostraron direcciones, números y cuentas bancarias de una empresa de frigoríficos en Villa Devoto. Durante esos años hice mis deducciones imaginativas, escribí hipótesis que nunca publiqué ni mostré a mi viejo, porque estaba seguro de que era como contarle pavadas por lo conocidas. Él dejaba que yo me iniciara en el conocimiento del hombre argentino, del hombre

latinoamericano, metiéndome en los recovecos y los sótanos que conducían bajo los ríos y bajo el mar, hacia legendarias bóvedas llenas de lingotes de oro. La imaginación sustituye a la realidad, la exagera en muchas ocasiones, pero casi siempre acierta al construirla.

Aparatos refrigeradores vendidos al extranjero, además del litoral, Chile, Colombia, Estados Unidos, e Inglaterra. Los ingleses habían invertido mucho en nosotros, confiando en nuestra incapacidad de discernimiento. Los cuerpos llevados a Inglaterra, donde los campos verdes eran vergeles inventados por pintores bucólicos, servían de atractivo a los tipos que veían Europa como la utopía en el nombre de una empresa que era mezcla de secta religiosa abierta y flexible en su ideología, y de empresa de inversiones. Una mezcla fatalista donde los números prometían la salvación, y la salvación prometía premios.

Y los hornos en los campos de despegue.

Me acerqué a ellos mientras los aviones aplastaban los aplausos y los vítores, mientras mi viejo debía estar buscándome con la mirada preocupada, sin poder abandonar las gradas armadas para la oficialidad.

Vacíos todos ellos, limpios, sin olor a nada más que a metal, como si recién hubiesen sido comprados, o en realidad, limpiados pocos días antes. ¿Cuántos cadetes fueron utilizados para limpiar día y noche lo que fuera que hubiese sido quemado? ¿Ello sabrían? Por supuesto, pero en la obediencia debida estaba el fundamento de una fuerza militar.

Volví a salir, me reuní con mi viejo, y tuve la paciencia de saludar a todos los oficiales de uniforme, hablar con complicidad de la ventura del país, agarrar el auto, hacer la venia reglamentaria y cordial al guardia de la entrada, y tomar el camino hacia Buenos Aires. Y a la vez que yo conducía por Juan B. Justo y papá fumaba con la ventanilla abierta, le pregunté, o más bien le dije:

-Me pica el culo, viejo.

-Rascáte- contestó, pero en los ojos me adivinaba el pensamiento.- Linda metáfora la tuya, literato, para venir a decirme que querés contar tu descubrimiento.

-¿Cómo hago para aguantarme?

Yo miraba la calle, la gente cruzando por la esquina mientras esperábamos ante el semáforo en rojo. Un hombre con andador cruzaba

lentamente mientras el perrito le daba vueltas ladrando, como anunciando su paso, como abriéndole camino o defendiéndolo.

-No soy un moralista, viejo.

-Un intelectual siempre es un moralista, depende de la moral que defendás.

-¿No hay una sola, acaso?

Se rio tanto, que se puso a toser y tiró el cigarrillo por la ventana. Ya sabía yo que el cáncer comenzaba a asfixiarlo, pero su camino sería lento y muchas veces ignorado.

Me palmeó la cara con un bofetón cariñoso, como nunca recordaba que me hubiese dado.

-Ya estoy del otro lado, Bauti, no puedo darte una respuesta. Tenés que encontrarla solo, y de todos modos, querido, ya sabemos todas las respuestas de antemano. Lo atractivo de la pantomima en la que estamos metidos es esa pretensión de no saber nada, de creernos inocentes.

De pronto, el viejo y el perro se pararon en medio de la calle y el semáforo se puso en verde. Yo no podía avanzar, y los autos de atrás atronaron con sus bocinas a todo lo que daban. Le sonreí al viejo a través del parabrisas. Abrí la puerta, me bajé del auto. La gente en la vereda se paró a observarnos. Los otros conductores me puteaban y gritaban.

Yo levanté al perrito, un mestizo cualquiera, marrón y de hocico corto, que movía la cola de contento. Ayudé al viejo a terminar de cruzar, tenía la mirada perdida, tal vez senil, pensando haberse detenido no en cruce peatonal sino en un muelle desde donde contemplar el mar. Lo llevé del brazo hasta la vereda, dejé al perro a sus pies. Volví al auto haciendo un corte de manga a los tarados que me abucheaban. El semáforo había vuelto al rojo, así que mientras volvíamos a esperar, mi viejo me miró, encendió otro cigarrillo y no dijo nada.

Esa fue mi última buena acción, creo. Y me habría puesto a llorar sino no hubiera tenido que poner primera y avanzar otra vez en medio de una calle llenas de muertos que miraban.

El revés de la clínica ya había pasado por las fases acostumbradas para los procesos sociopolíticos. La atrocidad de los hechos primero, su trivialización por el abuso de los medios que los comunicaban, la tergiversación de las interpretaciones oficialistas, la utilización de éstas como argumentos por los opositores. Finalmente, la formación del olvido, que como una cicatriz se fue formando con lentitud pero eficacia sobre cada una de las heridas afrentadas a la dignidad constitucional.

No fue tanto la ignominia de los valores humanos pervertidos, como dijo mi viejo en uno de sus artículos, el más polémico, en el que expuso su más lancinante mirada crítica e independiente, hasta donde podía, claro. Porque ya dije que los Beltrame somos animales de supervivencia, ni carroñeros ni de presa, simplemente recogemos la paja del ojo ajeno y la vamos amontonando con nuestros picos de cuervos ilustres en nuestra biblioteca, en un sector dedicado al estudio del hombre. Y en los estantes se han formado con los años nidos apretados, imposibles de desarmar a riesgo de destruirlos, porque no pueden desmontarse las iniquidades para estudiarlas en un microscopio, ellas sólo aceptan la eterna oscuridad en la soledad o el incendio de sus corazones de paja.

No fue tanto, entonces, la perversión de la moral sea cual fuese, sino la alteración de la imperturbabilidad de las instituciones que el gobierno, como todo gobierno débil apoyado por las armas y obstinado en mantener las falacias sociopolíticas a ultranza, no podía permitir en la sociedad que lideraba. Las atrocidades de la clínica fueron rebautizadas como exageraciones de los medios opositores apoyados por las potencias extranjeras para amedrentar y hacer sucumbir el ser nacional. Risibles o no, las contradicciones logran su objetivo al confundir al sujeto al cual se dirigen, sobre todo si es la opinión pública. Los argentinos somos expertos malversadores, y hemos aprendido, no de la historia del mundo, ya que poco sacamos de lo leído, y poco también lo escuchado, sino de la experiencia del juego sobre el campo. Por eso nos gusta tanto el fútbol, esa asincronía de los tiempos, esa falacia de verdad y mentira construida sobre la cancha, cada jugada una estrategia inventada por los soldados que corren en su propio mundo, cómplices y víctimas de sus compañeros, expatriados de la razón y sucumbiendo en la apasionada marcha tras una pelota que es como un mundo que se escapa, el escudo y el arma al mismo

tiempo, la bala de cañón, quizá, para meter en el arcano corazón del enemigo. Hay más hipocresía e inteligencia en un partido de fútbol que en una batalla.

Luego de los discursos, los descargos y las interpretaciones, la investigación y el juicio consiguiente quedaron en la nada. Ya mencioné el camino seguido por el doctor Saravia. Sobre su familia, todo continuó igual, el general indemne con su cara de perro dispuesto a morder la mano que se le acercara, velando por sus otros tres hijos militares cuya carrera debía proteger.

Eso pasó hace años, y los Krakovsky continuaron siendo un emblema de oposición social más que política, usando medios violentos para tirar abajo lo que ellos llamaban el omnívoro poder de turno que se iba perpetuando en la casa de gobierno, con altibajos, eso sí, pero también con recalcitrante y poderosa insistencia. Para el gobierno, comenzaron a ser los extremistas de izquierda que recibían apoyo, y por supuesto que era cierto, de Rusia y los países socialistas. De ese modo, la resistencia que empezó siendo por el liderazgo del contrabando en un barrio y luego en una ciudad, se fue extendiendo al todo el país, uniendo los puntos de manera semejante a como se habían formado en el interior, con Dávila en Salta, por ejemplo, o los Ponce en Formosa, con una red de telarañas invisible para muchos, de fuerza tal, sin embargo, que resultaban cadenas iguales a aquellas utilizadas en una metalúrgica, que en manos de los hombres puede moldear una rueda tanto como un arma. Quizá el general Saravia se dijera, reflexionando con los restos de vicisitudes judaicas que tanto lo molestaban y de los que no podía sustraerse nunca del todo, que en la chispa primordial, primer descubrimiento humano, ya vela la autodestrucción.

Años después, no más de diez, cuando yo estaba solo en la casa de mi padre, mi viejo bajo tierra en una tumba del cementerio de Recoleta, el cuerpo molido por el cáncer y acorralado desde entonces por los batallones de gusanos; sentado en el escritorio de papá, escribiendo en su máquina de escribir sobre los golpes de estado, sobre la naturaleza de las fuerzas armadas, sobre la esencia, en fin, de la Constitución Nacional, estudiándola como si fuese la Biblia, y que era, como ésta, una copia de copias de copias, interminables fotocromos dando la ilusión de lo nuevo mientras conservamos la deliberada y necesaria ingenuidad. Y nosotros, los que nos

llamamos intelectuales, sucumbimos en la tontería de explorar un nido de avispas.

Un día escuché en la radio, un domingo por la tarde, interrumpiendo la sinfonía de Mahler (el canto del Fausto lamentando su impotencia y su iniquidad interceptado por el fuego), la caída de un Hércules en el Atlántico sur. Me erguí en la mecedora vieja que yo también usaba, como papá, para escuchar música con los pies apoyados en el escritorio, ajeno a las miradas, esquivo a las equivocaciones ajenas. Levanté el volumen para compensar la atrocidad de modulación del locutor. Un avión Hércules había caído al océano una hora después de despegar de las islas Malvinas. Su programa de vuelo había comenzado en Ezeiza y hecho escala en las islas, en un aeródromo todavía precario pero que solía utilizarse sin inconvenientes para llevar material y población militar a las bases de la Isla Soledad. Los *kelpers* no eran más que hombres y mujeres que querían que los dejaran tranquilos, y los abastecimientos militares argentinos rompían esa armonía que no hacía más que provocar al gobierno inglés. Entra ambas disyuntivas, los *kelpers* convivían entre la desgracia y la espada de Damocles de una guerra próxima. Si menciono esto es porque forma parte del quid de la cuestión. La soberanía argentina era dejada por sentado para quien quería hacerlo, no por versiones oficializadas ni por sentencias internacionales. Los ingleses, en cambio, tenían el derecho de conquista que tanta mala reputación les había dado, con motivos válidos o no, pero así era. El gobierno argentino tenía sus asentamientos militares, como en la Antártida, pero no población que fuese argentina por derecho propio, por lo menos eso es lo que se consideraba en la época. Los que vivíamos a miles de kilómetros en el continente, se nos enseñaba otra cosa: la usurpación extranjera de un lugar abismado casi al fin del mundo, casi también en medio del océano, por así decir, rodeado de niebla cubriendo territorios áridos de frío y de extraña vegetación, costas hostilizadas por el mar y abrumadas de roedores que observaban atentos desde sus madrigueras el ir y venir de los barcos que muchas veces encallaban y los aviones que sobrevolaban y a veces, también, se estrellaban, quién sabe por qué razón. Los cañones podían ser ocultados fácilmente entre los cardos altos y los fusiles eran como esqueletos abandonados en los llanos.

El avión había estado en la isla Soledad bajando provisiones para los soldados que cambiaban cada seis meses, según el reglamento, pero que

eran siempre los mismos en realidad, tipos solitarios que alimentaban el resentimiento sembrado en el continente. Un vuelo de rutina, decían, cada varios meses y sin fecha fija. El parte oficial no daba nada por cierto, más que la caída del avión a más de mil kilómetros al norte de las islas, a la altura del paralelo 40.

Iba rumbo a Londres.

Las primeras versiones oficiales se centraron en culpar a los ingleses. Un avión abatido era un hecho internacional tan grave que daba ocasión para iniciar una guerra justificada. El gobierno veía en esto la gran posibilidad para contrarrestar las versiones de corrupción y la resistencia opositora que venía gestando un nuevo período de más o menos inestable democracia. Si la Junta Militar mostraba patriotismo ante este atropello a la soberanía nacional, el apoyo popular sería inquebrantable.

Se sucedieron comunicados oficiales, reuniones diplomáticas, pero Londres mantenía un discreto silencio en comparación con la verborragia castrense en Buenos Aires. Los artículos llenos de insultos patrioterros se alternaban y se encarnizaban con aquellos que reclamaban prudencia e investigación. Nunca la discreción fue una virtud de las pasiones, más si son exacerbadas por intereses que desean mantenerse equívocos.

Seguí con mi trabajo en *La Prensa*, pero ya me sentía incómodo por las exigencias que la directiva me mandaba: escribir sobre esto o aquello y luego la lista de ítems a desarrollar. Me trataban como a un estudiante de periodismo, incluso como un pasante inexperto. Yo era hijo de Castel Beltrame, carajo, el intelectual, el economista político, el prestigioso abogado, el escritor reconocido. Un día, uno de los tantos secretarios afeminados y buchones que dan vueltas por las redacciones como ratas saltarinas o moscas de grande oídos, me plantó una pila de papeles sobre en escritorio, al lado de la máquina de escribir.

-¿Qué hacés, carajo? -le dije, cuando con su carga interrumpió el carro de la máquina. -¡Andá a mudar de acá!

Ya me conocía, y me sonrió con condescendencia. Era del jefe, obvio. Pispié unos renglones. Se trataba de la caída del avión. Largué lo que estaba haciendo y me puse a leer. Era toda una lista de ideas preconcebidas que tenía que armar para el próximo domingo en el suplemento especial. Bueno, era algo mejor que quedarme apoltronado en los recursos básicos de las noticias cotidianas. Pero eso de determinarme

consignas, ya me tenía las bolas llenas. Ni fu ni fa, me dije. Ése era mi humor en tales días y semanas posteriores a la caída del Hércules.

Me puse a filosofar poéticamente, un consejo que me había dado el viejo para relajarme y limpiar el terreno en donde debía sembrar las semillas de la creación. Hércules, me dije, reclinándome en el respaldo, encendiendo un cigarrillo, los pies en el escritorio y la vista fija en el techo del edificio de *La Prensa*, en el octavo piso sobre Avenida de Mayo. Imaginé las aguas frías del Atlántico sur y al legendario Hércules mitológico como un gigante con las aguas llegándole a los muslos y él avanzando hacia el noreste, lentamente. El torso desnudo y lleno de vello, el pelo largo y la barba espesa, las facciones ofuscadas y cansadas, los brazos combatiendo el vuelo de las Furias que se habían perpetrado contra él en forma de moscardones metalizados que disparaban molestos pinchazos que le provocaban más irritación que dolor. Y eso es lo que el gigante no soportaba, la incertidumbre de lo tan pequeño que no puede ser aplastado con certeza porque se escabulle entre sus dedos. De pronto, sucumbe. Las piernas se le debilitan, y no comprende qué le pasa, a él, tan fuerte, tan invencible siempre, los músculos se ablandan y no le responden, y cae de rodillas en el océano, y las aguas les llegan a los hombros y aun así manotea el aire contra las Furias metalizadas que picotean a distancia, y son tantas que forman escuadrones alrededor de su cabeza. Hércules piensa ahora nada más que en la mujer que lo espera muy lejos, hilvanando y deshilvanando hipótesis de vida y de muerte. Ya nunca volverá a verla. Hércules hunde su cabeza en el agua, y el canto de las sirenas que una vez lo sedujeran hasta el éxtasis, regresaron en la boca de las Parcas.

No estaba dispuesto a renegar de mi arte. Si carecía del lirismo shakespeariano, aspiraba a las encumbradas reflexiones orwellianas que venían haciendo estragos en la literatura contemporánea. Demasiado pedir, incluso eso, no lo niego. Pero una escalera de cinco peldaños no permite subir más cuando se llega al quinto, en cambio en las otras, quién sabe hasta qué altura nos llevará nuestra ambición.

Dejé las “instrucciones” del modelo para armar, y empecé a revolver en la basura de los diarios viejos, de pocas semanas, unos meses, a lo sumo. El nombre de Nelson Morales, el padre de Agustín, había sido repudiado por la prensa oficialista como un intelectual de izquierda; el motivo: su apego a la teología agustiniana, un socialismo no ateo pero afiliado a la doctrina de

los catecismos de barrio pobre y las sociedades de ayuda mutua. Fue entonces que su cuñado Ariel Krakovsky decidiera asomar la cabeza del caparazón con el que se había cubierto de los embates periodísticos y del gobierno. La muerte del sobrino parecía no haber sido suficiente, o por lo menos debía pensar que no debía prostituirse la memoria del chico con los abusos de una ideología, cualquiera fuese. Pero cuando atacaron la obra de su cuñado, a quien admiraba, el mismo que fue su compañero de universidad antes de casarse con su hermana, salió del escondite, publicó un panfleto indudablemente acusador y doblemente revelador, porque a la vez que develaba los crímenes del doctor Saravia, subordinaba a éste al terrorismo oficialista. Puso nombres y apellidos, dijo todo lo que su cuñado y casi todos los intelectuales mínimamente interesados sabían desde mucho tiempo antes, quizá desde la década del treinta cuando el poder castrense se apoderó del poder con derecho semi constitucionales, pero ya antes venía derribando rivales, Yrigoyen y otros. Las fachadas ideológicas eran terriblemente certeras y eficaces, tanto que ya no se sabía cuál era la careta derrumbada en cada revolución.

El tocayo del polaco tuvo sus largos meses de fama. Los Krakovsky lo protegieron aun cuando el tipo, ahora más fuerte de cuerpo, más robusto, ya no parecía un adolescente asustado sino un hombre seguro de sí mismo que se mirara al espejo de cuerpo entero y contemplara el crecimiento de sus miembros tanto como el desarrollo de sus ideas y sus convicciones. Artemio Krakovsky, el diputado que estaba en campaña por la senaduría lo mandó llamar, pero a esas alturas Ariel tenía ya más influencia que él. Se reunieron en el despacho del abogado, que continuaba en su bufete defendiendo causas perdidas porque competía contra un estado demasiado grande para su influencia. Iban a verlo muchos que se sabían perdidos de antemano, incluso aquellos que cometieron fraudes impositivos o estaban siendo procesados por crímenes anarquistas. Los descendientes de italianos llenaban su despacho desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, entre polacos, claro, y los rusos que nadie sabía si eran rusos o de cualquier otra nación pequeña embebida por la Unión Soviética. El despacho estaba en el barrio de Monserrat, en un edificio casi colonial cuyas ventanas daban a la vereda empedrada y estrecha que vio sus vidrios rotos incontables veces por los atentados de que era objeto. Nadie en el gobierno, sin embargo, lo consideraba importante. Artemio Krakovsky era

un leguleyo aficionado a la ley, ni pistola llevaba, como tantos otros, ni sabía disparar más que con palabras que casi nadie comprendía tanto por su complejidad académica como por el acento polaco del que toda su parentela se jactaba.

Lo hizo sentarse en el sillón antiguo como todo el mobiliario, una tarde a las siete, cuando ya oscurecía y el cielo encapotado del invierno porteño era una masa pegajosa de humedad que extendía sus dedos de lluvia fina por la ventana.

-¿Cierro, doctor?- preguntó la secretaria, una mujer de cincuenta años, delgada, linda todavía, tal vez amante del diputado.

-Haga lo que quiera, Mirta.

Mirta, acostumbrada al mal humor de su jefe consideró la respuesta casi una alabanza en relación con otras veces. Prefería el silencio de verlo trabajar, transcribir sus manuscritos, corregir su agenda como podía, porque él hacía y deshacía los horarios como se le daba la gana. A veces, intempestivamente, salía corriendo al Congreso y dejaba esperando a muchas personas que regresaban una y otra vez, hasta que un día desaparecían sin que nadie preguntara el motivo.

-Váyase a casa, Mirta. No la necesito esta noche.

-Está bien, doctor. ¿Y qué le digo a la gente que espera? Mire que hay como diez...

-Mándelos al carajo, Mirta. ¡A mí qué me importa!

El doctor hablaba sin despegar los ojos de la carpeta sobre su escritorio ni la mano del cigarrillo. La secretaria salió del despacho cerrando la puerta con delicadeza, y las voces de reclamo fueron silenciadas de repente.

-¿Usted se da cuenta, compadre? -le dijo a Ariel, sentado frente al escritorio, pero cerca de la ventana por donde entraba una triste brisa fresca. -¿Acaso espera que yo les arregle todos sus asuntos? Hasta de casamentero me han pedido que haga...

Una sonrisa dulcificó su rostro cubierto de una piel gruesa que alguna vez había sido rubicunda y suave, pero ahora tenía barba dura y entrecana, y cicatrices de viruela. Los anteojos le cabalgaban la nariz, y cada vez que levantaba la vista el reflejo molestaba a quien lo miraba, como una especie de distracción con la que parecía desarmar a su interlocutor.

-¿A qué me mandó llamar, doctor?- preguntó Ariel.

-Vea, compadre. Los dos sabemos cómo viene la mano, y nos dedicamos a lo mismo.

-No me parece, doctor. Usted busca un asiento en el senado.

-Y usted uno en el cementerio.

-Me voy salvando.

-¿Y gracias a quién?

Ariel se encogió de hombros.

-No mire al techo, porque Dios vive tan alto que ni se da cuenta cuando nos pisa. No nos hagamos los gallitos de pelea porque acá hay perros más bravos que combatir, compadre.

Fue así como se convirtió en el caballito de batalla de futuro senador. El doctor Krakovsky ahora tenía un objetivo concreto que liderar, y su discurso se fue alimentando con elementos combativos que antes había rechazado por melindroso o por cobarde, debía reconocerlo. Se dejó influir por los Krakovsky de los barrios bajos que sabían lucraban con la droga y los prostíbulos, pero no había más que hacer si quería entrar al senado. Sin él y los suyos, el poder de la derecha extendería su santificada sentencia sin frenos. ¿Pero acaso era tan abnegado como lo pinto? No, buscaba, también, dinero. Un buen pasar debía ser suficiente para él a su edad, y si trabajaba de más y con tanta mala sangre era porque quería y le gustaba su profesión. ¿Dinero para qué? Para comprar la senaduría, por supuesto. Los Krakovsky se metían en la sala de espera, simulaban esperar y esperaban, una o cinco horas, como cualquier hijo de vecino. Valía la pena estar en esa sala colonial de techos altos, con el fajo en el bolsillo o los documentos necesarios de la aduana. Mirta sabía cuáles eran de todos aquellos que aguardaban sentados en los sillones o parados apoyando la espalda en las paredes. A veces el llanto de un chico rompía el silencio de las toses y los murmullos, y la madre explicaba a la secretaria que no tenía con quién dejarlo, y manoteaba al chico con impaciencia. Mirta hacía la vista gorda, hasta a veces ofrecía café o té a los más pacientes de todos.

Los Krakovsky adoraban el estudio del doctor más que verlo hablar en el congreso, que funcionaba a veces sí y a veces no. Pero cuando ellos triunfaran, la democracia se encargaría de velar por el senador. La anarquía es un sentimiento contradictorio, me dije muchas veces al leer esos panfletos que redactaba Ariel. La teodicea agustiniana se había

convertido en un germen de venganza que crecía lentamente bajo los vestidos de la justicia y la institucionalidad.

La *vendetta* volvió a tomar auge, la palabra que el polaco le había aconsejado a Germán para combatir al *otro* y mantenerlo a raya. Y el otro puede ser cualquiera, al fin de cuentas, o todos los demás juntos.

9

Las averiguaciones sobre la caída del Hércules estaban en manos del estado. Las postergaciones fueron el alma mater del asunto durante mucho tiempo. Las versiones sobre un ataque inglés perdieron fuerza y se habló de una falla técnica o humana. Los restos de la máquina se encontraron dispersos en muchos kilómetros en el fondo del mar, en incontables trozos de todo tamaño y estado, y hubo muchos que no pudieron hallarse, incluida la “caja negra” donde se suponía se grababan las conversaciones de los pilotos y registros de los tableros.

Las gestiones diplomáticas calmaron los ímpetus patrióticos del principio, nadie veía con agrado una guerra con el Reino Unido, y entonces el gobierno inglés mandó profesionales y maquinaria de exploración submarina de las que nosotros carecíamos. Se rescataron fragmentos, pero no cuerpos humanos, era imposible, claro, después de tanto tiempo. El retraso había cumplido su objeto, decían algunos, y no fue Ariel el que primero se encargó de manifestarlo. Es más, no habló ni apareció en los medios de prensa. Su ausencia fue adjudicada por el gobierno como una deserción a la batalla que venía combatiendo con ellos, y por parte de la oposición se hizo un silencio preocupante. Se insinuó que los militares lo habían hecho desaparecer. Bajo la protección de los Krakovsky, me resultaba extraña esta última hipótesis. Si bien los milicos no se caracterizaban por la sutileza de sus medios, resultaba incongruente que coincidiera con el atentado del avión.

Fui a hacerle una entrevista a Artemio Krakovsky, con esa excusa esperaba obtener, por los menos, insinuaciones del paradero de Ariel. Me recibió en su estudio luego de atravesar las filas de personas que siempre aguardaban las míseras migajas de sus favores. La secretaria nos sirvió café. Yo no llevaba fotógrafo ni grabador, solía recordar las conversaciones con tanta precisión que hasta me acusaban de inventarlas.

-La desaparición del conductor espiritual de la campaña es preocupante, doctor.

- ¿Y a usted qué le preocupa, su silencio o su desaparición?

-Si fuese el silencio solamente, a ustedes les incumbe nada más. Al fin de cuentas, el tío de Agustín es su caballito de batalla. Si desistió en su intento, no me asombraría, la batalla es demasiado para muchos más fuerte que él. La desaparición, digamos, es más grave; si lo mataron, es extraño la falta de reclamo de ustedes, que obtuvieron tanto de él, que atrajo masas de gente con su tragedia. Agustín Morales no obtendrá justicia.

El abogado se rio de lo lindo.

-Usted debería ser político, mi amigo. Pero bueno, como periodista puede mentir a sabiendas y sin que le reclamen nada, por lo menos no demasiado. Cambiando de diario se arregla el asunto.

Esperé una respuesta. Se apoltronó en su sillón tras el escritorio.

-No sé nada, Beltrame, del paradero de nuestro amigo. Escriba eso, en lugar de inventar.

La duda sembrada era más eficaz, el diputado lo sabía. Su partido había obtenido lo que necesitaba para imponer las elecciones el año próximo, y el abogado tenía la senaduría garantizada.

Salí del estudio y regresé a la redacción. Tarde de invierno sobre Avenida de Mayo, humedad en las paredes que parecían chorrear lágrimas de desazón y hastío. Me sentía bloqueado no por la falta de inspiración creativa sino por la ausencia de motivos de mi vida. Solo en un departamento grande donde la sombra de mi viejo estaba en todas partes, su voz al enseñarme sobre historia, y su ronca tos al compás de la exhalación del humo del cigarrillo al hablarme de literatura o leer un pasaje de una novela de Conrad que tanto le gustaban. El mar inundaba el departamento, las olas y su sinrazón combatiendo a los hombres hasta exterminarlos uno por uno.

La tarde moría en las oficinas. Las máquinas de escribir se detenían paulatinamente a medida que los hombres se iban, y el sonido del ascensor se llevaba las voces y las sombras humanas. Y la penumbra de la noche entraba por el ventanal, combatida por las luces del techo, blancas, osificando el aire hasta convertirse en una estatua sentada con los pies sobre el escritorio, y el humo de mi cigarrillo era lo único vivo en esta noche que se avecinaba con bocinas lejanas que llegaban del fondo de la calle como si viniesen del averno.

Extrañaba la voz de mi padre. Encendí la radio. Una sonata de Beethoven, tal vez, el *Claro de luna* que escuché en los dedos de tía Aurora cuando era chico. De tanta pesadumbre me escapaba al barrio de los hermanos Libertella. Allí sentía que mi identidad se disfrazaba, que actuaba como otro, que rescataba de mi mente contradicciones que me hacían sentir distinto. ¿Aborrecía, acaso, de mi esencia, de mi familia, de mi heredad? Necesitaba el contraste para comprenderme, o aceptarme. Lo de *cuervo ilustre* fue una iluminación de Álvaro Libertella, pero quien me había visto así por primera vez fue Germán.

Decidí, esa noche, visitar de nuevo el barrio de Villa Luro.

Tomé el tren, como lo hacía en aquellos años. Fue un día de semana, creo que un miércoles, a comienzos de agosto, días fríos y húmedos y lluviosos, al contrario de julio, cuando el frío tiende a ser seco y soleado, o brumoso sin lluvia. El cielo encapotado sobre las vías acompañaba mi tristeza de adolescente, pero ahora la mugre chorreaba de las paredes interiores del vagón, y el olor de la orina crecía hasta impregnarse en la memoria como un engrudo.

Apenas bajé en la estación, vi el patio posterior de la colchonería. Subí y bajé el paso peatonal sobre las vías, crucé el senderito de pastos que tantas veces habían pisado la calle cortada. En la esquina, la puerta estaba abierta y se escuchaba el motor de las máquinas.

Entré sin pedir permiso, el mostrador envejecido prematuramente, el olor a pegamento y cuero, y el olor de la orina de los colchones. Me tapé la nariz un segundo, en plena penumbra del interior.

-¿Qué hacés acá? -dijo la voz desde la puerta que daba al taller. Ni admonición ni bienvenida, sólo un saludo de rutina.

-Álvaro, viejo querido. Te extrañaba- le dije.

No abrazamos debidamente. Álvaro tenía el delantal de cuero, y la transpiración del cuerpo velludo bajo la camisa.

Me hizo pasar al fondo. Un viejo estaba martillando unas chinchas sobre un cartón duro. Álvaro dijo:

-Papá, vino Bautista.

No reconocí a Leopoldo Libertella en ese viejo que levantó la mirada ciega.

-Perdió la vista hace un año, ya venía mal de hace rato. El tufo del pegamento, ¿entendés?

Sí, años y años con los ojos encima de las superficies en donde esparcía con espátulas el engrudo que quién sabe qué contenía. Fui a saludarlo, me sonrió al reconocer mi voz, le di la mano y apreté sus dedos sarmentosos.

-¿Y tu madre?

-Se murió hace cinco años. Mejor para ella y para todos, estaba loca, demente, qué sé yo.

No sentamos en la cocina a tomar unos mates. En silencio, observé su cuerpo, fornido por el ejercicio de cargar colchones durante esos años.

-¿No te casaste?- le pregunté.

-¿Para qué, me querés decir?- se rio.

-Por lo menos para calentar la cama- le dije.

-Para eso están los perros, también. Y de putas, acá a la vuelta se aparecen todas las noches, como los gatos, De vez en cuando, alguno entra.

Volvíamos a tener confianza, más ahora que éramos adultos. De chicos, competíamos por el liderazgo de nuestro trío, los gemelos y yo. Nunca hubo un jefe definitivo, nuestras inteligencias se alternaban. Pero ahora que Germán ya no estaba, no parecía haber motivo de competencia.

-¿Y vos, che?

Me encogí de hombros.

-Cuando las bocas hablan, el amor se esfuma-contesté.

Golpeó la mesa con el mantel de hule como afirmando, la pava casi se vuelca. Se levantó y me palmeó la cara.

-Yo también te extrañé, Bautista. Te leo, ¿sabés? Y me acuerdo de las conversaciones que tuvimos, y de aquella pelea ¿te acordás?

-Claro que me acuerdo. ¿Acaso querés hablar de política ahora?

-¿Después de lo que pasó? No existe la política sino la ideología. Se puede servir a ella sin ser un hijo de puta.

-¿Y vos qué hacés?

Cebé mi mate, sorbí la bombilla mientras lo miraba repiquetear los dedos sobre la mesa una marcha socialista.

-Lo que sea, Bautista. Claro que entenderías si te lo cuento, pero no confío en vos, querido.

-Seguís igual, Álvaro.

-Mirá- me dijo, llevándome del brazo a la ventana. La avenida estaba iluminada por las luces de mercurio y el tráfico intenso de los que regresaban a provincia. Me señaló hacia la cuadra donde estaba la clínica. La estaban demoliendo de un costado para construir un supermercado.

- Yo que ustedes, me habría mudado hacía mucho. Es una vista demasiado triste.

-Nosotros nos alimentamos de eso, Bautista. Muy amargo es el sabor del recuerdo, pero nos mantuvimos en pie gracias a eso.

-¿Vos o tus viejos?

-Tenés razón. Yo, querido.

Le apreté un brazo con miedo y con bronca.

-Te vas a lastimar si seguís con esa idea.

Se largó a reír.

-Pero qué mejor aliciente que la vieja carroña, Bautista. La vendetta es un sentimiento más fuerte que la muerte, querido.

-Creo que ya se te adelantaron.

Frunció las cejas y preguntó:

-¿Lo decís por el polaco?

Entonces todas las teorías encajaron en su sitio correcto. Fue una revelación que tenía a la vista y que no quería ver.

-En realidad, hablaba del tío de Agustín Morales.

-Bueno, da lo mismo un Krakovsky que otro, vos no los viste estos años, pero se hicieron compinches, tanto que vivieron juntos en la misma pocilga del polaco durante un tiempo. Si eran tan parecidos que la gente los confundía, porque empezaron a compartir la ropa y hasta el mismo corte de pelo, y la barba rubia tenía la misma disposición de las canas.

-Pero el otro desapareció...

Álvaro se sentó otra vez. Cebó dos mates fríos, y volvió a mirarme.

-Me imaginé que venías por eso. No confío en vos, Bautista. Te quiero mucho, lo sabés, admiro tu inteligencia, y hasta respeto tus opiniones.

Tenés una sagacidad, querido, que cualquiera envidiaría. Una imaginación que ni te cuento. Tus artículos pueden pecar de falsedad, pero no de poesía.

-¿Y entonces, qué?

-Que la poesía es peligrosa, querido. Podés matar gente con una máquina de escribir, o como nosotros con bombas caseras.

Se me formó un nudo en la garganta. Yo no había matado a nadie, todavía. ¿Y él?

En el taller se cosían colchones y se cocían bombas.

De Álvaro no obtendría nada más. Me despedí apretándole la mano luego de aceptar un último mate. La luz de la cocina alumbraba la sombra y el lejano canto siciliano que el viejo ahora rememoraba de su infancia.

-*Dormi, bambino, dormi...*- decía la canción. El viejo Leopoldo debía imaginar a Germán, ¿a cuál de los dos?, en su cuna de hierros paralelos.

Me fui caminando por Rivadavia en dirección a Liniers. Pasé frente a lo que había sido la clínica, ahora en parte un mercado de verduras, carne y almacén. Los cajones en la puerta, apilados, con gente que miraba o daba vueltas o preguntaba, y el olor de la carne desde el fondo. Pensé en las habitaciones donde hubo cuerpos humanos, las cajas refrigeradas enviadas a Villa Devoto, y luego a los hangares de Morón. Sólo era uno de los múltiples hilos en la inmensa red de telarañas que enredaban las ciudades y los pueblos. Matar una araña o incluso limpiar una habitación no era más que un trabajo pueril.

El taller del polaco, en Liniers, también había desaparecido, pero no su edificio, cerradas las cortinas de metal, el frente desconchado, la vereda llena de papeles y basura, donde dormía gente sin casa por la noche, mientras otros muchos hacían cola en las paradas de los colectivos. Me habían dicho que seguía viviendo al fondo, y me adentré en el pasillo largo, entre paredes altas con grietas y vegetación brotada entre los ladrillos descubiertos. La puerta de metal oxidado tenía unas puntas de reja entre las que se dejaba ver el lugar donde el polaco vivía: una cocina, una sala con mesa de comedor y una habitación.

Golpeé las palmas. Escuché el ladrido de un perro chico, agudo pero cansado. Lo vi aparecer rengueando por el pasillo hacia la puerta, movía la cola.

-¿Quién es?- dijo un hombre desde la oscuridad. Una luz se encendió iluminando la noche postrada para alimentar a las cucarachas del lugar.

- Señor Krakovsky, soy Bautista Beltrame, amigo de Álvaro y Germán.

Apareció por la puerta sin puerta de la cocina. Bajo, encorvado y envejecido. Sus ojos me exploraron bajo las cejas hirsutas con desconfianza.

- No sé si se acuerda de mí, polaco, si me permite que así lo llame. Hace muchos años que no nos vemos, desde que los gemelos y yo éramos chicos.

Asintió con la cabeza.

-Me acuerdo, me acuerdo- dijo, machacándose la sien con el dedo índice más de lo necesario, como clavándose el recuerdo o intentando destruirlo, qué sé yo.- ¿Qué quieres?

Bueno, no supe qué contestar. Es verdad que buscaba algo, pero ni siquiera sabía con certeza qué, y además, la brusca pregunta me puso en jaque.

-Daba vueltas por el viejo barrio, polaco, y se me ocurrió visitarlo. Tengo buenos recuerdos de esa época....

-Ah...¿sí?

Tenía ganas de reírme de nuestros contrastes: su seca austeridad y mi hipócrita untuosidad.

-Bueno, no lo molesto más, será en otro momento. Un gusto saludarlo...

Ya me daba vuelta cuando escuché el rechinar de la puerta, luego el perro se puso a husmear mis zapatos.

-Usted le gusta- dijo el polaco-. Sino ya lo habría mordido.

Dudé un poco de la aseveración, los colmillos del perro, si aún los tenía, no debían ser muy peligrosos.

El polaco me hizo el gesto de que entrara. En su seca austeridad, se parecía al perro.

Atravesamos la cocina a oscuras, pero vi una mesada de fórmica, un hornito portátil sobre la cocina ya demasiado vieja, un armario sin puerta, y el zumbido de las moscas molestadas por la intrusión. El olor que venía de la ochava era acre y fuerte. En lo que era el comedor, me acercó una silla de respaldo alto pero patas endebles. No había más que otra en la que él se sentó, apoyando un codo en la mesa con un mantel de puntillas rotas y un jarrón vacío, reliquias todas esas de buenos y ya desaparecidos tiempos.

-¿Cómo anda?- pregunté, para romper el hielo.

-¿Cómo me ve?-

El hielo seguía.

-Me preguntaba qué sería del polaco después de todo lo que pasó-reflexioné.

Se levantó, encendió la luz del techo, que aunque débil, alumbró la sala chica con sus paredes de pintura desconchada entre unos cuadros que denotaban el buen gusto de su dueño. La araña del comedor era de bronce sucio y señorial. Sacó diarios de un armario y los puso sobre la mesa.

-Leo mucho, Beltrame. Sos el único que piensa la realidad del pasado.

¿Debía sentirme contento? ¿Era un halago? La dicotomía de su expresión me puso a la defensiva.

-Gracias, lo intento.

-Sí, se nota, pibe. Disculpáme, pero podrías se mi hijo, así que me tomo el derecho de llamarte como se me da la gana.

-Se lo agradezco, polaco.

-Nada tenés que agradecerme, ni yo a vos, pibe. Tu viejo y vos son dos cerebros sin corazón.

Me detuve en esa frase. Nunca me había puesto a escuchar tan lúcida y simple definición.

-¿Usted cree, polaco, que los sentimentales son mejores para el país?

- No, Beltrame, los sentimentales hacen estragos, el corazón es traicionero y no sabemos cómo pararlo.

-Pegándole un tiro- dije, y no sé por qué, abrumado ante esa traición de mi conciencia.

Se rio, apenas un poco. El perro, bajo la mesa, movió la cola contra el piso de madera.

-La cabeza y el corazón humanos son dos grandes mentirosos que trabajan para acarrear tesoros a sus reinos, y se hacen la guerra y quedan destrozados, puras ruinas.

Admiré la poco sutil pero poética analogía. No se lo dije, por miedo a conceder demasiado. Ambos, esa noche en Liniers, estábamos combatiendo.

Fue a la cocina. Escuché remover cacerolas, algo que se cayó al piso y el ladrido del perro.

-¿Está bien?- pregunté en voz alta.

-Sí, le estoy dando de comer al tigre.

Me reí de su gentil intento de desatar el nudo entre nosotros. Volvió con dos vasos y una botella de vino. La ofreció para que leyera la etiqueta. A la escasa luz no vi más que un tinto añejo, tal vez no muy bueno, pero no malo. Sirvió, sin ofrecer chocar los vasos.

-¿Cómo se llama?- pregunté acariciando el lomo del perro que se acomodó entre mis pies.

-Qué sé yo. Lo encontré en la parada del colectivo un día, medio muerto. Lo habían atropellado y lo dejaron ahí. Creí que estaba muerto hasta que escuché un gemido. Eran como las seis de la mañana, no me saco esa costumbre de cuando tenía el taller, por eso había poco tránsito y cuando salí a comprar el pan lo vi, lo escuché, en realidad. No me acerqué mucho porque no soy de esos boludos que tocan las llagas de los heridos y preguntan ¿te duele? No tenía ninguna herida, pero parecía tener costillas rotas y una pata torcida. O lo dejaba morir ahí o lo llevaba a un veterinario para que terminase con él. Lo segundo me saldría caro, pero qué iba a hacer, ¿me querés decir?

Miré al perro sin nombre, viejito y sano, pero sobre todo agradecido.

-¿Qué paso con su tocayo?- pregunté, a rajatabla, dispuesto a meterme en la boca del lobo de una vez por todas.

Liniers en la noche estaba ahí fuera, entre las vías.

El polaco me había hablado de saber ponderar el pasado, porque de esa única manera podía explicarse su expresión. Pensé en Liniers, el virrey cuyo orgullo no estaba en serlo y en su fusilamiento en bien de la naciente patria. De paradojas como esa que nunca se terminaban de explicar estaba llena la historia argentina.

-Si no lo sabés vos, que sos periodista.

-La virtud no está en saber sino en preguntar.

-Esa es una frase de tu viejo. Buen aprendiz saliste, querido. Supongo que no habrás perdido tiempo preguntando por otros lados.

-Algo- dije- como para aparentar.

Buena costumbre esta de reírse de uno mismo y de festejar con otro con una copa de vino. Brindamos, esta vez más relajadamente. La noche de los trenes avanzaba en el reloj de pared cuyo péndulo iba y venía marcando el traqueteo del ferrocarril.

-¿De qué vive ahora, polaco?

No era tan viejo, aunque lo aparentara, para haberse jubilado.

-Del alquiler por el taller.

-Pero lo vi cerrado.

-Y claro, lo que venden los inquilinos no se expone en la vidriera.

-Usted quiere decir...

Alzó los brazos en signo de resignación.

-¿Y qué se le va a hacer?

-Pero entonces...

El silencio siguiente estuvo plagado de evidencias que a ambos nos avergonzaban. Hacemos lo que podemos aún contra las ideas que creímos imperecederas. En eso podría traducirse ese silencio, si hubiese sido necesario.

-Mi tocayo se vino a vivir conmigo después del juicio o la farsa de juicio por lo de la clínica. Durante un tiempo no hizo nada más que rescatar la memoria de su cuñado y de su hermana. Iba todos los días al cementerio donde estaba el sobrino, si es que estaba ahí, porque yo nunca creí que finalmente lo enterraran. Los milicos no eran de amedrentarse por allanamientos de la justicia civil.

-¿Y usted cree que el cuerpo de Germán también desapareció?

-Qué sé yo. Vos no estabas por acá, no viste la cantidad de gente que iba y venía todos los días durante semanas, las camillas tapadas, las bolsas rojas y las negras, policías, abogados, milicos, médicos y todos los curiosos entre los que se mezclaban los infiltrados de siempre. Quién podía reconocerlos, ¿me querés decir? Ah, y ustedes, por supuesto, los periodistas que cambiaban todos los días, las camionetas y los autos donde pasaban la noche haciendo guardia. La gente se esconde entre los autos estacionados, entre el pastizal al costado de las vías, incluso en el patio de los Libertella se habrán escondido muchos de los que sabían muchas cosas, y escondían, claro, los objetos e instrumentos que utilizaban. También los libros de registros, porque todo estaba anotado, me imagino. Sino cómo cumplir con gente como los ingleses y los de Europa del Este, y con los americanos ni te digo. Cada transacción bien anotada, con nombres, apellidos, horas y minutos y lugar. Tan bien especificado que coincidía con la similitud de lo legal, hasta convertir lo marginal en legalidad.

-Las leyes son eso, ¿no? La legalización de las costumbres.

-Fue en ese entonces que mi tocayo hizo exhumar la tumba de Agustín. Fue un ingenuo, un tímido, un adolescente reprimido hasta muy avanzada

edad. Ni siquiera el crimen lo había despertado todavía, sino hasta que yo le insinué todo eso. Le hablaba y no me hacía caso, como si yo me especializara en inventar complots. Pero un día estábamos comiendo en esta misma mesa y escuchamos una explosión en la calle. Salimos a ver a la vereda, había un tiroteo sobre Rivadavia entre tres patrulleros y varios autos civiles. El tránsito todo detenido, gente corriendo y gritando. Una vecina, que nos miraba mal desde que él se había mudado, confundida a lo mejor por nuestro parecido, que se fue asentando, tengo que reconocerlo, a expensas de nuestra voluntad al contrario, se cruzó de brazos y dijo: "Son los Krakovsky, ojalá los maten a todos". Habían robado un negocio, o el allanamiento de un putero o un tiroteo por drogas, nunca lo supimos con certeza, pero no nos importaba. Creo que fue entonces cuando mi tocayo sintió en carne propia que la tragedia no venía del gobierno, ni siquiera era la fuente más intensa, sino de todo lo que nos rodeaba: la gente común y corriente, los vecinos que nos saludaban con desconfianza, los pasajeros del tren o los colectivos, los vendedores ambulantes que se paraban en la calle para ofrecer algo y nos miraban a los ojos. La acritud cundía por todas partes y crecía como la mierda de los perros. Después, fue a ver al doctor Krakovsky, esperó el debido tiempo en su despacho para disimular, hasta que al fin lo atendió. Se exhumó la tumba vacía de Agustín Morales. Yo lo acompañé esa mañana muy temprano en el cementerio. El perito corroboró la ausencia del cuerpo, pero no sabía a cuál de nosotros dirigirse, lo supo cuando mi tocayo se arrodilló y empezó a rezar. El teísmo agustiniano había ganado lugar en su corazón, o en el conocimiento de su mente, en el concepto de tipo kantiano de la existencia de Dios o de una suprema deidad, fuera cual fuese. Entonces empezó a cambiar. Intentó convencer a los Libertella de exhumar la tumba de Germán, pero ellos se negaron rotundamente. La madre dijo algo como que su hijo había nacido dos veces y que la tercera estaba reservada a Dios. Para ellos Germán y su alma ya estaban demasiado lejos, y no iban a permitir que se lo arrancaran una vez más. Ariel siguió insistiendo en que no podían vivir en la creencia de una idea equivocada. Pero no hubo caso, cuando volvió a casa me dijo que Leopoldo le había contestado que en Sicilia sus padres y sus abuelos habían vivido con hambre, así que por qué no podían vivir ellos con esa idea que los alimentaba todos los días, que Germán había muerto y descansaba en paz.

La botella de vino se había acabado. El polaco preguntó:

-¿Cenaste?

Negué, pero le dije que no se molestara.

-¿Y quién te dice que te ofrezco? Soy yo el que no comió nada, vamos a la pizzería de la esquina. Vos invitás.

¿Cómo negarme, si era que lo que había estado extrañando esos años?

Salimos y el perro nos siguió. La pizzería era un bar de mala muerte del otro lado de las vías, no en la esquina como había dicho. Había colectiveros somnolientos y oficinistas ferroviarios o guardabarreras entre olor a fainá y moscato, y cerveza derramada y pegoteada en las mesas. El perro entró y se acostó bajo la silla del polaco. Ya lo conocían, una muzarella con fainá, patrón, ordenó, y dos porrones.

-No cierran en toda la noche, siempre hay alguien.

-Lindo sitio- dije.

-No es tu ambiente, Beltrame.

-Qué importa, polaco. Uno se adapta, como su tocayo. Y dígame, ¿qué hizo después?

-Siguió pensando, y para eso dibujar lo ayudaba. Parecía que sus planes se solidificaban en esas ilustraciones o bosquejos a lápiz, que sé yo. Yo las miraba cuando pasaba a sus espaldas, no las mostraba pero tampoco las escondía. Eran cada vez más feas, más oscuras, incomprensibles. Como historietas de Batman, no sé si me explico.

Se rio, burlón, y me observó a ver si yo había caído.

-Se ve que tenía planes de convertirse en superhéroe.

-Algo así. Un día se fue a hablar con el abogado otra vez. Desde entonces se pasaba el día en la oficina o en los lugares a donde el otro lo mandaba. Se volvió suspicaz, desconfiado y hasta me decía que era conveniente que nos camufláramos para confundir a nuestros enemigos.

-¿Y cuáles eran?

-Si no podés vencerlos, uníte a ellos, me decía remedando el refrán. Se sumó al clan de los Krakovsky para combatir a otros enemigos mayores. Sólo no podía, y se dio cuenta, creo que gracias al verso del abogado, que la familia no era tan mala como parecía. Como en toda buena familia, ya que estamos en plan de refranes, hay de todo. Pero el abogado debe haberle aconsejado unirse con los inteligentes, y el doctor sabía escogerlos para sus campañas políticas.

Llegó la cerveza y la tabla con la pizza y la fainá encima. Hermosa, pensé, una belleza.

Era la una de la mañana, el último tren del día se detuvo. Por la ventana vi a los escasos pasajeros dispersarse por el andén y bajar a la calle.

-El doctor Krakovsky planeaba algo grande, ¿no es cierto?

-¿Para qué me hacés hablar, si sabés? Comé...

Le habría hecho caso, pero el hambre de curiosidad me superaba.

-Digo lo que supongo, nomás.

-¿Y qué suponés?

Comía la porción de pizza y fainá con la mano, y era lindo verlo, con su barba entrecana mojándose de muzzarella.

-La caída del avión.

Me miró limpiándose los labios con la servilleta, sonrió.

-Bueno, pibe, decime vos ahora el resto de la historia.

-Me pide demasiado, polaco.

-Vos me pedís mucho más que demasiado, pibe, en este cuchitril donde hasta las moscas son espías. - Y aplastó una que se había posado en la mesa con un golpe fuerte y certero.

Yo también comía con la mano, y acabé la segunda porción. Encendí un cigarrillo, le ofrecí pero él sacó su pipa del bolsillo del cárdigan viejo. Y me puse a relatar una historia cuyos baches rellenaba con la imaginación, prestando atención a los mínimos gestos en el rostro del polaco, que con ellos me iba guiando.

10

Primero debió bosquejar todo el plan en su cuaderno de dibujos, con breves acotaciones escritas en los márgenes, inclusive con globos de historieta.

Me imagino que en su inexperiencia en todos esos asuntos debió utilizar los resquemores y las precauciones aprendidas en las novelas o el cine.

Muchas, por cierto, equivocadas, pero otras que los siempre involucrados,

los que han crecido en esa realidad, dan tanto por sentado que suelen olvidarlas, o las desestiman como circunstancias entregadas al azar.

De esa forma, cualquiera que viese los dibujos, no encontraría más una novela de aventuras ilustrada, una aventura de espías, tal vez una historia de guerra y sabotaje.

La presentó al doctor Krakovsky, y el abogado debió haberse reído para despistar a los escuchas en la sala de espera. Debió felicitarlo y desearle muy buena suerte. Los que lo vieron salir del despacho atravesando la sala con la carpeta de dibujos bajo el brazo y su rostro flaco, de barba rala, ojos claros y cabello engominado color ceniza, no verían más que a un tipo del que no se podía esperar nada más que de un mequetrefe, como dicen. Esmirriado, tímido, y hasta maricón, probablemente.

Luego, pasarían semanas, y los días asignados fueron postergados según los vaivenes de la oportunidad. Primero, la averiguación de los vuelos asignados para los meses venideros, la larga espera en la casa de enfrente de la base militar, una casa vacía desde cuyo patio él atisbaba los movimientos de los aviones. Los contactos de Krakovsky eran sus guías: designación de pelotones, nombres de regimientos, fotos de los documentos y planillas con el embarque. Dos veces fueron las ocasiones estropeadas, la primera por el miedo, la segunda por la lluvia que se presentó con truenos y rayos, inundando las pistas y suspendiendo los vuelos por más de una semana. Pero en tercera alguien, desde la atalaya de la entrada, lo vio.

Lo fueron a buscar dos soldados, le pidieron documentos, como se había precavido de no llevarlos, lo detuvieron en averiguación de antecedentes.

Ya estaba adentro y podía observar la mayoría de los movimientos de la base por la ventana de la habitación donde lo tenían detenido, un cuarto donde se guardaban enseres de cocina y de limpieza. Sentado en una silla cualquiera, con un soldado que lo vigilaba distrayendo su aburrimiento con una mosca que no lograba atrapar entre el techo y la ventana, vio el ir y venir de los pelotones, de los carritos de carga subiendo los bultos de lona de camuflaje, y luego los cajones con armas, seguramente, y por último, los enormes contenedores sin nombres, pesados porque los llevaba una grúa hasta la entrada del avión: el Hércules S-987-QTS.

Ariel debió imaginar que allí estaban los refrigeradores con los cuerpos y los fragmentos de cuerpos. Se levantó de la silla, desesperado pero

simulando pereza con un bostezo. Se apoyó en el marco de la ventana, desobedeciendo el consejo del soldado para que se sentara. Paciencia, le pedía el otro, pensando que él era un loco, un degenerado que le gustaba espiar a los gendarmes jóvenes. Si hasta tenía pinta de puto, con un amaneramiento que era tal simplemente porque contrastaba con los gestos y maneras bruscos, deliberadamente hechos por quienes deben aparentar lo que se supone deben ser para no diferenciarse del resto.

Apoyó las manos sobre el vidrio de la ventana, agarrándose la cabeza y espiando a través del vidrio sucio los movimientos de las grúas. Los contenedores tenían fechas, números en realidad que pretendían despistar, pero era fechas, sin duda, de vencimiento o de conservación. Los órganos de Agustín tal vez fueron embarcados en cajas como esa, entre el hielo o el helio, instrumentos de conservación más o menos viejos pero útiles, no importaba. Pronto estarían en su destino, un aeropuerto en Europa o Asia, en pocas horas, donde alguien los estaba esperando. Alguien que viviría a expensas de lo robado, sin saberlo, seguramente. Quizá un chico como Agustín, o quizá el próximo dictador del mundo. O tal vez en algún lugar de América Latina, un pueblo de casas bajas y repleto de villas miserias alrededor de un monte repleto de tropical vegetación, y con una mansión en el centro, rodeada de muros ocultando las piscinas, los vergeles cuidados por jardineros, los autos, los tesoros pictóricos en las paredes y las sábanas de seda en los dormitorios, donde una mujer esperaba el nacimiento de un hijo que la cigüeña (Hércules afeminado, al fin) traería a un precio muy alto, tanto como el monte en donde ella vivía.

Imaginó cientos de lugares, personas y situaciones en esos pocos minutos, o pocas horas en que estuvo esperando. No tenía apuro, pero aparentó impaciencia. Era buen actor, se dijo, la timidez le había enseñado a disimular.

-¿Hasta cuándo me van a tener aquí?- preguntó.

El otro no contestó, apoyando la culata de su fusil sobre el piso. Afuera, el movimiento se acrecentaba a medida que caía la oscuridad sobre la base. Entró un subalterno con papeles, lo miró, pareció comparar lo que veía en el documento con la cara de Krakovsky. Lo llevaron hacia la oficina de un coronel, que estaba sentado tras su escritorio de metal, con ceniceros llenos de colillas y olor a aceite lubricante, o eso fue lo que pensó.

-¿Qué busca, Krakovsky?

Ariel se encogió de hombros.

-¿Sabe lo que pienso? Que sos un payaso, que te envió tu familia para espiar y sacarte de encima, o a lo mejor se te ocurrió a vos, nomás, porque no parecés muy achispado, la verdad...

Ariel estaba conforme con las conclusiones del coronel, que había observado la obra por él montada y seguía la historia.

-Sacáte la ropa- le dijo.

Ariel empezó a desabotonarse la camisa. Su torso desnudo era flaco, medio encorvado, con vello rubio en mechones dispersos en pecho y espalda, y hasta se le notaban las costillas y las vértebras. Los otros se rieron, no el coronel.

Luego se agachó para sacarse los zapatos y las medias. Después se paró y comenzó a abrir la hebilla del cinturón, el botón y el cierre del pantalón y se quedó en calzoncillos largos. Los otros, otra vez, se rieron.

-Todo, dije- insistió el coronel.

Y de pronto, los ojos de Ariel pasaron por encima del escritorio y vieron el membrete del talonario oficial.

Coronel Reynaldo Saravia.

El segundo hijo del general.

El hermano del doctor.

Su corazón se agitó, hasta entonces sereno y resignado.

Se desnudó del todo y arrojó el calzón sobre el escritorio.

El coronel lo miró, pareció enojarse, pero luego sonrió ante lo que creyó jactancia y era furia. Se le acercó y lo sujetó del escroto con una mano.

-Los huevos no le van a servir a nadie, pero alguna cosa buena debés tener, hijo de puta.

Mientras el coronel lo sujetaba, los otros le golpearon los riñones y le metieron los dedos en el ano y luego algo de metal que le dolió hasta hacerlo perder el conocimiento.

Soñó con cañones de fusil, y luego con cañones de artillería disparando en campos de batalla en una sucesiva y caleidoscópica mezcla de películas bélicas en blanco y negro y sin sonido, con la música agregada de la *Obertura 1812* de Tchaikovsky o *Wellington* de Beethoven. La simbiosis de música e historia le hacía olvidar el dolor de la penetración que había sentido de chico, muchos años antes, en manos de uno más hombres, nunca lo supo con certeza, cuando no hubo resistencia, casi, porque desde que

había nacido había aprendido a considerarse un alma en pena que no tenía un cuerpo determinado, y por eso no podía reclamar ni quejarse por el tratamiento que hacían de ese cuerpo prestado, que no era el suyo. El cuerpo de Ariel Krakovsky era el de un adolescente de quince años que nunca creció, porque había muerto antes. Aunque tuviese treinta o cincuenta años, la memoria de su cuerpo no pasaba de la inexperiencia de los quince, y la sabiduría que había obtenido había sido inmediata en un solo instante; cuando antes era un chico, cuando era un ignorante vivía en las fantasías de la imaginación, no vio venir la manada de rinocerontes de la realidad atravesando la sabana de la ciudad: la calle que era un resabio de tiempos remotos en un campo, un hotel o un barco sobre el río Paraná. ¿La época? Cualquiera, porque la repetición anula las singularidades del tiempo y crea el ritmo de la costumbre.

Despertó en la oscuridad, con el zumbido lejano y abstracto del motor del Hércules acechándolo como una bandada escondida de aves de rapiña. Sabía que lo habían llevado allí, y el avión ya estaba en vuelo. El plan iba avanzando, lentamente, con paciencia. Seguía desnudo, esposado con las manos al frente. Husmeó el aire como un perro famélico. Había otros cuerpos que todavía conservaban el olor de los vivos, pero probablemente estaban drogados, o muertos, incluso. Sólo él había sido arrojado como un perro entrometido que apalearon y no podían dejar tirado, porque a veces hasta un perro muerto puede ser la evidencia de un crimen mayor.

Sabía el destino del vuelo, los chacales del abogado se lo habían hecho saber.

Londres, en la embajada argentina.

Los suburbios de Londres donde los destripadores habían creado leyendas imperecederas. El puerto de Londres donde la niebla barajaba la suerte de los negros traídos en los barcos desde África en las manos de los piratas o los dueños de minas de carbón o las fábricas textiles o, con suerte, de algún barón o marqués venido a menos que buscara no la explotación del cuerpo hasta la muerte, sino el placer del sexo hasta el hastío o el asesinato. Pero no era eso lo más importante en estos tiempos, sino la distribución. Londres como una escala, una bolsa de valores donde cotizaban la venta no ya de hombres sino de fragmentos de hombres, de niños, tal vez, completos, de mujeres encadenadas por eslabones de sexo.

Hospitales, clínicas, mansiones, casas de campo, departamentos de ciudad, fábricas y prostíbulos. Los destinos, incontables; las distancias, imprecisas de tan inmensas, despreciables de tan imposibles de calcular. Las redes que unen al mundo eran el mapa de destino de ese avión.

Se levantó con esfuerzo, apoyándose en las cajas y embalajes que crujían por los envoltorios de plástico. Pisó suciedad, tal vez mierda de uno de los cuerpos a su alrededor. Parecía ser un rincón del avío donde se guardaba lo inservible y la basura. Los cadáveres que serían arrojados al mar en pleno vuelo. Dónde estarían ahora, quizá se preguntara, porque no tenía idea de cuánto tiempo había estado dormido.

De pronto, el avión se movió con varios tumbos que para su tamaño apenas se notaban. Se dio cuenta de que aterrizaban, y por el sistema de parlantes que allí también tenía extensiones en las paredes, escuchó con intermitencias que habían llegado a Malvinas. Se quedó, esperando, con el torso desnudo y en calzoncillos largos, meados y ya secos, la tela dura que le raspaba la piel magullada y con hematomas. Tenía frío, una corriente de aire llegaba por los tubos de ventilación. Se puso a temblar.

Sintió que los movimientos de las compuertas repercutían en el ensamblaje del avión. Debían estar bajando o subiendo camiones. Los motores podían escucharse con lejana y sorda claridad. La puerta del recinto se abrió, la luz lo cegó y se tapó la cara con las manos esposadas. Unos soldados hablaban, buscando algo, pateando y empujando con las culatas de los rifles. El haz de una linterna iba y venía, pasando por encima suyo sin que se dieran cuenta.

-Ahí está- dijo uno, y el otro le contestó en inglés.

Lo agarraron de las esposas y lo arrastraron antes de que él diera un paso. Lo llevaron a un pasillo y luego al gran espacio por donde los camiones subían las rampas. La luz y el frío lo hicieron resistir mientras era arrastrado boca abajo, el pecho todo raspado y herido ahora, el calzón roto que se le fue deslizando hasta dejarlo otra vez desnudo, pero esta vez nadie se rio. Lo abandonaron un rato, sin hacerle caso, como si lo creyeran muerto, pero sabía que le tenían reservada otra suerte que la muerte. Los camiones, los autos, iban y venían. Escuchó frases chapurradas en mal inglés, y a lo lejos pudo ver la desgarrada llanura o la estepa fría de una de las islas, el cielo encapotado y el viento arrastrando su propia ira hacia el interior del Hércules.

Entonces pensó en que no le quedaba mucho tiempo ni fuerzas para hacer lo que tenía que hacer. Los hombres de Krakovsky le habían mostrado los planos del avión, pero se había desorientado luego de los golpes, y el lugar donde lo habían dejado no coincidía con la memoria del plano. En algún lugar estaba las cajas que habían llegado a Buenos Aires luego de pasar por Hungría, Varsovia, la costa norte de Francia, Irlanda del Norte y luego Rio de Janeiro viajando por tierra y río y selva, Paraguay y el Paraná. Las cajas con el material que llegó a Buenos Aires, porque los subversivos latinoamericanos, y menos los argentinos, no sueñen tener mucho dinero, hasta llegar a Villa Luro, a la esquina de una cortada junto a las vías del tren. En el interior de la colchonería "La sorpresa", se armaron las bombas, con ese u otro material, porque gran parte llegaba inservible o inutilizable, y Álvaro debía arreglarse con ingredientes caseros.

¿Dónde y cómo había aprendido todo eso? ¿En qué momentos de su adolescencia comenzó a jugar con la idea de la anarquía? Su temperamento no era violento, sino metódico y austero, tanto que rayaba con el frío del corazón y el juicio de la mente. Debió haber sido cuando nos separamos y no nos vimos durante muchos años. Cursos improvisados con folletos en ruso traducidos al inglés y luego al italiano, versiones impresas para despistar, ocultos dentro de libros comerciales, en folios de compra y venta, llenos de números ilegibles con fechas viejas. Los colchones le permitirían practicar sin llamar demasiado la atención a lo largo de los años: el ruido del tren ocultaba mucho a toda hora, la estridencia de las máquinas de coser que había comprado su padre, y las paredes del taller cubiertas de colchones como en un manicomio. El olor del engrudo, de las telas quemadas, de la mugre que la gente dejaba en los colchones ocultaba las combinaciones de la química. Pensando en Álvaro mientras Krakovsky le hablaba de todo el plan aquellas tardes en el despacho, admiró la inteligencia del gemelo que habían sobrevivido. Las luchas revolucionarias eran muchas, pero para Álvaro había, quizá, una solo y única venganza.

Se quedó en el piso, esperando que las cosas se aquietaran, la tarde caía sobre la isla y la oscuridad se fue llenando de las luces de las instalaciones de la base, que desde donde él podía observar, eran nada más que dos construcciones a cada lado de la pista de asfalto o grava. El cargamento cesó de ser subido, y la puerta principal se elevó hasta cerrarse con estridencia. En la oscuridad, lo levantaron de los brazos, lo

arrastraron hasta el mismo sitio que la vez anterior, pero no, no era el mismo, sintió el olor de la nafta o el diésel de los camiones. Lo dejaron tirado, hablando bajo se fueron con un entrechocar de armas, y el avión volvió a elevarse.

Había una lámpara en el techo, lúgubre, pero suficiente para orientarse. Estaba entre varias filas de camiones con camuflaje, los capots todavía calientes, combustible derramado y olor a aceite. Las puertas posteriores estaban con candados. Intentó retirar las lonas de las cabinas traseras de algunos otros, pero estaban tan bien atadas que no tuvo fuerzas. De todos modos, sabía que contenían armas y material de guerra y todo aquello que usan las fuerzas armadas. Camuflaje, por supuesto, para los camiones que antes habían entrado en Buenos Aires. El olor de la carroña podía sentirse en todas partes, si hasta vio a las moscas malvinenses, si es que las había, entrar en desordenados enjambres, solitarias como siempre, egoístas como suelen serlo.

Sintió, entonces, el olor acre de la orina, la suya en sus calzones sucios, pero el olor iba y venía como moscas sobrevolando su cabeza llena de escombros.

El olor del formaldehído.

Si hubiese tenido un fósforo, habría sido suficiente, pensó, pero se sabía un ignorante en esas cosas. Ante un incendio, esa clase de aviones tenía señales de alarma y formas de combatir el fuego antes de cualquier peligro mayor.

Por eso las bombas de Álvaro Libertella. Camufladas dentro de cualquier cosa, en cualquier forma: un paquete zapatillas de los soldados para cuando se vistieran de civil o una caja con libros o revistas de historietas. Entre tanto material escondido o permitido, los registros escritos solían fallar, las letras confundirse y los números modificarse sin que nadie se diese cuenta. Tal vez algún Krakovsky desconocido, porque eran tantos que nacían como conejos, se intercambiara con otro y así sucesivamente, y entonces se dio cuenta de que en los camiones que habían subido en la isla debían estar las bombas. Cómo no admirar la parsimonia de los Krakovsky, que con la virtud de la paciencia y la discreción de los indiferentes, daban vueltas, miraban sin mirar, escuchaban sin oír, esperando un colectivo, jugando con un perro de la calle, fumando en el umbral de una casa, leyendo en el banco de una plaza, o haciendo la cola en la vereda de un

banco. Los alrededores de una base militar son demasiado vigilados, pero donde hay mucha gente reina la distracción.

Ariel imaginó lo que no le habían explicado porque no era necesario: el vuelo a las islas quién sabe cuándo y por quién o quiénes, aguardando la llegada del vuelo del Hércules en una casita de la isla, haciendo un trabajo cualquiera, viviendo con un *kelper* o haciendo migas con cualquier extranjero. Las islas eran un misterio, y escondidas en la niebla de Atlántico daban lugar para la creación de mitos.

Se sentó, sediento, tragando su propia saliva y la sangre de sus labios rotos. Cerró los ojos, haciendo memoria. Los números que había aprendido fueron surgiendo por virtud de la onomatopeya de los sonidos. Una combinación de números cuyo sonido escrito combinaba letras en una especie de anagrama.

Y cuando abrió los ojos a la penumbrosa iluminación, se preguntó el porqué de tantas vueltas. Su respuesta fue la estupidez escondida, nunca mayor que la obviedad expuesta a la vista de todos.

Arbitrary knowledge, la empresa inglesa que hacía estragos económicos desde hacía largo tiempo en Latinoamérica. Los presidentes habían reclamado inversiones, y allí estaba la empresa. Al comienzo fueron los trenes, decían, como al principio fue la luz del mundo. Pero ahora, ¿de qué se trababa? De multinacionales que se dedicaban a todo, tanto, que en nada podía precisarse. Bienes de mercadeo, comestibles, salud, laboratorios, construcción, financieras, turismo, y tantos etcéteras hasta el absurdo.

Allí estaban los camiones con el logo de la empresa. Pero eran muchos, demasiados, tal vez cien camiones dentro del vientre gigante del avión. ¿En cuál buscar, con las manos esposadas y el cansancio y el dolor?

Entonces miré al Krakovsky frente a mí, escuchándome con atención, de la misma raza que el resto del clan, porque eso eran a estas alturas, una raza con diversas especies y géneros: los asesinos, los inescrupulosos, los atribulados, los amargados, los inocentes (los habría en alguna parte), los simplemente deshonestos, y después la maraña sin clasificar. Me pregunté si Ariel Krakovsky, el hombre tímido que me habían descrito, un intelectual dedicado al humanismo y al pensamiento, ajeno a las actividades prácticas y manuales, incluso al trabajo de todos los días para ganarse la vida levantando fardos o colchones, como éste que tenía delante de mí,

envejecido pero todavía con manos y brazos fuertes, podría haber soportado todo lo que yo venía imaginando en ese avión que atravesaba, o intentaba sobrevolar el Atlántico.

Debió buscar uno por uno por las rendijas entre las lonas y la chapa, o entrar en las cabinas abiertas y buscar algún recoveco para ver la carga en el compartimento posterior. No le habían precisado números de patente ni de chasis, demasiado para memorizar y peligroso para llevar encima sabiendo que la tortura podría hacerlo revelar incluso lo que no sabía.

El vuelo sobre el Atlántico era tranquilo y sereno, pero adentro hacía frío, tal vez tanto como afuera. No supo cuánto tiempo había pasado, hasta que al fin halló lo que buscaba. El camión, exactamente igual a los otros, quizá más viejo, sin chapa de patente, el parabrisas cubierto de calcomanías de propaganda y ribetes militares de inspecciones anuales. Subió a la cabina, el tapizado estaba deshecho y la goma espuma brotaba como hongos, en la guantera había herramientas y papeles, de fechas viejas la mayoría, otros con registros de ciudades de Argentina y Brasil, también de Paraguay. Una foto de Stroessner estaba metida entre los papeles. Vi claramente esa foto, y me llevé las manos a la cabeza, mirando a Krakovsky en esa pizzería, mientras él hacía un gesto de asentimiento, y me instaba a continuar mi relato.

Con una navaja partió la lona, con las llaves inglesas aflojó las tuercas y levantó la chapa que dejó ver el camión vacío, excepto por las dos esculturas que se levantaban como obras de arte de manufactura industrial y metalúrgica. Metales erguidos y soldados entre sí, envueltos en cables de varios colores que a la penumbra parecían todos iguales, y en la base, nada más que un reloj común y corriente, y Rolex, quizá, que algún buen general había donado a la causa.

Toda la parafernalia imaginada por escritores y cineastas estaba reunida en esas dos esculturas que pronto explotarían. Pero aún estaban muertas, sirviendo de admiración a la mirada de Krakovsky, acostado en el asiento de la cabina, los brazos sobre el respaldo y la cabeza apoyada en ellos, como si estuviese en un museo de arte moderno contemplado la última obra de un artista loco, como casi todos, creando las formas de la destrucción.

Se metió entre los hierros, cayó al piso del camión. Caminó arrodillado igual que peregrino hacia un altar. Eso eran las dos esculturas, imágenes

de dioses contemporáneos captados a la perfección por el artista: Álvaro Libertella era el genio creador de una poética del caos.

Le habían dicho, eso sí, las conexiones que tenía que realizar con precisión. Un cable con otro en una secuencia determinada, luego la triple unión de los cabos sueltos, pistas de un ensamblaje propio del motor de un electrodoméstico cualquiera, y finalmente, la coordinada metamorfosis de ambas esculturas en un monstruo con vida propia naciendo en la matriz de un gigante en vuelo sobre el océano.

Dejé llevar mi imaginación por los gritos de un ave prehistórica preñada de engendros.

Pero esas eran falacias que tergiversaban la tragedia de una guerra solitaria: un hombre contra un avión, o un hombre contra un infierno alado.

Las almas conducidas, los cuerpos trasladados, las alquimias transformadas, el oro desmedrado.

Todo eso desapareció con las explosiones que siguieron a la explosión primera, la chispa primordial que Krakovsky había iniciado. Una tras otra, fueron destruyendo partes, fragmentos, puntos vitales del gigante que fue desapareciendo como mordido por ratas crecidas en sus intestinos de metal, hasta finalmente caer y hundir sus restos en cementerios marinos.

Krakovsky se me quedó mirando más ajeno a la precisión de mi relato que a la emoción que revelaba mi rostro y el temblor de mis manos, que intentaron disimular su turbación jugando con el vaso de cerveza vacío ahora, y que pronto él se encargó de llenar nuevamente.

-Sos una maravilla, Bautista, te merecés el vino que servían a los poetas cuando cantaban a los dioses del Olimpo.

No era sarcasmo, era su forma de no conceder demasiado.

¿Pero cómo sabía, ese hombre acostumbrado al taller de colchones, sobre los poemas homéricos?

Eran las tres de la mañana, el bar vacío excepto por nosotros dos y un perro.

-Quedáte a dormir en casa, si querés- me dijo.

Era tarde para manejar, aunque no fuera mucho viaje, y además me sentía mareado. No le pregunté sobre la veracidad de mi cuento cuando salimos, caminando hacia las vías para cruzar el paso a nivel. Lo haría en la casa, cuando llegáramos.

Pero antes de cruzar a la avenida, nos paró un policía.

-Documentos- dijo.

Era un tipo grande, que probablemente habían visto mucha calle y muchos hombres, y que por algún motivo no estaba al resguardo del frío en una comisaría, sino en una vereda suburbana en una noche presagiando la muerte.

Miró con la linternita a pila los documentos de identidad. Pareció sorprenderse un poco e iluminó la cara de Krakovsky.

-¿Qué anda haciendo por acá? Ya le advirtieron que no saliera de su pocilga.

Los miré a ambos, tratando de leer el significado de sus caras. ¿Por qué vigilaban al polaco, si era un viejo mecánico de taller textil?

Nos devolvió los documentos, sin detenerse mucho en mirarme, y le dijo:

-Usted, Krakovsky, quédese adentro si no quiere que la próxima vez lo lleven en cana.

Al cruzar la avenida, me detuvo antes de subir a la vereda. Me llevé una mano a la frente y me agarré con la otra a un poste. Vomité en la acera. Ariel me dio un pañuelo.

-Tome, y no se preocupe, está roto y viejo, tírelo después de limpiarse.

Así lo hice, y me senté en el cordón. Junto a mí, se puso a fumar. Nos quedamos sentados en la vereda como dos vagabundos conformándose con los breves sueños de un faso, hasta que apareció el primer tren de la madrugada para levantar los cadáveres nocturnos.

-¿Por qué no me dijo que me equivocaba?- le pregunté.

-¿Para qué? Si todo fue casi exactamente igual a como lo contaste.

-Pero el hombre...

-El hombre no importa, sino el resultado.

-Pero el polaco...

-El polaco sintió siempre demasiada afinidad por el agua, y al final sucumbió en ella.

Mayo - Diciembre 2025

Belén de Escobar

INDICE

Prefacio

4

Los usurpadores

6

El sembrador de cardos

50

Inés de los rastros

92

La amazona

124

Profundas exaltaciones

165

El hombre de la estación

190

Los ladridos de la noche

234

Los sicilianos

262

